

Ignacio Zuleta

El Papa peronista

Historia secreta de cómo Francisco opera en el día a día de la política argentina

Ariel

Índice de contenido

El Papa peronista

IGNACIO ZULETA

EL PAPA PERONISTA

Historia secreta de cómo Francisco opera en el día a día de la política argentina

Zuleta, Ignacio
El Papa peronista / Ignacio Zuleta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ariel, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-3804-95-3

1. Investigación Periodística. I. Título.
CDD 320.092

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta SA.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Ignacio Manuel Zuleta

© 2019, de todas las ediciones:
Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo su sello ARIEL®
Independencia 1682/1686,
Buenos Aires – Argentina
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-3804-95-3

A mis hermanos Enrique, Graciana, Ángela y Javier.

Non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo divinum est.
(No estar limitado por lo más grande, sino estar contenido en lo más pequeño, eso es lo divino.)

ANÓNIMO IGNACIANO

Pensar claro, pero hablar oscuro.
Nada de hablar en forma directa, solo expliciten las premisas, luego seré yo el que extraiga las conclusiones.

INSTRUCCIONES DEL PAPA FRANCISCO

PRÓLOGO

Este libro ofrece una narrativa del acontecimiento clave de la política argentina del siglo XXI: que Jorge Bergoglio, ex arzobispo de Buenos Aires, sea hoy Francisco, Papa de 1.200 millones de católicos en todo el mundo. Un argentino ocupa hoy la posición más gravitante del planeta. Este hecho revolucionario cambió para siempre el mapa del poder en la Argentina y trazó un rumbo nuevo para el Vaticano y la Iglesia católica. Nuestra narración se concentra en los juegos de fuerzas políticas que a lo largo de cinco décadas hicieron que un jesuita poco conocido por el público, ausente hasta hace poco de las crónicas políticas y la historiografía nacional, saltara a una posición universal que lo convierte en el argentino más importante de la historia.

Nuestro foco es la faceta política del nuevo Papa. Desde joven, los maestros y los pares de Bergoglio dijeron que era una personalidad «muy espiritual y a la vez muy política». Conocer cómo fue su ascenso sin prisa y sin pausa de cura párroco barrial a pontífice romano invita a una mirada crítica sobre su método para acumular fuerza y poder, sobre su destreza estratégica para alcanzar sus objetivos y sobre su capacidad para conducir y manejar voluntades ajenas.

En los últimos veinte años, la actuación de Bergoglio puede haber sido la de un agente discreto o secreto que operaba sobre la vida nacional. El público, sin embargo, no duda en identificarlo como hombre de la política. Una encuesta de 2018 sobre la imagen de dirigentes colocó al Papa en el primer lugar como el político con mejor imagen. Bergoglio quedó arriba de todos los políticos argentinos, con el máximo porcentaje de conocimiento bruto (99%) y con 65% de adhesiones y 35% de rechazos. (1) También en 2018, un sondeo sobre credibilidad detectó al Papa a la cabeza del listado: es el personaje público más creíble, 19,9 puntos porcentuales por encima del que le sigue, y con un 52,7% de adhesiones y un 32,8% de rechazos. (2)

Que Bergoglio haya permanecido por debajo del radar de los observadores y analistas políticos habla menos del fracaso de estos que del buen éxito del cardenal primado de la Argentina. Hasta que llegó a ser el Papa Francisco, supo invisibilizarse ante el gran público. Antes de ese momento, era un producto exclusivo para la clientela clerical. Teníamos al hombre más importante de la historia argentina a la vuelta de casa y no nos habíamos dado cuenta.

Explicar a fondo el perfil político de Jorge Bergoglio es un desafío. En la sociedad argentina, existe un cúmulo de prejuicios sobre su persona, sobre cuál ha sido su juego de poder y sobre su actual

proyección internacional como Papa Francisco. A clarificar ese perfil poco ayudan tanto quienes colaboran con él como él mismo. Hacen falta acercamientos múltiples y complementarios. Como si el Papa fuera un poliedro que ilumina un prisma que a su vez proyecta su luz en sentidos diversos, y a veces contradictorios.

Como sacerdote de la «Nación católica» argentina que se forjó en las primeras décadas del siglo XX, Bergoglio se inscribe en una tradición intelectual nacionalista. Su formación como político nos ha llevado también a su tarea como autoridad en la Compañía de Jesús y su función académica y dirigencial en las universidades confesionales de la Argentina. En este contexto, examinamos las relaciones de Bergoglio en la década de 1970 con los grupos de católicos politizados por influjo del Concilio Vaticano II y de su proyección latinoamericana en el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo.

Esta no es una biografía. Sobre Jorge Bergoglio ya se han escrito y publicado muchas y excelentes. (3) Una historia política como la de este libro se nutre de elementos sistémicos antes que del ingenio personal. Para explicar el juego entre la necesidad y la voluntad en la carrera de este arzobispo porteño que llegó a ser Papa, hemos recorrido la galería completa de sus apóstoles y secuaces. Los ha sabido reclutar en los sitios menos pensados de la vida pública, dentro y fuera de la Iglesia. Es el caso de los agentes secretos y los operadores políticos, algunos de alta visibilidad.

La formación intelectual de Bergoglio abreva en el nacionalismo. Francisco ha llevado esta doctrina —ligada siempre al pensamiento católico— a la más alta posición que pudieran soñar sus ideólogos en la primera mitad del siglo XX argentino. Con Juan Pablo II, había llegado al Vaticano la fenomenología, filosofía fundante del pensamiento existencialista, en el cual se había formado el cardenal y arzobispo polaco Karol Wojtyla. Con Bergoglio, llegó el nacionalismo latinoamericano, una de cuyas vertientes doctrinarias y políticas es el peronismo argentino. A ese propósito estudiamos su formación como sacerdote jesuita y sus primeros movimientos políticos como autoridad de la Compañía de Jesús.

La ausencia de estudios sobre el Bergoglio político hizo necesario reconstruir el relato de sus relaciones con los gobiernos argentinos de los últimos veinte años. En ese período, dominaron en la República Argentina las administraciones peronistas de Carlos Menem y del matrimonio Kirchner. La narración sobre esos años busca explicar la paradoja que desconcierta al público como una contradicción: ¿por qué un peronista como Bergoglio se enfrentó con tanto encono con las dos presidencias Kirchner? Bergoglio ha dicho: «Yo siempre prefiero que un Gobierno sea peronista». Estaba llamado a ser el mejor amigo de esas administraciones, pero, como ocurrió desde 2003 hasta 2015,

lo consideraron el jefe de la oposición política. Y el enigma continúa así: ¿por qué este cura peronista que llegó a ser el Papa de todos los católicos consigue sus mayores éxitos políticos entre 2015 y 2018, de la mano de un Gobierno laico e indiferente a la Iglesia como el de Cambiemos?

Con decir que se trata de una confrontación de temperamentos, se buscó explicar el enfrentamiento entre el jesuita peronista y las sucesivas administraciones peronistas. No es suficiente para dar razón de una relación compleja, donde arzobispo y gobernantes se pedían los unos a los otros el reconocimiento de su precedencia. Bergoglio fue más allá y convirtió a la Iglesia en un contrapoder. Una novedad para la institución eclesiástica, que siempre que pudo acompañó al poder temporal. A este juego aplica Bergoglio su estrategia personal, sintetizada en la recomendación «pensar claro, pero hablar oscuro». En esto parece un jesuita de manual. Como cuando en 2013 le recomendó a monseñor Bruno Forti, secretario del Sínodo sobre la Familia: «Si hablamos de dar la comunión a los divorciados que se han vuelto a casar, usted no sabe qué lío provocamos. Entonces, nada de hablar en forma directa, solo expliciten las premisas, luego seré yo el que extraiga las conclusiones». «Típico de un jesuita», bromeó Forte sobre este ejemplo de magisterio líquido, cuando lo contó en una mesa redonda sobre la exhortación apostólica *Amoris Laetitia.* (4)

El mismo propósito de erigir a la Iglesia como contrapoder explica las tensiones con el actual Gobierno nacional de Mauricio Macri y la posición de la Iglesia ante las elecciones presidenciales argentinas de 2019. Desde 2003, Bergoglio había halagado al macrismo de la Ciudad de Buenos Aires poniendo funcionarios e incrustando candidatos en el interior de sus listas electorales. Cuando Macri fue elegido presidente de la Nación, comenzó un distanciamiento semejante al vivido con el peronismo. Numerosos amigos personales de Bergoglio revistaban en la nueva administración. Algunos se confesaban sacramentalmente con él, como la vicepresidente Gabriela Michetti. Otros, como el ministro y senador Esteban Bullrich, acumulan pruebas para una eventual canonización de Francisco. Pero en poco tiempo el Papa transitó el mismo sendero que había abierto el arzobispo: poner a la Iglesia frente al Gobierno.

En esta última etapa, a las puertas del año electoral 2019, las inquinas se cargan de ideología. Francisco es el Papa globalifóbico y anticapitalista que representa a los excluidos de un mundo en donde lucha la gente de *Somewhere* (alguna parte) contra la gente de *Anywhere* (de cualquier parte). (5) Los que solo saben sobrevivir en su tierra y su cultura están en guerra con los que cuentan con capacidades, habilidades y recursos para adaptarse a cualquier lugar.

Mauricio Macri y su Gobierno prometieron dejar atrás los efectos

del estatismo y el populismo que marcaron la primera década del siglo XXI en los países del Cono Sur. El Papa conduce una organización planetaria con una misión global. Como indica su etimología griega, la Iglesia es *katholikós:* universal, a diferencia de las iglesias nacionales o reformadas. Pero hoy el concepto globalizador católico, nacido como proyecto universalizador de la caridad y de la igualdad, es denunciado como máscara y baluarte de la desigualdad. El anclaje de las ideas de Bergoglio en una de las formas más elaboradas de un nacionalismo atento a la dinámica de tensiones entre lo global y lo local, como es el pensamiento latinoamericano de la teología de la liberación, convierte al Papa Bergoglio en hombre de su tiempo.

La narrativa contextualizada de las relaciones de Bergoglio con el Gobierno de Macri da cuenta también de un aprendizaje de dos décadas del arzobispo y el pontífice. En esos veinte años, ensayó caminos que le significaron algunas derrotas, si se las mira desde la pelea por el poder. Perdió con el duhaldismo, que ayudó a instalar en 2002. Perdió con el experimento electoral de 2007 en la Ciudad de Buenos Aires, donde era arzobispo, al apoyar una candidatura perdidosa de Jorge Telerman, que llevaba a Elisa Carrió como aliada. Y perdió otras batallas, como la unión civil y el matrimonio de personas del mismo sexo de 2010, o la reglamentación sanitaria de los protocolos para el aborto no punible también de 2010.

El aprendizaje de Bergoglio, como se relata en las últimas páginas de este libro, fructificó cuando fue Papa Francisco. Enfrentado con el Gobierno de Macri, ganó batallas impensadas. En 2015, logró que el peronismo no continuase en el poder, valiéndose del instrumento discreto, pero no inaudible, del púlpito para descalificar a Aníbal Fernández, candidato a gobernador bonaerense.

Al Gobierno que en 2015 sucedió al peronismo, Bergoglio lo guio a superar contradicciones históricas y convertir en ley políticas firmes y perdurables en favor de los excluidos. Fue así como el Congreso argentino aprobó, con el voto de mayoría y minorías, la Ley de Emergencia Social (o Ley de la Economía Popular), de 2016, o la Ley de Expropiación de la Tierra donde se asientan las villas, de 2018.

De la relación del Papa con el presidente, que solo explican los dobleces por los que transita la política líquida del siglo XXI, surgió una Argentina más pacífica que la que se esperaba. La paz en las calles de los años de Macri en el gobierno es responsabilidad de Bergoglio a través del mandato a sus representantes en las organizaciones sociales.

Cuando en marzo de 1939 monseñor Eugenio Pacelli, que había sido nuncio vaticano ante el Gobierno de Hitler, asumió como Papa Pío XII, el jefe de la delegación argentina lo saludó con entusiasmo. Miguel Ángel Cárcano le dijo: «Mis compatriotas se hacen la ilusión de que tenemos un Papa argentino». Pacelli asintió: «Sí, soy argentino».

Cárcano era embajador en Francia y presidía en Ciudad del Vaticano una delegación nacional que incluía a monseñor Andrés Calcagno, vicario general del Ejército. Pacelli había visitado la Argentina durante el Congreso Eucarístico de 1934. En esos días, en el Teatro Colón, Gustavo Martínez Zuviría, numen del autoritarismo intelectual de la época, que firmaba sus novelas con el seudónimo Hugo Wast, pronunció un discurso por el Día de la Raza. El futuro Papa lo escuchó decir: «Hay que confesar, digámoslo con seguridad y orgullo, que Buenos Aires, y cuando digo Buenos Aires digo la Nación, y digo nuestra América y digo nuestra raza, se ha puesto de pie, para seguir a Cristo y librar bajo su pabellón las supremas batallas contra las puertas del infierno, por la fe, por la familia, por la patria. Sí, señores, la Nación se ha puesto de pie». Estaba también presente, y aplaudió, el presidente de facto Agustín P. Justo.

Desde las entretelas del clericalismo criollo, poco sorprende que el siglo XXI tenga un Papa argentino. La elección de Bergoglio pudo madrugar al público global, pero nunca a su país. En la década de 1970, ya había un compatriota en lo más alto de la jerarquía de la Iglesia universal: Paulo VI había trasladado a Roma al cardenal Eduardo Pironio, que en Buenos Aires sufría amenazas a su vida por ser uno de los aportantes a la teología de la liberación. En 1978, Pironio ya estaba en el bolillero del cónclave que eligió a Juan Pablo II. (6)

En su best seller *Eminencia,* el novelista australiano Morris West había dado carne en 1998 a la posibilidad de un Papa argentino con el personaje de Lucca Rossini. Este príncipe de la Iglesia trasunta rasgos atribuibles a Bergoglio, aunque en aquel año el futuro Papa era auxiliar de monseñor Antonio Quarracino en el Arzobispado porteño. En la intriga novelesca, Rossini es un cardenal argentino que emigra a Roma: las Madres de Plaza de Mayo lo han señalado por su dudosa actuación durante la dictadura militar. Tras la muerte Juan Pablo I, en la fábula de West, Rossini llega ser elegido Papa. Sin embargo, no acepta la decisión del cónclave en un discurso de amarga autocrítica: «Acepté las penitencias —dice— que se me impusieron: el exilio permanente de mi patria, honores que no merecía, una disciplina de silencio sobre lo que se había hecho en mi país y la connivencia de mi Iglesia, la Iglesia de vosotros, hermanos míos, en estos actos». (7)

En el universo de nuestra cultura hemisférica, la Iglesia tiene una comprensión casi totalizadora, como entorno formativo y configurador de creencias colectivas, que no es fácil de racionalizar. Por eso compromete a cada individuo con una experiencia personal intransferible. El cristianismo nació como la fe de los desposeídos, de aquellos sin confesión religiosa que los comprendiese. Como lo demuestra Robert Knapp, nació en los intersticios que dejaban el

monoteísmo hebreo y el politeísmo grecolatino. (8) Esto determina que tenga un significado distinto para cada persona, cada país o cada momento de la historia. Ha sido necesario en sociedades injustas, y quizá no lo sea tanto en aquellas que han alcanzado seguros niveles de igualdad. No es lo mismo la Iglesia que evangelizaba en la América de hace quinientos años que la que promovía guerrillas en la selva tropical de cincuenta años atrás. No hay la misma necesidad de Iglesia en sociedades abiertas, donde se discuten los fueros de la sexualidad, que en aquellos lugares donde produce mártires. Como Medio Oriente, donde degüellan a cristianos por el solo hecho de serlo. O China, donde ya ni se pueden contar cuántos son los casos de cristianos perseguidos con la reclusión, la muerte o la desaparición.

Este libro ha sido pensado y escrito desde la perspectiva estricta de la política, entendida como la lucha para ganar, mantener y perder (o no) el poder. No indaga sobre cuestiones eclesiásticas, pastorales o dogmáticas; tampoco sobre los conflictos de la institución que superan lo político, como la descomunal crisis mundial de los miles de casos de abusos sexuales cometidos por religiosos y encubiertos por las jerarquías eclesiásticas. Tamaña desgracia pone en vilo a la Iglesia y a sus fieles y revela el costado más oscuro de las organizaciones cerradas. No hemos incursionado en aspectos de la biografía de Bergoglio que son objeto de polémicas aún no cerradas por la investigación histórica, como su actuación en los años de la represión clandestina bajo el Gobierno peronista de 1973-1976 y bajo la dictadura militar que terminó en 1983.

Al investigar la vida política de Bergoglio, mantuve más de un centenar de conversaciones de trasfondo con protagonistas y testigos de los hechos narrados y, espero, explicados en el libro. Conversamos bajo el compromiso de confidencialidad; guardo registros escritos y de audio de esos testimonios.

No es fácil escribir acerca de política, pero todavía menos lo es sobre cuestiones eclesiásticas. La Iglesia es una organización cerrada, que presume de conducirse con sigilo en un mundo al que debe combatir como sede del demonio, el pecado y la carne. Sus personeros no suelen honrar la búsqueda de la verdad como misión principal de la tarea intelectual. Cuando hablan, encubren, omiten. Y aun mienten, aunque sea un pecado condenado en los mandamientos. Desde los fueros del periodismo, se los perdona. La Iglesia profesa una doctrina de la verdad anterior a los estatutos modernos de la libertad. Es por ello por lo que sus representantes temen a los medios y a los periodistas. Creen, como Bergoglio, en la falacia manipulatoria, según la cual los medios de comunicación dominan y manejan al público; creen en la censura, porque descreen de los beneficios de abrirse a la verdad como finalidad suprema de la razón.

La dimensión casi incontrolable del territorio de la investigación y los repliegues de los actores acrecentaron las dificultades. Cada tema y cada persona, cuando se ahonda dentro de la Iglesia, resulta ser como una cebolla. Uno saca una capa y aparece otra, y otra, cada una con una exigencia nueva de descripción e interpretación.

Ante tales dificultades, compensa, sin embargo, la materia misma: la Iglesia. Una institución que, a pesar de las trampas de la fe, promueve un proyecto revolucionario (y pendiente): el de la caridad. Bergoglio significa un cambio, porque busca imprimirle un giro a la Iglesia para que nunca más abandone, como en muchas etapas pasadas de su historia, el proyecto de la caridad. Lograrlo no depende solamente de su deseo personal, sino de la voluntad de una organización.

Nuestra investigación significó sumergirnos en lecturas enriquecedoras y en la conversación con decenas de personas notables por la pasión y el amor que le ponen a su experiencia. En esa frecuentación está la recompensa que obliga al agradecimiento a todos quienes, en varios lugares del mundo, para que este libro fuera posible, se prestaron a conversar con un creyente informal cuyo único título es el de monaguillo mandato cumplido.

También debo agradecer a los editores Martín Sivak y Alfredo Grieco y Bavio por la ciencia y la paciencia que le pusieron a la elaboración del texto final. Y como en todo, a Trini Vergara, primera y última lectora de todo cuanto escribo.

IGNACIO ZULETA

Buenos Aires-Ciudad del Vaticano-Pilar-Madrid-José Ignacio-

1. Encuesta de satisfacción política y opinión pública, Universidad de San Andrés, mayo de 2018.

2. Monitor de credibilidad, Taquion & Trespuntocero, junio de 2018.

3. Señalo como las biografías más completas los libros de Austen Ivereigh, *El gran reformador. Francisco, retrato de un Papa radical,* trad. de J. Estrella, Buenos Aires, Ediciones B, 2015, y Massimo Borghesi, *Jorge Mario Bergoglio. Una biografia intellettuale, Dialettica e mistica,* pról. de Guzmán Carriquiry Lecour, Milán, Jaca Book, 2017.

4. «Nessuno si deve sentire escluso dalla Chiesa: Incontro con monsignor Forte sull'Esortazione di Papa Francesco *Amoris Laetitia*», en *Zonalocale,* 3 de mayo de 2016, disponible en línea: <http://www.zonalocale.it/2016/05/03/-nessuno-si-deve-sentire-escluso-dalla-chiesa-/20471>.

5. Uso estos términos en el mismo sentido que David Goodhart en su libro *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics,* Londres, C Hurst & Co, 2017.

6. Un testimonio de esa eventualidad figura en los informes que el jefe de la delegación chilena en la mediación con la Argentina por el tratado del Beagle dirigía a sus autoridades de Santiago. En julio de 1978, Argentina había ganado la Copa del Mundo de fútbol, y en agosto había muerto Juan Pablo I. «El entusiasmo deportivo —relata el negociador— había revitalizado el tradicional y fuerte nacionalismo transandino, al punto de que hasta se especulaba con que el sucesor del Papa Paulo VI sería un cardenal argentino» (Ernesto Videla Cifuentes, *La desconocida historia de la mediación papal. Diferendo austral Chile/Argentina,*

Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1978, p. 141).

7. Morris West, *Eminencia,* trad. de F. Mateo, Buenos Aires, Ediciones B, 1990.

8. Robert Knapp, *The Dawn of Christianity: People and Gods in a Time of Magic and Miracles,* Cambridge, Harvard University Press, 2017.

EL PERSONAJE

1. TEORÍA DE BERGOGLIO

Una tarde de 2010, Cristina de Kirchner le dijo a Jorge Bergoglio: «Al final, el año que viene nos vamos los dos. Yo termino mi mandato y usted tiene que jubilarse». Un poco forzados, los dos celebraron la humorada, pero ninguno de los dos se fue: el año siguiente ella fue reelecta presidente de Argentina y en 2013 él se convirtió en el nuevo Papa de la Iglesia católica.

Se discutirá siempre si fue obra del Espíritu Santo, del cálculo político o de la suerte. Con el resultado en la mano, que el cónclave votara por Jorge Bergoglio parecía una elección anunciada, además de querida por muchos de los compatriotas del cardenal. Era un moderado, perfil que buscaba la Iglesia tras dos papados ultraconservadores. Es argentino: cuenta con la bendición de la especie y el olfato de baqueano pampa para moverse por el ancho mundo, destino de tantos argentinos fuera de la Argentina. Es un político y además peronista.

Bergoglio es además italiano por herencia: sabe sobreactuar su linaje para amortiguar el golpe que su elección asestó a la curia romana. La Iglesia no quería más papas septentrionales como el polaco Juan Pablo II (1978-2005) o el alemán Benedicto XVI (2005-2013), pero no pudo resistir el embate meridional de los obispos americanos al acercar a un renovador venido de la periferia. (1) Bergoglio sumaba la procedencia tercermundista a su origen familiar italiano. En Italia lo consideran un compatriota, y él honra este trato con la buena intención de hablar, aunque lo haga con dificultades de eterno aprendiz, la lengua de la diócesis de Roma, de la que el Papa es obispo. Su italiano raya con el cocoliche. Bergoglio enriquece la lengua de Francisco de Asís con argentinismos. Los seguidores de ese léxico señalan el aporte papal a la prosa italiana de términos y giros *como primerear, balconear, aguante, ningunear, pasarse de rosca, pescar una idea, hacer lío, empacharse y misericordiar, rosquear, sacar el cuero, tener cara de vinagre, salir de la cueva o cuidarse de los mercachifles.* (2) Algunas de esas palabras fueron exaltadas por Bergoglio del uso vecinal a conceptos teológicos, como «primerear». En la exhortación *Evangelium Gaudii,* dice: «¡Atrevámonos un poco más a primerear!», y hace debutar otro lunfardismo, de origen futbolístico —«aguante»—, cuando dice que «la comunidad evangelizadora [...] sabe de esperas largas y de aguante apostólico». (3)

El sesgo político de la actuación papal es singular y formula enigmas que este libro quiere desentrañar. Antes de ser Papa, durante quince años, Bergoglio fue arzobispo de Buenos Aires y, después, cardenal primado de la Argentina. Gobernó, sin embargo, en minoría

ante el resto del Episcopado nacional, que lo arrinconó en momentos clave: cuando en 2010 el Congreso discutió y finalmente legalizó el matrimonio igualitario, Bergoglio había militado por la moderación contra los ultraconservadores que exigían una guerra cristera.

Entre 2003 y 2015, vivió enfrentado con el Gobierno peronista que administraba el país. Una contradicción en la superficie: el jesuita era un hombre de hondas simpatías ideológicas y metodológicas con el peronismo, que se referenció en las ideas de ese partido, que protegió a peronistas perseguidos y que siempre se identificó con la teología de la liberación, de matriz latinoamericana y primer producto político brotado del Concilio Vaticano II. Con protagonismo importante, aunque discreto, en la década de 1970, este religioso se plegó a la versión argentina de esa corriente. La llamada Teología del Pueblo argentina se aparta de la raíz de la teología de la liberación, que es el análisis marxista. Esta elaboración de teólogos y sacerdotes argentinos significaba un acercamiento al peronismo, con el cual la Iglesia oficial seguía en pie de guerra desde las movilizaciones de la grey católica que precedieron a la caída de Juan Perón en 1955. (4)

A la reconciliación con el peronismo de una nueva generación de católicos alentaba el recalentamiento de la Guerra Fría en el Cono Sur. (5) El tercerismo peronista ofrecía un atajo muy argentino y oportuno para tal reconciliación. En esta tercera posición confluían todas las vertientes del pensamiento nacionalista: desde el nacionalismo oligárquico que había ayudado a voltear a Perón hasta ese nacionalismo peronista referenciado en escritores que, sin ocupar lugares centrales en él, habían sido muy cercanos al régimen de 1946-1955, como Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche. De ahí el compromiso del léxico de Bergoglio con las premisas del mito de la «Patria Grande» y sus corolarios sobre la «línea nacional y popular» que abraza la nueva generación de sacerdotes en los años setenta en la Argentina.

Bergoglio aplicó sus esfuerzos a contener los excesos de ese último Gobierno peronista con el mismo énfasis con que desmontó la ingeniería que había construido su antecesor en el cargo. El arzobispo Antonio Quarracino había entablado oscuras relaciones con el sistema peronista anterior, el de los años noventa. Los personeros de Menem combatieron a su sucesor con la misma agresividad y aun violencia que los del ciclo Kirchner.

Venció a esos dos sistemas haciendo política, un terreno en el cual enfrentó a adversarios de mayor fuerza instrumental y, presumiblemente, de más oficio. Logró lo que en la historia de la Iglesia católica muy pocos pudieron hacer: llevar el estilo, la forma y el fondo de una Iglesia nacional al corazón del Vaticano. Los dos últimos pontífices, Juan Pablo II y Benedicto XVI, sin ser italianos, se

habían ajustado a los cánones romanos. Bergoglio instauró un nuevo formato: la versión argentina de la Iglesia latinoamericana, la teología de la liberación en una etapa superior y refinada, la teología del pueblo argentina. No parece exagerado concluir que Bergoglio llevó a la conducción de la Iglesia la versión peronista del nacionalismo argentino. Audacia extraordinaria, que le ha valido nuevos amigos y renovados adversarios, diferentes a los que había conocido antes de instalarse en Santa Marta.

Bergoglio desplegó astucia y paciencia sobresalientes. Necesarias para resultar coronado, siendo un sacerdote jesuita, con la tiara papal en la monarquía electiva vaticana. Un jesuita: un maldito para la jerarquía eclesiástica secular. La Compañía de Jesús nunca había puesto un pontífice. Y Bergoglio había sido expulsado a la periferia de la periferia al apartarse de su congregación y de las jerarquías durante años difíciles. En el filo entre los años ochenta y noventa, había llegado al pozo de la soledad y del desamparo como confesor de jesuitas en Córdoba, después de haber sido en Argentina el provincial de la orden durante años cruentos. Como en las gestas legendarias e iniciáticas, descendió hasta el fondo y, de ahí, subió a las alturas del papado. De la máxima debilidad al máximo poder.

En esa marcha ascendente, intervino en todas las coyunturas de la política de su país como actor principal. Pero si se busca «Bergoglio» en la bibliografía que relata y analiza la historia contemporánea de su país en esos años, son escasas las referencias a su persona o su acción. Ni en el índice analítico de nombres de esa bibliografía parece figurar. Recién cuando es Papa se desencadena un alud de obras sobre su tarea y su personalidad: hasta entonces, era un actor anónimo, secreto, que operaba en la clandestinidad y sin mostrarse, con el sigilo de una mano invisible que mueve los hilos.

Su capacidad de manejo de las personas y el tipo de liderazgo que desarrolló en esa marcha hicieron que Bergoglio fluyera en los momentos importantes de la Argentina contemporánea: una historia que hay que reconstruir a partir de los fragmentos de su acción que quedaron pegados a cada momento.

Como político, perdió y ganó, pero siempre influyó y dejó la marca de su estilo. La acción encubierta fue su táctica. Algo cómodo en una organización sectaria como la Iglesia, que fomenta el misterio, el secretismo, el esconder hechos, personas y palabras detrás de enigmas, muros conventuales o sotanas. La estrategia de Bergoglio es compleja. Se nutre de manuales clásicos, como el del capitán británico B. H. Liddell Hart, que el pontífice suele recomendar y sabe aplicar con primor.

En 1929, Liddell Hart publicó el libro *The Decisive Wars of History,* que después, revisado, sería la primera parte de otro libro más

extenso, publicado en 1941 bajo el título *The Strategy of Indirect Approach* y reimpreso en 1942 bajo un tercer título, más asertivo, *The Way to Win Wars*. Una nueva edición, revisada y aumentada, fue publicada en 1954 bajo el título *Strategy: The Indirect Approach*. Su pensamiento rehúye o reniega de los principios de clásicos más establecidos, como Carl von Clausewitz. En ese libro, Liddell Hart expone cómo ganar batallas: nunca con un ataque frontal, siempre con movimientos de aproximación indirecta, sin hostigar jamás el centro de poder del adversario, sin jamás obligarlo a defenderse. El objetivo táctico es aislar y destruir al líder enemigo, condición suficiente para dispersar a la tropa. Queda erradicado el concepto de victoria total. Liddell Hart despliega corolarios muy imaginativos, que han inspirado a sus seguidores. Su máxima más citada es: «Un estratega debe pensar en paralizar, no en matar». (6) En la Argentina fue muy leído. La versión en castellano de la Biblioteca del Oficial del Círculo Militar es una de las pocas ediciones hoy disponibles. Fue libro de cabecera de muchos nacionalistas argentinos y es uno de los predilectos Bergoglio, cuya lectura suele recomendar a quienes lo visitan: «Búsquenlo, no lo van a encontrar en las librerías, pero está en Internet, y a veces aparece en Mercado Libre».

Según Liddell Hart, dos conceptos estratégicos están predestinados al fracaso: guerra total y victoria. Todas las campañas exitosas de la historia, afirma este teórico británico, se han basado en lo contrario: en lo que él llama *estrategia de aproximación indirecta* al objetivo, que busca envolver al adversario, debilitarlo, esmerilar su liderazgo y sorprenderlo hasta que se declare, por sí solo, vencido. El principio básico de la estrategia militar del autor es «concentración de fuerza contra debilidad». Liddell Hart fue uno de los predilectos del historiador revisionista Julio Irazusta, hermeneuta de Juan Manuel de Rosas.

Para Francisco, es el mejor GPS para entender su método de acción pública, aunque no incluyó al autor en la lista de libros de cabecera que armó a pedido del vespertino milanés *Corriere della Sera*. El ejemplar personal de Bergoglio le llegó cuando más se acercó a algún tipo de militancia y de manos de uno de sus socios políticos y conductor de la agrupación Guardia de Hierro, Alejandro Álvarez. Ha salido en préstamo de su biblioteca para amigos seleccionados y cada vez ha sido celosamente recuperado. Este manual de cabecera es la primera recomendación para quienes le piden inspiración y consejos; entre ellos, muchos políticos, como Daniel Scioli, que lo leyó en la pantalla de su celular en una versión que sus secretarios le descargaron de Internet y que después consiguió el libro en papel.

Quien lea la teoría de Liddell Hart va a entender paso a paso los gestos aparentemente contradictorios del Papa. La doctrina estratégica

del ex capitán británico se complementa con fórmulas ligadas de manera estrecha al método ignaciano, como la meditación, el discernimiento, la metáfora geométrica aplicada a las situaciones. Su emblema es el poliedro.

Densidades teóricas: el poliedro

La metáfora del poliedro, que Bergoglio cultiva en todas sus teorizaciones de modo recurrente, es una manera original y persuasiva de superar una dialéctica que bloquee y destruya a alguno de los términos en disputa. «Cuando habla de la cultura del encuentro, uno de los lemas de sus campañas como obispo de Buenos Aires y después como Papa, hay una aceptación, casi liberal se diría, de la diversidad como riqueza. Francisco en esto innova frente al pensamiento heredado. Se aparta del marxismo porque no entiende al mundo como una pirámide, ni como una esfera, como sugiere el pensamiento globalizador del siglo XX. Su visión es la de un mundo interconectado sin un centro dominante sobre la periferia. Ahí recurre a la figura metafórica del poliedro, que se construye por la confluencia de las parcialidades, y ahí está la originalidad de un proyecto que es de conocimiento más que de construcción social». (7)

La figura del poliedro es un intento de representación de la realidad, que busca superar la visión dialéctica, en la cual un factor se contrapone a los otros en el juego de tesis y antítesis, solo superable a través de la síntesis. La apelación al poliedro es imaginar la realidad como un conjunto donde los elementos no se definen por oposición, según formula el estructuralismo, sino por complementación. Cada faceta del poliedro convive con las otras y contribuye al entendimiento del conjunto. La visión dialéctica que hunde sus raíces en el pensamiento idealista ha sido siempre un problema para el pensamiento católico, porque es portadora del principio de la lucha de clases, que derrumba la hipótesis tradicional de la historia como camino ascendente hacia el Reino de los Cielos. (8)

Así lo explica uno de los hermeneutas más finos de Bergoglio: «Bergoglio avanza hacia una síntesis superior que no borra las tensiones, sino que las comprende, vivifica, hace fecundas y las abre al futuro. Pues, como ya dije, para él el modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja las confluencias de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad». (9)

Este personaje silencioso, casi una caricatura de esos jesuitas que la historia representa como estudiosos, fanáticos del poder, capciosos en la negociación, pero violentos en las decisiones, ha sido uno de los

ejes de la política argentina en la última década. Como ocurre con los políticos profesionales, son miles quienes creen gozar de una relación personal, familiar, aun íntima con él: dirigentes, sindicalistas, artistas y operadores de mil ramas han pasado por su despacho de puertas más que abiertas, del que salían fascinados con el anfitrión, que les había transmitido la consigna del secreto. Ni hablar de la trascendencia hacia el debate público, que siempre reservó para el púlpito.

Bergoglio alardeaba de no leer los diarios, pero cuando la residencia del Arzobispado de Buenos Aires dejó de ser su domicilio, se ocupó de cerrar la cuenta del quiosquero que le acercaba *La Nación.* Como los conservadores criollos —Perón, por ejemplo—, leía este diario recién a la noche. Como obispo, se nutría además de un completo servicio de prensa que atiende especialmente a ese diario que presume ser el vocero de la burguesía argentina. Le obsesionaban los comentarios a las notas que dejaban los lectores en la edición digital: él y sus asesores los consideraban una tabla de mareas útil para nutrir sus decisiones.

Bergoglio asegura que tampoco mira televisión, un medio que —dijo— le hacía perder el tiempo, aunque como obispo y como Papa se haya beneficiado de un uso refinado y eficaz de ese electrodoméstico. «Cuando uno se deja inundar por la información, termina siempre menos informado», acostumbra a replicar acerca de la necesidad de hacer trascender sus tomas de posición.

Como los políticos tradicionales, Bergoglio solo habla con periodistas amigos, a los que siempre pide silencio. Como religioso, descree de los beneficios de la libertad de información. Como católico, no reniega de las hipótesis más vetustas sobre los presuntos peligros de los medios en la manipulación de las conciencias. Esa percepción decimonónica sigue muy enraizada en la política argentina, particularmente en los movimientos autoritarios. La Iglesia y el peronismo lo son, y por eso juran guerra santa a los medios que basan su predicamento en ser la expresión de la sociedad. Ese pensamiento premoderno es anterior a las enmiendas constitucionales de los Estados Unidos y de la Argentina. Aun así, el magisterio líquido del Papa Francisco se ha visto beneficiado por los medios libres que él mismo descalifica cada vez que puede.

Bergoglio, poliédrico y radial

La construcción del equipo Bergoglio es también poliédrica y radial. Bergoglio inventa operadores; desde el poder que le da su liderazgo, primero como obispo, después como Papa. Ejerce un atractivo especial y poderoso sobre personalidades que a su vez también tienen capacidad de liderazgo. No les toma examen profundo; es un

observador meticuloso de conductas: convoca a esos operadores y los dota de poder con la misma sencillez con que se los quita cuando han emprendido un camino inadecuado. Este tipo de vínculo es muy común en la política. El armado de equipos se hace a partir de los proyectos personales de cada participante. En este formato, se acepta y se consiente la autoridad de quien puede dar mejores soluciones a la misión emprendida. La relación nace en la comunión de objetivos comunes, pero a estos objetivos los conforman tanto metas objetivas como deseos subjetivos. Resulta usual, entonces, que un liderazgo sea aceptado en el tiempo que dura la coincidencia de las metas objetivas y se haga trizas cuando los deseos subjetivos del líder entren en contradicción.

De ese entramado están hechas las relaciones políticas entre personas, que nunca son permanentes, salvo cuando perdura en el tiempo la comunión entre metas objetivas y deseos subjetivos. Por eso los políticos buscan blindar la relación para volverla perdurable, confiable, echando mano de mecanismos propios de la vida militar. La militancia política o confesional se nutre de la obediencia y del mando, de la aceptación sin discusiones de un programa prefijado. Todo apartamiento del plan se castiga severamente. Como hace un Ejército con los desertores, condenados a muerte en tiempo de guerra. O como hace la Iglesia con el heterodoxo, que es apartado de forma drástica del rebaño con la excomunión.

Durante la última década, Bergoglio se comportó como un peronista disidente. A su militancia le falta certificación fehaciente, pero los peronistas siempre lo han considerado tropa propia. En lo formal, admiten que el contacto más fuerte ocurrió en los años setenta, cuando Bergoglio integraba la conducción de la Universidad del Salvador, alta casa de estudios de la orden jesuítica, comandada por el licenciado Francisco Piñón. En los comienzos del último turno militar, un núcleo peronista tomó posiciones en esa casa, encabezado por el «Gallego» Alejandro Álvarez.

El episodio motivó que se le haya atribuido a Bergoglio haber integrado Guardia de Hierro. Los sobrevivientes de aquellos años reconocen alguna tonalidad de «guardián» en aquel Bergoglio, pero hoy admiten que la del jesuita nunca fue una militancia activa.

La marca de 2001

Durante la crisis de 2001, en las postrimerías del delarruismo, Bergoglio animó la mesa del Diálogo Argentino que organizó Carmelo Angulo, embajador de España. Allí emprendió su sendero crítico sobre los gobiernos que siguieron. El rol más visible lo cumplió después de 2003, cuando en el Tedeum del 25 de mayo de 2004 le leyó a Néstor

Kirchner una minuta de reproches. El santacruceño montó en cólera y ordenó que nunca más la cúpula del Gobierno asistiera a esas celebraciones, que migraron a las provincias.

Nunca habló Bergoglio en público de sus disidencias, que derramó ante infinidad de visitantes. La más fuerte fue cuando definió a Kirchner como gobernante irreligioso y, por eso, como su adversario. Alguno escuchó de su boca, casi secreto de confesión: «Estos se van a ir no con veinte muertos como De la Rúa, sino con doscientos…». La confrontación creció hasta lo insoportable. Kirchner les decía a los suyos que Bergoglio era el verdadero jefe de la oposición. Rozó el sacrilegio cuando dijo en público: «Nuestro Dios es de todos, pero cuidado que el diablo también llega a todos, a los que usamos pantalones y a los que usan sotanas».

Circulan anécdotas en las sacristías sobre el ingenio con que el cardenal se protegía de las temidas escuchas clandestinas de los servicios de espionaje estatal durante los años Kirchner. Del pequeño despacho en la sede del Arzobispado de Buenos Aires donde recibía a los visitantes, retiraba maletines y bolsos que —creía— podían ocultar cámaras y micrófonos. Como un lector de novelas de espías, encendía una radio que tenía ahí cada vez que la charla se ponía caliente: viejo recurso que impediría, por la mezcla de los sonidos, que la conversación quedara registrada. Entre las conjeturas más ominosas que también se repetían en capillas y oratorios, estaba la de que Bergoglio acomodó su vida —austera, cocinándose él solo la pitanza— a la resignación de que su entorno podía ser penetrado por algún servicio de inteligencia, a través de algún pez de aguas profundas, quizás una dama.

Esta puja mejoró mucho con la llegada de Cristina de Kirchner al poder. Pastoral, Bergoglio rezó una misa en la catedral cuando murió el ex presidente. Antes, ella se había pronunciado contra el aborto; uno de los mensajeros fue Juan Carlos Blumberg, que se lo dijo a Juan Pablo II en una audiencia privada en el Vaticano. La presidente nunca dejó de manifestarse como una creyente, con demostraciones conspicuas en Luján y en otros santuarios ante imágenes de la Virgen.

También supo Bergoglio que el Gobierno no había sido el autor de la Ley de Matrimonio Igualitario, que solo apoyó cuando había vencido las resistencias en el Congreso al proyecto de Vilma Ibarra y los socialistas. Que Néstor Kirchner fuera al Congreso a votar esa ley —la única para que creyó oportuno sentarse en su banca de diputado— debe haberlo entendido Bergoglio solo como gesto oportunista. En este tópico, que hoy las crónicas exageran como motivo de más peleas, actuó el Bergoglio moderado, que impugnó jugadas estridentes de un episcopado arrastrado por el ala conservadora y por uno de sus más fuertes adversarios internos, Héctor Aguer, obispo de La Plata. En esa

puja intestina, pudo conocer qué límites tenía su poder dentro de la jerarquía eclesiástica argentina.

Aguer le ganó al arzobispo porteño varias votaciones en la Conferencia Episcopal, mesa de obispos donde Bergoglio siempre fue minoría ante una mayoría conservadora. (10) Ya siendo Papa, Francisco apuró la aceptación de la renuncia del obispo platense apenas Aguer cumplió sus 75 años. En pocas semanas, encontró su reemplazante en la figura de monseñor Víctor Fernández, el religioso de mayor confianza de Bergoglio en el Episcopado. Aguer, un resistente, se negó a abandonar ciertas posiciones de su antiguo cargo y ha seguido predicando, desde su ángulo conservador.

Ante diversos proyectos legislativos, Bergoglio se mostró como el jesuita que era. Se enojó durante la gestión de Aníbal Ibarra con la sanción de la llamada unión civil por la Legislatura porteña, pero no exigió a legisladores propios que votaran en contra: «Esas son cosas temporales».

Más fuerte fue la actuación de Bergoglio en la destitución de Ibarra. La causa era Cromañón, pero el endurecimiento del arzobispo se remontaba a la autorización del jefe de Gobierno porteño a la exposición en La Recoleta de obras de León Ferrari, consideradas blasfemas por muchos católicos. Eso le había valido a Ibarra el reproche de «frívolo» y de antirreligioso; Bergoglio lo esperó en la bajadita y lo calzó con la tragedia de Cromañón: «Esto ocurrió porque nadie controlaba», sentenció. Su despacho se convirtió en terminal de las conspiraciones legislativas que armaban familiares de las víctimas, pero también dirigentes del peronismo porteño que en los años noventa habían sufrido al Ibarra fiscal, cuando los acusaba de corrupción. También venía a complotar el macrismo, que buscaba beneficiarse con la destitución de Ibarra. Este sostiene que la gestión de Bergoglio resultó clave para el final abrupto de su mandato. Fueron determinantes la relación del arzobispo con peronistas como Eduardo Valdés —defensor de víctimas de la tragedia— y con una red de legisladores que mantuvo un vínculo permanente con él.

Lo que armó Bergoglio en el Arzobispado de Buenos Aires tuvo la fuerza de un partido político transversal en las sombras. En sus bordes, tejió lazos familiares con dirigentes que, sin pertenecer al catolicismo, tienen convicciones religiosas, como Jorge Telerman. Con este beneficiario final de la caída de Ibarra, intentó Bergoglio incursionar en la política partidaria: en 2007, le armó una candidatura a jefe de Gobierno con personas de su cercanía, como Enrique Olivera y Elisa Carrió. Esa derrota en las urnas encaminó el futuro de las relaciones con el emergente Mauricio Macri, en cuyas listas Bergoglio siempre tuvo gente propia.

La algarabía unánime que ganó al país cuando en 2013 fue elegido

Papa convirtió a Bergoglio en el protagonista de mayor importancia de la Argentina contemporánea. Coincidió con la declinación del régimen peronista iniciado en 2003, que había colocado al país en estado de beligerancia política terminal, con una economía cerrada y sin salida a la vista, con un cepo cultural que reflejaron los intentos de control de los medios, la prensa y la Justicia. Su elevación al trono de San Pedro le quitó una mordaza a la sociedad, que en este monarca encontraba la instancia de apelación superior que hasta entonces faltaba a una autoridad presidencial que había buscado acapararlo todo y deslegitimar lo que no podía controlar. Los argentinos empezaron a mirar con más descaro a sus gobernantes. No parece errado vincular el cambio de sistema que advino, en diciembre de 2015, junto al Gobierno no peronista de Macri con el momento cultural abierto por el papado de Francisco, más allá de si este era peronista o no, o de si le gustaba más o no la figura de Mauricio Macri que la de Daniel Scioli.

Esta importancia inédita le hizo tomar nuevas posiciones. Siguió los dictados de su mirada estratégica y también pastoral. Un cuadrivio de frases expresa lo que, según unos, son los principios de su sabiduría indiscutible y, según otros, son reglas prácticas de sentido común para enfrentar la realidad: «La unidad es superior al conflicto», «el tiempo es superior al espacio», «la realidad es superior a la idea» y «el todo es más que la suma de las partes». Esas máximas explican actos suyos que si no parecerían contradictorios, como el no evitar mostrarse con personajes que confrontan entre sí o como la búsqueda a ultranza del equilibrio para cada situación.

Particularmente en la Argentina, esto lo ha puesto en el centro del debate político. Quienes conocen a Bergoglio, sus escritos, sus dichos y sus actos, nunca pueden sorprenderse de verlo recibir en el mismo día a Mauricio Macri y a Gabriel Mariotto. Señales contrarias y contradictorias que se entienden solo por la búsqueda de la unidad y por el pánico a la confrontación. Bergoglio actúa como Papa de manera diferente a como actuaba siendo obispo. Sabe que ahora cualquier maniobra de superficie —incluir candidatos suyos en listas partidarias o sugerir qué votar— puede frustrar la riqueza del capital que ha ganado como obispo de Roma.

El cristianismo es el grupo humano de clasificación no biológica más grande del planeta, solo superado en número por la colonia cibernética de Facebook. El Papa sabe que cualquier desliz que él cometa, o que sus adversarios le atribuyan, puede generar conflictos de puja religiosa que en la Argentina tienen memoria atroz, como la pelea de Juan Domingo Perón con la Iglesia en su segundo gobierno, que incluyó persecuciones y quema de iglesias. Ser obispo es ser el gobernador de una comarca que hay que administrar. Ser Papa es ser

un monarca libérrimo, de un reino universal que a nadie puede excluir, porque esa es la misión del catolicismo (en griego, *católico* es *universal*).

La novedad de un Papa argentino es un desafío para la interpretación política. Es seguramente el hecho social y político más importante de la Argentina contemporánea. Es difícil encontrarle un punto de comparación. El que acude a la vista son las guerras, por su capacidad de atravesar todas las capas de la sociedad con una hondura que no alcanzan los cambios de gobierno o de los modelos que intentan imponerse desde la política. La Argentina vivió dos en vida de Bergoglio, una interna y otra externa: la dictadura del Proceso y Malvinas. El hecho diferencial es que el Papa toca uno de los pilares de la sociedad entera, que es el entramado católico, y que afecta a creyentes y no creyentes. Cuando un acontecimiento conmueve a uno de esos pilares, sobrevienen transformaciones irreversibles que inauguran una nueva época. En este caso, tiñe, afecta, a quienes creen, a quienes no creen, a quienes profesan la fe de Roma y a quienes la combaten. Va más allá, resulta difícil percibirlo: es misión de profetas, políticos sabios o poetas. A periodistas y opinadores acaso les falten todavía categorías mentales para pensarlo y el lenguaje para explicarlo. Es uno de esos volcanes que estallan desde lo profundo y que lentamente van petrificando una nueva orografía.

Prueba de esa insuficiencia interpretativa es cómo dirigentes y políticos buscan el medro de la hora en la cercanía de Francisco. Abundan las víctimas del apresuramiento y de la tentación del oportunismo, que tumba las mejores intenciones. Hay que entender que la sola existencia del Papa argentino en la silla de Roma, sin que hable ni haga gestos, va a funcionar como el ordenador de conductas en un país desordenado. La Argentina no tiene partidos políticos con signos vitales, vive una crisis del sistema que convierte a cada elección en una puja de cuentapropistas que alcanzan sus cargos en extrema debilidad, incapaces de tomar medidas antipáticas. Eso los obliga a eludir las soluciones con alto costo político y a patearlas hacia adelante. Cada administración deja a sus sucesores una factura más cara para pagar, y esto convierte al futuro en una pesadilla. Puede ocurrir que en un momento ya nadie quiera hacerse cargo de esas mochilas. Del país de los gobiernos débiles, emerge este Bergoglio con un poder que jamás ha tenido ningún gobernante, poder al que ha dedicado toda su vida. Dirigentes sin más respaldo que el de los apoderados de listas únicas, que desde el poder construyen candidaturas hacia abajo —y nunca desde abajo hacia arriba—, convivirán con uno de los hombres más poderosos de la Tierra.

En torno a la figura del nuevo Papa, se encuadran los protagonistas sin que él los llame, sin que él los avale, sin que abra la boca. Cuando

hoy muchos de ellos no encuentran instituciones —partidos, organizaciones— para construir política, esa referencia va a ser un llamador natural: la convocatoria de una física social, la de un país que combate y debate en el área de cobertura de los videocables y donde las personas y los cargos de todos los poderes están cuestionados por falta de legitimidad.

Resulta superfluo ser creyente para entender que en un país así la instalación del poderoso Bergoglio a muchos les parezca una bendición. Para otros significa un factor de confusión, porque ese Bergoglio que conocían de cerca quienes lo trataban o lo leían ahora lo ven con el lente de aumento de la estatura papal. Les cuesta creer que esta mezcla de ultraconservador reformista y agitador villero sea el jefe de su Iglesia. Se extrañan de sus modos peronoides, se enojan con sus críticas al clericalismo, la Iglesia que se mira el ombligo y que funciona como una ONG o un sistema de reparto de premios y castigos por el cumplimiento o no del catecismo, que abre las puertas a los excluidos, los diferentes. Estos creen que la Iglesia los engañó, que Bergoglio no les cumple, y que han vivido en la Iglesia equivocada. Con paciencia, esperan que esto pase pronto y que la Iglesia vuelva a ser un factor de ordenamiento de la vida social. Que se termine este lío.

Quien cambió es Bergoglio. Les guste o no. Y su reforma en la Iglesia es una fina lectura de las condiciones de la sociedad líquida. Le permite entender esas condiciones, guardar el máximo poder en una de las pocas instituciones que sobreviven a la disolución de los pilares, antes sólidos, que estructuraban la visión del mundo.

Sin darse cuenta, durante más de medio siglo los argentinos tuvieron el privilegio de haber vivido con Bergoglio cerca. Lo podíamos encontrar en un vagón de la Línea A del subte como un pasajero más.

Acude a la memoria de su generación uno de los emblemas de la literatura católica pop del siglo XX, la novela de Morris West *Las sandalias del pescador,* publicada en 1968. El escritor australiano, que influyó en varias generaciones de hombres de fe, imagina que un Papa ucraniano, en plena Guerra Fría, se saca la tiara —símbolo tradicional de la monarquía papal— y anuncia en su asunción al papado que venderá todos los tesoros del Vaticano para atender a los pobres de la Tierra. ¿Podrá disolver los cuerpos de ridículos infanzones y alabarderos que parecen sacados de cuadros de Goya? ¿Se animará a echar a los falsarios, a quienes señaló tantas veces en sus homilías como primado de la Argentina?

Para escrutar eso, hace falta sumergirse en videos, homilías, libros y declaraciones de cuando Bergoglio era sacerdote y obispo. La eficacia de su fórmula se expresa con gran coherencia a lo largo de los años:

ultraortodoxia de una mano, y de la otra, una apertura a la agenda social con más convicción y éxito que todo el arco del populismo y lo que queda de las izquierdas. Ese rastreo de señas de identidad ha dirigido la atención hacia los verdaderos inspiradores de la doctrina Bergoglio según se la conoce hoy: muy cercana de la llamada teología de la liberación no marxista que desarrollan pensadores latinoamericanos, pero en un camino que se apartó de la inclinación hacia el marxismo de los fundadores.

La referencia más inmediata y obligada se halla en otro jesuita, el sacerdote español-salvadoreño Ignacio Ellacuria. Leyenda del pensamiento hispánico contemporáneo y mártir, fue asesinado en 1989 por militares y paramilitares en la Universidad Centroamericana de El Salvador junto con otros jesuitas. Su muerte espera aún justicia. España ha reclamado la extradición de más de una veintena de acusados de esa atrocidad, sin suerte hasta ahora. La asunción de Bergoglio seguramente acelerará este trámite.

Cuando Bergoglio expone sus ideas, hace hincapié en la dialéctica entre la piedad del pueblo y el relativismo ético de las elites intelectuales. Esa línea es la que expone Ellacuria en sus libros —el principal, póstumo, es *Filosofía de la realidad histórica,* de 1991— cuando habla del imperativo ético que obliga a los hombres a cargar con la realidad y hacerse cargo de ella. Habla de la historia como tradición «tradente», desplegando el pensamiento de su maestro, el español Xavier Zubiri, quien es, por su parte, vicario del pensamiento de José Ortega y Gasset y de Miguel de Unamuno (autor de *San Manuel Bueno, mártir,* de 1931, una de las grandes novelas sobre la fe). Quien haya leído a estos pensadores entenderá las palabras de Bergoglio. Esos escritores son los expositores de una visión romántica que distingue entre la historia, donde se localiza el relativismo moral de las modas que pasan, y la intrahistoria, una suerte de inconsciente colectivo donde late, en palabras de Bergoglio, la piedad del pueblo, en el sentido unamuniano del término, que nadie puede traicionar sin costo. Un repaso, aunque más no fuera, de los ficheros de esta bibliografía ayudará a peronistas y no peronistas a entender qué les toca vivir con este Papa.

Una mística cargada de literatura

El libro fundamental para entender lo que Jorge Bergoglio tiene de pensador es *La oposición polar* (1925), de Romano Guardini. Apenas fue elegido Papa, le pidió a uno de sus teólogos de cabecera, el jesuita Diego Fares, que redactara un prólogo para la edición de esa obra en la colección La Biblioteca del Papa Francisco que el diario *Corriere della Sera* vendió en los kioscos de Italia para difundir el cuerpo

doctrinario del nuevo pontífice.

Fares es uno de los intérpretes oficiales de Francisco. En su prólogo, destaca la afinidad entre el Papa argentino-italiano Bergoglio y el filósofo ítalo-alemán Guardini usando una expresión que comparten Paul Claudel y el teólogo Hans Urs von Balthasar: el ojo que escucha. Francisco y Guardini ejercen esa *mirada que escucha,* una ventana de sesgo fenomenológico, al concreto viviente, que es el otro, que es Jesús. Para Guardini —en visión que hace suya Bergoglio en escritos y pronunciamientos tempranos, pero que atornilla siendo Papa—, la vida se estructura de manera opositiva, y la verdad es el resultado de esas oposiciones polares. (11)

En esa mirada prevalece la renuncia del sujeto a sobrevalorar su mirada: así permite que el objeto gane espacio. En otras oportunidades, puede prevalecer el esfuerzo por contemplar al objeto fuera de sí mismo: así puede ampliar su comprensión. El método es una vuelta de tuerca de la mirada fenomenológica. Es «el arte de "limitarse" a sí mismo para poder ver y escuchar en toda su riqueza no ya un "objeto" que en buena medida resulta ser "una proyección del sujeto y de sus técnicas", sino el "viviente en concreto", que se abre y se revela aceptando el ser recibido y comprendido por el otro». (12)

Esa mirada la ilustra un relato de Bergoglio en una carta de 1986, que cita Fares. Cuenta que en un sueño vio que al hombre, cuando nace, le es dada una palabra que tiene un significado muy importante. Es siempre una palabra que tiene significado en sí misma, pero es también una contraseña para todo lo que sucede en la vida. Esa palabra es signo de fuerza y de debilidad, es una misión y un don, es una protección, una señal de seguridad, pero también un riesgo. «Todo lo que ocurre con el paso de los años es la traducción de esa palabra, es su clarificación, su realización. Y todo lo que sucede es porque le ha sido dicha esa palabra a cada ahombre, para que la comprenda y viva respetándola.» Su vida es una «aventura que consiste en encontrarse, desencontrarse y reencontrarse con la vida misma», afirma en uno de los apuntes para la tesis sobre Guardini que Bergoglio nunca escribió. (13)

Esta visión, que se acerca a una faceta poco mencionada en Bergoglio —la del místico—, tiene una fuerte carga cultural. Es la de sus lecturas de la poesía de Borges, que es el poeta que desarrolla la idea platónica de la palabra como continente de la realidad (el «Aleph», la rosa platónica de «El Golem»). Rara mixtura de una aspiración religiosa casi mística, aprovechando la ingeniería intelectual de un escéptico laico y descreído, casi blasfemo en algunas de sus creaciones de ficción, como era Borges. Este camino lo suscribe tácticamente Bergoglio cuando aprovecha el costado más rico de la filosofía de Guardini, que es la estética. En eso no puede ser más

tradicional, porque retoma el venero de la filosofía de la estética clásica (o lo que de pensamiento estético hay en la tradición cristiana, anterior en siglos a la aparición de la disciplina y aun a la palabra *estética*). «Il *verum* e il *bonum* vengono ristrutturati in funzione del *pulchrum.* È un ambito di mediazione fondamentalmente estetico» [*Verum* y *bonum* se reestructuran en función del *pulchrum*. Es un ámbito de mediación fundamentalmente estético], afirma Bergoglio.

Es un sesgo fenomenológico de esta suerte de *epokhé* que queda sintetizada en esta frase de Fares, que está considerado uno de los hermeneutas principales del pensamiento de Bergoglio: «E in questo discorso L'opposizione polare si inserisce come la presa di coscienza di tutto ciò che occorre per "aprire questo ambito" e "situarsi in esso", al fine di non dire parole che non siano la "Parola"» [Y en esta vía del pensar, La *oposición polar* se inserta como la toma de conciencia de todo cuanto obra para «abrir este ámbito» y «ubicarse en él», de modo tal de no decir ya más palabras que no sean la Palabra].

El rol de Fares como intérprete y expositor lo destacó el propio Bergoglio cuando lo sumó al grupo de escritores de la revista *La Civilt*à *Cattolica,* el órgano de expresión de la Compañía de Jesús que ejerce la vocería de Francisco hacia los círculos intelectuales.

Cuando asumió, Bergoglio consideró que debían incorporarse a ese grupo de la revista, que dirige su amigo y también vocero Antonio Spadaro, dos argentinos que, según cree, son quienes mejor lo entienden.

Uno es Fares, un jesuita de Mendoza que antes de sumarse a la redacción de esa publicación ejerció funciones en Buenos Aires como responsable de un hogar dedicado a la atención de ancianos en situación de calle.

El otro entre los «prestados» al cuerpo de redactores de la revista fue el sacerdote jesuita Juan Carlos Scannone, expositor clarísimo del pensamiento de Bergoglio y uno de los históricos de la llamada teología del pueblo argentina. Scannone ha sido durante muchos años profesor de la Universidad del Salvador. Lo conoce a Bergoglio desde su juventud y pasó un año como redactor prestado a *La Civilt*à *Cattolica*. De regreso a su residencia del Colegio Máximo, que es donde funciona la Facultad de Teología de la Universidad del Salvador, Scannone es llamado con frecuencia a Roma por el Papa para que participe con su palabra, que expresa la del pontífice con gran fidelidad, en reuniones privadas y públicas, como el Congreso de Economía y Ética que hubo en el Vaticano en octubre de 2017, presidido por el economista norteamericano Jeffrey Sachs.

Guardini, inspirador de una filosofía social

La lectura de Guardini es siempre clarificadora de los conceptos básicos de Bergoglio, de su mirada de la realidad y también de la acción política. La tarea del argentino como arzobispo de Buenos Aires se destacó por su defensa, reivindicación y recuperación de los excluidos por la pobreza y también de los invisibilizados desde el centro hacia la periferia: desocupados, ancianos, chicos de la calle, recolectores de basura o cartoneros, víctimas de la esclavitud laboral o del rufianismo.

Cuando fue Papa, llevó esa tarea al centro de sus preocupaciones con una de las principales novedades de su tarea política: asumir que la exclusión no es un accidente ni un error del sistema, sino que en el siglo XXI es algo intrínseco a sus características. Parece nuevo en un sacerdote, pero no en un discípulo de la teología del pueblo argentina. Si se ahonda en la biblioteca mental e intelectual de Bergoglio, tampoco es una novedad. Un escrito de su filósofo predilecto dice ya en 1946: «¿Qué es lo central en la época histórica inminente? […] Lo central es hacer sitio a aquellos que hasta ahora no lo tenían, a saber; a los trabajadores. […] Hacer sitio a cuantos no tienen una existencia formada en sentido burgués, a cuantos dependen de su salario diario, desempeñan una tarea parcial dentro del gran proceso económico de la producción y dependen totalmente de ella, en una palabra: a la masa».

Esto lo afirma Guardini en el contexto de la segunda posguerra europea, en 1946, con un país destruido y ocupado y sumido en la peor crisis de su historia. (14) Pudo leerlo Bergoglio en varias oportunidades en las cuales la Argentina vivía crisis semejantes, sea en los años cincuenta entre el peronismo autoritario y las dictaduras militares, sea en los años setenta de la violencia institucional, las guerrillas y la represión clandestina, o bien sea en la primera década del siglo XXI, en 2001, cuando el país vivió la depresión más grande de su historia.

Guardini describe los efectos del Estado represor de los totalitarismos europeos, endiosados por los dictadores y responsables de la destrucción y de la muerte de millones de personas que integran esa masa. El autor italiano adelanta en este escrito también la tesis de la despersonalización y de la indivisibilidad del hombre que reasume Bergoglio. «El hombre se ha convertido en un bárbaro. […] Está surgiendo un tipo distinto de hombre, un hombre para el que los individuos, por muchos que sean, carecen de importancia. […] No en vano en este preciso momento hace su entrada en el campo de la técnica el hombre asiático, para el cual de todos modos el hombre individual no significa nada. En esta lucha por dominar el mundo, el hombre asiático tendrá una falta de escrúpulos frente a la cual poco podrá hacer el hombre europeo». (15)

Las referencias a Guardini son variadas y numerosas en muchas de las facetas del pensamiento de Bergoglio. Su preferencia por las devociones populares por encima de las normas pastorales y litúrgicas convencionales tiene esa misma raíz. Una de las obras de juventud de Guardini es *El vía crucis,* un opúsculo que pone a la devoción popular que evoca el martirio de Cristo en un pie de igualdad con la oración litúrgica. Ese libro le costó críticas de la Iglesia y hasta el cese como colaborador del *Anuario de Estudios Litúrgicos.* Con los años, ese libro se convirtió en un clásico de la literatura religiosa y se ha usado como base de predicaciones y retiros. Bergoglio se plegó al impulso que los teólogos del pueblo les dieron a las devociones populares, una manera de hacer la hermenéutica del alma del pueblo que siempre ha pedido Bergoglio como método pastoral. Para Guardini, el Vía Crucis es «la más antigua y hermosa de las devociones populares», y su libro nació en el contexto de la dolorosa posguerra. «El estilo noble y severo del relato responde a la dureza de los tiempos en que fue escrito. En ellos, la fe y la esperanza de sus compatriotas se veían sometidas a pruebas extremas y necesitaban estímulos sobrehumanos». (16)

Desde ya que esta aproximación que hacía Guardini a las manifestaciones populares está emparentada con la formulación que hace en su obra de juventud sobre la filosofía de los contrastes. Es un ensayo de acercamiento a la fenomenología del primer cuarto de siglo para montar sobre esa mirada una teoría del conocimiento de los seres vivos. Se trata de una manera de reaccionar contra el relativismo historicista buscando un retorno a lo concreto. Hay que entender este camino, también, desde la filosofía bergsoniana y la intuición como vía de conocimiento. Su punto de partida es la mirada del concreto-viviente como fuente de tensiones internas, pero también de unidad. La polaridad es la forma estructural primaria de la vida, entendida como «unidad contrastada que forman ciertos ámbitos de sentido diferentes, pero correlacionados». (17) Guardini ha sido en eso un inspirador de la hipótesis del concreto-viviente, que es una de las bases de la mirada de la filosofía de la liberación que alimenta a la teología del pueblo. Los pensadores de esas corrientes, como Scannone, han desplegados corolarios de esa percepción, cuando hablan del universal concreto y el particular situado como base para entender una hermenéutica cargada de historicidad latinoamericana. Esos conceptos justifican el debate sobre la posibilidad de una «teología inculturada» en un momento de la historia universal. (18)

Guardini aporta un elemento conceptual imprescindible, que es la superación de la dialéctica, base de la teología de la liberación, comprometida con el análisis marxista que la escuela argentina rechaza, entre otras cosas, para no romper su compromiso de coyuntura con el peronismo.

Apenas asumió como Papa, Bergoglio le encargó a su edecán intelectual, Antonio Spadaro, director de *La Civiltà Cattolica,* que organizase una colección de los libros que influyeron sobre él. Son los veinticinco títulos cuya edición se encargó a expertos elegidos también por el Papa y que se vendieron como coleccionables del *Corriere della Sera.* Son lecturas muy de época, libros que circularon con cierto éxito en los años de juventud del Papa, relatos «técnicos» de San Ignacio, cuentos de inspiración jesuita, dramas de conversión, poesías, novelas distópicas y clásicos como Dostoievski, Hölderlin, Manzoni, Borges, Marechal, etcétera.

Spadaro presentó esa colección y explicó con detalle el significado de la selección. El análisis de esa serie podría justificar un tratado completo sobre la personalidad de Francisco. (19) Una biblioteca personal es como un diván que permite conocer y profundizar en el alma de quien le da forma.

El libro de Borges incluido en la selección de *Corriere,* a quien Bergoglio trató cuando era profesor de literatura en un secundario de Santa Fe, es la recopilación de su obra poética hasta el momento de su edición en 1963. Incluye su poema predilecto, «Everness». Leerlo en clave bergogliana da diván, aunque revele una identificación con un estilista del agnosticismo: «Solo una cosa no hay. Es el olvido. / Dios, que salva el metal, salva la escoria / y cifra en su profética memoria / las lunas que serán y las que han sido». (20)

«Lean algo de Cervantes, mucho, pero mucho *Martín Fierro,* y por supuesto, *Las sandalias del pescador,* de Morris West», le dice al visitante. No suele citar la última novela de West, *Eminencia,* que imagina que un cardenal argentino llega a ser «papabile» en Roma. Se entiende, es una de las novelas más frágiles de este ya frágil novelista.

En la primera reunión con Cristina de Kirchner, el Papa le pasó la lista de lecturas obligatorias. Entre ellas, la de Leopoldo Marechal, que es el Borges de los peronistas. El autor de *Adán Buenosayres* fue redescubierto después de un largo ostracismo por los peronistas de los años setenta, cuando publicó *Megafón o la guerra* (1970), que todos exaltaban como una alegoría de la lucha entre dictadores y fuerzas populares. Marechal se fascinó con la España de Francisco Franco, quien lo condecoró con la orden de Alfonso el Sabio. Por esa militancia, Marechal fue funcionario del Gobierno militar de 1943, como segundo de Gustavo Martínez Zuviría, alias Hugo Wast, otro nacionalista católico a quien se ha acusado de antisemita. Marechal se quedó en el escalafón del Estado hasta 1955, integrando la Comisión Nacional de Cultura, que es el antecedente de la secretaría de esa área. Escribió el canto de San Martín o «Cantata Sanmartiniana», que se entonó en el Congreso de Historia en Mendoza en 1950, el mismo escenario en donde el general había leído un año antes el texto que

luego firmó como «La comunidad organizada», un pergeño de ideas escrito a varias manos y que se atribuye a la pluma del padre jesuita Rubén Benítez y del pensador Carlos Astrada. Resulta obvio que en 1955 entrase en el ostracismo acusado de participar de un Gobierno que impuso la censura y persiguió a políticos e intelectuales opositores. Ese Marechal tradicionalista, nacionalista, católico, tomista, aristotélico es el que admiró siempre la Iglesia y lo impuso como lectura, y para Bergoglio es una referencia ideológica y también literaria. Fue un gran escritor, y así lo reconoció, en pleno peronismo autoritario, un gorila de manual como era Julio Cortázar, quien saludó, salvando distancias políticas, la publicación de *Adán Buenosayres* en 1948, poco antes de dejar el país perseguido por el peronismo, que lo había dejado sin cátedras por la misma política de la que participaba Marechal.

Con Ernesto Cardenal, Marechal y también Victoria Ocampo, Bergoglio comparte otra devoción literaria clave: el monje trapense Thomas Merton, poeta, místico y teólogo de la abadía de Getsemaní, Kentucky. Allí se formó Cardenal, y a la distancia lo leyó siempre Bergoglio. Cuando visitó Estados Unidos, incluyó una mención en el discurso del Capitolio y lo puso a la altura de Abraham Lincoln, Martin Luther King y la oblata y periodista Dorothy Day. Merton, dijo Francisco, «fue sobre todo un hombre de oración, un pensador que desafió las certezas de su tiempo y abrió horizontes nuevos para las almas y para la Iglesia; fue también un hombre de diálogo, un promotor de la paz entre pueblos y religiones». (21)

La lección del primer encuentro no cundió en Cristina, que en marzo de 2014 contó, al salir de la segunda reunión: «Le comenté al Papa que venía a la Feria del Libro y me pidió algo… Un autor argentino de origen francés, Leopoldo Marechal. El Papa me dijo que sería bueno que reconocieran a ese gran autor. Es más: me dijo que se llevó un ejemplar de uno de sus libros a Santa Marta».

Por donde se lo mire, con mirada piadosa o desde el análisis político, la exaltación de este personaje a la dignidad pública religiosa más importante del mundo es la coronación de un proceso excepcional. Sea por el camino de la persona de Bergoglio o por el esfuerzo de un conjunto que es la Iglesia, la designación de Francisco es una mundialización de la Argentina, su historia, sus ideas, sus utopías, sus mitos y valores políticos y culturales. Quienes creen que fue una señal del Espíritu Santo lo agradecen y lo celebran con unción. Quienes no tienen esa gracia tienen que rendirse, también, ante un hecho inesperado en la historia contemporánea. Lo que fuera la Argentina —una idea, un proyecto, una realidad histórica— ha puesto a uno de los suyos en el techo del mundo.

1. Ver Marco Politi, *Francisco entre los lobos. El secreto de una revolución*, trad. de María Julia de Ruschi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015, en especial el cap. IV: «Los secretos del cónclave antiitaliano».

2. Ver una síntesis en Silvia Premat, «Bergoglismos: el léxico que impacta a todos», en *La Nación,* 1° de diciembre de 2013.

3. Véase «Cap. 24: Primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar», disponible en línea: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/Papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html>.

4. El libro de Pablo Gerchunoff *La Caída: 1955,* Buenos Aires, Ariel, 2018, actualiza el debate sobre las relaciones entre el peronismo y la Iglesia. Véanse en especial las pp. 144 y ss.

5. Emilce Cuda, «Recategorizaciones éticas y políticas de la teología del pueblo en el campo de la moral social», en *Para leer a Francisco. Teología, ética y política,* pról. de Juan Carlos Scannone, Buenos Aires, Manantial, 2016, en especial las pp. 102 y ss.

6. Lawrence Freedman, «The Indirect Approach», en *Strategy: A History,* Nueva York, Oxford University Press, 2013.

7. Gianni Bella, «In movimenti popolari», prólogo a Papa Francesco, *Terra, casa, lavoro: Discorsi ai movimenti popolari,* ed. de Alessandro Santagata, Milán, Adriano Salani Editore, 2017.

8. Véase una versión tópica en boca de Francisco en: «Conferencia de prensa durante el vuelo de Manila a Roma», 19 de enero de 2015, disponible en línea: <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/january/documents/Papa-francesco_20150119_srilanka-filippine-conferenza->.

9. Juan Carlos Scannone, «El Papa Francisco y la teología del pueblo», en *Razón y Fe,* vol. 271, núm. 1395, 2014, pp. 31-50.

10. Véase Pablo Morosi y Andrés Lavaselli, *El último cruzado. Monseñor Aguer. Intimidades e intrigas de la Iglesia argentina,* Buenos Aires, Planeta, 2018.

11. Diego Fares, «L'arte di guardare il mondo», pról. a Romano Guardini, *L'opposizione polare: Saggio per una filosofía del concreto vivente* [1925-1985], Milán, ed. de Antonio Spadaro-La Civiltà Cattolica-Corriere della Sera, col. La Biblioteca di Papa Francesco, 2014. Véase también Diego Fares, *Papa Francisco. La cultura del encuentro,* pról. de Antonio Spadaro, Buenos Aires, Edhasa, 2014.

12. Diego Fares, pról. a R. Guardini, *op. cit.*, pp. 2-6.

13. *Ibid.*

14. Romano Guardini, «Sobre el problema de la democracia: un intento de clarificación» [1946-1970], en *Escritos políticos,* trad. de José Mardomingo, pról. de Alfonso López Quintás, Madrid, Ediciones Palabra, 2011. Véase también Romano Guardini, «El poder: una interpretación teológica», trad. de A.-P. Sánchez Pascual [1951-1957], en *Obras,* t. I, Madrid, Ed. Cristiandad, 1981, pp. 167-305.

15. Romano Guardini, «Sobre el problema de la democracia», *op. cit.,* pp. 341-342.

16. Alfonso López Quintás, «El Via Crucis de Romano Guardini», en *Alfa y Omega*, núm. 680, 11 de marzo de 2010.

17. Alfonso López Quintás, *La verdadera imagen de Romano Guardini. Ética y desarrollo personal,* Pamplona, Eunsa, 2001, p. 182.

18. Emilce Cuda, «El aporte filosófico y teológico de Scannone», en *Para leer a Francisco, op. cit.*

19. Antonio Spadaro, «La biblioteca di Papa Francesco», en *La Civiltà Cattolica,* núm. 3985, 2014. El director de *La Civiltà Cattolica* cuenta cómo armó la biblioteca, cuando le hacía el reportaje inaugural de su papado y Bergoglio le hablaba de sus lecturas. La entrevista, con otras referencias sobre lecturas y preferencias musicales, puede verse en Antonio Spadaro, «Entrevista a Francisco de *La Civiltà Cattolica*» [19, 23 y 29 de agosto de 2013], trad. de Luis López-Yario, en *Criterio,* septiembre de 2013, disponible en línea. En esa serie, Francisco incluyó las novelas de Ethel Mannin, *Tardi ti ho amato;* Roberto Benson *Il padrone del mondo;* Leopoldo Marechal, *Megafón, o la guerra;* Fiódor Dostoievski, *Memorie del sottosuolo;* Allessandro Manzoni, *I promesi sposi;* Joseph Malègue, *Agostino Méridier;* los poemas de Jorge

Luis Borges, *L'altro, lo stesso*; José Hernández, *Martin Fierro;* Jorge Milia, *L'etá felice;* Publio Virgilio Maró, *Eneide;* Friedrich Hölderlin, *Poesie;* Nico Costa, *Cento Poesie;* Gerard Manley Hopkins, *La freschezza più cara,* y la obra de teatro del monárquico español José María Pemán, *El divino impaciente.* Para la doctrina, Ignacio de Loyola, *Essercisi spirituali;* Henri de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa;* Agostino, *Sul sacerdocio;* Pietro Favre, *Memorie Spirituali;* Romano Guardini, *L'opposizione polare;* Ignacio de Loyola, *Il racconto del pellegrino.* Un repaso de la lógica de esa selección arroja conclusiones de diván, como que de los veinticinco títulos hay cuatro de argentinos, incluyendo una colección de poemas de un ex alumno de él en Santa Fe, Milia. Además de los textos doctrinarios de San Ignacio y San Agustín, hay dos tratados claves como influencia sobre él: el jesuita De Lubac sobre las reformas desde la periferia de la Iglesia y el libro liminar de Guardini sobre la oposición polar.

20. Véase Daniel Goldman, «Borges y la trascendencia» [2014], en *Criterio*, núm. 2413, 24 de abril de 2015, para desentrañar las afinidades borgeanas de Bergoglio. El poema fue publicado en *La Nación* (3 de noviembre de 1963) y recopilado en el libro *El otro, el mismo* (1964).

21. Véase disponible en línea: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/september/documents/Papa-francesco_20150924_usa-us-congress.html>.

2. LA FABRICACIÓN DE LA ARGENTINA CATÓLICA

La fabricación de un pasado argentino imbricado con la evangelización y la implantación de unas creencias que se reconfigurarían en el mito de la religiosidad popular es fruto de un fermento histórico sobre el que actúa la crisis del liberalismo que no logró encarnarse en procesos políticos con una institucionalidad republicana.

Esa crisis conduce a la formación, a comienzos del siglo XX, del ideario del nacionalismo argentino. Su inspiración era el antiliberalismo novecentista, (1) cuyo rostro más visible en el terreno cultural habían sido el modernismo y el arielismo, sindicados en la figura del uruguayo José Enrique Rodó. Este pensador es el adalid del antipositivismo y, como Rubén Darío, reivindica un pensamiento romántico que profesa la religión del trascendentalismo y la evocación de la Europa premoderna. Se trata de la misma que buscaban, por su lado, noventayochistas españoles como Miguel de Unamuno y los primitivos Manuel y Antonio Machado, cuya obra se recostaba por la restauración de una cosmovisión que se referenciaba en la tradición europea.

Esa crisis del liberalismo argentino, que sigue a los gobiernos nacidos del nuevo sistema electoral de 1912 —y que se pone en acto con las elecciones de 1916 según el nuevo y revolucionario sistema del voto universal, secreto y obligatorio—, lleva al nacimiento del autoritarismo que encuentra a sus contemporáneos en las variantes más diversas del nacionalismo estatista, especialmente el fascismo italiano.

Este proceso explica por qué un país como la Argentina, nacido del liberalismo e institucionalizado desde el laicismo, comenzó a enfrentar la «cuestión religiosa» en las primeras décadas del siglo XX. Un anacronismo, porque otros países de la región, que habían tenido una instalación colonial más rica e importante, la habían padecido en los momentos liminales de la emancipación.

El cóctel de nacionalismo, antiliberalismo y anticomunismo dio como fruto una corriente de pensamiento que en el terreno político expresó el peronismo. La implantación de la idea nacionalista de la Argentina como pueblo elegido se alimenta del catolicismo de Indias, que entiende que a la Argentina y a América toca un papel protagónico en el libreto del plan divino. Décadas más tarde, la teología del pueblo argentina dirá que la religiosidad del continente es fundacional, es generadora de una nueva etapa en la historia planetaria. La expresión «Dios es argentino» refleja ese ánimo.

En la década de 1960, este pensamiento florecerá en la teología de

la liberación y en su variante argentina de la teología del pueblo. Ante la religiosidad mística de la que es portador el pueblo elegido, hay que practicar una hermenéutica, dirán Bergoglio y sus inspiradores. Se trata de ahondar, con las herramientas reflexivas del discernimiento, en esa religiosidad intrahistórica que traduce para los teólogos del pueblo lo que la «conciencia de clase» era para los liberacionistas que se aferraban al análisis marxista. En el universo ignaciano, discernir es darse cuenta de dónde está Dios.

Algunos hablan de la nación católica como un «invento» político de los pensadores de los años treinta —como monseñor Gustavo Franceschi, el editor que consolidó el prestigio de la revista *Criterio*— para revincular, en el recitativo historiográfico, a la Argentina de esos años con una tradición anterior a la secularización de la generación del 80, es decir, la de la colonia española. (2)

Excurso sobre el complejo clerical-peronista

El plexo de ideas del nacionalismo católico alimentó al peronismo. El Gobierno nacido del golpe de Estado de 1943 se abrió por primera vez a la introducción de la enseñanza religiosa en las escuelas. Algo que Juan Domingo Perón consagrará en 1946, desplegando las bases de una compleja relación con la Iglesia.

El peronismo, un movimiento de ideas cambiantes —una «identidad en tránsito», como lo definió «Chacho» Álvarez— y de construcción de poder, y los partidos políticos en los que se ha reencarnado desde 1946 han reivindicado a la llamada Doctrina Social de la Iglesia como el cuerpo ideológico del justicialismo. Juan Perón le regaló a la Iglesia una institución que no había tenido, que fue la educación religiosa en los colegios públicos. Esto es algo que siempre le agradeció la Iglesia católica y un hecho en favor del cual se pronunciaron todos sus dignatarios.

La celebración del peronismo más clara y actual se debe a la pluma de un obispo identificado con el ala más gorila de la Iglesia, Jorge Casaretto, del llamado Club de San Isidro. Cuenta en sus memorias: «Perón llega a la presidencia y afirma que implantará la enseñanza religiosa en las escuelas, fortalecerá la familia y gobernará basándose en la Doctrina Social de la Iglesia. En esas palabras, los obispos en general y gran parte de los católicos vieron plasmadas sus banderas de lucha de muchos años». (3) ¿Qué luchas? Las de los propagandistas católicos contra el laicismo de la ley 1420 que inspiró la generación del 80 con un formato distante de la tradición virreinal previa a la emancipación.

La hermana de Francisco, María Elena, dio testimonio de la misma opinión del joven Bergoglio, cuando le preguntaron sobre su relación

con el peronismo: «Si, si identificavo nel Peronismo, almeno nella sua prima fase, perché i capisaldi di questo movimento poggiavano sulla Dottrina sociale della Chiesa». (4)

En la simplificación de Casaretto, es la pelea entre la Iglesia, la reforma, el racionalismo, el iluminismo que redundaron en un «ateísmo militante» que derivó en el marxismo y el liberalismo salvaje. Cita al legendario cardenal Antonio Caggiano, cuando era arzobispo de Rosario: «No había que perder el tren peronista». La bendición al peronismo es la clásica, porque frenaron al comunismo. «Los únicos sindicalismos no marxistas que conozco son el polaco y el argentino», les dijo una vez Juan Pablo II a los obispos argentinos. Es por el peronismo, le respondieron. (5)

Lamenta que el peronismo frustró el nacimiento del Partido Demócrata Cristiano, le sacó el espacio, los votos. Imagina en un momento una visión contrafáctica: qué hubiera pasado si los jesuitas no hubieran sido expulsados. Esta hipótesis recurrente exhibe una herida abierta en el pensamiento católico de la Argentina. Se pregunta: «¿Cómo se hubiera desarrollado la Argentina sin la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII? Creo que la integración de las etnias que ellos lograron en sus misiones hubiese delineado un país con una base cultural más sólida. Las misiones hubieran sido una especie de proyecto básico de desarrollo e integración de los pueblos indígenas y, en dos o tres siglos, la primacía de los valores religiosos y éticos, una concepción de la familia y la cultura del trabajo se hubiera instalado entre nosotros conformando una sociedad más plena. En aquellos momentos, España les quitó una gran oportunidad a estos pueblos nacientes». (6)

Esta quimera imaginativa contiene muchos de los prejuicios del pensamiento católico. Uno es el rechazo a la ilustración y la modernidad europea, en nombre de la cual la Corona española expulsó a los jesuitas. Los acusaban de disputarles poder a la Corona y al propio papado de Roma. También, de difundir precisamente el pensamiento que alimentaba la emancipación y la rebelión ante el tirano según el formato suarista. Es asimismo una opción preferencial por el contrarreformismo del siglo XVI que representa San Ignacio y la Compañía de Jesús, que intenta volver atrás el reloj de la Modernidad. Otro prejuicio es la demonización del tiempo presente en nombre de una ficción pasatista: el mundo contemporáneo no tiene base cultural sólida, no integra a los aborígenes, no tiene valores éticos y religiosos. No hay cultura del trabajo, la sociedad no es plena. Estas son todas afirmaciones improbables, sin base racional y que solo expresan una justificación anacrónica de un poder eclesiástico que perdió la región.

Los movimientos insurgentes de la Iglesia de los años sesenta y setenta, ligados a la llamada teología de la liberación, se articularon

también en torno al peronismo y acercaron a la Iglesia a ese movimiento, con el cual había habido una disidencia institucional a finales del Gobierno de Perón en 1954. La crisis de la Iglesia argentina, incluyendo la de la Compañía de Jesús, cuya tarea de reconstrucción Bergoglio recibió como provincial entre 1976 y 1979, transitó por una reconciliación con el peronismo. Las organizaciones armadas del peronismo, como Montoneros, nacieron del peronismo católico de derecha y tuvieron capellanes como si fueran fuerzas armadas regulares. La Iglesia argentina reconoce a asesinados por las luchas del peronismo de esos años, como el sacerdote Carlos Mugica, como mártires de la fe. Murió en manos de peronistas —Montoneros o Triple A, ¿se sabrá alguna vez?— por ser cristiano, como los mártires jesuitas del Paraguay en el siglo XVIII o los degollados por ISIS en el siglo XXI.

Pasados los años, Carlos Menem urdió una relación con la Iglesia, a través de obispos de estado como Ogñénovich o Quarracino, tan estrecha como nunca se había conocido. Esa relación tuvo su pico más alto de compromiso bajo la Secretaría de Estado de Angelo Sodano, a quien se le atribuye haber recibido subsidios en dinero del Gobierno argentino. Prenda de esa relación fue el célebre episodio en el cual una intervención del embajador Esteban Caselli modificó un comunicado oficial de la Iglesia para ablandar críticas a la situación de pobreza del país. Eduardo Duhalde, un epifenómeno del peronismo menemista, gobernó entre 2002 y 2003 y dijo que su programa era el documento del Diálogo Argentino, un pergeño de la Iglesia católica.

Con este antecedente, es natural que la burguesía argentina, que es indiferente en los grandes conglomerados urbanos de la Argentina, tomase distancia crítica del Bergoglio que se sacaba el atuendo de obispo y se vestía con el hábito de Francisco, el Papa peronista. El voto de esa burguesía de las grandes ciudades es el que expresa el fenómeno de Cambiemos, una alianza basada en el partido conservador Pro, una exitosa formación vecinal del distrito federal de Buenos Aires, y el radicalismo, un partido laico enfrentado históricamente con el peronismo. En Cambiemos actúa de manera decisiva la figura de Carrió, que tiene un liderazgo social que solo comparte con Macri y es una abanderada del antiperonismo. ¿Cómo no iba a rechazar ese electorado, que derrotó en 2015 al peronismo, al Papa peronista?

La excepcionalidad argentina

La fuerza dialéctica de hombres como Franceschi, Tomás Casares, Nimio de Anquín, Juan Sepich, Julio Menvielle o Leonardo Castellani encuentra sus herederos en los teólogos del pueblo, que resignifican la

mitología del catolicismo nacional para construir un sistema cuya expresión más cabal es el Papa Francisco. (7) Es la misma simiente que disparó la violencia política en la Argentina, una cadena cuyos eslabones son el Gobierno autoritario de Juan Domingo Perón, la respuesta del antiperonismo de los años cincuenta, el clericalismo del Gobierno de Juan Carlos Onganía, la insurgencia montonera (nacida del nacionalismo y de sectores de la Iglesia), la convivencia entre la dictadura 1976-1983 y la Iglesia prebergogliana.

Para quienes tienen dudas sobre el venero político-ideológico de Bergoglio: su personalidad política y su trayectoria es otro eslabón de la singularidad de la Argentina que, «junto a Uruguay, fue uno de los países más secularizados en el hemisferio occidental [y] presenta uno de los movimientos católicos y de extrema derecha más fuertes en el Nuevo Mundo». (8)

La idea de la excepcionalidad argentina —tan cara a la línea teológica a la que adhirió Bergoglio como atajo para escapar de la teología de la liberación— también es temprana. Figura en un escrito precursor: el discurso de apertura de la Congregación Provincial de febrero de 1974. Allí Bergoglio reivindica la originalidad que aporta la historia argentina. «Advierto entre nosotros cierta sana "alergia" cada vez que se pretende reconocer a la Argentina a través de teorías que no han surgido de nuestra realidad nacional.» (9) Este rescate nacionalista de una singularidad argentina, irreductible a otras realidades, lo hace con la apelación al concepto del «pueblo fiel». «Nuestro pueblo —imagina— tiene alma, y porque podemos hablar del alta de un pueblo podemos hablar de una hermenéutica, de una manera de ver la realidad, de una conciencia.»

Esta especificidad argentina, muy acorde con el pensamiento tercerista y de la periferia, se articula con otra ponderación, la de la dignidad: «Advierto en nuestro pueblo argentino una fuerte conciencia de su dignidad. Es una conciencia histórica cuya personalidad no ha derivado de un sistema económico (por ejemplo, no se podría reconocer al pueblo argentino en las "abstractas teorías de burguesía y proletariado"), sino que su personalidad se ha ido modelando en hitos significativos». Esta explicación tiene un claro señalamiento contra el análisis marxista que alimentaba a la teología de la liberación de la que Bergoglio buscaba escapar. Esa reivindicación arrastraba consigo también la de la evangelización al tiempo de la Conquista española de América, que en aquellos años de revisión era sindicada como un genocidio cultural y antropológico.

Libresco como nunca, Bergoglio encuentra una frase atribuida al obispo de Badajoz, dicha a Carlos I: «Harás pueblos felices, hermanados en la justicia, sin que unos expolien a los otros». Lo que vale es la intención. El obispo de Badajoz, a quien Ramón Menéndez

Pidal le atribuye esa expresión bajo el título de «Doctor Mota», es uno de los promotores, en la Corte de Carlos I de España, de un modelo de conquista que, antes que a una ambición política, responde a una misión moral. Dice Menéndez Pidal: «Es, simplemente, el imperio cristiano, que no es ambición de conquistas, sino cumplimiento de un alto deber moral de armonía entre los príncipes católicos. La efectividad principal de tal imperio no es someter a los demás reyes, sino coordinar y dirigir los esfuerzos de todos ellos contra los infieles, para lograr la universalidad de la cultura europea». (10)

En este punto, resulta imprescindible la referencia al movimiento del modernismo teológico que conmovió a la Iglesia a finales del siglo XIX y comienzos del XX como un efecto del debate sobre el liberalismo. Esa corriente se convirtió en una fuerza tan poderosa de la Iglesia católica como lo había sido antes la reforma que llevó al cisma protestante. El vocablo «modernista» ha descrito variadas formas de renovación intelectual en este período. Abarca desde el modernismo poético hispanoamericano y español, (11) el «modernismo» o vanguardia artística y literaria en el mundo anglosajón, el arte modernista en la arquitectura y la plástica en Cataluña, etc. También el modernismo teológico, que condenó el papado en 1907. Consistía en una revisión del origen divino de la Iglesia y un capítulo del acercamiento a las iglesias reformadas, como modo de conciliación con formas del liberalismo. Fue un cisma combatido por Roma con instituciones que impuso el Papa Pío X, como el «juramento antimodernista» (12) que debían pronunciar los curas y obispos en algunos momentos sacramentales, como la extremaunción. Ese juramento rigió hasta Juan XXIII, a quien se le atribuye que, al recibir la extremaunción antes de morir en 1963, rechazó rezarlo con un ademán de desdén con su mano, como si fuera una formalidad trivial y de otra época. (13)

Las reformas que ha emprendido Bergoglio como Papa han sido denunciadas por sus críticos como inspiradas en aquel modernismo teológico. Es una manera de descalificarlo, porque no consta que Francisco haya hecho referencias al movimiento creado por Alfred Loisy. (14) Sí ha manifestado siempre su admiración por la figura de Joseph Malègue (1876-1940), novelista y ensayista católico muy cercano al modernismo teológico, aunque permaneció fiel a Roma. Es el autor de las novelas *Agustín o el Maestro está aquí* y *Piedras negras. Las clases medias de la salvación.* (15) La primera fue incluida en la colección de las lecturas predilectas de Bergoglio, que forman La Biblioteca del Papa Francisco.

Pese a esas cercanías anacrónicas, Bergoglio profundiza un pensamiento antimoderno en sentido literal cuando es elegido Papa. Un ejemplo es el sermón de Santa Marta del 21 de noviembre de

2017. Allí contrapone colonización a tradición y verdad y propone que la resistencia a la colonización es el martirio, el testimonio. Los términos son estos: «La "modernidad" es una auténtica colonización cultural, una verdadera colonización ideológica [...]. Pero para defender la historia, para defender la fidelidad del pueblo, para defender las tradiciones, las verdaderas tradiciones, las buenas tradiciones del pueblo, hay algunas resistencias [...] cada vez que llega una colonización cultural e ideológica se peca contra Dios creador porque se quiere cambiar la creación que hizo Él. Y contra este hecho, que a lo largo de la historia ha pasado tantas veces, hay solo una medicina: el testimonio, o sea, el martirio». (16)

En la misma semana, retorció el argumento para condenar las reformas educativas como mecanismos perversos de colonización, también en el sermón de la misa matutina de Santa Marta, a la que asiste un seleccionado de fieles VIP. Allí dijo: «Lo que le pasó al pueblo de Dios sucede cada vez que surge en la Tierra una nueva dictadura cultural o ideológica, que es una colonización. Pensad en lo que hicieron las dictaduras del siglo pasado en Europa y en las escuelas de adoctrinamiento que de ahí nacieron: se quita la libertad, se "deconstruye" la historia, la memoria del pueblo, y se impone un sistema educativo a los jóvenes. ¡Todas, todas lo hicieron así! Incluso algunas con "guante blanco". No sé, un país, una nación, por ejemplo, pide un préstamo: "Te lo doy, pero tú, en las escuelas, debes enseñar esto, esto y esto"», y te indican hasta los libros, libros que eliminan todo lo que Dios creó y cómo lo creó. Eliminan las diferencias, borran la historia: "Desde hoy se empieza a pensar así". Y quien no piense así es dejado de lado, e incluso perseguido. Así pasó en Europa, donde los que se oponían a las dictaduras genocidas eran perseguidos, amenazados, privados de libertad, que corresponde a otra forma de tortura. Y con la libertad, las colonizaciones ideológicas y culturales quitan también la memoria, reduciéndola a "fábulas", a "mentiras", a "cosas de viejos"». (17)

1. Véase disponible en línea: <http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/Carlos_Real_De_Azua/lib/exe/fetch.php?media=real_-_ambiente_espiritual_del_900_ocr_.pdf>.

2. Federico Finchelstein, *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945,* trad. de María Julia de Ruschi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

3. Jorge Casaretto, *Nuestro país, nuestra Iglesia: nuestro tiempo. Crónicas de un pastor,* Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2016, p. 15.

4. Castellano Lubov, Reportaje a María Elena Bergoglio, en *L'altro Francesco. Tutto quello che non vi hanno mai detto sul Papa,* Siena, Ed. Cantagalli, 2017.

5. Jorge Casaretto, *op. cit..,* p. 46.

6. *Ibid.,* p. 53.

7. Emblemático: el jesuita Leonardo Castellani, ciclo de conferencias «La profecía y el fin de los tiempos», curso dictado entre el 6 de junio y el 18 de julio de 1969 en la Parroquia del Socorro, Buenos Aires, Argentina, disponible en línea: <www.http://alexandriae.org/index.php/item/la-profecia-y-el-fin-de-los-tiempos>.

8. Federico Finchelstein, *Fascismo transatlántico, op. cit.,* p. 125.

9. Jorge Bergoglio, «Una institución que vive su carisma: discurso de apertura de la Congregación provincial» [San Miguel, 18 de febrero de 1974], en Marco Gallo (ed.), *El pensamiento social y político y social de Bergoglio y Papa Francisco* [2015], Salta, Eucasa, 2018, pp. 263-269.

10. Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V* [conferencia dada en la Institución Hispano-Cubana de Cultura. Fue publicada por la *Revista Cubana,* 1937, y por la Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación, La Habana, 1938], Valencia, CMC Editora, 2011.

11. Ignacio Zuleta, «Introducción», en *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar (1898-1907),* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988, pp. 23-45.

12. Pío X, «Carta encíclica Pascendi sobre las doctrinas de los modernistas» [de setiembre de 1907], disponible en línea: <http://w2.vatican.va/content/pius-x/es/encyclicals/documents/hf_p-x_enc_19070908_pascendi-dominici-gregis.html>.

13. El juramento fue abolido formalmente en 1967. Véase disponible en línea: <http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19670717_formula-professio-fidei_sp.html>.

14. Véanse los documentos en Claus Arnold y Giacomo Losito (eds.), *La censure d'Alfred Loisy (1903): Les documents des congrégations de l'Index et du Saint-Office,* Roma, Librería Editrice Vaticana, 2009. La historia en Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo,* Barcelona, Ediciones Universidad de Navarra, 1972; Emile Poulat, *La crisis modernista. Historia, dogma y crítica,* Madrid, Taurus, 1974; Marvin R. O'Connell, *Critics on Trial: An Introduction to the Catholic Modernist Crisis,* Washington, The Catholic University of America Press, 1994; Cristóbal Robles Muñoz, *El modernismo religioso y su crisis,* I: *Preliminares,* Madrid, ACCI, 2016; II: *La condena (1906-1913),* Madrid, ACCI, 2017; III: *Después de Pío X,* Madrid, ACCI, 2017).

15. Joseph Malègue, *Augustin ou le Maître est là,* París, Spes, 1933, y *Pierres noires. Les classes moyennes du Salut,* París, Spes, 1958.

16. Véase disponible en línea: <https://www.almudi.org/liturgia/homilias-de-santa-marta/homilia/97337/el-testimonio-del-ejemplo>.

17. Véase disponible en línea: <https://www.almudi.org/liturgia/homilias-de-santa-marta/homilia/97338/recordar-los-valores>.

3. LA PREHISTORIA: BERGOGLIO «RESISTENTE»

Gabriel Mariotto entró al encuentro con Bergoglio usando la fórmula de trato «padre Jorge» y salió tratándolo de «compañero». Algo que continuó hasta el día de hoy sin que Francisco ponga ningún reparo. Más todavía, le ha admitido a Mariotto que él es peronista y a su vez también lo trata de «compañero». Esa relación prosperó con el tiempo y Mariotto se atribuye el haber convencido a Bergoglio de que algunas iniciativas del Gobierno kirchnerista seguían lineamientos del peronismo. En esas charlas, Bergoglio se decía admirador de Miguel Miranda, legendario presidente del Banco Central e inspirador de las políticas industrialistas del primer peronismo. El arzobispo había estudiado en una escuela técnica del barrio de Monte Castro y defendía en esas charlas la necesidad de la capacitación para crear trabajo de calidad.

—Usted es un buen peronista.

—Padre, algunas veces bien, algunas veces mal…

—Yo lo escucho por radio, lo veo por televisión, y usted es un buen peronista. Además, usted es amigo del poeta Carlino.

—Sí.

—Yo lo veo pasar siempre por la plaza junto a Carlino —y le señaló la ventana por la cual Bergoglio miraba el mundo desde su despacho del Arzobispado.

—No me diga que usted lo conoce a Carlino. Se va a poner muy contento si se lo digo.

—Claro que lo conozco. Nosotros íbamos a los mítines de la resistencia peronista. Eran los mítines de poesía en 1962.

Mariotto es uno de los tantos funcionarios del peronismo que cultivó la relación con el poeta Alfredo Carlino, pluma de la poesía peronista que figura en la misma galería que José Luis Castiñeira de Dios. La poesía peronista es un subgénero de la literatura militante, y a Carlino le permitió un lugar en el parnaso chico del peronismo. Fue funcionario de la Secretaría de Prensa de la Presidencia en los gobiernos de Juan Perón y durante la gestión de Jorge Asís como secretario de Cultura de Carlos Menem. Fue director nacional de Cultura Popular. Cuando Mariotto fue vicegobernador de Daniel Scioli en Buenos Aires, Carlino fue asesor del Senado de esa provincia.

Mitificado por sus compañeros, Carlino escribió varios libros y reclama un lugar en la historia de la resistencia peronista, durante la proscripción de esa fuerza después de 1955. Reclama también bronce por haber participado en la manifestación del 17 de octubre de 1945. Si fuera posible identificar a todos los que dicen haber estado presentes, el número podría superar al de la población del país en

aquel entonces. Pero la política es un género de la preverdad, y nadie le pide certificados.

En 2014, Mariotto promovió la publicación de *17 de octubre: la celebración de la multitud ardida,* una colección de poemas militantes de Carlino, y el Gobierno peronista del partido de Avellaneda le puso su nombre a una calle en la localidad de Wilde. ¿Puede pedir más un poeta peronista?

Carlino confirma que conoció a Bergoglio en esos actos de la resistencia peronista, en los que participaba a comienzos de la década de 1960, con dirigentes ligados a lo que sería años más tarde la agrupación Guardia de Hierro.

«Sí, es cierto», me dijo cuando lo encontré después de una larga búsqueda por el barrio de Once. «A esos mítines de la resistencia venían unos curitas», recordó.

Entre ellos, identifica al futuro Papa Francisco, que, según el vate del barrio de Once, es un admirador de su poesía. En las sucesivas visitas que Mariotto hizo a Bergoglio en el Vaticano, le ha completado la colección de obras del poeta peronista.

Carlino remonta su conocimiento del joven Bergoglio a los años posteriores a la caída de Perón por la relación de este con Fabio Bellomo, a quien se le atribuye haber fundado Guardia de Hierro junto a Alejandro Álvarez.

Bellomo estudiaba filosofía y pudo coincidir con Bergoglio en cursos de instituciones ligadas a la Iglesia, pero esa relación se hunde en la bruma de la leyenda. Bergoglio aparecía, según Carlino, como peronista. Imagina que Bellomo lo llevó a Bergoglio a sus actos de la resistencia poética —consistían en la lectura de poemas militantes— y que se lo presentó como «un compañero que tenés que venir a escuchar, joven, que es poeta».

Carlino evoca aquellos mítines de la resistencia como actos sorpresivos en distintos barrios de la zona sur de Buenos Aires, en los cuales él leía poemas y discursos sobre el peronismo proscripto. «En esos actos, Bergoglio se enamoró de mí.»

No volvieron a verse nunca más. Mariotto le contó de la mención que hizo de él en su primer encuentro. Años más tarde, supo de Bergoglio a través del cura Carlos Mugica, con quien se relacionó y le llevaba los libros de poemas como regalo.

Carlino murió en la extrema pobreza en 2018, despojado de las ventajas que le proporcionó su relación con Mariotto, que lo había designado asesor en el Senado de la provincia de Buenos Aires. Alcanzó a tener una jubilación que no le permitió recuperar su vivienda del barrio porteño de Once. En sus últimos días, se sentaba en la puerta de esa vieja casa de la calle 24 de Noviembre que le habían ocupado varias familias de inmigrantes venidos del Perú.

Permanecía allí para custodiar una biblioteca que no podía consultar porque la casa ni luz tenía. Atendía a sus visitantes en la calle y les ofrecía unas medialunas de una bolsa de papel. Dormía en una casa familiar de Avellaneda y esperaba volver a ver a Bergoglio alguna vez antes de morir. No pudo ser.

El peronismo de los años setenta y el clima de época

Quienes compartieron los tiempos del Bergoglio joven lo identifican lisa y llanamente con el peronismo. Cuando era provincial de los jesuitas, recibió el encargo del general de la orden, el legendario Pedro Arrupe, de decidir el destino de las tres universidades que tenía en la Argentina. Bergoglio resolvió que la Universidad Católica de Salta fuera cedida al Arzobispado local, que la de Córdoba quedase en manos de la Compañía de Jesús y que la Universidad del Salvador fuera cedida a una asociación de laicos.

La Compañía de Jesús estaba azotada, como buena parte de la Iglesia, por los efectos de los estatutos del Concilio Vaticano II, el debate sobre la acción de la Iglesia en defensa de los pobres y contra la desigualdad: la fascinación intelectual por la teología de la liberación había diezmado a la Iglesia de sacerdotes.

Bergoglio resolvió que el traslado de la Universidad del Salvador a los laicos se hiciera por la mediación de un sector del peronismo que terminó encabezando un sociólogo que no tenía antecedentes con la Iglesia, salvo haber tenido una educación elemental en un establecimiento de la orden. Venía de la Universidad de Buenos Aires —una institución caracterizada por el laicismo—, pero militaba en el peronismo.

Le pregunté a Carlos Custer si Bergoglio es peronista, y responde: «Si es por el sentimiento, sí, es peronista. Si es la doctrina, las tres banderas, la Doctrina Social de la Iglesia, también. Perón mismo dice que el peronismo está inspirado en la Doctrina Social de la Iglesia, en el congreso ideológico de Mendoza, con referencia al Congreso Mundial de Filosofía de 1949. Perón se decía tercerista, ni capitalismo ni comunismo, hablaba del Tercer Mundo, la tercera posición, y en ese sentido Bergoglio, sin ser un político, tiene vasos comunicantes, es un tipo culturalmente peronista».

4. LA LEYENDA DE BERGOGLIO «GUARDIÁN»

Los movimientos políticos buscan siempre una justificación en la historia. No siempre la encuentran. La relación de Jorge Bergoglio con el peronismo formal ha sido un caso, pero de patas cortas. Ligar al Papa a un movimiento que está en lucha permanente por existir es un riesgo para su prestigio. Lo hace inclinarse, además, hacia sectores que están en pugna y que reciben fuego de sus adversarios. Hay peronistas que juran por el peronismo de Bergoglio tomando como base sus ideas. (1) No se equivocan si el peronismo siempre profesó que su ideología es la Doctrina Social de la Iglesia, pero esa identidad no encuentra más que anécdotas de superficie o hechos de coincidencia, muchos indemostrables.

Aldo Carreras, un funcionario de gobiernos peronistas, acompañó a Bergoglio desde que surgió a la luz pública y lo asistió en operaciones políticas de superficie y de las otras. Es uno de los niegan, por ejemplo, que Bergoglio integrase en los años setenta la agrupación Guardia de Hierro, que Carreras admite haber inspirado y en donde militó.

Julio Bárbaro, otro hombre de todos los peronismos, estuvo en la Universidad del Salvador cuando la manejaba Bergoglio y esa casa tenía un compromiso con Guardia de Hierro a través de su conductor, Alejandro Álvarez. Niega también que Bergoglio fuera «guardián». Cuenta que en aquellos años acompañó a los jóvenes de esa universidad como confesor o como director espiritual, pero que eso no tenía nada que ver con militancia alguna. Hubiera asistido a esos jóvenes, aunque fueran de cualquier otra agrupación, y eso lo hubiera identificado con otros sellos.

José Bordón, otro dirigente del peronismo que frecuentaba la Universidad del Salvador en los años de Bergoglio y que además tuvo relaciones con él por su familia política, también niega la pertenencia al grupo: «Jamás, en mis veinte reuniones, ni en ningún escrito, lo escuché a Jorge definirse como peronista; si lo hizo alguna vez, no lo puedo asegurar. Si habrá votado por dirigentes peronistas, no lo sé, pero sí sé que, a la hora de analizar la realidad como cardenal, no ahorró críticas durante la existencia de gobiernos justicialistas en Argentina». (2)

Tampoco existen pruebas de que Bergoglio tuviese algo que ver con el grupo que redactó, durante la tercera presidencia de Juan Perón, el llamado «Modelo argentino para el proyecto nacional», que para algunos es su testamento político, entregado en sobre lacrado, antes de morir, al coronel Vicente Damasco, secretario presidencial. (3) Lo insinúa un biógrafo notable de Bergoglio, (4) pero admite que no es

algo que haya investigado (ni probado) a fondo. (5) Lo avaló, citándolo, el mejor biógrafo del Papa, y eso le dio más circulación a esa improbable relación. (6) Lo más cerca que pudo estar el universo bergogliano de ese pergeño fue la intervención de un amigo del coronel Damasco que era funcionario de la Universidad del Salvador en San Miguel, pero que no consta que tuviera relación con Bergoglio. (7)

Como faltan pruebas que demuestren esa relación y esa función de Bergoglio, tampoco tiene trascendencia alguna ese documento, al que algunos peronólogos han intentado darle importancia. Es una parrafada de consignas que resume otros discursos de Perón sobre lo que se conoce de su pensamiento, que él mismo desautorizó en vida, pese a que leyese una síntesis en una reunión de gabinete, (8) lo repitiese ante el pleno del Congreso el 1° de mayo de 1974 y lo conversase después con los obispos de la Conferencia Episcopal. El secretario presidencial Gustavo Caraballo es contundente en sus memorias sobre el rechazo de Perón a ese documento. Caraballo era secretario de la Presidencia y le llevó un informe en donde consignaba párrafos del «Modelo» y, en columna aparte, cómo era una copia de un libro de Monti. (9) Caraballo le dijo a Perón; «Mi General, esto no es obra de un estadista que llega al fin de su vida después de 40 años de experiencia política. Ud. no puede aparecer plagiando el libro de Monti. Ahí no más me dijo el presidente que parara la difusión del libro, lo que comuniqué al gabinete ante la sorpresa de Damasco y López Rega». (10) Caraballo cuenta que Perón le pidió a él que preparase algunos lineamientos para un documento programático. Reunió para ello a Carlos Leyba, Benjamín Hoppenhayn y Julio Olivera, pero que el «Proyecto» no avanzó nada por la muerte de Perón. Cuando él renunció y José López Rega tomó el control del entorno presidencial, Damasco reflotó el documento y lo hizo publicar. (11)

Flaco favor le hacen al Papa los bergoglistas al ponerlo en relación de autoría con algo que, hasta que se demuestre lo contrario, es una patraña peronista.

1. Roberto Bosca, «El Papa peronista», en *Acton Institute,* 7 de julio de 2013, disponible en línea: <http://www.institutoacton.com.ar/articulos/127art17072013-b.pdf>.

2. José Octavio Bordón, reportaje en *El Mercurio,* Santiago de Chile, 31 de diciembre 2017, disponible en línea: <http://impresa.elmercurio.com/Pages/NewsDetail.aspx?dt=31-12-2017%200:00:00&NewsID=540722&dtB=31-12-2017%200:00:00&BodyID=10&PaginaId

3. María Sáenz Quesada, *La primera presidente. Isabel Perón. Una mujer en la tormenta,* Buenos Aires, Sudamericana, 2016, p. 406.

4. Armando Rubén Puente, *Yo, argentino. Las raíces argentinas del Papa Francisco,* Buenos Aires, Distal, 2015, dice que Bergoglio era amigo de Vicente Damasco, responsable de ese documento, y que se veían en una casa de la calle Asunción, en Villa Devoto, y que Bergoglio

nunca estuvo en Olivos (p. 100).

5. «Es un tema que yo no he podido investigar aún en detalle, no he tenido tiempo, pero me hubiera gustado leer alguna de las dos o tres versiones —porque hay varias— de ese documento para detectar posibles aportes de Jorge Bergoglio», dijo Armando Puente en el reportaje de la periodista Claudia Peiró, «Es un orgullo que Bergoglio, el líder más importante del mundo de hoy, sea argentino», en *Infobae*, 8 de mayo de 2015, disponible en línea: <https://www.infobae.com/2015/05/08/1727505-es-un-orgullo-que-bergoglio-el-lider-mas-importante-del-mundo-hoy-sea-argentino/>.

6. Austen Ivereigh, *El gran reformador. Francisco, retrato de un Papa radical, op. cit.*, p. 164. Llega a decir que fue uno de los doce invitados a opinar sobre el texto del «Modelo».

7. Se trata del «licenciado» Cataldo Ricardo Grispino, amigo de Ángel Monti, verdadero redactor del documento por pedido de Damasco. Grispino los había llevado a dar clase de Planeamiento y Organización a la cátedra de Física Solar del Observatorio de Física Cósmica en San Miguel. Monti armó el texto del «Modelo» sobre la base de un libro anterior.

8. Oscar Castellucci, «En busca del tiempo perdido (cómo y por qué Juan Domingo Perón escribió el Modelo argentino para el proyecto nacional)», en Juan Domingo Perón, *Modelo argentino para el proyecto nacional* [1974], 2ª ed., ed. de Oscar Castellucci, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2015. Castellucci hace un minucioso relato de cómo se redactó ese documento.

9. Ángel Monti, *Proyecto nacional. Razón y diseño,* Buenos Aires, Paidós, 1972.

10. Gustavo Caraballo, *Tras las bambalinas del poder,* ed. de Guillermo Gasió, Buenos Aires, Corregidor, 2007, p. 136.

11. La versión más completa es: Juan Domingo Perón, *Modelo argentino para el proyecto nacional* [1974], *op. cit.*

5. CUÁNTO PERONISMO ENTRA EN BERGOGLIO

Un sello que pretendió representar a la CGT —central de trabajadores que es un enjambre de tribus— saludó la elección de Jorge Bergoglio como Papa en marzo de 2013 con una declaración titulada «El mensaje del pescador». Con la firma del evangélico Hugo Moyano, señalaba que «la relación de este Papa con el mundo del trabajo, con los excluidos y con los desposeídos de la riqueza material es anterior a que los micrófonos y las cámaras posaran su lente sobre él. Hemos compartido no solo reuniones formales sino conceptos, contenidos y muy especialmente el desafío de todos los tiempos, la distribución de la riqueza, la solidaridad concreta, el destino universal de los bienes para que ello se convierta en un hecho cotidiano y no la excepción a la regla». Era esperable que el documento rematase con un dardo hacia Olivos, de donde Moyano había salido dos años antes para pasarse a la oposición. «Reiteramos al Gobierno nacional la necesidad de que los trabajadores organizados seamos actores principales en el tratamiento de los problemas del país». ¿Gustaban estos movimientos en Roma? No tanto, y el malestar ya se había manifestado en la semana de la elección cuando aparecieron en Buenos Aires afiches en las paredes con la foto del nuevo Papa y la leyenda «Francisco, argentino y peronista».

Replicaban los afiches que todos los años recuerdan a José Ignacio Rucci con la misma leyenda: «Rucci, argentino y peronista», pero en este caso no había usurpación, porque los afiches sobre el Papa los había mandado a pegar la misma persona que hacía los de Rucci, el activista de todos los peronismos Osvaldo Agosto. Este dirigente es protagonista de leyendas del peronismo insurgente, como el robo del sable corvo de San Martín en 1963. (1) Acompañaba a Rucci cuando fue asesinado en 1973 y actuó durante el Gobierno de Carlos Menem como operador en España, donde cumplió funciones públicas y discretas con terminal en Buenos Aires.

Este saludo tenía antecedentes. En octubre de 2008, Bergoglio se había hecho tiempo para hacerle reproches —aunque entre cuatro paredes— al matrimonio Kirchner. Secretamente, recibió a los hijos y a la viuda de José Rucci, ante quienes tuvo palabras afectuosas para «nuestro recordado Rucci» (sic). Les dio alivio en el pedido de reapertura de la causa judicial que investiga el asesinato ejecutado por militantes y les dio una medalla de la Virgen Desatanudos —venerada también por Elisa Carrió— «para que la Virgen nos ayude a todos a desatar este nudo». Les dijo, en presencia del gestor del encuentro en sus oficinas junto a la catedral, el secretario general de las 62 Organizaciones Peronistas, Gerónimo Venegas, que la Iglesia católica

respalda «el pedido de verdad y justicia» sobre el crimen. «He estado leyendo todo lo que salió sobre nuestro recordado Rucci. También he visto todos los programas de televisión. Los felicito porque dan un mensaje de búsqueda de la verdad y de la justicia sin odios ni rencores», les dijo Bergoglio a los hijos de Rucci. El obispo comparó esa actitud con la de «otros que promueven un clima hostil entre los argentinos. Seguramente, sienten culpa porque durante la dictadura militar, mientras muchos de sus compañeros desaparecían, ellos estaban lejos de esta ciudad, haciendo dinero. Ahora siembran el odio, pero, gracias a Dios, están fuera de época porque los argentinos no los acompañan». No hizo falta que aclarase a quiénes se refería. Un año más tarde, también para otro aniversario de la muerte del sindicalista, Bergoglio moderó el entusiasmo y no permitió que la misa por Rucci se rezase en la catedral metropolitana. Envió al Momo Venegas —organizador de la ceremonia— y a la familia a la iglesia jesuítica de San Ignacio. Las misas de años anteriores por Rucci se habían hecho todas en la catedral.

Francisco Piñón fue uno de los agentes encubiertos del bergoglismo. Fue decisivo en los momentos de la construcción del Bergoglio político y hoy es una célula dormida que espera una misión. Importa acercarse a él, porque participó de la etapa de Bergoglio más próxima a la política partidaria. Lo conoció a Francisco cuando era miembro de una organización peronista ya disuelta, la Organización Única para el Trasvasamiento Generacional (OUTG), que antes había sido Guardia de Hierro. Guardia había entrado en los años setenta en relación con otros grupos, buscando cumplir la consigna de Perón y producir un relevo de dirigentes. Existía una mesa desde 1972 en la que se sentaban el Frente Estudiantil Nacional (FEN), de Rodolfo Grabois, Cine Liberación, de Pino Solanas, Alejandro Álvarez, Eduardo «Caíto» Cevallos y otros. Cuando muere Perón, esa mesa se disuelve.

Piñón se había graduado de sociólogo en la Universidad de Buenos Aires y comenzó a trabajar en un instituto de investigaciones de la Universidad del Salvador que dirigía Emilio Fermín Mignone. (2) En su adolescencia, había participado de grupos juveniles ligados a los jesuitas, pero ese trabajo en la universidad fue el primer vínculo formal con la orden. Álvarez tenía relación con sacerdotes que habían estado ligados al peronismo guardián, como Pedro Fagoaga, que actuaba en Lomas de Zamora y por ese puente llegó a Bergoglio, que era provincial de la orden.

Esos grupos bullían por el debate en la Iglesia que buscaba rumbos después del Concilio, la teología de la liberación que usaba tramos del análisis marxista para cumplir con la pastoral posconciliar y que en la Argentina se había encontrado con el peronismo, un factor impensado para esa trama que exhibía un sesgo europeísta.

A través de esos jesuitas, Piñón se sumó al grupo de jóvenes que asistió a Bergoglio en el traspaso de la universidad a los laicos. Álvarez le pidió a Piñón que colaborase en el cumplimiento de la orden de Pedro Arrupe, general de la Compañía de Jesús, de que la provincia jesuítica se deshiciese de dos de las tres universidades que regía porque faltaban curas que las atendiesen. Una era la Universidad Católica de Salta, que volvía al Arzobispado; la otra era la de Córdoba, que los jesuitas querían retener; la tercera era la del Salvador. El prestigio y la envergadura daban a esta última motor propio para seguir adelante en manos de los laicos que quisieran hacerse cargo.

Carlos Greco fue el primer rector de la universidad en manos de la asociación civil. Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, asumió en 1975. Para esa ocasión, Bergoglio redactó el documento «Historia y cambio», primer documento público del futuro Papa. Estos lineamientos de acción política adelantan el pensamiento y el curso de su acción pública para el resto de su vida. En la asociación que lo asistía, había un grupo de académicos entre quienes se contaba Piñón. En el tumulto de esa organización, Greco es reemplazado como rector por el decano de la Facultad de Medicina, y la presidencia de la asociación civil queda en sus manos. Pocos meses más tarde, ya en 1976, Piñón es elegido el tercer rector laico y permanece en el cargo algo más de cuatro años.

El Bergoglio de esos años convivía con el peronismo, y los jóvenes con quienes interactuaba en la universidad sabían de esa referencia de su pensamiento. Estaba al tanto de que los seminaristas formados con él leían y debatían libros de Perón. Nadie niega esa impregnación de época, pero nadie tampoco registra ni dichos ni gestos de militancia partidaria. Nunca perteneció ni a Guardia ni a la OUTG, aunque tenía estrecha relación con curas que sí pertenecían a ese sello.

Las marcas partidarias desaparecen a medida que Bergoglio alcanza notoriedad. Sus homilías como arzobispo, por ejemplo, están dedicadas a gobiernos peronistas como los de Carlos Menem, Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner. Todas fueron de un fuerte acento crítico, como las que propinó al Gobierno aliancista de Fernando de la Rúa.

El episodio más notable de esa gestión fue la aparición del almirante Emilio Massera en un acto académico de la universidad. «Eso fue así —admite Piñón—. Yo ingreso al Salvador vía Guardia. Me conoce Bergoglio vía ellos, ¿está claro? Estas cosas fueron habladas y compartidas. Ahí hubo una decisión. Tenemos que hacer algo. Y viene el “Gallego” con una idea, tenemos que invitarlo a Massera a dar una conferencia a cambio de protección de los compañeros, de la gente. Eso fue hecho así. Bergoglio estuvo de acuerdo. Háganlo. Pero él no estuvo. Hay una falacia que corre por ahí de que hubo un doctorado honoris causa que no existió. Cuando estábamos organizando el acto,

vino un marino que nos preguntó detalles de cómo iba a ser. Nos dijo: "Ustedes le tienen que entregar un doctorado honoris causa". Yo le dije que no. "Esta universidad no entrega esas cosas. El único que entregó fue al padre Furlong". (3) Se lo dije yo. Él estuvo en la inauguración de la cátedra Yves de La Brière de Derecho Internacional y fue nombrado profesor honorario de esa cátedra. No quedó ningún registro de ningún doctorado». (4)

La conexión con los peronistas uruguayos

Piñón era amigo del pensador uruguayo, sedicente peronista, Alberto Methol Ferrer, responsable del área de laicos del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Por Methol, Piñón conoció a Antonio Quarracino, arzobispo de Buenos Aires. Piñón fue también el puente entre Methol y Bergoglio. Methol tenía una lectura nacionalista de la Iglesia de América Latina que impregnó al pensamiento católico de los años setenta y ochenta y que en la Argentina había encontrado el atajo del peronismo para escapar del marxismo. El peronismo les permitía superar la contradicción de ser católicos y marxistas, ideología condenada por Roma como «intrínsecamente perversa». El peronismo, elástico en forma y fondo, aportaba su compromiso histórico con la Iglesia, a la que el Gobierno del primer Perón prebendó como a pocas otras instituciones, y también con la llamada Doctrina Social de la Iglesia, que según Perón era la ideología del movimiento.

Methol vivía en Montevideo y tenía una amplia red de relaciones locales. Con Piñón como rector del Salvador, participó de una fundación llamada Juan Diego de Guadalupe para la Evangelización de la Cultura, que tenía como objetivo extender la influencia de los documentos de la Conferencia de Obispos de Puebla sobre la movilización de los laicos. Ahí reunieron a personajes de la Iglesia y laicos que provenían de la política y del sindicalismo, como Carlos Auyero. Allí apareció Guzmán Carriquiry, otro uruguayo discípulo de Methol, que terminó con un altísimo cargo en el Vaticano que conserva hasta hoy. Es el segundo en la Comisión de Laicos.

Piñón llevó a Methol hasta el Colegio Máximo de San Miguel, para que Bergoglio lo conociera. Fue un almuerzo histórico, porque Bergoglio siempre ha reivindicado la identificación con su pensamiento. Methol era un creyente de personalidad muy original, ex empleado de Aduanas de su país, donde se jubiló. Era un pensador oral, ágrafo, resistente a la escritura, que tenía una forma de expresarse que hacía creer a algunos que era tartamudo. Su principal publicación es la recopilación de sus charlas con Alver Metalli, un volumen donde al final le agradece a Piñón su colaboración para que

ese legado quedara por escrito. (5)

Metalli, albacea de Methol Ferré, evocó así ese primer encuentro: «Fue un almuerzo de tres, que se llevó a cabo en el Colegio Máximo de San Miguel, sede pontificia, en aquel momento, de la Facultad de Filosofía y Teología de los jesuitas, parte de la Universidad del Salvador […]. Se habló del momento histórico de América Latina y de la responsabilidad de la Iglesia en esa coyuntura. El tema de la cultura, tal como se estaba perfilando en la fase preparatoria de la Conferencia de Puebla en la que Methol tenía una participación, el de la religiosidad popular, el mismo tema de la teología de la liberación, se plantearon en profundidad durante la conversación». Bergoglio llegó a llamarlo a Methol «el genial pensador del Río de la Plata». Adaptó su lema sobre el «ateísmo libertino» para acuñar el de «progresismo adolescente». Según Methol, «el ateísmo libertino es la exaltación de la corporeidad, la apoteosis del cuerpo sin un tú, puesto al servicio ansioso del eros».

Por la vía de Methol, Bergoglio entró en relación con Lucio Gera, inspirador de la teología del pueblo argentina desde el seminario de Villa Devoto. De aquella relación surgió la confianza de Quarracino con Bergoglio, a quien sacó del ostracismo. «Lo estoy trayendo a Jorge a Buenos Aires como auxiliar mío», se entusiasmó Quarracino ante Piñón unos años más tarde, sobre el filo de los años noventa, cuando se encontraron por casualidad en el Centro Cultural San Martín de Buenos Aires.

La salida de Piñón significó el final de las relaciones del rectorado con la política. Bergoglio consintió ese cambio y la asunción de Mercedes Terrén como rectora, una gestión sin contenido político. La salida de Piñón coincidió con el final del mandato de Bergoglio como provincial. A finales de 1979, dejó ese cargo y Piñón duró pocos meses más en el rectorado, que abandonó en marzo de 1980. Desde ese momento, pasó a un ocaso dentro de la orden y en la Iglesia. Años más tarde, cuando recuperó poder, un jesuita volvió a ocupar el rectorado. Juan Alejandro Tobías, ex seminarista de la orden, asumió la conducción de la universidad. Estuvo en ese cargo durante 33 años, desde 1985, y murió en febrero de 2018, un día antes de terminar su mandato como autoridad académica. Fue el hombre que acompañó a Bergoglio en su etapa de ascenso y en el apogeo de su poder en la Iglesia argentina.

1. Rodolfo Piovera, *El sable. Un thriller peronista. Historia secreta del robo de la espada de San Martín,* Buenos Aires, Atlántida, 2013.

2. Mignone fue un abogado católico y peronista, funcionario de gobiernos civiles y militares, como los de Héctor Cámpora y Juan Carlos Onganía, respectivamente. Fue uno de los fundadores del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), pionero en la lucha por los

derechos humanos en la Argentina.

3. Guillermo Furlong fue un jesuita que se destacó como historiador.

4. Yves de La Brière era un jesuita francés que actuó en los debates de la primera mitad de siglo entre los monárquicos maurrasianos y la Iglesia. Es una personalidad ligada a los esfuerzos para la construcción del derecho internacional. Murió en San Miguel, Argentina, en 1941.

5. Alberto Methol Ferré y Alver Metalli, *El Papa y el filósofo,* pról. de Guzmán Carriquiry Lecour, contiene «La América Latina del siglo XXI» [2006], trad. de Inés Giménez Pecci, Buenos Aires, Biblos, 2013.

6. A LA CAPTURA DE LAS UNIVERSIDADES

Jorge Bergoglio, en cuanto a ideología, es un producto que solo se entiende desde las raíces de la cultura argentina de la primera mitad del siglo XX. Se crio en una iglesia antiliberal, ultramontana, enfrentada con el liberalismo económico de los años veinte y treinta, antimercado, anticosmopolita, antirracional, más cerca del nacionalismo que reivindicaba la tradición española y católica, la herencia del rosismo, el revisionismo.

Es, desde esta perspectiva, el fruto más notable y de mayor alcance del nacionalismo argentino, que se construye con personalidades de gran dimensión intelectual, inspiradas en una lectura compleja y original del proceso político del Occidente europeo. Este último, en la primera mitad del siglo, boyaba entre el autoritarismo de los regímenes europeos, el comunismo y el liberalismo de raíz anglosajona, que en la Argentina estaba identificada con el ciclo del imperialismo británico.

En ese andamiaje, obran figuras que Bergoglio conoció por lecturas e incluso en persona, en los años de juventud. Es el caso de Gustavo Franceschi, el inspirador de los Cursos de Cultura Católica que fueron la base de la Universidad Católica Argentina. Franceschi fue animador y director eterno de la revista *Criterio,* órgano de un catolicismo que ha buscado convivir con el liberalismo, eterno enemigo de la Iglesia de Roma, y uno de los fundadores del Partido Demócrata Cristiano, que murió como un emblema del antiperonismo. También alimentaron ese fondo de ideas que alienta siempre en el pensamiento de Bergoglio la obra de los jesuitas Leonardo Castellani y Julio Menvielle, que conviven en su biblioteca mental con el tradicionalismo de Leopoldo Marechal, escritor a quien Bergoglio siempre destacó por su perfil de ideas más que estético. Marechal fue una figura central de la cultura peronista, pero que se formó también en lo que Enrique Zuleta Álvarez llama el «nacionalismo doctrinario» (1) de Tomás Casares, Ernesto Palacio, Mario Amadeo, el «virrey» Juan Carlos Goyeneche, alias el «Bebe», y las versiones descascaradas de ese pensamiento en los años sesenta y setenta, Alberto Caturelli, el cura Aníbal Fosbery, Jordán Bruno Genta y Carlos Disandro. El epígono más ilustrado de esa línea fue Marcelo Sánchez Sorondo, el padre del obispo homónimo que acompañó a varios papas, incluyéndolo a Bergoglio.

Una generación de jesuitas había vaciado la Compañía de Jesús después del Concilio y de sus efectos en la Iglesia argentina. La llegada de Jorge Bergoglio como provincial en 1973 significó un movimiento de restauración, de la mano de un sacerdote muy carismático. «Bueno, hay que entender a la gente.» Eso lo mantiene en el tiempo y explica

su vieja idea de abrir la comunión eucarística a los divorciados. Es elástico en lo pastoral, pero rígido en lo teológico. Junta esas dos puntas. En cuestiones de fondo, huye de temas como la ordenación de las mujeres, y hasta en la homosexualidad no se aparta de lo clásico.

Durante su misión como provincial, logró éxitos, pero cuando la abandonó en 1979, dejó a la orden dividida. Un sector, que Rodrigo Zarazaga llama los «Salieri de Bergoglio», le critica el autoritarismo. Ese grupo es el que se identificó más con la izquierda y permaneció lejos de Bergoglio. El otro, que continúa siendo fiel a él, sigue la línea del jesuita como sacerdote comprometido, pastor de sus ovejas: un conductor en la comunidad, muy metido en los barrios pobres, que tiene que escuchar al pueblo y aprender de él. Ese estilo lo llevó a su liderazgo. Atendía a los curas de manera personal. Siendo auxiliar de Buenos Aires, los acompañaba cuando se enfermaban, los reemplazaba en las misas.

Aunque más auténticamente progresista que él, Arrupe apreciaba mucho a Bergoglio. Lo eligió provincial, según el método clásico, a partir de una terna que le envió el que dejaba el cargo. Lo reemplazó García Mata, que lo apartó de actividades centrales, lo mandó a Alemania y después a Córdoba. (2) Había intentado cerrar el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), el *think tank* de la Compañía de Jesús. Cuando regresó a posiciones de poder, se olvidó de aquel propósito y esa institución recobró importancia. Hoy la dirige Zarazaga. Este sacerdote y cientista social con récord académico internacional la ha volcado a la formación de jóvenes a través de una escuela de líderes. Con él, CIAS ha recobrado vida y prestigio.

Cuando era arzobispo, Bergoglio hablaba de «mi universidad» para referirse a la del Salvador, cuando debía ser la Universidad Católica Argentina (UCA), casa que buscó dominar durante años hasta que la capturó definitivamente durante su arzobispado. La dejó en manos de Víctor Fernández, el sacerdote más cercano a Bergoglio y pluma de sus escritos más importantes entre 2009 y 2018. Le costó que la propia Iglesia formalizase la designación, pero en una década este teólogo cordobés, aficionado a la cría de canarios, sacó a esa universidad de las manos del catolicismo conservador que la había fundado, gobernado y controlado con figuras de la importancia del tomista Octavio Derisi o de monseñor Guillermo Blanco. La lucha de Bergoglio por capturar la UCA lo llevó a quedarse con el control de las dos principales universidades católicas de su país. Es otra prueba de su aplicación al poder y de su infinita paciencia. En una parábola histórica, el copamiento de la UCA por Bergoglio es un capítulo exitoso de su ánimo de restaurador de un poder que la Compañía de Jesús había perdido con su expulsión americana del siglo XVIII.

En treinta años, logró dominar, a través de esas dos universidades,

el sistema de la enseñanza superior de la Iglesia argentina. Cumplida la misión, «Tucho» Fernández fue enviado en 2018 por Francisco a hacerse cargo del Arzobispado de La Plata, que había dejado uno de sus principales adversarios en el Episcopado, monseñor Héctor Aguer. Bergoglio se dio otro lujo de audacia política: como rector de la UCA, en reemplazo de su delegado Fernández, designó por primera vez a un laico, el médico Miguel Ángel Schiavone.

Bergoglio es inaccesible para todos, hasta para quienes lo rodean cotidianamente. Por eso es importante seguir las líneas del retrato que hace «Tucho» Fernández cuando lo tiene que explicar y justificar ante los propios católicos, perplejos por las novedades que lleva al papado. En una charla de 2013, año de la elección papal, Fernández buscó refinar el lenguaje del propio Bergoglio, como dueño que es de sus palabras. (3)

Define al personaje: «Estoy convencido de que esto no es un populismo oportunista (aunque pueden llamarlo como quieran), sino la seguridad de que el Espíritu Santo actúa en el pueblo, y lo hace con esquemas y categorías muchas veces intragables para los sectores ilustrados o acomodados, que en su incomprensión suelen demostrar el mismo autoritarismo irracional que ellos critican».

En esta defensa, revela lo que nadie confirma: que es el *ghost writer* de Bergoglio, como este lo fue de Antonio Quarracino o de Ubaldo Calabresi. Al ponderar el interés del personaje en la religiosidad popular, cuenta: «Bergoglio hizo suya esta valoración positiva de la fe popular, entendida como resultado de la libre y misteriosa acción del Espíritu. Cuando estábamos en Aparecida, una noche me dijo que lo que más le interesaba era que el documento conclusivo plasmara de un modo más contundente esa valoración. Me pidió un texto breve pero bien orientado en esa línea. Después me indicó algunos ajustes y me guio para completarlo y enriquecerlo».

Bergoglio fue rector del Colegio Máximo de San Miguel, después de ser provincial de la orden de los jesuitas. No llegó a ser rector de la Universidad del Salvador, que divorció de la orden cuando tenía el poder supremo. La instrucción de su valedor, el padre Arrupe, era que la Universidad del Salvador pasase a ser administrada por una organización de laicos entre quienes había benefactores y ex alumnos de esa institución. Bergoglio aceptó ese mandato. Para quienes interpretan esto desde la perspectiva de los años siguientes, la decisión sirvió para que la orden perdiese a esa universidad, pero para quedársela él a través de esos laicos que no quería que respondiesen a la nueva autoridad jesuita de la provincia, que lo castigaría y lo señalaría como un enemigo hasta el día hoy.

Arrupe estaba al tanto de la enorme deuda que tenía la universidad y no aceptaba que la orden se hiciera cargo de las decisiones de las

anteriores administraciones. Bergoglio siempre tuvo un cuidado celoso respecto de los temas financieros. Consta en diversos capítulos de su biografía cómo acudió a profesionales acreditados para que lo ayudasen a resolver temas financieros y jurídicos. Los biógrafos más celosos de la intimidad de esos años han recopilado el testimonio de Bergoglio como renegociador de la deuda de los jesuitas. Esos compromisos llegaban a un millón y medio de dólares en 1974. Contó con la colaboración de un jesuita ecónomo venido de Estados Unidos, que ayudó a liquidar propiedades de la orden. Era el padre Roberto Pihale, que colaboró vendiendo lotes en Córdoba y Mendoza, y con eso «se pagaron todas las deudas y se pudo entregar la Universidad del Salvador a los laicos, libre de endeudamiento, como quería el padre Arrupe». (4)

En esos testimonios, aparecen en Córdoba el contador Néstor Giraudo y el ingeniero Carlos Diamant, en quienes Bergoglio confió para el desendeudamiento de la orden en Córdoba.

Arrupe se había quedado impresionado con la personalidad del joven Bergoglio en una visita a la Argentina y en algún encuentro en Roma. Sorprendió a todos cuando lo eligió provincial en 1974.

Para cumplir el mandato de entregarles la universidad a los laicos, Bergoglio convocó a todas las asociaciones laicales vinculadas a la institución y a los profesores y académicos que en algún momento habían participado de la conducción de la casa de estudios. Esta se había creado en 1956 como continuidad de la que fuera la Universidad de Córdoba.

La fundación de la Universidad del Salvador fue un corolario de los efectos de la Revolución Libertadora y la salida de profesores y académicos que tenían algún compromiso con el peronismo o que se negaban a reconocer la institucionalidad que repudiaba a la Constitución de 1949. Bergoglio redactó la *Carta fundacional del Salvador,* y en sus contenidos están adelantados los lineamientos de su conducción de la universidad y también los de su trayectoria como arzobispo y como Papa. La síntesis política está en la frase que dice: «Superado el largo repliegue histórico iniciado a mediados del siglo XVIII, durante el cual debió aceptar, por lo menos tácita y parcialmente, las reglas de juego de su adversaria, la sociedad del lucro y el individualismo, la Compañía de Jesús vuelve a desplegar a pleno sus banderas iniciales de comunidad, fe y disciplina, al servicio de los pueblos».

El nuevo orden en la universidad pasó por varios rectores hasta que llegó Francisco Piñón. El sacerdote Ernesto López Rozas, un jesuita comprometido a fondo con el peronismo y que intervenía en los debates políticos del momento, ya estaba vinculado a la organización Guardia de Hierro. López Rozas fue quien sugirió que designase como

rector a Francisco Piñón, que era un militante de esa tribu del peronismo que se había apartado de la lucha armada.

Otra definición para ajustar el dial es: «Bergoglio no es estrictamente un progresista». Una clave es su visón de una Iglesia «misionera y servidora». En eso Bergoglio siempre buscó distinguirse de las jerarquías del Episcopado argentino y también de la curia romana. Siempre forzó ese rumbo. Cuando le cuenta su vida al historiador Cayetano Bruno, en una jugosa carta autobiográfica recuerda que siempre admiró a los salesianos y que a él lo acusaban de ser un jesuita-salesiano por su pretensión de llevar la Iglesia a la calle. Se ríe del «menjunje» de filosofía y teología en la formación de los curas, que en la orden de los jesuitas empezaban por estudiar a Hegel. Cuenta que en San Miguel empezó a atender a los pobres del barrio que rodeaban el Máximo: «Los profesos tenían voto de enseñar la doctrina a los niños y rudos, y comencé a hacerlo yo mismo junto a los estudiantes». Por eso lo acusaron de haber «salesianizado» la formación. «Me acusan de ser un jesuita prosalesiano». (5)

En un retrato de 2013, Fernández se ríe de quienes esperaban que Bergoglio se jubilara. «Hay que decir con toda claridad que abogó siempre por una Iglesia misionera y servidora, no centrada en sí misma sino al servicio de la gente. [...] No siempre ha sido esa la opción de algunos hombres de Iglesia. Es más, pensando que Bergoglio ya estaba por jubilarse, e imaginándolo encerrado en al asilo sacerdotal, abundaban las intrigas para consolidar con su desaparición un poder que fueron amasando en los últimos años. Yo mismo estuve en reuniones donde algunos obispos argentinos y algún representante importante de la Santa Sede (excluyo al actual nuncio, que es un caballero) se solazaban sin pudor criticando a Bergoglio. Le cuestionaban no ser más exigente con los fieles, no remarcar mejor la identidad sacerdotal, no predicar demasiado sobre cuestiones de moral sexual, etcétera. Hace pocos días, antes de la elección del Papa Francisco, estuve en un acto donde algunos de ellos —sin imaginar lo que iba a pasar— transpiraban aires de inminente victoria. Había allí otro ideal de Iglesia, poderosa, triunfante, jueza del mundo. La concentración del poder en algunos sectores de la Iglesia, y la imposibilidad de resolver todos los problemas con semejante centralización romana, han dado lugar a una prepotencia que muchos obispos argentinos cuentan haber sufrido en carne propia en algunas visitas a la Santa Sede (excluyen el trato amable y respetuoso del entonces cardenal Ratzinger)».

Esta confesión de Bergoglio ante pocos aporta otro testimonio: el de su puja por imponer a Fernández como rector de la UCA cuando era arzobispo de Buenos Aires. «Acostumbrado al poder, y conociendo su astucia —apostaba en 2013—, creo que no será fácil engañarlo. Desde

un punto de vista bien teológico, sabemos que el hecho de que se haya presentado desde el primer momento, e insistentemente, como obispo de Roma ya está indicando un modo de entender el ejercicio del papado. Es Papa en cuanto es obispo de una porción del mundo, lo cual indica un ejercicio del poder marcadamente descentralizado, que respeta procedimientos, opciones, historias y culturas locales.»

El final de la defensa de Francisco insiste en rechazar las acusaciones sobre la conducta bajo la dictadura militar: «No jodamos, no cagó a nadie», dicen. «No jodamos: por favor, los que queremos estar con la gente no dejemos de reconocer los valores que encarna este Papa Francisco. Hoy estos valores no son tan frecuentes. Dejémonos de joder. Podemos detenernos a encontrar el pelo en la leche, y lo vamos a encontrar. Pero en este mundo no existe la pureza absoluta, y creo que estamos ante una oportunidad inmensa para volver a poner en el centro a Jesucristo y al pueblo que Dios ama. Las últimas declaraciones de Jalics, junto a la opinión de gente de izquierda con buena información, como Pérez Esquivel, Oliveira, Fernández Meijide, Navarro y otros, muestran que Bergoglio no cagó a nadie, no fue cómplice de la dictadura, no dejó de ayudar a ocultarse o a escapar a quienes se lo pidieran, e intercedió por algunos en la medida en que podía, porque ni siquiera era obispo. Hace treinta años Pablo Tissera, un jesuita progresista, me decía que en la dictadura Bergoglio había actuado según una convicción que tuvo siempre: "Los curas tenemos que mantenernos siempre lejos de los que tienen poder en el país, para no quedar pegados".» (6)

1. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino,* Buenos Aires, La Bastilla, 1975, 2 vols.

2. Para los años en que Bergoglio estuvo en Córdoba, los mejores testimonios están en Javier Cámara y Sebastián Pfaffen, *Aquel Francisco,* Córdoba, Raíz de Dos, 2016.

3. Víctor Manuel Fernández, «Bergoglio, a secas», en *Vida Pastoral,* núm. 318, junio de 2013.

4. Javier Cámara y Sebastián Pfaffen, *Aquel Francisco, op. cit.,* p. 136.

5. Jorge Bergoglio, carta al padre Cayetano Bruno, 20 de octubre de 1990, disponible en línea: <http://www.osservatoreromano.va/vaticanresources/files/cd22030121e6671868df4c19f5dc86b0_5.pdf>.

6. Víctor Manuel Fernández, «Bergoglio, a secas», *op. cit.*

Las lecciones del primer vocero

Nadie puede decir que conoce en profundidad a Bergoglio. También él es un poliedro: para acercársele, hay que mirarlo desde diversas facetas. La complejidad de su personalidad hace que observarlo desde un solo ángulo sea difícil. El cura, el político, el obispo jefe de comunidad y el Papa jefe de Estado se juntan en una sola persona con un poder global como reúnen pocos estadistas en el mundo.

Cabe preguntarse si él fue siempre así o se hizo así para alcanzar determinados objetivos. Es ocultador, no muestra sus procesos mentales. Suele apoyarse en textos y en posiciones doctrinarias, en autores y documentos que sirven a su discurso y a circunstanciadas tomas de posición. Nunca es vicario de ninguna de esas autoridades. Al revés, le sirven a él.

Cuando en 1998 asumió como arzobispo de Buenos Aires, llamó a Guillermo Marcó, un sacerdote con experiencia en la frecuentación en los medios, y le pidió su colaboración: «Le tengo terror a hablar con los periodistas». No era el Bergoglio comunicativo que han conocido quienes lo vieron ya de Papa.

Marcó no venía de una familia católica: la suya había sido más bien una conversión juvenil. Cursó la carrera de Arquitectura en la UBA hasta tercer año, cuando ingresó al seminario. Había desarrollado un formato personal de comunicación. Lo debía —decía él— a que tuvo que acostumbrarse a darles explicaciones a su familia y a sus amigos por el giro que le había dado a su vida. Quizá fue eso lo que le interesó a Bergoglio: Marcó no venía de la militancia católica ni se había formado en una parroquia. De muy joven, había tenido un espacio de televisión junto a Guillermo Marconi, abogado y dirigente de un gremio de árbitros de fútbol. Los presentó Bergoglio: Marconi había estudiado en la Universidad del Salvador y había sido líder estudiantil en esa casa cuando la Compañía de Jesús la dejó en manos de una asociación de laicos.

Bergoglio venía de ser obispo de Flores. Le era difícil dirigirse a un público que fuera más allá del estrictamente eclesiástico. Su antecesor, Antonio Quarracino, había sido un obispo locuaz. En una columna televisiva semanal, daba rienda suelta a su verba, que después le traía problemas a la Iglesia. Una de sus ocurrencias fue recomendar que se recluyera a los homosexuales de la Argentina en una isla en el Río de la Plata, para que así vivieran a su antojo, pero sin molestar a los demás. Estos floreos comunicativos de su predecesor aumentaban los temores del arzobispo a la hora de enfrentar su nuevo cargo.

Marcó lo instruyó: «Tu presencia en los medios va a ser objetiva. Cuando quieras decir algo, llamo a todos los periodistas y lo decís. Antes vamos a chequear qué querés decir y qué no y qué te puede traer complicaciones por las interpretaciones de qué quisite decir y qué no».

La planificación de Marcó para las apariciones en público del arzobispo seguía el calendario del año litúrgico. Dentro de este formato rutinario, Bergoglio jugaba la de él. Ante los medios, aumentaba el potencial comunicativo si el arzobispo se apartaba de algunas de estas rutinas, como cuando en alguna festividad les cedía la celebración de la misa en la catedral a sus auxiliares, y él, en cambio, llevaba la liturgia a una cárcel o a un hospital público.

Esta planificación pautó que sería el arzobispo de la capital de la Argentina quien predicara en el Tedeum de cada 25 de mayo. Hasta la llegada de Bergoglio, esas homilías solían dejarse a cargo de algún sacerdote. Él convirtió la homilía ante funcionarios políticos en un género nuevo de la oratoria sagrada en la Argentina, la reprimenda a los responsables de las malandanzas públicas. Sobre esa base, montó su leyenda como obispo, y como Papa después, con formato político. Al día siguiente, el titular era «La Iglesia dijo…».

Marcó le acercó a los políticos del momento. Le presentó a Mauricio Macri cuando no era ni candidato a nada. También a Elisa Carrió, que iba todos los días a las nueve de la mañana a una misa en la iglesia de San Nicolás de Bari, frente a su departamento de la avenida Santa Fe. Allí a veces Marcó celebraba misa para ella y unos pocos parroquianos más. Cuando estaba enferma, le llevaba la eucaristía a su casa.

Esa presentación de Carrió a Bergoglio ocurrió un día inolvidable. Fue el 15 de marzo de 2001. Se habían precipitado varias renuncias en el gabinete del Gobierno de Fernando de la Rúa, desflecado desde octubre del año anterior por la salida de Carlos Álvarez. El vicepresidente había dado un portazo señalando sospechas de corrupción en la sanción de una ley de reforma laboral. Las renuncias de marzo signaban el final de un gobierno con la transición de Ricardo López Murphy a Domingo Cavallo al frente del Ministerio de Economía.

Aquel día, Bergoglio y Carrió mantuvieron una larga charla, y ella tuvo la oportunidad de exponerle lo que llama «el secreto» de su conversión al arzobispo de Buenos Aires. Nunca ha sido explícita Carrió sobre ese secreto que está en el centro de una transformación espiritual de la que ha dado solo detalles circunstanciales. Ocurrió en Catamarca, en 1997, en una visita al santuario de la Virgen del Valle. Hasta entonces manifestaba incredulidad y no tenía ninguna práctica religiosa. Pero esa experiencia, cuando llevaba algunos años en política, dio origen a una nueva etapa de su vida. En sus discursos,

decía que, «si la verdadera intención era fundar un pacto para reconstruir la República, no importaba quién estuviera al frente del Gobierno». La síntesis era esta: «La utopía está antes que el ejercicio del poder».

Esa conversación de 2001 es clave para los dos protagonistas, porque Carrió hizo depositario a Bergoglio de ese secreto que no le ha contado a nadie. «El de mi conversión —ha dicho— es un secreto que yo guardo. Comprendo que los demás no entiendan. Algún día se va a saber todo, y no por mí sino por todo lo que va a suceder. […] El secreto de mi conversión lo tiene la Iglesia […] Sentí el llamado y tuve que empezar a caminar de nuevo». (1)

Carrió desmiente que Bergoglio fuera su confesor, pero es el depositario de ese secreto. En la charla, ella describió los problemas que venían para la Argentina por el desmoronamiento del Gobierno de De la Rúa. No ha olvidado que en medio de la entrevista miró hacia una imagen que había en el recinto, que le inspiró una frase que no olvidó ni ella ni quien la escuchó, el cura Marcó: «Este va a ser Papa», comentó, profética, en voz alta, al terminar la reunión.

***

Sobre el resto de las fechas del calendario religioso, como la festividad de San Cayetano o la peregrinación anual a Luján, también se hicieron previsiones para apariciones públicas. Marcó le pedía la homilía un día antes al arzobispo, entregaba el texto bajo embargo a los medios y después él la explicaba, una vez que Bergoglio la había pronunciado. Estas novedades hicieron más complejo el canal de comunicación, y Marcó emprendió el armado de equipos de voceros que pudieron hablar y explicar en nombre de la Iglesia. Lo llamó a José Di Paola, el «padre Pepe» de las villas, que respondía cuando el tema eran las drogas. Cuando se trataba de cuestiones más densas, como por ejemplo la bioética, movilizaba a algún cuadro de la Universidad Católica Argentina (UCA).

En la búsqueda de estrategias de comunicación, con el tema del aborto se avanzó en el planteo de que no se agotaba en lo religioso, sino que era un asunto de derechos humanos. La Iglesia trataba de asesina a la madre que abortaba, y Bergoglio fue de los primeros que manifestó comprensión ante el drama en las clases bajas del embarazo no querido o del embarazo adolescente.

Cuando a fines de 2002 se presentó un proyecto de Ley de Unión Civil en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, la estrategia fue delimitar con precisión qué se estaba discutiendo. ¿Por qué debía opinar Bergoglio, si nadie discutía el sacramento del matrimonio? Acordó no decir anda, aunque recibía presiones de Roma y de sectores conservadores del Episcopado argentino. Marcó fue a decirle a la

Comunidad Homosexual Argentina (cha) que sacaran a la Arquidiócesis porteña de ese debate, porque Bergoglio no iba a intervenir sobre la aprobación de una norma por la Legislatura de una ciudad que quería un régimen de relaciones personales entre dos personas, del mismo o de distinto sexo, que tampoco era un matrimonio. Hubo tregua.

El pasado de los setenta

Marcó intervino también cuando el periodista Horacio Verbitsky publicó notas críticas en la prensa que levantaban acusaciones contra Bergoglio por su comportamiento en los casos de curas perseguidos por la dictadura militar de 1976-1983, cuando era provincial de la Compañía de Jesús. En lo que se refiere al secuestro y tortura de los jesuitas Orlando Yorio y Francisco Jalics en 1976, la acusación dirigida contra quien era entonces su provincial es la de no haberlos protegido suficientemente. Bergoglio ha reiterado que él procuró y obtuvo la libertad de los dos sacerdotes y que tuvo una entrevista con el almirante Massera. Pese a estas explicaciones, el periodista insiste en que Francisco debe una respuesta pública a esas acusaciones. (2)

Marcó hizo de intermediario para una visita del periodista a Bergoglio, quien le mostró documentos sobre su conducta de entonces. «Llamalo a Verbitsky y que venga y mire», le indicó. El periodista fue a la curia y vio los archivos. No se dio por satisfecho ni entonces ni después de que Bergoglio fuera elegido Papa. (3)

Los allegados a Bergoglio, como Juan Grabois, sostienen que en los archivos de la curia, del Episcopado y de la Cancillería, abundan documentos que aclaran y despejan las dudas sobre su proceder en los tiempos de la represión de la última dictadura argentina. Añaden que el Papa se niega a que esa documentación se difunda como respuesta a los relatos que lo inculpan.

«Si se hubiera querido defender, hay muchos documentos para hacerlo», dice Marcó. «Es un hombre profundamente religioso a quien nunca le he visto perder la calma en esos momentos. Cualquier persona que logra tanto poder como él lo usa en su beneficio. Si le preocupase su imagen personal, tiene un arsenal para defenderse. Pero considerará que es parte de lo que le toca vivir injustamente, que hay que padecer la mentira, que la calumnia no la vas a borrar porque salgas a hacer acciones en contrario, que hay que orar por esas personas».

La construcción del sistema de prensa a cargo de Marcó consistió también en tender una red de periodistas amigos. Periódicamente, se entrevistaban con el arzobispo para charlas de trasfondo, con el compromiso de no publicar lo charlado.

Esta frecuentación nunca le hizo perder a Bergoglio sus prevenciones ante la prensa, que ha mantenido como Papa y que son parte del formato que tiene la Iglesia. Como algunos partidos políticos o muchos gobiernos, prefiere mantener relaciones solo con periodistas de su estrecha amistad, de su militancia o directamente pagados por la institución.

Bergoglio le pidió a Marcó que lo acompañase en viajes a Roma «a recorrer el espinel». Le armó entrevistas con vaticanistas de la Santa Sede a quienes conoció en reuniones que organizó con el embajador Vicente Espeche Gil, designado por el Gobierno de Fernando de la Rúa. Era una novedad después de una década de dominio casellista en las relaciones con el Vaticano.

En Buenos Aires, Marcó había establecido la costumbre de hacer reuniones con periodistas y políticos en el comedor del primer piso de la parroquia de San Nicolás. En Navidad, solía recibir también a los periodistas para despedir el año.

En este armado de relaciones, se sumó el movimiento del diálogo interreligioso, que generó hechos históricos, como una visita del arzobispo porteño, por primera vez en la historia, al Centro Islámico y a las organizaciones comunitarias judeo-argentinas DAIA y AMIA.

Bergoglio desarrolló maniobras de poder montadas sobre el efecto que produce en los demás el desconcierto. Por ejemplo, cuando eligió a un protestante como el pastor presbiteriano Marcelo Figueroa para dirigir la señal de televisión del canal 21 y, posteriormente, de la edición argentina de *L'Osservatore Romano*. Es parte del sistema radical del manejo de grupos, porque ningún cura católico o feligrés va a confiar en un protestante, aunque lo vea en estrecha relación con su obispo. Acerca al operador, pero lo distancia de los demás.

Nunca se ve a Bergoglio reuniendo equipos de varias personas en torno a una mesa para discutir un tema. Las convoca de a una y las escucha sobre el asunto elegido. Suele admitir propuestas y alienta a realizarlas sin que el interlocutor entienda del todo si tiene que insistir en lo que propuso o si está siendo sometido a un examen. El comentario generalizado entre quienes han trabajado con Bergoglio radica en saber qué piensa en el fondo: es frecuente que diga a cada uno una cosa distinta sobre la misma cuestión. Eso a veces le funciona y otras veces no: en una organización cerrada como el clero, todos en algún momento terminan hablado entre sí y se dan cuenta de que a cada uno le dijo una cosa diferente.

Para quien está en una posición jerárquica eclesial, el poder y la capacidad de control del conjunto es más importante que las consignas en sí, porque estas las puede movilizar y regular, como y cuando quiere, sin que nadie se anime ni tenga elementos ni información para disputar el mando. Ese juego desgastó la relación de Bergoglio con

gente cercana a él; con los años, instalaron la idea de que el arzobispo no resolvía las cosas, con tal de mantener el control de la situación. Esto alimentó la imagen de un Bergoglio contradictorio: sus seguidores la explican con la metáfora del poliedro, figura que suma facetas contrarias sin enfrentarlas como contradictorias y excluyentes.

Marcó, etapa superada

El apartamiento de Marcó como vocero del Arzobispado porteño estalló en concomitancia con un tensamiento de las relaciones de la Iglesia con el poder político en la segunda mitad de 2006. En la homilía del Tedeum del 25 de mayo, Bergoglio les habló directamente a los Kirchner, que volvían a la catedral metropolitana después de haber trasladado la ceremonia a Santiago del Estero en 2005: «Necesitamos de la amistad social que cultivan los pobres y los pequeños, la que solo satisface cuando se da por completo a los otros. [...] ¿Cuántas veces hemos caído los argentinos en la "malaventuranza" de no haber sabido conservar tal mansedumbre? En la "malaventuranza" del internismo, de la constante exclusión del que creemos contrario, de la difamación y la calumnia como espacio de confrontación y choque».

El 12 de septiembre, el Papa Benedicto XVI pronunció una conferencia teológica en la Universidad de Ratisbona, donde había sido profesor, bajo el título «Fe, razón y la universidad: recuerdos y reflexiones». Allí citaba, sin suscribirla, la opinión del emperador bizantino Manuel II Paleólogo, que condenaba al islam por violento. El vocero Marcó vertió opiniones críticas al pontífice en una revista financiada con la pauta publicitaria de gobierno, que según decía había montado una fabricación de prensa para perjudicarlo a él y, por extensión, a Bergoglio, que había competido con Joseph Ratzinger el año anterior por la elección del sucesor de Juan Pablo II. «Esas palabras del Papa no me representan. Si el Papa no sale a reconocer los valores que el islam tiene y todo esto queda así, me parece que se habrá destruido en veinte segundos lo que se edificó en veinte años», dijo a la versión argentina de *Newsweek*. Esa publicación le había preguntado, como directivo de la organización del diálogo interreligioso, sobre los dichos del Papa alemán.

Marcó desmintió el haber opinado en cuanto vocero del Arzobispado. Los antibergoglismos de Buenos Aires y del Vaticano se valieron de esas expresiones para distanciar a Bergoglio de Roma. El arzobispo le dijo a Marcó que lo habían llamado desde el Vaticano para preguntarle cómo tenía un vocero que criticaba al Papa. También, que le habían pedido que lo sacara de ese puesto. Nunca le dijo que había sido Benedicto quien lo había llamado. Esto le quitó

espacio de maniobra a Marcó, a quien los adversarios del arzobispo usaban, sin duda, para presionarlo.

El 27 de septiembre, en Misiones, Néstor Kirchner hizo campaña a favor de Carlos Rovira para la elección de convencionales y para promover una reforma de la Constitución provincial que permitiera la reelección indefinida del gobernador. Criticaba al candidato de la oposición, el jesuita Joaquín Piña, obispo de Puerto Iguazú, respaldado por Bergoglio. «Dicen que quieren poner equilibrio, ¿por qué no pusieron equilibrio durante la dictadura, cuando éramos perseguidos? ¿O creen que no tenemos memoria? Siempre me dijeron que Dios no tiene partido, que nos ayuda a todos. Contiene los pecados de todos. En la lucha de ideas, nuestro Señor está por arriba de cualquier circunstancia», peroraba en un acto de campaña.

La sucesión de los acontecimientos se acelera.

1° de octubre. En la homilía a los peregrinos a Luján, Bergoglio dice: «La discordia, la envidia y la violencia nos impiden vivir como hermanos, como familia».

3 de octubre. El Vaticano acepta la renuncia de monseñor Piña, presentada varios meses antes, para jubilarse de la jefatura de su diócesis misionera.

4 de octubre. Los medios transmiten en estos términos la explicación de Marcó sobre el sermón de Bergoglio en Luján: «Si el presidente fomenta alguna división, termina siendo peligroso para todos». También aquí Marcó protesta que fue objeto de otra fabricación de prensa en su contra.

5 de octubre. Kirchner le responde a Marcó en un acto en Tres de Febrero: «Hay un Dios, y el Dios es de todos, no es de alguien en particular. Dios, el Señor, es de todos, pero ¡cuidado!, el diablo también llega a todos, a los que usamos pantalones y a los que usan sotana, porque el diablo penetra por todos lados: esto tengámoslo claro, también. El secretario del señor arzobispo de la Ciudad de Buenos Aires dijo que yo era un presidente de la discordia. Yo no vine a renunciar a las convicciones, vine a defender estas convicciones y a cumplir con la gente. ¿Por qué soy un presidente de la discordia? ¿Porque peleo por la justicia, la equidad, porque no haya impunidad, por los pobres, por el trabajo y por la Patria? ¿Esto es ser un presidente de la discordia? Entonces, soy un presidente de la discordia; yo no vine a renunciar a mis convicciones».

Ese mismo día, Marcó se reunió con Bergoglio y acordaron bajar el tono del debate y no responder a esas críticas. «En dos días se olvida esto», apostó el vocero. Algunos entornistas del Arzobispado se movieron, vaya a saber con qué consignas y de qué procedencia, y filtraron a la prensa el malestar de la curia. Uno de los obispos auxiliares de Bergoglio, Eduardo García —a quien después exaltaría

como obispo de San Justo—, instaló en la prensa la idea de que las declaraciones de Marcó sobre el presidente no expresaban el pensamiento de Bergoglio. Los protagonistas de esta trama no terminan de saber si García actuó por las de él o si fue mandado a decirlo para desmarcar las posiciones.

Ante esas declaraciones de García, algunos medios deslizaron que Marcó había presentado la renuncia, que se la aceptarían y que la vocería arquiespiscopal pasaría al sacerdote Jorge Oesterheld, veterano jefe de prensa de la Conferencia Episcopal que Bergoglio presidía desde finales de 2015.

Marcó le envió un fax a su superior con las declaraciones de García: «Están estas declaraciones diciendo que vos decís que no es tu pensar, y que las declaraciones son mías». El arzobispo le respondió con esta jesuítica frase:

—Bueno, yo no fui.

—¿Vos no fuiste? Entonces las desmiento.

—No… Dejalas pasar.

—Mirá, entonces hagamos efectivo lo que los diarios dicen.

Presentó su renuncia. Bergoglio dijo que no se la aceptaba y lo mantuvo en la vocería hasta finales de ese año.

29 de octubre. Monseñor Piña derrota en las elecciones de Misiones a la lista kirchnerista de Rovira por 13 puntos de diferencia. El resultado derrumba toda la ingeniería de reelecciones que planeaba el Gobierno para 2007, que incluía nuevos mandatos para Néstor Kirchner y, reforma mediante, de Felipe Solá en la provincia de Buenos Aires. (4) Los Kirchner dejaron de asistir a los tedeums de la catedral metropolitana para las fechas patrias.

14 de diciembre. Bergoglio anuncia que le aceptó la renuncia a Marcó como vocero. Marcó ya se desempeñaba como responsable de Pastoral Universitaria, cargo que ejerce hasta la actualidad.

Los medios y el poder

Entre los tuneleros que traficaban relaciones entre el Gobierno de Kirchner y el arzobispo, hay quienes creen que sobre Néstor pesó mucho, aunque no lo admitiera, la acusación de quienes señalaban a Bergoglio como cómplice de la represión de los años setenta, cuyo personero principal era Horacio Verbitsky. A eso se sumaba el estilo que quería imponer el primer Kirchner al confrontar y descalificar a todos los centros de generación de políticas, lo que algunos llaman «los factores de poder». Como su Gobierno había nacido con una bajísima legitimidad, tras haber perdido una elección presidencial y haber obtenido solo el 22,25% de los votos, procedió metódicamente quitándoles legitimidad a los otros actores del poder, la prensa, la

justicia, los partidos políticos, los sindicatos, las cámaras empresarias, incluso los representantes diplomáticos de otros países. Para reconstruir el poder presidencial que se había licuado en la crisis de 2001, emprendió un allanamiento de todos los poderes que pudieran hacerle sombra al presidente.

Bergoglio abordó en 2008 a Gabriel Mariotto, interventor en el Comité Federal de Radiodifusión (COMFER), oficina reguladora de los medios audiovisuales y radioeléctricos, para pedirle una reubicación en la grilla de los canales de televisión. El canal 21, del Arzobispado de Buenos Aires, compartía la programación en la misma señal que el canal María, del Arzobispado de Luján, identificado con una línea pastoral distinta a la que quería imponer Bergoglio a su emisora. «Creo ser un televidente avezado, pero para mí el canal 61, que es donde están esas señales, me parece como de un canal de la Iglesia. ¿Dónde está la diferencia?». «Ese es el problema», le respondió.

Desde comienzos del año 2000, la Arquidiócesis de Mercedes-Luján había sido un bastión de monseñor Rubén Di Monte, identificado con el Gobierno peronista. El arzobispo era gerente de relaciones con el poder, que incluían emprendimientos inmobiliarios que Bergoglio siempre enfrentó o acuerdos aún más oscuros, como el que voló por el aire con los bolsos del ex secretario de Obras Públicas del Gobierno (2003-2015), José López. Este ex funcionario apareció en una madrugada, bajo bien encendidas cámaras de seguridad en perfecto funcionamiento, que filmaron un escenario notablemente bien iluminado, acercando valijas con hasta 9 millones de dólares que, él mismo confesaría, eran fruto de la corrupción del Gobierno del que formó parte. Lo hizo ante las puertas de entrada de una casa de mujeres laicas muy religiosas, al punto de haberle pedido a su obispo el permiso de vestir hábitos sin ser ellas monjas ni haber pronunciado votos regulares. Allí había terminado sus días Di Monte, uno de los personajes de la picaresca clerical argentina, que merece un libro aparte. Antes, el obispo de diócesis había sido un emblema de la Iglesia relacionada con el Gobierno menemista: en los noventa, Emilio Ogñénovich trenzó aquellos nexos con el poder político que Bergoglio quiso disolver desde que en 1998 fuera arzobispo de Buenos Aires.

O sea que le sobraban razones para que la señal de su Arzobispado estuviera lejos de la de Luján. En marzo de 2008, había asumido en esa arquidiócesis Agustín Radrizzani, que presidía la Comisión Pastoral de Comunicación Social en la Conferencia Episcopal nacional. El debate sobre la Ley de Medios ya estaba en desarrollo en todo el país, y Bergoglio veía su señal confundida con la de Luján, que representaba lo contrario a lo que quería representar él. El canal María difundía un mensaje conservador y conformista, mientras que el canal 21 intentaba ser el rostro de una Iglesia nueva. Menos que

nunca en ese momento, cuando los medios eran objeto de debate en la Argentina, podía tolerar Bergoglio que se confundiera la señal de la Basílica de Luján con el signo de la Catedral de Buenos Aires.

Aunque Mariotto manejaba el ente regulador de los medios, su relación con las teledifusoras era pésima. En ese 2008, el Gobierno estaba en guerra con las entidades del campo por la aplicación de retenciones a la exportación de granos. La Casa Rosada entendía que en esta lucha tanto Bergoglio como las empresas de medios eran los enemigos, como aliados de las entidades.

Horas antes de las elecciones de 2013, la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual (AFSCA), ente que reemplazó al COMFER, dio autorización al Arzobispado para el cambio del canal 21 a un mejor lugar en la grilla televisiva. Era un gesto amistoso hacia la Iglesia en medio de una campaña para las legislativas de ese año que el Gobierno temía perder, tal como ocurrió. Al poco tiempo de que Bergoglio fuera elegido Papa, la señal dio un salto de calidad, al pasar en la grilla de Cablevisión al lugar 21, junto a las señales abiertas y a la que administra la Ciudad de Buenos Aires. En octubre de 2013, la AFSCA completó la autorización para que emitiera como señal de aire de la Iglesia. Ninguna de las señales abiertas dijo nada, porque los fueros papales protegen al canal 21 de esas miserabilidades. Era todo un acontecimiento. La Iglesia no había tenido poder sobre una señal desde la estatización, en los años setenta, de canal 11, hoy Telefé, sobre el cual ejercía patronato el Episcopado desde su primera privatización. Administró aquel canal la Universidad del Salvador, alma máter de Francisco, el hombre que revolucionaba las comunicaciones del Vaticano a la vez que decía que no tenía celular, ni cuenta de Twitter, ni sabía manejar la PC. Hay que imaginar lo que haría si tuviera esas habilidades.

El Gobierno ya había puesto en debate el proyecto de ley de medios audiovisuales que sería aprobado a finales de 2009. Eso explica que la gestión de Mariotto en favor de Bergoglio ante las cadenas de cable no diera resultado en aquel momento. Mariotto fue a verlo al Arzobispado, por pedido del propio Bergoglio, como una deferencia para responder al pedido de audiencia en la sede de la AFSCA. «Voy a donde esté él», le dijo al intermediario. «¿Usted vendría?», preguntó a Mariotto el enviado del arzobispo. «Le mandamos un auto, así entra por abajo… para que no lo vea nadie.» La gestión asumía que el Gobierno tenía tanta agresividad hacia Bergoglio, que castigaba a quien apareciera parlamentando con él. Mariotto acudió a la cita sin avisarle a ningún otro funcionario de su Gobierno.

Antes de la aprobación de la Ley de Medios, monseñor Radrizzani representó al Episcopado católico nacional en una de las audiencias de la Cámara de Diputados, donde fueron escuchados diversos sectores

que tenían interés en la norma. El mensaje de Radrizzani fue el de Bergoglio, que presidía la Conferencia Episcopal. En palabras del vocero Jorge Oesterheld, el proyecto era «un paso adelante para los que hoy no tienen voz». Agregó que la creación de «radios comunitarias coincide con la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia». «Más allá de que sea con este u otro Parlamento, tiene que ser fruto de un consenso muy amplio. Por su trascendencia, no sería bueno que se apruebe por diferencia de un par de votos», opinó.

Mariotto da testimonio de que en esos meses mantuvo largas charlas en las cuales Bergoglio dio opiniones en favor de la ley, en particular de los capítulos de la pluralidad de medios, no en contra de ningún medio en particular. Nunca, como arzobispo, hizo públicos esos juicios.

Radrizzani —que era la voz del Episcopado— ratificó esas ideas, que son las más cercanas a un apoyo de la Iglesia para la Ley de Medios Audiovisuales. Pero pidió que para la sanción se dejara pasar la integración de la Legislatura que terminaba en diciembre de 2009 y se esperara a la surgida de las elecciones de junio, cuando el Gobierno sufrió una derrota vergonzosa ante Francisco de Narváez. «Si bien no podemos descartar que el proyecto se trate antes, es mejor que ocurra a partir del 11 de diciembre, porque ello permitiría un mayor debate y una mayor participación. Entonces se podría contar con más visiones y también con un mayor soporte democrático», dijo Radrizzani, que jugaba ya con las cartas abiertas. El oficialismo no atendió a esta posición de una Iglesia que, en la batalla del año anterior, había combatido del lado del campo, es decir, junto al enemigo. Pocos días después de la comparecencia de Radrizzani en Diputados, se aprobó la Ley de Medios en las dos cámaras.

Mariotto, que es de Lomas de Zamora, conocía a Radrizzani porque había sido obispo de esa diócesis antes de ir a Luján. Había reemplazado en la sede episcopal a Desiderio Collino, que también ocupó el cargo de responsable de la Pastoral de Comunicación Social y quien se había identificado con posiciones ultraconservadoras. Hizo fama cuando le deseó un cáncer de pulmón a los malos periodistas, una alusión a Jorge Lanata, confeso fumador de tabaco, por su cobertura de abusos en institutos de menores en Lomas de Zamora. Desde ese puesto, había confrontado con anteriores proyectos de reforma del sistema de medios. Radrizzani había significado ya un giro respecto de Collino.

Importa retener este matiz para una revisión de las explicaciones sobre las desventuras mediáticas del Papa Francisco. Sus defensores ven que las señales que identifican como agresivas hacia el pontífice responden a una línea editorial de venganza porque en 2009 Bergoglio apoyó la sanción de la Ley de Medios. El reproche no resiste la

sintonía fina. Si se trata de facturar alineamientos, Bergoglio benefició más a los opositores al Gobierno peronista de entonces cuando apoyó las protestas del campo, de lo que pudo perjudicarlos con el tibio brindis a una ley de medios que reclamó que se votase con una legislatura más favorable a la oposición.

Santiago Pont Lezica pertenece a una etapa de madurez del Bergoglio mediático. Este empresario de medios de la Argentina trabó relación con él cuando era arzobispo de Buenos Aires. Pont Lezica tenía la radio Millenium. Esa señal, nacida en 1998, dejó de emitirse en 2002 porque la frecuencia se vendió a la Iglesia Universal del Reino de Dios brasileña. En esos cuatro años, Pont Lezica desarrolló una programación cuya inspiración religiosa y ecuménica la diferenció de su competencia.

Dentro de esa programación, la emisora emitió en Semana Santa una programación especial según un libro elaborado por Pont y colaboradores, como el vocero del Arzobispado Guillermo Marcó. Esos relatos de la Pasión fueron premiados en los Estados Unidos, y Bergoglio se interesó en conocer a Lezica para saber quién era y por qué les daba tanta importancia a los contenidos religiosos.

Cuando en agosto de 2002 se produjo el cierre de Millenium por orden del COMFER administrado por Carlos Caterbetti (uno de los operadores del entonces presidente Eduardo Duhalde), el arzobispo se sumó a la protesta de los oyentes y seguidores de la emisora con una carta al presidente de la Nación en la que pedía que se mantuviese en el aire porque era una construcción importante y le «hacía bien a la gente». Era casi un ensayo de guerra de religión, porque aunque la señal de Pont no era confesional avanzaba en contenidos multirreligiosos y ecuménicos y venía a ser reemplazada por una iglesia pentecostal brasileña que llegaba al país con una importante inversión comercial.

Bergoglio promovió la celebración de una misa del padre Marcó en la parroquia de San Nicolás de Bari, a la que asistieron personalidades públicas, y se entrevistó con el propio Duhalde para hacerle el pedido en persona. No logró mucho. Al salir, le dijo a Pont Lezica: «Estate atento, porque te van a traicionar y te van a cerrar la radio».

Una vocería para la Argentina

En las charlas vaticanas, se desmenuzaron con Francisco las posibilidades de un nuevo esquema de comunicación, que daría frutos a finales de 2017 bajo el mando de monseñor Darío Viganò. Este obispo formuló la hipótesis de que a Francisco no hay que construirlo como imagen pública. Por las condiciones excepcionales del personaje para la comunicación, bastaría con conocerlo, seguirlo y mostrarlo. La

nueva estructura duró poco. A comienzos de 2018, Viganò cayó de esas alturas vaticanas por haber intentado ocultar parte de la carta del Papa emérito Benedicto XVI con críticas al teólogo alemán Peter Hünermann, viejo amigo de Bergoglio, que lo había conocido en Buenos Aires.

De ese examen salieron nuevas responsabilidades, como las que tomaron Pont Lezica y Figueroa como editores de la versión argentina de *L'Osservatore Romano*. La explicación para ese emprendimiento fue que, más allá de lo que hiciera, dijese o dejase de hacer y decir Francisco, todo iba a ser leído por el público en la Argentina en clave local, política o pastoral. Ya había ocurrido antes con el Papa polaco Juan Pablo II, cuyas tomas de posición tenían un alcance universal, pero que en Polonia era leído como dirigente polaco.

También analizaron los efectos de los gestos de Francisco en conflictos políticos. Un ejemplo analizado en aquel año fue la crisis en Venezuela. El Papa, en uno de los reportajes que dio a la prensa durante un vuelo, pidió en diciembre de 2016 que el pueblo venezolano, en su conjunto, trabajase por la paz. La primera reacción fue que no había criticado a Nicolás Maduro. Pero el debate que provocó la visibilización extrema de esa crisis se convirtió en una presión objetiva sobre el Gobierno de Caracas, más poderosa y eficiente que una crítica frontal. La explicación surgió de una carta de Pietro Parolin, secretario de Estado vaticano y ex nuncio en Caracas, dirigida a la oposición y a Maduro: la Santa Sede justificó el gesto en la necesidad de evitar una guerra civil en ese país. Si el régimen se endurece, Maduro se cierra y gana poder, como ya lo enseñó Fidel Castro en Cuba durante décadas, aprovechando el bloqueo. (5)

Lucir contradictorio parece ser aquí un instrumento de la estrategia papal. Francisco recibió a Ariel Lijo, que estaba en la mira del oficialismo; hubo foto, pero al volver a Buenos Aires el juez federal procesó al ex vicepresidente Amado Boudou.

De esas charlas surgieron nuevos formatos de protocolo. Alguno de estos asesores estuvo cerca del último viaje de Cristina de Kirchner al Vaticano, en el cual figuró a su lado el sindicalista de los portuarios Omar Suárez (cariñosamente llamado por sus amigos «Caballo»). Se sorprendió al verlo en la lista de invitados y amagó un reproche. La lista iba hecha, no la había hecho el Papa, pero entró porque lo habían invitado de su Gobierno.

Con el cambio de Gobierno, la Argentina envió al Vaticano un nuevo embajador, quien admitió el pedido de Francisco para limitar el ingreso de peregrinos argentinos al «corralito VIP» de la Plaza de San Pedro para la audiencia pública de los miércoles. Cuando estaba el embajador Eduardo Valdés, eran centenares los invitados a ese lugar de privilegio por sobre las demás nacionalidades. Valdés administraba

ese flujo de gente que llegaba en colectivos. La instrucción de Francisco con el nuevo Gobierno es un examen de los nombres de los invitados, que está a cargo del ceremoniero Guillermo Karcher, y a un modesto número de cuarenta argentinos para cada miércoles.

Un hereje para comunicar la ortodoxia

Como en todos sus emprendimientos anteriores, Francisco organizó la construcción del sistema de comunicación vaticano, el más eficaz que ha tenido la Iglesia mundial (como antes la argentina) en mucho tiempo, desde el alineamiento de fuerzas ajenas sin homogeneidad doctrinaria ni de método. Bergoglio parece tener una claridad de objetivos tan fuerte que entiende que cualquier recluta sirve para ganar terreno.

En esto le puede servir un agnóstico como Raúl Zaffaroni, un ortodoxo como «Tucho» Fernández, un villero de base como Gustavo Carrara, un judío como Abraham Skorka, un islámico como Omar Abboud, un sacerdote sin lazos con la pastoral de pobres como Guillermo Marcó, el ramillete de los periodistas clericales que se encargan de la cobertura de los asuntos de la Iglesia en los medios argentinos y de otros países del mundo o un protestante como Marcelo Figueroa. Cuando llega a Roma, ese conjunto de voluntades lo vuelca en el molde profesional de monseñor Dario Viganò —responsable hasta el 21 de marzo de 2018 de todos los formatos de comunicación del Vaticano— para perfeccionar su eficaz sistema de comunicación.

Marcelo Figueroa es el ejemplo del modo de reclutamiento que hace Bergoglio de soldados de ejércitos ajenos. Es un pastor presbiteriano que durante muchos años dirigió la Sociedad Bíblica Argentina (SBA), un grupo religioso y empresario que tiene la misión la divulgación de las Escrituras. Desde esa función, conoció al arzobispo de Buenos Aires y comenzó a tratarlo profesionalmente. Esa relación le causó diferencias con la SBA, que en 2010 pasó a ser controlada por sectores ortodoxos que lo criticaron por el vínculo y por su cercanía con los sectores ecuménicos y progresistas.

Figueroa se retiró del cargo y fue a ver a Bergoglio, que le ofreció de inmediato trabajar con él en dos proyectos. Uno estaba ligado a la Pastoral Bíblica de la Arquidiócesis, y el otro era reflotar la importancia del canal 21, señal de la Iglesia de la Ciudad de Buenos Aires, que gozaba de muy escasa audiencia y aún menor visibilidad entre los restantes medios. Desde hacía años, las iglesias evangélicas, muchas de ellas con base en Brasil, ocupaban un lugar importante en radios y canales de televisión argentinos en horas muertas de la programación (a la noche o los fines de semana) y se habían convertido en fuente de financiación de esas emisoras.

Figueroa se encerró una semana a ver la señal del Arzobispado porteño. El canal 21 ocupaba ocho horas, perdido en la grilla de programación de la cadena Cablevisión, pese a tener licencia de canal abierto, un privilegio de pocos. Emitía desde el predio del seminario de Villa Devoto. Siete días después, Figueroa lo fue a ver al arzobispo con un proyecto novedoso:

—La marca de tu arzobispado es el ecumenismo. Tenemos que poner un programa con ese contenido. La idea es llegar a la gente, pero ¿cuánta gente podés juntar en una misa?

—¿A vos qué se te ocurre? —preguntó Bergoglio.

—Sería bueno poner un eje en la Biblia, y sería bueno incorporar a un judío.

—¿Quién se te ocurre?

—Abraham Skorka.

Este rabino, otro amigo de Bergoglio desde hacía mucho tiempo, ese año había terminado de escribir un libro con los diálogos sobre temas bíblicos y pastorales desde una perspectiva interreligiosa que habían tenido lugar en la sede arquiespiscopal y en la comunidad judía Bnei Tikva. (6)

—Y creo —agregó Figueroa— que el católico tenés que ser vos.

—… No me gusta, es muy autorreferencial, el canal es mío y voy a estar apareciendo.

—Jorge, este es el primer proyecto que te he traído, y vos me lo bochás…

—Está bien, ya que vos querés eso. Pero también tenés que estar vos. Sos la pata evangélica.

—Es poner una cámara y hablar.

—No sirvo para eso, no soy una persona mediática. Te voy a arruinar el programa. Pero si querés, con dos condiciones. Primero, hagamos cuatro programas y después vemos. Segundo, lo conducís vos, porque alguien tiene que arrancar y generar el diálogo.

Hicieron 31 programas. (7) Interrumpieron recién a comienzos de 2013, cuando Bergoglio viajó a Roma y fue elegido Papa.

Esa experiencia fue un descubrimiento para el propio Bergoglio. Hacía tiempo que había dejado de ver televisión, cumpliendo una promesa y con el argumento de que perdía tiempo que podía aprovechar mejor haciendo otras cosas.

«No veía ni el programa nuestro», dice Figueroa. Pero a poco de arrancar el programa, se dio cuenta de que llegaba a mucha más gente que con los formatos tradicionales de comunicación. También ratificó su capacidad personal para comunicar, algo que había mostrado y probado ante auditorios cerrados o en ceremonias religiosas como las homilías en la catedral o en predicaciones. Ahora recibía la respuesta de públicos que le reconocían esa capacidad por fuera del formato

profesional de un párroco o de un obispo.

El buen éxito del programa parecía abrir una nueva época en las comunicaciones de la Iglesia argentina. Más importante era que abría una nueva vía para ejercer el poder sobre el público. Figueroa fue una pieza clave en ese proceso. El pastor pasó de encargado de las relaciones institucionales del canal 21 a responsable, durante más de tres años, de la redacción de la catequesis que todos los días llega por mail a las parroquias. Eran los contenidos y las pautas hermenéuticas que recibían cotidianamente los sacerdotes de la Arquidiócesis y, por extensión natural, del resto del país. Que esa catequesis fuera confiada a un pastor protestante habría sido un escándalo de haber trascendido al público. Pudo haber significado un motivo de más ataques por parte de los adversarios internos.

El método de Bergoglio probó su eficacia. Consistía en concederle la mayor confianza a una persona que iba a cumplir su misión sin apartarse de lo que correspondía, porque también estaba obligada a mantener la reserva. Eso generaba un grado de fidelidad que no podría darse por descontado de haber sido confiada tal tarea a un sacerdote o religioso católico. Tan eficaz era el sistema, que ni hacía falta controlar lo que escribía Figueroa, que enviaba los textos sin que Bergoglio los mirase ni revisase. Nunca supieron los curas párrocos que las consignas de su pastor las preparaba un pastor presbiteriano que no reconocía la autoridad papal y que redactaba las meditaciones bíblicas de cada jornada que recibían por mail. Figueroa era un experto en Biblia y había llegado a conocer y expresar de manera fidelísima el pensamiento de Bergoglio. ¿Para qué llamar a un cura católico romano? Elegir a un protestante es querer tener poder. Ejercerlo es tener la capacidad de ser libre.

El sistema de Bergoglio no era novedoso en este punto. Replicaba el de muchos políticos que para asegurarse fidelidad de su entorno buscaron reclutas entre sus adversarios. Sin ir tan lejos, era el método de Néstor Kirchner para armar sus equipos. Frente a quienes lo habían acompañado desde la primera hora, el presidente prefería adversarios que se entregaban después de años de lucha y se rendían con armas y bagajes. Estos habían perdido la fe en sus posiciones originales, habían quebrado su voluntad y no les quedaba más que el afecto del jefe, mientras que los compañeros de siempre podían traicionar.

Los gabinetes de los gobiernos de los Kirchner se alimentaron de muchos ex adversarios a quienes les habían salvado la vida honrándolos con su confianza. Si hubiera que elegir un solo ejemplo, sería Oscar Parrilli. El exponente menemista de la privatización del petróleo en los años noventa pasó, en la década siguiente, a ser un empleado fiel de la Presidencia: de la casa civil, de la cual maneja su logística, seguridad y fondos reservados. Cuando hizo falta, Cristina de

Kirchner lo sacó de la Secretaría General de la Presidencia y lo destinó a la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), la agencia de espionaje. Después de que en 2016 el peronismo abandonara el Gobierno nacional, se conocieron escuchas que espiaban al ex jefe del espionaje y que daban testimonio del trato coloquial de la ex presidenta: lo llamaba «pelotudo» en sus conversaciones telefónicas. Ese trato no quebró lo que ya estaba quebrado, y Parrilli siguió siendo el ujier del Instituto Patria, el club político donde incardinó Cristina su nueva biografía.

Con Bergoglio ya Papa, Figueroa se sumó al equipo que Francisco le confió a Dario Viganò, que hasta 2013 había sido el responsable del centro de TV del Vaticano. Junto a Santiago Pont Lezica, desarrolló una vocería especial de Francisco para América Latina y Argentina. Uno de sus órganos ha sido una edición argentina y mensual de *L'Osservatore Romano.*

«Si te parece, hacelo, te voy a apoyar», le dijo Bergoglio acerca de esa publicación, sobre la cual Figueroa ejerció una autoridad total y absoluta. De entre las notas que componían la edición vaticana, el pastor elegía y editaba cuáles publicaría el mensuario argentino. A estas sumaba colaboraciones encargadas en el país.

Figueroa tuvo esa función hasta diciembre de 2017, cuando el Vaticano no renovó el contrato que tenía con él y Pont Lezica para atender esa edición de *L'Osservatore,* que dejó de salir ese mes. Ese cambio, fue parte de la lenta transformación de la oficina de comunicaciones del Papa, que culminó en diciembre de 2018 con la salida de los dos voceros, Greg Burke y Paloma García Ovejero, que habían reemplazado a Federico Lombardi en 2016. Este Papa que no ve televisión ni maneja internet designó como vocero a quien era coordinador de las Redes Sociales del Dicasterio para la Comunicación, Alessandro Gisotti. Antes, este Papa que cree que los diarios manipulan al público había nombrado director editorial de todos los medios al periodista Andrea Tornielli, responsable del sitio Vatican Insider, blog del diario *La Stampa.* No se sabe qué era más importante, si llevarlo a Tornielli al Vaticano o sacárselo a *La Stampa,* neutralizando un foro muy consultado por los seguidores de los temas vaticanos. En diciembre de ese año, también desplazó al director de *L'Osservatore,* Giovanni Marian Vian, y lo reemplazó por Andrea Monda.

La resistencia ante la sombra de Trump

Figueroa conservó el cargo de columnista en temas de ecumenismo para las ediciones en italiano y en castellano para otros países y acompaña al Papa en sus viajes por el mundo. Pero su tarea fue

descollante en la resistencia ante la amenaza de un desembarco de los apóstoles de Donald Trump en el Vaticano, por el conocimiento que tiene, como protestante, sobre el fondo religioso del conservatismo del presidente de Estados Unidos.

En 2014, Steve Bannon, un lanzallamas del presidente Trump, hizo un primer operativo en Roma, donde citó a Francisco como un adalid del anticapitalismo. Habló en una reunión del Dignitatis Humanae Institute, una organización con muy estrechos lazos con el Vaticano, que funciona como un *think tank* que vincula a políticos, empresarios y gente de la Iglesia. Se referencia es el arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, un campeón de la ortodoxia. En esa reunión, Bannon, que todavía no había roto con Trump, describió las dos tendencias del capitalismo que el nuevo Gobierno americano iba a combatir.

Una era el «capitalismo de Estado» que se aplica en Rusia y en China y que identificó con el de Argentina. El testigo de los desastres de ese tipo de capitalismo era el propio Francisco. «Creo que es, también, el tipo que el Santo Padre ha visto la mayor parte de su vida en lugares como la Argentina, donde existe un capitalismo clientelar de gente comprometida con el poder militar que ha gobernado por largo tiempo el país. Es una forma brutal de capitalismo que se preocupa solo de crear riqueza y valor para una pequeña minoría. Este capitalismo no crea valor y no distribuye el valor creado como lo hacía el capitalismo del siglo XX», dijo. La otra línea es la del «capitalismo libertario», que «busca transformar a las personas en mercancías, en objetos, y usarlas, como en muchas de las teorías de Marx».

En busca de acercamiento con la nueva era papal, remató: «En cuanto al frente de los conservadores sociales, nosotros somos la voz del movimiento antiabortista. La voz del movimiento a favor del matrimonio tradicional y, estén seguros, estamos ganando una batalla tras otra». (8)

Estas palabras de Bannon fueron pronunciadas el 27 de junio de 2014. Escandalizaron en el Vaticano, porque fueron difundidas por el conocido dirigente Rocco Buttiglione, un ideólogo del catolicismo de centro-derecha que había sido ministro de Silvio Berlusconi y a quien la Iglesia ha destacado como uno de sus operadores con los laicos. Buttiglione tradujo del inglés la conferencia de Bannon y la publicó en su revista. Este hecho editorial sacudió el ambiente romano. Buttiglione, de la organización Comunione e Liberazione (CL, o «chiele», para los expertos, fundada por el padre Luigi Giussani en 1954), fue inspirador de pronunciamientos papales y fundador de partidos. Su organización, aunque nació en otro ecosistema de la Iglesia, tiene ramificaciones en todo el mundo, especialmente en América Latina.

Esta identificación resbaladiza entre el asesor de Bannon y la Iglesia tiene sus contradictores, también entre los conservadores de los Estados Unidos. Desde su asunción, fue fustigado con esa acusación. (9) Justo él, que puso su carrera eclesiástica al borde del fracaso por enfrentar a los curas marxistas en los años cuando fue provincial de los jesuitas. «Si acaso son los comunistas quienes piensan como los cristianos», le dijo en 2016 el Papa al editor de *La Reppublica,* Eugenio Scalfaro. «Cristo ha hablado de una sociedad en la que decidan los pobres, los débiles y los excluidos. Para obtener igualdad y libertad, debemos ayudar al pueblo, a los pobres con fe en Dios o sin ella, y no a los demagogos o a los barrabases», explicó. Esa frase levantó la presión de sus contradictores, que no dudaron en calificarlo de comunista.

Un par de años más tarde, en la exhortación *Gaudete et exsultate* respondió a esas acusaciones: «Es nocivo e ideológico el error de quienes viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista».

Para evitar la aquiescencia tácita del Vaticano a la relación con los sectores de la derecha americana que representaba Bannon, en 2017 los dos generales de la comunicación francisquista, el jesuita Antonio Spadaro, director de *La Civiltà Cattolica,* órgano supremo del Papa, y Figueroa, dedicaron un extenso descargo marcando diferencias. «Es evidente —dice un párrafo de estos dos voceros papales— la gran diferencia que existe entre estos conceptos y el ecumenismo propuesto por el Papa Francisco con diversas referencias cristianas y de otras confesiones religiosas, que se mueve en la línea de la inclusión, de la paz, del encuentro y de los puentes. Este fenómeno de ecumenismos opuestos, con percepciones contrapuestas de la fe y visiones del mundo donde las religiones desempeñan papeles irreconciliables, tal vez sea el aspecto más desconocido y al mismo tiempo más dramático de la difusión del fundamentalismo integrista. A este nivel se comprende el significado histórico del empeño del pontífice contra los “muros” y contra toda forma de “guerra de religión”». (10)

Bannon no ha salido del radar del Vaticano porque la nueva etapa de su trabajo es dinamitar por las bases la Unión Europea. En 2018, creó lo que llama «El movimiento», una liga de partidos de la derecha nacionalista del continente, que se atribuye el Brexit —la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea— como su piedra liminar. Ese movimiento de Bannon parece un tentáculo de la política internacional de Donald Trump, con quien mantiene relaciones de diverso grado de conflicto, aunque siempre convergen. No solo ha saludado el Brexit, sino también al nuevo Gobierno de Italia, la alianza entre el movimiento Cinco Estrellas y la Liga del Norte…

«Italia es hoy por hoy la vanguardia de Europa. Si funciona en Italia, funciona en cualquier parte del mundo», ha dicho. Antes respaldó a Marine Le Pen en Francia y está dispuesto a sumar fracciones y dirigentes del llamado populismo de derecha europeo en Alemania, Hungría, Polonia, República Checa y Eslovaquia.

Bannon encontró mejor cobijo en Italia con el triunfo en las elecciones de marzo de 2018 que le permitieron formar gobierno a la alianza de centro-derecha mencionada. Creó la escuelita de cuadros «populistas de derecha» que funciona en la cartuja de Trisulti (Collepardo). Spadaro y Figueroa fueron llamados de nuevo al ruego para publicar una formidable descalificación de los movimientos religiosos ligados a ese proyecto. El escrito «La teología de la prosperidad» lo recomendaba Francisco a sus visitantes en Santa Marta en la Navidad de 2018. (11)

Francisco también lo tuvo enfrente a Bannon en Brasil. El ex asesor de Trump se comprometió en 2018 con la campaña del nuevo presidente, el ultraderechista Jair Bolsonaro. Este candidato ganó las elecciones como la antítesis de Lula da Silva, a quien consoló el Papa de la prisión a la que fue condenando por corrupción. Por si faltaran pruebas de su apoyo, patrocinó el envío de un rosario que llevó en persona a Brasil el mejor delegado del Papa, el dirigente Juan Grabois. No logró cambiar el destino personal de Lula ni impedir el triunfo del extravagante Bolsonaro, que construyó su candidatura sobre el fenómeno de las iglesias evangelistas. En términos de rédito político, esta elección fue otra derrota de Francisco. En el país con más católicos del mundo, en el continente de la Iglesia que lo había elegido a él como Papa, en 2018 triunfó un adalid del liberalismo, del antigarantismo y, encima, se abrazó a los evangelistas.

1. Marta Dillon, «La conversión. La nueva etapa», en *Santa Lilita. Biografía de una mujer ingobernable,* Buenos Aires, Norma, 2002.

2. Véanse Horacio Verbitsky, *El silencio. De Paulo VI a Bergoglio. Las relaciones secretas de la Iglesia con la ESMA,* Buenos Aires, Sudamericana, 2005, y *Vigilia de armas. Historia política de la Iglesia católica,* t. III: *Del Cordobazo de 1969 al 23 de marzo de 1976,* Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

3. Véase la nota de Horacio Verbitsky, «Las dos caras del Papa», 2018, disponible en línea: <https://www.elcohetealaluna.com/las-dos-caras-del-Papa/>, en la que menciona nuevos testimonios que alimentan su señalamiento de responsabilidades.

4. Felipe Solá refleja en sus memorias (*Peronismo, Pampa y peligro. Mi vida en la política argentina,* Buenos Aires, Ariel, 2018) el efecto demoledor del resultado en Misiones en todos los proyectos de reelección. Véase el cap. 17: «Perder el poder».

5. El eje de ese debate es la carta que envió Parolin el 1° de diciembre de ese año a Maduro y también a la oposición venezolana. Está completa disponible en línea: <https://www.diariolasamericas.com/america-latina/esta-es-la-carta-completa-que-envio-el-vaticano-la-mesa-dialogo-venezuela-n4109563>.

6. Jorge Bergoglio y Abraham Skorka, *Sobre el cielo y la tierra,* Buenos Aires, Sudamericana,

2010.

7. Francisco [Jorge Mario Bergoglio], *Biblia, diálogo vigente. La fe en tiempos modernos. Conversaciones con Abraham Skorka y Marcelo Figueroa,* Buenos Aires, Planeta, 2013. El compilador fue el propio Figueroa. Contiene la desgrabación de los 31 programas que emitió el canal 21 del Arzobispado de Buenos Aires entre el 18 de octubre de 2010 y el 26 de diciembre de 2012.

8. Steve Bannon, «C'è capitalismo & capitalismo» [convención organizada en el Dignitatis Humanae Institute, Ciudad del Vaticano, 27 de junio de 2014], trad. de Rocco Buttiglione, en *Studi Cattolici,* núm. 674, abril de 2017, pp. 250-254. Sobre Bannon, véase: *Steve Bannon Exposed: A Political Biography of The Man Behind President Donald Trump,* History Exposed Books, 2017. También hay una semblanza completa del personaje, sus métodos y proyectos en el libro de Michael Wolf, *Fire and Fury: Inside the Trump White House,* Nueva York, Holt and Co., 2018.

9. Un ejemplo: George Neumayr, *The Political Pope: How Pope Francis Is Delighting the Liberal Left and Abandoning Conservatives,* Nueva York-Nashville, Center Street, 2017.

10. Antonio Spadaro y Marcelo Figueroa, «Fondamentalismo evangelicale e integralismo católico: Un sorprendente ecumenismo», en *La Civiltà Cattolica,* Quaderno 4010, vol. III, 2017, pp. 105-113.

11. Antonio Spadaro y Marcelo Figueroa, «Teologia della prosperità. Il pericolo di un "Vangelo diverso"», en *La Civiltà Cattolica,* Quaderno 4034, vol. III, 2018, pp. 105-118.

GALERÍAS

8. OLIVEIRA, LA MEJOR AMIGA

Alicia Oliveira exhibía condiciones que no abundan entre los protagonistas de la vida argentina: era valiente y librepensadora. Miguel de Unamuno diría que ella siguió el consejo que él le dio a Rubén Darío: hay que ser justo y hay que ser bueno. Por eso, el camino que recorrió Oliveira fue sinuoso, no recto, en la defensa de ideas y de valores, pero ante todo de las personas y de su dignidad. Todo esto la mostró en vidrieras contradictorias, a veces opuestas. Sin ser una persona de gran piedad religiosa, forjó una amistad con Jorge Bergoglio después de ser exonerada en 1976 como jueza penal. El sacerdote jesuita la llamó entonces para una consulta profesional que selló la amistad.

En 1973, Oliveira fue la primera jueza penal de Capital Federal en la historia argentina y, en 1976, el primer magistrado cesanteado el mismo 24 de marzo, día del golpe de Estado. Fue la abogada que más pedidos de hábeas corpus firmó en reclamo de detenidos-desaparecidos con la singularidad de que no era parte, ni patrocinaba partidos ni familiar de detenido, sino que lo hacía por coraje y convicciones. Con riesgo de su vida, Bergoglio la protegió.

Cercanísima al sacerdote jesuita desde aquellos años, su caso da testimonio de lo que el nuevo Papa hizo por los perseguidos durante la dictadura. En 1979, Oliveira fue uno de los autores del informe que, con denuncias de desapariciones y presos políticos, el Partido Justicialista presentó en Buenos Aires a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH, órgano autónomo de la Organización de los Estados Americanos, OEA). Lo hizo junto con Mario Cámpora, Nilda Garré y Jorge Vázquez, y puso el rostro Deolindo Bittel, quien recomendó a otros dirigentes del momento que no figuraran para evitar represalias del Gobierno militar.

En aquellos años, Oliveira fue, junto con Fermín Mignone y Augusto Conte, todos comprometidos con la Iglesia de Bergoglio, una de las fundadoras del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Ese antecedente no le impidió, años más tarde, enfrentarse con su actual y antiguo presidente, Horacio Verbitsky, a quien había patrocinado como abogada ante los tribunales cuando el periodista reflotó denuncias contra Bergoglio acusándolo de connivencia con atrocidades del terrorismo de Estado. (1)

Alma máter de Alicia Oliveira fue la Universidad del Salvador. Estudió allí y envió a sus hijos al Colegio del Salvador. Pertenecía a una familia ligada al peronismo; una de sus parejas había sido miembro del Tribunal Superior de Justicia de Catamarca durante el Gobierno de Vicente Saadi. Por la persecución de 1975, buscó

protección en la dirigente Nilda Garré, que la alojó en su casa y en el entonces «padre Jorge», a quien había conocido en el Salvador. Oliveira estaba vigilada, y para que pudiera visitar a sus hijos Bergoglio pasaba a buscarla en su auto y la llevaba al domicilio en donde vivía. Nunca fue detenida, pero era prudente que buscase protección. La funcionaria que hasta 1976 había sido secretaria de su juzgado fue detenida y permaneció desaparecida hasta su liberación por el régimen militar de entonces. Era Carmen Argibay, que tres décadas más tarde sería jueza de la Corte Suprema de Justicia, nominada por el Gobierno peronista.

Eran los años en que Bergoglio tenía el poder que le daba ser la máxima autoridad de la Compañía de Jesús. Esa función le ofrecía un fuero especial de movimiento en un país sin garantías ni derechos. Oliveira es un ejemplo de cómo usaba Bergoglio esas prerrogativas. El nuevo Papa la tuvo siempre tan cerca que fue el padrino del tercer hijo de la abogada, que nació siendo ella soltera.

A comienzos de la década de 1990, Oliveira se sumó a la disidencia peronista del Frente Grande, al que representó en la convención reformadora de la Constitución de 1994 por la Capital Federal, junto con Raúl Zaffaroni, que entonces era legislador porteño, y Aníbal Ibarra. Conviene retener este dato por la bifurcación de senderos. Con el ahora ex juez de la Corte, cerró una amistad que continuó en la Legislatura porteña, y fue también el vehículo para el primer encuentro con Bergoglio al momento de discutir el polémico Código de Convivencia.

En ese debate, Bergoglio reveló un costado desconocido hasta entonces por el gran público: su labor en defensa de las mujeres sometidas a trata en la prostitución y en talleres clandestinos. La protección que aquel código prestó a la actividad de las prostitutas se debe a la sensibilidad de Bergoglio en el debate. El acuerdo de Bergoglio con Zaffaroni permitió que se aprobase la versión negociada entre los bloques, pero que bombardeaba entonces el obispo auxiliar de Buenos Aires que Bergoglio había heredado de Antonio Quarracino, el ultraconservador Héctor Aguer.

En Santa Fe, Oliveira demostró ser una convencional importante en la discusión de la incorporación de los tratados internacionales con rango constitucional en la Carta Magna argentina reformada en 1994. En el bloque del Frente Grande, se destacaba monseñor Jaime de Nevares, el obispo neuquino que en tantos actores de esta trama vaticana ha influido. Estaba asimismo Eduardo Valdés, también de aquella provincia y formado con los salesianos, que son toda una orga, como los jesuitas. Oliveira lo presentó a Bergoglio en el año 2000, para tramitar un proyecto de declaración contra la flexibilización laboral en los países emergentes que hizo suyo el propio Juan Pablo II

en la agenda del milenio.

Valdés estuvo en otra de las andanzas secretas de Oliveira: el acuerdo entre Bergoglio y Raúl Zaffaroni cuando este era legislador y se discutía en 1998 en la Ciudad de Buenos Aires el trajinado Código de Convivencia.

Oliveira fue la secretaria parlamentaria de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, a propuesta de Zaffaroni, que era el jefe del bloque del Frente Grande. Entre 1998 y 2003, se desempeñó como la primera defensora del Pueblo, cargo que había creado la Constitución local que se discutió después de la autonomía y provincialización de la ciudad, que había dispuesto la reforma constitucional de 1994. La abogada resultó elegida después de una dura disputa política que dejó en el camino a Norberto Laporta y a Rafael Bielsa. El suyo fue un aprendizaje apresurado, porque tomó la defensa de los ahorristas acorralados por la crisis en 2002. Cuando en 2003 terminó su mandato, Bielsa, que entonces era canciller, la llevó al último cargo público que desempeñó, directora de Derechos Humanos en la Cancillería. «Nunca conocí a una persona con tanta sensibilidad para la injusticia», dice Zaffaroni.

Desde la asunción de Francisco como Papa, Oliveira alcanzó notoriedad por haber sido la bisagra para el giro del kirchnerismo desde el antibergoglismo de Néstor al francisquismo de Cristina. Sorprendió a todos cuando subió al avión presidencial que llevó a la delegación al Vaticano para la entronización, una señal para cuantos habían jugado la ficha equivocada. La presidenta quiso hacerlo más evidente cuando, en la misa de entronización, en el momento de dar la paz, ritual que suele comprometer a los políticos en este tipo de celebraciones, se dio vuelta en primera fila, buscó a Oliveira, que estaba en la cuarta, y se acercó a darle un beso.

En ese viaje de aprendizaje al Vaticano, para la asunción de Bergoglio, Cristina de Kirchner escuchó de Alicia Oliveira el relato de cuando Bergoglio le había prestado el DNI y un atuendo de sacerdote a un perseguido político para que saliese del país. En el Tedeum del 25 de mayo de 2014, el del regreso de Cristina a la catedral metropolitana, pidió que, en un reclinatorio aparte, pero con la suficiente precedencia para que todos lo vieran, ubicaran a Oliveira junto a Valdés y a alguna amiga más.

En un gesto que explicó sin dar lugar a repreguntas, se acercó al sector del peronismo disidente del sindicalista Gerónimo Venegas, partido al que representó en las elecciones a senador por la Ciudad de Buenos Aires de 2013. No alcanzó el piso mínimo de votos que exige en la Argentina a los precandidatos en las primarias PASO (Primarias Abiertas, Simultáneas, Obligatoria), y eso la sacó de competencia en las elecciones generales de 2013. Pero nunca durante la campaña

invocó, como alguno de sus adversarios —Martín Insaurralde, que tampoco ganó—, la relación con Francisco para hacer proselitismo. Le costó críticas de sus amigos en el kirchnerismo, pero se mantuvo en las de ella hasta el final. Si alguien quiere encontrar una señal estratégica y celestial, hasta el último momento Eduardo Duhalde presionó al «Momo» Venegas para que se bajase de las elecciones y se sumase al massismo.

En julio de ese 2013, en plena campaña para las primarias, Oliveira y Valdés ingresaron a Santa Marta —residencia de Francisco en el Vaticano— junto a una decena de familiares de víctimas del atentado a la AMIA. Fueron a agradecerle a Francisco el hecho de que, cuando era Bergoglio, los hubiera recibido con mayor interés que las asociaciones de la comunidad judeo-argentina con las que estos familiares habían confrontado. Últimamente, los había dividido aún más el apoyo de un grupo de esa comunidad al acuerdo con la República Islámica de Irán para investigar el atentado, pero este tema no se tocó en la charla con Bergoglio.

Lo más cerca del asunto que estuvo la reunión fue el momento en que el Papa dijo: «Cuenten conmigo, porque este es el único camino, el que ustedes están desarrollando, porque hay que encontrar lo más rápido posible la verdad que nos va a llevar a la justicia y solo así podrán encontrar la paz que buscan». Tan conmovidos estaban los visitantes, que le dijeron que lo iban a proponer como Premio Nobel de la Paz. «No acepto cargos honoris causa», se disculpó el pontífice. «Cuántas vidas humanas se han perdido por obra de los fundamentalismos. Este diálogo es la mayor expresión de paz y acorta distancias», le retrucaron, y eso quebró al anfitrión: «Viniendo de ustedes, no puedo oponerme».

En ese grupo, más cerca del kirchnerismo que de otra cosa, nadie se animó a preguntarle a Oliveira detalles de su candidatura a senadora por el opositor partido del «Momo» Venegas. Todos sabían que el Papa había avalado esa nominación en una charla con su amiga. Y como se trataba de una misión de paz, todos omitieron comentarios sobre esa decisión.

En el Gobierno no descartaban que pudieran hacerla renunciar. Lo mismo quería el sector del massismo que se apoyaba en la figura de Duhalde. Ella ignoró los tironeos, pese a que ni conocía en persona al sindicalista que había armado la lista, el ruralista Gerónimo Venegas, el «Momo». A ella le había bastado con la indicación de Francisco de que debía jugar allí. Lo conoció recién en agosto de ese año, pocos días antes de las elecciones primarias. Fue en una recoleta cena en el comedor principal del hotel Facón Grande, del sindicato del «Momo». «No hay que usar al Papa en la política local», fue la posición de la abogada, que había firmado una semana antes la aceptación de la

candidatura a senadora junto al ex embajador Juan Archibaldo Lanús.

Para esa misma elección, Bergoglio intervino en la nominación del activista antirufianes Gustavo Vera como primer candidato a legislador porteño de la liga Carrió-Solanas. Vera había sido recibido por Francisco antes del cierre de listas, lo que se vio como un aval a la candidatura que le costó al solanismo un entuerto que nunca se cerró. Porque Vera desplazó de esa postulación al abogado Julio Raffo, que buscaba ser reelecto en la banca que lo llevó hasta ocupar el cargo de jefe de Gobierno interino cuando era vicepresidente de la Legislatura. Pino cedió ante la presión vaticana y resintió su amistad de años con Raffo, que había sido su abogado y su productor en algunos filmes.

En esa cena estaba Carlos Campolongo, que era candidato a primer diputado nacional en el partido del «Momo». Este le había acercado la oferta de la candidatura a Oliveira. Ella lo consultó con el Vaticano. «Te felicito por lo que hacés. ¡Eso es vida!», le respondió Bergoglio. Por eso aceptó.

1. Para este debate, véanse Emilio Fermín Mignone, *Iglesia y dictadura,* 2ª ed., Buenos Aires, Colihue, 1986; Nello Scavo, *La lista de Bergoglio. Los salvados por Francisco durante la dictadura. Una historia no contada,* pról. de Adolfo Pérez Esquivel, Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2013; y María Soledad Catoggio, *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

9. LIBERMAN, EL AGENTE INSÓLITO

Luis Liberman heredó de su abuelo Julio la amistad de Bergoglio. Julio Liberman era un comunista del barrio de Flores que actuaba en una organización de jubilados que había compartido alguna actividad con la iglesia local, origen de esa relación. La amistad con Bergoglio es toda una especialidad del personaje, que desarrolla este tipo de relación de manera radial, logrando muchas veces que se armen redes de gente que no se conoce entre sí pero que sí se referencian en el afecto por Bergoglio.

El relato familiar cuenta que, en un acto, Julio Liberman elogió una actividad de Bergoglio:

—Pero no esperés que te llame camarada —bromeó el arzobispo.

—Y vos no esperés que te llame compañero.

Una perla para quienes rastrean constancias del peronismo de Francisco.

Luis Liberman se había iniciado en la política en el peronismo como asesor en 2003 del legislador macrista Marcelo Godoy, en la Comisión de Educación en la Legislatura. Bergoglio lo localizó y le pidió que lo visitase en el Arzobispado en un horario cruel, las siete de la mañana. No se separaron más.

Por la relación que entabla en aquel momento, Liberman es un testigo fino de la metodología de Bergoglio para la aproximación indirecta al objetivo. Primero, su elección para ser funcionario del área de la educación privada de la ciudad, una colonia dominada por la Iglesia católica. Liberman era un hombre del peronismo de la Legislatura y nadie da testimonio de que el arzobispo indicase su nombre para ser designado director del área en marzo de 2006, y después subsecretario. Pero sí consta que pasó el identikit. «¿Un judío a cargo de la educación privada? ¿Qué problema hay?», se escuchó en la cocina del Arzobispado, en donde preparaba sus comistrajos. «Si nombrás a un católico en una de esas hace cagadas.» Una formulación más que simple pero racional del ecumenismo. Práctico y no teórico. No todas las escuelas privadas son católicas, hay que abrirse a todas.

Desde el ángulo estratégico, no era solo una picardía, sino también un método para medir las fuerzas y asegurar logros que no implicasen la destrucción del otro. No podía haber ni amigo-enemigo ni vencedor-vencido.

Un ejemplo del método fue el debate de la Ley de Matrimonio Igualitario, que el Congreso discutió y votó en 2010. Bergoglio entendía que era una guerra perdida en la sociedad. La Iglesia debía ser fiel a su magisterio, pero también mostrar comprensión por el dolor que la sociedad les inflige a los diferentes. Su posición en ese

debate era que nadie, ni él, podía negarles derechos a las parejas del mismo sexo, pero que el proyecto no debía llamarse «de matrimonio», porque «matrimonio» es el nombre que la Iglesia da a uno de los siete sacramentos.

Bergoglio miraba estas cuestiones desde lo pastoral y menos desde lo dogmático. Más con un Episcopado nacional donde sus posiciones estaban en minoría y con nuncios que no siempre le jugaban a favor, como Adriano Bernardini. Cuando lo veía operar sobre las listas de candidatos a obispos que salían de Buenos Aires hacia el Vaticano, elegía una frase: «Este hombre es un enfermo de poder».

Carlos Menem le envió un mensaje pidiendo indicaciones: «Díganle a monseñor que, si él quiere, les hago caer la ley». Nunca respondió. «Decile que me fui a dormir», le indicó Bergoglio al intermediario.

Menem también se fue a dormir. La misma respuesta recibió Santiago de Estrada, que hizo la consulta sobre algún curso de acción contra el proyecto. Fue de los nueve senadores ausentes en la votación final, junto a otros profesionales como Carlos Reutemann, Adolfo Rodríguez Saá y Juan Carlos Romero, que nunca iban a dejarse agarrar los dedos en el marco de la puerta.

Usó el mismo método con otro proyecto que comprometía el programa de la Iglesia: el de introducir la educación sexual en las escuelas de la ciudad. Fue durante la breve gestión de Jorge Telerman al frente de la Jefatura de Gobierno porteño, cuando completó el mandato de Aníbal Ibarra, en noviembre de 2005. Bergoglio negoció a través de Liberman con su ministro de Educación, Alberto Sileoni. Este ministro quería conocer qué pensaba Bergoglio de un proyecto de ese tipo. Lo fue a ver, y después de merodear varios asuntos, el arzobispo lo primereó:

—Alberto, ¿qué querés?

—Quiero una ley de educación sexual —contestó el ministro.

—No hay problema.

—¿Podemos discutir la cuestión de género?

—Podemos discutir todo siempre que respetemos el derecho a la vida. Aunque el aborto no es educación sexual, es otro debate. Pero ojo, nosotros ya damos educación sexual en muchos colegios. Andá a ver lo que hacemos en Fátima. Nuestro interés es el embarazo adolescente. Cuando hay un embarazo adolescente nosotros decimos: «Banquemos». Y hay una línea de cochecitos y van todas las mamás.

Sileoni pasó en ese diálogo de banca a punto.

—Entonces, ¿qué hago?

—Adelante con la ley, además esta primero la ciudad y después está el debate en la Nación. Pero ¿sabés algo, Alberto? En esas escuelas los chicos tienen sarna. Porque el problema no es el embarazo, es la pobreza. ¿Qué vas a hacer con la pobreza?

Sileoni se entregó con armas y bagajes, y salió un proyecto de educación sexual que un obispo conservador habría rechazado.

En abril de 2004, se comenzó a discutir la Ley de Escuelas Seguras, para mejorar la situación en las escuelas públicas. En septiembre de ese año, muere una nieta de Raúl Alfonsín en un accidente en el colegio Jesús María de la Ciudad de Buenos Aires. Esto acelera el tratamiento de la norma, que se sanciona en noviembre (ley 1525, 11 de noviembre de 2004). El 28 de diciembre, dos días antes de Cromañón, Ibarra veta esa norma que había promovido el PJ a través del legislador Godoy. Ese veto fue uno de los argumentos que alimentó el encono de esa bancada, en la que operaba Liberman, el amigo de Bergoglio, que lo consideró como otra prueba del desinterés de Ibarra por la seguridad. En la formación del criterio del arzobispo sobre la gestión de Ibarra, se sumaron dos tragedias, la de la nieta de Alfonsín y la de Cromañón, que ocurrieron con escasos meses de diferencia.

Pocos meses después del incendio de Cromañón, Liberman acercó a Bergoglio al sindicalista del gas, Oscar Mangone, cuyas hijas habían estado relacionadas con el grupo Callejeros y habían sido víctimas del humo y del fuego. También un hijo de su secretario adjunto, Lautaro Blanco, había muerto en el boliche. Por esa vía llegaron los músicos hasta el arzobispo, que sumó más argumentos en defensa de la banda de rock y en contra de Ibarra.

No existían entonces lazos objetivos, pero se cerraba un entendimiento entre jesuitas. El estratega último de la destitución de Ibarra fue Carlos Grosso. El ex intendente había sido seminarista de la Compañía de Jesús y había compartido residencia en Santa Fe con Bergoglio.

Grosso había sido blanco de los misiles del ex fiscal, que ingresó a la policía con denuncias que arrinconaron al ex intendente y a una parte de sus funcionarios. En el mapa de quienes se fueron arrimando en un comando anti-Ibarra, hay que sumar a su ex legislador Eduardo Valdés, que diez años más tarde sería el embajador argentino ante el Vaticano, y a Helio Rebot, cuyo voto en la Legislatura fue decisivo para la destitución.

El antropólogo Liberman es hoy uno de los fogoneros en la Argentina de la doctrina ambientalista de Bergoglio, que arranca con la adhesión del Papa a las metas del milenio, su compromiso con los acuerdos de París y la encíclica *Laudato Si"*. Ha encontrado la mejor pedana para hacerlo, que es el sindicato de Obras Sanitarias que maneja José Luis Lingeri, poderoso dirigente que ha manejado durante décadas, además, la administración de los fondos de las obras sociales, que es el tesoro de esas organizaciones. El formato de ese compromiso es una Universidad del Agua que recorre, como proyecto, todas las

cumbres ambientales del mundo invocando a Francisco como referente principal.

Liberman ha sido uno de los voceros certificados de Bergoglio, un rol que solo se le ha reconocido al rector de la UCA Víctor Fernández. Una de las pruebas fue el pedido de que desmintiese una noticia que afirmaba que en 2018 viajaría a la Argentina. Fue el 12 de mayo de 2017, fecha del cumpleaños de Liberman, que estaba ese día en Colombia. Bergoglio venía de Egipto, un viaje que había generado tensión por las amenazas de atentados; eran los días previos a una visita de Donald Trump al Vaticano. A partir de una visita de la gobernadora de Buenos Aires María Eugenia Vidal, se le había atribuido la presunción de un viaje. El Gobierno de Neuquén le había enviado una carta al Papa invitándolo a visitar la provincia y para ofrecerle un predio cercano al yacimiento de Vaca Muerta para rezar una misa ante un millón de peregrinos.

Ante esa corrida informativa, lo llamó a Liberman con el pretexto del cumpleaños.

—¿Cómo te fue en Egipto?

—Bárbaro, la verdad es que nunca vi tanto turco junto.

—¿Estaban perfumados?

—Muy, muy…

—¿Y cómo estuviste?

Hablaron del motivo de la charla y lo invitó al cumpleaños del año siguiente:

—Bueno, venite el año que viene a comer un asado.

—Pero no voy a ir… ¿Me entendiste?

—Me lo dijiste ya cuatro veces…

—No voy a ir porque quiero completar el eje del Pacífico con Chile y Perú. Tengo miedo de que si voy a la Argentina, más que unir, genere lo contrario, y no tengo claro a dónde tengo que ir. No. No voy…

—¿Vos querés que yo diga algo?

—Podrías decir que te llamé para tu cumpleaños, que te pregunté sobre el trabajo de la Cátedra del Agua…

—¿Alguna sugerencia, o me arreglo con las mías?

—Ya se te va a ocurrir algo.

Liberman se comunicó con la red de periodistas vaticanistas de Buenos Aires y de Roma, que, en cadena, trasmitieron el mensaje.

10. LA NOVELA DE MANGONE

Oscar Mangone vivió la tragedia de Cromañón como el acontecimiento más importante de su vida. Tres hijas de él fueron víctimas del siniestro. Eran, además, allegadas al grupo Callejeros, el que esa noche desgraciada de diciembre de 2003 tocaba en el boliche. Una de ellas, Paula, era la encargada de la producción gráfica para las promociones y *merchandising* de esa banda de rock.

Mangone era ya un protagonista importante del sindicalismo argentino como secretario general de la Federación de Trabajadores de la Industria del Gas Natural (Fetingra). De sólida personalidad política, lo consideraron siempre entre los pensantes del sindicalismo argentino, pero con vocación de evitar la visibilidad pública. Ha sido el ideólogo principal de batallas clave del gremialismo y estuvo ligado al moyanismo. En la sede de la Federación, en la calle Boedo del barrio de Almagro, funciona un cenáculo al que concurren, discretamente, representantes de todas las organizaciones que encuentran allí una zona franca para conspirar. Eminencia gris de varias administraciones, ha tenido llegada a todos los gobiernos, peronistas o no, para los que ha hallado siempre alguna vía para el acuerdo. Huye de la vista del público, pero está en todas las películas. Es hábil para negociar con los empresarios del sector privado del gas, pero también ha sido clave en entes como la Comisión Arbitral de la CGT, que discute conflictos de competencias entre los gremios: una especie de Corte de Justicia sindical propia en la que las organizaciones se juegan su propia existencia.

La actitud de Bergoglio en la noche misma de Cromañón, cuando salió a recorrer los hospitales para confortar a las víctimas y a sus familiares, hizo que Mangone se acercara al arzobispo. Estrechó una amistad que los ha acompañado en la última década. Junto con él, desplegó una tarea de reivindicación de conductas que se apartase de la pelea política que siguió a ese hecho que les costó condenas a empresarios y funcionarios y que provocó la destitución del jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Aníbal Ibarra. La posición del sector de familiares que se acercó más a Bergoglio era que la investigación de la Justicia, por presión de un sistema político dominado por el peronismo kirchnerista, que tenía terminal en la capital en el Gobierno de Ibarra, buscaba castigar a quienes estaban adentro del boliche y ser indulgentes con quienes estaban afuera. De un lado, los músicos del grupo Callejeros, los empresarios; del otro, los funcionarios del Gobierno y de la policía de la Ciudad de Buenos Aires, que habían habilitado esa trampa mortal o que recibían sobornos para no denunciar irregularidades.

En algún momento, Mangone llegó a ensayar el rol de negociador entre las partes más distantes y antagónicas en este conflicto, los padres de las víctimas y el Gobierno de Ibarra. Llegó a entrevistarse con el enviado del gobernante porteño, Raúl Fernández, quien le pidió que le gestionase una reunión de reconciliación con los padres de las víctimas. Mangone le dijo que sí, pero con la condición de que los músicos de Callejeros no fueran detenidos. Cuando salió la orden de detención, el sindicalista dio por cerrada las negociaciones. Esa condición suponía que Ibarra y sus padrinos en el Gobierno nacional podían ejercer alguna influencia sobre los jueces en el proceso que culminó con la sentencia condenatoria de los músicos y los empresarios. Nunca se podrá saber si era posible cumplir la condición que pedía el sindicalista, pero es cierto que la Justicia ni procesó ni condenó a Ibarra. Además, los funcionarios del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que fueron condenados lo fueron solo por violación de sus deberes como funcionarios públicos, no por cohecho, como sí fueron condenados los empresarios y los policías.

Callejeros, también misioneros de Bergoglio

El compromiso de Mangone con los músicos llegó a más. Les gestionó una reunión con Bergoglio en la cual este los llamó a estar unidos, a no dejar de tocar y a reaparecer ante el público. Les dijo, más o menos, que tenían que ser fieles a los jóvenes que los seguían y que no debían abandonarlos. «Toquen, y los jóvenes se van a reencontrar con ustedes», los animó. Quienes escuchaban se conmovieron y amagaron alguna disculpa por la rispidez anticlerical de algunas de sus canciones. Respuesta de Bergoglio: «Ustedes dicen a veces cosas que uno no puede decir». (1) Con el correr de la causa judicial que terminó con las condenas, Bergoglio se ha mantenido cerca de los músicos. Se comunicó con ellos varias veces y fue solidario con la situación carcelaria de algunos de ellos, como el «pato» Patricio Fontanet, cuya prisión acabó en 2018.

El ubicuo Mangone fue protagonista de una de las crisis más pintorescas de todas cuantas vivió Bergoglio durante el Gobierno peronista del matrimonio Kirchner. Ocurrió a mediados de 2008. En la fría madrugada del 17 de julio, por un «no positivo» del vicepresidente, la oposición derrotó al naciente Gobierno de Cristina de Kirchner cuando la votación de la 125. Esta resolución, lanzada por el Gobierno el 11 de marzo, fecha de la victoria presidencial de Héctor J. Cámpora en las presidenciales de 1973, proponía una escala creciente de retenciones a las exportaciones de soja y girasol. La guerra del campo desestabilizó la gestión de Cristina al punto de que amagó con renunciar al cargo.

Pocos días después de asumir Sergio Massa la jefatura de gabinete en reemplazo de Alberto Fernández, comenzó un envión en la Casa Rosada para apartar a Bergoglio del Arzobispado de Buenos Aires y reemplazarlo por monseñor Oscar Sarlinga, obispo de Zárate-Campana. Un día de agosto, después de una reunión de Cristina con dirigentes de la CGT, a la que asistió Mangone, junto a la directiva de Hugo Moyano, el hombre del gas fue apartado del grupo. Lo convocaron a una oficina del área presidencial Carlos Zannini y Oscar Parrilli, secretarios presidenciales. El encargado de avisarle fue el fotógrafo presidencial Víctor Buggé, que desempeñaba tareas que a veces iban más allá que registrar imágenes de los mandatarios. Los secretarios le mostraron a Mangone una carta que el Gobierno estaba enviando al Vaticano para proponer al empresario Jorge O'Reilly, asesor honorario del nuevo jefe de gabinete, como nuevo embajador ante la Santa Sede.

La propuesta diplomática del Gobierno intentaba avanzar en dos frentes. Por un lado, buscaba superar el rechazo de la Santa Sede al plácet del ex ministro Alberto Iribarne, impugnado por su estado civil de divorciado y a quien el Gobierno había propuesto a sabiendas de que irritaría a todos. Por otro lado, desplazaba a Bergoglio, a quien Néstor y Cristina apuntaban como verdadero jefe de la oposición, rol que había puesto en la vidriera al apoyar las protestas del campo contra la resolución 125.

Mangone nunca terminó de entender por qué se lo contaron. ¿Querían que se lo contase a Bergoglio? Era un tiro en el pie. ¿Creyeron que Mangone guardaría eso como un secreto? Una ingenuidad. Mangone salió de la Casa de Gobierno y le pidió a su amigo Luis Liberman que le organizase una reunión con Bergoglio para el viernes siguiente, día habitual de sus encuentros.

Ese viernes, en la sede del Episcopado porteño, Mangone se sentó frente a Bergoglio y le disparó: «Jorge, ¿querés reírte un rato?».

Le contó lo que había escuchado. El dueño de casa sonrió, pero a medida que avanzaba el cuento empezó a preocuparse, porque parecía la confirmación de algo que ya presumía.

De esa trama estaba al tanto uno de sus adversarios jurados. El nuncio Adriano Bernardini, ligado a la curia romana, respondía al otro sector de la Iglesia local, el que había enfrentado al futuro Papa en todas las batallas.

Ese mismo mes, visitó la Argentina el Ministro de Relaciones Exteriores del Vaticano, el arzobispo francés Dominique Mamberti. Venía a la consagración episcopal de monseñor Mariano Montemayor en la catedral de Bergoglio. No solo traía el entuerto de Iribarne en sus alforjas. También quería hablar del affaire de monseñor Antonio Baseotto, vicario castrense despedido por Néstor Kirchner. La cuestión

seguía congelada después de tres intentos de arreglarla por parte del Vaticano y del anterior canciller argentino, Rafael Bielsa. Un tercer asunto espinoso era el proyecto de Roma de crear una diócesis en Tierra del Fuego sin incluir en ella a las islas Malvinas. Si Buenos Aires aceptaba eso, podía anotarse un tanto en favor de los británicos que ocupan las islas. El secretario de Estado vaticano era Tarsicio Bertone, de quien era sobrina nieta la entonces diputada nacional por Tierra del Fuego Rosana Bertone: había presiones de Roma y de Ushuaia para crear este obispado. Intervinieron los sensatos y Tierra del Fuego sigue integrando la diócesis de Río Gallegos.

En ese viaje, Mamberti asistió a un almuerzo en la Cancillería (Palacio San Martín) con el canciller Bielsa, el secretario de Culto Guillermo Oliveri y, entre otros, el saliente embajador Carlos Custer. Después del almuerzo, caminó hasta Casa de Gobierno para reunirse con Cristina. En esa visita, pudieron contarle también a él el proyecto de desplazamiento de Bergoglio, con quien Bertone no tenía las mejores relaciones. Bertone había operado en contra de Bergoglio en el cónclave que eligió Papa a Benedicto XVI. Hasta hubo un proyecto de que Bergoglio fuera designado secretario de Estado vaticano, cargo que ocupaba Bertone. Mamberti salió de esa reunión y fue a contarle a Bergoglio el plan sobre el cual ya le había informado Mangone.

La venganza fue terrible. Bergoglio llamaría a Sarlinga para decirle que estaba enterado de que estaba pensando «venir a Buenos Aires». Los relatos difieren, pero le hizo saber la conveniencia de que no se mostrase mucho por la vidriera de la capital. Se trata de una alusión a las costumbres del obispo y a las leyendas sobre sus desmanejos en las finanzas de su diócesis. Sarlinga fue apartado del Obispado poco tiempo después de asumir Francisco. A Bertone lo separó del cargo en medio de acusaciones de manejos turbios de dinero. A Bernardini, que era el nuncio, lo apartó en 2017 y lo reemplazó por el suizo Emil Paul Tscherrig, uno de sus amigos en el cuerpo diplomático. A Mamberti lo nombró prefecto del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica, una especie de suprema corte de justicia canónica. Después lo premió con el cardenalato.

La implicación de Massa en la intriga de 2008 trascendió. En 2013, cuando Francisco ya era Papa, el ex jefe de gabinete buscó cómo recomponer las relaciones. Intentó enviarle el mensaje de que él no tenía nada que ver, de que, aunque era jefe de gabinete durante el tiempo de aquellas hazañas, había sido una idea de Zannini, y aun de Cristina. Le pidió a Mangone que le dijera al Papa que no le constaba que fuera el responsable de proponer aquel reemplazo. Francisco lo escuchó y le dijo que ya había habido otros intentos de explicarle, a través de O'Reilly, quien sí obtuvo la indulgencia vaticana por aquellos pecadillos. (2)

1. La letra de «Rebelde, agitador y revolucionario», canción del grupo, también vaticina la otra Iglesia que les prometía Bergoglio a quienes le señalaban críticas a la institución: «La espina ya está clavada,/ no hay perdón para el que aplasta,/ contando una sola historia/ a los que no encuentran solución./ Mi madre me llamó Jesús/ y hoy mi pueblo me llora en la cruz./ Pero al haber un día, todo cambiará./ Habrá una iglesia que comprenderá/ al reprimido y no al represor./ ¿Y será honesta como lo fui yo? O tal vez no./ O tal vez no o tal vez no./ O tal vez no».

2. El relato más completo y documentado de esta trama está en Mariano de Vedia, *En el nombre del Papa. La Iglesia y el gobierno argentino. Los años en que Jorge Bergoglio fue un enemigo,* Buenos Aires, Planeta, 2015, sobre todo en el capítulo 10: «Pasaje de avión para Bergoglio». También, en Diego Genoud, *Massa. La biografía no autorizada,* Buenos Aires, Sudamericana, 2015, en especial en el capítulo «El falso profeta»; y Marcelo Larraquy, *Código Francisco. Cómo el Papa se transformó en el principal líder político global y cuál es su estrategia para cambiar el mundo,* Buenos Aires, Sudamericana, 2016, sobre todo en el capítulo «El cardenal desarticula el último complot», pp. 329-331. Para el origen de Sarlinga, véase Elisabetta Piqué, el cap. X, «Adversarios en el clero y la política», en *Francisco. Vida y revolución,* Buenos Aires, El Ateneo, 2013, p. 146.

11. ZAFFARONI, EL SOCIO MENOS PENSADO

«Tengo un cura amigo en la facultad que nos puede dar una mano.» El cura era Jorge Bergoglio y la frase se la dijo Alicia Oliveira a Raúl Zaffaroni cuando el abogado le pidió ayuda. Quería traer a la Argentina al secretario de la Corte Interamericana de Derechos Humanos para promover la adhesión del país a la Convención Americana de Derechos Humanos. Fue en 1982 y caía el Gobierno militar después de la guerra de Malvinas. Zaffaroni integraba el Instituto Latinoamericano de Derecho Pena y creía que en algún momento la Argentina iba a ingresar al sistema, que por el momento las autoridades de facto rechazaban.

Parecía impensable que alguna oficina del Gobierno o que alguna universidad recibiera a Charles D. Moyer, a quien la flamante corte había dado la instrucción de promover el tratado en varios países.

Zaffaroni y Oliveira dictaban clase en la Universidad del Salvador y fueron a ver a Bergoglio, rector de la Facultad de Filosofía y Teología. «Voy a ver qué puedo hacer», los despidió.

«Entendió en el acto», recuerda ahora Zaffaroni, siempre en las antípodas de las convicciones ideológicas y doctrinarias del Papa. Aun así, forjaron una amistad firme que renovaron a lo largo de los años en sucesivos encuentros y por los más variados motivos.

Al día siguiente, llamaron por teléfono a Zaffaroni desde la Universidad del Salvador con un mensaje misterioso: «Doctor Zaffaroni, hemos recibido un mensaje de los jesuitas de Boston. Están interesados en que invitemos a nuestra universidad a un doctor Charles Moyer, y que usted sería el contacto más adecuado. ¿Nos podrá ayudar en algo?».

Este sigiloso movimiento es un gesto clásico de Bergoglio, que le ha permitido intervenir en la vida pública de su país durante años sin que nadie en la superficie lo registrase como un protagonista. Cultivó siempre la acción encubierta como la más eficaz.

Como un agente en la clandestinidad, distrajo a los observadores con esa ficción de los «jesuitas de Boston» y, con sigilo, movió los hilos para que la universidad formalizase la invitación a Moyer para venir al país.

En ese viaje, ya en plena campaña electoral, lo llevaron a hablar con algunos de los candidatos presidenciales, que se comprometieron a promover una ley de adhesión a la Convención de Costa Rica.

Lo hicieron, entre otros, Raúl Alfonsín, Oscar Alende y Deolindo Bittel, vicepresidente en la fórmula presidencial del candidato peronista Ítalo Lúder, quien no quiso recibirlo. Se entiende, porque en el curso de aquella campaña había anunciado como consigna que, si

ganaba la presidencia, su Gobierno daría por válida la amnistía que había dictado el último presidente de facto, Reynaldo Bignone, a los acusados por delitos aberrantes.

Bittel, de quien Oliveira era amiga y asesora, había puesto la cara cuando visitaron el país, años antes, las autoridades de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) para investigar denuncias de detenciones ilegales y de desaparición de personas.

Entre los primeros proyectos de ley que sancionó la Legislatura que en 1983 asumió en el Congreso Nacional, estuvo la adhesión a la Convención Americana sobre Derechos Humanos (el Pacto de San José de Costa Rica) y a la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Entre esas intervenciones secretas de Bergoglio, hay que anotar las que hizo como arzobispo auxiliar de Buenos Aires durante el debate sobre la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires. Se ocupó de que los bloques se enterasen de su opinión sobre los proyectos de sostenimiento de las escuelas católicas del distrito. En particular, dirigió mensajes a Graciela Fernández Meijide, que presidía el cuerpo constituyente por el Frente Grande, para que no avanzasen iniciativas que recortaran la ayuda a escuelas parroquiales. «No me interesa lo que hagan con los colegios de elite, pero por favor no me toquen las escuelas parroquiales.» Todos cumplieron su indicación, aunque esto nunca apareció en la superficie.

Cuando ya era arzobispo, tampoco intervino públicamente Zaffaroni al enterarse de que la primera legislatura que se eligió en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires iba a tratar el proyecto de instauración de un oratorio ecuménico en la sede de ese poder, dedicado a las tres grandes religiones monoteístas (cristianismo, judaísmo e islamismo). Lo había presentado una diputada de la bancada que se referenciaba en Gustavo Béliz y, sin que nadie lo percibiese, había recibido dictamen de comisión. Zaffaroni presidía el bloque del Frente Grande y consideró que era un exceso inconveniente. «Acá se discute poder, no de religión. Se hacen leyes, no es un lugar para orar. No me imagino al *poveretto* de Asís viniendo a orar aquí», dijo en el discurso para disolver esa iniciativa. Se había inspirado en consejeros secretos. Uno, el rabino Daniel Goldman; el otro, Bergoglio, un cruzado del ecumenismo que le mandó a decir que le parecía inconveniente la apertura de ese oratorio.

El proyecto no se aprobó, y en el recinto se escucharon algunas palabras que se reconocen en el lenguaje de Bergoglio. Zaffaroni también cuestionó que ese oratorio tuviese como propósito honrar a tres grandes religiones, una limitación que dejaba fuera otras expresiones religiosas que no debían excluirse. Citó, entre ellas, a la «religiosidad popular», un concepto clave de la teología del pueblo en la que Bergoglio ancla su visión. La «religiosidad popular» acoge las

expresiones de fe que afloran en devociones populares que no siempre tienen el aval de la Iglesia y que los abanderados de esa línea teológica promovieron en la Argentina en los últimos treinta años, como las peregrinaciones a Luján, San Cayetano, la Virgen de San Nicolás, etcétera.

A lo largo de los años, Zaffaroni le acercó inquietudes a Bergoglio, en quien encontró siempre atención. Una de estas iniciativas buscaba aportar a la política de contención de los villeros. Según este abogado, uno de los factores que conspiraban contra la recuperación era el uso del tiempo. Explica que los jóvenes que son víctimas de la exclusión lo son por falta de educación y de trabajo, y que la disponibilidad del recurso del tiempo es causa y consecuencia de ese estado. ¿Qué propone? Lo que llamó en alguna charla con Bergoglio la falta de una «mística» de recuperación, a través de alguna institución nueva.

Bergoglio confió en que el proyecto de escuelas vecinas, que derivó con los años a las Scholas Occurrentes, era una solución posible, porque promovía el encuentro entre grupos de población marginada con los sistemas más exitosos en materia educativa de los sectores más favorecidos de la sociedad.

Zaffaroni, por su lado, cree que la creación de las universidades en el conurbano de la región metropolitana de Buenos Aires puede proveer esa mística de salida de la exclusión social de los sectores marginados.

En lo personal, también han tenido algún entendimiento. En medio de la campaña para las elecciones primarias de 2011, Zaffaroni se vio enredado en una denuncia sobre departamentos de su propiedad que él alquilaba y cuyos locatarios destinaban para una presunta actividad de prostitución. Se desentendió del tema porque, alegó, el alquiler era una gestión no personal, administrada por un apoderado, y porque además tampoco constaba el carácter criminal de esa trama. Con un propósito proselitista, la oposición al Gobierno peronista aprovechó el tema para hostigarlo como hombre ligado a Casa de Gobierno.

En los pronunciamientos que hizo sobre el asunto, Zaffaroni atribuyó esa trama a su tarea como magistrado. Pero le preocupaba que el denunciante fuera el activista Gustavo Vera, ligado al arzobispo de Buenos Aires en sus campañas contra la trata de personas, el narcotráfico y el rufianismo amparados por las policías corruptas. Se ocupó de averiguarlo: «Tengo claro que el cardenal no tiene nada que ver con esta porquería», dijo en un reportaje. (1)

Bergoglio no solo le envió el mensaje. Su amiga y vocera virtual, la periodista Alicia Barrios, había mencionado el caso en un programa radial. La llamó y le dijo:

—Ay, Alicia. ¿Sabés que la curia tiene acá estas cocheras que se alquilan a particulares, pero en realidad no sé a quién, ni puedo

saberlo bien, ni sé a qué se dedican?

—¿Por qué me decís eso?

—Por favor, ¿por qué no te dejás de hablar del alquiler de los departamentos del juez de la Corte? Yo no sé de las cocheras que alquilo. ¿Y él tiene que saber de los departamentos?

También han compartido otras inquietudes menos prosaicas, como el interés en la historia. Zaffaroni acercó a Bergoglio al jesuita español Antonio Beristain, uno de los más influyentes expertos en derecho penal de su país, en un viaje que hizo a la Argentina invitado por su colega penalista. Uno de los tópicos predilectos de Beristain es la historia de la quema de brujas por la Inquisición europea en la Edad Media y el Renacimiento. Fue quien reivindicó al alemán Friedrich Spee, un jesuita del siglo XVII (1591-1635), pionero en condenar los juicios a las brujas por la Inquisición. Spee, considerado uno de los grandes poetas de su tiempo, escribió el libro *Cautio Criminalis* (*Precauciones que conviene guardar a los fiscales,* 1631), que acerca argumentos contra la tortura, que Beristain y Zaffaroni han recuperado para la lectura del mundo de hoy.

En la charla con Bergoglio, los dos jesuitas se entendieron en la admiración común por Ignacio Ellacuria, el jesuita asesinado en El Salvador por parapoliciales y a quien el Papa considera un mártir de la fe. Hablaron de las brujas, de la intolerancia y de los nuevos inquisidores.

El argumento de Zaffaroni cuando explica la importancia de la referencia a Spee es que su libro «hace una crítica directa no solo de los juicios por brujería, ya que la brujería ponía en tela de juicio la autoridad del príncipe, sino de todo el aparato punitivo, que estaba corrupto […] esa corrupción del aparato punitivo, que denunciaba Spee, no está en modo alguno terminada, seguimos viviendo en una especie de Edad Media penal, la caza de brujas sigue vigente en el derecho penal contemporáneo, todos los días, tenemos que aprender a mirar para atrás, saber de dónde vienen las instituciones y conceptos que estamos manejando». (2)

Bergoglio se interesó en el libro de Spee que reivindicaba Beristain y pidió una copia. Zaffaroni se la llevó y le prometió: «Le voy a decir a un curita mío que haga la traducción».

Pasó el tiempo. Beristain murió a finales de 2009. Un día le llegó a Zaffaroni una carta manuscrita de Bergoglio: «Querido Raúl, le pido disculpas, pero al final este curita no hizo nada. Le devuelvo el libro».

Zaffaroni retomó él la tarea y se la encargó a dos latinistas de las universidades de Buenos Aires y de La Plata, que hicieron la primera versión castellana de *Cautio Criminalis.* (3)

1. Véase el reportaje de Martín Granovsky a Raúl Zaffaroni, en *Página/12,* 7 de agosto de 2011.

2. Eugenio Raúl Zaffaroni, «Poesía y derecho penal. Friedrich Spee. De la crítica al martillo de las brujas al nacimiento de la criminología crítica», conferencia en el Departamento de Derecho Penal, Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires, 5 de mayo de 2016.

3. Friedrich Spee, *Cautio Criminalis. Cautela criminal* [1631], trad. de Josefina Nagore y Silvia Manzo, estudio preliminar de Eugenio Raúl Zaffaroni, Buenos Aires, Ediar, 2017.

Emilio Pérsico justifica su fidelidad hacia Francisco por una misión superior, la defensa de la Iglesia. Eso lo apartó de la teología de la liberación, corriente que Bergoglio consideró siempre distante de su proyecto.

La teología de la liberación creía que en la transformación de la sociedad la Iglesia debía ser transformada también. Bergoglio nunca compartió ese postulado. Sí confía en una renovación para recuperar el programa de la caridad, la identificación con los pobres, el rechazo del boato y las manifestaciones de riqueza, el allanamiento de las formas para quitarle peso al clericalismo, para sacar a la Iglesia de la mirada hacia adentro, reorientarla hacia afuera y hacerla caminar en una renovada misión.

En su prédica, Bergoglio siempre ha puesto el eje en la misión, en la salida hacia afuera para edificar una Iglesia de frontera, lejos de cualquier metrópolis, fuera Roma o Buenos Aires. Sigue en esto a Rafael Tello, teólogo que formula una de las versiones de la teología del pueblo. Es un «tellista» en el propósito de llenar a la Iglesia de pueblo y transformarla.

Pérsico, que sigue a los dos, promueve la apertura de capillas en las zonas del conurbano de Buenos Aires en las que aparecen imágenes del Gauchito Gil, un personaje de devoción popular que recuerda otra de las leyendas del gaucho perseguido por la autoridad y que fue, originariamente, un objeto de adoración de los delincuentes en las cárceles, que después derivó a los sectores populares. «Se trata de llenar a la Iglesia de pueblo, y eso cambia a la Iglesia», se ilusiona Pérsico. «En nuestras capillas y en las capillas de él, de Bergoglio, la gente, si quiere, puede poner al Gauchito Gil», (1) agrega.

La tolerancia con figuras de la devoción popular es uno de los instrumentos pastorales de los seguidores de la teología del pueblo, una relectura de la historia de la Iglesia empapada de romanticismo roussoniano. El alma del pueblo, como la de los individuos, es esencialmente buena y la estructura debe acompañarla, escucharla y no desviarla hacia las malversaciones de la cultura oficial. Una versión, también, del neorromanticismo en la visión de Unamuno sobre historia e intrahistoria, que les llega a estos pensadores a través del canal de Zubiri, tributario del eslabón unamuniano que significa José Ortega y Gasset, y maestro, entre otros, del teólogo y mártir Ignacio Ellacuria. Todo esto reflota Bergoglio cuando habla de la necesidad de una hermenéutica del alma del pueblo.

El pueblo como mística

A diferencia de la evangelización clásica, que llevaba figuras y relatos a las poblaciones, esta teología del pueblo da vuelta el mecanismo y monta la evangelización sobre mitos que genera el pueblo. Es lo que afirma Bergoglio cuando dice que «la palabra pueblo no es una palabra "lógica". Es una palabra mítica». (2)

Los curas argentinos le atribuyen a Tello el haber sido «inventor» del culto popular a San Cayetano, patrón de los desocupados, que se ha convertido en una de las manifestaciones de devoción popular más grandes desde hace treinta años. También el haber promovido la peregrinación anual a la Basílica de la Virgen de Luján. Esta confianza en los mecanismos de la alienación se aparta de la tradición dialéctica hegeliana sobre la que se había basado la teología de la liberación que el bergoglismo deja atrás. «Yo no soy racionalista —se define Pérsico para diferenciarse del planteo dialéctico—. Aguer es racionalista, mi padre era racionalista, y Aguer le prologó un libro sobre la religiosidad, pero no tengo nada que ver con eso.»

Pérsico admite que su relación con Bergoglio se basa más sobre aquello en que están de acuerdo que en la amistad, pese a que le ha bendecido un tercer matrimonio y ha bautizado en el Vaticano a uno de sus diez hijos. «Creo que debía tener muchos hijos. Fui fiel a mis tres mujeres, y él lo sabe», sonríe. Cree mucho en Bergoglio, más en lo religioso que en lo político, y es crítico de los resultados de los primeros años de su papado. «Polonia cambió después de tener un Papa, se evangelizó mucho. Yo pensaba —ha dicho— que iba a pasar lo mismo en la Argentina, estaba convencido de que era una oportunidad para nosotros, para la Iglesia argentina, para evangelizar. Yo creo en la unidad nacional y que uno de los elementos centrales de la unidad es la religión. Y que uno de los elementos más importantes de penetración capitalista, imperialista, es destruir la religión.»

Como Bergoglio, Pérsico acude a ensayistas emergentes para argumentar en favor de su posición: Bergoglio cita a Kusch, un personaje lateral del canon intelectual argentino del siglo XX. Pérsico se apoya en una leyenda del peronismo insurgente: «Si querés dominar a un pueblo durante doscientos años, destruís su ejército y su Estado. Si querés dominarlo por más de quinientos años, destruile su religión y su cultura. Eso lo decía Rodolfo Walsh en sus escritos».

Un bautismo vaticano

Cuando en 2013 Pérsico viajó a Roma para el bautismo de uno de sus hijos, Grabois lo acompañó en la ceremonia. Fue el 19 de agosto de aquel año. Era el primer viaje de Grabois al Vaticano. Su presencia en Roma sirvió también a Pérsico para aclararle a Francisco que no era antisemita. (3)

Los dos peregrinos se habían conocido cuando Grabois iba a protestarle, a la cabeza de las organizaciones contra el Gobierno de Kirchner, a Pérsico, en las puertas del Ministerio de Desarrollo Social de Alicia Kirchner. Allí Pérsico ocupaba el cargo de subsecretario de Comercialización de la Economía Social. Fue hasta octubre de 2009, cuando debió renunciar al informarse que uno de sus hijos había transportado unas plantas de marihuana en un auto asignado al funcionario. Aguer se acordó de él y de su padre y declaró que, «si un juez de la Corte Suprema de Justicia dice que podemos cultivar marihuana en el balcón, entonces todo es posible». ¿Cómo no lo iba a querer Bergoglio a Pérsico? (4)

Como jefe del Movimiento Evita, ocupaba un cargo como subsecretario de Agricultura Familiar en el gabinete de Cristina de Kirchner y había salido en defensa de Bergoglio ante algunos ataques de otros funcionarios de ese Gobierno. No era amigo de Bergoglio y había estado con él en un par de reuniones. Bergoglio consideró «muy noble» ese gesto. Este había quedado muy impresionado por una exposición que le escuchó en las Jornadas de la Pastoral Social de la Capital Federal que habían tenido lugar el año anterior en la parroquia de San Cayetano. El activista habló junto a Carolina Stanley, ministra de Desarrollo Social del Gobierno porteño de Mauricio Macri, cartera que desde 2015 le tocaría en el Gobierno nacional. Los dos eran panelistas en la mesa sobre «La unidad nacional y su dimensión social para el desarrollo integral». Pérsico es un católico defensor de la educación católica en los colegios. Ese sistema, entiende, es una fábrica de católicos y es la semilla de la «unidad nacional». En sus exposiciones, sostiene que esa unidad es central para que la Argentina esté mejor defendida de las agresiones externas, un artículo de fe del nacionalismo que profesa también Bergoglio. En su discurso en la ONU, fue ovacionado en 2015 cuando remató con la estrofa emblemática del gaucho Fierro: «El gaucho Martín Fierro, un clásico de la literatura de mi tierra natal, canta: “Los hermanos sean unidos/ porque esa es la ley primera./ Tengan unión verdadera/ en cualquier tiempo que sea,/ porque si entre ellos pelean/ los devoran los de afuera”».

En esa presentación de 2012, Pérsico conmovió a Bergoglio con el relato de cómo había partido de esa iglesia de San Cayetano la marcha organizada por Saúl Ubaldini con el lema «Paz, pan y trabajo». Esa marcha del 7 de noviembre de 1981 congregó a una multitud en la iglesia de Liniers, identificada con el trabajo de los curas de la teología del pueblo, grandes cultores de la piedad que se mostraba en celebraciones como la de peregrinación a Luján, la Virgen de Itatí, la de San Nicolás o San Cayetano. Fue una protesta que anticipó la del 30 de marzo de 1982, horas antes de la invasión a las islas Malvinas,

que precipitó la caída del Gobierno militar. «La historia ha sido mal contada —dijo Pérsico ante el auditorio de la pastoral porteña que integraba Bergoglio—, porque la resistencia y la caída a la dictadura militar nació aquí, en San Cayetano.» Agregó, para terminar de seducir al arzobispo, que el pueblo católico había estado siempre consustanciado con las luchas de la Independencia. Un concepto que figura, en una singular reescritura de la historia, en el plexo doctrinario de Bergoglio que alimentan autores como Alberto Methol Ferré o Guzmán Carriquiry.

Por ese recuerdo, Francisco accedió al pedido del dirigente de que le bautizase a su hijo Néstor Vicente en el santuario de los amigos, que es la residencia de Santa Marta. Veía seguramente a un cristiano con olor a oveja —como sus pastores quieren que huelan—; también sabría que el padre de Pérsico fue un católico conservador, no solo famoso por su compromiso con la industria de los helados, sino también por el libro sobre las pruebas científica de la existencia de Dios, que le prologó el mayor contradictor de Bergoglio en el Episcopado de su tiempo, monseñor Héctor Aguer. (5)

Cuando avanza en la explicación, dice que él crea capillas sin autorización y que eso rompe un dogma. Allí se administran sacramentos sin autorización. Comunión, por ejemplo, sin pedir perdón. «Bastante están sufriendo para que encima tengan que pedir perdón», dice. «Eso nunca lo haría con un burgués, y Bergoglio fomenta eso», cree.

Para esta mirada, Bergoglio es un hombre de unidad nacional, y por eso no fomenta parcialidades. Es la razón de su jugueteo permanente con la idea de una visita a la Argentina. «No quiere ser usado para la división», cree Pérsico. «Es un cura, no vas a encontrar nada político.»

Esa idea imagina que en la construcción de la Argentina la religión fue central, no por los curas, sino por la piedad popular. Los curas son de la Iglesia. «Hasta ahora no supimos superar las falsas contradicciones de hoy.» Para Pérsico, una falsa contradicción es la que divide al pueblo abajo. «Una contradicción —ilustra— es que, en una mesa electoral de La Matanza, Cristina saque 100 votos y Macri, 60. Antes no, sacaba 180 votos el peronismo. O que en las villas haya tantas iglesias evangelistas como las que hay hoy. Con eso quieren destruir la religión como elemento de la unidad nacional.»

Pérsico organizó un movimiento de religiosidad popular que cree que no ha alcanzado sus frutos. Es el movimiento Misioneros de Francisco, inspirado en los curas «tellistas». Los espacios que mejor representan al Papa, entiende Pérsico, son los curas villeros y su propia organización Misioneros de Francisco, que abre capillas en el conurbano de Buenos Aires para irritación del conservador Aguer cuando era arzobispo de La Plata.

La mujer de Pérsico era atea y se convirtió por obra de Bergoglio, de quien pondera que «ha convertido en católicas a todas las organizaciones populares de América Latina. Nosotros vamos a cada marcha con dos vírgenes; a Luján, también con dos vírgenes». En eso Pérsico valora mucho la tarea de Juan Grabois: «A él le ha ido mejor, ha tenido más éxito. Cuando asumió y fuimos a verlo al Vaticano, nos repartimos las tareas. Habíamos construido juntos la CTEP. Yo creé Misioneros de Francisco y Juan armó un espacio internacional de organizaciones populares que sea una nueva Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT). Y eso funcionó muy bien, hoy todas las organizaciones populares del mundo son pro Francisco», celebra.

Niega que esos proyectos los emprendiesen por indicación de Bergoglio. Este, que nunca da órdenes, los indujo a la acción como hizo con otras creaciones. «Cuando viajábamos para Roma, le dije: "Juan, tenemos que aprovechar esto. Vos encargate de esto, yo de lo otro". Juan no es religioso, yo soy religioso, y adelante», recuerda.

Pérsico perteneció a la organización Montoneros, pero mantuvo buenas relaciones con otras tribus del peronismo setentista. Era amigo de Alejandro Álvarez, jefe de Guardia de Hierro, grupo con quien se ha identificado a Bergoglio en aquellos años. (6) «En la misma semana que murió, vino a mi casa a comer unas lentejas —recuerda—. Estaba muy enfermo, era reacio a ir al médico, y me dijo: "Vamos a comer unas lentejas con un buen vino". Tuvo una descompostura terrible y ya no se recuperó», cuenta. No dice tener testimonios de una relación directa del «Gallego» Álvarez y Bergoglio, aunque sí recuerda que Álvarez era un fanático de Juan Pablo II.

1. Como toda figura popular, el Gauchito Gil es reclamado como propio por muchos que resignifican su leyenda. Sus imágenes y altares (no sin ofrendas) se multiplican en las villas porteñas en donde operan los curas bergoglianos, pobladas de correntinos y paraguayos. Para estos, es también símbolo de la «objeción de conciencia», de la «resistencia a la opresión»: de la negativa litoraleña, «guaranítica», a combatir junto a las huestes porteñas en la mitrista guerra del Paraguay.

2. Pape François, *Politique et société: Rencontres avec Dominique Wolton, Un dialogue inédit,* París, Éditions de l'Observatoire, 2017, pp. 47-48. Este concepto dice haberlo aprendido Bergoglio de las lecturas del ensayista Rodolfo Kusch, de influencia importante sobre este sector a través de muchas obras. Véase Rodolfo Kusch, *Obras completas,* Rosario, Fundación Ross, 2007, 4 vols. Kusch participó de un proyecto que coordinó el teólogo Juan Carlos Scannone: «Investigación filosófica de la sabiduría del pueblo argentino como lugar hermenéutico para una teoría de filosofía de la religión acerca de la relación entre religión y lenguaje» (1977-1979). Véase Juan Carlos Scannone, «La filosofía de la liberación: historia, características, vigencia actual», en *Teología y Vida*, vol. L, 2009, pp. 59-73.

3. Pérsico llegaba bajo una tormenta, porque había participado de un acto pro palestino en el cual se había reivindicado a Hizbollah (partido político libanés desdoblado en grupo terrorista). Elisa Carrió lo había denunciado por antisemita junto al quebrachista Fernando Esteche (procesado y detenido en 2017 por urdir un acuerdo con Irán para juzgar a los acusados del atentado a la AMIA, que años después el juez federal Claudio Bonadío consideró

parte de un plan criminal, por lo que procesó y ordenó la detención de Cristina de Kirchner, de su canciller Héctor Timerman y otros). Pérsico, que es un católico integral, pidió disculpas ante las autoridades de la DAIA en estos términos: «Fui a una actividad por la paz en Palestina y me vi involucrado en discursos que no comparto, pero ya era tarde».

4. La doctrina de las organizaciones está descripta en cuatro cuadernos de la serie que firman Grabois y Pérsico: *Nuestra realidad. Cuadernos de formación para trabajadores, militantes, delegados y dirigentes de organizaciones populares,* publicados por la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) con los siguientes títulos: *Nuestra realidad, Nuestra organización, Nuestros objetivos* y *Nuestra lucha,* Buenos Aires, CTEP, 2014.

5. Ángel Arturo Pérsico, *Las infinitas demostraciones de la existencia de Dios,* pról. de Héctor Aguer, La Plata, Ed. Universitaria, 2006. Una semblanza jugosa de Pérsico hace el periodista Pablo Ibáñez en «Emilio Pérsico: Macri está débil y el peronismo es un tiburón que huele sangre y ataca. El jefe del Movimiento Evita, desde los 70 hasta el poskirchnerismo», en *Clarín*, 26 de enero de 2017.

6. Véanse Alejandro Álvarez, *Así se hizo Guardia de Hierro. La historia objetiva de una pasión,* Buenos Aires, ULAFI, 2013; y Alejandro C. Tarruella, *Guardia de Hierro. De Perón a Bergoglio* [2005], Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2016.

13. GRABOIS, EL ELEGIDO

La naturaleza poliédrica del liderazgo de Jorge Bergoglio distiende los límites y amplía el método de la militancia eclesial. Sus operadores no son siempre sacerdotes, obligados por el voto de obediencia y de pobreza, que es también una forma de sumisión. Pobre no solo es quien no tiene plata, sino también quien allana los fueros del individuo y acepta con humildad su destino de pecador.

Bergoglio puede sumar a un activista piquetero como Emilio Pérsico, que acumula matrimonios e hijos por afuera de las normas parroquiales, o a un Gustavo Vera, un Savonarola barrial de Buenos Aires que le abrió los ojos para entender las profundidades del drama de la esclavitud urbana.

A esa categoría de personajes pertenece Juan Grabois, un dirigente social con capacidades notables para conceptualizar el diagnóstico de la sociedad de los excluidos y un excepcional liderazgo sobre grupos de cartoneros, desempleados, aborígenes y hasta estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en donde dicta clase de Teoría del Estado. No es, sin embargo, un clerical, como lo es Pérsico, ni oficia en altares parroquiales. Es el hijo del legendario dirigente Roberto Grabois, de la organización Guardia de Hierro. Bergoglio, sin embargo, lo ha destacado por encima de la mayoría de los laicos de quienes se rodea. Le dio tareas cuando estaba en el Arzobispado de Buenos Aires y lo llevó al Vaticano apenas asumió como Papa, en el grupo que lo ayudó a afirmarse en la burocracia romana. De ese grupo forman parte el teólogo jesuita Juan Carlos Scannone y el sacerdote Diego Fares, a quienes incorporó al directorio de redactores de la revista *La Civilt*à *Cattolica* —órgano de difusión de la Compañía de Jesús—, a la que alistó como vocera de su pensamiento.

Grabois fue designado consultor del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, o sea que tiene uno de los cargos más altos que un laico puede ostentar en la burocracia de la Santa Sede. Ese ministerio —a lo que equivale un dicasterio en el lenguaje político de nuestros países— lo creó Bergoglio en agosto de 2016 sobre la base del Consejo Pontificio Justicia y Paz, que es el acorazado de su pontificado. Es donde se concentran las grandes iniciativas de transformación del programa de Francisco, que después articulan otros dicasterios, academias y demás organizaciones de la Santa Sede.

Grabois fue designado asesor de Justicia y Paz apenas asumió Francisco y se lo confió al titular de aquel consejo, que ahora es presidente del dicasterio, el cardenal Peter Kodwo Appiah Turkson. Este ghanés es uno de los principales lugartenientes de Francisco. Con

él escribió el libro *Corrosione,* que pone los fundamentos para considerar la corrupción de funcionarios y empresarios como pecado gravísimo que merece ex comunión. Se trata de un punto central en la política que el papado de Francisco profundizó contra las mafias, especialmente la de Italia, que tuvo hasta el siglo XX una convivencia viscosa con el poder romano, con el poder civil del Gobierno de Italia y con el del Vaticano. (1)

Un emisario para todo el mundo

Cuando se transformó en dicasterio a la Comisión Justicia y Paz, Grabois fue a ver a Francisco para pedirle que lo apartase de esa función. Creyó que podría perjudicar al Papa la visibilidad que él estaba alcanzado en la Argentina a partir de su rol como abogado de mapuches y piqueteros como Lito Borello, o de la activista Milagro Sala, y la tarea de organización de la cada vez más poderosa Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP).

Francisco le negó el retiro; más aún, le ordenó que se sumase como consultor a ese dicasterio que creó por el *motu proprio* del 17 de agosto de 2016. Grabois estuvo junto a Turkson y al titular de la Academia Pontifica, el argentino Marcelo Sánchez Sorondo, en la organización de las tres grandes cumbres de Bergoglio con las agrupaciones sociales de la llamada economía popular, que es el gran territorio de trabajo de su papado. Bergoglio asume como propia la hipótesis de que la desocupación y la exclusión no son un efecto colateral de la economía de mercado del capitalismo del siglo XXI. Son, por el contrario, según el Papa, un ingrediente sistémico. Por eso la tarea hacia adelante es asumir esa realidad y construir caminos para contener y auxiliar a los excluidos de la «sociedad del descarte».

La primera reunión fue el 28 de octubre de 2014 en el Vaticano; la segunda, en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), el 9 de julio de 2015, y la tercera, ya creado el dicasterio, en el Vaticano, entre el 28 de octubre y el 5 de noviembre de 2016. (2) El producto más importante de ese encuentro, al que asistió como observador el presidente del bloque del PRO —partido oficialista de la Argentina— Nicolás Massot, fue la sanción inmediata y sin discusión de una Ley de Emergencia Social que redactó Grabois sobre la base de la hipótesis bergogliana de la economía popular. No hay mucho misterio en la sanción sorpresiva y casi sin debate de la letra de ese proyecto, que es el programa de asistencia a las organizaciones de la economía popular para asegurar el pago de un «salario social solidario» que le costaría al Tesoro la friolera de 30.000 millones de pesos en tres años. Lo pidió el Papa y así se vota, fue la orden de Olivos.

El peronismo, que presentó el proyecto como bancada mayoritaria

del Senado, también votó a mano alzada. Los tumultos para su aplicación surgieron de la prisa con la cual se tramitó la orden papal, una muestra del poder suprapartidario del pontífice en la Argentina. Para el Ejecutivo, era mandatorio acatar la señal de Roma. Para el peronismo, ni hablar. El Poder Ejecutivo, acosado por el déficit y el compromiso de su programa para bajarlo, admitió que esos fondos surgiesen de una reprogramación de partidas ya existentes, diseminadas en decenas de programas de ayuda social. Pasado el momento de la sanción y ante los problemas de cumplimiento de los compromisos de esa ley, las partes admiten por lo bajo que fue una descomunal improvisación, de buena fe, para acatar el pedido de Roma, y que en realidad se trató de una reprogramación de ayudas ya existentes que, de paso, le ayudaban al Gobierno para recortar los extremos de clientelismo que había heredado del anterior Gobierno peronista que terminó en diciembre de 2015.

Durante el Gobierno de Aníbal Ibarra —año 2000—, Grabois había patrocinado la presentación de un recurso de amparo para que el Gobierno de la ciudad le diera becas de estudio a los hijos de los cartoneros. Era el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), que derivó después en la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Habían logrado la confirmación de esa medida en dos instancias, pero el Gobierno la incumplía. Bergoglio, espontáneamente, celebró una misa en la catedral el mismo día en que el MTE hacía una gran movilización contra el incumplimiento del fallo del juez Roberto Gallardo frente al palacio municipal. Algunos activistas de esa protesta se acercaron a la catedral, que está frente a la sede del Gobierno local.

Grabois se dijo conmovido por lo que le escuchó a Bergoglio en esa misa, pero no se acercó al arzobispo. En el bar Jonathan, se reunieron Grabois, Alicia Montoya, «Sarita» —una italiana que regresó a su país — y Gustavo Vera. El primero les propuso redactar una carta para invitar a Bergoglio a su acto del 1° de mayo, que se haría con el lema «Para una sociedad sin esclavos ni excluidos». Convocaban el MTE, que nucleaba a varias organizaciones de cartoneros, y La Alameda, el sello de Vera, que denunciaba la trata y los talleres ilegales de costura. Bergoglio no asistió a ese acto, pero llamó por teléfono a Grabois, que había dejado sus datos personales en la invitación. Se reunieron Bergoglio, Grabois y Vera. Estos dos quedaron enamorados del anfitrión. Bergoglio les habló del «paco como plan de exterminio», una visión del narcotráfico —más específicamente, del tráfico de paco (crack) como droga «genocida» de las clases bajas— como una planificación diabólica. De esa reunión nacieron las misas que se hicieron bajo el mismo lema en los años siguientes.

Nuevos aprendizajes

Durante esos años, Bergoglio se formaba una idea general sobre los problemas sociales de la ciudad y del país. Venía desarrollando un programa desde hacía tiempo ligado a su lectura de la Doctrina Social de la Iglesia y conceptos propios, como la misión y el encuentro, la superación de la confrontación dialéctica, etc. Pero quedó fascinado en esos encuentros con el fenómeno de las organizaciones sociales que se le acercaron después de 2007.

Fue un aprendizaje mutuo. Bergoglio veía a los cartoneros como víctimas del sistema, (3) pero menos como trabajadores capaces de organizarse, sindicalizarse y formalizar de alguna manera su actividad, que era el aporte de Grabois. Este abogado promovió en 2016 una resolución del Gobierno de Mauricio Macri que dio existencia a una decisión que la anterior administración no había llegado a formalizar: el reconocimiento de la «personería social». La había creado el ministro Carlos Tomada el día antes de dejar el Gobierno, el 9 de diciembre de 2015, pero no alcanzó a publicarla en el Boletín Oficial. La ratificó en febrero de 2016 el ministro Jorge Triaca y lleva el número 32/2016. Su texto crea el Registro de Organizaciones Sociales de la Economía Popular y Empresas Autogestionadas (art. 1), donde se podrán inscribir «entidades representativas de trabajadores que se desempeñen en la economía popular y en las empresas recuperadas o autogestionadas» (art. 2). (4)

Mecanismos como el de reconocimiento de esta personería social, o más adelante la promoción del censo de villas de la Argentina, otro de los emprendimientos de la CTEP junto al Gobierno, que habilitó a la entrega de un original certificado de domicilio a sus habitantes, eran una novedad para Bergoglio, que terminó convencido de que tratarlos como víctimas hacía poco por sacarlos de esa situación y mucho por anclarlos en ella. Si no se mejoraba a través de la organización, decían estos activistas, nunca saldrían de la exclusión, por más que se llorase y se oficiaran misas por su situación.

En el fondo, la diferencia era sobre lo que significa ser pobre. Y terminó, bergoglianamente, por encontrar una salida por encima de las posiciones encontradas. Para la Iglesia, ser pobre es una condición esencial, profunda, que tiene que ver con no tener posesiones, pero también con la humildad y la admisión de la pequeña condición humana. No es algo que se arregle con plata. Para la visión de la Modernidad, ser pobre es una condición de caída, pero que puede ser redimida, primero de todo, por el dinero y, después, por la organización y la conciencia de clase. No es exagerado afirmar que Bergoglio descubrió en esta interacción la importancia de los movimientos populares como «poetas sociales», (5) que inventan su

propio trabajo, etcétera.

En medio de la pelea del Gobierno de Cristina de Kirchner con organizaciones del campo, el 1° de julio de 2008 fue la primera misa que celebró Bergoglio con este grupo. Lo hizo en la iglesia de los Inmigrantes de la Boca. Ese mismo día recibió en su oficina a Julio Cleto Cobos, vicepresidente de la Nación, que dos semanas más tarde le infringiría una derrota al Gobierno al votar en el Senado contra la 125. En esa misa, el arzobispo exaltó la acción de los activistas como «centinelas» y los llamó a quejarse de las autoridades, un aval a la protesta por la trata y la esclavitud en Buenos Aires, justo en un momento en el que todo el país formal tomaba posición en la guerra del campo. ¿Cómo no iba a entender el Gobierno de Cristina de Kirchner que tenía enfrente a un adversario político? ¿Cómo no iba a entender Macri, que llevaba un año de gestión, que también tenía en Bergoglio a su duro crítico? (6)

Ese reconocimiento de los «centinelas» sirvió de protección a los activistas, que estaban en la mira de las autoridades denunciadas por proteger a los prostíbulos y los talleres clandestinos.

Grabois se acercó a Bergoglio buscando su ayuda para la organización y la promoción de campañas en favor de los desocupados de la Ciudad de Buenos Aires dedicados a recolección informal de la basura, los «cartoneros». El arzobispo atendió el pedido y comenzó a acompañarlos en misas que se celebraban bajo el lema «Con esperanza, denuncia y compromiso. Por una sociedad sin esclavos ni excluidos». Grabois fue quien acercó a Vera al Papa. Dos años antes de la elección papal, Vera ya había comprometido a Bergoglio en actividades de reivindicación de las víctimas de la esclavitud urbana (rufianismo, trabajo en talleres ilegales clandestinos). Actuaron juntos durante un tiempo, pero los separó el método. Grabois entendía que el camino era la contención y la organización de los desocupados y los trabajadores de la economía informal. Vera sumaba a eso una campaña de denuncia de burdeles, confiterías con oferta de prostitución y talleres clandestinos, muchos de ellos amparados por autoridades civiles y policiales.

Grabois justificaba su trabajo en la organización de los movimientos, con exclusión del Estado, como una actividad militante. Vera, en cambio, derivaba su tarea hacia una persecución casi policial de los responsables de la trata, haciendo un «mapa del delito» y señalando a personas y santuarios de la violación de las leyes y a grupos del crimen organizado. En esos mapas de Vera, se solían señalar las «casas tomadas», a cuyos ocupantes Grabois ayudaba a organizarse. Era inevitable que tomasen distancia en cuanto al método. Acudieron a Bergoglio como mediador, pero este, enemigo fóbico de las contradicciones, apenas intervino en favor de Grabois y

le advirtió a Vera que su tarea de vigilante podía hacer más confuso el trabajo de fondo. Pero no fue más allá.

Ojo, cuiden las cosas, que acá roban mucho, ¿eh?

En los movimientos sociales, Bergoglio estaba mal visto por enfrentar a Kirchner y por las denuncias de Verbitsky sobre su pasado. Que Grabois y Emilio Pérsico (que bautizó Néstor a uno de sus hijos en homenaje a Kirchner) defendieran a Bergoglio era una rareza. Eso los hizo más amigos después de haberse enfrentado en las protestas. En el viaje bautismal que hicieron al Vaticano juntos en 2013, Francisco le dio a Grabois un sobre cerrado y una carpetita. Este, descuidado, casi displicente, ni los abrió ni les dio importancia. Pérsico, en cambio, se entusiasmó con esa visita. «Cree que, si el Papa lo toca, se va al cielo», ironizó Grabois sobre él alguna vez. «Yo no, cuando más cerca estoy del poder, me pongo más indiferente», dice. Era la primera vez que iba al Vaticano y confiesa que tenía prevenciones. Francisco, que no deja pasar ocasión para los chascarrillos, observó la mochila y la cámara de fotos que llevaban. «Ojo —les dijo el Papa cuando los recibió—, cuiden las cosas, que acá roban mucho, ¿eh?»

La nota era una carta de monseñor Sánchez Sorondo, un veterano de la burocracia vaticana que se adaptó con gran rapidez al entorno de Bergoglio, después de haber pertenecido al *ancien régime* —el ala Sodano-Sandri— que lo había enfrentado. Sánchez Sorondo le decía a Grabois, seguramente por indicación papal, que estaba interesado en conocerlo porque había leído algo sobre él. Le pedía que se quedase tres días más en Roma.

Grabois tenía referencias del padre del obispo, el intelectual nacionalista homónimo. Había sido un mentor de varias generaciones de jóvenes nacionalistas católicos de derecha. Algunos derivaron, en los años setenta, hacia la organización Montoneros, como los hermanos Juan Manuel y Fernando Abal Medina. El primero era el secretario de redacción de la revista *Azul y Blanco;* el segundo fue parte del grupo acusado de secuestrar y asesinar en 1970 al ex general y presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. Roberto «Pajarito» Grabois le había contado a su hijo que compartió cárcel en Devoto con Sánchez Sorondo, bajo el régimen de Juan Carlos Onganía, y que el viejo les daba clases de historia desde la perspectiva del nacionalismo hispanizante. Le refirió que en ese grupo era respetado por los presos del peronismo, pero también por los más troskos e izquierdistas. (7)

Era la única referencia que tenía de ese apellido. Con el tiempo, hicieron una amistad que llegó al extremo de que, cuando murió Sánchez Sorondo padre, su hijo le regaló a Grabois parte de la magnífica biblioteca que tenía en su departamento de la calle Juncal

de la Capital Federal. Una cantidad había ido a los otros hijos de Marcelo, y lo demás se lo dio a Juan Grabois. Eran unos dos mil libros que Grabois hijo destinó así: una parte fue para alimentar la biblioteca de la sede central de la CTEP de la calle Pedro Echagüe, en el barrio de Constitución; el resto de los libros se los dieron a los cartoneros para que los vendieran como papel viejo. Fiera venganza la del tiempo, por el respeto que les tenían los Sánchez Sorondo a los libros y por el destino que sufrieron los que terminaron reciclados para hacer papel higiénico. Les dieron a comer a algunos cartoneros, pero el hecho queda registrado como un delito de lesa bibliomanía y también, para emplear el lenguaje bergogliano, como un ejemplo de la sociedad del descarte.

Sánchez Sorondo interesó a Grabois en la organización de un seminario sobre la exclusión social, del cual participaría el economista Jeffrey Sachs. Este personaje que promovió las reformas ortodoxas en la Argentina, Bolivia y Europa del Este ha virado a lo que Bergoglio llama el «eticismo». Por eso aparece en seminarios del Vaticano en los que promueve consignas diferentes a las que sostenía en su juventud. Ese seminario sesionó el 5 de diciembre de 2013 bajo el título «La emergencia de los excluidos», pocos meses después de la asunción en marzo de Francisco. Fue el primer foro de los «desposeídos» en el Vaticano. Grabois pidió que invitaran al jefe del movimiento brasileño de los Sin Tierra, João Pedro Stedile. Es la organización social más grande del mundo y ha ocupado miles de parcelas en ese país; su posición está a la izquierda del Partido de los Trabajadores (PT) de Lula da Silva. (8)

Ese dúo sorprendió a los habituados al estilo tradicional del Vaticano, y Sánchez Sorondo se acreditó como el hombre que había cambiado junto al nuevo Papa. Era un modelo para el resto de la burocracia vaticana que esperaba acomodarse haciendo la plancha hasta que el nuevo pontífice se adaptarse al viejo formato. Ocurrió lo contrario. Sánchez Sorondo advirtió al instante qué lugar le daba Francisco a Grabois. Tanto, que en la presentación del coloquio empezó con el cuento de cómo conoció a Grabois: «El Papa Francisco, movido por el instinto del Espíritu a favor de los postergados, presentó a su suscrito a su compatriota Juan Grabois, el abogado que, con su apoyo cuando era arzobispo de Buenos Aires, logró, junto con los líderes del movimiento “cartoneros” de la capital argentina, su reconocimiento legal». (9) Casi el relato de un episodio bíblico e iniciático.

El presentador de ese coloquio fue Turkson, que conducía la Comisión Justicia y Paz. Cuando concluía la reunión convocada por Sánchez Sorondo, el jesuita canadiense Michael Czerny —secretario del cardenal ghanés y un veterano de la Comisión Justicia y Paz de la

Compañía de Jesús— le pidió a Grabois que se reuniese con él. Esa charla con el cardenal y su secretario duró dos horas, y de ahí surgió la idea de organizar el primer encuentro mundial de organizaciones sociales que se haría al año siguiente en el Vaticano. Turkson lo propuso, después de esa reunión, como asesor de la Comisión Justicia y Paz. No le dijo nada a Grabois, que se enteró cuando el trámite ya estaba concluido. Lo resolvió él y después se lo comunicó a Francisco.

Nadie sabrá nunca si en realidad —como es presumible conociendo a los personajes— el circuito fue el inverso. Que Francisco pensaba en acercar a Grabois y le indicó a Sánchez Sorondo y a Turkson que lo citasen y lo nombrasen asesor, y le confiasen tareas en la comisión sin nunca aparecer él como gestor y decisor, sino dejando que esos intermediarios cumpliesen sus órdenes. De nuevo, la mano silenciosa de Bergoglio manejando hilos detrás de la escena, dejando que otros aparezcan como responsables de sus dictámenes. Grabois se enteró cuando ya estaba designado y dice hoy que, si se lo hubieran ofrecido, habría dicho que no. ¿Razones? Esgrime su estilo de bajo perfil, poco afecto a los símbolos de poder. Es un estilo cercano al de Francisco, que solo ha querido ser cosas importantes, por encima de los entorchados: provincial de los jesuitas, arzobispo y Papa. Grabois se enteró de la dignidad que le confería el Papa por una carta del Vaticano, que le llegó con un diploma escrito en latín a nombre de «Ioannis Grabois».

Grabois es un testigo de ese cambio de Sánchez Sorondo, que con Francisco debe haberse reconciliado con las ideas de su padre, amigo del cura Carlos Mugica, otro reivindicado por Bergoglio. Se ha convertido en emisario discreto del pontífice ante auditorios complejos. Por ejemplo, ha sido señalado como un facilitador del debate a favor del uso de los transgénicos en la agricultura o del desarrollo de la minería sustentable. Dos tópicos que ha criticado Francisco en sus documentos como pontífice.

En mayo de 2017, por ejemplo, Sánchez Sorondo desembarcó en Buenos Aires y se vareó en reuniones del Gobierno, pero también compartió escenario con notables opositores escuchando y hablando en nombre de Francisco. Ese viaje incluyó una charla ante una cumbre de ministros de Minería de toda América, en la Casa Rosada. Su exposición destacó el perfil ambientalista del Papa Francisco en los términos de la encíclica *Laudato Si’*. Advirtió sobre los peligros de contaminación de la actividad minera y también sobre la necesidad de que las ganancias de las empresas se derramen también entre los habitantes de las zonas donde están los yacimientos.

En un tramo del encuentro, se cruzó con el ministro de Energía de Chile, que le leyó la lista de los beneficios que la minería aporta la humanidad. Sánchez Sorondo le respondió: «No puedo más que

compartir las loas a la minería, ya que las minas son una creación de Dios. Pero esos beneficios deben llegar a todos, especialmente a los más necesitados».

Siguió una reunión con el ministro Juan José Aranguren, ante quien repitió esos argumentos de ambientalismo pío. Le recordó los daños que se siguen del uso de combustibles fósiles, y Aranguren lo corrió con la lista de proyectos del Gobierno para desarrollar las energías renovables con fuentes alternativas. Como en muchos debates, terminaron quejándose de lo mal que se comunica todo. El visitante admitió el argumento, pero agregó que, si los beneficios de la minería llegasen mejor a la gente, más allá de la comunicación, el público le reconocería los aportes, como ya lo hace con el campo. Aranguren, como le ocurrió a lo largo de toda su accidentada gestión en el Ministerio de Energía del primer gabinete de Mauricio Macri, no tuvo respuesta.

1. Peter Kodwo Appiah Turkson y Vittorio V. Alberti, *Corrosione: Combattere la corruzione nella Chiesa e nella società,* pról. de Papa Francisco, Roma, Rizzoli, 2017.

2. Papa Francesco, *Terra, Casa, Lavoro: Discorsi ai movimenti popolari,* ed. de Alessandro Santagata, pról. de Gianni La Bella, Milán, Adriano Salani Editore, 2017.

3. Véase el testimonio de Sergio Sánchez, «El cartonero del Papa», 8 de agosto de 2013, disponible en línea: <http://defonline.com.ar/el-cartonero-del-Papa/>.

4. Juan Grabois, *Personería social,* Buenos Aires, Universidad, 2016. La expresión más madura del pensamiento de Grabois está en su libro *La clase peligrosa. Retratos de la Argentina oculta*, Buenos Aires, Planeta, 2018.

5. «Los movimientos populares son sembradores de cambio, promotores de un proceso en el que confluyen millones de acciones grandes y pequeñas encadenadas creativamente, como en una poesía; por eso quise llamarlos "poetas sociales"», dice en el «Discurso a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares 2», 5 de noviembre de 2016, disponible en línea: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/november/documents/Papa-francesco_20161105_movimenti-popolari.html>.

6. «Lloro de impotencia. ¿Qué le pasa a mi pueblo, que tenía los brazos abiertos para recibir a tantos migrantes y ahora los va cerrando y ha engendrado en su seno delincuentes que los explotan, y los someten a la trata? ¿¡Qué le pasa a mi pueblo!? Hoy más que nunca necesitamos de centinelas, para que quitemos esto» (homilía en el Santuario de Nuestra Señora Madre de los Emigrantes, 1° de julio de 2008).

7. Sánchez Sorondo, numen del nacionalismo de derecha, pertenecía a la raza de los librepensadores. Esa libertad le permitió ser, además, el editor de la primera versión en libro de *Operación Masacre,* de Rodolfo Walsh, uno de los clásicos de la literatura política de la izquierda peronista. Fue en Editorial Sigla, de 1957, que recopiló las versiones anteriores publicadas en forma serial en las revistas *Revolución Nacional* y *Mayoría*. El libro que reúne su pensamiento es *La Argentina por dentro,* Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

8. AA.VV., *The Emergency of the Socially Excluded: Proceedings of the Workshop* [5 de noviembre de 2013], Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2015.

9. Véase disponible en línea: <http://www.casinapioiv.va/content/accademia/it/events/2013/excluded.html>.

DIOS ESTÁ EN LAS CIUDADES (EL OBISPO PORTEÑO)

14. AÑOS DE APRENDIZAJE

Jorge Bergoglio tuvo sus años de aprendizaje en la política agónica de la década de 1990. El arzobispo Antonio Quarracino sorprendió a todos cuando en 1992 lo designó en el primer cargo que ocupó en la Arquidiócesis de Buenos Aires, como obispo auxiliar. Los años que transcurrieron hasta que Bergoglio lo sucedió fueron de ensayo y error; también de reconstrucción de una personalidad política, que hizo sobre las mismas ideas y bases doctrinarias que en su pasado como provincial de los jesuitas, pero con una fachada y un método adaptados a la realidad nueva de esos años.

Reconstruir algunos hechos de la vida eclesiástica es tan difícil como entender los oscuros misterios de la fe. Uno es qué cifró el destino de Bergoglio como auxiliar y después coadjutor con derecho a sucesión del cardenal Antonio Quarracino. Una vía lo explica por la relación que tenía el vicario de Flores con el obispo de Luján Emilio Ogñénovich, quien lo había conocido en Córdoba. «Ahí hay un santito, Bergoglio», le diría a Quarracino cuando hablaban de designaciones en Buenos Aires a comienzos de la década de 1990. De ese consejo salió la elección como auxiliar en 1992.

Esteban Caselli es testigo y asume testimonios de algunos hitos de esa carrera de Bergoglio hacia la más alta dignidad de la Iglesia argentina. Por ejemplo, de la consulta que hizo al Gobierno el secretario de Estado de Juan Pablo II, Angelo Sodano, sobre quién debía ser designado coadjutor de Quarracino, porque —así le argumentaron al entonces subsecretario de la Presidencia— les habían llegado dos candidatos de Buenos Aires. Uno era el obispo de Azul Emilio Bianchi Di Cárcano. El otro, «Jorge Bergoglio, que acá no sabemos quién es». El Gobierno, a través de Caselli, en una misión personal al Vaticano para despachar esa consulta, estaba enfrentado con el llamado Club de San Isidro, que es como se referían en la Iglesia a los obispos identificados por su cercanía al Gobierno de Raúl Alfonsín y del que formaban parte, entre otros, Justo Laguna y Jorge Casaretto. «Bergoglio, sin duda», respondió.

Por qué Quarracino lo prefirió a otros candidatos, como el conservador Héctor Aguer, obispo de La Plata, tampoco tiene explicación unánime. Caselli cree que lo benefició, al momento de su exaltación en 1997, un año antes de la muerte de Quarracino, el apoyo del secretario del este, el sacerdote Roberto Marcial Toledo, quien pudo creer que Bergoglio sería una persona más maleable como arzobispo que el inflexible Aguer.

Toledo, que hoy está destinado a la parroquia Nuestra Señora de Luján de Avellaneda, quedó enredado en el caso de la banca Trusso.

Fue un préstamo por 10 millones de dólares que habría gestionado en nombre de Quarracino en la mutual de los militares retirados, la Sociedad Militar Seguros de Vida, del cual el arzobispo, hasta el día de su muerte, negó tener conocimiento.

El dinero entró en una cuenta que se llamaba «Arzobispado de la Ciudad de Buenos Aires», no la real de la curia, que es «Arzobispado de Buenos Aires». El giro venía de la Sociedad Militar de Seguros de Vida como un préstamo al Arzobispado de Buenos Aires con el Banco de Crédito Provincial del grupo Trusso (representante en el país del Monte dei Paschi di Siena, el banco en funcionamiento más antiguo del mundo, fundado en 1472). La responsabilidad de los Trusso se ventiló en un juzgado de La Plata, donde quedó congelado por un incidente de jurisdicción. Francisco Trusso, padre de Francisco Javier y Juan Miguel Trusso, había sido embajador de Carlos Menem en el Vaticano entre 1992 y 1997.

El primero de ellos logró la libertad después de que el arzobispo antibergoglista de La Plata, Héctor Aguer, se presentase como fiador personal. En su detención, Trusso hijo dijo haber recibido la visita del hermano del cardenal Leonardo Sandri, Raúl, quien según una leyenda lo albergó, cuando estaba prófugo, en una residencia familiar de Miramar. Leonardo Sandri era el segundo de Angelo Sodano en la Secretaría de Estado del Vaticano y era el valedor de la línea crítica al arzobispo Bergoglio, que en el país encabezaba Esteban Caselli.

La defensa del Arzobispado de Buenos Aires demostró en el juicio que Antonio Quarracino nunca había avalado esa operación de toma de un préstamo. Se cerró la causa penal, y siguió una causa civil emprendida por la Caja Militar, que sostenía que el dinero había salido, pero nunca se demostró que hubiera entrado en los bolsillos de la Iglesia. La parte final de la demanda estuvo a cargo del abogado de la curia y también vicerrector del Salvador, Fernando Lucero Smith, un hombre que ha acompañado a Bergoglio desde sus comienzos como responsable de esa casa. Pertenece a un linaje jesuita que incluye a su padre —uno de los fundadores de la Facultad de Derecho de la Universidad del Salvador— y a sus dos hermanos.

La demanda seguía abierta cuando Bergoglio ya era Papa. Si ganaban, le estaban ganando una demanda al Santo Padre. Si perdían, los honorarios hubieran sido altísimos. La Caja Militar desistió de la querella y la defensa del Arzobispado desistió del cobro de honorarios para esa parte. Ocurrió pocos meses después de ser elegido Francisco. Una de las últimas palabras de Bergoglio antes de subir al avión cuando viajaba al Vaticano para el cónclave que lo elegiría fue para Lucero Smith sobre este juicio. Lo llamó por teléfono desde Ezeiza y le dijo:

—No te olvidés de seguir de cerca ese tema, ¿eh?

—Quedate tranquilo. ¿Por qué me lo decís? ¿No pensás volver?

—Los caminos de Dios no se conocen… —se despidió.

Un experto en entripados complejos, el abogado Fabián Rodríguez Simón, que se define como un «condotiero jurídico» y que con los años sería uno de los principales asesores de Mauricio Macri, calificó en su momento ese episodio como parecido al que derrumbó al Banco Mayo. «Es lo mismo que hacían, todavía en forma más torpe, con el BCP los Trusso para relacionarse con la Iglesia. Financiaban a la Universidad Austral, subsidiaban colegios, pagaban los viajes al cardenal [Antonio] Quarracino y las sotanas a monseñor [Roberto] Toledo. Si total lo hacían con el dinero de los inversores. Creo que con los Trusso hay elementos delictivos y banqueros más estúpidos.» (1)

Caselli tiene derecho a creer que, si no hubiera sido por él, Bergoglio no habría sido jamás arzobispo de Buenos Aires ni, en consecuencia, nunca habría sido Papa. Sería su obra maestra después de una larga relación con la Iglesia que lo llevó a ser el embajador en el Vaticano de Carlos Menem y secretario de Culto de Eduardo Duhalde. Ligado a Bauzá desde antes de la presidencia del riojano, tuvo intervención en las negociaciones con la cúpula militar durante el ocaso del Gobierno de Alfonsín, que terminaron en los indultos de 1989.

Como subsecretario de la Presidencia bajo el ala de Bauzá, el Gobierno le confió las relaciones con la Iglesia y actuó con creciente influencia sobre las relaciones entre la Argentina y el Vaticano. Tramitó las relaciones con el entonces arzobispo Quarracino y así conoció a Bergoglio. Cuando Sodano aceptó este nombre como coadjutor en 1997, se lo comunicó de forma personal a Caselli por teléfono desde Roma. Antes había prestado servicios discretos a las dos partes. Por ejemplo, cuando Quarracino recibió en 1991 la púrpura cardenalicia, su celebración se cruzó con otra que distrajo la atención de la prensa, la condecoración con la Orden del Libertador al ex nuncio Pio Laghi.

Caselli le atribuye esa cucarda a una gestión del ex secretario presidencial Alberto Kohan, que ese año era ministro de Salud y Acción Social. Quarracino se quejó del Gobierno por haberle empañado la fiesta del cardenalato. Caselli lo llamó para disculpar al Gobierno:

—Es que Kohan se mete en cada cosa… —le dijo.

—¿Qué podemos hacer para que se le pase el enojo?

—¿Qué pueden hacer? Sáquenlo de la embajada en el Vaticano al hombre que saca a pasear el perrito y me lo nombran a Trusso.

El hombre del perrito era el embajador Juan Carlos Enrique Katzenstein, designado al asumir Menem en 1989. Era un profesional de la carrera diplomática. El Gobierno lo sacó del Vaticano para

designar a Trusso padre, que fue embajador hasta 1996. Caselli, desde el cargo de subsecretario presidencial y, desde 1995, subsecretario de la vicepresidencia de Carlos Ruckauf, había alcanzado gran confianza con el Episcopado.

Ese año, Caselli ofreció una cena con Carlos Menem a un grupo de obispos en su residencia porteña de la avenida Alvear. La charla derivó, como es habitual cuando se reúnen hombres de la jerarquía eclesial con funcionarios y políticos, hacia un pliego de reclamos, pedidos y mangazos. Lo encabezó una ácida crítica al canciller Guido Di Tella y a su secretario de Culto, Ángel Centeno. Menem escuchaba en silencio mientras escarbaba el plato como si estuviera ausente. Levantó la cabeza y les dijo: «¿De qué se quejan, si voy a designarlo a Cacho como nuevo embajador en el Vaticano?». Cambió el clima y empezaron los brindis. Era como si hubieran anunciado un Papa argentino.

Menem pidió retirarse. Caselli lo acompañó hasta la calle, donde lo esperaba su custodia, y regresó a la cena. Volvieron los brindis y las felicitaciones. Caselli los interrumpió: «Perdón. ¿Ustedes le creen a Carlos? A mí nunca me habló de esa designación. ¿No se dan cuenta de que dijo eso para cambiar de tema?».

A la mañana siguiente, cuando entraba a la Casa de Gobierno, se cruzó con Carlos Corach, que lo saludó sonriente: «¡Hola, embajador!».

Fue a verlo a Menem a su despacho y le preguntó:

—¿Lo de la embajada es en serio?

—¿Alguna vez te falté a la verdad? Claro que es en serio. Llamalo a Guido y decile de parte mía que mande el pedido de acuerdo con el Senado.

Caselli lo llamó a Di Tella y este se dio también por sorprendido.

—Carlos no me dijo nada.

—Guido, ¿vos creés que te estoy inventando esto? Cuando te llamé en 1990 para que dejases la Embajada en Estados Unidos y vinieras como ministro de Defensa, no dudaste de que hablaba en serio. ¿Por qué dudás ahora?

Caselli había sido el emisario de aquel cambio de gabinete que llevó a Di Tella a Relaciones Exteriores —con una heroica escala de apenas un mes en Defensa, como recordaba Guido— en lugar de Domingo Cavallo, que fue a Economía.

Pasaron varios días y el pliego no salía al Senado. Caselli lo llamó de nuevo, y Di Tella lo invitó a ir a su despacho. Cacho lo roció de agravios y le dijo que él solo iba al despacho del presidente.

«¿Qué le dijiste a Guido?», le preguntó Hugo Anzorreguy cuando Caselli regresó de un viaje. «En la reunión de gabinete Guido te dijo de todo.»

El pliego fue aprobado después de que Roma le diera el plácet a

Caselli en tiempo récord. A Cacho le costó asumir la embajada. Llegó fin de año, y le preguntó a Trusso cuándo quería volver. «Dejame hasta mayo.» Pero pasaba el tiempo y no se venía. Caselli debió pedirle a Di Tella que intimase a Trusso para que dejara la embajada, que Cacho asumió a mediados de 1997.

1. Alfredo Zaiat, «El máximo especialista de *offshore* en Argentina explica por qué cayó el Banco Mayo», en *Página/12*, 15 de noviembre de 1998. Los detalles del caso han sido narrados con minucias por Pablo Morosi y Andrés Lavaselli, *El último cruzado. Monseñor Aguer. Intimidades e intrigas en la Iglesia Argentina,* Buenos Aires, Planeta, 2018.

15. AHORA, LAS VILLAS

El peronismo bullía en el verano de 1996, año de la primera elección directa del primer jefe de Gobierno porteño. La puja enfrentaba, dentro del peronismo, a dos postulantes. Jorge Domínguez estaba en el cargo puesto por Carlos Menem, que lo apoyaba a ser el primer elegido como una manera de sostener el dominio partidario en el distrito y de reforzar el segundo mandato que el riojano había ganado en 1995. Gustavo Béliz, que se había alejado de un portazo del Gobierno de Menem, era el otro postulante y pedía elecciones internas.

En enero de 1996, todo este peronismo se concentró en el balneario de Pinamar y sus alrededores. Béliz estaba en Cariló, pero operaba desde un chalé que tenían alquilado por ahí Néstor Kirchner y Cristina Fernández. El resto del peronismo tenía su búnker en otro chalé, el que ocupaba Eduardo Menem. En el análisis que hizo Béliz con el matrimonio Kirchner y algunos acompañantes de ese verano, como Jorge Argüello, Víctor Santa María, Eduardo Valdés, «Tito» Pandolfi, Pablo Fondevila y Claudia Bello, concluyó que Menem no daba ninguna señal de cumplir con la promesa de llamar a internas en el PJ porteño para esa candidatura.

Béliz se había reconciliado con Menem, después del portazo de agosto de 1993, en una visita que le había hecho en marzo de 1995 para presentar sus condolencias por la muerte del hijo del presidente. El portazo al PJ lo dio en enero de 1996 desde Cariló mientras en un hotel de Pinamar sesionaba la cúpula del Gobierno.

El peronismo quedó con dos candidatos, Domínguez por el sello del PJ y Béliz por un frente armado sobre su partido Nueva Dirigencia. El intendente en funciones tenía dudas sobre su suerte en las urnas y mandó a rastrear apoyos y rechazos. Le interesó conocer qué pensaba la Iglesia, ya que Béliz estaba rodeado de la leyenda de ser un hombre del Opus Dei (siempre lo negó). Si la Iglesia iba a apoyar a Béliz, mejor ni anotarse. Era un imposible esto, pero quería la certificación.

¿Por qué imposible? Porque Béliz, como ministro del Interior, se había negado a administrar los aportes del Estado a la Iglesia, que se hacían con cargo a la partida de las Ayudas del Tesoro Nacional (ATN). Había argumentado que su leyenda de clerical levantaría sospechas que no quería tolerar. Por ese rechazo, la administración de esos fondos pasó a la Secretaría General de la Presidencia, donde Eduardo Bauzá se la encomendó a su secretario, Esteban Caselli.

Allí nació la relación estrecha de este con la Iglesia, en una carrera que lo convirtió, en menos de cinco años, en uno de los operadores eclesiásticos más importantes, no solo de la Argentina, sino también

del Vaticano.

Los obispos que recibían esos fondos, con Antonio Quarracino y Emilio Ogñénovich a la cabeza, conocían esa historia y nunca le darían el apoyo a Béliz. Igual, Domínguez le pidió a uno de los operadores de su lista, Fernando Maurette, que le hiciera una consulta a Bergoglio, a quien conocía desde hacía muchos años por un amigo común, Eduardo Blanco. Este fue uno de los administradores (1) de la Universidad del Salvador y custodio de muchos secretos del arzobispo, algunos de alta mansedumbre y que han prescrito por el paso del tiempo, como su afición a los Marlboro, un riesgo para un hombre con problemas de pulmón.

—Jorge, mi amigo Jorge Domínguez está pensando en presentar su candidatura como jefe de Gobierno y está interesado en saber si eso merece algún comentario suyo. Porque si usted lo va a apoyar a Béliz, él no se presenta.

—Qué bueno que lo haga. Dígale a Domínguez que lo aprecio mucho, aunque no lo conozco. Dígale que se presente y que, si lo hace, yo lo voto.

Esa elección de junio de 1996 fue un hito de la política argentina del final del siglo XX. Ganó el radical Fernando de la Rúa; el peronismo de Domínguez salió tercero después del FrePaSo de Norberto Laporta. La lista de convencionales de esta fuerza ganó con Graciela Fernández Meijide a la cabeza. La lista de Béliz llevaba como primer constituyente a Patricia Bullrich. En esa bisagra, estalló la alianza nacional FrePaSo por la negativa de Chacho Álvarez a ser candidato; José Bordón, que había sido su compañero de fórmula el año anterior, se plegó a la candidatura de Béliz, que tuvo también el apoyo de Kirchner. En noviembre de aquel año, Kirchner hizo junto a Béliz el primer acto en la Capital Federal en el barrio de Lugano. Al año siguiente, debutó la Alianza UCR-FrePaSo que ganó las legislativas y la presidencia en 1999. En 1998, Bergoglio sucedió a Quarracino como arzobispo de Buenos Aires.

Salvemos a Mugica y salvemos la villa

Bergoglio se fue convirtiendo de nuevo en uno de los agentes secretos de decisiones políticas, ahora con el poder de un arzobispo, que nadie puede contrarrestar porque transita por los andariveles de un poder casi absoluto. Bergoglio aprendió rápido a usar esas prerrogativas. Una prueba fue el debate sobre el llamado Proyecto Retiro. Esa iniciativa era una más de las tantas que se lanzaron a lo largo de décadas para reformar una zona de alto valor inmobiliario, pero degradada por la decadencia del corredor ferroviario que le da nombre —la estación terminal Retiro— a las playas de maniobras

abandonadas por ese servicio y los predios ocupados por indigentes.

A finales de la década de 1990, el Proyecto Retiro significaba una inversión descomunal en la construcción de grandes hoteles y edificios de oficinas y parques para lo cual la Villa 31 era un inconveniente. Habían fracasado durante varios gobiernos los planes para recuperar esas tierras ocupadas, en donde vivían miles de vecinos llegados de todo el país que habían construido viviendas precarias.

El Proyecto Retiro implicaba el desalojo total de la Villa 31, donde seguían actuando curas villeros de nueva generación, enviados por el propio Bergoglio como arzobispo de Buenos Aires. El tópico recurrente de esos años de aprendizaje fue mantener intactos los testimonios de la Iglesia perseguida por el peronismo isabelista y los militares, una Iglesia identificada con la Teología de la Liberación, pero en la que se referenciaba la rama criolla de la Teología del Pueblo, apartada de la lucha armada y del método marxista de análisis. El testimonio más importante era, sin duda, el martirio del cura Carlos Mugica, asesinado en marzo de 1974.

Esa villa había sido, durante los años sesenta y setenta, el centro de actividades de los sacerdotes villeros, que prestaban servicios a los vecinos como parte del despliegue de un nuevo formato de la Iglesia. Allí había actuado el jesuita Mugica, un carismático joven de la clase alta porteña que desarrolló una tarea pastoral importante. Señalado por la Tripe A y por los Montoneros como un enemigo, fue asesinado el 11 de mayo de 1974 en el barrio de Mataderos por un grupo que después sería investigado como perteneciente a las hordas de José López Rega. La trama de ese asesinato que exaltó a Mugica a mártir de la Iglesia nunca se terminó de esclarecer del todo. (2) Emblema de las contradicciones de aquellos años, en las elecciones de 1973 Mugica había rechazado integrar la lista de candidatos a diputados nacionales del PJ, cosa que le había ofrecido los dirigentes montoneros, pero después había aceptado ser «asesor de villas» del Ministerio del tenebroso López Rega. (3) Desde las oficinas y sótanos del Ministerio de Bienestar Social, salían a matar los asesinos de la Triple A.

Bergoglio había conocido ese proceso como provincial de la Compañía de Jesús entre 1973 y 1979. Había sido el reordenador de la Compañía, depredada por la emigración de sacerdotes a la vida laical y de algunos de ellos a la lucha armada de las organizaciones guerrilleras.

La villa molestaba al Proyecto Retiro. Los inversores proponían comprarles las tierras ocupadas a los villeros. Bergoglio actuó como un gobernante ante un problema. Por las de él, llamó por teléfono a Marta Mugica, hermana del sacerdote asesinado, y le pidió sin explicación alguna si lo autorizaba a un traslado de los restos del cura desde el panteón del cementerio más exclusivo de la Argentina, La

Recoleta, a la Villa 31, en cuya iglesia de Cristo Obrero había actuado Mugica. La familia aceptó en el acto, y el cardenal encabezó, el 9 de octubre de 1999, la procesión desde La Recoleta hasta la villa. Faltaban dos semanas para las elecciones presidenciales que sacaron del poder al peronismo.

El santuario del padre Mugica pasó a ser territorio eclesiástico; es decir, intocable para cualquier emprendimiento comercial. Mutatis mutandis, produjo el mismo efecto que cuando autorizó la instalación de Tierra Santa en el predio de la Costanera, que disputaba el sindicato de Comercio con las autoridades de la ciudad. Bergoglio dio luz verde al proyecto de construir ese parque temático en las tierras que están junto al aeroparque de Buenos Aires y que tienen el nombre de Parque Norte. Fue una ocurrencia de Leo Iannini, un hombre vinculado a Armando Cavalieri, dirigente del sindicato de Empleados de Comercio (SEC). Fue en una reunión a la que lo llevó Aldo Carreras, que entendió que un sindicato no podía montar un parque temático vinculado con la fe católica sin que el arzobispo de ese territorio lo autorizase. La idea de Iannini había surgido de una propuesta del escultor Fernando Pugliese.

La gestión era espinosa, porque ese parque se instaló en tierras que el sindicato de Cavalieri le había comprado al Estado nacional, después de una concesión del intendente Carlos Grosso. Era un inmenso predio en terrenos recuperados al Río de la Plata, junto al Aeroparque, en donde el sindicato de Empleados de Comercio tenía su centro de eventos y el Campaign de Parque Norte. Cuando en 1996 asumió el primer Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires elegido por voto directo, Fernando de la Rúa reclamó la propiedad de esas tierras y el santuario de Tierra Santa, por extensión, debió arreglar sus papeles. El trámite no fue pacífico y se cerró recién en 2017, después de que la Justicia sentenciase que las tierras eran nacionales y habían sido vendidas legalmente. Lo hizo después de un dictamen de la Academia Nacional de la Historia.

¿Quién se iba a meter con un santuario ecuménico como Tierra Santa? ¿Quién se iba a meter con el santuario del padre Mugica? Ahí terminó aquel Proyecto Retiro. Un triunfo de Bergoglio. En ese acto, reapareció en público Mario Firmenich, viejo jefe guerrillero de la agrupación Montoneros, que fue corrido por los villeros presentes. Alguien se lo debe haber señalado, porque no es creíble que los presentes, pasados tantos años, lo hubieran recordado o identificado. Firmenich se retiró del acto y ese año resolvió emigrar a España, donde vive.

Esta intervención para proteger la Villa 31 culminaba una serie de operaciones anteriores, que se hunden también en el sigilo. Como la que se había organizado durante la administración peronista de Jorge

Domínguez, a quien sus adversarios apodaron «Topadora», por el empleo que hizo de esas máquinas para desalojar la villa, (4) proyecto que Bergoglio impidió.

Cuando se cumplieron los cuarenta años de la muerte de Mugica, ese barrio volvió a ser territorio de disputa, ahora con la administración de Cristina de Kirchner, pero ya con Francisco como Papa. La presidente de entonces participó, el 11 de mayo de 2014, junto a peronistas nostálgicos y hombres de la Iglesia, de la inauguración del monumento. La muerte de Mugica, fuera quien fuera el responsable del asesinato, es una mancha y una culpa que pesa sobre el peronismo, que gobernaba en esos años y que, desde el Gobierno, hacía terrorismo de Estado. Para estar por encima de esos enigmas que alguna vez se resolverán (viven aún protagonistas que saben mucho, pero guardan silencio), el Gobierno acentuó el rasgo religioso de la recordación. Eso lo aseguró la propia Cristina cuando le llevó el proyecto de homenaje por los cuarenta años del martirio a Francisco en una visita anterior al Vaticano.

El acto por los cuarenta años fue presidido por el arzobispo Mario Poli, sucesor de Bergoglio en Buenos Aires, que repitió la letra de Francisco. «Él pensaba —dijo en esa homilía— que tenían que urbanizarse las villas, pero no como quieren algunos, sino que tenían que integrarse realmente. Ser un barrio más. Ser respetados. Aquí se vive, se ama, se trabaja. Por eso nuestro cardenal Jorge Bergoglio destinó a las villas muchos curas, para que haya presencia de la Iglesia y para que acompañen, como acompañaba el padre Carlos, este proceso de unidad, de comunión, de vida, para que este pueblo también camine al Reino, pero con justicia, con paz, con trabajo». (5) Para Bergoglio, es decir para la Iglesia, Mugica es un mártir, porque murió por su condición de religioso y por defender su fe.

1. Blanco fue, durante muchos años, el responsable de la editorial de la Universidad del Salvador. Maurette lo conoció como proveedor de servicios de imprenta del taller de composición que tenía en el barrio de Congreso. Maurette tenía un local para su tarea política en los años ochenta, en donde militaban, entre otros, Guillermo Oliveri y Julián Domínguez, futuros bergoglistas.

2. Silvia Premat, *Curas villeros. De Mugica al padre Pepe. Historias de lucha y esperanza,* Buenos Aires, Sudamericana, 2010. En el cap. 2 relata el asesinato de Mugica.

3. María Sucarrat, *El inocente. Vida, pasión y muerte de Carlos* Mugica [2010], ed. ampliada, pról. de Eduardo de la Serna y Ricardo Capelli, Buenos Aires, Octubre Editorial, 2017. Véase un testimonio en Jorge Luis Bernetti, «Carlos Mugica: la buena madera de la cruz», en *Maíz,* núm. 2, junio de 2013.

4. «Una tarde de mucho calor llegaron a visitar a los huelguistas el entonces arzobispo de Buenos Aires, monseñor Antonio Quarracino, y su obispo coadjutor, Jorge Bergoglio […] Bergoglio ya los había visitado y les había preguntado qué necesitaban. "Que se frenen las erradicaciones violentas y que se vaya la policía que está instigando a la gente todo el tiempo." A los 14 días vino un policía y, en nombre del Gobierno nacional, los invitó al bar de

la estación de servicio de YPF. Allí, un asesor del intendente intentó persuadirlos de que cortaran con la medida. Ellos aceptaron con la condición de que, antes, las autoridades dijeran por televisión que no habría violencia y que se suspendía el decreto de las erradicaciones. Los curas no sabían que monseñor Bergoglio ya había mantenido una reunión similar con otros altos jefes de la ciudad y habían acordado la solución del conflicto» (Silvina Premat, *Curas villeros, op. cit.*).

5. Mario Poli, «Palabras en el homenaje al padre Carlos Mugica», parroquia Cristo Obrero, 11 de mayo de 2014, disponible en línea: <http://www.aica.org/documentos-s-Q2FyZGVuYWwgTWFyaW8gQXVyZWxpbyBQb2xp-3532>.

16. CHAU, IBARRA

Las relaciones entre Aníbal Ibarra y Jorge Bergoglio pueden alimentar un manual de cohabitación política. Un arzobispo conservador como el actual Papa tenía que terminar confrontando con un gobernante agnóstico y con pasado comunista que debía compartir, plaza de por medio, la misma ciudad.

Ibarra debutó en sus relaciones con el purpurado durante la fiesta de Corpus Christi del año 2000. Era vicepresidente de la Legislatura, y Enrique Olivera —que había sucedido a Fernando de la Rúa, elegido presidente en 1999— gobernaba la ciudad. Olivera viajó, y entonces llamaron a Ibarra, que estaba a cargo de la ciudad como titular de la Legislatura, para preguntarle si iba a participar de la procesión de Corpus Christi del 22 de junio de aquel año. Encima, lo desafiaban: desde obispado de enfrente, querían saber si iba a portar el cirio ceremonial en la procesión en torno a la Plaza de Mayo. Corcoveó, pero le dijeron que era una tradición que se remontaba a la Revolución de Mayo. Dijo que lo haría, pero una fuerte lluvia hizo que se suspendiera la ceremonia callejera y todo quedó limitado a rituales de menor compromiso dentro de la catedral.

El año siguiente, Ibarra ya era jefe de Gobierno elegido en diciembre de 2000. Volvieron a llamarlo y le preguntaron de nuevo sobre el dichoso cirio de Corpus. El clima acudió en auxilio del gobernante, porque de nuevo una tormenta hizo que se suspendiese la procesión y logró eludir la foto de un ex PC portando el cirio de los rituales. Después de 2001, el país entró en turbulencias y en 2002 la procesión no se realizó.

Como gobernante, Ibarra buscó mantener las mejores relaciones con la curia y encomendó a su ministro de Educación Daniel Filmus que estableciese un canal de consulta que evitara choques en ese terreno que comparten la Iglesia con el Gobierno local. Bergoglio indicó al cura Juan Torrella como referente en materia educativa. Para otros temas, señaló como mediador a Santiago de Estrada, que había sido elegido legislador en el año 2000 en la lista que encabezaban Gustavo Béliz y Domingo Cavallo. El negociador alternativo era el radical Jorge Enríquez, que había entrado en el mismo turno a la Legislatura por la nómina encabezada por Ibarra y Cecilia Felgueras.

La primera crisis que los enfrentó fue la exposición de León Ferrari, de la que Ibarra dice haberse enterado cuando ya estaba anunciada la apertura. (1) Este provocativo artista plástico había dedicado gran parte de su obra a representar los extremos de la intolerancia y las desgracias del poder. La muestra que presentó en 2004 en el Centro Cultural Recoleta, una dependencia del Gobierno local, fue una nueva

oportunidad para la polémica con sectores de la Iglesia que rechazaban sus representaciones. Los museos, se defendió siempre Ibarra, manejaban con Cultura su agenda y el Gobierno no intervenía en ella. Ibarra recibió una llamada del arzobispo, que le trasladó la inquietud, como siempre por la vía indirecta de acción.

—Tengo este problema de la muestra de La Recoleta, y la derecha de la Iglesia se monta en eso para perjudicarme a mí.

—Me disculpa, pero no tenía conocimiento. Pero le advierto que no voy a mover una sola obra de esa muestra. No voy a pasar a la historia como el jefe de Gobierno que censuró a Ferrari, se imagina —respondió Ibarra.

—¿No sería posible mover la fecha? —avanzó Bergoglio.

La negativa de Ibarra no escaló, porque el Gobierno cambió la fecha de inauguración. Igual, su administración apeló un fallo judicial que frenaba la apertura y que la Ciudad de Buenos Aires ganó en cámara. Ibarra tuvo un gesto de respeto: no asistió a la apertura de la muestra. Quiso evitar una provocación.

De todas maneras, Bergoglio llamó a la protesta de los fieles de la ciudad. Fue una jornada de oración para el día de la Inmaculada, 8 de diciembre, que era la fecha elegida por la ciudad para la apertura de la muestra. El cambio de fechas alivió la confrontación, pero Bergoglio no dejó pasar lo que consideró un acto de blasfemia: las imágenes del artista fusionaban el erotismo con símbolos del catolicismo. «Hoy me dirijo a ustedes muy dolido por la blasfemia que es perpetrada en el Centro Cultural Recoleta con motivo de una exposición plástica. También me apena que este evento sea realizado en un Centro Cultural que se sostiene con el dinero que el pueblo cristiano y personas de buena voluntad aportan con sus impuestos», dijo el arzobispo en un comunicado.

Este conflicto fue la oportunidad del reencuentro de Bergoglio con Telerman, segundo de Ibarra en el Gobierno porteño. Aunque era una muestra del Gobierno local, Telerman se despegó de sus funcionarios, entre ellos el secretario de Cultura Gustavo López, y logró un entendimiento con los sectores críticos de la muestra. Bergoglio hizo una aproximación indirecta al conflicto y le dio un rumbo novedoso: le pidió a Telerman que debía ayudarlo a contener a los sectores más duros de su Iglesia, que profundizaban el problema. «Hay una diferencia entre quienes respetan las religiones y quienes las comprenden, y usted está entre quienes las comprenden», le dijo a Telerman, que afirmaba entender el enojo de los ofendidos por las imágenes de Ferrari. (2) Telerman entendía que, más allá del respeto a la obra de Ferrari, era absurdo que desde un organismo del Estado se inaugurase una muestra de ese tipo justo el día de la Virgen. Logró que se cambiase la fecha de la apertura. Con eso, le bastaba a

Bergoglio para que los extremistas bajasen su enojo. Su objetivo era el mismo que se propuso ante otros conflictos de la Iglesia con la sociedad: evitar quedar alineado con los sectores conservadores y disparar hacia adelante con el argumento de que hay que entender el mundo contemporáneo y las demandas de la gente. La clave era poner lo pastoral por encima de lo dogmático, como ha hecho con el matrimonio del mismo sexo, los derechos de las minorías, el aborto, el celibato y otros tópicos en los que se refugian los sectores más recalcitrantes.

Esta herida quedó abierta, porque disparó, semanas más tarde, una de las campañas más agresivas de los sectores que alentaba Bergoglio contra Ibarra por la tragedia de Cromañón. En la noche del 30 de diciembre de 2004, se produjo un incendio en un local de fiestas del barrio del Once, Cromañón. Ocurrió durante un recital del grupo Callejeros. Fue una de las tragedias más grandes de la historia de la Argentina: costó 194 muertos y más de 1.400 heridos. La Legislatura sometió a juicio político a Aníbal Ibarra, que no mereció reproches en la Justicia. Fue destituido el 7 de marzo de 2006 y asumió en su lugar el vicejefe Jorge Telerman.

Ibarra siempre ha creído que el arzobispo se plegó a una ola de la opinión pública que sindicó en su persona y su gestión acusaciones de corrupción. Insiste siempre en que ninguno de los funcionarios de la ciudad fue condenado por delitos de corrupción, y que los tres únicos que tuvieron penas lo fueron por delitos de estrago o incumplimiento de sus funciones. No por hacer recibido coimas. Él mismo, aunque fue destituido del cargo, nunca fue acusado ni procesado.

Eso le hace presumir que la actitud de Bergoglio se dejó teñir por el clima político del momento. El obispo auxiliar de la capital, monseñor Jorge Lozano, actuaría como vocero del arzobispo en la tronante homilía ante los familiares de la tragedia, el día antes de la sesión que terminó con la suspensión de Ibarra para someterlo a juicio político. Leída a la luz de lo que sucedió en la Legislatura, esa homilía suena como un llamado a que le votasen la suspensión: «¿Puede una supuesta disciplina partidaria estar por encima de la conciencia personal y limitar la libertad de cada uno? ¿Es legítimo mirar para otro lado diciendo "yo no fui"?». (3)

Según Ibarra, esa homilía torció el voto decisivo para la suspensión, el del «Chango» Farías Gómez. El músico se disculpó diciendo que Ibarra era una buena persona, pero que merecía un juicio justo.

Meses antes de este ácido sermón, Ibarra ya había percibido el rol que en esta pelea jugaba Bergoglio. Lo llamó para adelantarle que convocaría a una recolección de firmas para que se llamase a un referéndum de revocatoria de su propio mandato, una iniciativa que no prosperó. Ibarra creía que un mecanismo de ese tipo desnudaría

que el rechazo a su gestión no era mayoritario en la opinión de los vecinos.

Después de la destitución de 2006, Bergoglio quiso anudar la trama e invitó a Ibarra a su despacho para conversar sobre lo que había ocurrido. Se cuidó de no apartarse del discurso consolador del caído en la desgracia, lo mismo que había hecho con los padres de Cromañón.

Un antecedente de riesgo

Macri no actuó de manera abierta en la destitución de Aníbal Ibarra, iniciativa que impulsaron sus legisladores y aliados ocasionales —algunos que desertaron de su militancia kirchnerista, cuando su jefe Kirchner apoyaba al jefe de Gobierno—. «Mis legisladores me explicaron por qué creían que tenía que ser destituido, y a mí me pareció correcto y los apoyé.» (4) Era un antecedente complejo que a un jefe de Gobierno se lo destituyese por una responsabilidad que la Justicia nunca le atribuyó. Ibarra fue destituido sin haber sido procesado por la tragedia de Cromañón, que les costó la vida a 194 jóvenes.

Se le reprochó a Macri, en alguna conversación privada, que el apoyo a la salida de Ibarra por esa vía abría una cadena de sangre que sería, en el futuro, muy difícil de cortar. Y que, si él aspiraba a ser el gobernador de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con ese antecedente podía seguir el mismo camino de Ibarra. También que, en términos estratégicos, sería mejor para su proyecto que Ibarra terminase deshilachado y desprestigiado en su segundo mandato, de manera de facilitar la derrota de su formación. Si se lo destituía, el entonces oficialismo podía recuperar oxígeno con el suplente Jorge Telerman. A esos argumentos respondió que era posible entender que un acto de gestión no podía ser motivo de destitución, pero que su gente estaba lanzada a la destitución y que él no tenía la posibilidad de frenarla. Sobre el segundo argumento, agregó que el ibarrismo era ya irrecuperable, aun con una gestión más aliviada de Telerman.

La actuación de Bergoglio en torno a Cromañón terminó de alejarlo de Ibarra, a quien respetaba por su discurso social y la prolijidad con la cual se manifestaba agnóstico. Se encendió de ira cuando en la noche de la tragedia de Cromañón recorrió los hospitales atendiendo a víctimas y sus familiares. En esa noche, se enteró de que Ibarra no había aparecido y que no cumplía el rol de gobernante que él y la sociedad esperaban. Le hizo la cruz, como se dice en la Argentina.

Telerman había conocido a Bergoglio en las reuniones del Diálogo Argentino, a comienzos de 2002. El arzobispo auspiciaba ese foro desde atrás, sin aparecer mucho y dejando todo en manos de Jorge

Casaretto y Juan Carlos Maccarone, y Telerman era secretario de Cultura de la gestión de Aníbal Ibarra, cargo que tuvo hasta 2003. Cuando desempeñaba ese cargo, participó de la creación del Instituto del Diálogo Interreligioso. Era una iniciativa para acercar confesiones y contener la crisis social de 2001, de la que participan el Gobierno local a través de Telerman, el dirigente islámico Abel Made, el sacerdote Carlos Accaputo de la Pastoral Social de la ciudad y otras instituciones, como la mutual judía AMIA. De esa actividad nació el instituto.

Se trataron con más confianza en una charla sobre Maimónides en la muestra «Maimónides 800: encuentro de fe y razón», en julio de 2004. Bergoglio se pronunció entonces por el entendimiento de las confesiones religiosas, con el lema de «Abrirse a la comprensión del otro tal como es». Allí hablaron Telerman y el rabino Abraham Skorka, además de Bergoglio.

La candidatura a jefe de Gobierno del ex segundo de Aníbal Ibarra en 2007 fue la única opción manifiesta y desembozada del cardenal en el terreno político argentino. El breve período en el que Telerman gobernó la Ciudad de Buenos Aires fue aquel en el que Bergoglio tuvo mejores relaciones con el Gobierno. Era débil y le consultaba todo lo que hacía. Le había puesto a Liberman en Educación y tenían una relación amistosa desde que se vieron por primera vez.

También expresaba viejas filias mutuas hacia un referente común, Eduardo Duhalde. Telerman había vuelto al país en 1999, después de ser el embajador en Cuba de Carlos Menem, para sumarse a la campaña de Duhalde. Este había patrocinado su inclusión como segundo en la fórmula con Ibarra para las elecciones de la ciudad de agosto de 2003, en las cuales derrotaron en un ballotage a Mauricio Macri. Duhalde tenía una prenda de agradecimiento con Ibarra porque este se había negado a poner en circulación el bono Porteño, que ya estaba impreso en 2002. El ex presidente nunca lo olvidó. Esa fórmula tenía la bendición del padrino de la dupla Kirchner-Scioli, que ganó en 2003, y no era imaginable que tuvieran más auspicios si se sumaba la de Bergoglio.

Eso quedó roto con la tragedia de Cromañón, que dividió los afectos. Duhalde, que tenía un compromiso con el Gobierno porteño, tenía aún cierta gravitación sobre el Gobierno nacional. Por eso, en enero de 2005, a pocas horas de la tragedia de Cromañón, Kirchner e Ibarra aceptaron su propuesta de designar a Juan José Álvarez como ministro de Seguridad de la ciudad, con el programa de regenerar las estructuras cuestionadas por la negligencia a la que se le atribuía la muerte de más de un centenar de jóvenes. Venía de ser ministro de esa área de Carlos Ruckauf y Felipe Solá en la provincia y de Duhalde en la Nación.

Cromañón terminó con el Gobierno de Aníbal Ibarra y con la exaltación de Telerman al cargo de jefe de Gobierno en 2007. Telerman se distanció de la suerte de Ibarra. «La torpeza de Ibarra fue creer que venían por él y se puso contra los padres», cree hoy Telerman. Bergoglio, en cambio, se conmovió por la desgracia; no tanto porque entendiese que había responsabilidad del Gobierno, sino porque creyó que Ibarra había mostrado insensibilidad ante las víctimas y sus familiares. Fue una diferenciación en torno a la valoración pública de la tragedia, que además explotó para su acción política: Ibarra cayó abrazado al kirchnerismo, que hizo todo lo que pudo para salvarlo. La Casa de Gobierno no pudo controlar ni a sus propios legisladores para impedir la destitución. La ola de desprestigio arrasó a los dos gobiernos, el de la ciudad y el de la Nación.

Ibarra sigue creyendo que cayó por la trama política del caso. «La política y algunos medios hicieron que la tragedia de Cromañón fuera asociada falsamente a la corrupción de los funcionarios porteños, para luego ir directo por la destitución del jefe de Gobierno. Ese era y fue el verdadero objetivo. Una de las grandes deudas que tenemos como sociedad es analizar sin prejuicios y sin mentiras todo lo que sucedió aquella noche trágica y poder decir toda la verdad sobre lo que pasó en Cromañón», dijo cuando se cumplieron diez años de esa tragedia. (5)

1. Andrea Giunta (ed.), *El caso Ferrari. Arte, censura y libertad de expresión en la retrospectiva de León Ferrari en el Centro Cultural Recoleta, 2004-2005,* Buenos Aires, Ediciones Licopodio, 2008.

2. *Ibid.*

3. Homilía de monseñor Jorge Eduardo Lozano, obispo auxiliar de Buenos Aires, por los familiares y víctimas de Cromañón, catedral metropolitana, 13 de noviembre de 2005, disponible en línea: <http://www.aica.org/aica/documentos_files/Obispos_Argentinos/Lozano/2005_11_13_comanion.htm>.

4. La cita es de Gabriela Cerruti, *El pibe. Negocios, intrigas y secretos de Mauricio Macri, el hombre que quiere ser presidente,* Buenos Aires, Planeta, 2010, p. 285.

5. Aníbal Ibarra, «Mi verdad sobre Cromañón», en *La Nación,* 30 de diciembre de 2014.

17. UNA AVENTURA PORTEÑA CON TELERMAN Y CARRIÓ

Jorge Bergoglio tomó más confianza con Jorge Telerman cuando este asumió como gobernante porteño después de la destitución de Aníbal Ibarra en marzo de 2006 y designó a Luis Liberman como director general de Enseñanza de Gestión Privada. Telerman dice no haber seguido instrucciones de Bergoglio para designarlo, pero seguramente registró el beneplácito de que este amigo de Bergoglio, a quien el arzobispo conocía desde su infancia, se sentase en la oficina que reparte los subsidios a las escuelas privadas de la ciudad, que en aquel momento ascendían a unos 315 millones de pesos, que iban, en un importante porcentaje, a las escuelas confesionales.

Como jefe de Gobierno, a Telerman le tocó cerrar el debate sobre una Ley de Educación Sexual en la ciudad, que se negoció pacientemente en la Legislatura. Se sancionó en noviembre de 2006, y hubo reuniones a solas entre él y Bergoglio en donde se acordó un trámite pacífico para una norma que se votó con consenso después de eliminar los extremos más odiosos para el ala religiosa de la Legislatura y los sectores más progresistas.

En 2007, esa relación tuvo su punto más alto cuando patrocinó la candidatura de Telerman al Gobierno porteño en las elecciones que ganó Mauricio Macri.

¿Por qué lo apoyó? Telerman dice que entendió que era una opción por simpatía. «Esto demuestra que no hubo ninguna estrategia, porque nadie que tenga una estrategia política me iba a ir a buscar a mí como candidato. Habrá creído que era mejor que gobernase yo. Yo era el candidato de la nada», se ríe hoy. Telerman, haciendo un balance de aquella experiencia, que desmiente la leyenda de la astucia de Bergoglio, dice que nunca encontró las razones del respaldo que le dio Bergoglio en aquella oportunidad. Él acumulaba todo lo que podía ayudarlo. «A él quizá le convenía porque yo no era un dirigente de gran envergadura y podía ser funcional a sus objetivos», dice. Tampoco era su amigo. «Quizá le llamó la atención que yo hablase de Maimónides», ironiza con referencia a la participación que tuvo en un acto sobre el teólogo judío.

Ese apoyo tenía un objetivo inconfesable: respaldar a un candidato en la ciudad que no representase al kirchnerismo de la Casa de Gobierno. En 2007, Néstor Kirchner había declinado su candidatura a una reelección y su estrategia en la ciudad estaba ligada a la candidatura de Daniel Filmus. Que ganase la elección un candidato rechazado por la Casa de Gobierno y que además viniera del mismo origen —la fórmula con Ibarra que había representado a los Kirchner en el segundo mandato de Ibarra— hubiera coronado una jugada de

alto jesuitismo. Pero no se dio.

El arzobispo se conformó con el resultado testimonial. Quedaba lejos del ganador Macri y también de Cristina de Kirchner, a quien siempre prefirió en lugar de Néstor. «Es más imperfecta que él», era su diagnóstico sobre Cristina, con quien se llevó mejor que con su esposo. Su personalidad la hacía, según esa percepción, más vulnerable, y por ende una adversaria menos peligrosa.

En aquel momento, Bergoglio tenía buena relación con Carrió, lo mismo que Telerman. Este había sido excluido de los planes del peronismo kirchnerista en el que se referenciaba Ibarra desde su segundo mandato, después de ser el representante de la Alianza en la ciudad. Telerman quedó identificado con el antiibarrismo, porque se despegó del destino de Ibarra en esa crisis.

Aunque Carrió puede definirse como una católica de un fuerte compromiso espiritual, su actuación la define como anticlerical. Puede ir todas las mañanas a misa, como lo hacía para las celebraciones exprés que le armó a la carta el cura de las estrellas, Guillermo Marcó, pero nunca se la vio cerca de las sotanas ni de los obispos, como lo prueba su relación tensa con Jorge Bergoglio. Carrió estaba alineada con las posiciones del Episcopado católico y sus voceros en contra de la actividad del juego como fuente de financiamiento de la política, pero también como pantalla de negocios espurios que podían encubrir delitos como el narcotráfico y el lavado. En eso compartía las inquietudes de Bergoglio y de monseñor Jorge Casaretto, obispo de San Isidro, presidente de Cáritas y martillo de bingueros y apostadores en la provincia de Buenos Aires.

La relación entre juego, droga y degradación de la vida de los más pobres ha sido uno de los tópicos permanentes de Bergoglio al exponer su condena al modelo del descarte. La preocupación de la Iglesia creció a partir de los años noventa por el registro que tomó sobre el creciente número de suicidios entre jóvenes víctimas de las adicciones. Este problema lo llevan los obispos a todos los foros con cierta discreción por la repercusión negativa que tiene en el público el suicidio y el consumo de drogas. También ha sido motivo de experiencias dolorosas, como olas de suicidios pactados. (1)

En 2007, la condena del juego fue lo que unió a Carrió con Bergoglio detrás de la candidatura de Telerman, justamente contra Mauricio Macri, que ocho años más tarde cerraría un acuerdo con la dirigente de la Coalición Cívica para confrontar con el peronismo que tenía de candidato presidencial a Daniel Scioli. En 2015, Telerman era uno de los encargados de la campaña presidencial del Frente para la Victoria. El pacto Bergoglio-Carrió-Telerman se hizo con un juramento: combatir el juego. El pacto Carrió-Macri de 2015 se hizo también contra el juego, que fue el motivo de la primera reunión a

solas que tuvieron antes de comprometerse en una alianza política. (2)

Uno de los agentes del acercamiento entre Carrió y Telerman fue un consultor con el que suelen dialogar discretamente dirigentes políticos, Alberto Lederman. Este asesor suele animar reuniones de *coaching* en su estudio, en las que invita a los participantes a practicar juegos de rol y técnicas de grupo cuya utilidad suelen reconocerle. Señalan, además, que armó algunas candidaturas, como las de Ricardo López Murphy o Carrió. Bergoglio auspició ese entendimiento y obró con vehemencia para alejar del patrocinio de la campaña de 2007 a los empresarios del juego. Carrió hoy no da muchas explicaciones sobre ese acercamiento, ni sobre el alejamiento de ese intento de poder.

Olivera había sido vicejefe de Gobierno porteño y reemplazó en la jefatura a Fernando de la Rúa cuando este ganó la presidencia en 1999. Era un hombre ligado al radicalismo. Además, pertenecía a una familia con importantes religiosos, como su hermano Bernardo, que llegó a ser autoridad mundial de los monjes trapenses, abad general de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia (OCSO, por su sigla en latín); o como su sobrino Santiago Olivera, designado vicario castrense por Macri, pero que antes fue obispo de Cruz del Eje, Córdoba. En esa función, se acreditó como un «Saint Maker», porque promovió la exaltación a los altares del cura Brochero. En 2013 lo hizo beato y en 2016, santo. Inquieto, es hoy el fogonero de la canonización de Mama Antula, otra devoción criolla que avanza hacia los altares.

El arzobispo puso hasta sus oficinas para alguna reunión conspirativa entre el candidato, Carrió y algunos de sus operadores, como Liberman. Para que no quedasen dudas de su compromiso con esa lista, movilizó a los curas villeros, que les exhibieron un programa de gobierno a los candidatos. Era un mensaje crítico hacia lo que representaba el candidato Macri y que defendía la cultura villera. «La cultura villera señala valores evangélicos muy olvidados por la sociedad liberal de la ciudad. Sociedad liberal que se organiza y hace fiesta en torno al poder y a la riqueza, y que es expresión de ideologías de derecha a izquierda», decía el documento. Esta toma de posición se refería a los proyectos de «erradicación» y «urbanización» de villas que habían circulado en la campaña. La propuesta de estos curas era la de avanzar hacia una «integración urbana» de la ciudad. (3)

Si se mira en perspectiva la experiencia de los gobiernos del macrismo en la Ciudad de Buenos Aires, puede concluirse que ese mensaje cundió. Los principales funcionarios de Macri estrecharon su relación con la Iglesia, la de Bergoglio en la catedral y sus referentes villeros. Aunque es un proceso en marcha, esas voluntades han

coincidido en proyectos de integración, como la instalación de una sede del ministerio de Educación de la ciudad en la Villa 31, cerca de donde Francisco mandó a inaugurar en 2018 una sede de su principal proyecto global, que es Scholas Occurrentes.

Bergoglio anotó una deuda para Telerman. Había intentado que uno de sus íntimos amigos, Omar Abboud, fuera candidato a legislador de la ciudad en la lista que encabezaba ese año Gabriela Cerruti. Abboud quedó afuera, y seguramente al arzobispo no le gustó: de eso da testimonio, entre otros, Liberman. Igual, se ocupó de pedir el voto para su candidatura a la jefatura de Gobierno.

Abboud tuvo un premio consuelo. Reemplazó a Cerrutti como ministro de Derechos Humanos y Sociales de la ciudad, después de la primera vuelta electoral del 3 de junio de aquel año, que dejó fuera de juego a Telerman. Este dio libertad de voto a su sector en el ballotage que Mauricio Macri le ganaría a Daniel Filmus. Cerruti fue a buscar abrigo a la Casa de Gobierno de Néstor Kirchner, y Telerman la echó del cargo y puso a Abboud, que fue ministro hasta diciembre de ese año, cuando asumió Macri. Abboud ha sido un fogonero del ecumenismo bergogliano. Integró la misión que fue a Israel junto al rabino Abraham Skorka. Tan ecuménico es, que migró hacia al macrismo, que lo hizo legislador, lo que no le había dado Telerman y que Bergoglio consiguió de Macri.

Telerman, como el peronismo, es también una identidad en tránsito. Después de dejar el Gobierno porteño, migró, políticamente, hacia el peronismo de la provincia de Buenos Aires. Se sumó al equipo de Daniel Scioli en la gobernación y cumplió funciones como responsable del área de Cultura. También trabajó en el equipo de campaña. Desde Cultura, le rindió homenaje a Bergoglio con la organización de una muestra de fotografías sobre la vida del nuevo Papa. Se inauguró en el verano de 2014 con el título «Francisco, un argentino universal». Se trasladó a la Feria del Libro de ese año, donde fue inaugurada por Scioli y por el jefe de Gobierno Macri, que al año siguiente se enfrentarían por la presidencia.

Telerman, después de diciembre de 2015, dio otro giro y en la gestión macrista de Horacio Rodríguez Larreta fue designado funcionario a cargo del Complejo Teatral de Buenos Aires, que coordina la programación de las salas. Después de esa fecha, estuvo dos veces en el Vaticano con Francisco como integrante del grupo del Diálogo Interreligioso (DI), una peña itinerante de fieles del cristianismo, el judaísmo y el islam que recorren el mundo auspiciados por el Papa. Acompañan algunos acontecimientos ecuménicos del Vaticano, como el viaje liminar de Francisco a Israel en mayo de 2014.

De la peña itinerante y pía que es el DI participan políticos como

Telerman, Jorge Enríquez, Julián Domínguez, el kirchnerista Carlos Kunkel, el ex canciller Adalberto Rodríguez Giavarini, dirigentes comunitarios como Daniel Goldman y Omar Abboud o empresarios como Gustavo Grobocopatel, Gustavo Cinosi y Elsa Esther Baker, «Pomi», la madre de Juliana Awada, que viene a ser la suegra de Macri. De las actividades del DI han participado, también, Ricardo Lorenzetti, presidente de la Suprema Corte de Justicia, el secretario de la OEA Luis Almagro y el empresario Hugo Sigman. Es uno de sus sellos predilectos de su pontificado, como Scholas Occurrentes o las cumbres de movimientos populares. Los creó el propio Bergoglio y articulan facetas del poliedro.

1. Un ejemplo es el caso de los cuatro suicidios de Villa Elvira, provincia de Buenos Aires, ocurridos en 2016, que movilizó al arzobispo de La Plata Héctor Aguer y al Instituto Servidoras del Señor de la Madre Harissa. Véase disponible en línea: <http://www.arzolap.org.ar/2016/09/la-madre-harissa-invito-a-la-misa-por-todos-los-jovenes-que-se-suicidaron-en-villa-elvira-y-conto-la-experiencia-de-las-hermanas/>.

2. Ignacio Zuleta, *Macri confidencial. Pactos, planes y amenazas,* Buenos Aires, Planeta, 2016, pp. 30 y ss.

3. Equipo de sacerdotes para las villas de emergencia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, «Reflexiones sobre la urbanización y el respeto por la cultura villera» [11 de junio de 2007], en *Criterio,* núm. 2354, 2009. Firman Rodolfo Ricciardelli, Enrique Evangelista y Adolfo Benissa, de la Villa 1-11-14; José María Di Paola, Carlos Olivero y Nibaldo Leal, de la Villa 21-24 y N. H. T. Zabaleta; Sebastián Sur y Walter Medina, de la Villa 15; Guillermo Torre y Marcelo Mirabelli, de la Villa 31; Gustavo Carrara y Martín De Chiara, de la Villa 3 y del Barrio Ramón Carrillo; Sergio Serrese, de la Villa 19, y Jorge Tome y Franco Punturo, de la Villa 20.

LOS AÑOS KIRCHNER

18. DEBUT CON KIRCHNER PRESIDENTE

Cuando en mayo de 2003 Néstor Kirchner asumió la presidencia nacional, Fernando Maurette recibió el llamado de Jorge Bergoglio a una hora altísima de la madrugada, algo inusual en el arzobispo. «Le tengo que pedir un favor urgente. ¿Me puede venir a ver?»

Maurette, que no es un clerical pero sí atento, estuvo a primera hora en el mínimo despacho de audiencias del Arzobispado: «Me he enterado de que han designado como secretario de Culto a un amigo suyo, Guillermo Oliveri. No lo conozco y nadie de mi gente lo ha tratado. ¿Usted puede organizar un almuerzo con él?».

Oliveri era un militante del local partidario de Maurette en el barrio de Congreso desde los años ochenta e iba a heredar el cargo de Caselli en la Cancillería. Bergoglio quería romper el aislamiento aprovechando ese cambio. Otro de los militantes de ese local era Julián Domínguez, a quien Maurette llevó al Ministerio del Interior, en donde ocupó la dirección del Instituto de la Juventud. En esa función, Domínguez integró una comitiva argentina a una visita papal a América Central. Con los años, se sumó al bergoglismo. También inició su carrera en ese local de Congreso Fulvio Pompeo, que años más tarde fue funcionario de Ruckauf en la Cancillería y de Macri en la ciudad y en la presidencia de la Nación. Después de la asunción del Gobierno de Cambiemos, ocupó la Secretaría de Asuntos Estratégicos en la Presidencia, en la que asumió el control de asuntos de seguridad, defensa y relaciones exteriores, en el mismo formato que en Estados Unidos tiene el asesor nacional de Seguridad.

«¿Puede organizar un almuerzo en San Nicolás?» En esa parroquia, que tiene un comedor pequeño en el primer piso, oficiaba Guillermo Marcó. La rutina habitual del sacerdote, que en aquel momento era director de prensa del Arzobispado y actuaba como el vocero de Bergoglio, era organizar almuerzos y cenas con políticos, algo que trasladó a su función posterior como capellán de la Pastoral Universitaria, párroco de San Lucas y director de una fundación que financia residencias universitarias y para la que cotizan empresarios y dirigentes sociales.

Se hizo ese almuerzo, que no fue más allá de un contacto. Pero la coreografía revela un esquema táctico. Bergoglio no fue —«estaba previsto», recuerda Maurette—, Oliveri concurrió solo, y lo recibieron Maurette y Marcó, junto con el entonces diputado radical de la ciudad Jorge Enríquez, a quien Bergoglio promovía para su reelección en las elecciones ese año en una de las listas que acompañaba a Mauricio Macri, y el padre José María di Paola, el «padre Pepe», el más conocido de los curas villeros, acompañado por dos colegas de ese

equipo. ¿Para qué se interesaba el arzobispo en pedir un almuerzo al que no iba a concurrir? Era un movimiento de piezas para demostrar poder e interés en el nuevo esquema del país. Pero sin aparecer, algo que le hubiera creado un compromiso. También era un recurso para examinar el propio circuito; según esa mentalidad que se les atribuye a los jesuitas —un método más que un temperamento— le terminaba tomando examen a Oliveri y a sus delegados en esa charla, que fue más allá de lo social y circunstancial. Fue más importante la forma que el fondo.

Ni Maurette ni Oliveri eran católicos practicantes y se sintieron acorralados. Marcó, antes de sentarse, puso una estampita en cada plato. Al sentarse, Maurette le susurró a Oliveri en bajísima voz: «¿Vos practicás?». La respuesta: «Nooo». Tomó las dos estampitas y se las entregó a Marcó sin decir palabra alguna.

Bergoglio agradeció la changa, pero advirtió que ese gesto de crear una doble vía de comunicación abría un flanco débil en el Gobierno, y no lo desaprovechó. Un caso de clásico mangazo: Maurette había creado años antes, junto al administrador de la editorial del Salvador, (1) Eduardo Blanco, un comedor para chicos pobres en el barrio de la Boca. Bergoglio lo llamó:

—Fernando, tengo un curita en La Boca que tiene unos chicos con hambre. Sé que usted y Eduardo tienen un comedor. ¿Me podrá hacer un lugarcito ahí?

Maurette accedió, pero le puso un reparo:

—Mire que entre los *sponsors* creo que hay uno que es un masón importante.

—Mientras los chicos coman, no hay problema —respondió el jesuita.

La Compañía de Jesús fue durante siglos el principal enemigo de la masonería internacional, aunque desde hace algunos años conviven en santo armisticio. (2) El compromiso por ese comedor dura hasta los días de hoy.

El martes previo a la asunción del 25 de mayo de 2003, Kirchner le anunció a Bielsa que sería canciller y no ministro de Justicia. En el primer esquema de gabinete de Kirchner, figuraban Rafael Bielsa como ministro de Justicia y Gustavo Béliz como secretario de Seguridad. Alberto Fernández, que conocía a los dos, le advirtió al presidente que eran incompatibles y que esa dupla no funcionaría. Kirchner los quería en cargos nacionales para sacarlos de la disputa porteña. Deseaba reforzar el rol de aliado de Aníbal Ibarra —quien en diciembre de 2003 buscaría su reelección como jefe de Gobierno de la ciudad—. La dupla Béliz-Bielsa jugaba en la capital, pero, yendo al gabinete, Néstor esterilizaba la pelea.

El equipo de la Cancillería lo integró Bielsa con gente de su partido

Gesta, en el que estaban Eduardo Valdés, Guillermo Oliveri, Patricia Vaca Narvaja, Alicia Oliveira, María Eugenia Estenssoro y otros. El reparto de cargos se hizo en la casa de Valdés en Almagro, sede de infinitas conspiraciones. Citaron a Jorge Taiana para ofrecerle ser el vicecanciller. En ese revoleo, Oliveri pidió ser secretario de Culto.

—¿Te parece? —le diría Bielsa—. Es tan aburrido…

—No, déjenme ahí.

Estuvo doce años en el cargo, más que ninguno de ellos en el gabinete.

Oliveri, el descasellizador

Eduardo Valdés, designado jefe de gabinete de Bielsa, recibió la misión del armado de algunos equipos. Recurrió al consejo de un veterano de esas ligas, Santiago de Estrada, que había sido embajador en el Vaticano durante el Gobierno de Raúl Alfonsín y pertenece a una dinastía política que había provisto otros embajadores argentinos ante la Santa Sede, como el primero de todos ellos, el poeta Ángel de Estrada. Era, además, uno de los enlaces del arzobispo con el mundo de la política.

Valdés y De Estrada habían compartido bancas en la legislatura de Buenos Aires desde el año 2000. Valdés por el peronismo y De Estrada por el partido de Mauricio Macri, de quien sería secretario de Culto entre 2015 y 2018.

Este le dio un solo consejo: «Hay que descasellizar» las relaciones con la Iglesia. «Descasellizar» significaba apartar de la diplomacia y de la Cancillería a los personajes que respondían al saliente secretario de Culto del Gobierno de Duhalde, Esteban Caselli, que había controlado las relaciones con el Vaticano desde el Gobierno de Carlos Menem y contaba con un arco de adhesiones en todos los estamentos de la Cancillería y la Santa Sede, que significaban incluso ayudas materiales a la Iglesia.

Carlos Ruckauf fue canciller desde 2002 en la presidencia de Eduardo Duhalde y había designado a quien había sido su secretario de la gobernación, Esteban Caselli, en la Secretaría de Culto. Era poner al peor enemigo de Bergoglio en el puesto desde donde podía ejercer de manera más eficaz su resistencia al arzobispo, que había sido exaltado al cardenalato el año anterior, en febrero de 2001. Bergoglio le cortó el teléfono a la Cancillería y el Gobierno empezó a preocuparse.

Ruckauf entendió que esa situación no podía extenderse sin generarle un perjuicio. Le pidió una misión pacificadora a Maurette, que lo había acompañado en cada cargo que había tenido. En ese momento, Maurette era secretario del Ministerio de Defensa de

Horacio Jaunarena.

Maurette, que conocía a Bergoglio desde los años ochenta, en una reunión a solas le transmitió que Ruckauf lo había designado como enlace informal con el obispado y que cualquier inquietud podía canalizarla por esa vía. La Secretaría de Culto era la que administraba los fondos del Estado para la Iglesia. La pelea con Caselli, que se montaba en la que tenía Bergoglio con la curia vaticana que manejaba el cardenal Angelo Sodano, podía resentir intereses superiores.

Bergoglio estaba al tanto de que la pelea se situaba en Roma y no en Buenos Aires. El poder de Caselli —*detto* Cacho— llevaba años y se había consolidado durante la embajada que ejerció a finales del Gobierno de Carlos Menem. Un cargo más importante que el que tenía en 2002 como secretario de Culto, que en realidad era como una embajada del Vaticano en el corazón del Gobierno. En los días previos a dejar la presidencia, en noviembre de 1999, Menem viajó al Vaticano a entrevistarse con Juan Pablo II y a avanzar en el proyecto de creación de un programa internacional contra el aborto.

La curia romana, encabezada por Sodano, agasajó a Menem y a su comitiva —que integraba su vicepresidente y gobernador electo Ruckauf— con una cena inolvidable en el palacete en donde vivía el secretario de Estado. Ante decenas de obispos, cardenales y curas, en el momento del brindis, Sodano levantó la copa y se dirigió a uno de los cardenales, el portugués José Saraiva Martins, que presidía la Congregación para las Causas de los Santos, y le preguntó en voz alta: «¿Nos puede decir, por favor, cómo marcha la canonización del amigo Caselli?». Estallaron todos en risas y levantaron la copa por el embajador que se iba y a quien habían dignificado como Gentiluomo di Sua Santità.

El plan de descasellizar estuvo a cargo de Oliveri, que también había integrado la legislatura con De Estrada y Valdés. Con este había fundado la agrupación Gesta, dentro del peronismo porteño. Era en torno a Gesta donde había crecido la figura de Bielsa en el equipo del naciente kirchnerismo. Valdés había sido, junto a Alberto Fernández y Jorge Argüello, el promotor del desembarco de Néstor Kirchner en la capital. Algo que este premió en el reparto de cargos en 2003.

Bielsa había llegado a Cancillería sin ánimo de descasellizar, porque no iba a perjudicar su buena relación con Mario Montoto. El empresario y ex dirigente montonero había sido uno de los mejores amigos de monseñor Emilio Ogñénovich, valedor histórico de los acuerdos de la Iglesia y el Gobierno de Menem y cuyo legado quería demoler Bergoglio. Quizá por esa razón, la recepción que Bergoglio dio al nuevo canciller fue distante. Ocurrió el día antes de asumir el nuevo Gobierno y fue en otra visita de Oliveri y Valdés. Bielsa le tiró varios centros, pero fueron inútiles. Bergoglio le estaba tomando

examen con rostro blindado. Llevó la charla a la experiencia de Bergoglio como profesor de literatura en Santa Fe, donde había tenido como alumnos a diplomáticos como Jorge Faurie y Rogelio Pfirter, futuros canciller y embajador en el Vaticano durante la presidencia de Macri.

«Pero no picó», comentó al salir Bielsa, que se sorprendió al ver a un hombre parco con quien costaba llevar la conversación.

El anfitrión no se interesó sobre la agenda de la nueva administración ni dio ninguna señal sobre algunos conflictos abiertos. Uno de ellos era recurrente por parte del nuncio suplente acerca de alguna vía de «reconciliación». Un programa que en la jerga de la Iglesia significa, en la Argentina, algún entendimiento entre represores y víctimas de la represión clandestina de las guerrillas. Nicola Girasolli solía plantearles a los funcionarios argentinos la queja de familiares de los condenados mayores de 70 años que pedían algún beneficio como la detención domiciliaria.

Ya en 2003 Bielsa advirtió que este asunto no figuraba entre las inquietudes del cardenal. Tampoco supo si había otras inquietudes, porque le pareció estar ante un hombre que parecía rendido, acabado. Importa este dato, porque Bielsa tiene la sensibilidad del poeta para percibir personajes, y acá se habla de personajes, no de personas.

1. Maurette había trabado relación en su juventud con Blanco como proveedor de impresos para la universidad.

2. Uno de los principales expertos en historia de la masonería en todo el mundo es el jesuita español José Antonio Ferrer Benimeli, a quien consultan los propios masones, que le han abierto (casi todos) sus secretos. Véase José Antonio Ferrer Benimeli, *La masonería,* Madrid, Alianza, 2005.

19. DOS HOMBRES UNIDOS POR UN POLIEDRO

La primera visita protocolar que hizo Roberto Lavagna apenas asumió el Ministerio de Economía de Eduardo Duhalde en abril de 2002 fue a Jorge Bergoglio. Cuando dejó ese cargo, en 2005, también lo hizo amparado por el élan del arzobispo de Buenos Aires.

El primer Bergoglio de 2002 era un pilar del Diálogo Argentino, el programa de las Naciones Unidas para ayudar a salir de la crisis de esos años. Duhalde había dicho que su plan de gobierno era la agenda del Diálogo.

El otro Bergoglio, el de 2005 y con quien Lavagna prefirió aparecer en un acto a la misma hora cuando lo esperaba el matrimonio Kirchner, ya era señalado como el jefe de la oposición al Gobierno peronista. Esa misma oposición que en poco tiempo pasó a integrar el ex ministro.

No eran ni son hoy amigos. Tampoco Lavagna es un hombre de Iglesia, pero se eligieron referentes en momentos decisivos del proceso político de la primera década del siglo. En esos años, Lavagna fue ministro con fama de mágico —una rareza en la Argentina de las desgracias encadenadas— en dos administraciones peronistas, y Bergoglio acuñó su talla de cardenal primado de la Argentina, candidato votado con muchos sufragios en el cónclave de 2005 que prefirió al alemán Joseph Ratzinger, y su personalidad como contradictor principal de las administraciones Kirchner.

Era esperable que en 2002 Lavagna buscase a Bergoglio. No solo por el rol del primado en la promoción de las actividades del Diálogo Argentino. También porque la Iglesia era el socio más eficaz del Gobierno en la asistencia a los pobres y desempleados a través de la organización Cáritas. Lavagna quería escuchar el diagnóstico de Bergoglio.

Fue por lana y salió esquilado.

—Es hombre de pocas palabras —recuerda Lavagna—. Por eso, quien más habló fui yo. Él preguntó mucho y habló poco.

Al salir. Bergoglio dio una prueba del estilo que caracteriza al actual Papa: actuar desde las sombras sin que nadie se entere.

—¿Qué les vamos a decir a los periodistas? —le preguntó Bergoglio cuando lo acompañaba hasta la puerta de salida.

—Yo vine absolutamente solo, con mi secretario, salvo que usted… No sé si usted ha dicho algo a alguien. Para mí esta reunión era privada, no esperé que fuera pública.

Fue el mensaje que le agradó al anfitrión. Una cita ideal, es decir, sin fotos.

—Está bien. No digamos nada.

La reunión nunca trascendió.

Pocos días más tarde, el 25 de mayo, Bergoglio pronunció una de las homilías más dramáticas de su apostolado. Fue un Tedeum al que concurrió el gabinete de Duhalde y en el que Bergoglio asestó otra denuncia a la clase política, con el argumento de que la Argentina estaba al borde la disolución nacional. Dijo el arzobispo: «En esta tierra bendita, nuestras culpas parecen haber achatado nuestras miradas. Un triste pacto interior se ha fraguado en el corazón de muchos de los destinados a defender nuestros intereses, con consecuencias estremecedoras: la culpa de sus trampas acucia con su herida y, en vez de pedir la cura, persisten y se refugian en la acumulación de poder, en el reforzamiento de los hilos de una telaraña que impide ver la realidad cada vez más dolorosa. Así el sufrimiento ajeno y la destrucción que provocan tales juegos de los adictos al poder y a las riquezas resultan para ellos mismos apenas piezas de un tablero, números, estadísticas y variables de una oficina de planeamiento».

Con la condena de la convertibilidad, en esa homilía Bergoglio pareció halagar el programa de Duhalde para las presidenciales que había perdido en 1999. Le ganó la Alianza, que sostenía la caja de coinversión como pilar de una economía que acabó por derribar al Gobierno de Fernando de la Rúa. «Hemos vivido mucho de ficciones, creyendo estar en los primeros mundos, nos atrajo "el becerro de oro" de la estabilidad consumista y viajera de algunos, a costa del empobrecimiento de millones.»

Eran palabras que podría suscribir Lavagna, un crítico de la convertibilidad a quien Duhalde había llamado al Ministerio de Economía en 2003 por indicación de Raúl Alfonsín. Este, jefe político del radicalismo, había tomado distancia de De la Rúa en el final de su Gobierno por haber traído al gabinete a Domingo Cavallo, símbolo de la convertibilidad. «Hoy como nunca, cuando el peligro de la disolución nacional está a nuestras puertas, no podemos permitir que nos arrastre la inercia, que nos esterilicen nuestras impotencias o que nos amedrenten las amenazas. Tratemos de ubicarnos allí donde mejor podamos enfrentar la mirada de Dios en nuestras conciencias, hermanarnos cara a cara, reconociendo nuestros límites y nuestras posibilidades. No retornemos a la soberbia de la división centenaria entre los intereses centralistas, que viven de la especulación monetaria y financiera, como antes del puerto, y la necesidad imperiosa del estímulo y promoción de un interior condenado ahora a la "curiosidad turística". Que tampoco nos empuje la soberbia del internismo faccioso, el más cruel de los deportes nacionales, en el cual, en vez de enriquecernos con la confrontación de las diferencias, la regla de oro consiste en destruir implacablemente hasta lo mejor de las propuestas

y logros de los oponentes».

El discurso golpeó a todo el Gobierno, algo que ilustró Chiche Duhalde cuando dijo: «El cardenal nos pegó parejito a todos».

Bergoglio sostuvo la relación con el Gobierno de Duhalde porque era socio del Diálogo Argentino a través de los tres obispos delegados por la Conferencia Episcopal, Jorge Casaretto, Juan Carlos Maccarone y Ramón Staffolani. En julio de 2002, ese trío fue a Roma a presentar el informe final de los debates del Diálogo, pero a medida que pasaron los meses, la relación se deterioró. Los encargados, especialmente Casaretto, comenzaron a deslizar la sospecha de que la asistencia a los pobres a través del plan Jefes y Jefas de Hogar, que ese año había alcanzado a atender a más de 2.300.000 personas, había entrado en el terreno del clientelismo.

Lavagna estuvo junto a Néstor Kirchner en la Catedral de Buenos Aires el 25 de mayo de 2003 y quedó impresionado con la fuerza de la homilía del cardenal el mismo día de la asunción presidencial. (1)

Ese mismo mes de mayo, Jorge Casaretto, responsable de la Pastoral Social del Episcopado, amenazó con que la Iglesia condicionaba la permanencia en el Diálogo Argentino si no se terminaba con el clientelismo. Lavagna seguía siendo ministro de Duhalde, y Kirchner había dicho que lo confirmaría en el cargo si ganaba las elecciones. Esa advertencia de Casaretto era una luz amarilla en la marcha hacia el poder de Kirchner, porque ya estaba instalado en la opinión pública que Menem no disputaría la segunda vuelta electoral.

Lavagna levantó el teléfono y fue a ver a Bergoglio, de nuevo a solas, para pedirle que la Iglesia no abandonase la mesa del Diálogo: «Si se retiran del Diálogo y de la colaboración con el Gobierno, las cosas van a empeorar».

Argumentó que, si existían esos desvíos y manejos de los planes por parte de los punteros, la mejor forma de evitarlo era que estuviese la Iglesia en el medio. Ese programa necesitaba blindaje político, porque el saliente Duhalde estaba bajo una tormenta de presiones del FMI para que hiciera reformas que seguían a un hipotético plan del organismo con la Argentina. Los planes se fondeaban con el presupuesto, pero también con la asistencia del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Mundial, en donde el FMI imponía estándares que la Argentina en *default* no aceptaba. Si el programa perdía al socio de la Iglesia, podía peligrar.

Bergoglio no se comprometió a nada, porque él no estaba entre los obispos que se sentaban en la mesa del Diálogo Argentino. Pero hizo lo necesario para que la institución permaneciese.

Ginés González García, ministro de Salud de Duhalde, había inaugurado en ese Gobierno un programa de entrega de remedios gratis a los pobres, Remediar. Lo financiaba con créditos de

organismos como el BID y el Banco Mundial, que se derivaban a ese propósito en el borde de la legalidad, porque se lo concedían desde el organismo para fines institucionales, como promover reformas en el capítulo de la modernización del Estado, o para obras que nunca se hacían, como el saneamiento del Riachuelo.

La Argentina, aislada por el *default,* necesitaba que la finalidad de esos dineros fuera redirigida para financiar la compra, por ejemplo, de medicamentos. Eso horrorizaba a los funcionarios y los auditores de esos créditos, que se veían ya entre rejas. El Gobierno gestionó con Cáritas, conducido por Jorge Casaretto, uno de los animadores del Diálogo Argentino, para que auditasen la entrega de los medicamentos. Las gestiones se hicieron ante Bergoglio, que mandó a los delgados del Gobierno a hablar con Casaretto, que había dicho que podía haber sombra de corrupción en la administración de los fondos. El obispo de San Isidro se encuadró y aceptó seguir a cargo del control del programa. La condición que puso la Iglesia fue que los preservativos quedasen fuera de la canasta básica de productos que se entregaba a los pobres.

Bajo Kirchner, una mutual de usos múltiples

En agosto de 2003, Bergoglio promovió un acercamiento a Lavagna. Lo propuso como panelista del coloquio de Rímini, de la organización Comunione e Liberazione. En esa conferencia, había un panel dedicado a la Argentina, y Bergoglio le encargó a su amigo Aldo Carreras que lograse la invitación a través de otro asistente al panel, Guzmán Carriquiry. Ese viaje incluyó una visita de Lavagna y de su secretario de Hacienda, Guillermo Nielsen, al segundo de la Secretaría de Estado, el cardenal argentino Leonardo Sandri. Fue para agradecerle que el Vaticano hubiera enviado cartas al FMI y a otros organismos multilaterales el año anterior para facilitar una salida a la crisis económica. Esas comunicaciones incluyeron al Departamento de Estado y habían sido eficaces para el plan del Gobierno argentino de explicarle al mundo que él no había generado la deuda, pero que haría lo posible para pagarla sin agravar las condiciones sociales. Sandri estaba en las antípodas políticas de Bergoglio, pero este se ocupó de que no faltase a Rímini.

Era un foro que lo reconocía a Bergoglio, diez años antes de que fuera Papa, como personaje central de la Iglesia de América Latina. Se trataba del escenario ideal para que Lavagna, un socialcristiano, explicase la salida de la crisis que estaba conduciendo desde el anterior Gobierno de Duhalde. Ocurría además en Italia, donde arreciaban las críticas hacia Buenos Aires por la cantidad de bonistas defaulteados desde el comienzo de la década. Lavagna había sido el

ministro de Economía en el último año de aquel presidente y se sentó junto a Guzmán Carriquiry en Rímini a explicar esa incipiente recuperación de la Argentina, que daba título al panel del lunes 25 de agosto: «Argentina, ¿segnali di ripresa?».

Dos años más tarde, en septiembre de 2005, Bergoglio y Lavagna presentaron la edición castellana del libro de Carriquiry, *Una apuesta por América Latina*, (2) con prólogo del arzobispo, en el auditorio del Banco Río de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El Lavagna que participó en ese nuevo acto era el que dos meses más tarde renunciaría al gabinete de Néstor Kirchner. Las diferencias eran notables y el Gobierno hacía filtrar información sobre el malestar de Kirchner con los índices de inflación, responsabilizándolo a él. Lavagna tenía prestigio en una parte de la opinión pública y de la dirigencia, que le reconocía méritos en la negociación de la deuda externa.

En esa intervención de septiembre, un mes antes de las elecciones legislativas, junto a Bergoglio y el profesor de Teología de la Universidad del Salvador José Paradiso, Lavagna demostró ser un conocedor de lo dicho y escrito por el arzobispo, porque usó el tópico predilecto de Bergoglio: el poliedro. Criticó la globalización desde categorías bergoglianas, pero se diferenció del estatismo que acentuaba el Gobierno al que él mismo pertenecía: «Le decía al cardenal Bergoglio, un minuto antes de entrar, que en su prólogo encontré una coincidencia muy saliente. Él habla en este prólogo sobre la globalización y diferencia entre una esfera pulida, unificante, donde no hay diferencia, y una globalización que se parece a un poliedro que tiene, en consecuencia, aristas que es donde se pueden reflejar las particularidades de los pueblos. Este es un mensaje para todos, sobre todo para los ministros de Economía, para nosotros». (3)

Lavagna ya tenía la puerta de salida señalada por su presidente y parecía buscar amparo en su arzobispo. «Nos tienen que ayudar a ponernos en nuestro lugar, recordarnos cuáles son los límites de la economía, recordarnos que particularmente en el campo económico hacer de buen alumno sirve de muy poco, sirve simplemente, a veces, para empujar hacia adelante las crisis, y después vendrá otro a tomar ese papel de buen alumno, y quien lo era antes pasará a ser, y de esto en Argentina sabemos mucho, pasará a ser el mal alumno.»

Esta segunda aparición de Lavagna junto a Carriquiry y el propio Bergoglio tuvo un significado político más manifiesto. Esa misma noche del auditorio del Banco Río, se hacía un acto de campaña de Cristina de Kirchner al cual concurrió todo el gabinete, menos él. Un par de meses antes, en julio, Cristina Fernández había fustigado a Eduardo Duhalde llamándolo el «Padrino». Fue el 7 de julio en un acto en el teatro Argentino de La Plata, y con Lavagna también ausente,

porque había viajado a la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en China. Allí, la candidata a senadora por Buenos Aires dijo: «Cuando a alguien se le interponen escollos, algunos dicen que es el típico libreto peronista. Yo digo que eso es guion y dirección de Francis Ford Coppola, y no es un manual peronista, sino el guion de la película *El Padrino*».

Al regresar, el ministro le adelantó a Kirchner que él no iba a participar en ningún acto de campaña, porque no compartía esa calificación hacia Duhalde, cuyo gabinete había integrado. Cristina peleaba la senaduría con Chiche Duhalde, y Lavagna consideró que aparecer en actos era un gesto de deslealtad. Esos faltazos de Lavagna fueron su sendero de salida del Gobierno. «La economía andaba bien, se crecía al 9% y Cristina me quería en los actos», recuerda Lavagna.

Para disfrazar el formato, en agosto de ese año Cristina invitó a la Argentina al Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, a lo que el Gobierno llamó el lanzamiento del Consenso de Buenos Aires. Esa conferencia se hizo en el hotel Sheraton de la localidad de Pilar, pero Lavagna también se negó a participar, pese a que Stiglitz defendía los mismos argumentos de él sobre la necesidad de no pagarle al FMI con dinero que necesitaba el país. Lavagna fue reemplazado en el estrado por Alberto Fernández. «Yo no voy —le dijo Lavagna—, aunque sea con Stiglitz, es un acto electoral.»

El 23 de octubre de ese año, Cristina de Kirchner fue elegida senadora por Buenos Aires. Entre esos desaires al matrimonio y la renuncia a finales de aquel año, medió además la realización de la Cumbre de las Américas de Mar del Plata, la primera semana de noviembre. A Lavagna le pareció un error que el Gobierno organizase una contracumbre en la que sus militantes cantaban «ALCA, al carajo». El 22 de noviembre, Lavagna habló en un acto de la Cámara Argentina de la Construcción y denunció la cartelización del negocio de la obra pública, señalando al Gobierno como corresponsable de esa concentración, desde el Ministerio de Infraestructura. Pocos días más tarde, Lavagna ya estaba fuera del Gobierno. Años después, un arrepentido que confesó ante los fiscales de la causa de las coimas de empresarios a funcionarios del Gobierno de Kirchner, reveló que esa denuncia de Lavagna había cortado, temporalmente, el flujo de entregas de sobornos de empresarios de la construcción. El financista Ernesto Clarens dio detalles al fiscal Carlos Stornelli sobre los efectos en esa trama corrupta de los dichos de 2005 de Lavagna, que le costaron la renuncia.

Posiciones paralelas, coincidentes, pero sin acuerdos concertados. Lavagna cree que hay algún parentesco entre la visión de la realidad poliédrica y algunas metáforas que ha usado él en clases y conferencias: «Yo solía explicar la actitud ante la globalización

ilustrándola con dos objetos, una esfera y una nuez. Los globalizadores creen que la globalización es una esfera, en donde la distancia entre dos puntos es una sola. Y que hay una sola política posible. Otros creen que no hay nada que hacer con eso y la rechazan. Atrasan un siglo. Y está la nuez, en donde hay rugosidades y hay muchos caminos posibles para recorrer entre dos puntos. Y he visto que Bergoglio ha usado la imagen del poliedro para representar algo parecido».

1. Destacó en sus memorias que Bergoglio dijese que «el peligro de la disolución nacional está a nuestras puertas». También, la defensa de la promoción del interior, «condenado ahora a la curiosidad turística». Roberto Lavagna, *El desafío de la voluntad. Trece meses cruciales en la historia argentina. Abril de 2002-mayo de 2003,* Buenos Aires, Sudamericana, 2011, cap. III, p. 80.

2. Guzmán Carriquiry, *Una apuesta por América Latina*, pról. de Jorge Bergoglio, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

3. Roberto Lavagna, intervención en el acto de presentación del libro *Una apuesta por América Latina,* de Guzmán Carriquiry, Buenos Aires, Auditorio del Banco Río, 7 de septiembre de 2005, disponible en línea: <http://www.eldial.com.ar/nuevo/lite-tcc-detalle.asp?base=99&vengode=fr&id_publicar=332&fecha_publicar=21/10/2005&numero_edicion=&camara=%20Relacionados&id=330>. El propio Lavagna reseña los efectos de esa presentación en Roberto Lavagna, *Construyendo la oportunidad. Cómo aprender del pasado para pensar el futuro,* Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

20. PIÑA, LA ESTOCADA FINAL A KIRCHNER

El caso del obispo Joaquín Piña se estudiará en el futuro como un modelo de la política popular de mercado: desde un distrito pequeño y desde la oposición, consiguió doblegar a un kirchnerismo que pretendía dominarlo todo. De la mano de Jorge Bergoglio, este jesuita español —que era obispo de Puerto Iguazú, Misiones— fue la tumba de los proyectos reeleccionistas de 2007, a los que apuntaban Néstor Kirchner, Felipe Solá y, entre otros, su feligrés Carlos Rovira, que la quería indefinida como gobernador en la provincia de Misiones. A la cabeza de los convencionales reformistas de la oposición, en 2006 el obispo de Iguazú sepultó esos sueños que cambiaron la agenda del ciclo K. Kirchner se fue a Olivos de primer caballero; Rovira, a la Legislatura provincial, y Solá, a una banca de diputado en el Congreso nacional como escala hacia la oposición.

Esta intervención discreta de Bergoglio es una de las más exitosas de todas las que emprendió en la política argentina durante su episcopado. Le puso límite al proyecto de Néstor Kirchner de ser reelegido en 2007. Lo hizo con la herramienta menos pensada para un religioso, la electoral, de la que presumen ser expertos exclusivos los políticos.

Hasta 2006, Kirchner pensaba en ir a un nuevo mandato como presidente. Había convocado a peritos en territorios hostiles para que le preparasen un proyecto que confrontase con el de su socio en el poder desde 2003, su vicepresidente Daniel Scioli. Habían integrado, bajo la sombra de Eduardo Duhalde, una sociedad de poder en el Frente para la Victoria. Desde que asumieron el Gobierno, libraron una guerra sorda de hostilidades en la cual Kirchner se deshizo de los escollos para el nuevo mandato.

A finales de 2005, se sacó de encima la sombra de Roberto Lavagna, ministro de la recuperación de la economía. Acentuó las hostilidades hacia Scioli y convocó a encuestadores para que midiesen la tolerancia de la sociedad a una reelección presidencial. Ese recurso había perdido prestigio en la década anterior, cuando Carlos Menem pretendió un tercer mandato. El banco de prueba serían proyectos como los que intentaban Solá en Buenos Aires y Rovira en Misiones, que requerían reformas de las constituciones en sus provincias.

La aparición bergogliana de Joaquín Piña en Misiones probó que la Argentina no estaba en condiciones de aceptar más reformas con reelección, algo que confirmaría Cristina de Kirchner en 2013, cuyo Gobierno perdió la elección legislativa porque sus adversarios le atribuyeron también un proyecto de tercer mandato. Ese fantasma unió a toda la oposición.

El rechazo a las reelecciones en la Argentina es un tópico que viene del siglo XIX. La Constitución de 1853 las prohibió para el cargo de presidente como un mensaje contra el autoritarismo del ciclo de Juan Manuel de Rosas. En 1949, la impuso la Constitución promovida y votada para Juan Domingo Perón, que fue derogada en 1957. En 1993-1994, fue el motivo del acuerdo de reforma entre el peronismo y el radicalismo, que pactaron la cláusula para una reelección que buscaba Carlos Menem. El intento de este de buscar un tercer mandato en 1999 terminó en una crisis política de la cual la Argentina no se ha recuperado aún. Esa crisis es la vacuna que la sociedad ha encontrado para demonizar cualquier intento reeleccionista.

Los religiosos, como los artistas y los políticos, viven husmeando el humor colectivo de su clientela. Ajustan sus dichos y sus actos a lo que ellos reclaman con el único propósito de asegurarse prosélitos. Lo hacen con tanta pasión, que la ambición les hace cambiar de dogma (hubo religiosos que se hicieron comunistas), de estética (poetas finos que se allanaron al pedido del público más basto pero amplio para terminar escribiendo canciones de rock) o de partido, algo más frecuente y en los políticos.

Piña era, además, un jesuita que profesaba la doctrina del *Vox populi, vox Dei* que su Papa, Francisco, ha leído como «la piedad popular», opuesta al «relativismo moral», y que es hoy doctrina vaticana. Como Bergoglio, también jesuita, este catalán nacido en una familia acaudalada de Barcelona en 1930 cobró fama cuando se instaló en Paraguay junto a su obispo en Asunción, el prolífico Fernando Lugo. Aprendió a hacer política y también animó, en los años setenta, ocupaciones de los «sin tierra» de ese país.

Cuando la ola había llegado alto, más de lo que la Iglesia tolera, Juan Pablo II lo trasladó al recién creado obispado de Iguazú en 1980, desde donde se convirtió en una referencia en la vida pública de Misiones.

A esa biografía vertiginosa, le faltaba un cierre. Se lo dio el proyecto de Rovira de llamar a una elección en 2006 para convencionales y reformar la Constitución provincial para que habilitase una reelección indefinida del cargo que tenía de gobernador de Misiones. Flotaba en el aire, además, la iniciativa de Solá de hacer lo mismo en Buenos Aires. Kirchner guardaba silencio y había deslizado que le bastaba con un solo mandato, pero sus seguidores también batían el parche.

En las encuestas previas a la convocatoria, un 70% de los misioneros apoyaban el Sí a la reforma. Puerta, entonces jefe de la oposición a Rovira, a quien le había dado la sucesión como gobernador, creyó que la única manera de dar vuelta ese pronóstico era armar una lista de convencionales que juntara a todo el arco opositor, y también que esa lista no podía encabezarla un hombre de

un partido.

Ninguna de las individualidades políticas conformaba al resto como cabeza de la lista de candidatos. Se habló del radical «Cacho» Barrios Arrechea, pero alejaba a todos los demás. Lo mismo producía el nombre de Puerta. En esas reuniones misioneras de 2006, los opositores a la reforma discutieron varias chances. Busquemos un artista, dijo uno. O un religioso, agregó otro. Que sea un cura, o un pastor. No, retrucaban, un pastor no, porque hay tantas confesiones protestantes en esa provincia, que elegir a un pastor alejaría a las otras.

Con ese antecedente, Puerta fue a reunirse con Bergoglio para pedirle que un obispo fuera primer convencional en la lista que se oponía a la reforma de la Constitución provincial con reelección.

Puerta le expuso la necesidad de que proveyera a la lista opositora de un candidato con sotana.

—Es clave —le explicó— porque si sale esa reelección en Misiones, vienen todas las demás, incluyendo a Solá y a Kirchner.

—Un obispo… —pensó en voz alta Bergoglio.

Sacó la libretita, miró el número y discó:

—Hola, monseñor. ¿Cómo está? Le hablo para decirle que tiene que ser candidato a convencional en la elección de su provincia.

Puerta, que escuchaba una sola de las voces, entendió que del otro lado estaba monseñor Juan Rubén Martínez, obispo de la diócesis de Posadas, la principal ciudad misionera, y que había tomado partido por él en la disputa local con Julio Humada, ex gobernador de aquella provincia.

Bergoglio escuchó la respuesta y endureció, suave, la voz:

—Monseñor, usted no me entendió lo que le dije. No le estoy preguntando su opinión ni si quiere ser candidato. Le estoy diciendo que va a ser el candidato. Ya lo van a llamar los amigos.

Y cortó.

Puerta festejó la elección de Martínez, pero Bergoglio le retrucó:

—¿Martínez? No, el candidato va a ser Joaquín Piña, de Iguazú.

—Creía que era Martínez…

—No, Martínez es un hombre joven y la política es tan atractiva que voy a perder un obispo. Piña, en cambio, se jubila el año que viene e igual voy a tener que reemplazarlo.

El cardenal habló del financiamiento de la campaña. Puerta le pidió ayuda y consiguió el de cinco caciques sindicales, que estaban interesados en frenar una reelección de Kirchner. Todos cumplieron, y el que no cumplió fue uno de los intermediarios que derivó al triángulo de las Bermudas uno de esos aportes. Puerta se lo hizo saber y el cardenal le dijo: «Ponelo vos, que después lo arreglo».

El arzobispo también aportó fuerza de choque con la hermana

Adela. Activista de las manifestaciones de Piña, había sido una militante de Guardia de Hierro en los años de Bergoglio y la sumaron como cuarta candidata a convencional. Se llamaba Adela Helguera y desarrollaba tareas pastorales de ayuda a los pobres en Puerto Iguazú a través de una delegación de Cáritas, pero se había iniciado en la política con los «guardianes» en el conurbano bonaerense.

Era una experta en movilizaciones y cortes de ruta. Había confrontado con la Gendarmería varias veces y se sumó a la lista de convencionales provinciales que encabezó Piña. Cuando aparecía por la TV nacional encabezando actos en favor de Piña, a los 70 años y con bastón, y movilizándose en una motoneta, los viejos guardianes levantaban, nostálgicos, la copa y brindaban: «Adelante, compañera Adela».

Cuando se hizo la elección, la lista de Piña sacó el 56,5% de los votos frente a la de Viviana Rovira, prima del gobernador, que obtuvo el 43,43%. Murió el proyecto renovador que permitió a Maurice Closs ser el candidato que le ganaría a Puerta en 2007, y arrastró al resto de los proyectos.

Kirchner dio la orden de desmantelar todos los proyectos de reelección. Pocos meses más tarde, recibió a Piña. Al salir de la reunión, dijo que le explicó «la situación que me llevó a presentarme el año pasado y que no fui un adversario».

Bergoglio se enojó con Piña, que se exhibió como un emisario de él en una misión de paz frente al Gobierno. Piña quedó mal con todos, con los otros obispos, pero también en Misiones, porque apareció junto a Kirchner, contra quien se había votado en el plebiscito. Bergoglio nunca usó mediadores. Tampoco Kirchner, que veía en todo intermediario la sombra de una traición. La Iglesia, que presume de sabia, lo mandó al poco tiempo a la jubilación y lo reemplazó por el actual obispo Marcelo Martorell, de la línea de Raúl Primatesta.

Puerta visitó a Bergoglio después de la victoria de Piña y le sacó el tema del financiamiento. «Olvídese de la plata, ya ganamos», le dijo el arzobispo sonriendo.

Dejó sin palabras al visitante. Al despedirse, Bergoglio lo acompañó hasta la puerta de su casa en la sede del Arzobispado. Puerta le agradeció tamaña gentileza que, le dijo, era inmerecida. «Mire, Puerta —respondió Bergoglio—, no lo hago solo por cortesía. También lo hago para asegurarme de que usted se haya ido.»

21. UNA VERÓNICA PARA BASEOTTO

El conservador Bergoglio perfeccionó como arzobispo la cautela a la hora de tomar posición en asuntos que ponían, para irritación del resto del Episcopado argentino, en un segundo plano de importancia algunos dictámenes de la Iglesia, que no tienen que ver con la doctrina, sino con los usos y las costumbres de disciplina social y personal. «Lo que es es. No se puede tapar la realidad», era la respuesta, por ejemplo, cuando debía enfrentar debates sobre el uso del preservativo o los proyectos de unión civil o matrimonio igualitario. Cuando se discutían leyes como la de educación sexual en las escuelas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y parecía el debate por el uso del preservativo, miraba para el costado a la hora de discutir el formato de las campañas.

Durante el Gobierno de Kirchner, toleró las campañas de control de natalidad de su ministro de Salud Ginés González García. El límite era el aborto, que siempre estuvo fuera de los proyectos del kirchnerismo y que fue el único lazo de coincidencia objetiva que tuvieron.

Ya cuando Ginés era ministro del área en la provincia de Buenos Aires, durante la gobernación de Antonio Cafiero, había advertido la escalada de contagios del virus de HIV, detectado en las muestras que se recogían en la revisión de los conscriptos bajo servicio militar. Cafiero era un hombre del partido de la Iglesia por sobre cualquiera otra militancia. Había sido embajador en el Vaticano, y el ministro creyó necesario pedirle su opinión sobre un corto en el cual se promovía el uso del preservativo.

Cafiero lo mandó a hablar con Antonio Quarracino, a quien Ginés le explicó la historia de la campaña española en favor del uso del preservativo con el lema «Póntelo, pónselo».

Esa campaña hizo historia en España no solo por el contenido expreso, sino también porque fue una picardía del equipo de campaña del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) para las elecciones de 1989, las primeras que enfrentaban a Felipe González con el Parido Popular (PP) de José María Aznar. Esa campaña la hizo el socialismo para tener presencia en los medios quebrando la veda de spots de campaña y provocando un debate en donde los conservadores quedaban en la posición más antipática ante la sociedad. Felipe remontó los malos pronósticos y ganó la elección. Quarracino se rio con el relato, lo mismo que Cafiero. Cuando terminó la explicación, saltó Antonio: «¿O sea que yo voy a estar viendo televisión con mis hijas y mis nietas y voy a tener que ver eso?». Quarracino no dijo nada y le confió la tarea represiva al gobernador, que al final autorizó la emisión de spots.

Cuando Ginés volvió a ser ministro, ahora nacional, fue de nuevo en consulta ante el primado, que ya era Bergoglio. Lo acercó el encargado de la Pastoral Social de la capital, el cura Carlos Accaputo, otro de los enlaces con los dirigentes políticos. Le explicó las campañas que estaba planeando y le aclaró que no tenían que ver con la reproducción, sino con el virus. «Andá y hacelo», le dijo el obispo. Y agregó: «Vaya tranquilo, ministro, que usted se va a ir al cielo».

A uno de sus ahijados, el dirigente peronista Juan Manuel Olmos, llegó a decirle sobre la misma campaña de uso de los preservativos: «La Iglesia está en contra, Gordo, pero yo veo tanta gente enferma de sida y tanta gente sufriendo…».

Sus defensores ponderan este criterio de suspender la dogmática religiosa frente al cambio que trae cada época. Eso justifica que se apartase de la crisis más seria de la Iglesia con el Gobierno de Néstor Kirchner, la que estalló en febrero de 2005 con la carta del vicario castrense Antonio Baseotto dirigida a González García por su defensa del programa de salud reproductiva. El obispo de La Plata, Héctor Aguer, había polemizado con el ministro, y el capellán quiso participar de la pelea en su defensa: «Cuando usted repartió públicamente profilácticos a los jóvenes, recordaba el texto del Evangelio donde nuestro Señor afirma que "los que escandalizan a los pequeños merecen que le cuelguen una piedra de molino al cuello y lo tiren al mar"». (1)

Esta frase encendió una pelea que Kirchner tomó con fruición. Le alineaba todos los blancos: la Iglesia, los conservadores, los militares, etc. La frase evocaba, de manera siniestra, las denuncias sobre los vuelos de la muerte, y era la pelea soñada en el año en el cual Kirchner creía que el futuro era de él. Ese mismo año 2005 se sacó de encima a Roberto Lavagna con el argumento de que ya no necesitaba la ortopedia del ministro que había heredado de Duhalde.

Bergoglio advirtió esto y pasó a un segundo plano de discreción. Ese incendio no era para él, que jamás querría aparecer en un tema así alineado con sus enemigos de siempre, Aguer y sus valedores políticos, como Esteban Caselli. Supo seguramente que esa carta fue una provocación al Gobierno y que esos argumentos de Baseotto tenían un propósito político. Tanto, que la carta que firmó Ginés dice que nunca la recibió y que se enteró del contenido por algunos medios ligados a la Iglesia. «Llamé a mi secretaria y le pregunté: "¿Llegó una carta para mí?"», cuenta. «No, doctor.» Pero el texto ya estaba en los portales y lo distribuía alegremente la agencia católica AICA.

Bergoglio se reunió en secreto con el ministro Ginés y le explicó que él no iba a apoyar las posiciones extremas de Baseotto. Pidió moderación a las partes. En esos tiempos, Ginés estaba excedido de peso. El entonces primado puede haber pensado que, si se cumplía

aquel atroz castigo, bien podía el ministro arrastrar él a la piedra, y no al contrario. De esas reuniones, Ginés y Bergoglio salieron más amigos que antes.

Era el primado de la Argentina, pero siguió el asunto como un espectador, arrinconando el problema a la pelea entre la Casa de Gobierno y la nunciatura. En ese tiempo, llegó a decir que esa crisis servía porque daba la oportunidad para derogar los acuerdos entre el Gobierno y el Vaticano. Quienes lo consultaban le escucharon decir que lo mejor para esas relaciones era directamente eliminar la vicaría castrense y el sistema de capellanes militares, que pertenecían al pasado.

Había un agravante que le aconsejaba salirse de esa historia y mirar todo desde la platea, o desde el burladero, cuanto más. No estaba identificado con la línea pastoral ni estaba de acuerdo con la existencia misma del Vicariato castrense. Acompañó la idea de modificar las relaciones entre la Iglesia y el Estado argentino y eliminar esa institución ligada a un formato anticuado y que creía debía superarse. El embajador de entonces, Carlos Custer, propuso negociar un nuevo acuerdo y coincidió en eso con Bergoglio. Pero no avanzó ninguno de los proyectos que propusieron las partes. Siendo Papa, tampoco eliminó el Vicariato. Cubrió el cargo después de años, en 2017, sin resolver los entuertos pendientes, como el reclamo judicial de Baseotto para que le paguen una jubilación como obispo retirado.

En ese trajín, los Kirchner desairaron tres acuerdos negociados y cerrados por Bielsa en el Vaticano. Buenos Aires no quería ningún acuerdo: no le gustaba Baseotto, el conservador amigo de Caselli, pero tampoco quería halagar a Bergoglio, que asimismo no quería mucho al vicario castrense.

El Vaticano no deseaba dejar pasar el precedente de que un gobierno echase a un obispo en funciones, un entuerto que no tenía antecedentes en los tiempos contemporáneos y que recordaba, aunque fuera una inocentada, los enfrentamientos de Alfonsín con su vicario castrense, cuando se subió al púlpito el 2 de abril de 1987 y rechazó las insinuaciones de corrupción de su Gobierno. O a las maniobras de sus funcionarios para frenar, en vano, la designación de Quarracino como arzobispo de Buenos Aires. La propuesta al Gobierno fue designar un administrador apostólico para la atención de los militares, pero manteniendo a Baseotto en el cargo con el perfil más bajo posible. El nombre propuesto para esa especie de intervención era el de Carlos Malfa, un marplatense que después fue obispo de Chascomús y secretario de la Conferencia Episcopal. Bielsa cerró ese acuerdo, pero se lo voltearon al regresar a Buenos Aires. Le tocó a Custer ir a ver a Sodano y decirle: «¿Se acuerdan de todo eso que acordaron con

mi canciller? Bueno, no va más».

En 2005, Giovanni Lajolo era el secretario para las Relaciones con los Estados de la Secretaría de Estado de la Santa Sede, equivalente a ministro de Relaciones Exteriores. Es la persona con quien Bielsa debió discutir la crisis. Kirchner había delegado ese asunto en Cristina de Kirchner, quien boicoteó todas las soluciones que le acercaban. Rechazó dos acuerdos cerrados por Bielsa y Lajolo en una serie de reuniones discretas y parecía hacerse eco de asesores que recomendaban desbaratar el acuerdo histórico para regular las relaciones de la Argentina con el Estado del Vaticano. Una idea que compartía Bergoglio con asesores inconfesables de la primera dama (inconfesables porque no hay registro de sus opiniones).

Esos intentos de acuerdo implicaban la salida de Baseotto de la vicaría. La Argentina proponía dejar vacante ese cargo durante tres años, a la espera de la jubilación del obispo por la edad. El Vaticano, como contraparte, no convertía el caso en un conflicto diplomático clásico. Cristina, al escuchar esa propuesta, redobló la apuesta. Pidió que el Vaticano lo diera de baja y que se eliminase el cargo con nivel y sueldo de subsecretario de Estado que tenía el vicario.

El Vaticano deslizó, además, nombres en reemplazo de Baseotto, que se podían negociar si había acuerdo, entre ellos, además de Malfa, Pedro Candia y el obispo de Zárate Carlos Sarlinga, que se calificaría como uno de los adversarios de Bergoglio.

Cuando había acordado un último formato, Cristina le dijo a Bielsa que no había caso, que lo rechazaban.

Bielsa protestó, porque se consideraba desautorizado:

—No es mi palabra, es la palabra de la República Argentina.

—Mirá —estalló ella—, mientras yo tenga algo que ver con el poder en la Argentina, tu amigo Montoto no va a tener ninguna influencia en nada.

Bielsa dio un puñetazo al escritorio y vociferó:

—Pero ¡cómo podés ser tan burra, burra!

Cristina actuaba con la creencia de que el acuerdo lo había cerrado Montoto, algo que niega Bielsa hasta el día de hoy. Ninguno de los dos ocultó tampoco su amistad (Montoto es padrino de su casamiento).

Esa discusión colmó las malas relaciones entre Bielsa y la primera dama, que habían empezado mal en una visita al Instituto Cervantes cuando el Gobierno de Kirchner intentaba reflotar el Congreso de la Lengua Española que se había planeado con el Gobierno de la Alianza, pero que estaba suspendido por la crisis de 2001.

En enero de 2004, Bielsa y la senadora Kirchner como presidente honoraria de ese congreso visitaban Madrid. En esa reunión, había plumas egregias, como las de Jon Juaristi (presidente del instituto), Humberto Morales (presidente de la Asociación de Academias de la

Lengua), Víctor García de la Concha y Antonio Muñoz Molina. Bielsa, que además de abogado tiene una trayectoria de poeta y narrador reconocida, mantenía con ellos una conversación de alta literatura sobre poesía lírica por la que sobrevolaban grandes nombres.

Cristina se sentiría obligada a hacer un aporte y los interrumpió:

—Ah, no… A mí, como poeta, no me lo saquen a Benedetti.

Bielsa, hombre de libros y dictámenes, fino poeta y fuerte narrador, no pudo con su genio y la cruzó:

—¡Benedetti! ¡Benedetti! Por favor, es un autor de pósteres, ¿qué tiene que ver con la poesía?

Para mayor mortificación de la dama, y de su propio destino en el Gobierno, contó una anécdota probatoria de su juicio:

—Es tan mal poeta, que Elvio Gandolfo escribió un cuento donde le encargan a un detective rastrear y encontrar un buen poema de Benedetti. ¡Y fracasa!

Al regresar a Buenos Aires, vino la reconvención conyugal:

—Por favor, decime qué le hiciste a Cristina, que estaba como loca con vos…

—Néstor, Néstor, que hable de Huidobro, de Juan Gelman, de «eche veinte centavos en la ranura si quiere ver la vida color de rosa» [verso de Raúl González Tuñón], tiene tantos tipos para hablar; que hable de Homero Manzi, ¡pero Benedetti, Benedetti!

También lo dejó mudo a Kirchner, pero eso no pudo salvar su pellejo en la sensible manada pingüina.

La relación era insalvable. Cuando Cristina fue elegida senadora en 2005, afianzó su poder. Bielsa abandonó la Cancillería en diciembre de ese año para ser diputado nacional.

Mientras gobernaron los dos Kirchner, el caso Baseotto quedó congelado. La vicaría castrense fue subrogada por el sacerdote Pedro Candia. Baseotto inició un trámite de jubilación que se judicializó, y recién en 2018 Bergoglio, ya siendo Francisco, designó a un vicario. Hay que recordar que, cuando era arzobispo, había mocionado por la eliminación de la vicaría, al considerarla un residuo del pasado. Con Macri presidente, y suspendidas las hostilidades en este punto con el Gobierno argentino, nombró capellán de los militares a Santiago Olivera, obispo de Cruz del Eje, un promotor de la canonización del cura Brochero.

1. Disponible en línea: <http://www.aica.org/aica/documentos_files/Obispos_Argentinos/Baseotto/2005/2005_02_17_ministro_de_salud.htm>.

22. MATRIMONIO IGUALITARIO, LA VENGANZA PÓSTUMA

La conducta de Néstor Kirchner ante el proyecto de Ley de Matrimonio Igualitario revela mucho sobre los motivos profundos, y de superficie, de su intención de provocar a Jorge Bergoglio y darle pelea en todos los terrenos, aun cuando el arzobispo le había quitado la oportunidad de su vida para ser reelecto presidente en 2007. En 2010, volvió sobre la idea de buscar un nuevo mandato e intentó el armado de una campaña para 2011.

Nunca en su larga trayectoria Kirchner estuvo cerca de las consignas sobre igualdad de sexo, aborto o reforma de las instituciones tradicionales del Código Civil. Tampoco en su vida personal caminó, que se sepa, por caminos alternativos; casado una sola vez, su hija de educó en colegios católicos y acompañó a Cristina de Kirchner en todos los intentos que hizo ella para bloquear los proyectos de despenalización del aborto que se planteaban desde el peronismo y de partidos aliados del oficialismo.

Después de la derrota en las elecciones legislativas de junio de 2009 ante Francisco de Narváez, pareció cambiar de estrategia. No había bastado usar todas las herramientas del oficialismo para ir a las urnas con el mejor perfil, como adelantar la fecha de esos comicios con el argumento de que había una crisis financiera internacional, o emplear el recurso viscoso de las candidaturas testimoniales, llevando a Daniel Scioli, que era gobernador, y a cerca de medio centenar de intendentes de Buenos Aires en funciones como postulantes a bancas legislativas de todos los niveles que, de ganar, nunca asumirían. Extremó, en protección de la posición del oficialismo, todos los recursos para empujar el electorado a una opción que la mayoría rechazó.

El ex presidente tenía la experiencia de batallas terminales, como la de 2008 con el campo, que significó una derrota legislativa que hizo tambalear el mandato de su mujer. También, la que aportó el debate de la Ley de Estatización del Sistema de Jubilaciones, aprobada a finales de 2008, y que recogía proyectos que había alentado la oposición al peronismo desde los años noventa, cuando el Gobierno de Menem había privatizado el sector. En octubre de 2009, había recuperado aire con la aprobación de la Ley de Medios Audiovisuales, en la que el peronismo logró el apoyo de parte de la oposición en un intento por regular el sistema en la misma línea de otros gobiernos de la región, que se decían víctimas de la concentración.

Ese aprendizaje contenía un riquísimo recuento de aliados y adversarios. El Gobierno había tenido a la Iglesia y a Bergoglio a favor de la Ley de Medios Audiovisuales. En la puja contra el campo, los había tenido en contra, y sin remedio. El argumento del oficialismo

era que había librado una pelea contra el pergeño de un «partido agrario» que usaba métodos «destituyentes».

Para esa misión de buscar el mandato en 2011, llamó a Emilio Monzó, que venía de ser ministro de Asuntos Agrarios de Daniel Scioli en Buenos Aires. Le dijo: «Necesito que hagas un partido en la provincia de Buenos Aires, un espacio distinto al Frente para la Victoria, pero que sume con él en una candidatura a presidente unos cinco o seis puntos. Una especie de Nuevo Encuentro —la formación del ex comunista Martín Sabatella— para "robar" votos por derecha y bajar el número de la contra. ¡Mido 28 puntos! —se quejaba el santacruceño—. ¡No puede ser que Scioli con los Pimpinela mida 38, y yo, que me estoy rompiendo el alma, esté en 28!». (1) Monzó declinó la propuesta y migró hacia otros planetas de la política. Entre 2014 y 2015, fue uno de los constructores de la alianza Cambiemos, que llevó a Mauricio Macri a la presidencia.

En ese proyecto, Kirchner creyó importante pegarse al proyecto que discutió el Congreso en 2010 de reforma del Código Civil para incluir el llamado matrimonio igualitario. Atento a que la Iglesia y Bergoglio rechazaban la iniciativa, decidió cabalgarla como si fuera propia en un cambio de rumbo en lo que había defendido toda su vida.

Conocía la posición de Bergoglio en favor de la llamada «unión civil», formato que había aprobado años antes la Ciudad de Buenos Aires ante la mirada tolerante del arzobispo. Por eso Kirchner desairó a los diputados del bloque que integraba desde diciembre de 2009, que proponían un sistema similar en el ordenamiento nacional.

Sabía, además, que Bergoglio tenía un enfrentamiento con el ala conservadora de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) sobre la conducta de la Iglesia ante ese proyecto. Bergoglio presidía esa liga de obispos, pero tenía enfrente a un grupo que encabezaba el arzobispo de La Plata, Héctor Aguer. Bergoglio sostenía una estrategia de posición silenciosa, fiel a la doctrina de la aproximación indirecta al objetivo.

Había que desarmar las posiciones del oficialismo actuando sobre los legisladores, pero sin exponer a la Iglesia como institución ni a sus personeros. Esconder las sotanas era la mejor manera de disolver el frente enemigo y actuar sobre una fina percepción del objetivo: frustrar una ley que tenía el consenso de la mayoría como expresión de la Modernidad. Para la misión de la Iglesia, era más eficaz comprender la racionalidad del problema de la diferencia en materia de sexo que embanderarla en una oposición homofóbica.

Los conservadores de la CEA entendían que era necesario movilizar a la Iglesia y, en particular, a las instituciones en las que tenía más inserción, que son las escuelas. Proponían marchas con alumnos en plazas de todo el país y mostrar a una Iglesia batalladora. Cuando

hubo que votar dentro de la Conferencia, Bergoglio perdió.

Kirchner entendía, como Bergoglio, que el matrimonio igualitario era un signo de la Modernidad y que no había ningún beneficio en oponerse. Tampoco era un proyecto del Frente para la Victoria, con lo cual era posible correr el riesgo de apoyarlo sin el costo de la derrota sobre una iniciativa propia. Comprometerse con iniciativas de la oposición fue la estrategia del peronismo de esos años para desarmar a sus adversarios, forzarlos a pelear sin convicción y, además, halagar o seducir a los votantes de otros partidos.

En este caso, se trataba de un proyecto de diputados del socialismo y de Afirmación para una República Igualitaria (ARI), la fuerza de Elisa Carrió: respectivamente, Eduardo Di Pollina y Marcela Rodríguez. (2) Para Kirchner, era una oportunidad inmejorable de ampliar el arco de aliados. Dividía, como todos los asuntos de conciencia, a toda la sociedad. Si encima le daba un cachetazo a Bergoglio, a quien señalaba como el verdadero jefe de la oposición, se termina de entender este énfasis que Kirchner le dio a la pelea.

Como en las peleas de poder en serio, lo que importaba era la forma, no el fondo. No interesaba tanto si era bueno o mejor que las uniones de personas del mismo sexo tuvieran otro formato legal. Lo importante era la pelea en sí, las fuerzas a las que comprometía y la energía que liberaba en beneficio propio. Intuía, como Bergoglio, que era una señal de los tiempos.

Una de las características sobresalientes de Kirchner —que no era culto, audaz ni clarividente— era su condición de semiólogo natural. Percibía el valor de las señales individuales y colectivas en la sociedad y el efecto que las actitudes provocaban en los demás y en el conjunto. Todo lo que hizo en vida puede entenderse por el despliegue de esa condición, la más importante y quizá la única sobresaliente que exhibió. Tuvo dudas. En un viaje que hizo a Bruselas antes del tratamiento del proyecto en la Cámara de Diputados, su asesor en el bloque, Juan Manuel Abal Medina, le mostró el resultado de una encuesta que decía que el rechazo dominaba 70 a 30. «No te engañes —le respondió Kirchner—. Cuando se haya votado, vas a ver que va a ser al revés, 70 a favor y 30 en contra.»

Igual guardó silencio en la reunión de bloque previa al debate en el recinto del 4 de mayo de 2010. Escuchó las posiciones y no abrió la boca. Pero mandó a Abal Medina a que dijera, uno a uno, a todos los diputados, que él estaba a favor. También habilitó las maniobras para lograr los votos, sabiendo que estaban divididos. Consintió disidencias, como la del grupo que integraban Jorge Landau (apoderado del Frente para la Victoria), Graciela Gianetassio y José María Díaz Bancalari, que habían presentado un proyecto alternativo de unión civil.

Fue más duro con compañeros de la bancada peronista que parecían expresar el rechazo frontal del proyecto, en términos parecidos a los que sostenía el ala conservadora del Episcopado. Es el caso de Patricia Fadel, diputada por Mendoza, que ejercía la vicepresidencia de la cámara por el oficialismo. Su resistencia a votar el matrimonio igualitario le costó el cargo legislativo y, al año siguiente, la reelección en la banca. Había sido, hasta ese momento, un peón fiel al matrimonio Kirchner, operadora territorial del asesor presidencial Juan Carlos Mazzón. No bastó para reivindicarse que presionase ese año a la diputada Cynthia Hotton para que votase el presupuesto 2011. Hotton lo contó en público; le tomó la palabra Elisa Carrió, quien amplificó la denuncia con el resultado conocido. Se frustró la aprobación del presupuesto y el Gobierno se quedó al año siguiente sin esa norma decisiva.

En el medio, Kirchner en persona manejó el bloque para que se alcanzase la aprobación. Había logrado que el sector favorable a la unión civil (Landau) por lo menos diera el quórum en la comisión respectiva para que hubiera dictamen. También controló el minué de entrada y salida de los diputados para que el número diera. Al momento de votar, en la madrugada del 5 de mayo —la sesión había arrancado el día anterior—, Kirchner esperaba en su oficina junto a Abal Medina y empezaron a llamar a los diputados que no estaban de acuerdo para que saliesen del recinto. El pretexto era que Néstor estaba en la casa y quería tomar un café con ellos.

Cuando estaban llegando, Néstor y Abal salieron por otra puerta y bajaron al recinto con otros diputados, los del Sí, cantando. Le entonaban el feliz cumpleaños a Abal Medina. (3)

La martingala era necesaria. Se aprobó por 126 votos, 110 en contra y 4 abstenciones, sacando y poniendo gente en las bancas. Si los ausentes hubieran votado por el No, el proyecto habría sido rechazado.

El resultado entusiasmó a Néstor, que antes de que se iniciase la sesión había asumido como primer secretario de la Unasur, la liga de naciones sudamericanas que habían creado unos años antes Duhalde y Lula da Silva como la «OEA sin Canadá ni Estados Unidos». En el regocijo de esa cumbre, que transcurrió en el hotel Sofitel de la localidad de Cardales, en las afueras de Buenos Aires, Kirchner festejó por adelantado:

—Y después vamos con el proyecto del aborto.

La respuesta de Cristina le llegó en el acto:

—Con el aborto ni se te ocurra.

Amagó con algo Néstor, porque Cristina remató:

—Y si hacen algo, hablo con Pichetto y te lo hago caer.

En 2018, Pichetto reveló que en 2012 había presentado un proyecto

para convertir en ley el llamado fallo FAL de la Suprema Corte. Esa sentencia ordenaba la aplicación de un protocolo de abordaje del aborto no punible en todo el país. El senador peronista y presidente de la bancada del oficialismo comprometió la firma de Aníbal Fernández. Este había promovido, desde el Poder Ejecutivo, algunos proyectos de la despenalización del uso de drogas para consumo personal, que le costaron la inquina de la Iglesia. Ese enfrentamiento sordo motivó la orden de la Iglesia a sus feligreses de quitarle apoyo en 2015 a su candidatura a gobernador de Buenos Aires, cargo que ganó María Eugenia Vidal.

Antes de la presentación formal, Pichetto envió la carpeta con la iniciativa a Cristina para que opinara sobre la cuestión. En marzo de ese año, Bergoglio había sido elegido Papa, y la presidente quiso evitar un desaire. Llamó a Pichetto y le dijo que de ninguna manera apoyaba esa iniciativa, que no era conveniente que la presentase. «No quiero lío con eso», le dijo.

Reiteraba una vieja posición de los Kirchner: nunca habría aborto en la Argentina. Ni aun cuando el fallo FAL era en realidad una reglamentación de un artículo del viejo Código Penal. Pichetto acató la consigna y nunca presentó el proyecto. «Lamentablemente, el Gobierno nacional de aquel tiempo no impulsó la conversión en ley de los lineamientos del fallo fal», pudo decir en 2018. (4)

Cuando el bloque del Frente para la Victoria, que manejaba Cristina como senadora, anunció en 2018 que apoyaría el proyecto de despenalización, Pichetto hizo pública esa contradicción de la ex presidente: cuando gobernaba, juraba ser antiabortista; ahora que era oposición y la primera línea de Cambiemos era antiabortista, cambiaba de opinión.

Poco tiempo después, el 27 de octubre de 2010, murió Kirchner, y Bergoglio cumplió como pastor, olvidando las inquinas políticas. Rezó una misa en la tarde de ese día en la catedral, a la que no asistió ningún familiar del ex presidente ni tampoco funcionarios de jerarquía. El de más alto rango era Juan Landaburu, subsecretario de Culto. El sermón fue breve, pero destacó que Kirchner había sido «ungido» por el voto popular. Repitió varias veces ese concepto para destacar que el dolor era colectivo, porque el voto le había confiado durante años el Gobierno del país. Se ocupó de repetir que gobernar es servicio y que podía haber sido una carga y un padecimiento para el fallecido Kirchner, quien lo había señalado como el jefe de la oposición a su Gobierno y al de Cristina.

«Este hombre cargó sobre su corazón, sobre sus hombros y sobre su conciencia la unción de un pueblo. Un pueblo que le pidió que lo condujera. Sería una ingratitud muy grande que ese pueblo, esté de acuerdo o no con él, olvidara que este hombre fue ungido por la

voluntad popular», dijo. En el público había militantes y funcionarios de todos los partidos, menos representantes de la familia o del Gobierno. Estaban la diputada Gabriela Michetti, los ex jefes de Gobierno porteño Enrique Olivera, Jorge Telerman y Aníbal Ibarra, además del macrista rabino Sergio Bergman, el entonces ministro de Educación porteño, Esteban Bullrich, y el sindicalista Oscar Mangone.

1. Ignacio Zuleta, *Macri confidencial, op. cit.,* p. 199.

2. Los detalles de ese debate pueden verse en Bruno Bimbi, *Matrimonio igualitario. Intrigas, tensiones y secretos en el camino hacia la ley.* Buenos Aires, Planeta, 2010.

3. Allí diría la frase que le atribuye Mariano de Vedia: «A mí, los gays me interesan una mierda. Yo vengo a romperle el culo a Bergoglio» (Mariano de Vedia, *En el nombre del Papa, op. cit.,* p. 231).

4. Miguel Ángel Pichetto, «Una discusión de Estado, no de creencias religiosas», en *La Nación,* 10 de julio de 2018.

23. DEBUT CON CRISTINA

La asunción de Cristina de Kirchner como presidente en 2007 abrió otro ciclo de relaciones. En un almuerzo en Olivos, la flamante mandataria les consultó a Néstor y a Alberto Fernández, a quien había confirmado como jefe de gabinete:

—Recibí esto —y les mostró una nota firmada por Bergoglio pidiendo una reunión con la mesa directiva de la Conferencia Episcopal que él presidía desde 2005.

—No los recibás… Mandalos a la mierda —aconsejó Néstor.

Fernández tomó la palabra y ensayó una autocrítica del Gobierno anterior.

—Este problema con la Iglesia lo tuvimos al pedo… Fijate que los tipos que odian a Bergoglio son los mismos que nos odian a nosotros. ¿Entonces para qué nos peleamos con él? Lo odian los Aguer, los movimientos más conservadores de la Iglesia. ¿Por qué carajo nos estamos peleando?

Cristina reparó en ese argumento pese a los reclamos de su marido.

—¿Pero vos te olvidás de lo que dijo?

Fernández salió por la diagonal:

—No me olvido, pero la verdad es que nunca entendí lo que nos quiso decir. Los medios usaron eso para joder, pero fueron los medios, no Bergoglio. A mi juicio, hay que recibirlos ya, y damos vuelta la página. Vos no sos Néstor, podés tener otro vínculo.

Esa misma tarde cursaron la invitación a Bergoglio para una reunión que transcurrió en un clima que parecía haber superado cualquier diferencia anterior. Ante la religión, Cristina tiene otra actitud, de menor prevención, y les confesó a los visitantes a la primera reunión sobre su devoción por la Virgen de Luján. Dijo todo lo que Bergoglio hubiera querido escuchar: criticó el aborto, habló de la devoción de su madre a la Virgen de la Medalla Milagrosa, contó que rezaba todas las noches antes de dormirse.

Parecía iniciarse una nueva etapa en las relaciones con la Iglesia, pero los auspicios no eran los mejores. El mismo año de la elección que había convertido a Cristina en presidente de la Nación, Bergoglio había sido el armador de la candidatura de Jorge Telerman a jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

A poco de asumir, Cristina tuvo que enfrentar su primera gran batalla contra la oposición, que fue la que estalló por el rechazo de la resolución 125 del Ministerio de Agricultura, que establecía un régimen de retenciones móviles a las exportaciones de granos. Esa norma fue revocada en el Senado en una sesión en la cual, por un voto, el vicepresidente Julio Cobos votó con la oposición. Fue el final

de ese formato de gobierno transversal que había asumido en diciembre de 2007. De esa crisis se siguieron todos los problemas políticos que acompañaron los dos mandatos de Cristina de Kirchner.

Tampoco ayudó a las relaciones el hecho de que, para el gobierno de entonces, el Arzobispado de Buenos Aires, que está a pocos metros de la Casa Rosada, fuera señalado como el centro de operaciones de la protesta de las organizaciones agrarias. Bergoglio se decía imparcial y llamaba a unidad, pero el gobierno sentía que solo hablaba con la oposición. Pedía «gestos de grandeza» y recibía a Julio Cobos en momentos menos oportunos para los intereses del Gobierno.

En pleno debate de la 125, Néstor Kirchner reunió, como presidente del PJ, a la mesa chica del partido y, después, a todos los legisladores del Frente para la Victoria. En la primera reunión, que se hizo en la sede de la calle Matheu, Hugo Moyano tuvo la ocurrencia de proponer que Jorge Bergoglio hiciera una mediación entre el Gobierno y las entidades del campo. Kirchner rechazó con los modos más violentos esa idea. Moyano venía de una reunión con el arzobispo y el ex presidente consideró que era un despropósito darle la mediación a quien, entendía, era el jefe de la oposición al Gobierno de su mujer. El jefe sindical advirtió, casi testimonial:

—A veces me pregunto si la estrategia del Gobierno es la más acertada, si lo que llevan adelante es lo mejor para superar el problema…

Kirchner no lo dejó terminar:

—Claro que es la mejor, no tengan duda, por eso vengo a pedir el apoyo de ustedes.

Para la dialéctica cristinista, Bergoglio se ponía del lado de los enemigos. Ahí quedó quebrado el vínculo con él.

Reconciliaciones

Bergoglio siguió en contacto con Alberto Fernández cuando este dejó de ser jefe de gabinete. En julio de 2010, cuando el Senado trataba la Ley del Matrimonio Igualitario según un proyecto que había respaldado la entonces pareja del ex funcionario, Vilma Ibarra, tomaron de nuevo contacto. Bergoglio había enviado una carta a los legisladores con los argumentos que había expuesto ante unas congregaciones de religiosas en repudio del proyecto.

Fernández lo llamó para comentarle ese hecho y le señaló la vehemencia de su posición. El arzobispo le dijo: «Yo soy el jefe de toda la Iglesia. Tengo que representar a todos los católicos, no puedo evitar esto. No son mis palabras. Estoy transcribiendo lo que escribe una congregación de mi Iglesia. Es una visión del cristianismo, hay que ser amplio y comprensivo».

Puede parecer una disculpa, quizá por el contexto de ese debate. Bergoglio había perdido una votación en la Conferencia Episcopal Argentina ante los sectores más conservadores encabezados por el arzobispo de La Plata, Héctor Aguer. Siendo presidente de la CEA, había sostenido una posición de rechazo, pero moderado en las formas. La carta a los legisladores pareció, a algunos, un mensaje a Roma, para mostrar su rechazo a la iniciativa, pese a su posición moderada ante los conservadores. (1)

Bergoglio se despidió con una frase que Fernández pone en términos también proféticos: «Le prometo que, si algún día manejo la Iglesia, voy a hacer muchas de las cosas que usted me reclama que haga».

Alberto cree que como Papa cumplió con esa promesa. Por esa razón, ha pasado a integrar el club de admiradores agnósticos de Francisco. Pese a eso, en enero de 2010 dedicó una ácida nota en el diario *Critica de la Argentina* a responder lo que Bergoglio había dicho en la misa oficiada en diciembre de 2009 por los cinco años de la tragedia de Cromañón. Allí había acuñado el lema de Buenos Aires «ciudad coimera». El ex jefe de gabinete acumuló, en unos pocos párrafos, varios reproches al arzobispo, a quien anotó en la historia de una Iglesia que, decía, había sido complaciente con la dictadura militar, pero intolerante con el ciclo democrático. (2)

Le hizo también una observación hiriente que daba razón a las denuncias privadas que hacía Bergoglio de que era espiado por el Gobierno. Por eso solía encender una radio portátil cuando iniciaba conversaciones con sus visitantes. «Esa gente me graba todo lo que hablo acá», le dijo a más de uno de esos contertulios en su pequeño despacho en la sede del Arzobispado. «Es mayor el tiempo que dedica a reunirse con dirigentes opositores que el que ocupa en atender las muchas necesidades de la gente». Si Fernández no fuera un laico descreído, el final de la nota sería profético: «Lo ideal sería que nuestro cardenal primado haga aquello que alguien le reclamaba al padre Francisco: hablarle al alma del pueblo en pie. Pero, claro, antes que dialéctica política ¡se necesita tanta fe!». Era una referencia a una canción de Miguel Cantilo, que había popularizado el dúo Pedro y Pablo y que le hacía reproches, en el mismo tono que Fernández, a un «padre Francisco». (3) Tres años más tarde, Bergoglio elegía ese nombre al inaugurar su papado.

A las pocas horas, sonó el teléfono de Fernández:

—¿Alberto? Cómo le va. Habla Jorge…

—¿Jorge?

—Bergoglio… Fue muy duro, Alberto, conmigo. He leído su nota con atención. Siempre hemos tenido una relación cordial.

—Es que no me parece que una persona de su investidura me trate de corrupto.

—No lo he tratado de corrupto a usted…

La explicación que dio el arzobispo fue que su denuncia era por el Gobierno de la ciudad, que toleraba los talleres clandestinos.

—¿Y por qué no dijo que era para Macri?

—Porque no hace falta, Alberto. Creo que se entiende.

—Demos por superado el tema, monseñor…

—Lo que yo querría es que usted entienda que las preocupaciones que tiene con la Iglesia las tengo yo también. Pero no está en mis manos resolverlas. Soy solo un obispo.

—Entonces usted, como obispo, lo que tendría que hacer es que…, si yo en el lugar en donde tengo jurisdicción veo una cosa así…

—Pero usted tiene que entender que no soy el Papa.

El diálogo terminó allí, pero no fue el último. En marzo de 2013, el día antes de que Bergoglio viajase al Vaticano para participar del cónclave que lo elegiría Papa, Fernández se estaba haciendo atender en el consultorio de su dentista, Carlos Cecchi. Cuando terminaba la sesión, y aun bajo la anestesia, este médico le dijo al oído:

—Escuchame, Alberto. Ahí hay alguien que necesitaría hablar con vos.

—Sí, no hay problema. ¿Qué pasa?

—¿Podrías quedarte unos minutos?

—¿Quién es?

—Bergoglio.

Cecchi quedó como testigo de esa charla en su consultorio, en la cual repasaron los temas del momento durante casi una hora.

—Las cosas han sido muy difíciles con Cristina —dijo en un momento Fernández.

—Sí, siempre las cosas han sido también difíciles con ustedes, con este Gobierno.

—Si miramos retrospectivamente y somos honestos todos, los dos hemos cometido errores.

—¿Por qué me dice esto?

—Nosotros cometimos el error de no haber intentado entenderlo mejor a usted. Y usted dio aquella famosa homilía en que los diarios entendieron que nos estaba atacando. Nunca pudimos volver de eso y fue un error.

Recordó la nota que había escrito unos años antes y el diálogo que habían tenido para intentar un acercamiento. También recordó que, después de la homilía de la discordia, el Gobierno había ido con el Tedeum a Santiago del Estero. «Y después el obispo Maccarone terminó filmado haciendo cualquier cosa», le recordó. (4)

—¿Vio, Alberto? ¿Con qué autoridad le digo esto, y mire a quién terminé promoviendo? —le respondió Bergoglio.

—Le dije que nuestro error fue no intentar comprenderlo mejor. Y

cuando se dio la oportunidad con Cristina, usted no ayudó, porque se puso del lado del campo.

—Bueno, pero si yo no hacía eso, Alberto, en el interior del país esto era un hervidero y podía explotar en mil pedazos. Había que contener, porque la gente estaba muy loca.

—Quizá debió contener de dos lados.

—Pero ustedes no me dieron espacio, nunca me defendían, nadie me hablaba.

—¿Y sabe cuál es su error? Creer que lo que escribe Verbitsky lo mandamos nosotros.

No le contestó nada. Se saludaron y se despidieron.

—¿Va a volver o se queda en Roma? —le dijo Fernández al saludarlo, casi con humor.

—Nooo, quiero volver.

Le ofreció llevarlo en auto hasta el Arzobispado desde el consultorio de la calle Rodríguez Peña y Juncal, en el barrio de La Recoleta.

—No, déjeme. Quiero ir caminando.

Tomó su maletín negro y partió.

1. Mariano de Vedia, *En el nombre del Papa, op. cit.,* cap. 11: «El matrimonio». Véase también Marcelo Larraquy, *Recen por él. La historia jamás contada del hombre que desafía los secretos del Vaticano. La puja interna de la curia romana ante el fenómeno llamado Francisco*, colab. de Fernando Soriano, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

2. Alberto Fernández, «El padre Francisco y el cardenal Bergoglio», en *Crítica de la Argentina,* 3 de enero de 2010, reproducido en *Pensado y escrito. Reflexiones del presente argentino y dilemas de una sociedad fragmentada,* pról. de Marco Aurelio García, Buenos Aires, Lugar, 2010, pp. 197-202.

3. Padre Francisco, / no les pregunte lo que piensan sobre Cristo, / tienen otra preocupación, / padre Francisco, / le han agregado un nuevo clavo al crucifijo, / para olvidarlo en la pared, pan y trabajo, / de qué milagros habla usted, / techo y debajo, / la tierra donde cultivar la razón y la fe. / Padre Francisco, / haga que multipliquen los panes para el pueblo, / de lo contrario no habrá dios. / Padre Francisco, / ya no podemos darle al César lo del César, / pues se lo lleva sin pedir, / alce sus manos, para evocar la protección, / de los hermanos, cuyo pecado fue nacer, / sin control ni calor. / Padre Francisco, / comunista, / con estandartes y altavoz. / Padre Francisco, / salga por Cristo a predicar, / una justicia más audaz. / ya no recaiga, háblele al alma, / del pueblo de pie, / se necesita tanta fe, / sea usted capaz.

4. En agosto 2005, el obispo de Santiago del Estero, monseñor Juan Carlos Maccarone, renunció a ese cargo al conocerse un video con imágenes junto a un joven en situaciones comprometedoras. Era un teólogo respetado dentro y fuera de la Iglesia que había tenido importancia política en dos momentos. Uno, cuando fue el delegado de la Conferencia Episcopal para discutir la reforma de la Constitución en 1994. El segundo, cuando fue muy activo en el llamado Diálogo Argentino, durante el Gobierno de Eduardo Duhalde. Se enfrentó con el Gobierno de Carlos Juárez y apoyó la intervención que ordenó Néstor Kirchner a Santiago del Estero en 2003. En 2005, albergó el Tedeum que pidió Kirchner en la catedral de la capital de esa provincia, para desairar a Bergoglio. Nunca se ha revelado la trama de ese video, que en la Iglesia se atribuye a una venganza política contra un obispo progresista. Para otros, es un signo de la suerte que pueden correr los adversarios de Bergoglio.

24. JUEGO DE TRAMPOSOS

Una prueba de la competencia para el oficio de la política es la capacidad de hacer trampa. Cuando la Argentina se acercaba al festejo del Bicentenario de la Revolución de Mayo, Cristina de Kirchner y Jorge Bergoglio ensayaron los modos de la despedida. En diciembre de 2010, el arzobispo cumplía 75 años, fecha de jubilación forzosa para el episcopado. Cristina transitaba el último tramo de su primer mandato, que terminaba en diciembre de 2011.

En marzo de 2010, los obispos aprobaron un documento redactado por Bergoglio, quien presidía la Conferencia Episcopal, sobre los doscientos años de existencia de la Argentina. Tan bergogliana es la redacción, que suele incluirse en volúmenes que recopilan la obra del Papa. Es el escrito «La Patria es un don, la Nación es una tarea», que leería el arzobispo en el Tedeum del 25 de mayo en la catedral metropolitana, ante los funcionarios del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, opositor al gobierno de la Nación. Cristina de Kirchner organizó un Tedeum paralelo en la catedral de Luján, que rezó monseñor Agustín Radrizzani. Nunca habían estado tan lejos esas posiciones entre el Gobierno nacional y la Iglesia.

Ese documento remataba una serie de consignas cívicas con un programa de coyuntura:

> 1) «Urge recrear condiciones políticas e institucionales para superar el estado de confrontación permanente que profundiza nuestros males.»
> 2) «Es el momento de privilegiar la sanción de leyes que respondan a las necesidades reales de nuestro pueblo y no de detenerse en opciones fijadas por intereses que no tienen en cuenta la naturaleza de la persona humana, de la familia y de la sociedad.»

A finales de 2009, la Justicia había amparado dos matrimonios entre personas del mismo sexo y la Iglesia había puesto el grito en el cielo por la inacción de los gobiernos de la Nación y de la Ciudad de Buenos Aires para impedirlos. También el Congreso había aprobado la Ley de Medios Audiovisuales, que había producido una confrontación aguda entre oficialismo y oposición, por un lado, y entre el Gobierno y los medios de mayor identificación con el público, por otro.

Esa cita entre la mandataria y el arzobispo fue un mano a mano entre dos personas a las que se señalaba como responsables de un enfrentamiento del cual ambas se quejaban como de un mal incurable de la conciencia criolla. Por eso los dos se prometieron retirarse.

Tramposos, ninguno cumplió. El tamaño de la trampa fue tan grande como el salto que dieron hacia arriba. Uno llegó a ser Papa; la otra, presidente reelecta con récord de votos.

En ese clima, la cúpula de la CEA visitó a Cristina para entregarle el documento aprobado días atrás, que se conocería el 25 de mayo desde el atril del arzobispo. Fue cuando le dijo a Bergoglio: «No quiero eternizarme en este sillón; después de todo, cardenal, los dos nos vamos en 2011».

Bergoglio salió contento pero engañado —como el resto del país— del despacho presidencial para irse rápido al Senado a encontrarse con Julio Cobos. Dijo que estaba satisfecho porque había conseguido colocar a la Iglesia en el centro del escenario en un país con los tres poderes enfrentados entre sí. «En dos días, he conseguido para la Iglesia lo que no había podido lograr en nueve años.» Escucharon esto los acompañantes del arzobispo de Buenos Aires, Luis Villalba (arzobispo de Tucumán) y José María Arancedo (de Santa Fe), y Aníbal Fernández —antes de ser la Morsa que se ganó la inquina de la Iglesia en 2015—, Florencio Randazzo, Jorge Taiana y Guillermo Oliveri, secretario de Culto.

Cuando los visitantes le dieron el documento, tomó la palabra Cristina y no la dejó nunca. «Habló más que todos, dejó poco tiempo para las respuestas», comentó uno de los obispos. Echó mano de los papeles que suele usar en los discursos y leyó los grandes éxitos del Gobierno desde 2003 en materia de desempleo, crecimiento económico, balances positivos, etcétera.

Bergoglio, siempre amable, le señaló el párrafo del documento católico que llamaba a un diálogo institucional. Cristina lo paró: «El marco del diálogo es la Constitución; no hay otro». Cuando uno de los obispos intentó replicar algo sobre el estilo confrontativo, Cristina lo interrumpió:

—Miren, señores, perdón, monseñores; yo no tengo por qué gustarles a todos, pero estamos acá para resolver los problemas de la gente.

Arancedo trató de llevarla a otro andarivel de la retórica:

—Tenemos que aprovechar este año del Bicentenario para hacer que la política sea vista como la herramienta para la solución de los problemas. La política está muy desacreditada.

—No hay gobierno que haya hecho más para reivindicar a la política como este —dijo Cristina.

—Pero no ha aumentado su prestigio —le respondió uno de los obispos.

—Por favor, monseñores —desmarcó Cristina—, no tenemos ningún problema serio en lo religioso que nos separe. Lo que tenemos que hacer es trabajar más juntos.

Sabiendo que seguía, ese mismo día, la cita con Cobos, la presidente dedicó un largo párrafo en defensa del uso de las reservas del Banco Central para pagar la deuda:

—Hacemos lo que hacemos para mejorar la posición del país, aunque estemos pagando deudas de gobiernos anteriores que ahora no quieren que lo hagamos.

Expuso la teoría de los demonios que había precipitado el mes anterior, febrero de 2010, la destitución de Martín Redrado como presidente del Banco Central. Se había negado al uso de reservas para pagar deudas. Había defendido el camino de un endeudamiento más caro en los mercados voluntarios, frente al del endeudamiento barato con las reservas, que buscaba Cristina.

Mirándolo a Bergoglio, le dijo:

—Siempre que pienso sobre deuda, recuerdo los pronunciamientos de la Iglesia, incluso de los papas, sobre cómo pesa sobre los más humildes.

Bergoglio le recordó:

—Sí, hemos hecho muchos pronunciamientos sobre la deuda especialmente en la época de Menem, que quería pagar la deuda.

—No es lo mismo. Acá queremos pagar para asegurar la estabilidad y el crecimiento —intentó despejar ella.

El encuentro fue una explosión controlada; ninguna de las dos partes quiso acercarse a la cornisa. Por eso, ni palabra del proyecto de despenalización del aborto que habían presentado legisladores del oficialismo. Dos días antes de esa reunión, el 16 de marzo de 2010, un grupo de diputados de la oposición y algunos aliados del peronismo habían presentado esa iniciativa, después de que una anterior, de 2007, hubiera perdido estado parlamentario. Entre las 33 firmas, estaban las de unos pocos diputados del Frente para la Victoria (FPV), como Juliana Di Tullio, Héctor Álvaro, Adela Segarra, Adriana Puiggrós y Héctor Recalde. La mayoría del bloque seguía fiel a la consigna de Cristina de que mientras hubiera un Kirchner en el gobierno nunca habría ley de despenalización del aborto. Se había mandado a decir eso a Juan Pablo II, y se cumplió.

En aquel encuentro, tampoco se habló de la polémica sobre el vicariato castrense del destituido monseñor Antonio Baseotto, ni de los choques con el Gobierno sobre cifras de pobreza que hacían a los Kirchner en todos los palcos. Optimistas de la concordia, aunque fuera por un instante, el final de la charla fue hasta entretenido y como entre quienes querían salir más amigos que cuando entraron, fue otro ejercicio de la trampa política.

25. GORDITA, NO PUDE DECIR QUE NO. SOY PAPA

Un sobrino de Jorge Bergoglio alimentó con anécdotas el presunto desinterés del tío por la carrera papal. Le da más encanto al personaje, pero recubre de inocencia la firmeza del proyecto. Nadie llega a Papa por casualidad ni por el curso lógico de los hechos. Aún menos cuando se trata de un personaje que ha hecho una trayectoria ascendente desde el subsuelo de la escala social e institucional. El propio Bergoglio enumeró varias veces las razones por las cuales nunca sería Papa: su pertenencia a la Compañía de Jesús, marginada históricamente de ese escalafón; su salud, frágil desde la juventud, cuando fue operado del sistema respiratorio, algo que le impidió viajar a Japón como misionero; su proveniencia de América Latina, el fin del mundo; su trayectoria como sacerdote y como obispo, que lo enfrentó con los poderes fácticos de cada momento. Llegó al pontificado porque doblegó todas esas restricciones con una fuerza que solo explica una divina voluntad de poder.

El anecdotario del Bergoglio que se dio por sorprendido ante la elección del cónclave vaticano suma frases como la que recuerda su sobrino: «Antes de viajar, llamó para despedirse y al igual que en 2005 [cuando fue la elección de Benedicto XVI] le dijo a mi mamá: "Nos vemos, gordita. A la vuelta a ver si nos tomamos unos mates" [...] El 13 de marzo del 2013, el mismo día de la elección, a las nueve de la noche. Sonó el teléfono de casa, venía sonando todo el día. No le reconocí la voz. "¿Quién habla?" "Yo, Jorge." "Ah, tío, ¿qué tal, todo bien? Esperá que te paso con mi mamá." Fue todo muy natural, porque no dijo: "Yo, Francisco", sino Jorge. Lo primero que le dijo a mi mamá fue: "Gordita, no pude decir que no"». (1)

Clelia Luro, la viuda de monseñor Gerónimo Podestá, quería que el Estado le pagase la pensión que correspondía a la jubilación del legendario obispo, uno de los adelantados de la corriente de la teología del pueblo. Hizo una gestión en la ANSES y, cuando le pidieron el DNI del derechohabiente, saltó que se trataba de un obispo que había tenido una pensión graciable que no podía trasladarse a su viuda, porque los curas católicos no suelen casarse. Pablo Fondevila, gerente del organismo, dijo que era un caso insólito, que podía marchar, pero que necesitan alguna venia de la Iglesia para asegurarse de que la institución no le caería encima.

Eduardo Valdés, funcionario de la Cancillería en esos años, le llevó el tema a Bergoglio, que era amigo de Clelia. El arzobispo escuchó y pidió un grabador de voz. Eran tiempos de una tecnología primitiva, no existía el WhatsApp y el cardenal nunca fue afecto a los celulares; menos aún a dejar marcas por escrito de sus deseos y tramitaciones.

Apretó el botón del Geloso —grabador de primera generación de marca hoy olvidada— que le habían acercado y grabó: «Querido Pablo. No sabe cómo le agradezco todo lo que está haciendo por la amiga Clelia». Puso stop y le dijo: llévele esto. ¿Acaso imaginó alguien que iba a dejar un testimonio en papel de esa intermediación? El trámite no era fácil, porque los abogados habían frenado el pedido. Clelia recurrió a Zaffaroni, que la patrocinó en una medida de amparo que terminó ganando en un acuerdo extrajudicial. Fue un final de excepción que alguna vez alguien deberá explicar en beneficio del derecho previsional.

Clelia Luro consolidó después de esa gestión su estrecha relación con Bergoglio y se ganó un lugar en la galería de los profetas. Un par de meses antes de la elección, exclamaba ante testigos —Raúl Zaffaroni era uno de ellos—, durante una ronda de mate: «Este alemán tiene que renunciar y Jorge tiene que ser Papa». Horas antes del viaje final a Roma, Bergoglio la llamó por teléfono para despedirse:

—Te llamo a la vuelta —se despidió.

—Vos no vas a volver, porque vas a ser Papa —le respondió Clelia.

En esta galería de damas proféticas, tiene también un puesto Elisa Carrió con su frase del día cuando lo conoció: «Este va a ser Papa».

Había elegido dónde iba a envejecer y morir

Tomás Sánchez de Bustamante, presidente de OSDE, empresario y hombre de Iglesia, recibió un pedido de Bergoglio para que esa obra social, una de las más grandes de la Argentina y con un mercado premium de clientes de las clases medias y ascendentes, se hiciera cargo del Sanatorio San José, propiedad de la Iglesia y que estaba al borde de la bancarrota.

La empresa y se hizo cargo de las reformas para poner el sanatorio de nuevo en marcha, con lo cual las relaciones entre ellos se estrecharon. En 2011, Sánchez de Bustamante fue a saludar a Bergoglio por el cumpleaños número 75.

—Ya he mandado la carta de renuncia —le contó.

—¿Qué va a hacer?

—Espero que me acepten la renuncia. Ya me han preparado una habitación en la casa de unas monjitas. Pero siempre hay algo que hacer.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, me voy a dedicar a hacer algo de política para tratar de enderezar esto —y señaló por la ventana de su oficina hacia la Casa Rosada.

Apartó al grupo de visitantes a un sector del despacho de reuniones, que no era el que tenía dispuesto como arzobispo, que usaba solo

como depósito de papeles, y encendió una radio.

—Hablemos más acá, así esta mujer no me puede grabar lo que digo.

Ese grupo de amigos llegó a visitar la habitación que decía tener reservada en la casa de la calle Condarco 130. Se sumaron otros amigos de extracción sindical que aportaron materiales y mano de obra para refaccionar esa instalación.

Todo quedó en la nada. Cuando Bergoglio asumió como Papa, le pidió a Sánchez de Bustamante que OSDE participase del Congreso Anual de Bioética que se hace en el Vaticano. A los sindicalistas los ha recibido en todas las ocasiones que les ha parecido oportuno para enviar señales políticas a la patronal y al gobierno de Buenos Aires.

Escrutinios vaticanos

Contradice este anecdotario el hecho de que Bergoglio, en el cónclave de 2005 que eligió al Papa Benedicto XVI, había logrado 42 votos. Provenían de los cardenales más progresistas y se los había trasladado Carlo Maria Martini, arzobispo de Milán, a quien habían diagnosticado un cáncer. Según dice la historia oficial de las infidencias papales —el secreto obliga a los electores, so pena de excomunión—, Bergoglio le pasó esos votos a Benedicto XVI, un teólogo que pertenecía al club de amigos del cardenal argentino en el Vaticano.

Ese grupo solía mantener comidas sociales en la casa de Guzmán Carriquiry en Roma, personaje clave que actuó como presentador de Bergoglio a quien era arzobispo de Buenos Aires, Antonio Quarracino, años antes de que lo eligiera su sucesor. También frecuentaban ese departamento Ratzinger y Bergoglio, quienes se tenían gran confianza mutua desde antes de ser papas los dos.

Los 42 votos que logró Bergoglio por fuerza propia y cesión de los martinistas alcanzaban un número que bloqueaba la mayoría necesaria para que Ratzinger resultara elegido. El cardenal argentino soltó esos sufragios para construir el papado transitorio del cardenal y teólogo alemán. Bergoglio nunca lo ha contado a nadie, pero tampoco se lo ha desmentido a quienes le han expuesto esta trama bajo el irónico pretexto de los amigos: «Padre Jorge, le cuento lo que andan diciendo por ahí, solo para que usted lo sepa». La respuesta es una sonrisa de asentimiento más expresiva que una confesión.

Aquel círculo respiraba tanta confianza mutua, que alguno de sus entornistas pensó que los dos libraban una abierta jugada de ajedrez: elegirlo a uno Papa, de modo que trajese al otro como secretario de Estado, en lugar del adversario de Bergoglio, Angelo Sodano.

También buscaron confirmación contándole, solo para su información, lo que se decía: «Viene usted como secretario de Estado

de Ratzinger». Bergoglio respondía: «Si tengo que venir a Roma, ¿sabe lo que va a pasar? Me muero».

Los calló a todos con eso. Estos diálogos los han completado esos entornistas con la observación del cambio de estado de ánimo entre Bergoglio arzobispo y Francisco Papa. «¿Por qué antes esa cara de culo y ahora esa sonrisa? Creíamos que estaba enfermo del hígado, no de los pulmones. ¿Qué cambió?». La respuesta la han repetido decenas de testimonios, como por ejemplo el del arzobispo de Santiago de Chile: «Porque me gusta ser Papa, y le agradezco a Dios hacer lo que estoy haciendo».

Bergoglio partió al cónclave de 2013 con los mejores pronósticos. Sesionaba en ese tiempo en Buenos Aires una peña con amigos bajo el rótulo de Mesa del Diálogo Religioso (una de las tantas que promovió), un foro privado de consulta y debate. Lo integraban, además de Bergoglio, el rabino Daniel Goldman, el profesor José María del Corral, el dirigente islámico Omar Abboud, Liberman, Mangone y otros. En marzo de 2013, Bergoglio partió a Roma desde esa peña con 70 votos confirmados para ser Papa. Ese recuento de votos estaba hecho sobre la base de información que tuvo el propio Bergoglio acerca de los apoyos que su nombre había juntado en una campaña del Episcopado de los Estados Unidos, a los que se sumaban sufragios de otros continentes. Nadie niega que en esos días Bergoglio hiciera un viaje más que discreto a Asunción del Paraguay para reunirse con obispos de la región.

Ese grupo de amigos de Buenos Aires estaba convencido, apenas inició el cónclave sus sesiones secretas, de que Bergoglio sería elegido Papa, porque era el abanderado de una campaña de la Iglesia periférica contra la camarilla de la Iglesia italiana. Seguramente, el cardenal primado de la Argentina también compartía esa percepción que, sin embargo, no existía para el público que seguía por los medios la crónica de la sucesión pontificia.

En las últimas reuniones de despedida, se mostró nervioso ante la posibilidad de ser electo Papa. Se franqueó ante amigos cercanos a la política y les dijo que no se sorprendieran si en los primeros momentos los cambios parecían lentos, pero que en poco tiempo introduciría su propio estilo. Para eso, dijo, les iba a pedir que viajasen a Roma después de su asunción, pero que no lo hicieran de inmediato, porque no los podría atender. Ese interlocutor sintetizó esa charla en términos de la política de cada día: «Es comprensible, el hombre tiene que armar su propio espacio». Este ánimo que prometía sorpresas pareció haberlo entendido, desde la gráfica, el viñetista Giannelli, del vespertino milanés *Corriere della Sera,* quien había dibujado a Bergoglio rodeado de cardenales diciendo: «Mis hermanos cardenales me han dado una sorpresa eligiéndome Papa». Y en un

aparte, como por lo bajo, en un susurro teatral, agregaba: «Pero ni se imaginan las sorpresas que vienen».

La Iglesia de Roma, sus feligreses y sus críticos han dedicado siglos a detectar cuáles son las manifestaciones del Espíritu Santo. Si se manifiesta a través de los sacerdotes o de las constituciones dogmáticas *ex cathedra* o no de Roma, o si lo hace por medio de las expresiones colectivas que tienen en el catolicismo ese fuero especial que expresa el lema latino *Vox Populi, Vox Dei*. Como el rumbo de la Iglesia sigue una derrota sometida a una hermenéutica de la cual surgen lecturas a veces contradictorias, el público buscaba detalles sobre lo que pasaría en lugares insólitos.

En las horas previas a la elección de Bergoglio, la página Ladbrokes, conocida en el negocio del deporte, pero que también recoge apuestas sobre hechos de interés político en todo el mundo, mostraba cuáles eran las tendencias entre los apostadores.

Encabezaba las preferencias el cardenal Peter Kodwo Appiah Turkson, responsable entonces del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz del Vaticano, hombre de color que nació en un país africano que saltó a los titulares argentinos con la incautación de la fragata Libertad: Ghana. Cuando Bergoglio asumió, le encomendó el nuevo Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral que reemplazaría a esa Comisión.

En los aprontes de Ladbrokes, Turkson manifestaba preferencias 3/1 entre los apostadores que se iban anotando hora tras hora. La silla de Pedro es una monarquía o un imperio cuyos príncipes electores —los cardenales— eligen al jefe de la Iglesia. Esta decisión, cuya inspiración y responsabilidad la Iglesia remite al Espíritu Santo, se manifiesta en la suma de los sufragios individuales de los participantes del cónclave con derecho a voto, no surge del voto popular. Lo que digan los apostadores no determina ningún resultado, aunque tampoco sea un indicador despreciable. Es presumible que quien apuesta por un Papa al punto de arriesgar dinero ha estudiado el contexto de esa elección papal y muestra algún compromiso, hasta confesional, en el resultado. Lo que digan esos apostadores acaba por valer tanto como los vaticinios de vaticanistas que presumen de saberlo todo, aunque después se equivoquen. También es seguro que los apostadores han leído las profecías de esos vaticanistas, con lo cual el cuadro de preferencia de las agencias de apuestas va más allá del entretenimiento. Santa Teresa les decía a sus hijas que estaban en la cocina que «Dios se mueve entre los cacharros». ¿Por qué la divinidad habría de ausentarse de las apuestas?

El listado de Ladbrokes parecía también privilegiar las chances de Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación de las Iglesias Orientales y consejero de la Comisión Pontificia para América Latina.

Hombre de Lomas de Zamora —tercera sección electoral de la provincia de Buenos Aires—, estuvo en el despacho de Cristina de Kirchner antes de la Navidad de 2012, visitando una muestra de pesebres. Su mejor amigo en la política era Omar Viviani. El sindicalista de los taxistas había visitado en esos días al después renunciante Papa Benedicto, motivo de chanzas de todo tipo. Las de mal gusto le atribuían un flujo negativo en la suerte de Benedicto XVI; las más joviales imaginaban que el gremio de los taxistas podía poner al nuevo Papa.

Sandri era además muy amigo de Caselli, el ex embajador ante el Vaticano. Algunos años antes, había sido noticia por su defensa del banquero Trusso y por otros enredos. (2) Las preferencias de los apostadores asignaban a Sandri un promisorio cuarto puesto —pagaba 6/1— y relegaban al fondo de la lista a Bergoglio. Este había sido una de las estrellas de la última elección papal, cuando en una de las rondas del cónclave logró 42 votos por sobre el centenar de quienes votaban. A diferencia de Sandri, que se recostaba en los sectores más conservadores del cardenalato, había buscado como arzobispo sostener una posición moderada y de fuerte convicción al momento de hacer balances entre progresistas y tradicionalistas. Ese día previo a su elección, los apostadores le daban pocas posibilidades: pagaba 25/1.

Los vaticinios de los vaticanistas de aquí, allá y acullá explicaban que el listado de apuestas de Ladbrokes colocaba en el puesto 5, debajo de Sandri, al arzobispo de Milán Angelo Scola. La mayoría de los observadores decía que su perfil conservador y el rol que el Papa le había dado —había sido patriarca de Venecia y Benedicto XVI en persona había concurrido a su asunción en Milán— le daban las mejores posibilidades de ganar la elección. Del centenar de electores, 61 eran europeos y 21 de ellos, italianos. Con ese sector conservador estaba identificado Tarsicio Bertone, secretario de Estado, una especie de primer ministro de la corte vaticana a quien Benedicto dio además el cargo de camarlengo: es decir, era quien manejaba las finanzas del Vaticano.

El entusiasmo criollo por tener a dos elegibles argentinos para el papado era irrefrenable, aunque se apoyase en una comprensión de la Iglesia y de sus ministros más cerca de lo humano que de lo divino. Claro que la insólita renuncia de Ratzinger —no ocurría desde el siglo XV que un Papa abdicara— exhibía el costado más que humano de tan altas dignidades, que a veces parecen fuera de lo cotidiano y que sostienen uno de los motores de la sociedad, que es la nostalgia de realeza. El ex secretario de Juan Pablo II, Stanislaw Dziwisz, hoy arzobispo de Cracovia, pareció dirigirle un reproche polaco al renunciante alemán: «Wojtyla se quedó, entendía que de la Cruz nadie se baja». Marcó una diferencia y fue como decirle «pecho frío».

Humano, demasiado humano.

1. Oscar Bermeo Ocaña, «Cómo es el Papa Francisco según su sobrino José Bergoglio», en *El Comercio,* Lima, Perú, 18 de enero de 2018.

2. Véase Pablo Morosi y Andrés Lavaselli, *El último cruzado. Monseñor Aguer. Intimidades e intrigas de la Iglesia argentina,* Buenos Aires, Planeta, 2018, en especial los capítulos «El fiador» y «Rescatando al soldado Trusso».

La tarde del 13 de marzo de 2013, cuando se conoció la elección de Bergoglio como Papa, Cristina de Kirchner encabezaba una presentación en el predio de Tecnópolis. Le pasaron el dato y tuvo un momento de sinceridad ante el círculo chico que la acompañaba: «¿Será posible que tengamos tan mala suerte que justo elijan a Bergoglio como Papa?». Uno de los testigos dice haberla visto llorar. Ante el público que la escuchó esta tarde, estuvo por lo menos mezquina al decir: «Espero que tenga una labor significante y que lleve el mensaje a las grandes potencias del mundo, para que dialoguen […] Todos mis deseos de buena ventura y de buena misión pastoral para todos los habitantes del mundo. Sé que hay muchos argentinos que tienen otra religión o que piensan diferente, pero no hay ninguno que quiera que el mundo no esté mejor […] Por primera vez en la historia de la Iglesia va a haber un Papa que pertenece a Latinoamérica». La barra cristinista silbó a Bergoglio cuando Cristina lo mencionó. Con ademanes, la presidente pidió silencio.

Eduardo Valdés fue uno de los responsables del viraje de opinión. El ex funcionario de la Cancillería la escuchó, corrió a su computadora y le escribió una carta en la que le exponía cuánto más conveniente era tener de Papa a un argentino como jugador global que no tenerlo. También le reprochaba que los jóvenes que la rodeaban estuvieran haciendo escarnio de Bergoglio. Esa carta la vieron antes Rafael Bielsa, entonces directivo de la empresa Aeropuertos Argentina 2000, y Gustavo Béliz, ex ministro de Kirchner, que estaba fuera del país con un cargo en un organismo internacional. Los dos aprobaron el contenido.

Cristina, a diferencia del impío Néstor, era conservadora en materia de preceptos religiosos, como el aborto. Alzó ante todos los papas la misma bandera antiabortista que Menem. Practicaba, a diferencia de su marido, algunos ritos que revelaban una fe personal. En el resto, se sentía libre de atacar las jerarquías y encuadrar su discurso junto a los asesores oficiosos que hacían de Bergoglio un blanco predilecto.

Años más tarde, Cristina reescribiría la historia. En marzo de 2018, a los cinco años de la asunción del Papa, narró otro relato, con cambios imaginativos de tiempo y lugar: «Fue un día como hoy. Lo recuerdo perfectamente. Estaba haciéndome los rulos, y es literal. Por la mañana había trabajado en Olivos, en Jefatura de Gabinete, y ahora Maru —secador y cepillo en mano— me peinaba para ir a la Rosada. Mientras leía informes, encendí el televisor —me habían avisado que iban a anunciar el nuevo Papa—. En la pantalla aparece el inconfundible balcón del Vaticano y un cardenal muy viejito anuncia

en latín: *"Habemus Papam. Giorgio Marius Bergoglio"*. Tomá mate con chocolate, pensé yo. Tenemos Papa. Es argentino. Y es Bergoglio. Maru, petrificada cual estatua, me pregunta: "¿Dijo Bergoglio?". "Sí, Maru, dijo Bergoglio." Lo llamo a mi secretario y le digo: "Nene, trae la computadora y llamalo a Olivieri". Guillermo Olivieri, nuestro secretario de Culto durante los doce años y medio de nuestra gestión: "Guille, te mando al mail una carta de felicitación a Bergoglio para que la envíes ya al Vaticano y vos andá preparando todo lo protocolar y el viaje a Roma para la ceremonia de su consagración". Redacté esta carta que el mismo día publiqué en las redes. En ella le expresé nuestro deseo de que su tarea pastoral fuera en pos de la justicia, la igualdad, la fraternidad y la paz. A cinco años de su pontificado, Jorge Bergoglio —que ahora es Francisco y sonríe— ha construido, en un mundo monocorde, el único liderazgo universal que alza su voz contra el neoliberalismo, un sistema que destruye vidas y descarta personas. No es poca cosa».

Jorge Capitanich —entonces gobernador del Chaco— se enteró de la elección del Papa en el avión que lo llevaba del Chaco a Buenos Aires, adonde iba a acompañar a Cristina. Ese mismo día, envió al diario Ámbito Financiero una columna de opinión que se publicó días más tarde. Marcó la línea de acercamiento a Bergoglio que después siguió el Gobierno.

Capitanich era uno de los amigos del arzobispo de Buenos Aires en el gobierno. Entendió rápido la importancia para el país de tener un argentino en ese puesto. También debió percibir las consecuencias que pudo tener para el Gobierno (como para cualquier fuerza política) enfrentarse con frivolidad con este ventarrón de quien pasó, por un golpe de dados —o gracias al Espíritu Santo, según los creyentes— a ser el personaje más importante de la historia argentina nacional, con una talla equivalente a la que tiene el general San Martín en el imaginario criollo.

Capitanich visitó a Bergoglio en junio de 2013 y fue uno de los primeros funcionarios que lo saludó en Santa Marta. Era gobernador del Chaco en su segundo mandato y pocos meses más tarde asumiría la jefatura de gabinete del Gobierno de Cristina de Kirchner. En esa charla, Francisco le comentó detalles de la encíclica que estaba redactando sobre un borrador que había dejado inconcluso Benedicto XVI, con la pobreza como tema principal. *Lumen Fidei* se conoció un mes más tarde. «Va a ser una encíclica a cuatro manos», le adelantó Francisco en una frase que usó mucho la prensa para destacar la novedad de esa colaboración entre los dos pontífices.

Capitanich compartió en ese viaje la misa privada en Santa Marta que Bergoglio celebró con el obispo emérito de La Rioja, Fabriciano Sigampa, aquel que autorizó la instalación, en la catedral de la capital

provincial, de un fresco en donde estaban representados varios gobernantes, entre ellos Carlos Menem. Después de esa misa, Capitanich fue a un desayuno con Sigampa y el Papa en el comedor de Santa Marta.

—Te hice preparar un strudel, porque vos sos montenegrino, como monseñor Ogñénovich —le dijo Francisco apenas se sentaron.

—Mire, Santo Padre —reparó Capitanich—, primero creo que Ogñénovich es croata, no montenegrino como yo, y además nosotros al pastel de manzana le llamamos «pita», no strudel.

Pasaron al turno de los regalos. El Papa recibió un libro sobre la pobreza de Bernardo Kliksberg, que va por el mundo como experto en esa peste, y una carpeta con una copia de la columna que había firmado Capitanich el día de la elección.

—Ya la leí —le dijo Francisco.

En la misma tarde, cuando se conoció la elección papal, el jefe de gabinete Juan Manuel Abal Medina estaba en otro planeta. Había aceptado la invitación de Jorge Rial, animador de televisión, para reunirse en su casa con Marcelo Tinelli. Este quería saber si el Gobierno tenía algún criterio sobre qué era más conveniente para él. Debía elegir entre varias opciones para la exhibición del programa más exitoso de la televisión argentina. Tenía ofertas para continuar ligado a Canal 13, pero le hacían ofertas los demás canales, algunos identificados con el Gobierno, a la diferencia del 13, que peleaba en los tribunales contra la aplicación de los artículos de la demorada Ley de Medios Audiovisuales.

Mientras conversaba con los animadores, Abal recibió varios llamados de Cristina para convenir los términos del comunicado del Gobierno para saludar la elección de Francisco. También desde la casa de Rial, Abal Medina envió al canal oficialista C5N el texto con el pedido de que se destacase como una primicia. Abal Medina dice que la noticia no fue un golpe para el Gobierno ni para Cristina, y mucho menos implicaba una crisis. «Si lo hubiera sido, no me habría quedado tomando café con Tinelli y Rial.»

De esa reunión salió la relación entre Tinelli y el empresario kirchnerista Cristóbal López para asociar sus intereses en la productora Idea del Sur. Fue, según Rial, una sugerencia de Abal Medina, (1) después de decirle que el Gobierno no tenía ninguna preferencia para el contrato para el espectáculo de Tinelli. Igual, ese año el programa no salió al aire. Tinelli se tomó un oportuno año sabático. En octubre de ese 2013, Sergio Massa ganó las elecciones legislativas en la provincia de Buenos Aires y precipitó el ocaso del gobierno de Cristina.

La elección papal no pareció distraer a los peronistas que esa semana se juntaron en uno de los comedores del hotel Mayorazgo de

Paraná a cerrar la cumbre antisciolista de Gestar, el sello interno que había creado Néstor Kirchner y que había puesto en manos de José Luis Gioja, goberndor de San Juan. Se dejaron quizás arrastrar por el amague de la prensa que había imaginado, con apresuramiento, enojo en Olivos por la elección de Bergoglio. Eso hizo que el hecho casi no fuera mencionado en ninguno de los largos discursos que se pronunciaron ese día. Algunos de los participantes, sin embargo, habían adelantado su alegría por la elección. En el caso de Capitanich, lo hizo a través de su Twitter después de recordar una frase de su novela predilecta. En Las *sandalias del pescador,* de Morris West, un cardenal le dice al Papa electo (que después interpretó en el cine Anthony Quinn): «Te espera un largo calvario, desde ahora y hasta el final de tu papado». Para Bergoglio, como para el chaqueño que ocupaba el segundo cargo detrás de Daniel Scioli en el PJ, esa imagen del Papa que vende las propiedades vaticanas para atender a los pobres estaba incorporada a su imaginario personal.

Zafamos de todo

La exaltación de los ánimos que el 13 de marzo produjo la elección del Papa Francisco arrasó con todas las agendas en la Argentina. (2) Hasta ese día, permanecía en trámite de velatorio el cuerpo de Hugo Chávez y los locutores se distraían discutiendo quién heredaría su liderazgo, imaginando que lo ejercía más allá de las fronteras del Bolivariato, y ponían a Cristina de Kirchner en ese escrutinio. Ahora tenían, Espíritu Santo mediante, al nuevo líder, Jorge Bergoglio, que pasó a ser, hasta nuevo aviso, la figura más importante de la Argentina en todos los tiempos, solo por la altura de su silla y más allá de lo que haga o diga, o haya dicho o hecho. Nivel San Martín, digamos.

El nuevo Papa invitó a Cristina a la asunción y la distinguió con una reunión privada. También admitió el pedido de que la delegación argentina fuera más amplia y que no quedara limitada a los dos acompañantes que el protocolo admitía para cada mandatario que fuera a la asunción. Bergoglio, a través del ceremoniero Guillermo Karcher, le comunicó al embajador Juan Pablo Cafiero que podían sumar hasta doce acompañantes. Ese gesto fue la antesala de la fumata de Alicia Oliveira, el personaje que sirvió para que Bergoglio y la presidente firmasen una tregua. Obligó el trámite a que Oscar Parrilli abriera su despacho un sábado, donde recibió a la abogada —amiga predilecta de Bergoglio desde los años setenta— y terminó de cerrar su incorporación al viaje. No fue trivial esta decisión, porque significó una victoria del sector de Bergoglio dentro del Gobierno, que impuso su visión de que, más allá de lo anecdótico, el hecho de que el Papa fuera argentino era una oportunidad de valor inconmensurable.

En esas charlas entre Olivos y el despacho de Parrilli, hubo quien se entusiasmó y dijo: «¿Qué juez, organismo o acreedor se va a animar ahora a embargar a un país que tiene el Papa? ¡Zafamos de todo!».

Sergio Massa dice que se resolvió a ser candidato a presidente en el momento mismo en el que se enteró de que Bergoglio había sido elegido Papa: «Esto es una señal, chicos. Y hay que saber interpretarla». Jorge O'Reilly se paseaba por el mundo como el lazarillo de Massa en reuniones importantes, como las que quedaron registradas en la salidera de Wikileaks. Acompañaba las críticas que repetía su jefe, a espaldas de los Kirchner, en las que les negaba cualquier posibilidad de continuar después de 2011, y a quienes llenaba de insultos. Este asesor de Massa, a quien se le atribuía relación con el Opus Dei, había recibido en junio de 2009 en Casa de Gobierno a un grupo de inversores de Estados Unidos. Les dijo, bajo el mismo techo de Cristina de Kirchner, que «la Argentina necesita seguridad jurídica, regulatoria y legislativa». También que el Gobierno se dedicaba a «manipulaciones cortoplacistas» y que él y Massa estaban dedicados a corregir esas distorsiones». (3) De Kirchner llegó a decir que era un monstruo, un cobarde y un psicópata. (4)

1. Jorge Rial, *Yo, el peor de todos,* Buenos Aires, Margen del Mundo, 2014. Véase especialmente la segunda parte, capítulo 5, «El Papa, Cristina, Cristóbal, Marcelo y yo».

2. Véanse detalles de la elección como Papa, desde el ángulo argentino, en Mariano De Vedia, *Francisco. El Papa del pueblo,* Buenos Aires, Planeta, 2013, y *En el nombre del Papa, op. cit.* Para una mirada global, Andrea Riccardi, *La sorpresa di Papa Francesco: Crisi e futuro della Chiesa,* Milán, Mondadori, 2013, y Marco Politi, *Francisco entre los lobos, op. cit.* Sobre el grupo de obispos europeos de St Gall y las elecciones papales, Karim Schelkens y Jürgen Mettepenningen, *Godfried Danneels: Biographie,* trad. al francés de Anne-Laure Vignaux, Bruselas, Uitgeverij Polis, 2015.

3. Véase disponible en línea: <https://wikileaks.org/plusd/cables/09BUENOSAIRES514_a.html>.

4. Pablo de León, Massa, *El salto del tigre,* pról. de Walter Curia, Buenos Aires, Aguilar, 2013, pp. 112-116.

27. LA INVITADA VIP AL VATICANO

Eduardo Valdés dejó la jefatura del gabinete de asesores de Rafael Bielsa en la Cancillería en diciembre 2004 por el caso de la cubana Hilda Molina. Esta médica disidente quería ir a la Argentina. Existía un acuerdo con Fidel Castro que el líder cubano demoraba en cumplir. Lo había trabajado Alicia Oliveira como funcionaria del área de Derechos Humanos de la Cancillería y lo habían conversado Bielsa y Valdés con Gabriel García Márquez en México en octubre de 2004. Fue en un almuerzo en la residencia del embajador argentino en ese país, Oscar Galie. El novelista pidió que su intervención no se conociera, pero en ese almuerzo estaba el dirigente Eduardo Sigal, que era subsecretario de Integración Económica Americana y Mercosur de la Cancillería, que escuchó todo. Alguno de los presentes contó todo a un periodista del diario *Página/12,* que escribió, sin identificación de firma, el cuento completo del encuentro secreto.

Esa revelación pudo mover a Fidel a no cumplir el acuerdo. Molina intentó entrar a la residencia de la Embajada en La Habana; Fidel negó cualquier entendimiento. Bielsa y Valdés estaban viajando de Washington a Alemania. A Kirchner, en Casa de Gobierno, le llegó que en realidad se trataba de una trama urdida por los dos funcionarios con el secretario de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, y con el director de Asuntos Hemisféricos, Roger Noriega, para agredir al gobierno cubano. Como esos cuatro habían tenido un almuerzo en Washington, Kirchner se creyó la patraña y ejecutó a Valdés; renunció como un fusible de Bielsa. (1)

Valdés pasó a la vida civil como asesor del grupo Eurnekián para el contrato de obra de construcción de un túnel a Chile, que si alguna vez se hiciera sería la obra civil más grande del mundo. A ese grupo se incorporó también Bielsa, que ha sido presidente de la firma Aeropuertos Argentina 2000 y de la Corporación América. En marzo de 2011, Valdés estaba invitado al almuerzo con empresarios y políticos por la asunción del nuevo presidente chileno Sebastián Piñera y se encontró con Cristina de Kirchner, con quien no había recompuesto las relaciones desde 2004 (con Néstor sí había vuelto a mantener conversaciones).

En ese viaje reanudaron alguna amistad. Valdés, a su vuelta a Buenos Aires, emprendió ante ella una gestión en favor de su amigo Gustavo Béliz. Este había renunciado con escándalo al Ministerio de Justicia en 2004, acusando a un burócrata del espionaje Jaime Stiusso de operar presuntamente contra su persona y su familia. Se había ido del país a Washington, a ocupar un cargo en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y había desaparecido de la política local. Pasado el

tiempo, el ex ministro había conseguido un traslado a Montevideo y quería venir al país. Pero para representar al organismo —el Intel— necesitaba que el Gobierno argentino le diera la aprobación. Cristina aceptó el pedido y eso estrechó más las relaciones.

Valdés retomó los vínculos el 13 de marzo de 2013 con una carta a Cristina, en la que le reprochaba el error de no celebrar elección del nuevo Papa. En esa carta, también señaló a Alicia Oliveira como mejor amiga de Bergoglio y la conveniencia de que la llevase en su comitiva cuando viajara a la asunción de Francisco. Le ofreció presentársela, porque no se conocían. «Ella va a abrir el corazón del Papa y el tuyo», apostó. Apenas recibió el mail, Cristina lo citó a Olivos y le dio una charla completa sobre lo que pensaba debía hacer el Gobierno con el nuevo Papa: «Tráemela a Alicia», le dijo.

Cerca de la medianoche, Valdés la visitó en su casa del barrio de Almagro.

—La presidente te invita a que la acompañés a la asunción de Jorge.

—Yo no voy.

—¿Cómo que no vas a ir? Te invita la presidente.

—Eduardo, yo-no-soy-kirchnerista…

—Alicia, vos no sos vos… —se inspiró Valdés—. Vos sos el Espíritu Santo, que tiene que unir a la presidente de la Nación con el Papa. Le estás haciendo un servicio a la Patria. Escuchame: que el Papa argentino se lleve bien con la presidente argentina…

—¡No tengo ropa! —se rindió Alicia.

La terminó de convencer con la invitación de ir al día siguiente a almorzar con Cristina a Olivos.

—Dejame que le mande un mail —dijo Alicia—. ¡Pero no me anda la computadora!

Caminaron hasta la casa de Valdés, desde la calle Humahuaca hasta Guardia Vieja, cuando avanzaba la madrugada, y ella mandó el mensaje:

—La presidente me invita a la asunción.

—Te espero —respondió Roma.

Lo de la ropa se arregló con un paseo de compras de la hija de Oliveira, María José, la mujer de Valdés y el propio emisario, que recomendó un atuendo de riguroso luto, o sea, negro.

En el almuerzo, Cristina contó que viajaba el sábado para la asunción del martes siguiente: «Salimos el sábado, porque el Papa me ha invitado a almorzar».

Valdés no participó de esa misión al Vaticano, pero con esa intervención arrancó su escalera hacia la Embajada en la Santa Sede.

Bergoglio invitó a Cristina al almuerzo un día antes de la asunción, el 18 de marzo de 2013. Cuando se preparaban para ir a esa cita, el empresario José Ignacio de Mendiguren, que estaba entre los elegidos

para integrar la comitiva, tuvo la audacia de darle un libreto a la presidente.

De Mendiguren sabía lo que pensaba Bergoglio de ella a partir de diálogos anteriores a la elección papal. Habían conversado en un aparte de la última reunión de la comisión de la Pastoral Social de la Capital, a la que en la primera semana de setiembre de 2012 había asistido Bergoglio. Esas jornadas que le organizaba el cura Accaputo, en el colegio de San Cayetano, en el barrio de Liniers, habían sido una despedida del arzobispo que ya había cumplido los 75 años y esperaba que le aceptasen la renuncia. El título de la convocatoria sintetizaba una marca registrada de Bergoglio: «La cultura del encuentro para la unidad nacional». Casi una ceremonia del adiós.

En esos pasillos de San Cayetano, por donde pululaban dirigentes de todos los partidos, Bergoglio interceptó a De Mendiguren, directivo eterno de la Unión Industrial Argentina (UIA), que había sido ministro de la presidencia interina de Duhalde y que hizo fama como promotor de la devaluación de 2002. Diez años más tarde, caminaba ya junto a Sergio Massa, otro dirigente promovido por Duhalde. De Mendiguren había hablado en esas jornadas de uno de los tópicos de su carrera política, la creación, algún día, de una mesa de concertación entre gobierno, empresas y sindicatos, según el formato de los consejos económicos y sociales de algunos países europeos. Bergoglio elogió su intervención: «Vos sos un constructor de puentes. Hay pocos. Para romper puentes hay para hacer dulce… Cuidate, porque a tipos como vos los van a atacar de un lado y del otro».

En ese momento, el clima político era turbulento, porque el Gobierno, después de la reelección de Cristina de Kirchner por un margen inesperado de votos, había lanzado una agenda que producía polémicas, como la estatización de acciones de Repsol en YPF, lo cual despertaba comentarios sobre los negocios Kirchner-Eskenazi en esa compañía. La fuga de capitales antes y después de aquella elección había terminado en lo que se llamó el «cepo» cambiario, un control de las importaciones que agravaba las turbulencias con el sector externo de la economía.

En febrero de ese año, la presidente había consentido la consigna de su nuevo mandato bajo la forma del «Vamos por todo». La frase la dijo en un acto en Rosario por el Día de la Bandera, respondiendo a cantos del público que interrumpieron el discurso del intendente local. El cristinismo se entusiasmó con ese llamado a la acción. La oposición lo usó para alzar el rechazo que terminó en 2013 con la derrota del oficialismo en las legislativas que convirtieron a Sergio Massa en una fugaz estrella.

En ese clima fue que Bergoglio cerró ese breve diálogo con De Mendiguren: «Hay que cuidar a la presidente…». Y con un gesto de

picardía, agregó: «Pero Vasco, tampoco esperés que cambie, ¿eh?».

A De Mendiguren le quedó esa frase en la cabeza y la retomó meses más tarde, cuando integró la comitiva oficial de la Argentina a la asunción del nuevo Papa.

Estaban todos alojados en el hotel Edén de Roma, y De Mendiguren atracó a Alfredo Scoccimarro, vocero de la presidente. Le dijo que estaba preocupado por lo que había dicho Cristina en Tecnópolis en la tarde de la elección del Papa, un saludo distante y con un ánimo casi crítico: «Tenés que decirle a Cristina que ya no es más el obispo, es el Papa de todos los católicos, no puede ir ahora ella a bajarle línea. ¿Sabés que me dijo en San Cayetano el año pasado? Que no cree que ella vaya a cambiar nunca. ¿Se lo vas a decir? Si no te animás, se lo digo yo».

Scoccimarro le respondió que se lo diría.

Cuando Cristina volvió del almuerzo con Bergoglio, llevó a la delegación a cenar y les contó, suficiente, cómo lo había comprometido a Bergoglio con la causa Malvinas. También que habían hablado de la Patria Grande y de la muerte de Hugo Chávez, ocurrida una semana antes de la elección del nuevo Papa. Dejó entender a quienes la acompañaban que sería ella la sucesora del venezolano en el liderazgo del tercerismo continental.

Al día siguiente, De Mendiguren entendió que Scoccimarro había transmitido el mensaje a Cristina. Cuando esperaban el comienzo de la ceremonia en la primera fila del corralito VIP donde estaba la delegación argentina, De Mendiguren advirtió que detrás, en una segunda fila, estaba la sección Príncipes. Habían colocado allí a la princesa Máxima de Holanda y su marido, y a los príncipes de Asturias, Felipe y Leticia. Máxima, argentina, sería reina en abril siguiente, y es amiga de De Mendiguren por la relación de este con su padre, el empresario Jorge Zorreguieta. El Vasco se acercó a saludarla y ella le presentó a Felipe, que al año siguiente sería coronado rey de España.

Cuando volvió de los saludos, De Mendiguren se disculpó ante el grupo por haberse retirado un rato. Eran un par de reyes que le daban una oportunidad imperdible a un hombre público como el Vasco.

—Son los príncipes… —le musitó a Cristina.

Y ella respondió:

—Mucho príncipe, pero los que estamos acá somos nosotros…

De Mendiguren se había criado en Mar del Plata, donde su padre construyó, entre otras obras, el hotel Alfar. Allí cursó estudios elementales con los maristas. Completó la secundaria con los franciscanos de Santa María de los Ángeles de Coghlan. Si algo sabe, por la edad, como todo católico instruido en la liturgia preconciliar, es la misa en latín. Eso le permitió, en esa ceremonia, acompañar los

rezos en la lengua de la Iglesia. Cristina lo escuchó un rato y le deslizó en voz baja la última chicana:

—¿Sos cura vos?

1. En julio de 2006, Fidel fue a una cumbre de presidentes en la ciudad de Córdoba. Fue el último viaje que hizo y contrajo la enfermedad que terminó, años más tarde, con su vida. Allí tuvo un desencuentro con Kirchner, a quien no quiso atender para hablar del caso Molina. En la revisión de las razones de esa distancia, Kirchner concluye que el acuerdo existía, que Fidel no lo quería cumplir, y que quien acusó a Bielsa del pacto con Powell había sido alguno de los testigos de aquel almuerzo en la Embajada de México, seguramente ligado al espionaje cubano por su pasado de militancia en el Partido Comunista.

Desde el día de la elección como Papa, hubo saturación de llamados de Bergoglio a sus amigos y allegados. Les impuso a muchos que no viajasen, pero a los íntimos de su staff los habilitó para que fueran a Roma. Las primeras llamadas a Buenos Aires fueron para remediar minucias humanas inexcusables en un hombre de bien. A uno de sus acompañantes en la vida personal le transmitió la preocupación por el estado (y el futuro) de Juan. ¿Quién es Juan? Un perro que tiene como mascota y para el cual pidió especiales cuidados. También autorizó a una persona para que entrase a sus habitaciones privadas del departamento que tiene en el Arzobispado y que le seleccionase ropa para llevarle de inmediato a Roma. Dio una señal interesante: seguiría apareciendo con los mismos atuendos que usaba como obispo y haría a un lado las vestimentas ostentosas que suelen usarse en el Vaticano. También desdramatizó la estatura de su cargo, cuando uno de sus interlocutores de Buenos Aires que lo tuteaba le preguntó cómo debía tratarlo de ahora en adelante. Llano y riendo, Bergoglio respondió desde del otro lado de la línea: «Dejate de joder».

En una de esas charlas, preguntó Bergoglio qué repercusiones había en la Argentina sobre la elección del cónclave. Le contaron de la algarabía callejera cuando se conoció la fumata celeste y blanca, pero también que habían salido algunos críticos a hablar de su pasado: «Ay, de eso no quiero saber nada ahora, por favor», respondió mortificado.

Antes de la cita con la delegación argentina, cuando rezaba la misa en la iglesia de Santa Ana, advirtió que entre el público estaba el sacerdote uruguayo Gonzalo Aemilius, que trabajaba en Montevideo con chicos de la calle y que había sido apartado de esa tarea por el arzobispo de Montevideo. Desde Buenos Aires, Bergoglio lo protegió y le envió dinero de la curia para sostener su obra en el Liceo Jubilar. En Santa Ana, lo llamó al altar y lo hizo participar de la celebración ante la sorpresa de quienes se preguntaban quién era.

Austeridad en Santa Marta

En la residencia de Santa Marta, Jorge Bergoglio impuso los mismos hábitos de modestia que engalanaban su departamento en la sede arquiespiscopal de Plaza de Mayo. Esto extrañó a los políticos que lo visitaron, gente habituada a un trato más lujoso y hasta ostentoso: «Ni café te dan, como en Buenos Aires», contó uno.

Era un tópico entre sus primeros visitantes romanos la referencia al nuevo rostro de Bergoglio, que había abandonado aquella cara «de velorio» que describió su sucesor en el Arzobispado, Mario Poli.

Sonreía a los visitantes, se mostraba contento y les argumentaba con el mismo estilo retórico de siempre: nunca saca él los temas de conversación, se limita a responder las cuestiones que le llevan y mide la respuesta según el grado de amistad. Sea cual sea esa gradación amistosa, nunca cierra la puerta; recibe a visitantes formales con el mismo mimo y atención que a gente con la que tiene alguna relación familiar.

Ante algunos se franqueó sobre sus proyectos de reforma vaticana. «Acá en la curia —le dijo más o menos a su allegado el dirigente peronista Juan Manuel Olmos— se creen objetos de museo y se comportan como tales. Eso era propio de cuando el catolicismo era una religión de Estado, pero eso ya pasó, tiene dos mil años de atraso.»

Esa definición podía parecer formulada para los legos, pero para los expertos encierra trascendencia pastoral y teológica. El rol de la Iglesia en la vida civil ha sido el motivo de la reforma protestante, de la reforma modernista de fines del siglo XIX y de las variables de la teología de la liberación en el siglo XX. «Esto aleja a la Iglesia de la gente», define Francisco.

En esa charla, puso como ejemplo su viaje de aquel año a Brasil, donde apenas llegó le informaron que había una pelea entre la Policía Federal y la del estado de San Pablo. Los dos cuerpos de vigilancia competían por adueñarse de su seguridad. «Eso me sirvió, porque fue la razón de que en el ingreso a Río me desviaran; el auto se mezcló con la gente, bajé la ventanilla y pude tocarlos. ¡Estuve en mi salsa!», se entusiasmó.

En esos entreveros verbales y entusiasmados, Bergoglio se enteró de que Cristina de Kirchner había ordenado que la Embajada ante el Vaticano se ampliase y se convirtiese en la legación argentina más importante del mundo en espacios y gente. También enfrentó la marea de conspiraciones para ocupar el cargo máximo en esa legación. De «conspiración» habló en Roma, ante quien quisiera escucharlo, el propio Juan Pablo Cafiero. Al embajador le atribuyeron un revoleo, no probado esta vez, pero que sí había tenido lugar en 2005, cuando en confrontación entonces con Bergoglio se eligió Papa a Ratzinger. «Por acá todo bien, salvo las conspiraciones que vienen de Buenos Aires», le comentó a un legislador que viajó a Roma. De Cafiero se sabía —y esto siempre ayuda al serrucho y más aún en la diplomacia— que había dado señales de querer abandonar el cargo con el propósito de estar cerca de su familia y en particular de su padre, Antonio. Esto, más el humo periodístico, bastó para que lo hiciesen tambalear. Lo más que respondió el Gobierno ante estas noticias fue un provisorio «Juanpi sigue… por ahora».

El grado de apertura del Gobierno al Vaticano llegó a extremos casi

para eruditos, como el servicio que personal del protocolo presidencial les prestó a necesidades más que íntimas del nuevo Papa, a quien Carrió atribuyó afición por el uso, como ella, de ojotas: la leyenda de las «sandalias del pescador» se actualizaba con las «ojotas del pescador». Bergoglio ya había rechazado varios ingredientes de la pompa vaticana, como el calzarse los pies con escarpines. Este delicado calzado tenía rango casi fetichista. A Ratzinger, por ejemplo, un zapatero mexicano le preparaba unos escarpines confeccionados con piel de cordero, que por dentro estaban forrados también con piel de cordero, pero nonato, para extremar la suavidad en su contacto con la piel del pie pontificio.

Bergoglio apareció en los actos de asunción con calzado común. Hubo gente que en Buenos Aires entró en alerta. Uno de ellos, Carlos Rodríguez. Este ortopedista tiene un establecimiento en el barrio de Chacarita y había atendido siempre estos menesteres de Bergoglio cuando era arzobispo. Fue a consultar la ficha de su piadoso cliente y constató que hacía cuatro años que Bergoglio no le pedía las plantillas de descanso que debía colocar en sus zapatos. Dio instrucciones a sus artesanos para que le confeccionaran de inmediato cuatro nuevos pares de plantillas, dos de ellas con las insignias del club San Lorenzo de Almagro. Le costó un poco llegar al área presidencial de Casa Rosada con la inquietud de que la comitiva del Ejecutivo argentino las llevase al Vaticano en su equipaje. No le costó nada esperar la respuesta: personal de Presidencia se presentó en su local, recogió las plantillas y en veinticuatro horas ya estaban en la Santa Sede, entregadas por personal de ceremonial de la Rosada a personal del Santo Padre en el mismo momento en el que el lunes 19 de marzo almorzaba Cristina de Kirchner con el Papa electo. La marca de las plantillas es Point, y ahora el ortopedista Carlos Rodríguez podrá agregar la leyenda «Proveedor de Su Santidad».

Francisco apareció en el comedor de Santa Marta, se quitó el solideo y sonrió: «¿Trajeron eso?».

El grupo de argentinos que lo esperaba para almorzar se abalanzó sobre el Papa y le entregó lo que esperaba: varias cajas de alfajores Havanna, debilidad criolla del Santo Padre y de la que se ocupa de proveerse a través de los numerosos visitantes que recibe en la residencia de los cardenales que eligió vivienda definitiva. Esta escena ocurrió el viernes 24 de mayo de 2013, cuando ya llevaba más de un mes como Papa. A puertas cerradísimas, reanudó la charla con el grupo de amigos que solía reunirse los viernes con él en Buenos Aires; entre ellos, varios sindicalistas, que no se ruborizan al llamarlo «jefe». Ante ellos, casi una representación de la oposición, habló poco de la Argentina, pidió unidad y protección para Cristina de Kirchner, uno de sus lemas recurrentes hasta que ella dejó el Gobierno en el término

constitucional.

Quienes le pedían explicaciones escucharon variantes distintas. Todas concurrían en un rasgo: el temor a una ruptura institucional como la que el país había vivido en 2001. Ilustraba esos temores en que había visto la caída de un gobierno antes de tiempo en un clima de violencia que él miraba desde su despacho del Arzobispado, sobre Plaza de Mayo.

Inaccesible como todo Papa, cumplió la promesa de recibir a este grupo que lo tenía como referente y al que consultaba sobre cuestiones políticas y de las otras, como que no le hicieran faltar los alfajores, esa vez acompañados de un par de botellas de vino italiano compradas de urgencia:

—¿No me trajeron vino argentino?

—No —exageró uno—, estos tipos te incautan todo.

Una evocación de cepos que no pudo explicar mucho, pero que a nadie molestó.

El almuerzo se extendió por más de cinco horas. Consistió en un austero servicio de pescados y verduras, a tono con la sobriedad de la residencia, una construcción nueva, con aire minimalista, que evita los fastos que se atribuyen a la corte vaticana. Ahí estaban, privilegiados desde hace años por la intimidad del Papa, Oscar Mangone, secretario del sindicato del gas; José María del Corral, el pedagogo de cabecera y que dirigía el Instituto San Martín de Tours; Luis Liberman, otro experto en asuntos educativos, que fue director de Educación de Gestión Privada durante el Gobierno porteño de Jorge Telerman; el rabino Daniel Goldman, de la comunidad Bet El, a quien la comunidad judeoargentina no termina de calificar de conservador o de progresista; y Omar Abboud, un referente de la comunidad islámica que ha pasado años en entidades y publicaciones culturales, fue también funcionario de Telerman en el área de vivienda, tenía en ese tiempo una silla en la Corporación del Sur, estaba identificado como dirigente del Instituto del Diálogo Interreligioso y fue después legislador en representación del oficialismo del Pro en la ciudad de Buenos Aires.

Había esposas, y a ellas les dedicó el Papa la sobremesa, que se extendió como en cualquier peña política. Terminó con un clásico de la casa: reparto de rosarios y una decena de bendiciones a objetos llevados por los visitantes.

La charla fue de amigos, sin honduras políticas y con un Bergoglio reticente a hablar de minucias criollas, pese a que se trataba de un padrón más bien opositor. El rabino Goldman agitaba en aquellos momentos las aguas con críticas al Gobierno por la firma del memorándum con Irán por el atentado a la AMIA. Liberman y Abboud se habían olvidado ya de Telerman —que en ese año era funcionario

de Daniel Scioli— y justifican su trayectoria en que llegaron a aquellos cargos por indicación de sus respectivas comunidades.

Para evitar que la lengua se deslizase más allá de lo que puede permitir quien conduce una Iglesia universal, Francisco reseñó la visita de Cristina de Kirchner para la fecha de su asunción papal en términos positivos. «Fue bueno que viniera —recordó—. Además la vi muy bien.»

Dio espacio para que le contaran, cual informe a jefatura, la situación del país antes de las elecciones, del sindicalismo y de la opinión pública. En todos esos temas, el cuento incluyó detalles de la influencia que tiene en la Argentina la elección de un Papa argentino. La respuesta, sintética, fue casi de homilía: hay que evitar las fracturas, hay que buscar la unidad a toda costa, en los partidos, los sindicatos, las organizaciones. Para los pastores del catolicismo, no hay peor daño que el que produce el escándalo, y el escándalo siempre surge de la desunión y produce más desunión.

La del Papa puede parecer una forma algo antigua de ver la vida pública, que replica formas convencionales de mediación pero que contradice la visión de Ernesto Laclau, que coloca al antagonismo como clave la construcción política. (1) Los caudillos que han leído resúmenes del pensamiento de este profesor, que fue asesor de los gobiernos de los Kirchner, traducen esa perspectiva como un llamado a fomentar la contradicción y la pelea como forma de acumular poder. Lo que ilustra el dicho predilecto de Néstor Kirchner: hay que pegarle al chancho hasta que aparezca el dueño. La mesa, criada en el espanto al escándalo, acordó en esa necesidad y todos aportaron más anécdotas y recetas sobre la desunión y cómo superarla.

Pasada una hora, la charla era ya de una llaneza doméstica increíble si se piensa que, en la cabecera, había un monarca; recuerdo de amigos, alguna chanza y también el cotilleo de actualidad. ¿Viajes a la Argentina?

—No este año, el que viene veremos. No se olviden de que soy el Papa de todo el mundo. En materia de viajes, tengo que compensar entre los continentes, no sea que digan que prefiero a América Latina. Tengo que ir a Brasil este año y tengo que buscar algún argumento para repetir continente el año que viene.

Hubo preguntas de ocasión:

—¿Trajo argentinos para trabajar con usted?

—No, solo tengo a Guillermo Karcher, que estaba aquí en Ceremonial desde hace años y que lleva la correspondencia. Es el hombre para que me llegue algo más que rápido.

Este sacerdote vivía en Roma desde hacía varios años después de hacer un doctorado en Liturgia con los benedictinos romanos, expertos en la materia. A finales de 2012, viajó a Buenos Aires y le dijo a

Bergoglio que quería regresar al país. Karcher cumplía funciones en el protocolo de la Secretaría de Estado, oficina que había recibido embates serios, como el final de Juan Pablo II, con la salud muy deteriorada, y la crisis última del Papa Benedicto.

Bergoglio le dijo:

—Mirá, yo me he jubilado. ¿Por qué no esperás que nombre a mi reemplazante acá en el Arzobispado y arreglás esto con él?

En pocos meses más, Bergoglio era Papa y le pidió a Karcher que permaneciera en el puesto.

Respondió preguntas de detalle:

—¿Se viste siempre de sotana blanca?

—Mi obligación es estar siempre de sotana blanca y con el solideo puesto, pero acá entre amigos eso no va. Cuando me acercaron las vestimentas para mi primera aparición, me trajeron un pantalón blanco. No me lo puse, y dije: «¿Qué quieren, que parezca un heladero de Laponia?».

Debió explicar varias veces qué era Laponia, una marca de productos lácteos argentina que solo reconocen los veteranos como él.

El grupo permaneció hasta el miércoles siguiente para jalear al Papa en su aparición en la audiencia pública de la plaza, bajo la lluvia y el viento que le hizo volar el solideo, que recogió oficioso un camarlengo. Lo esperaba el mismo grupo del viernes con algunos argentinos que hubieran querido estar en el almuerzo, pero que no tienen el juramento de sangre de la peña que ha conservado Bergoglio desde que era obispo de Buenos Aires, que incluye, entre otras cosas, nunca revelar lo que ahí se charla.

A los cinco matrimonios privilegiados, se sumaron, en el corralito al que se acercó el Papa, el entonces diputado macrista Jorge Triaca —con su mujer y con Adriana, que fue la mujer de su padre, Jorge Alberto, el sindicalista del plástico—, el «Momo» Jerónimo Venegas —quien se fue a dormir con la promesa de tener un encuentro a solas con el Papa—, Pablo Moyano —que llevó una treintena de jóvenes del sindicato de camioneros que estaba en Italia jugando un campeonato de fútbol, a quienes Francisco saludó uno por uno—. Este Moyano, experto en el uso proselitista de fotos, distribuyó imágenes de ese besamanos con la leyenda «El Papa es camionero». Estuvo también un personaje infaltable en cualquier movida del sindicalismo, el empresario Julio Raele, referente de los metalúrgicos y vinculado al área del seguro, pero que hizo fama por la calidad de los asados que, hasta su muerte pocos meses más tarde, brindaba en el quincho de su estudio, y por su vinculación histórica con Lorenzo Miguel. Alegres, todos se sumaron a la procesión que encabezó después el nuevo Papa por el final del mes Mariano que recorrió las calles de Roma saliendo de la basílica mayor de San Juan de Letrán y finalizando en la de

Santa María Mayor.

Ese aire de jarana vaticana se replicó pocas horas más tarde en Buenos Aires. En el comedor de la sede del gremio de gastronómicos que Bergoglio supo frecuentar varias veces, un centenar de amigos y asociados le festejaba a Luis Barrionuevo sus 71 años. El grupo recibió al grito de «¡Francisco, Francisco!» a una nueva estrella. Era Francisco «Pancho» Baigorria, párroco de la iglesia de San Ignacio, predilecta del sindicalismo y en especial de los gastronómicos. Tanto, que Camaño integra el selecto grupo de Amigos de San Ignacio, integrado por empresarios como Juan Born y Federico Zorraquin, dedicados a juntar dinero para la restauración del templo católico más viejo de Buenos Aires, en la Manzana de las Luces.

Esa noche en el cenáculo gastronómico, Baigorria era un representante de Bergoglio y acaparó más brindis que Barrionuevo. Hubo relatos de todos de sus reuniones con el nuevo Papa. De allí salieron varias presunciones. Una, que la libertad que tiene para hacer cambios sale de esa rara mezcla que hay en él de una ortodoxia a ultranza con un progresismo social que va más allá de lo que alardean quienes gustan llamarse progresistas. Alguien contó el diagnóstico que le había escuchado pronunciar respecto de los Kirchner, una frase alegórica que les llevó tiempo interpretar: «Qué lástima, es una gente que no tiene equilibrio».

1. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* [1985], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

29. BLINDAR LA RETAGUARDIA

Jorge Bergoglio dio el primer papazo que esperaban quienes adelantaban que haría un pontificado revolucionario. A una semana de haber asumido como Francisco, blindó por los próximos años el Arzobispado que dejó en Buenos Aires al nombrar a su discípulo más cercano. El obispo Mario Poli tenía 65 años y entonces podía quedarse hasta los 70, y aún más. La designación sorprendió al Episcopado, algunos de cuyos integrantes se creían en la *short list* para esa dignidad. Menos sorprendió, si se tiene en cuenta el perfil político de Bergoglio, que haya asegurado que su gestión en el Arzobispado porteño tuviera continuidad en las ideas y en los métodos. Como él, Poli es un ortodoxo en cuestiones de doctrina y un progresista flexible en lo pastoral y social. Es un teólogo reputado, pero también obtuvo una licenciatura en Trabajo Social por la Universidad de Buenos Aires: lo que antes se llamaba «asistente social», el mismo título universitario que posee Alicia Kirchner.

Fue la sombra de Bergoglio, con quien se formó y convivió años en el Arzobispado de Buenos Aires, en donde ejerció la vicaría de Flores, barrio donde vivió el ahora Papa y donde está la parroquia de San José, en la que este desempeñó funciones. Poli tiene diez años menos que Bergoglio, bajo perfil y, a diferencia de este, es más cura que político.

No se le conocía agenda política; es parco, serio, de pocas palabras, al menos hacia afuera. Hacia adentro, se permite retozos de clerecía, como cuando llamó a todos los sacerdotes de La Pampa para festejar la designación con un asado criollo en Santa Rosa. En ese jolgorio —que suelen animar los sacerdotes con chistes mansos de seminario, como aquel que relata la pregunta de una monjita al confesor sobre si el Niño Jesús mojaba los pañales, y este le contesta que sí, pero poquito—, se diferenció del humor que ganó a algunas de las estrellas del Episcopado, que podía pretender que Bergoglio negociase ese cargo para gente que no fuera de su riñón.

La señal política era clara: que lo que sembró durante una década de ejercicio fuerte del obispado pero también de la política continuase sin apartarse un milímetro de su método, que mezcla el conservadurismo en temas religiosos y un progresismo que envidiarían las izquierdas, si existieran en la Argentina.

Es conprensible este rigor disciplinario. Porque, en adelante, todo lo que dijera o hiciera Poli sería entendido como una manifestación del Vaticano. Era el principal riesgo que corría Francisco, después de ejercer como Bergoglio su administración en la Capital Federal con una intensa agenda política que lo había destacado como uno de los

dirigentes sociales más importantes de la última década.

La asunción de Poli en abril de 2013 como sucesor de Bergoglio sirvió para un desfile de adhesiones francisquistas. Oficialismo y oposición se esforzaron en mostrarse por encima de las diferencias. La mirada de Florencio Randazzo en la misa del sábado a la tarde sobre Amado Boudou y Julián Domínguez en el acto de asunción del nuevo arzobispo de Buenos Aires buscaba entender las razones por las que los dos funcionarios se diferenciaban del resto de los que habían ido a ver cómo se sentaba en la catedral el sucesor de Jorge Bergoglio. «En este tipo de actos uno no se arrodilla», explicó un funcionario kirchnerista. Cuando llegaba la consagración eucarística, detalló: «Uno baja la cabeza y se pone serio, pero nada más».

El vicepresidente y el jefe de los diputados, con poder para expresar la piedad como les diera la gana, cumplieron con su fe, y eso lo entendieron los hombres de la Iglesia presentes en la Plaza de Mayo. Esos sí que comprendieron bien la señal. Cristina de Kirchner había ordenado una asistencia masiva de funcionarios al acto. Ese sábado, ella estaba en Caracas visitando el túmulo con los restos de Hugo Chávez y retuvo allá a Julio de Vido, Oscar Parrilli y Héctor Timerman, pero el resto del gabinete fue a la plaza, con la excepción de Carlos Tomada, cuya ausencia fue tan inexplicable como otra, la del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Ricardo Lorenzetti.

En esa coreografía muda, hay que incluir encuentros audaces a la vista de todos, como el de Domínguez con el hombre con quien comenzó a militar de joven cuando estudiaba Derecho (dejó la carrera para trabajar y se recibió, después de retomar los estudios, cuando ya tenía su cargo de entonces), el secretario de Culto Guillermo Oliveri. Fue en la parroquia 13 y también en la 15, donde los acompañó el ex viceministro de Defensa Fernando Maurette. También fraternizó Julián con Aldo Carreras, amigo de la infancia de Bergoglio y hombre de penetrante aroma clerical. Fue funcionario de Carlos Menem en Educación y en Migraciones y ahora lo era de Daniel Scioli. Los rituales suelen forzar a los participantes a quebrar preconceptos, y eso se vio en el momento del saludo de la paz, cuando Mauricio Macri y Boudou buscaron a quién saludar hacia el lado opuesto.

Sí se desearon «la paz sea contigo» Domínguez con Macri, María Eugenia Vidal y el secretario de la administración macrista Marcos Peña, quien se saludó también con afecto con Juan Manuel Abal Medina. Fue llamativa la presencia de delegaciones extranjeras, entre ellas la de Estados Unidos, encabezada por Vilma Martínez, que estaba despidiéndose del cargo porque Barack Obama la reemplazaría por uno de los principales recaudadores de su campaña, Noah Mamet. En el sector de los funcionarios macristas, se destacó la oftalmóloga Graciela Reybaud, quien, sin esperar que se reclamara, al estilo

alfonsinista, «un médico a la derecha», en varias oportunidades se levantó de su ubicación para atender desvanecimientos de otros feligreses.

Sin mostrar invitación, como siempre, se ubicó en primera fila junto a los funcionarios el bombista Tula. Nadie se animó a sacarlo de allí, porque tiene los mismos fueros de temor que Hebe de Bonafini. Hace lo que quiere. Más en segunda fila se ubicaron hombres vinculados a la Iglesia, como el auditor Santiago de Estrada y el consejero de la magistratura Jorge Enríquez, que ocuparían cargos importantes en el gobierno macrista después de 2015, pero que en ese momento solo tenían la chapa de ser operadores discretos y hasta secretos de Bergoglio.

La respuesta de Bergoglio a sus adversarios fue lenta y suave. Tardó casi un año y medio en sacar de la presidencia de la comisión de Educación del Episcopado a Héctor Aguer, el contradictor más importante que tuvo Bergoglio cuando era arzobispo de Buenos Aires y quien le infligiera importantes derrotas en votaciones sobre temas pastorales, como los casamientos del mismo sexo. Para Bergoglio, el asunto educación es el más importante dentro de su papado. Por eso exaltó a nivel mundial su proyecto de las Scholas Occurrentes y a su gerente, el laico José María del Carril. En noviembre de 2014, puso en esa función del Episcopado a monseñor Eduardo Martín, a quien había designado hacía poco en la diócesis de Rosario, donde estaba otro de sus enemigos jurados, el obispo José Luis Mollaghan.

El manual de usos políticos del peronismo recomienda el acogimiento a la Iglesia en momentos críticos. Cerca del cierre de las listas para las elecciones primarias de candidatos para las elecciones de 2013, que el peronismo perdería, la ocasión la dio la ceremonia de exaltación en la catedral metropolitana del sacerdote más identificado intelectualmente con el flamante Papa.

Fue la consagración como obispo, el 15 de junio, de Víctor «Tucho» Fernández, un cordobés que era ya rector de la Universidad Católica Argentina (UCA) y a quien, apenas fue Papa, Bergoglio elevó a obispo sin grey propia. Se trata de una distinción apropiada para un rector de una universidad como la UCA, pero que había sido frenado en la era Benedicto por sectores conservadores —entre ellos, el ex nuncio Adriano Bernardini— por considerarlo demasiado progresista.

Esa consagración contó con la presencia de un malón de políticos del peronismo de Buenos Aires, que es donde se libraba la principal batalla. Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados, era amigo desde hacía años de Fernández, a quien reconoce como un «peruca» eclesiástico, y libraría una final por la gobernación de ese distrito en 2015 con Aníbal Fernández, en la cual perdió en prueba de que la gravitación de la Iglesia no era decisiva para el voto.

Domínguez había acompañado el lunes anterior por la noche a Fernández hasta el despacho presidencial, adonde los introdujo un amigo común de la militancia juvenil, el secretario de Culto Guillermo Oliveri.

Esa visita obedeció al plan de un sector del Gobierno para mejorar más aún la relación con el Papa. Fernández, después de todo, era considerado un «compañero» y, en 2006, había publicado un libro en el cual defendía algunas aristas del modelo, como la política de auxilio social y el rumbo frente a las causas en defensa de los derechos humanos.

Tucho Fernández es un bergoglista encendido a quien se atribuye ser el *ghost writer* de sus principales escritos. Conmovió a los presentes en su consagración como obispo cuando habló fuera de programa, y no más de quince minutos, sobre su tarea de rector universitario, que ejerció hasta abril de 2018.

El acto de designación como obispo de Tiburnia (localidad imaginaria que pudo estar en la actual Austria) puso a prueba la piedad de Scioli y de Domínguez, porque se trató de una misa de más de dos horas y media. Se saludaron con mansedumbre en el momento de darse la paz, que aprovecharon para pedir alguna explicación.

—¿Por qué me pegás tanto? —preguntó Scioli.

—Porque tu gente se va con De Narváez —respondió Domínguez.

—No te equivoqués, porque sabés que soy leal y voy a jugar acá.

En ese cierre de listas, hasta último momento Scioli discutió la integración de un frente con opositores como Mauricio Macri, Sergio Massa y Francisco de Narváez. (1) Fue un intento de ruptura del gobernador con el Gobierno al que pertenecía y al que en 2015 representó como candidato presidencial.

Monseñor Fernández tendría destinos más altos en la planificación de Bergoglio: reemplazar en el Arzobispado de La Plata al principal adversario interno que tenía en la Iglesia. Ocurrió en junio de 2018, pocos días después de que Héctor Aguer cumpliese los 75 años, límite para ejercer en ese cargo. Bergoglio le aplicó el reglamento al acelerar los tiempos de la sucesión. No es habitual que el relevo de un obispo jubilado se produzca de inmediato. El propio Bergoglio había cumplido los 75 años en diciembre de 2011, pero Roma no le aceptó la renuncia ni anunció el reemplazo. Por eso la elección como Papa lo sorprendió en el ejercicio del arzobispado porteño.

La designación de Fernández en La Plata permitió otra novedad: por primera vez en la historia, un laico asumió como rector de la Universidad Católica Argentina. Ocurrió en 2018 con la asunción del médico Ángel Schiavone, un hombre que también daba una señal política. Había sido, diez años antes (2008-2009), subsecretario de Salud del Gobierno de la Ciudad de Bunos Aires durante la gestión

porteña de Macri.

1. Ignacio Zuleta, *Macri confidencial, op. cit.,* capítulo «El trío que no fue y los “suicidios” de Scioli».

La elección papal le dio un renovado protagonismo a la Iglesia argentina, que en 2013 celebró dos Tedeums. Uno tuvo lugar en la Basílica de Luján, y el otro, en la catedral metropolitana. Fueron dos oportunidades para medir el arrollador efecto de Bergoglio. La homilía de Agustín Radrizzani ante Cristina de Kirchner y el gabinete fue, en realidad, un comunicado del Papa. El obispo leyó, punto por punto, las consignas clásicas de la pastoral de Francisco.

Aunque a los funcionarios que fueron a Luján les pesó el reto bergoglista, acataron, pacientes, la directiva oficial de abrazar al Papa, que le daba al país una marca de prestigio en el momento en que sufría descalificaciones adentro y afuera. Algunos sobreactuaron el entusiasmo. Fue el caso del gobernador de Entre Ríos, que anunció un proyecto de construcción, en algún lugar de Paraná, de un Cristo más alto que el de Río de Janeiro. Esperaba que Francisco viniera a inaugurar tamaño monumento. En aquel momento, Sergio Urribarri era un protocandidato presidencial. Todavía Francisco está esperando ese homenaje.

La elección de Bergoglio fue una sorpresa colectiva, pero no para quienes nadan en ese líquido amniótico que es la comunidad católica. Bergoglio siempre fue igual. Se ve que en el sigilo nadie le prestó atención antes. Dentro de la Iglesia, lo vieron crecer. Desde que Quarracino rescató de Córdoba al curita ignoto, a partir de un retiro espiritual que predicó en el Episcopado. Pasó de auxiliar y coadjutor de Buenos Aires a cardenal. Juan Pablo II lo ascendió tres veces. Su ascenso hirió más de lo que asombró a sus adversarios internos. Los más desconcertados eran los de la línea conservadora de la Iglesia, porque estaban identificados con señales de ese sector del Vaticano. Benedicto XVI, explicaron, vía Tarsicio Bertone y Leonardo Sandri, nuncio mediante, nombró mayoritariamente a obispos de esa línea. Nadie esperaba un retorno al progresismo que representa Bergoglio.

Algunos no entendieron los apoyos al nuevo pontífice de parte de los obispos Jorge Novak y Miguel Hesayne y de los teólogos críticos Hans Küng, Leonardo Boff y Frei Betto. Faltó Ernesto Cardenal. Tampoco entendieron el repentino entusiasmo evidenciado por Adolfo Pérez Esquivel. Desde el primer momento de su papado, pisó el lugar de conducción regional que había intentado atalayar Hugo Chávez, muerto un mes antes. No en vano felicitó a Cristina de Kirchner por lo que se estaba haciendo en materia de Patria Grande, como la llamó parafraseando a Bolívar y a San Martín.

Desde la izquierda europea, el ensayista italiano Gianni Vattimo compartió esta percepción cuando dijo que Bergoglio es una versión

bolivariana del catolicismo. «La elección de Bergoglio al trono del Papa es como una conclusión natural de las transformaciones políticas de Latinoamérica de las últimas décadas. Porque si uno piensa lo que ha pasado de nuevo e importante desde el punto de vista político, hay que tener en cuenta los cambios en América Latina: Chávez, Correa, Lula, Cristina. El continente tenía como un derecho natural de dar, también, el Papa, solo que ha tomado una hegemonía ideal.» (1)

Enrique Moltoni era el responsable del área de Culto en la gobernación de Buenos Aires. Había acompañado a Daniel Scioli desde cuando el futuro gobernador corría carreras en lancha, que este Moltoni relataba con irrefrenable entusiasmo en el Canal 9 de Alejandro Romay. Fiel pastor evangélico, Moltoni trabajó en la creación del canal de TV en el Senado cuando Scioli era vicepresidente y fue el mensajero del envío de los 50.000 dólares de Bergoglio para los damnificados por la inundación de abril de 2013, pocos días después de su elección como Papa. Scioli le indicó a Moltoni que le hiciera llegar el agradecimiento a través del nuncio.

Emil Paul Tscherrig era un embajador de la Santa Sede que tenía fecha de vencimiento: pertenecía al sector Sandri-Bertone-Aguer-Caselli de la diplomacia vaticana, que había combatido siempre a Bergoglio. Un par de horas después, el prelado suizo llamó a Moltoni y le dijo:

—Dígale al gobernador que llame a este celular.

El gesto conmovió a La Ñata. Scioli ya había suspendido el fútbol para sentar a la mesa de su quincho-museo a la decena de funcionarios encargados de monitorear las tareas de auxilio a las víctimas de La Plata. Todos miraron a quien marcó el celular como quien mira la ejecución de un penal en el fútbol.

—¿Hola?

—Residencia de Santa Marta.

—Habla el gobernador Scioli, de la Argentina.

—Creo que está en reunión, pero espere que le paso.

El gesto del gobernador al escuchar al Papa motivó un conato de aplauso que fue reprimido. Se inició un diálogo que incluyó el recuerdo cariñoso de una peregrinación a Luján con jóvenes el año anterior y un saludo:

—¿La familia bien? ¿Cómo está Karina?

—Voy a querer verlo en algún momento.

—Venite cuando quieras.

Más amagues de aplauso y despedida, seguidos de bromas y celebraciones que continuaron a mediodía con audacias profanas, como llamarlo al dueño de casa «El Papa de La Ñata».

El llamado vaticano venía al pelo para lo que, creía Scioli, significaba la elección de Bergoglio. Entendía que el llamado al

«encuentro» calzaba con el método sciolista de identificación con las clases medias. No podía saber que ese mismo proceso que él festejaba era el que en la Argentina desplazaría al peronismo del poder.

Poco después del cierre de listas de candidatos para las PASO de ese año, en julio de 2013, Scioli tuvo su reunión privada con el nuevo Papa. Entendió, por palabras que le escuchó, las verdaderas razones por las que Bergoglio decidió permanecer en la residencia de Santa Marta y no usar los aposentos tradicionales de otros papas en el Palacio Apostólico. Esas dependencias que abandonó están en el primer piso del palacio. La planta baja la ocupaban las oficinas del secretario de Estado, Tarsicio Bertone, un funcionario heredado de Benedicto XVI y cuyas ocupaciones, como con anteriores secretarios de ese nivel, eran manejar la agenda de los papas y, más que nada, controlar quién subía y quién no subía al primer piso, control sobre el cual se basaba su poder. Como Bergoglio atendía ya en Santa Marta, el secretario Bertone no se enteraba de nada de lo que hacía Francisco, a menos que este se lo contase. Ese circuito paralelo de circulación le daba libertad y, además, quitaba aire imperial al papado.

Cada vez que Bergoglio debía descender a la política pedestre, la del día a día a la que lo llevaban sus interlocutores, acudía a categorías de la Guerra Fría. Eso es algo muy peronista. Estaba siempre atento a la misión de contener y buscar por arriba las salidas de los laberintos, como había aprendido de su lectura de Leopoldo Marechal. Cuando Scioli era vicepresidente, había escuchado sus quejas contra su compañero de fórmula Néstor Kirchner. A poco de andar el Gobierno del santacruceño —asumido en mayo de 2003— estalló una pelea entre Scioli y el matrimonio Kirchner, que nunca terminó, pero que jamás llegó a quebrar ese otro matrimonio de conveniencia que era en Argentina el llamado kirchnerismo. Esa fuerza dentro del peronismo tiene dos nombres inscriptos en la cinta de su ADN: Néstor Kirchner y Daniel Scioli.

La tormenta comenzó el primer mes de la gestión de los dos. Tuvo varios motivos, todos irreconciliables: la exhibición de poder de Scioli en viajes internacionales, la opinión sobre la agenda política, la posición ante los reclamos empresarios, la demanda de empresas de servicios públicos para una actualización de tarifas, etcétera.

Desde ese momento, fue infatigable el hostigamiento de la Casa de Gobierno a Scioli, al que arrinconó en todos los niveles. El ex gobernador diría después: «Se ha sabido menos del 5% de las cosas que me hicieron». Nunca ha querido ampliar, pero se sabe, por ejemplo, que cuando tuvo una emergencia de salud le negaron el uso de un avión para trasladarlo desde Mar del Plata hasta la Capital. Corría enero de 2012 y, como todos los veranos, Scioli estaba entre Mar del Plata y Tandil. Tuvo la ocurrencia de jugar un partido de

fútbol: en el equipo contrario jugaba Mauricio Macri. A las pocas horas, tuvieron que internarlo por un cálculo renal. Pidió un avión, pero de la Casa Rosada se lo negaron. Oscar Parrilli se cruzó en un duro diálogo con José Scioli, hermano de Daniel: «Que me manden un certificado médico», reclamó el secretario legal y técnico de la Presidencia.

«Pepe —le dijo Scioli a su hermano—, deciles que, si en quince minutos no nos mandan el avión, salgo a todos los medios a contar lo que nos están haciendo.»

El avión apareció.

En ese anecdotario sumergido, figuran las restricciones, dictadas desde el ministerio de Julio de Vido, que impedían que productos de la firma Karina Rabolini pudieran ser vendidos en los minimercados de la cadena de estaciones de servicio de YPF.

El destrato solapado llegaba a piquetear actos de Scioli, a detener a funcionarios del Ejecutivo para que no ingresasen y al envío de emisarios que en discretas visitas le sugerían que renunciase al cargo. En el otro extremo, de mal trato abierto, estaban las descalificaciones públicas en las sesiones del Senado a Scioli, que como vicepresidente las presidía: se las infligía Cristina de Kirchner, apenas ingresó ella a la Cámara Alta en diciembre de 2005.

1. Reportaje de la radio mdz del 18 de mayo de 2015: <https://soundcloud.com/mdzol/gianni-vattimo?utm_source=soundcloud&utm_campaign=wtshare&utm_medium=Twitter&utm_content=https%3A//soundcloud.com/mdzol/gianni-vattimo>.

31. RÍO DE JANEIRO, ESCENARIO DE CAMPAÑA

Unos escarpines y un portafolio —nunca se sabrá si vacío o con algún documento o valor adentro— fueron las prendas del intercambio de regalos en que se resumió el encuentro que tuvieron, el 27 de julio de 2014, Cristina de Kirchner y Francisco, en la sala VIP improvisada bajo los andamios del inmenso escenario levantado en plena playa de Copacabana, en Río de Janeiro, para la misa final del viaje papal a Brasil. En ese espacio exiguo, se amontonaron Dilma Rousseff, Evo Morales, Danilo Astori, «Dési» Bouterse (presidente de Surinam), Héctor Timerman, Carlos Zannini, el embajador argentino en Brasil Luis Kreckler, el vocero Alfredo Scoccimarro y el intendente Martín Insaurralde, lanzado ya a candidato a diputado nacional por el peronismo de Olivos.

«Saludo a todos, pero a la única a la que le traigo un regalo es a usted», dijo Francisco, y le entregó a Cristina un paquete con escarpines para el nieto presidencial Néstor Iván.

Ella le respondió con otro regalo, un *attaché* de cuero, accesorio cargado de simbolismo. Una de las costumbres de Bergoglio, desde siempre, era cargar papeles, carpetas y algunos elementos de la liturgia en un viejo portafolio de cuero negro.

En el canje de regalos, hay que advertir otra señal, menos perceptible para observadores de brocha gruesa. Es un fenómeno que no reflejó con fidelidad la cobertura de la visita papal, teñida por el entusiasmo de los peregrinos. Se trata de la frialdad del grupo de poder brasileño ante Francisco, que no hizo demostraciones exaltadas como las que habría motivado una visita papal a la Argentina, donde la Iglesia tiene más ramificaciones en el poder político.

Brasil estaba gobernado por Dilma, que es atea y ha sido comunista, como varios de sus ministros. El gobierno brasileño tiene que vérselas con la comunidad católica más grande del mundo, y eso, como ocurre en muchos otros países, genera la necesidad de una diferenciación. La alientan el crecimiento exponencial de las confesiones evangélicas y pentecostales en toda América Latina, que en Brasil además se enancan con rituales y cultos de raíz africana, que a su vez también se proyectan fuera del territorio federal. Los gobernantes brasileños responden a otras ideas y a otras tradiciones. No son proclives ni al clericalismo ni a las demostraciones públicas de fe como los políticos argentinos, que no se pierden una peregrinación, van a Tedeums, buscan estar en celebraciones en Luján y otros santuarios.

Eso lo percibió Francisco en la recepción del lunes en el Palacio de Guanabara, en donde había 650 invitados —funcionarios, políticos, empresarios, militares— y donde más de un centenar de sillas

quedaron vacías. Cuando subió al escenario con Dilma, recibió un aplauso moderado, de sala teatral, pero sin efusiones y bastante corto. El sábado, cuando Francisco celebró una reunión en el Teatro Municipal de Río con representantes de la «sociedad civil» de Brasil, no asistió un solo miembro ni del Gobierno nacional ni del de Río de Janeiro. El alcalde de Río de Janeiro, Eduardo Paes, que es católico, tampoco fue y se justificó en que tenía mucho que hacer con su trabajo, que había estado ya con el Papa varias veces y que tampoco podía estar perdiendo tiempo asistiendo a todas las recepciones. Es entendible en un país en cuyo Congreso había, ese año, un bloque evangelista de setenta legisladores y en donde hay millones de fieles que creen en confesiones animistas y en variadas macumbas.

Para ese viaje a Brasil, en donde Francisco presidía el Encuentro Mundial de la Juventud en su primer viaje internacional como pontífice, Cristina de Kirchner subió a un grupo heterogéneo que le dio a ese vuelo rumbo a Río de Janeiro el carácter de un laboratorio de conductas. Estaba desatada la campaña electoral para la renovación legislativa de ese año; las expectativas para el Gobierno eran confusas, como lo era en general el panorama para la oposición. El peronismo gobernante agitaba nombres como el de Insaurralde. El intendente de Lomas de Zamora desconcertaba con posicionamientos políticos cambiantes y, de paso, buscaba popularidad exhibiendo su relación con la modelo Jesica Cirio. A Insaurralde se lo había intentado llevar a su campo el peronismo disidente de Sergio Massa, que ganaría la elección.

En la oposición, el grado máximo de confusión se había alcanzado pocos días antes. A finales del mes de junio, el gobernador Daniel Scioli —abanderado del peronismo kirchnerista—, Massa y Mauricio Macri —el opositor más encendido— habían estado a punto de cerrar una lista negociada de candidatos para diputados en Buenos Aires.

Con ese ánimo, a un mes de las primarias para validar las candidaturas, en la cabina del avión presidencial convivieron candidatos de partidos enfrentados. Allí volaba Insaurralde, del kirchnerismo bonaerense, pero también Alicia Oliveira, candidata a senadora en Capital, pero por el opositor FE, partido del sindicalista «Momo» Venegas y amiga íntima del Papa. Cristina la había incorporado a la delegación que la había acompañado en marzo a la asunción del pontífice. Decidió volcarse en favor del Papa después de escuchar las razones de personas de la segunda línea del oficialismo, como Guillermo Moreno, secretario de Comercio Interior y vigilante de una política económica errática que generaba gran impopularidad, y el ex jefe de gabinete de la Cancillería, Eduardo Valdés. Los dos terminaron por convencerla: un Papa argentino era una ventaja competitiva para el país en un mundo en dificultades.

La aparición de la «momista» Oliveira en el avión presidencial desconcertó a los seguidores de Venegas, que habían visto cómo en la mañana del sábado su candidata a senadora repartía boletas de FE y por la tarde se subía al Tango 01. Entendieron que era una imagen contradictoria (como otras de esta campaña, como la del creador de la 125, Martín Lousteau, en la misma lista del opositor Rodolfo Terragno, o el noviazgo del cordobés dolarizador Cavallo con el pesificador puntano Adolfo Rodríguez Saá). Se consolaron con el argumento de que se trataba de un testimonio de que votantes del «Momo» saldrían del padrón del peronismo que gobernaba el país.

Se explica que Cristina buscase estirar al máximo el arco de esa delegación mínima: debía abarcar la significación completa del retablo que quiso mostrar. La presencia del candidato bonaerense, de cuya campaña se encargaban ella y Daniel Scioli, se explica sola: la campaña estaba desatada y a Insaurralde, decían los campañólogos del oficialismo, había que ayudarlo a que lo identificasen con el Gobierno y no con el peronismo massista, con el cual había coqueteado hasta el cierre de las listas. En este plan, una aparición junto a Bergoglio, la estrella del año, era una oportunidad inmejorable. La había aprovechado Scioli, con su olfato pampa, en un viaje personal de un par de días antes, para estar junto a Francisco en la apertura de esas jornadas a cuyo cierre asistía Cristina.

Tan descarada era la intención proselitista del viaje, que Cristina hizo alusión en los tuits que disparó desde el avión a la enfermedad que había sufrido el candidato, un cáncer de testículos. Todo para decir que, según él, había remontado con ayuda divina. Escribió durante ese viaje: «Le pedí a Martín Insaurralde que me acompañara. Me preguntó: "¿Puedo llevar a mi hijo Rodrigo?", me dice Martín: "¿Sabés que pasa? Él fue el que más me acompañó. Es el más chico, y sufrió un montón. (Ya sabés, Martín tuvo cáncer y gracias a Dios y la Virgen, se curó.) Él rezaba conmigo. Ahora tiene 16 años, y me quiere acompañar"».

El candidato cumplió con su rol en ese libreto tuitero: «Me invitó @CFKArgentina, que sabe cómo me aferré a Dios y lo agradecido que estoy por haberme curado», dijo Insaurralde en su cuenta. Era un riesgo esto de mentar la enfermedad en un candidato: algunos podían enternecerse y otros podían verlo como una desventaja. Pero en momentos críticos hay que arriesgarlo todo, más cuando la misión era acortar distancias con los disidentes massistas. Lo que descontaran y achicaran lo facturarían ellos cuando se conocieran los resultados.

La presencia de Oliveira fue una señal decisiva. Cristina repetía lo que había hecho en marzo, cuando la había subido al avión para que esta abogada, que está entre los amigos más cercanos de Jorge Bergoglio, fuera la señal más clara de su alineamiento con el nuevo

Papa y de su distanciamiento del ala D'Elía-Verbitsky, que se había quedado con el discurso nestorista del Bergoglio jefe de la oposición. Con esa presencia de Oliveira en el avión, terminaba clarificarse cuál era la línea oficial, más allá de que la abogada eligiera ser candidata de un partido rabiosamente opositor al Gobierno, como el de Venegas. Un gesto testimonial: esa candidatura nunca prosperó al no obtener los votos mínimos necesarios para validarse en las primarias.

Esa elección de Oliveira por el partido del sindicalista de los trabajadores rurales, socio de las organizaciones del campo que habían derrotado al Gobierno en la pelea de las retenciones de 2008, enrareció más el escenario. Testigos de aquellos hechos afirman que fue candidata de la oposición por indicación de Bergoglio. El nuevo Papa tenía una relación especial con ese sindicalista: algunos afirman que el arzobispo Bergoglio era su confesor. Testigos de esa relación también insisten en que Bergoglio asistió espiritualmente a una hija de Venegas en una emergencia que incluyó la intervención de un sacerdote de La Plata experto en los rituales de conjuro del Maligno: es decir, en exorcismos.

Hacia adentro, este gesto bergogliano de Cristina ocurría cuando su Gobierno ya estaba bajo fuego por el tratamiento del ascenso del general César Milani, impugnado por el mismo sector que criticaba a Bergoglio.

Cristina destacó a Oliveira con varios gestos en público; vio que estaba en la fila 3 de los asientos reservados en la misa a la delegación y le pidió que avanzase a la fila 2 para que estuviese detrás de ella. Cuando llegó el ritual de dar la paz, Cristina besó a Oliveira, quien también le dio la paz a Evo Morales, que alguna vez llamó a la salida de la Iglesia católica de Bolivia, por considerarla un resabio del colonialismo europeo. La recibió porque le deslizaron que la abogada es una admiradora de él. Hoy Evo se dice católico.

Cuando bajó del avión al regresar a Buenos Aires, Oliveira llamó al periodista Carlos Campolongo, que figuraba en la lista de candidatos del partido FE, que inspiraba Venegas. Campolongo le preguntó si se desafiliaba del partido después del viaje con Cristina. Ella le respondió riendo: «Yo los afilié a todos los que iban en el Tango 01».

También dio las razones por las que había viajado a Río con Cristina: no había que desatender con actitudes personales los mensajes de conciliación de Bergoglio.

A diferencia de otros viajes, Cristina de Kirchner no se encerró en la cabina que suele usar en el avión presidencial y salió dos veces a charlar con los pasajeros, para completar el formato proselitista del viaje. En esas dos apariciones ante sus invitados en la cabina del Tango 01 —nave que usaba con confianza en el área de Unasur, porque nadie la embargaría en territorio amigo para entregarla como

parte del pago de la deuda—, Cristina dio muestras de su entusiasmo con los discursos del Papa. Dijo haber descubierto que el Papa pensaba como ella en todos los temas importantes, como la crítica al capitalismo, la necesidad de mirar al mundo desde el sur, la posición ante el desempleo global, etcétera.

Eran descubrimientos de oportunidad, porque la Iglesia católica siempre se expresó contra el capitalismo y contra expresiones aledañas a ese sistema, como la usura y el liberalismo. Todos los religiosos del mundo hispánico se formaron en materia política con un libro de lectura obligatoria en seminarios y parroquias, *El liberalismo es pecado,* escrito en 1884 por el sacerdote catalán Félix Sardá i Salvany, quien se había formado en el Seminario Conciliar de Barcelona administrado por los jesuitas. Quiso pertenecer a la orden de Bergoglio, pero en la Compañía de Jesús lo rechazaron por su mala salud. Igual hizo fama con su condena doctrinal al liberalismo, que aporta argumentos que, sin saberlo, repiten hoy populistas y terceristas, entre ellos los peronistas. Ese libro fue bautizado «la Biblia del integrismo» e instruyó la formación de muchas generaciones de curas y laicos en el antiliberalismo. (1)

En esa charla en el avión dio detalles de la relación entre los dos, basada en el hecho de que durante el ciclo Kirchner nunca hubiera avanzado ningún proyecto de legalización del aborto en la Argentina. Néstor nunca había dicho nada en público sobre esto, pero sí Cristina, quien siempre se expresó contra esa práctica y su legalización en los términos de los proyectos que entraron al Congreso, entre ellos varios del peronismo, como el que patrocinó, de manera infructuosa, la entonces jefa del bloque del FPV en Diputados, Juliana Di Tullio. Esta legisladora, el «látigo» *(whip)* de la bancada, no retiró el proyecto, pero ella misma lo congeló con el argumento de que «tenemos un Papa argentino y este es un año electoral».

En el viaje de regreso a Buenos Aires, Cristina volvió a aparecer en la cabina para mostrar los escarpines de lana que le había regalado el Papa para su nieto. ¿Tejido por monjas europeas? «No —advirtió uno —, acá dice Made in Brasil.» O sea que el gesto fue doble, porque los mandó a comprar en Río cuando le confirmaron el encuentro con la presidente. Preguntó por qué Oliveira, Oliveri y Valdés no habían entrado al VIP para ver al Papa, como el resto de la delegación. Se equivocaron de puerta, argumentaron, algo imperdonable para tres baqueanos como estos, pero ya habían visto al Papa y no le dieron importancia al asunto.

En esa charla aeronáutica desde Río de Janeiro, Cristina glosó detalles del primer encuentro en el Vaticano, cuando asumió el pontífice. Ella le llevó un juego de mate. En la reunión a solas de marzo, entre bromas y veras, le advirtió:

—Ojo con lo que le dan de comer acá…; mejor siga con el mate.

Bergoglio, que también bromea sobre sus gambetas al entorno de la corte vaticana, le envió unos días después de aquel encuentro un saludo que remataba así:

—Sigo tomando mate.

En su avión de regreso a Roma, Francisco habló poco sobre la Argentina con los periodistas que lo acompañaban. Dio un relato más personal de su encuentro con Cristina de Kirchner, pero no se salía de lo conocido: la broma de llamarla «abuela, pero joven, para que no se enoje, además de mandarle a comprar las zapatillas». El final fue con el habitual regalo de rosarios bendecidos. ¿Cuántos hijos? Tantos rosarios.

1. Félix Sardá y Salvany, *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes* [1884], Lleida, Pagès Editors, 2009.

32. BROCHERIANAS

En septiembre de 2013, la beatificación del cura Brochero dio la oportunidad para un rebrote francisquista en la clase de los políticos. «¿Dónde está Insaurralde?» El mensaje llegó del Vaticano a través de un celular, en medio del acto de beatificación del cura Brochero un sábado a la mañana en el pueblo cordobés del mismo nombre que lo honra. Ese acto había hecho que dirigentes de todos los partidos suspendieran por un instante las inquinas.

La pregunta por Insaurralde circuló en medio del asado que ofreció el obispo de Cruz del Eje, Santiago Olivera, a un seleccionado de los asistentes a ese acto a quienes les repartió, antes de la ceremonia y muy discretamente, una tarjetita señalando el lugar del encuentro. La mandó personalmente el Papa Francisco a algunos de sus amigos que compartieron ese asado y que le habían enviado por mail una copia del afiche que había diseñado el publicista del peronismo Enrique Albistur con las imágenes de Brochero y Bergoglio.

En el viaje de regreso de Río de Janeiro a Roma en julio, a Francisco le habían preguntado sobre el encuentro con Martín Insaurralde. El Papa deslizó con aire pastoral:

—Estaba saludando a algunos presidentes, a Evo, al de Surinam, y vi que había dos o tres personas más a las que no conocía, y las saludé, nomás.

Durante el acto, el Papa, que dice que no es ducho en el manejo de internet, mandó la pregunta en alusión a un afiche anterior de «Pepe», que levantó bardo entre oficialistas y opositores, donde el publicista había puesto a Francisco junto a Cristina de Kirchner e Insaurralde en el encuentro de Río de Janeiro. Era una prueba no solo de la atención que mantiene el pontífice sobre lo que ocurre en la Argentina, sino también de su sentido del humor, porque recogió toda la polémica sobre aquel afiche que algunos vieron como un acierto proselitista y otros, como un gesto oportunista.

Ese mensaje de Bergoglio no fue la única señal importante de las registradas en aquel acto en Córdoba. La más importante era que, cuando Francisco toca pito, convoca a una demografía de una vastedad que solo aparece ante sus convocatorias. El sábado de la beatificación de Brochero hubo entre 130 y 160 mil personas, una asistencia que no había alcanzado la Iglesia en anteriores actos de esa devoción.

Fue una ratificación de esa nueva demografía que ya había despertado Bergoglio en Plaza de Mayo el día en el que asumió como Francisco: el mensaje papal se proyectó desde Roma en la vigilia. Esos miles de personas no pertenecen al mundo de la política, ni del

piqueterismo, ni de las «organizaciones sociales». Son sectores que se identifican con cierta forma de vivir la fe y para quienes Bergoglio ha encontrado la manera de convocarlos y darles protagonismo.

La otra señal importante fue que el sermón que pronunció el enviado papal, el cardenal Angelo Amato —jefe de la Congregación para las Causas de los Santos—, incluía una frase que sorprendió a todos: «Traigo un saludo especial para Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados». El jefe de los diputados seguramente merecía esa mención, porque era el representante del Gobierno en ese acto (Cristina de Kirchner estaba ausente) que se había significado siempre entre sus pares como un hombre de fe. Junto a él estaban José Manuel de la Sota (visitante del Papa durante la semana anterior); José Luis Gioja (padre de una monja que pertenece a la congregación que custodia el santuario del beato); el secretario de Culto Guillermo Oliveri; y una delegación radical, entre quienes estaban el intendente Ramón Mestre (h), Oscar Aguad y Mario Negri, que también había estado en Santa Marta pocos días antes y se había sacado foto con Francisco, pero no la distribuyó.

Crítico de la política agónica, la que busca destruir al contradictor, Bergoglio tiene modos de político tradicional. Todo obispo católico lo es en el universo de su diócesis, identifica sus intereses desde los cánones de la gobernabilidad y administra la vecindad como lo hace un dirigente político. Este rango de político al uso del caciquismo hispánico lo tienen los curas. Mario Negri, uno de los principales dirigentes del radicalismo, no iba a pasar inadvertido para Francisco, y menos ante la inminencia de unas elecciones importantes como las legislativas de octubre. Negri había viajado a Bruselas a visitar a una hija que vivía allí y apeló a la amistad con uno de los secretarios de Francisco, el sacerdote cordobés Fabián Pedacchio, para que le organizase un encuentro con el Papa.

Negri no es un hombre de iglesia, a menos que se considere como tal a la Unión Cívica Radical (UCR), apenas si en su infancia llegó a ser monaguillo. Pero acercarse a Francisco en las horas previas a la beatificación del cura Brochero, el sacerdote cordobés más parecido a lo que encarna Bergoglio como el «cura gaucho» —mote que recibió en vida Brochero—, era también una misión política. Brochero vivió entre 1840 y 1914 y convivió con varias generaciones de políticos. Estuvo cerca de Hipólito Yrigoyen, y eso lo acerca a los radicales. El sacerdote Pedacchio, que es uno de los secretarios privados del Papa, gestionó un pase VIP para Negri. O sea, una invitación a escuchar la misa de madrugada —para los horarios de un político— en Santa Marta.

Negri, que estaba en Italia, recibió la invitación para estar el martes 10 de septiembre en la residencia del pontífice. Había unos pocos

laicos a quienes se sumó la familia Negri y una veintena de curas y monjas. La misa se hizo bajo una expectativa pública inesperada que incomodó al diputado. No era candidato —ejercía una banca para el mandato 2011-2015—, pero desde que Francisco había sido elegido Papa en marzo de 2013 se había convertido en el fetiche de campaña de muchos postulantes a cargos en las elecciones de octubre.

Para Negri, aparecer en una foto con el Papa significaba un gesto de cholulismo que los radicales criticaban en el peronismo, que había redescubierto a Bergoglio después haberlo hostigado durante una década. Pero debió someterse a los fogonazos y a las cámaras, porque el Papa se había convertido en el actor de una intriga internacional, una de la más notables de su papado, algunos días antes.

La crisis siria estaba en uno de los momentos más delicados y una alianza de países de Occidente amenazaba con una intervención militar. La resistía Rusia, vieja aliada de la dinastía de los Assad, que ejercen desde hace años una dictadura laica en ese país. Vladímir Putin era el anfitrión de la cumbre de mandatarios del G-20 en San Petersburgo (5 y 6 de septiembre de ese año). El Papa aprovechó ese encuentro de los más poderosos del mundo para enviar una carta pública llamando a que colaborasen en una solución pacífica. Ese gesto, que complementó con llamados por teléfono a varios de los dignatarios que habían ido a San Petersburgo, entre ellos Cristina de Kirchner, pedía una solución pacífica: «A todos y cada uno de ellos dirijo un sentido llamamiento para que ayuden a encontrar caminos para superar las diversas contraposiciones y abandonen cualquier vana pretensión de una solución militar», dice el párrafo más fuerte de esa carta. (1)

Negri siguió los protocolos de Santa Marta. Cuando terminó la misa, le indicaron que esperase a la salida del Papa sin la vestimenta de ceremonia, para saludar a los invitados en la puerta, como los curas de pueblo. Cuando le llegó el turno al diputado, Francisco se demoró en un completo interrogatorio sobre el acto de beatificación de Brochero, que ocurriría al fin de esa semana, el 14 de septiembre: «¿Es cierto que van a ir más de 200 mil personas a lo del cura Brochero?», se interesó Bergoglio ante el diputado.

Negri se sorprendió por el nivel de detalle que mostró en ese diálogo sobre lo que iba a pasar en el pueblo de Traslasierra. Cuando se despedían, Bergoglio lo retuvo tomándolo del brazo y le susurró al oído: «Haga resonar más su voz».

Cuando usa la palabra resonar, Bergoglio no apela a una metáfora. Es un tecnicismo. Dice el Papa en el prólogo a su exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate* (2018): «Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad». Le pedía al diputado algo más que ahuecar la voz en sus discursos. Le estaba encargando

una changa política.

Parecía una consigna de campaña. Dado que en ese momento estaba ya en modo político-agónico, Bergoglio no le dijo que unos días antes había pasado por Santa Marta un adversario de Negri, el entonces gobernador peronista José Manuel de la Sota, jefe del oficialismo en Córdoba y gerente de toda la organización de las celebraciones de la beatificación de Brochero. Había ocurrido el lunes 2 de septiembre. De la Sota le regaló una edición de lujo de un libro sobre las misiones jesuíticas de Córdoba. El cacique peronista había sufrido prisión política en los comienzos del gobierno militar de 1976, y la familia había hecho gestiones ante el entonces provincial de la Compañía de Jesús para que lograra su libertad, algo que De la Sota siempre le agradeció.

Ese juego florentino de agendas con hombres de uno y otro lado de la política cordobesa, cerca de una elección y de una celebración mayor como la beatificación de Brochero, es una muestra de la cintura del personaje Bergoglio, del celo con el cual oculta y desoculta, cómo balancea las señales hacia un lado y el otro, cómo dirige mensajes en público y en privado que funcionan como herramientas superadoras de los conflictos. Se trata de un método que se reprodujo en las crisis parroquiales, pero también en las grandes batallas internacionales en las que desembarcó apenas asumió el papado.

Negri, que se enteró de esa visita cuando volvió a Córdoba, desayunó en Santa Marta con el padre Pedacchio y se fue después a la sede de *L'Osservatore Romano* a retirar las fotos de su saludo con Francisco. En ese tránsito, tuvo otra visión que completó el carácter inolvidable de esa visita. Mientras caminaba con su familia, una hija le llamó la atención:

—¿Viste quién pasó por al lado de nosotros manejando?

—¿Quién?

—El Papa…

—¿Cómo que manejando?

—Sí, manejando, y manejando una renoleta.

—Ya estamos viendo visiones —comentó riendo Negri.

Cuando llegó al hotel, sin embargo, Negri vio por televisión cómo el Papa Francisco daba una vuelta a la plaza del Vaticano en un Renault 4 modelo 1984 que ese día le había regalado un cura de Verona. El Renault 4 —«renoleta» o «cuatro latas» por la serie 4L— es el auto profesional de los curas y monjas. Algún antropólogo deberá investigar las razones profundas de la opción preferencial de los religiosos católicos por este tipo de vehículo, que forma parte de su identidad con el mismo rigor que la campera de lona, que suele ser vestimenta de los curas en remplazo de la sotana y el clergyman. La emblemática unidad se la había acercado el cura Renzo Zocca. La

había usado ese sacerdote en su trabajo y, cuando le contaron que Bergoglio había manejado uno igual, se lo llevó al Vaticano. Francisco se subió para probarlo y rodeó la plaza en la que la familia Negri creyó ver visiones.

Consuelos por la derrota del peronismo en 2013

El entusiasmo papista dio consuelo al peronismo después de que la derrota en las elecciones legislativas del 27 de octubre de 2013 trasladara la euforia a los ganadores. En noviembre de ese año, se agolparon todas las tribus del país en la reunión anual de la Pastoral Social de la Iglesia, que pobló los salones y pasillos del colegio anexo a la iglesia de San Cayetano. Fueron dirigentes de todos los partidos a mostrarse en privado con una afabilidad en el trato mutuo que está muy lejos de la agresividad que muestran cuando tienen que disputar posiciones y consignas a la luz de los faroles, como si en la superficie fuera imposible mostrarse amigos. Esa reunión en San Cayetano se hizo, claro, bajo el embrujo del «efecto Francisco». Jorge Bergoglio solía cerrar esas reuniones con un discurso que esta vez tomaron a su cargo el cura Accaputo y el heredero en la silla del Arzobispado porteño, Mario Poli.

El entusiasmo francisquista llegó al extremo de que el kiosco en el que se servían viandas, cafés y otras vituallas ostentaba un cartel que rezaba «Francisco's Buffet». Por ahí se mezclaron delegados de todas las observancias políticas en la reunión de la Pastoral más concurrida en muchos años.

Se destacó una presencia grande del kirchnerismo, que venía de la derrota en las elecciones legislativas de ese año y que intentaba recomponer relaciones con el bergoglismo después de una década de enfrentamiento. Menos notable fue la representación del macrismo: Federico Pinedo, Daniel Chaín, María Eugenia Vidal, Jorge Enríquez, Alfredo Abriani (secretario de Culto porteño). Hubo una representación menor, aunque notable, del radicalismo, firme durante toda la jornada: Enrique Nosiglia, que escuchó las exposiciones desde una fila trasera del auditorio, y Ricardo Alfonsín, en el panel de cierre.

La delegación del oficialismo la encabezó Julián Domínguez, referente principal del peronismo pío, acompañado de amigos de la Capital, como Guillermo Oliveri (secretario nacional de Culto), Eduardo Valdés, Alicia Pierini, Carlos Montero, el «Canca» Juan Carlos Dante Gullo, quienes se movían en San Cayetano como dueños de casa, observados de lejos por otros peronistas como Roberto Felleti, Arnaldo Bocco o Pedro del Piero, un ex bordonista que se había acercado a la ola del kichnerismo disidente de Sergio Massa, de gran éxito electoral aquel año.

A Del Piero le dieron a coordinar la mesa de los políticos, oficio que aceptó mordiendo el freno, porque era la segunda vez que su jefe, Massa, les fallaba a los curas. La primera, se quejó, fue cuando Massa se ausentó del acto de sacerdotes y políticos más importante del año, que fue la presentación del libro con los sermones de Bergoglio en la Manzana de las Luces. La segunda era esa cumbre, que el tigrense postergó para estar a la misma hora en una reunión con los suyos en el hotel Provincial de Mar del Plata.

Otro emergente de la Iglesia muy observado en aquella reunión de noviembre de 2013 era Accaputo, a quien todos señalaban con un destino vaticano que nunca le llegó, pese a su cercanía con Bergoglio cuando era arzobispo. Francisco sigue llamándolo el «Gordo», pero lo mantiene, raso, en la curia metropolitana. En esa oportunidad, Poli le festejó la buena organización a Accaputo, delante de buena parte de la concurrencia: «Te felicito por la reunión, Carlos…, y seguí participando», bromeó, para solaz de quienes esperaban que este sacerdote alcanzara pronto alguna dignidad vaticana.

1. Agrega en otro párrafo: «En esta perspectiva, parece claro que en la vida de los pueblos los conflictos armados constituyen siempre la deliberada negación de toda posible concordia internacional, creando divisiones profundas y heridas lacerantes que requieren muchos años para cicatrizar. Las guerras constituyen el rechazo práctico a comprometerse para alcanzar esas grandes metas económicas y sociales que la comunidad internacional se ha dado, como son, por ejemplo, los Millennium Development Goals. Lamentablemente, los muchos conflictos armados que aún hoy afligen el mundo nos presentan, cada día, una dramática imagen de miseria, hambre, enfermedades y muerte. En efecto, sin paz no hay ningún tipo de desarrollo económico. La violencia no lleva jamás a la paz, condición necesaria para tal desarrollo». Véase el texto completo disponible en línea: <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2013/documents/Papa-francesco_20130904_putin-g20.html>.

33. SALVAR A CRISTINA, HUNDIR A MASSA

La derrota del Gobierno en las elecciones legislativas de 2013 disparó la incertidumbre del futuro del peronismo en el poder. El fenómeno de Sergio Massa, victorioso en Buenos Aires, que envolvía al de Mauricio Macri —aliados en listas de ese distrito—, frente a una presidente que no tenía reelección en 2015, despertó el demonio del final anticipado de otro mandato presidencial.

Esta inquietud permeó rápido entre los opinadores que suelen armarles escenarios de interpretación a los empresarios y a los sindicalistas. Suelen ser periodistas con jerarquías altas en los medios o politólogos que han hecho fama como consultores gurúes. Lo transmitieron como un escenario posible a partir de dos elementos:

> 1) la derrota del peronismo en las legislativas, que repetía la experiencia de 2009;
> 2) el aislamiento creciente de la gestión de Cristina de Kirchner, que había avanzado desde 2011 en medidas rechazadas por la oposición, como la Ley de Medios que había sancionado el Congreso, la reforma judicial, la estatización de las acciones de Repsol en YPF y el cierre del mercado de cambios.

En 2013, el peronismo disidente de Massa parecía el más calificado por la sociedad para competir por la presidencia, pero en esa elección había sido incapaz de aferrar adhesiones del peronismo en los grandes distritos provinciales. También había fracasado en una alianza más amplia, como la que habían discutido en junio de 2013, antes del cierre de candidaturas para las PASO de agosto de ese año, Macri, Daniel Scioli y Massa.

Desde comienzos de 2014, algunos dirigentes empresarios y sindicales pergeñaron un encuentro con Francisco para darle visibilidad al tema de las nuevas formas del trabajo esclavo y de los efectos en la economía mundial de la inmigración. El Papa había hecho su primera salida como pontífice al puerto de Lampedusa, en Sicilia, que era en ese momento la cabecera del arribo masivo de inmigrantes de África que desnudaban lo que Francisco ha calificado como el drama mundial más grave desde el Holocausto. La idea la tomó Daniel Funes de Rioja. Este directivo de la Unión Industrial Argentina (UIA) y de la Coordinadora de las Industrias de Productos Alimenticios (COPAL), dos de las centrales industriales más importantes de la Argentina, era desde hacía décadas representante del sector empresario en las paritarias. A nivel mundial, representaba también a las patronales con un cargo en la Organización

Internacional del Trabajo (OIT). Convocó para eso a dos socios que había reunido para emprendimientos anteriores: Gerardo Martínez, el gremialista de la construcción que era secretario de Asuntos Internacionales de la CGT, y Carlos Tomada, el ministro de Trabajo, que acompañó en esa cartera al matrimonio Kirchner en sus dos presidencias y que se había formado como abogado de la CGT. También sumó al presidente de la Unión Industrial Argentina, Héctor Méndez.

La idea era hacer un viaje de empresarios y sindicalistas al Vaticano para reunirse con el Papa y conversar sobre su participación en la OIT. Funes de Rioja había movido al mismo equipo años antes, en 2007, cuando Cristina de Kirchner era senadora y ya estaba anotada para ser candidata a presidente en reemplazo de su marido en las elecciones de octubre de ese año. En aquella oportunidad, junto a Tomada y a Martínez, Funes de Rioja organizó una agenda para que Cristina se varease por ese escenario internacional.

La organización navegó sin luces. La cita con el Papa había sido programada gracias a la colaboración de operadores de inconfundible referencia con Francisco, como el cura Carlos Accaputo, titular de la Pastoral Social del Arzobispado porteño, y de otros sindicalistas de alta observancia bergogliana, como Oscar Mangone. Ya tenían fijado hasta el día del encuentro, y era una fecha más que emblemática, el 19 de marzo. Es la festividad de San José, una devoción personal de Francisco; en su habitación, tiene una imagen del santo, a la que saluda y le pide cosas todos los días. Pero José es también el santo patrono del trabajo y de los obreros, a quien se invoca para la protección de las obras materiales.

La burbuja estalló en los primeros días de febrero cuando un diario dijo que la reunión la convocaba Francisco preocupado por la gobernabilidad de Cristina. (1) Es ocioso especular sobre a quién le interesaba que el proyecto de Funes y sus amigos, del cual sabía Cristina a través de Tomada, que actuaba con la venia de Olivos, se exhibiese con otro propósito. La intención originaria era el acercamiento desde la Argentina, que tenía a dos directivos mundiales en la OIT, como Funes y Martínez, para darle impulso a la campaña de Lampedusa del Papa.

La publicación de esa noticia redundó en un desaire a Cristina y a los organizadores de la iniciativa, pero principalmente a Accaputo, que recibió reprimendas en público y en privado por hablar y hacer de más. Su entusiasmo, especialmente ante la prensa, revelaba lo inconfesable: que la duda sobre si Cristina terminaría su mandato estaba en las mesas de debate del más alto nivel y que Francisco estaba dispuesto a escuchar esos argumentos. Ese era el juego, pero no había que mostrarlo. Quienes se declaran conocedores de Accaputo,

atribuyen este gesto de sentarse sobre el timbre a su temperamento expansivo y a sus ansias de figuración. Quienes conocen a Francisco disculpan al sacerdote y le atribuyen al pontífice la coreografía de la maniobra.

Francisco desbarató ese montaje a través de una de sus voceras informales de aquel tiempo, Alicia Barrios. «Alicia, no tengo nada de eso en la agenda», le dijo en una comunicación que él le pidió que hiciera pública. (2) Era febrero de 2014. En pocas horas, desmintió la noticia.

Cristina reaccionó con la misma rapidez: se acercaba el primer aniversario del papado de Francisco. La presidente, sin decirles nada a funcionarios de niveles inferiores, pidió una llamada con Francisco. Le dijo que quería verlo y saludarlo por el primer año de papado: «Voy a estar por allá, porque tengo además un almuerzo con François Hollande en París».

El propio pontífice le pidió un instante para mirar la agenda y la invitó a almorzar el lunes 17. Recién entonces se enteraron los funcionarios, que debieron recorrer el circuito formal desde la Nunciatura en Buenos Aires hasta la Secretaría de Estado en el Vaticano para cumplir con los protocolos.

La respuesta fue parte de un juego a tres bandas:

1) Tomaba la delantera frente los apresurados de Accaputo, que exponían, con efectos imprevisibles, la inquietud del propio Bergoglio de que Cristina podía no terminar su mandato; la frase recurrente era «hay que abrazarla para que termine»;
2) preservaba la relación con ella, sin intermediarios, aun cuando Carlos Tomada era ministro de Cristina y le había adelantado detalles de ese intento de acercar institucionalmente a los dos;
3) enviaba una señal hacia los Estados Unidos, porque ese mismo mes, el 27 de marzo, recibía a Barack Obama.

«Este Papa es peronista»

El grupo organizador entró en pánico y mandó desbaratar la cita. Funes de Rioja aprovechó una reunión de la cúpula de la UIA con Cristina para dejar en claro el episodio. Fue el 7 de marzo, y Funes se apartó con ella, quien reconoció que se había tratado de una fabricación para dañarla y que estaba al tanto de cuál era la intención del encuentro con los empresarios. Ya se sabía del viaje de Cristina a Roma y Funes le pidió que sostuviera ante Francisco el pedido de que viajase a Ginebra en junio. «Dalo por hecho. Este Papa es peronista», le dijo Cristina.

El caso sorprendió al Gobierno cuando trabajaba en la integración de la comitiva oficial que el siguiente fin de semana viajaría a Roma

para el acto de asunción del nuevo primado de la Argentina, el arzobispo de Buenos Aires Mario Poli, quien sería ungido como cardenal, el único en actividad que iba a tener el país. El argentino compartiría la ceremonia con otros dieciocho que Francisco había elegido para sumar al colegio cardenalicio. Hasta entonces, esa comitiva la encabezaban el secretario de Culto Guillermo Oliveri y, claro, el embajador ante la Santa Sede, Juan Pablo Cafiero.

La posible asistencia de Mauricio Macri a ese acto y bajo ese palio agregaba inquietud al Gobierno nacional. Era el gobernante de la ciudad en donde mandaba Poli y era más que atinada su concurrencia. Falsa alarma, porque Macri se quedó en su casa y se hizo representar por dos emisarios distantes de los afectos de Bergoglio; no se notó porque era la fiesta de Poli y de la casi veintena de nuevos cardenales.

Uno era Marcos Peña, secretario del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, alejado de Bergoglio después del trajinado episodio del matrimonio de personas del mismo sexo, que el gobernante porteño había habilitado años atrás con la sola intención de no apelar, para impedirla, una decisión judicial que la habilitaba. Bergoglio creyó que Peña hubiera debido presionar a Macri para que frenase esa unión entre dos vecinos de la ciudad, la primera en la historia del país. Peña cree que no era esa su función; tampoco avisarle al arzobispo, que se enteró de eso por la prensa, lo cual le impidió algún tipo de intervención personal por otra vía. Fue el entuerto más serio que separó a Macri de Bergoglio y ha dejado rescoldos que no se apagan.

El otro enviado de la Ciudad de Buenos Aires fue Fulvio Pompeo, un asesor estrecho de Macri ya en aquel tiempo (después fue secretario presidencial). Estaba ligado por historia a Carlos Ruckauf, un hombre del ala antibergoglista por su compromiso con Esteban Caselli. No es seguro que Macri quisiera desairar al Papa enviando a esos dos funcionarios de su mayor intimidad, pero si hubiera querido hacerlo, con eso bastaba. Bergoglio anotó.

El viaje presidencial se improvisó con dificultades. Se trataba de hacer escala en Roma el domingo 16 de marzo de 2014 para un almuerzo a solas con el pontífice, antes de la visita a París. Fue un viaje movido en el Tango 01, nave inmensa para los pocos pasajeros que llevaba: el canciller Héctor Timerman, el secretario de Culto Guillermo Oliveri, el vocero Alfredo Scoccimarro y una decena de asistentes. Imaginaron que habría algún aparte de charla de altura con la presidente en algún momento del viaje, pero ella se encerró en el dormitorio de la nave y solo salió cuando carreteaba.

Se abrió la puerta en el aeropuerto romano y los esperaba otro protagonista del cierre del PJ porteño, Guillermo Moreno, embajador en Italia, quien se destacó del resto de los funcionarios que los esperaban, el secretario personal del Papa, el argentino Guillermo

Karcher, y el embajador Juan Pablo Cafiero. De ahí a los hoteles Edén (Cristina y Timerman) y Savoy (Oliveri y el resto), de donde no salieron hasta la noche, cuando algunos, sin la presidente, se animaron a terminar el día con pastas y tinto junto a Moreno y a Cafiero.

Cristina fue al Vaticano el 19 de marzo y almorzó. Una semana más tarde, el 26, miércoles de audiencia general, Francisco saludó al cuarteto que lo esperaba en el corralito de los invitados VIP. Les escuchó la invitación para ir a Ginebra y acompañarlos en la aprobación del nuevo protocolo para el trabajo esclavo. No les respondió, pero al final Francisco no fue. Un mes después, el Comité de Protección de los Derechos de los Niños de la ONU dio a conocer un informe durísimo sobre los abusos a menores en la Iglesia. Ese documento —fruto de una investigación que duró seis años— afirmaba que el Vaticano había adoptado «políticas y prácticas que llevaron a la continuación de abusos a menores y a la impunidad de los responsables», por no tomar «las medidas necesarias» para atender estos casos y proteger a los menores. No era el mejor año para que Francisco apareciese por allí.

En la edición de ese día del periódico de Vaticano, sin embargo, la comedia se remató con una referencia a la política interna de la Argentina, con la misma música de aquel adelanto de *La Nación*. «Los representantes del Gobierno, los empresarios y los trabajadores argentinos juntos —y destacaron juntos— han querido compartir con el Papa el compromiso unitario para una negociación salarial que se anuncia compleja», dijo *L'Osservatore Romano*. Ese órgano oficial publicó entonces un reportaje a Funes de Rioja, con titulares en la contratapa, que volvía a hablar de la situación del Gobierno argentino.

La Argentina seguía enredada en las consecuencias del *default* del Gobierno peronista de 2001 y jugaba a varias puntas. Por un lado, litigaba en los tribunales de Manhattan; por el otro, presionaba a Estados Unidos y otros países para que sancionasen normas para la renegociación de las deudas soberanas que dotaran de un contexto más benigno a los litigios nacionales en el extranjero. Esas presiones las ejercieron Cristina y sus funcionarios a lo largo de ese año con el argumento de que las sentencias que ordenaban el pago de la deuda violaban las inmunidades nacionales. Estaban destinadas a la Casa Blanca, alegando que el presidente Obama tenía atribuciones para presentarse en la causa y beneficiar a la Argentina. Algunos comentaristas bromearon con la idea de que Cristina creía en la existencia de una «servilleta» de jueces amigos a quienes Obama podía influenciar. La referencia, transparente, remitía a la lista legendaria que se le atribuyó a Carlos Corach, cuando era ministro de Carlos Menem, y que, anotada en una servilleta de papel, enumeraba a los

jueces amigos del Gobierno.

En esa reunión con Cristina, el Papa trató con ella la situación del país ante la deuda y pudo haber un compromiso para que Francisco le expusiera los argumentos de la Argentina a Obama. Cristina tenía previsto descargar toda la artillería defensiva ese año en el viaje de septiembre a la ONU, donde hablaría ante la asamblea del organismo. Algún pedido hubo y se transmitió. Pero no surtió efectos, porque la Justicia de Nueva York cerró todos los caminos de negociación a los representantes del país. Meses más tarde, Francisco, ante un representante de la Argentina con quien tiene mucha confianza, admitió tangamente: «Me parece que el hombre de color [empleó otro término menos correcto] nos cagó».

«Una mujer muy inteligente»

Esa primera reunión fue el envión más importante que cree haberle dado Bergoglio a Cristina para que terminase su mandato un tiempo después de las heridas de la derrota de 2013. El vencedor de las legislativas, Sergio Massa, lideraba las encuestas de intención de voto para 2015 y parecía su seguro sucesor. Tenía el apoyo de un sector del peronismo; se lo disputaban como socio los radicales. Encima, se había fagocitado al macrismo en las candidaturas de Buenos Aires de ese año. En esos días, parecía que a Massa le bastaba con empujar la pelota hacia el arco para quedarse con todo.

Cuando se conozcan los protocolos secretos de aquellos días, se sabrá si la intención de Bergoglio fue proteger a Cristina o frenar a Massa. En el cerco a la gobernabilidad de entonces, que expresaba esa intención de gremios y empresarios y del propio gabinete —a través de Carlos Tomada—, se analizaba la hipótesis de una entrega adelantada del poder.

Bajo esa música se desarrolló una comedia en la cual Bergoglio logró descolocar a Massa y dar la señal, a la vez, de que actuaba como protector de Cristina Fernández. Lo negó en los dichos, pero en los hechos dejó en claro que quería actuar en el rol de padrino de la gobernabilidad de la viuda de Kirchner.

La invitación a ese primer encuentro en el Vaticano se hizo en el clima denso que le impuso Cristina al dedicar, como en la primera reunión de un año atrás, largos tramos de la charla a solas con Francisco a una confesión de las condiciones en que enfrentaba el futuro después de quedar viuda y acosada por una crisis política de desconfianza. Para colmo de males, venía del hospital. Había sufrido una torcedura de tobillo que le hizo decir a Francisco, cuando la vio entrar a Santa Marta —llegaba tarde, como siempre— con una férula: «Mala pata».

Ese día Francisco no durmió siesta, porque quería cumplir con la agenda original, que era reunirse con los encargados de Scholas Occurrentes, José María del Corral y Enrique Palmeyro. Era el 26 de marzo, fecha que en Buenos Aires habían informado que recibiría al grupo salvavidas: Gerardo Martínez, Carlos Tomada, Daniel Funes de Rioja. Los recibió en su habitación privada de Santa Marta y se dio por satisfecho por la faena. Cristina le había dejado una buena impresión, de integridad y lejos de estar escorada como para no terminar el mandato.

«Realmente, es una mujer muy inteligente», se le escuchó decir. No creyó suficiente el esfuerzo, porque volvieron a tener otra conversación a solas en septiembre, antes del viaje a la ONU. Bergoglio creyó cumplida la misión de sostenerla e insistió siempre en que debía terminar su mandato. Transmitía la idea de que un fracaso así sería en parte un fracaso de él como pastor.

Una mano a Cristina antes de ir a la ONU

En septiembre de 2014, Cristina de Kirchner preparaba su excursión anual a la Asamblea General de la ONU. Allí la Argentina negociaba una resolución en apoyo de su posición ante los acreedores de la deuda defaulteada por otro gobierno peronista.

«¿Sabés cuándo va Cristina a las Naciones Unidas?», se interesó el Papa Francisco cuando parlamentaba en un salón de la residencia de Santa Marta con Eduardo Valdés, en ese momento en el llano operando en favor de su designación en la embajada en el Vaticano. De memoria, o porque lo estudió antes o era un diálogo guionado, respondió que el lunes 22 la presidente tenía previsto estar en Nueva York: «Entonces te voy a dar una carta que le vas a llevar vos en persona para que venga a almorzar conmigo el sábado 20 de septiembre».

En la noche de ese día, el 9 de septiembre, Valdés comunicó la noticia a Buenos Aires. Le pidieron que lacrase la información y que viniera pronto con la carta.

El domingo siguiente Cristina Fernández leyó la carta y aceptó la invitación.

Para los observadores neutrales, el hecho de recibir a la presidente por cuarta vez en un año y medio fue un gesto más de cortesía vaticana: era el tercer almuerzo en la residencia de Santa Marta sumados al encuentro en Río de Janeiro.

Para el Gobierno, era el resultado de una maquinación política del Santo Padre, que buscaba teñir de espíritu religioso la visita y el discurso que pocos días más tarde daría la presidente ante la asamblea de la ONU con eje en las tribulaciones financieras del Gobierno

argentino.

Este cruce de mensajes tenía una prehistoria. El 19 de agosto anterior, Emanuel Bergoglio, sobrino del Papa, había resultado herido de gravedad en un choque en la autopista Rosario-Córdoba, que le costó la vida a su esposa y a dos hijos.

Cristina llamó al Papa para solidarizarse y ofrecerle la ayuda que pudiera necesitar. En esa conversación, se produjo la invitación, sin fecha aún, que quedó abierta para cuando Cristina fuera a los Estados Unidos.

El episodio reflotó el debate entre hermeneutas y lectores de labios: ¿el Papa se beneficiaba de Cristina o la presidente se beneficiaba de Francisco?

Quienes creían en maquinaciones y jugadas a tres bandas recordaban que la anterior visita presidencial había tenido lugar pocos días antes de que estuvieran en el Vaticano Barack Obama y, después, la reina de Inglaterra, en una señal de Francisco de establecer precedencias afectivas y también políticas.

Ahora ocurría 48 horas antes del desembarco en Nueva York. Francisco era el argentino más importante y con más poder, y un Papa connacional es siempre un buen recurso para un país en problemas. Lo fue para Polonia Juan Pablo II en emergencias más graves. Podía ser la clave para que la ONU hiciera algo para sostener la posición internacional de la Argentina. Aparecer apoyando al Gobierno y a la presidente en momentos delicados era también una forma de reforzar el patronazgo de Bergoglio sobre un Gobierno que había mudado de la crítica a la amistad sobreactuada.

Valdés estuvo en la tarde del domingo en Olivos con la presidente y con Parrilli para entregar la carta manuscrita que le habían confiado en el Vaticano, y la dueña de casa decidió aceptar la invitación al instante. Con el secretario presente, revisó la agenda del viaje a Nueva York para acomodar los tiempos para estar en Roma el sábado 20, un día antes de que Francisco iniciase una gira pastoral a Albania.

La reunión en Olivos duró menos de una hora e incluyó un afable diálogo con el emisario papal sobre la semana argentina que vivió el Vaticano. Había un televisor encendido que transmitía el partido que Racing, casaca presidencial, perdía con Lanús, y eso desanimaba a la presidente. Valdés, que es hincha de River, aconsejó cambiar de canal y se solazaron los tres viendo el reconocimiento que el presidente del club, Rodolfo D'Onofrio, le hacía a Estela de Carlotto y a su nieto recuperado. Antes de despedirse, el trío se comprometió a mantener en secreto el viaje todo lo que fuera posible. Es conmovedor el gusto que tienen los políticos argentinos por el secreto. Creen que sorprender es su misión, que es la de los payasos, por ejemplo. Entienden que la posesión de un secreto da poder. Un gobierno serio

no debería guardar más secretos que los de la seguridad, y hasta ahí nomás.

Quisiéranlo o no los dos protagonistas de ese encuentro, los gestos terminaron tiñendo la participación de la presidente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde la Argentina completó la andanada de alegatos antibuitres en el debate sobre una convención para regular los procesos de renegociación de deudas soberanas.

A esta altura de las relaciones, Cristina citaba a Francisco cada vez que se refería a la situación financiera internacional. Por su lado, el Papa, por si quedasen dudas, dedicó a sus dos preocupaciones varios de sus diálogos con argentinos. La primera eran las once guerras que decía registrar en el mundo. La segunda, la desocupación juvenil en Europa, que explica como consecuencia de lo que llama «burbujas financieras». Según el Papa, los manejos especulativos dominan a los gobiernos, que se derrumban sin remedio, como ocurrió con el de Sarkozy y después con el de Hollande en Francia, acosado este por la derecha lepenista, o, antes, con la debacle del socialismo español. En esos diálogos vaticanos con empresarios argentinos, el Papa recitó de memoria las cifras de desocupación juvenil: 48% en Grecia, 42% en España, 40% en Portugal. Esos números abrían el camino a la pobreza, a la delincuencia y a la droga.

La visita de Cristina de Kirchner al Vaticano en septiembre de 2014 fue precedida por otro argentinazo. En la semana anterior a su llegada, Roma se llenó de empresarios, funcionarios y entornistas que buscaban alguna participación en ese encuentro. Francisco dijo que estaba extrañado ante la insistencia de los visitantes en comprometerlo con la agenda argentina. Alguno escuchó de su boca: «Lo que no termino de entender son las cosas que se discuten en la Argentina mientras en el mundo hay once guerras que nadie puede parar».

Esa misma reflexión hizo el Papa Francisco en más de una decena de oportunidades con el malón de argentinos que lo acosó a lo largo de la semana del 8 al 14 de ese mes. El pontífice criollo dedicó varias horas al día a explicar, con resultados que el tiempo estimará, sus inquietudes sobre el mundo y la Argentina. Que esto ocurriese con el ingrediente de Diego Maradona como participante de algunas de esas reuniones le dio a esa semana el relieve de la más importante cumbre que hubiera tenido Francisco con sus connacionales desde que asumió. Hubo de parte del Papa un pedido de discreción a todos sus contertulios: «No me gusta que me hagan jugar en cosas en las que no juego, tampoco que me pregunten sobre anécdotas, ni sobre personas», se justificó.

Amparado por la familiaridad con sus compatriotas, el Papa abrió la residencia de Santa Marta —la capilla, el comedor, la sala chica y la

sala grande de reuniones— entre lunes y viernes para que desfilasen los argentinos que querían verlo.

La cercanía presidencial motivó un desplazamiento inusitado de protagonistas hacia Roma, entre quienes estaban Eduardo Eurnekián, que estuvo en un acto del Papa el lunes y en un asado que ofreció Torcuato Di Tella en la residencia de la embajada. Estuvo Eduardo Elsztein; estuvo Doris Capurro, vicepresidenta de YPF, que representaba a Miguel Galuccio, que pasaba esos días entre Malasia y China; estuvo Isela Costantini, de General Motors; estuvieron Daniel Herrero, CEO de Toyota, y Miguel Blanco, de IDEA. Todos ellos participaban como aportantes de fondos de sus empresas a la misión de las Escuelas Vecinas (hoy Scholas Occurrentes) que desarrollaba el Papa desde que era arzobispo de Buenos Aires y que busca llevar educación donde no la hay de ninguna forma.

De ese patrocinio, participaban algunos sindicatos, como el de los marítimos, del «Caballo» Suárez, curiosos, como el macrista Diego Santilli, y el inquieto Roberto Sarti, de la Fundación Pupi, de Javier Zanetti. Eso explica que estuvieran en las reuniones con el Papa y también en otras algaradas, como la organizada por el embajador Valdés en la residencia oficial. En esa reunión, algunos convencieron a Marta Cascales, la mujer de Guillermo Moreno, que tenía un cargo de agregado en la embajada de Di Tella, de que debía tener una entrevista personal con el Papa, a quien no había visto pese a que hacía casi un año estaba viviendo en Roma.

A la mañana siguiente, ella, su marido y un grupo de argentinos aparecieron en la misa casi de madrugada de Santa Marta. Bergoglio la reconoció y la saludó: «Hace años que no nos vemos, pero usted es mi amiga y me da mucho gusto verla». Bergoglio había sido amigo del primer marido de ella y tenía, según quienes los trataron, siempre una opinión positiva sobre su persona.

Uno de los empresarios presentes, Alejandro Cuomo, acompañó a Maradona a ver al pontífice. Se le ocurrió llevarle un solideo —el gorrito blanco que usa el Papa en todas sus apariciones públicas y que solo se saca en misa o ante el Santísimo, es decir, ante Dios— que había comprado en una santería de Roma para que se lo bendijese. El Papa, ante Maradona —que para algunos es como Dios— y frente a otros dos empresarios contribuyentes también de las Scholas, Patricio Bulgheroni, Hugo Eurnekián, se sacó su solideo, le pidió a Cuomo el que había comprado, para bendecirlo, y se lo puso: «Me va bien, me lo quedo», sancionó el Papa.

Le dio el propio a Cuomo, que lo guardó como lo que era: una reliquia invalorable.

En la cita del martes 9 de septiembre de 2014, Eduardo Valdés le llevó a Francisco una inquietud: Diego Maradona quería una cita a

solas con el Papa:

—Traelo el jueves a las 3 de la tarde, pero sin demorar, porque después tengo el acto de cierre de la reunión de las Scholas Ocurrentes.

—Tengo otro pedido, padre —es como llaman los íntimos al Papa—, ¿va a recibir a Guillermo Moreno, que hace un año que está acá en Roma y no ha podido verlo?

—Que venga con Diego, porque además soy amigo de su mujer, Marta.

El Papa les decía siempre a sus visitantes que Guillermo Moreno era lo más «valioso» y «honesto» que tenía el gobierno. Esa opinión debía responder a la piedad que le habían contado que exhibía Moreno en su despacho, rodeado de imágenes religiosas. Allí formulaba diagnósticos apocalípticos sobre el destino del mundo en los próximos años. También retribuía la campaña que había emprendido Moreno apenas Bergoglio fue elegido Papa, para que el Gobierno se pusiera detrás de él y abandonase la línea crítica de Verbitsky-Bonafini-Carlotto. Mreno lo llamó siempre el «Papa peronista», y Francisco conocía por testigos sus gestos piadosos y privados, como besar una medalla que cuelga de su cuello cada vez que emprendía una sesión de *training* en un gimnasio de la Capital Federal.

Dos días más tarde, el 10, ingresaban los Moreno y Valdés a la salita chica de Santa Marta. Allí hubo un aparte a solas de Francisco con el futbolista, cuyo contenido de confesión nadie revelará jamás. Al salir, sacó de su bolsillo un sobre con la carta a Cristina, que tuvo un agregado: «Tengo un gran recuerdo para este muchacho Parrilli. Le debo una, porque fue quien me invitó a aquella misa en la iglesia de San Patricio en 2006, cuando las relaciones con Kirchner no eran las mejores. Ojalá Cristina lo invite a venir al almuerzo».

Eso lo contó Valdés después en Olivos, y el secretario presidencial se ganó en el acto el pasaje al Vaticano.

Luego de ese encuentro, Maradona apareció en el asado de la Embajada a los visitantes y dijo en voz alta: «Vuelvo a la Iglesia, de la que me fui hace muchos años, porque con este Papa vale la pena ser católico».

Venía de estar a solas con Francisco. Nadie sabe de qué hablaron, pero es difícil imaginar un producto proselitista más valioso para la Iglesia de Roma que el máximo astro futbolístico del mundo saliendo a predicar. En la soledad, casi de confesión, de esos encuentros, habrá logrado el perdón de sus faltas —que las tienen todos, como el propio Papa, que no puede reprimir la pasión por el dulce de leche—, aunque por lo que se conoce, los reproches que pueden hacerle desde la Iglesia al futbolista están incluidos en lo que ha llamado el Papa «refalones afectivos», todos perdonables. En una declaración anterior,

Francisco había dicho, comprensivo con la debilidad de la carne: «El pueblo le perdona a un obispo un refalón afectivo, pero no que meta la mano en el dinero». Escuchaba esa profesión de fe, bajo la carpa romana de Di Tella, un curioso invitado, el sobrino del sultán de Omán, que debe de haber anotado esa efusión confesional de Maradona, casi de cruzado cristiano, que desarrollaba el fútbol para Dubái.

Jolgorio en el último avión al Vaticano

Para Cristina, el viaje a Roma en septiembre de 2014, previo a su participación en la Asamblea de la ONU, la última de su ciclo presidencial, fue parte de otra jugada política. La agenda de ese viaje a Nuevas York era la crítica a los acreedores de la deuda defaulteada, tema que el Gobierno argentino había llevado a esa organización como último recurso para su plan maestro: no pagar nada mientras estuviese en el cargo. A eso sirvieron las reuniones con presidentes de todo el mundo, las apariciones en foros internacionales y el proyecto que aprobó la ONU para el tratamiento de la deuda soberana de los países.

Valdés peleó para estar en ese viaje; no era aún embajador. Pudo figurar la principal amiga de Bergoglio, la abogada Alicia Oliveira, pero se reponía de un tratamiento de su salud. Esa noticia preocupaba en el Vaticano, porque al Papa le hubiera gustado verla el sábado en Santa Marta. Dos meses más tarde, el 5 de noviembre, murió víctima de un cáncer.

Aligerados los corazones de la delegación que acompañó a Cristina al Vaticano, apenas subieron al Tango 01 el sábado por la tarde, después del almuerzo con el Papa Francisco en Santa Marta, se entregaron al jolgorio en el vuelo que los llevó hasta Nueva York. Estaban todos embriagados de triunfalismo por los efectos del que podía ser el día más brillante del año en materia internacional, un terreno resbaladizo para el Gobierno. La nave presidencial se convirtió en un confesionario de las anécdotas y entrelíneas que faltaron en las tediosas crónicas vaticanas, que contaron coreografías externas y para la foto, pero poco de la intimidad de lo que se hizo y dijo en las 36 horas que pasaron en Roma más de cincuenta funcionarios, consejeros, curiosos y entornistas llevados por el Gobierno al escenario mayor que tenía la Argentina frente al mundo, que era el Vaticano del Papa Bergoglio.

Hasta último momento, hubo serias dudas sobre si se haría el almuerzo del sábado con la presidente, porque el día anterior se le declaró una fiebre al Papa que lo recluyó en su habitación de Santa Marta y que preocupó a los médicos, no tanto por el argentinazo del

día siguiente, sino por el viaje que debía empreder hacia Albania. Recién el sábado por la mañana se confirmó la cita, merced a un cañonazo de analgésicos y antipiréticos que le propinaron al santo anfitrión, que nunca se iba a perder la cita. Para los invitados, pareció una misión de predicación, como si hubiera que convertir al Papa al kirchnerismo neocamporista, algo que Bergoglio conocía más que nadie. No solo por edad sino también porque toda su trayectoria como sacerdote la hizo en convivencia con todos los peronismos, desde la Guardia de Hierro hasta los camporistas en serio de los años setenta, pasando por los peronistas, duhaldistas, menemistas, macristas y demás tribus con las que cohabitó siendo cura, obispo y cardenal.

No se iba a perder esa cita que entraba en las conveniencias políticas de los invitados, porque dio vuelta el impulso para aprovecharlo para sí: convenció a Cristina de Kirchner de que presentase en la ONU su proyecto de las Scholas Occurrentes. Cristina le había llevado al almuerzo del sábado 20 de septiembre el texto de la ley aprobada por el Congreso declarando el interés argentino en este proyecto.

El Papa le pidió que en cada escala de su viaje mostrase la carpeta de las Scholas. Cristina aceptó el mandato y lo hizo en la cita que tuvo pocas horas más tarde en Nueva York con el secretario general de la UNO Ban Ki-moon. También lo incluyó en el texto del discurso que le prepararon Héctor Timerman y Carlos Zannini en una oficina del hotel Mandarin.

Como prenda de ese compromiso, se subió el gerente del proyecto, el laico José María del Corral, al pasaje del Tango 01 en el tramo Roma-Nueva York. En ese momento era rector del San Martín de Tours, coqueto colegio de Palermo Chico. Bergoglio se interesó en que él participase de la gira: «Se lo pido especialmente, es como un hijo para mí», dijo.

Del Corral, seriamente ataviado de negro como un cura más, animó también el viaje con anécdotas sobre su relación con el Papa, de quien había sido un virtual ministro de Educación en Buenos Aires. También habló de su vida anterior, cuando era seminarista. El pasaje que escuchaba estas historias estaba integrado por hombres de fe diversa, desde un judío religioso como Héctor Timerman a librepensadores como Zannini, pasando por clericales como Eduardo Valdés, Julián Domínguez o Aníbal Fernández, o el trío neocamporista de José Ottavis, el «Cuervo» Larroque y «Wado» de Pedro.

Repasaron algunas anécdotas, como el llamado del Papa a la abuela del «Cuervo» desde un celular en Santa Marta para saludarla por el cumpleaños. Alguno de los presentes dio pistas de ese contacto: el Papa supo de la abuela de Larroque por el hijo de Valdés, Juan Manuel, dirigente del peronismo porteño, en una charla en Roma. Este

joven le contó a Francisco que Larroque preparaba materias del secundario en la casa de esa abuela y que allí había tomado el hábito de leer la Biblia y hasta hacer anotaciones personales. Esa historia conmovería a Francisco, al punto de que quebró los protocolos con la llamada.

Algunos de los presentes aportaron otras anécdotas de juventud ligadas a la piedad cristiana, que divirtieron al pasaje, como una que relató otro ex seminarista sobre la prohibición a los novicios de leer el Cantar de los Cantares del Antiguo Testamento por el subido tono emocional que produce en algunos entendimientos. La charla se cortó cuando uno llegó al extremo de preguntar si es cierto que, en las confesiones de seminaristas, les cuantifican la penitencia después de averiguar sobre prácticas solitarias que son la sal de la adolescencia.

En ausencia de algunos de ellos, se liberaron algunas lenguas en el avión, lo que permitió conocer algunos hilos desconocidos de la trama política del debate de la Ley de Medios. Por ejemplo, las visitas del laico Del Corral al quincho de la casa de Mariotto en Lomas de Zamora, para parlamentar en torno a algunas cláusulas de esa ley que Bergoglio apoyó cuando se sancionó.

También se comentó con risas acerca de la sorpresa de uno de los secretarios del Papa cuando vio la escultura de la Virgen Desatanudos (que cultiva Bergoglio con el mismo énfasis de Elisa Carrió) que llevó de regalo la presidente. «¡Mamma mia!», exclamó Georg Gänswein, un austríaco que Francisco heredó de Benedicto XVI, famoso por su porte personal, que le ha valido el mote del «George Clooney del Vaticano». Esa escultura representaba a la Virgen y otros personajes dentro de una caja con luces y animación que hizo Fernando Pugliese (hermano del llorado «Nono» y responsable de las imágenes del parque temático Tierra Santa en la Costanera) con destino original para la Casa Rosada. Cuando se enteró de que la reenviarían a Roma, declinó cobrar sus honorarios artísticos. Pugliese se pasó la noche antes del almuerzo del sábado, contaban en el avión, sin dormir armando la escultura que provocó el «¡Mamma mia!» del guapo secretario, a quien la gente se le acercaba para sacarse fotos. Toda una estrella.

A Domínguez, jefe de los diputados, lo acosaron en el avión por su reticencia para repartir botellas del blend Papa Francisco, caldo cuya producción negoció con los vitivinícolas de la COVIAR (ente de promoción de vinos) con variedades de cepas que se producían en todas las provincias vitivinícolas. Julián llegó al Vaticano con unas botellas de muestra que le regaló al pontífice, pero prolongó la promesa de que en algún momento iba a llegar la barrica de 500 litros que venía anunciando hacía tiempo para que las misas del Vaticano se rezaran con vinos argentinos. Prometió que haría una cata para amigos en la Cámara de Diputados antes de que saliera esa barrica, y

todos se anotaron.

Aunque Cristina no participó de la jarana de alto vuelo del Tango 01, algunos que pudieron hablar con ella revelaron algunas inquietudes de Francisco que fueron tema de conversación de un almuerzo a solas, y más que largo (2 horas y 34 minutos, cronometró uno). Por ejemplo, el enojo con su secretario Guillermo Karcher por haber dicho antes de este viaje que a él le preocupaba «la gobernabilidad» en la Argentina. ¿Llamó el Papa «Figuretti» a Karcher por esos excesos? Nadie quiso confirmarlo, aunque se sabía del malestar del pontífice por personas que le atribuían juegos en los que él no estaba.

Otra de las inquietudes de esa charla fue el enojo del Papa con el empresario Rupert Murdoch, propietario de *The Times* y de *The Wall Street Journal,* por publicar comentarios críticos hacia su papado, que además tocaban al Gobierno argentino. El viernes de esa semana, el *Journal* había publicado una nota del lobbista Romain Hatchuel en la que señalaba a los billonarios de Wall Street, y entre ellos a Paul Singer, como luchadores de la libertad contra gobiernos como los de Vladímir Putin en Rusia, Recep Erdogan en Turquía y Cristina de Kirchner en la Argentina, a los que señalaba como autoritarios y antimercado. En la delegación, ese día circulaban copias de la traducción de esa nota que se demonizó pulcramente en el almuerzo vaticano. «De Rusia a la Argentina —dice el acápite de esa publicación —, los megarricos a veces, inadvertidamente, empujan a favor de la libertad y la vigencia de la ley.» Murdoch, se quejaría el Papa en esos diálogos, era visto como la cabecera de un frente contra las críticas de Francisco contra los especuladores financieros.

No faltó en esas charlas la pregunta sobre otro misterio vaticano: por qué el Papa le había confiado al ex subsecretario de la Presidencia de Carlos Menem, el democristiano Ricardo Romano, nada menos que la misión de llevarle una carta personal al presidente de China. Romano había estado con el pontífice, los secretarios Pietro Parolin y Dominique Mamberti, pocos días antes, en el mismo despacho donde estuvieron el sábado Timerman y Oliveri repasando temas comunes a los dos Estados.

Bergoglio está convencido de que ayudó a que Cristina terminase su mandato presidencial. La sostuvo desde la primera vez. En esa primera cita, actuó ante ella como cura y la hizo llorar dos horas. Entró a lo más profunda de su alma y percibió, según quienes tuvieron conocimiento de primera mano de esa reunión, el estado psicológico de la presidente. Esa confesión no fue sobre política, sino sobre su situación personal interior, la viudez, la soledad. No hay fotos de la salida de esa reunión, porque se quiso evitar mostrar su estado de ánimo. Cristina recién habló días más tarde. Eso estableció un tipo de

relación que duró hasta el final de su mandato, a través de conversaciones directas y de emisarios. «Lo que viste el 9 de diciembre de 2015», le dijo el Papa a uno de sus confidentes más cercanos, «hubiera sido un desastre cuatro meses antes.» Ella, cree el Papa, no estaba para entregar el Gobierno. Había dicho, cuando el peronismo perdió las elecciones: «No me imagino poniéndole la banda a Macri». (3) Cumplió; se la puso a Federico Pinedo, presidente provisional del Senado durante doce horas hasta que juró el nuevo presidente.

1. Mariano Obarrio, «Preocupado por la tensión en el país, el Papa llamó a un diálogo en el Vaticano», en *La Nación,* 9 de febrero de 2014.

2. Alicia Barrios, «Papa Francisco en el SOMU», 10 de febrero de 2014.

3. Véase «Charlas de quincho», en *Ámbito Financiero,* 2 de noviembre de 2015, disponible en línea: <http://www.ambito.com/814163-charlas-de-quincho>.

34. UNA EMBAJADA CELESTIAL

Eduardo Valdés tenía ya un mérito excepcional cuando comenzó su escalada hacia la Embajada en el Vaticano. Le había puesto letra a un discurso del propio Papa Juan Pablo II, con Bergoglio como intermediario. Fue en el año 2000, cuando a Valdés se le ocurrió la idea de llevarle a la Iglesia la iniciativa de crear un estatuto laboral universal que supusiese un sueldo mínimo y la estabilidad laboral para frenar la llamada flexibilización laboral que alentaba otro frentegrandista como Chacho Álvarez desde la vicepresidencia de Fernando de la Rúa.

Bergoglio, a quien accedió por la amistad común de la abogada Alicia Oliveira, le redobló la apuesta: lo mandó al Vaticano para que le explicase al propio Juan Pablo II la idea. El ex legislador viajó junto con Irma Roy. Wojtyla lo recibió a solas, escuchó la idea y cuando habló por primera vez en público reclamó el fin de la flexibilización laboral que reclaman, dijo, las multinacionales cuando hacen inversiones en países emergentes. El Papa, viendo la movilidad potencial de Valdés, le encargó que viajase a Ginebra para explicarle el proyecto al chileno Juan Somavía, director entonces de la OIT, quien también repitió en intervenciones públicas la idea de Valdés. Somavía estaba en ese cargo desde 1999, después de una elección muy disputada en la OIT, que zanjó el voto argentino, promovido por Raúl Alfonsín, amigo de Somavía y de otros socialistas chilenos a quienes había protegido de la persecución pinochetista durante su Gobierno.

Valdés estuvo, también, entre quienes acercaron a Bergoglio a los familiares de las víctimas de Cromañón en la operación política más exitosa del entonces obispo, que fue la destitución de Aníbal Ibarra. Aunque Valdés tiene el *timor Dei* por su formación salesiana, no pertenece al círculo de íntimos de Bergoglio, pero como estos permaneció en Buenos Aires después de que el nuevo Papa recomendara a los suyos no viajar. Como muchos de ellos, lamentaba que esta elección les significara no verlo más, porque permanecería, si sobrevivían las murallas vaticanas, aislado del mundo anterior.

Le quedaba, como recuerdo, la viñeta de cuando se encontró con Bergoglio un par de meses antes de la elección, cuando caminaba junto al «Oso Charly» (Carlos Monti, leyenda en vida de la gastronomía política criolla) por una vereda de la Plaza de Mayo. Vieron al purpurado saliendo de una boca del subterráneo y tuvieron la última charla con él como arzobispo.

Entusiasmado por la elección papal, que le cambiaría la vida, Valdés fue uno de los operadores para que Cristina de Kirchner recompusiese las relaciones del gobierno peronista con Bergoglio. Eso le permitió

apoderarse de la agenda vaticana del Gobierno. Aportó, además, música propia. Tuvo, poco después de la elección del 13 de marzo de 2013, un *enlightment* poético, durante un viaje por la costa este de los Estados Unidos:

> *Habemus Papam*,
> *Habemus Papam*, reza el obelisco,
> por Asís, nuestro Jorge es Francisco,
> porteño de América Latina.
> Cuánta emoción, los ojos de Cristina.
> Piratas, devuelvan las Malvinas,
> dijo el cardenal en homilía.
> El almuerzo con nuestra presidenta
> fue felicidad para la feligresía.
> Alegría de obreros y cirujas
> y magdalenas de Constitución.
> Mujica y sus hermanos de la villa,
> Descamisados, Marechal y Juan Perón.
> Gol de Dios, gritan cuervos en Boedo,
> se abrazan Néstor, Evita y Alfonsín,
> costureros, maestros y porteros,
> Diego, Hebe, Bolívar y San Martín.
> Habemus Papam, reza el obelisco,
> por Asís, nuestro Jorge es Francisco.
> Porteño de América Latina,
> cuánta emoción, para toda la Argentina.

El Vaticano suele nominar a los embajadores que mejor representan sus intereses en la Argentina, cuyos gobiernos suelen acomodarse a esos pedidos, que a veces imponen condiciones inusuales para la diplomacia convencional. Eso explica que la embajada en el Vaticano parezca propiedad de etnias familiares que se prolongan a través del tiempo. El caso más conocido es el de la familia Estrada, que ha tenido embajadores a lo largo del siglo XX a través de las generaciones, desde Ángel Estrada hasta Santiago de Estrada, que representó en el Vaticano al país bajo varios gobiernos.

Si había un legado cafierista, radicaba en ese momento en el Instituto Juan Perón, que había presidido Antonio y que, en otra faena sucesoria de esa etnia política, pasó a cargo de Valdés.

Juan Pablo Cafiero pidió regresar al país para acompañar a su padre en el restablecimiento de su salud, ya muy deteriorada. «Juampi» había sido una de las estrellas del Frente Grande en los años noventa, la fuerza creada por Chacho Álvarez y Pino Solanas. Cuando esa fuerza se alió con la Unión Cívica Radical, fue ministro de Desarrollo Social de Fernando de la Rúa. Felipe Solá lo designó ministro de

Seguridad en el mandato 2003-2007. Dejó la gestión durante un año hasta que el Gobierno lo designó embajador ante el Vaticano, después de que cayese la nominación de Alberto Iribarne, herido por su condición de divorciado. Pertenecía a la elite de familias, como los De Estrada. Su padre, Antonio, había sido designado representante por María Estela de Perón antes del golpe de Estado de 1976.

Valdés recibió la propuesta de regresar a la diplomacia en algún momento del viaje que compartió con la presidente en septiembre de 2014 a Roma y Nueva York. Al regresar al país, le comunicó a Cafiero esa oferta y su decisión de aceptarla.

Al asumir Bergoglio como Papa, el Gobierno revisó la designación de Cafiero en el puesto, pero un gesto del nuevo pontífice lo atornilló. Nadie en el Gobierno quería darle un disgusto al Santo Padre, con quien había conversado Cristina de Kirchner en el último almuerzo de septiembre en el Vaticano sobre este relevo. Nunca se sabrá si el cambio lo pidió el Papa o la presidente, por más que los mirones de la política criolla digan ahora que Valdés empujó él mismo su designación. Es no conocer al nuevo embajador.

Desde aquella oferta y aceptación, el dato de la designación se guardó con cuidado, de manera de no despertar los demonios de la diplomacia profesional, que suele esmerilar a quienes suman cargos en la Cancillería sin ser de la carrera. Lo sabe Valdés, que ya había sido víctima de eso a finales de 2004 y había caído envuelto en llamas por el caso de la médica Hilda Molina, que se encadenó a las rejas de la embajada en La Habana. La factura la terminó pagando él.

Valdés parecía el embajador adecuado para el Papa Bergoglio. Hombre pío, tenía los papeles en orden —a diferencia de Iribarne— y una relación excelente con el pontífice desde que este era arzobispo de Buenos Aires.

El enlace entre ellos fue siempre la amistad común con la abogada Alicia Oliveira, pero la gran changa cerca de Bergoglio la cumplió Valdés con la causa Cromañón, en la cual actuó como defensor oficioso de los padres de víctimas y como ariete de la destitución de Aníbal Ibarra. Valdés había sido funcionario y legislador del peronismo porteño y había sido víctima, como otros, de los dardos del entonces ex fiscal (con quien Valdés suele convivir en un palco de River Plate) que pavimentó su acceso al poder con esas denuncias contra peronistas.

Valdés también actuó en otras causas de penetrante aroma confesional, como defensor de víctimas del cura Julio Grassi, causa en la que actuó con el mismo énfasis y éxito que en el caso Cromañón. Navegante de aguas profundas, trabajó para el grupo América en la obra del túnel binacional por debajo del Cristo Redentor. El día de mañana podrá bromear ante sus nietos: yo hice túneles, pero nunca

uno tan largo que llegase al Vaticano. La experiencia tunelera lo llevaba al Vaticano, sede de catacumbas, misterios y de intrigas capciosas y cabalísticas; un destino ideal para este experto como pocos en sutilezas y clericalidades.

La despedida que un amplio arco de políticos le dio a Valdés, antes de viajar como embajador al Vaticano, fue un retablo de otro país, quizás el primer milagro francisquista en la Argentina de la inquina y el sectarismo. Ocurrió en diciembre de 2014, un año antes de que el peronismo perdiera el poder después de casi quince años de pelea con sus adversarios. La mesa principal del almuerzo que se hizo en el comedor de los oficiales retirados de la Gendarmería juntó al ceteísta Claudio Lozano, el peronista Víctor Santa María, el secretario de Culto Guillermo Oliveri, los radicales Enrique Nosiglia y Leopoldo Moreau, el operador oculto del Papa Carlos Accaputo, «Chocha» Nicolini (hija del coronel Oscar Nicolini, el hombre que le presentó a Eva Duarte a Perón), el macrista Federico Pinedo y los kirchneristas Juan Manuel Olmos y María Laura Leguizamón. Con el invitado eran once, y quedó una silla vacía para quien no llegó: Carlos Zannini. Hasta el «Chino» llegaba la gracia del Señor que descendió sobre Gendarmería.

A esa altura de la pelea preelectoral, pocos podían juntar tamaño abanico de afiliaciones políticas. Tal evento no se explica solo porque Valdés era ya un veterano del oficio que parecía haber pasado por las escalas de ascenso y descenso que le permitieron hacer amigos por todos los ámbitos.

Hábil, lo que Valdés no conseguía por arriba seguramente lo hacía por abajo. Eso encanta entre los políticos que ejercen su oficio embretados en el sectarismo, porque ni ellos ni su público toleran mucho las libertades como las que se tomaron para despedir a Valdés.

Por si faltasen pruebas de esa amplitud, al final, sobre los postres, llegó una comitiva de la franquicia La Cámpora, integrada por sus principales caciques, que se sumaron a la algarabía por la amistad, integrada por Andrés Larroque, «Wado» de Pedro, José Ottavis y, por supuesto, Mariano Recalde, quien festejó el nuevo destino porque, dijo en público, le comprarían más pasajes a Aerolíneas, empresa que presidía. Este grupo cristinista le agregó lo que le faltaba al ánimo conciliador que descendió sobre las mesas, en las que se repartieron peronistas de todas las capillas.

Este centenar de amigos suspendió por un par de horas la confrontación, en el clima que impuso no solo el homenajeado, sino también uno de los primeros oradores, Pinedo, quien se atrevió a decir que en el fondo no importa mucho lo que pensamos, porque por encima de todos «está el amor, aunque es una palabra que molesta a algunos». Le puso sintonía al resto del diálogo que se entabló entre la mesa principal y los demás que tomaron el micrófono. Piuma recordó

a Antonio Cafiero, animador de la peña que albergaba el almuerzo, en la Mutual de Gendarmería del Barrio Norte.

Moreau recordó que a Valdés lo había conocido cuando estudiaban Derecho y se definió como su «pata peronista». Se permitió cruzarse en diálogo público con el «Oso Charly» y Nosiglia sobre su pasado compartido en las canchas de rugby: «¡Yo jugaba bien!», le gritó a la mesa el «Oso», y «Coti» Nosiglia admitió: «¡Es cierto, tenía huevos!».

Otro cruce en voz alta lo tuvo Valdés con Oliveri. El Embajador contó que, cuando asumió como jefe de gabinete de la Cancillería de Rafael Bielsa, fue a ver a Jorge Bergoglio para consultarlo sobre la designación del secretario de Culto. Oliveri, Valdés y Alicia Oliveira habían votado la Ley de Unión Civil. El entonces arzobispo le recomendó:

—No pongan a nadie que signifique enfrentar confesiones.

—Pero estamos pensando en Oliveri —dijo Valdés.

—Con mayor razón, nómbrenlo a él.

Valdés remató el cuento entre risas: «Yo lo nombré y ha durado más que yo. Es más prudente, esa es la razón».

Valdés recibió una despedida más formal. Se la propinaron en la mesa de la Pastoral Social que sesionó el 29 de noviembre de 2014 en el colegio de San Cayetano. Cuando terminaron las exposiciones, el arzobispo Mario Poli y el sacerdote y operador vaticanista Carlos Accaputo lo invitaron al escenario. Pidió por su nueva misión. Preparado de antes, apareció un voluntario con una torta, que todos atribuyeron al cumpleaños de Valdés, pero aclaró que quien cumplía era Poli. Valdés tomó el micrófono y confesó que toda su trayectoria política había sido guiada y acompañada por su respeto a la doctrina de la Iglesia y a la cultura del encuentro que el Papa Francisco llevó al Vaticano. «Hubo momentos difíciles —se emocionó—. Pero traté de ser puente y no muro.»

Lo aplaudió otro malón de papistas, entre quienes estaban Alberto Sileoni, Esteban Bullrich, Santiago de Estrada, Gabriela Michetti, Alicia Pierini, Jorge Taiana, el economista Carlos Leyba, el sindicalista Rodolfo Daer, Roy Cortina, Roberto Feletti, Tomás Domínguez (hijo de Julián, jefe de los diputados), José Ottavis (extravagante egresado de la UCA, en donde conoció a Bergoglio) y su hermano Juan Ottavis, quien ostenta el cargo de secretario de Culto del PJ bonaerense, toda una dignidad.

Valdés recibió el acuerdo del Senado con una marca récord para un postulante kirchnerista: 50 a 0. Nadie se opuso a su designación. Ese voto unánime tuvo lugar después de que el nuevo embajador hiciera una exposición en una audiencia en la Comisión de Acuerdo que presidía Marcelo Guinle, que también respaldó la propuesta por unanimidad. Fue un paseo, pese a que en el oficialismo había alguna

prevención sobre el trámite después del cruce de horas antes entre Miguel Ángel Pichetto y Gerardo Morales sobre el tratamiento a los criminales extranjeros en el proyecto de nuevo Código Procesal. Por eso, el bloque oficialista prefirió el bajo perfil y desmontó un escenario para la audiencia en la que se iban a sentar los ex embajadores en el Vaticano desde 1983 (con excepción de Esteban Caselli, que dedicaba textos en Facebook a criticar a Valdés).

Valdés tiene pasado patagónico. Es además un aficionado a los memorabilia, que reúne en un museo-quincho que tiene en su casa del barrio de Almagro y que solo puede competir en el rubro con el museo personal de Daniel Scioli, que lo supera, aunque es monotemático en torno a la vida del ex gobernador. Se formó con los salesianos de su provincia y allí juntó historias que guarda, por ejemplo, sobre el día en que Ceferino Namuncurá compitió con Carlos Gardel en un certamen de canto. Ceferino y Gardel convivieron como internos en el colegio Pío IX de la calle Quintino Bocayuva, donde el cantor, de niño, estaba inscripto como estudiante del oficio de linotipista. Compartieron la misma habitación, entre 1901 y 1902, antes de que Namuncurá se fuera al Vaticano, donde murió de tuberculosis. Los dos cantaban en el coro del establecimiento bajo la dirección del maestro Lorenzo Spadavecchia, que organizó en 1902 un concurso de solistas a cuya final llegaron Gardel y Ceferino. El premio era el título de Digno de Alabanza en Canto, y en esa disputa ganó… Ceferino, aunque no se crea. Valdés dice tenerlo certificado y documentado. Es tan salesiano que nadie deja de creerle, porque además es un experto en Don Bosco y domina hasta la lista de sus sueños. «El sueño 87 le dijo que tenía que venir a la Patagonia, y por eso la orden fue la pionera en esa región.»

Valdés recorrió todo el espinel de la política para revestir su representación ante Bergoglio de un aura que superase y ampliase a la del kirchnerismo que lo había designado en el cargo, cuando faltaba un año para que terminase el gobierno de Cristina de Kirchner. Aceptó una despedida casi secreta que le ofreció la cúpula del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con el cual el Gobierno había roto relaciones. El canciller Héctor Timerman, por indicación de la presidente, le había retirado un subsidio que siempre había tenido con todos los gobiernos y lo había derivado a la escuela de diplomáticos.

Cuando presentó cartas credenciales, Bergoglio saludó especialmente a la mujer de Valdés, Susana, a quien conocía por su actividad como docente.

—¿Y usted qué hace acá? Usted debería estar en Buenos Aires. Es muy importante la tarea que hace allá como para hacer actos protocolares.

Llamó a un ceremoniero y le dijo:

—Le hemos encargado a la señora del embajador una misión especial en Buenos Aires. O sea que cuando haya actos protocolares, el embajador puede venir solo. Está autorizado por el Papa.

35. CONTRA EL GATILLO FÁCIL

Francisco tiene como programa las Bienaventuranzas, pasaje evangélico que pide por los privados de libertad. (1) Fue uno de los tópicos recurrentes de su tarea pastoral como obispo y fue también la doctrina que llevó adelante en intervenciones decisivas en la Argentina, que en los últimos veinte años debatió con éxito dudoso reformas a los códigos Penal y de Procedimiento.

En ese lapso, los políticos reflejaron la dialéctica contemporánea entre garantistas y mano-dura. Unos entienden que el castigo al individuo que comete delitos no aporta ninguna solución, porque su conducta está determinada por factores que están fuera de su voluntad (clase, necesidad, etc.). Otros creen que el endurecimiento de penas disuade a quienes cometen los delitos y que aumentar los castigos y la rigidez de los procedimientos aliviará la peligrosidad y hará disminuir los hechos criminales. La Argentina de estos años es el ejemplo de que se trata de un debate estéril que se libra como manera de generar mecanismos de identificación con sectores de la sociedad, las víctimas del delito o los victimarios.

Bergoglio tiene una opción clara en ese debate: se pone del lado de quienes entienden que el punitivismo no es una solución ni a la inseguridad ni a la recuperación de víctimas y victimarios: «Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los Cielos», dice el versículo 10 de las Bienaventuranzas, innegociable para Bergoglio. Como Papa, movió herramientas públicas y también secretas para que no avanzasen los proyectos de endurecimiento de penas que, entiende, profundizan la marginalidad de los sectores excluidos. No hace falta ahondar mucho en el pensamiento filosófico de Bergoglio para entender que esta defensa de los fueros de la persona —víctima, victimaria— intenta superar el aplastamiento del individuo por las instituciones del Estado moderno. Una de esas instituciones es el sistema carcelario, y la Iglesia rechaza y abomina la Modernidad. Si la antropología política demanda entender a «la política como síntesis» —dice un expositor de esta doctrina—, su postura también excluye la llamada «totalidad inmanente que aplaste e insectifique al hombre». Se explica, de tal manera, la aversión de Bergoglio a las formas dictatoriales o totalitarias e implica, a la par, su igual rechazo al absolutismo de la inmanencia, a la reclusión del hombre en sí mismo. No por azar entiende a la política como «lucha por la persona entera desde la totalidad». (2)

Este entendimiento va de la mano del desarrollo que hace Bergoglio de un tema emparentado con el delito, que es la corrupción, tópico

que profundizó como obispo y como Papa en un señalamiento de la conducta de los políticos. Las garantías para el victimario de un hecho de delincuencia común encierran la posibilidad de redención por la admisión de la culpa, la contrición y la voluntad de enmienda y reparación: «El pecado se perdona, la corrupción no puede ser perdonada», dice en un artículo escrito antes de ser obispo auxiliar de Buenos Aires. «Sencillamente —agrega— porque en la base de toda actitud corrupta hay un cansancio de trascendencia frente al Dios que no se cansa de perdonar.» (3) Los corruptos, afirma, «han elaborado una doctrina que justifica su corrupción, o que la cubre y [...] proclaman su limpieza». (4)

La corrupción es uno de los tópicos centrales del debate político en la Argentina. Lo ha sido especialmente bajo los gobiernos de la segunda década de la transición. Carlos Menem fue presidente entre 1989 y 1999 y ha sido condenado a prisión por un caso de contrabando de armar. Su sucesor, Fernando de la Rúa, fue juzgado por otro caso de presuntos sobornos y fue absuelto casi quince años después de dejar el cargo. Bajo el gobierno del matrimonio Kirchner, hubo una ministra de Economía (Felisa Micheli) que fue condenada por actos de corrupción. Después de dejar el gobierno en 2015, Cristina de Kirchner, su ex vicepresidente y varios ministros fueron procesados y alguno de ellos condenados con acusaciones similares. La Argentina no se ha apartado de una tendencia internacional de moralización de la vida pública que requiere un análisis de fondo. Para algunos, es un programa de los Estados Unidos para extender sus estándares legales para facilitar los negocios. Para otros, es una consecuencia del poder creciente de la sociedad civil por sobre las instituciones del Estado a raíz de las posibilidades que tiene el público de conocer lo que antes se ocultaba detrás de los muros. Esas posibilidades surgen de una revolución tecnológica que, además, le permite a la sociedad participar como nunca de los asuntos públicos. (5)

Francisco, entre las singularidades de su papado, suma el hecho de ser el primer pontífice que nació y fue arzobispo en una de las megalópolis del siglo XX. La experiencia del Papa urbano es novedosa en la Iglesia. Cuando Bergoglio habla de corrupción, también encuentra referencia en su experiencia como obispo de la metrópolis en Buenos Aires. (6) Uno de los testimonios más interesantes es una charla con periodistas que mantuvo en 2015 cuando viajaba de regreso desde Manila. Le preguntaron por la corrupción y contó esto: «En una ocasión, en el año 2001, más o menos, pregunté al jefe de gabinete del presidente en aquel momento —era un gobierno que no considerábamos demasiado corrupto, y era verdad—: “Dígame, de las ayudas que envían al interior del país, en efectivo o alimentos, ropa,

¿cuánto llega a su destino?". Aquel hombre, que era un hombre auténtico, limpio, enseguida dijo: "El 35%". Así me dijo. Era el año 2001, en mi patria». «Recuerdo una vez —agregó—, en el año 1994, apenas nombrado obispo del barrio de Flores en Buenos Aires, vinieron a verme dos empleados o funcionarios de un ministerio para decirme: "Usted tiene muchas necesidades aquí, con tantos pobres en las villas miseria…". "Ah, sí", les dije, y les conté. "Nosotros podemos ayudarle. Si quiere, le podemos dar una ayuda de 400.000 pesos". En aquel tiempo, había paridad uno a uno del peso con el dólar: 400.000 dólares. "¿De verdad lo harían?". "Sí, sí." Yo los escuchaba, porque "cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía". Y añadieron: "Para poder hacerlo, nosotros lo depositamos y luego usted nos da la mitad".» (7)

El celo con el cual hace esta distinción reapareció años más tarde cuando proclamó la necesidad de estudiar la aplicación del castigo de la excomunión a los corruptos. El punto de contacto de la corrupción con el delito está, dirá años más tarde, en las organizaciones mafiosas, que se arraigan cuando hay corrupción. (8) La tarea del dicasterio reformado sobre la base de la Comisión Justicia y Paz, confiado al cardenal Peter Turkson, produjo uno de los documentos que adelanta ese debate, el libro *Corrosione,* que prologa el pontífice. Francisco define la corrupción como la peor herida social, porque genera gravísimos problemas y crímenes que comprometen a todo el conjunto de la sociedad. (9) En ese libro, Turkson cita una meditación de Francisco: todos tenemos un pedazo de mafia a mano, que es el aprovecharse de la confianza del otro. (10)

Cada vez que tiene oportunidad, Bergoglio hace la referencia a las mafias como cuna de la corrupción. Es una forma de diferenciarse, además, de la tradición vaticana de convivencia con esas organizaciones sociales con las que ha vivido el Estado no solo en Italia. En marzo de 2014, dio un discurso de gran repercusión en Italia en una vigilia de la Fundación Libertad, del cura antimafia Luigi Ciotti, y ante un grupo encabezado por Rosario Costa. Era la viuda de Vito Schifani, custodio del célebre juez Giovanni Falcone, que murió con este a manos de la mafia siciliana el 23 de mayo de 1992. «¡Conviértanse, se los pido de rodillas, es por vuestro bien!», (11) clamó Bergoglio. El cura Ciotti criticó a la propia Iglesia que, dijo, «no siempre ha mostrado la suficiente atención al fenómeno del crimen organizado».

El Papa tuvo palabras en el mismo sentido cuando visitó Colombia en 2017, señalando la convivencia de la Iglesia de ese país con organizaciones dedicadas al narcotráfico en amplios territorios.

Bergoglio siempre aprovecha la fecha del 23 de mayo, aniversario de la muerte de Falcone, para alguna referencia. En 2018, tuvo un

diálogo con el juez argentino Marcelo Aguinsky, titular del Juzgado Nacional en lo Penal Económico N.° 6 y conocido por su protagonismo en la instrucción de resonantes causas contra delitos de contrabando. En un aparte de la audiencia de los miércoles, el magistrado tuvo ante Francisco un diálogo acerca de lo difícil que es juzgar la corrupción sin recibir ataques. Le contó que el año anterior había ido a ver por primera vez en su vida un partido entre Boca y River.

«La gente me preguntaba —relató— por quién iba a hinchar, por River o por Boca.» Respondió que por ninguno de los dos, pero que iba a hinchar por el árbitro, «porque es quien toma todas las decisiones y todos lo putean».

Francisco rio con la chanza:

—Pero vos sos de algún equipo.

—Sí, de Atlanta.

A despedirse, el juez le dijo que lo había visto subir las escaleras con agilidad y sonriendo.

—Es que estoy bien —respondió Francisco.

En este contexto de ideas hay que entender intervenciones decisivas en la política argentina, como la que hizo para frenar los proyectos punitivistas que promovieron el oficialismo y la oposición al Gobierno peronista de 2003-2015. Lo hizo según el método de la discreción, ocultando la mano, manejando los hilos de voluntades ajenas.

En febrero de 2014, el Gobierno argentino recibió el texto del proyecto de reforma del Código Penal, que había elaborado, durante casi dos años, una comisión multipartidaria que presidió el entonces juez de la Corte Suprema Raúl Zaffaroni. El 1° de marzo de ese año, Cristina de Kirchner formalizó la iniciativa en el discurso de apertura del año legislativo. Eso habilitó el tour de la comisión redactora por todo el país para debatir con expertos antes del envío al Congreso. Esa comisión la había integrado el Gobierno siguiendo el mismo método de Hipólito Yrigoyen en 1917: darle el control político a la oposición. Era una forma de asegurar que el producto final sería un acuerdo que se ponía por encima de las inquinas partidarias de entonces. Zaffaroni estaba en su último año como juez de la Corte, inspiraba con suerte variada las iniciativas judiciales del Gobierno y estaba señalado por sus adversarios políticos y jurídicos como un representante del garantismo, si no del abolicionismo. Esta acusación era más un insulto para descalificar su prestigio profesional en el país y en el mundo.

Para compensar su gravitación, el Gobierno había integrado la comisión con León Carlos Arslanián, ex ministro de Justicia (presidencia Menem) y de Seguridad bonaerense (gobernaciones de Duhalde y Solá), los diputados Federico Pinedo (PRO) y Ricardo Gil Lavedra (UCR) —lejos todavía de integrarse en la alianza Cambiemos que ganó el gobierno en 2015— y la ex diputada María Elena

Barbagelata, del socialismo de Hermes Binner.

La iniciativa de la reforma penal era vieja. En 2006, cuando Alberto Iribarne era ministro de Justicia, se había presentado el resultado de una comisión que había creado su predecesor Horacio Rosatti bajo la conducción del entonces secretario de Política Criminal, Alejandro Slokar. Desde ese momento, el Gobierno intentaba una reforma de fondo de los códigos Penal y Procesal Penal con el propósito de contrarrestar la ola de reformas «Blumberg» aprobadas por el Congreso bajo la influencia de la opinión pública conmovida por la muerte del joven Axel en marzo de 2004 y que intentaron un endurecimiento de los castigos a los delincuentes.

En 2006, el proyecto que elaboró Slokar para el Código Penal quedó frenado por la polémica que se desató por las nuevas figuras para sancionar y despenalizar determinados casos de aborto. El Gobierno decidió entonces no elevar al Congreso el dictamen de la comisión. Sí elevó Iribarne el proyecto de reformas al Código Procesal Penal, que fue aprobado por el Congreso, pero nunca se aplicó. El centro era darles más rol a los fiscales en la instrucción de las causas y quitarles esa responsabilidad a los jueces, lo que se llama pasar del sistema acusatorio.

En la comisión presidida por Zaffaroni, se buscó poner el debate por encima de la grosera dialéctica entre «manos dura» y «garantistas». Las reformas Blumberg, dictadas por la conmoción de ese caso aberrante, eran celebradas por quienes pedían dureza en la lucha contra el delito. Ese hecho produjo un cambio en la política de Néstor Kirchner, quien desde 2003 parecía comprometido con el garantismo que defendía su primer ministro de Justicia, Gustavo Béliz. La ola blumberista quebró ese rumbo y la designación de Rosatti y después de Iribarne —que había sido viceministro de Carlos Corach en la era Menem— fue una cesión a regañadientes al antigarantismo que los proyectos de 2006 intentaron retrotraer sin suerte.

Zaffaroni convenció al Gobierno de usar el método inspirado en lo que hizo Yrigoyen en 1917, cuando le cedió la elaboración de un nuevo Código Penal al diputado conservador Rodolfo Moreno, un opositor, para sacar de la parálisis el debate que existía entre los radicales en materia penal. El fruto de ese trabajo fue la reforma de 1921 que le dio a la ley el nombre de «Código Moreno».

Este proyecto pudo ser la coronación de la ambición normativa de todos los políticos implicados, que se esforzaron por superar las diferencias. Se notó en la reunión a la que citó Cristina de Kirchner el 7 de mayo de 2012 para ofrecerles la iniciativa. «Quiero que en la comisión haya un conservador como Pinedo para que me modere a todos estos garantistas», dijo la presidente en el tramo más afable de aquel encuentro. Locuaz, raramente simpática y dicharachera,

significaba un gesto único en la era Kirchner: llamar al despacho presidencial a políticos de la oposición y darles la mayoría en una comisión de la importancia de la que sesionaría durante dos años en el cuarto piso del Palacio de Tribunales, sede de la Corte Suprema.

—Quiero además que sea un político como Pinedo, que no es penalista, para que haya consensos.

—Siempre he buscado la unidad, no las diferencias —respondió con un sombrerazo.

Pinedo estaba considerado por el oficialismo como uno de los opositores razonables; pertenecía a la formación más antikirchnerista, el PRO, pero había sido conciliador en la discusión de proyectos como el de represión del lavado de dinero que el Gobierno le rogó al Congreso que aprobase. Había acompañado a la presidente en viajes a la ONU para presentar el caso Malvinas en la Comisión de Descolonización. Esta opción preferencial por Pinedo se mantuvo con los años. En 2015, cuando el peronismo perdió las elecciones, mocionó para que lo designase, pese a no representar la mayoría, como presidente provisional del Senado. En 2017, cuando ingresó como senadora por Buenos Aires, volvió a apoyar que Pinedo siguiese en ese cargo.

Cristina pidió expresamente que el proyecto no incluyese una reforma a las penas por el aborto. «Por favor, que eso quede afuera del debate y que sea en todo caso tema de una ley especial.» Los presentes en esa mesa —Julio Alak, Julián Álvarez (secretario de Justicia), Carlos Zannini, Arslanián, Zaffaroni, Lavedra, Barbagelata— admitieron la conveniencia de no entrar en ese asunto.

El grado de ocurrencia llegó a la ironía. A la propia presidente se le escuchó decir: «Habrá que dar garantías a los delincuentes, pero más importante es proteger a la gente». Tomó por esa línea Zaffaroni, quien dijo: «En la reforma hay que asegurar que estén guardados los proclives a delinquir». «Los peligrosos», pudieron retrucarle. Se encresparon todos: «Entre penalistas nunca se habla de peligrosos», admitió toda la mesa.

Sobre el final, todo era risas y sombrerazos, con cruce de galanterías entre Cristina y Pinedo. Hasta llegaron a las referencias personales, con el aporte de Zaffaroni y su brazo en cabestrillo por una fractura que había tenido en Tucumán, y la socialista Barbagelata con un yeso en una pierna, también fracturada en acción política.

En el texto final de 2014, parecían superadas las divisiones de fondo. Una de las cuestiones más discutidas era la reincidencia como instituto agravante de las condenas, a cuya eliminación se opuso Pinedo. También hubo acuerdo en el concepto de condenas máximas, a las que pusieron los límites de las convenciones internacionales. Tampoco se avanzó en la despenalización del aborto, que quedó

encuadrado en la jurisprudencia del momento. El matrimonio Kirchner había tomado un compromiso con la Iglesia, que le transmitió el propio Juan Carlos Blumberg en 2014, cuando visitó al Papa Juan Pablo II: mientras gobierne un Kirchner, nunca habría ley de despenalización del aborto en la Argentina. Pinedo ponderó el resultado de aquella comisión en la cual él representó el ala más conservadora; el radical Gil Lavedra, el garantismo más extremo, y Zaffaroni, contra lo que podría presumirse por su leyenda, fue el factor de moderación más eficiente.

Apenas se presentó este proyecto, Sergio Massa, que había ganado las elecciones legislativas pocos meses antes en Buenos Aires y que cabalgaba una candidatura presidencial, lanzó una campaña contra esa reforma. La acusó de ser ultragarantista, de reducir las condenas en más de 160 delitos y de instaurar una puerta giratoria que beneficiaba a los delincuentes. Lanzó también una campaña de recolección de firmas para rechazar la iniciativa por medio de la convocatoria a una consulta popular.

Ese gesto arrinconó al oficialismo, que venía de una derrota mayúscula en junio de 2013, cuando la Suprema Corte había declarado inconstitucional la llamada Ley de Democratización de la Justicia, el proyecto más ambicioso que había tenido el peronismo en ese terreno. Ese fue el preámbulo de la derrota electoral de octubre, que remachó otro fallo de la Corte, que avaló una polémica ley de medios audiovisuales que agredía a los medios. El tribunal dejó abierto el capítulo de los resarcimientos que demoraron su aplicación hasta que el nuevo gobierno de Mauricio Macri la sepultó con un DNU.

Roberto Carlés había sido el coordinador técnico de la comisión y se sorprendió en aquellos días por una citación al Ministerio de Justicia. Lo atendió un asesor de Julián Álvarez, secretario de Justicia, que le entregó una carpeta: «Queremos que vos y Zaffaroni vean si esto está todo bien técnicamente, porque esto es lo que queremos presentarle al Congreso», le dijo.

Carlés repasó esa carpeta y vio que era un proyecto alternativo de reforma penal, que no tenía nada que ver con el trabajo de la comisión que había estudiado los cambios durante casi dos años y que había recibido el Poder Ejecutivo. Esa reforma nueva se acercaba al proyecto Massa y buscaba capturar adhesiones con una iniciativa menos garantista.

La comisión había sesionado bajo tormenta en 2013, año electoral, con Pinedo o Gil Lavedra como candidatos, que nunca habían faltado a las reuniones. Era un modelo de convivencia posible que derrumbaba la iniciativa del maquiavelo de cabotaje que era Julián Álvarez. Esa aventura del cambiazo de proyecto rompía cualquier

posibilidad de acuerdo para nada serio en el futuro, gobernase quien gobernase.

Con estos antecedentes, el Gobierno no tenía fuerzas para este nuevo debate, que era ya parte de la campaña presidencial para el año siguiente. No le bastaba el apoyo de los moderados de la oposición que habían estado en la comisión y que eludieron comprometerse con el proyecto, pero también con el bloqueo que proponía Massa, que había sido aliado del macrismo en las elecciones de 2013.

Interviene el Vaticano

Esta capitulación del oficialismo no resistió dos cañonazos dialécticos. Uno fue el llamado de Raúl Zaffaroni a Carlos Zannini para quejarse de ese retroceso. Le dijo que era una renuncia ideológica, pero además que la calidad del nuevo trabajo no podía ni compararse con el trabajo de casi dos años de los penalistas más prestigiosos del país. Era, además, un triunfo de la concertación de fuerzas enfrentadas en casi todos lados. El dardo estaba envenenado, porque Zaffaroni dijo que, si cambiaban el proyecto, él no solo renunciaba a la Comisión redactora, sino que también renunciaba a la Suprema Corte.

Zaffaroni estaba distanciado del Ministerio de Justicia que manejaba Álvarez, a quien responsabilizaba de proyectos aventurados y hasta disparatados, como el de la democratización de la justicia. El gobierno de Cristina de Kirchner, arrinconado por el desprestigio de su gestión y por una oposición que se entendía entre sí cada vez mejor, no habría podido resistir esa renuncia del juez más cercano. Tampoco resistió el embate de Roma que tejió el Papa con sus amigos de Buenos Aires.

Carlés acudió al día siguiente al consejo de Alicia Pierini. El Gobierno arrugaba en materia penal con el proyecto Álvarez, y del otro lado atacaba Massa. «Esto lo podemos desarticular fácil. Si vos te vas a verlo a Jorge [por Bergoglio], vas a ver que dan marcha atrás enseguida», le dijo.

Si algo sabía Pierini de Bergoglio, era que siempre había tenido una sensibilidad especial por el tema penal y la suerte de las personas en las cárceles. La comisión presidida por Zaffaroni había registrado algunos mensajes del Papa, en los que manifestaba su acuerdo con reformas que beneficiaban a los presos a través de formas de cumplimiento de las penas fuera de las cárceles (probation, etcétera).

En algunas exposiciones, Francisco había hablado de un «sano garantismo». En marzo de 2014, escuchó eso de su boca el procurador penitenciario de la Nación, Francisco Mugnolo, que participó de una audiencia general en el Vaticano. A él le pidió trabajar por «un sano garantismo» y asegurar las condiciones de vida de los miles de personas encarceladas en el país. En ese diálogo, que el radical

Mugnolo registró en un video, el Papa le contó que él llama a las cárceles argentinas: «Me dicen que no tienen ventanas, que no se pueden refrescar con el calor que hace. Los penales están hechos para rehabilitar a la gente, a los que pueden. Pero si los tenemos así encerrados, los arruinamos. ¡Que se sientan gente!».

Dispuesto siempre a armar lío, Bergoglio tiró una flor hacia el ex director del Servicio Penitenciario Federal, el abogado Víctor Hortel: «Yo sé que el que estaba antes era un hombre abierto y todo, pero ahora parece que se asustaron y tienen miedo de que se les fuguen todos. Por favor, hagan algo». (12)

Hortel había dejado el cargo a finales de 2013 después de una fuga en masa del penal de Ezeiza. Echó gloria como inspirador del «Vatayón Militante», una organización de presos peronistas a los que se les daba un rol político. Se referenciaba en Julián Álvarez. En la vida civil, fue el abogado del sindicalista Juan Carlos Medina (apodado con cariño, por sus amigos, el «Pata»), detenido en 2017.

Carlés no le dio mucho crédito a ese consejo y creyó que eso quedaría en nada.

Alicia se ocupó de hablar con «el hombre», que es como llaman al Papa algunos de sus amigos de la política. Le contó detalles de esa minicrisis:

—¿No vas a hacer nada con esto? —clamó ante el amigo vaticano.

—¿Y yo qué puedo hacer? —se allanó Francisco.

—No sé… En una de esas, recibilo a Carlés, que lo conocés de chico y que fue secretario de la comisión redactora.

Cuando llegó a su casa, Carlés atendió el llamado de Pierini: «Jorge te espera el sábado».

También tiempo para Sabella

Esta abogada, amiga de la juventud de Francisco, lograba cosas así en el acto. Poco después le dieron otro telefonazo a Bergoglio con una frase que sonó a una orden.

—Tenés que recibir a Sabella.

—¿Qué pasa, Alicia? ¡Tengo 54 jefes de Estado que vienen el domingo a la canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II! —respondió Francisco desde Santa Marta.

—Me llamó un amigo sindicalista y me contó que Sabella está deprimido porque tiene que cerrar la lista de jugadores para Brasil en treinta días, y eso lo angustia mucho.

—Está bien, que venga el sábado que lo voy a recibir.

Fue en abril de 2014 y Francisco estuvo dos horas con el técnico de la Selección, que salió consolado en sus cuitas.

Cuando rindió informe del encuentro a Buenos Aires, le preguntaron

al Papa:

—¿Le hablaste de Tévez?

—¡Uuy!, me olvidé de Tévez, con todo lo que lo quiero.

Dejado de lado por la gracia del Señor, el Apache se quedó afuera.

Carlés sacó el pasaje (era miércoles) y el sábado 23 de marzo estaba en Santa Marta. Hacía años que no se veían, salvo por un saludo el año anterior en una audiencia pública. En ese diálogo, Francisco le contó que había hecho reformas penales en el Vaticano apenas llegó. Por ejemplo, eliminó la condena a prisión perpetua, que limitó a los 35 años, y sumó los crímenes contra la humanidad y la presunción de inocencia. También criticó el uso electoral de la inseguridad y la generación del clima de pánico, un lenguaje muy afín al que usaba el Gobierno para justificar el interés del público ante el delito. La referencia al proyecto, sin embargo, fue indirecta: «La reunión fue positiva no solo porque ratifica la preocupación de la Iglesia por temas como la exclusión social y la situación de las cárceles, sino también porque por primera vez se plantea, desde la Iglesia y en forma muy clara, el problema de la selectividad del sistema penal. Es interesante que haya advertido que, aun en países donde se han dado procesos de inclusión social y de ampliación de derechos, la legislación penal ha cobrado un sentido cada vez más represivo. Después de muchos años, la Iglesia vuelve a pronunciarse sobre los sistemas penales, ya que considero que es necesario su aporte para la revitalización de un abordaje humanista de la cuestión penal». (13)

«El Papa no se pronunció sobre el proyecto de reforma penal en sí», contó Carlés al salir. «Pero sí manifestó que le parecía satisfactorio que hubiera surgido un texto del diálogo y del consenso entre partes diversas y su preocupación por la orientación punitivista que impera en América Latina con campañas de ley y orden que instalan pánico en la sociedad». (14)

«Creo, de todos modos, que ha habido un ataque infundado al trabajo de la comisión, que no se apoya en premisas que tienen que ver con el Código, sino en eslóganes publicitarios. De hecho, yo hablé de "duranbarbismo", de mentiras del Frente Renovador, que lleva adelante una campaña insostenible, pero exitosa, usando como también sucede en Europa y en Estados Unidos el tema de la inseguridad», agregó. (15)

En la intimidad de ese diálogo explicó por qué nunca iba a recibir a Sergio Massa. Hablaron del personaje y le relató la historia del intento de reemplazarlo por monseñor Sarlinga en 2008. «No es por eso —le aclaró—. No lo recibo porque es un chantapufi.» (16)

No era la primera vez que le cerraba las puertas al jefe del Frente Renovador. Días después de las elecciones legislativas de 2013, Sergio Massa viajó a Madrid en una gira de festejos. Intentó, por varios

medios, seguir hacia el Vaticano para reunirse con el Papa Francisco. No recibió nunca la invitación. Quien sí viajo fue uno de los diputados electos con él por el Frente Renovador, el dirigente empresario José Ignacio de Mendiguren, viejo amigo de Bergoglio, que se desprendió de la comitiva que acompañaba a Massa. Este lo despidió en Madrid con la misión de que le pidiese una entrevista con Francisco. De Mendiguren tanteó el terreno apenas llegó a Roma. El ceremoniero Guillermo Karcher lo desalentó: «Mejor no le hablés de Massa. Por ahora no, más adelante quizá», le dijo Karcher.

Al despedirse, cachador, Francisco le puso precio a la amistad:

—Ahora, al salir, y como penitencia, vas a decir que yo te dije que hay que cuidar a Cristina.

—No me podés pedir eso… Acabo de ser elegido diputado por la oposición.

—Es la penitencia, hijo.

Al salir, el Vasco cumplió con el mandato:

—El Papa me dijo «cuiden a la presidente» —declaró en público ante todos los medios.

El Papa tiene quien le escriba

El mismo domingo, cuando se conoció la entrevista, Cristina le indicó a Carlos Zannini que llamase a Zaffaroni y le dijese que el proyecto que iba al Congreso era el que había coordinado él, y no el de Álvarez. En abril de ese año, Julio Alak presentó el proyecto en la facultad de Derecho de la UBA. Habían derrotado a la Cámpora, pero igual el proyecto nunca llegó al Congreso.

La noticia de la reunión salió en la prensa de Buenos Aires. Era el efecto que se buscaba. Con la visita, se cumplió el objetivo mínimo: que el Gobierno no mandase el proyecto improvisado por Álvarez. Para eso bastaba el aval papal. Pero también ayudaba a que no se interrumpiese el debate de la iniciativa dentro y fuera del Congreso; eso estaba más en el interés de los integrantes de la comisión, como Zaffaroni o Carlés. Francisco, en esa intervención, destacó la importancia de que fuera un proyecto fruto de un esfuerzo de entendimiento entre partidos peleados entre sí. De paso, sacaba del riel a Massa.

El Papa, como suelen hacer los políticos, le pidió a Carlés que le preparase una minuta con los argumentos que podía aportar para un documento dirigido a un congreso de abogados penalistas que podía ser la tribuna para que exhibiese su posición antipunitivista. Este abogado describió en un borrador de ideas el efecto nefasto de las cruzadas neopunitivistas en todo el mundo, el uso del tema de la inseguridad como herramienta proselitista, el rol de los medios en la

creación del clima favorable a las leyes más duras, las violaciones de los derechos humanos de países de Occidente en la lucha contra el terrorismo islámico, etc. Pensó que ese primer borrador sería reescrito por las plumas celestiales del Vaticano, pero se sorprendió al leer el documento definitivo, porque apenas había recibido retoques de estilo. Bergoglio había aceptado todos sus argumentos como propios.

Este método es común en los políticos profesionales, que alimentan sus campañas con argumentos ajenos que no discuten, salvo que contradigan su estrategia. Este tipo de colaboración es un juego de ida y vuelta. Bergoglio sabía a quién le estaba pidiendo argumentos, y Carlés sabía a quién se los estaba ofreciendo.

Según el mismo método, le pidió a Carlés que le preparase materiales para una carta a las asociaciones de penalistas respaldando las críticas al punitivismo. También le pidió letra para el documento que leería ese año en la cumbre de penalistas de octubre de 2014. Esos párrafos contienen textos de Raúl Zaffaroni y de Carlés, quien también auxilió con letra propia el discurso que después leyó el Papa ante el Capitolio de Washington.

La carta se firmó el 30 de mayo de ese año y dice, en síntesis:

- «En nuestras sociedades tendemos a pensar que los delitos se resuelven cuando se atrapa y condena al delincuente, pasando de largo ante los desafíos cometidos o sin prestar suficiente atención a la situación en que quedan las víctimas. Pero sería un error identificar la reparación solo con el castigo, confundir la justicia con la venganza, lo que solo contribuiría a incrementar la violencia, aunque esté institucionalizada.»
- «Los medios de comunicación, en su legítimo ejercicio de la libertad de prensa, juegan un papel muy importante y tienen una gran responsabilidad: de ellos depende informar rectamente y no contribuir a crear alarma o pánico social cuando se dan noticias de hechos delictivos. Están en juego la vida y la dignidad de las personas, que no pueden convertirse en casos publicitarios, a menudo incluso morbosos, condenando a los presuntos culpables al descrédito social antes de ser juzgados o forzando a las víctimas, con fines sensacionalistas, a revivir públicamente el dolor sufrido.»
- «Una sociedad que se rige solamente por las reglas del mercado y crea falsas expectativas y necesidades superfluas descarta a los que no están a la altura e impide que los lentos, los débiles o los menos dotados se abran camino en la vida.» (17)

Zaffaroni respondió a esa carta con un agradecimiento como

secretario de la Asociación Latinoamericana de Derecho Penal y Criminología, que contiene una condena a lo que llamó «la idolatría del poder, cuya ilusoria omnipotencia explotan los políticos inescrupulosos [...], con el consiguiente peligro de las estructuras institucionales democráticas de los estados». (18) No hace falta traducir para entender que la cruzada de Massa estaba contenida en la mención a políticos sin escrúpulos, el gesto del oficialismo de entonces, cuando aquel hablaba de gobierno en rendición.

Ese texto cita la carta que envió el Papa Pío XII al congreso en Roma de la Asociación Internacional de Derecho Penal de 1953, considerado como un hito por la defensa del derecho penal de culpabilidad frente a la tradición del derecho de la peligrosidad. (19) La misiva de medio siglo atrás había tenido también una pluma inspiradora, la del penalista italiano Giuseppe Bettiol, a quien Zaffaroni consideró siempre como un adelantado de la *humanitas* en el derecho penal contemporáneo.

La estampa que hizo de él expresa también la cercanía del Papa con las ideas de Zaffaroni, que no es un clerical ni mucho menos: «Católico y militante de la democracia cristiana, diputado constituyente de 1947 y ministro de De Gasperi, se dice que [Bettiol] fue el inspirador de la alocución de Pío XII a los asistentes al Congreso Internacional de Derecho Penal en 1953, donde este sostuvo decididamente el derecho penal de culpabilidad. Cuando en su última visita a Buenos Aires en 1980 reflexionaba sobre un derecho penal cristiano, afirmó que este era en definitiva el derecho penal liberal y recordó que el Estado Vaticano, un Estado ciertamente confesional, se rige con un código penal laico liberal, obra de Zanardelli, gran maestro de la masonería». (20)

Bettiol llamaba a Zaffaroni una «punta de diamante» de la especialidad —frase que figura en la dedicatoria a su último libro— y le contó que él había sido el redactor de aquel discurso liminar de Pío XII. En uno de los encuentros con Francisco en el Vaticano, Zaffaroni evocó ese destino común con Bettiol de inspirar, a la letra, las ideas de dos papas.

Francisco pidió además que le organizasen una cumbre mundial de todas las asociaciones de penalistas, criminalistas, expertos en victimología, etc. Ocurrió en la ciudad del Vaticano en octubre de aquel año, y el Papa repasó en su discurso los mismos tópicos contra la prensa amarilla y el punitivismo como falsa receta, condenó la pena de muerte, legal e ilegal, el abuso de la prisión preventiva, y adelantó sus conceptos contra la corrupción. (21)

Ese año hubo dos circunstancias familiares que sostuvieron la relación entre Francisco y Carlés. Una fue la enfermedad de Alicia Oliveira, afectada de un cáncer que le costó la vida en noviembre del

año siguiente. La otra, también dolorosa, fue la enfermedad de la madre del abogado, a quien asimismo le diagnosticaron un cáncer. Murió un mes más tarde que Oliveira. Enterado de esa enfermedad, Francisco solía llamarlo por teléfono con la frecuencia de un amigo cada vez que ocurría una internación u otra incidencia de la enfermedad.

Con estos antecedentes, es inevitable que el público terminase identificando a Bergoglio con las campañas del peronismo, que él reforzó con algunos pronunciamientos casi militantes. La sucesión de hechos que significaron la destitución de Dilma Rousseff del gobierno de Brasil, la prisión de Lula da Silva, la cadena de denuncias a presidentes y ex presidentes por las coimas de Odebrecht o el procesamiento de Cristina de Kirchner y sus ex funcionarios en la Argentina fue enfrentada por el «populismo» de la región como una serie de golpes de Estado. Los defensores de estos dirigentes pusieron en circulación la palabra *Lawfare* para describir el acoso judicial a los políticos con la colaboración de los medios de prensa.

La creación de ese concepto se le atribuye a Charles J. Dunlap Jr., de la Duke University School of Law, que lo definió como «el uso de la ley como un arma de guerra». No era nada nuevo en la Argentina ni en el continente; la novedad era incorporarla a una cosmovisión muy afín al peronismo, que describe el funcionamiento de la sociedad como fruto de conspiraciones y maquinaciones de personajes e instituciones secretas que manipulan la conducta ajena.

Bergoglio se plegó a esas denuncias y terminó avalando esas acusaciones sin dar nombres, algo que acercó más su figura a los peronistas que se quejaban de los procesamientos de los elencos gubernamentales del ciclo 2002-2015.

En una homilía de Santa Marta, describió el método sin usar la palabreja *Lawfare* y la aplicó a la vida pública y también a las inquinas parroquiales de la Iglesia: «En la vida política, cuando se quiere dar un golpe de Estado, los medios comienzan a criticar a los dirigentes y, con la calumnia y la difamación, los deshonran. Luego llega la justicia, los condena, y al final se da el golpe de Estado. La misma persecución que se veía cuando la gente en el circo gritaba para ver la lucha entre los mártires y las fieras o los gladiadores […]. En menor medida, también pasa en nuestras comunidades parroquiales, por ejemplo, cuando dos o tres empiezan a criticar a otro. Comienzan a hablar mal de aquel y crean una unidad falsa para condenarlo; se sienten seguros y lo condenan. Lo condenan mentalmente, como actitud; luego se separan y se critican uno al otro, porque están divididos». (22)

1. «Las Bienaventuranzas, programa práctico de santidad», homilía de Francisco en Santa

Marta, 9 de junio de 2014. Contiene una síntesis del pensamiento de Bergoglio con dos ejes: las Bienaventuranzas y Mateo 25, estatuto de la caridad. Esto lo repite en infinidad de escritos y sermones a lo largo de los años.

2. Asdrúbal Aguiar, *La opción teológico-política de S. S. Francisco. Relectura del pensamiento de Jorge M. Bergoglio S.J.,* Caracas, Fundación Editorial Jurídica Venezolana, 2015.

3. Jorge Bergoglio, *Corrupción y pecado* [1991], Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2016, p. 18. Se trata de un artículo en respuesta a otro, anterior, del funcionario y político Octavio Frigerio.

4. *Ibid.,* p. 33.

5. Véase una visión precursora de este fenómeno en Alessandro Pizzorno, *Il potere dei giudici: Stato democratico e controllo della virtù,* Roma-Bari, Laterza, 1998.

6. Carlos María Galli, *Dios vive en la ciudad. Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco* [2011], 3ª ed., Buenos Aires, Ágape, 2014.

7. Francisco, conferencia de prensa durante el vuelo de Manila a Roma, 19 de enero de 2015, disponible en línea: <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/january/documents/Papa-francesco_20150119_srilanka-filippine-conferenza-stampa.html>.

8. Francisco, «Una nueva conciencia civil para combatir a las mafias», discurso del 22 de septiembre de 2017 ante la comisión parlamentaria italiana de lucha contra las mafias, en *L'Osservatore Romano*, 29 de septiembre de 2017, ed. en español, núm. 39, Buenos Aires, p. 9.

9. Peter Kodwo Appiah Turkson y Vittorio V. Alberti, *Corrosione, op. cit.,* p. 6.

10. *Ibid.,* p. 166

11. Parroquia de San Gregorio VII, Roma, viernes 21 de marzo de 2014.

12. El video está disponible en línea: <https://youtu.be/ZbuTv2YVlq0>.

13. Véase disponible en línea: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-242479-2014-03-23.html>.

14. Véase disponible en línea: <https://www.infobae.com/2014/03/26/1552804-el-abogado-que-se-reunio-el-Papa-el-codigo-penal-milita-sacar-los-crucifijos-los-juzgados/>.

15. Véase disponible en línea: <http://www.lanacion.com.ar/1674670-reunion-con-el-Papa-por-la-polemica-reforma-penal>.

16. Ese apelativo delata la edad del Papa. Ha caído en desuso y lo reemplaza la apócope «chanta». Pero en genovés *ciantapuffi* señala al moroso, a quien no paga las deudas. Es lo mismo que dicen detectar sobre su persona los focus groups que alimentan la estrategia de Mauricio Macri. «Transmite que te va a mentir. Da trucho», señalan esos sondeos. Ver Zuleta, *op. cit.*, 2015, p. 169. Según el periodista Diego Genoud, llama a Massa el «falso profeta». Véase *Massa: La biografía no autorizada, op. cit.* El capítulo «El falso profeta» tiene un completo y documentado relato del intento del Gobierno de Kirchner de hacer saltar para arriba a Bergoglio y reemplazarlo por monseñor Sarlinga, arzobispo de Zárate-Campana. Véase la historia oficial de Sarlinga, por un vocero autorizado de Francisco, disponible en línea: <http://www.lastampa.it/2015/11/03/vaticaninsider/es/en-el-mundo/argentina-cambio-de-obispos-cambio-de-tono-RRQXtqlFhphp7us4DcN8BO/pagina.html>.

17. Véase el texto de la carta disponible en línea: Francisco, «For a Real Human Justice-Por una justicia realmente humana», audiencia con las asociaciones internacionales de derecho penal, Vaticano, 23 de octubre de 2014, Villematier, Francia, Éirès, 2015, pp. 7-84.

18. Eugenio Raúl Zaffaroni, «Respuesta del Secretario Ejecutivo de la ALPEC al Papa Francisco», 3 de junio de 2014, en Francisco, «For a Real Human Justice-Por una justicia realmente humana», *op. cit.,* p. 88.

19. Pío XII, «Discurso al VI Congreso Internacional de Derecho Penal», 3 de octubre de 1953, en Francisco, «For a Real human Justice-Por una justicia realmente humana», *op. cit.,* pp. 97-114.

20. Eugenio Raúl Zaffaroni, «Humanitas en el derecho penal» [1906], en *Anacronismo e Irrupción. Revista de Teoría y Filosofía Política Clásica y Moderna,* vol. 1, núm. 1, noviembre de 2011 a mayo de 2012, p. 204.

21. El texto en Francisco, «For a Real Human Justice-Por una justicia realmente humana», *op. cit.,* pp. 15-37. Véase una recopilación de estudios de expertos en Francisco, *Por una justicia*

realmente humana, ed. de Roberto Carlés, Buenos Aires, Ediar, 2018.

22. Homilía «La verdadera unidad», 17 de mayo de 2018, Santa Marta, Roma. Para una visión amplia de estas herramientas que no son nada nuevas ni se inventaron para perseguir al tercerismo latinoamericano, véase G. J. David Jr. y T. R. McKeldin III (eds.), *Ideas as Weapons: Influence and Perception in Modern Warfare,* pról. del coronel H. R. McMaster, Lincoln, Nebraska, Potomac Books, 2009.

36. SUEÑOS COMPARTIDOS: UN JUEZ PROPIO EN LA CORTE

La fascinación por Roberto Carlés culmina con la propuesta que hizo Francisco para que este abogado integrara la Corte Suprema de Justicia de la Argentina. Esto lo promovió sin que Carlés supiese nada. En marzo de 2014, Carlés había ido a ver al Papa al Vaticano, y en septiembre de ese año, en una visita de Cristina de Kirchner, el pontífice la sorprendió con la propuesta. Hablaron del proyecto del Gobierno de reformar el Código Penal, y Francisco le comentó detalles de la charla de marzo con Carlés. Este abogado había tomado visibilidad porque había sido el secretario de la comisión redactora del proyecto y había explicado y defendido algunos capítulos en conferencias y en los medios. Se había notado en reuniones de la Casa de Gobierno en las cuales el protocolo lo había distinguido sin saberlo bien él por qué, como estar en las primeras filas del acto de presentación de una reforma de la cual no había tenido que ver, la del Código Civil.

Para la fecha de esa reunión en el Vaticano, ya se conocía la noticia de la renuncia de Raúl Zaffaroni al tribunal. «Ahí haría falta aire fresco», dijo Francisco.

Cristina se quejó de Carlos Fayt, el veterano juez de la Corte que resistía la jubilación pese al acoso del Poder Ejecutivo y del bloque peronista del Congreso, que llegó a intentar un examen médico para decidir si estaba en condiciones de salud a los 97 años. Fayt era una institución del derecho identificado con el liberalismo —pese a su origen socialista— y una referencia para la oposición política al peronismo. Era un librepensador, original, y resguardaba su independencia frente a los vientos contrarios, estuvieran de moda o no.

«Se está momificando en el cargo», diría, hiriente, Cristina en esa reunión con Francisco. Fayt resistió hasta el final y se jubiló en diciembre de 2015, cuando también ella se retiraba de la presidencia.

Cristina esperó. Bergoglio no tiene como costumbre pedir las cosas de frente. Con gentileza, rodea las situaciones y deja que el otro, al que tiene enfrente, ponga en sus labios lo que él tiene en la cabeza: «¿Le dije que el que estuvo por acá fue este joven Roberto Carlés? Y… ¿sabe?… me causó tan buena impresión, che».

Cristina no conocía en persona a Carlés. Recién lo haría cuando le ofreciera la candidatura a la Corte. Al salir de la reunión, estaban los miembros de la delegación. Le preguntó al embajador Eduardo Valdés: «¿Alguien me puede decir quién es Roberto Carlés?».

Quienes conocen de cerca a Bergoglio suman que Carlés era un «Oliveira boy», es decir, un discípulo de Alicia Oliveira, la mejor

amiga del Papa, y que quebró al kirchnerismo anticlerical cuando Francisco fue elegido. Además, que el Papa tiene esos gestos de apoyarse en una persona sin explicar las razones de su afecto, como lo hizo siempre con un artesano de la catedral metropolitana, Julio Rinaldi, encargado de la electricidad de ese templo —toda una especialidad, porque no puede equivocarse—, con quien siempre Francisco pasó los días de su cumpleaños, sin fallar una sola vez.

Cristina se guardó el nombre y mandó a hacerle una investigación de antecedentes. Demoró el anuncio hasta enero de 2015, cuando su Gobierno estaba bajo tormenta por la muerte del fiscal del caso AMIA, Alberto Nisman. La oposición acusaba al Gobierno de mandar a asesinarlo o, en todo caso, a inducirlo al suicidio por las amenazas de enfrentarlos en el Congreso «con los tapones de punta» (según la bella frase de la diputada Diana Conti, que hoy integra una comisión de lucha contra la tortura).

Carlés se fue de vacaciones, pero su nombre circulaba por los despachos oficiales con optimismo. Estuvo ese mes en la lista corta para reemplazar a Juan Martín Mena en la Secretaría de Política Criminal, cargo que dejó para acompañar a Oscar Parrilli en la nueva cúpula de la SIDE (rebautizada AFI, Agencia Federal de Inteligencia). Conservaba su cargo de asesor en el Senado en la Dirección de Obras y Servicios Generales con funciones de asesor legal para trabajar en el Código Penal. El plan que tenía el oficialismo era que, una vez que se aprobase la ley, Carlés siguiese en la comisión bicameral de aplicación de la nueva norma. Tan distraído estaba, que no había tomado conocimiento de que el periodista Eduardo van der Kooy había informado en la primera semana de noviembre sobre su candidatura. «Empezó a circular —decía— el nombre del jurista Roberto Carlés, que coordinó la comisión de la reforma del Código Procesal Penal. Es secretario de la Asociación Latinoamericana de Derecho Penal y posee fuertes lazos con la Iglesia.» (1)

En la última semana de enero, el secretario presidencial «Wado» de Pedro lo llamó y lo citó a una reunión en la Casa de Gobierno. Carlés viajó a esa reunión y escuchó la propuesta de ir a la Corte. Cristina le mencionó el aval de Francisco y dijo que coincidía con su perfil y su edad para el cargo. Se dijo impresionada por los diplomas y grados académicos que acumulaba el candidato.

Tan encriptada y cautelosa era la operación, que al día siguiente, cuando Carlés fue a reunirse con el ministro de Justicia Julio Alak para preparar los papeles y enviar el pliego al Senado, el ministro le dijo que lo estaba buscando para ofrecerle el cargo que dejaba Mena en la Secretaría de Política Criminal. Difícil que algo saliese bien en un Gobierno en el cual la presidente le ocultaba al ministro de Justicia quién era su candidato a la Corte.

Carlés, nominado ya a la Corte Suprema de Justicia, fue exhibido por el papado como su penalista predilecto para lo que fuere necesario. Viajó a Roma para participar de una reunión de una asociación contra la pena de muerte que él integra y a la que él le consiguió una entrevista con Francisco que nadie había logrado hasta entonces. Esa asociación la presidía el ex director de Unesco, Federico Mayor Zaragoza, una figura de fama mundial, pero que necesitó a Carlés para ingresar a la Secretaría de Estado, que es donde los recibió el Papa.

El interés del pontífice en este debate era parte también de su denuncia de las atrocidades del islamismo, que degollaba cristianos como durante las cruzadas. Condenar la pena de muerte buscaba unir fuerzas frente a esas masacres que justificaban sus responsables en una guerra de religión.

El Papa recibió a Carlés durante una hora y media en la residencia de Santa Marta, nada menos que el 19 de marzo, que es el día de San José y que en Europa es además el Día del Padre. Era la segunda vez que pasaban juntos esa fecha con Bergoglio como Papa. Es parte de una relación personal que hunde sus raíces en la vida privada de los dos. Carlés perdió a su progenitor cuando era chico. Lejos de la relación actual, fustigaba al arzobispo de Buenos Aires con sus tuits anticlericales. (2) Cuando le preguntan por eso a Francisco, se ríe y responde: «Y… la gente cambia». Para completar este lanzamiento de Carlés como propia tropa, mandó a que *L'Osservatore Romano* le hiciera notas con declaraciones de fondo sobre la posición del Papa contra la pena muerte, que considera, como nunca lo hizo antes un pontífice, que es inadmisible para la Iglesia, y los Estados pueden aplicarla por acción, fusilando condenados, o por omisión, impidiendo que los pueblos accedan a la vida digna.

No fue la única visita argentina de la semana, porque también estuvo con Francisco un grupo de activistas de la organización Soy Fiscal, que hacía campañas en favor de la transparencia en elecciones y que no se identificaba mucho que digamos con el Gobierno. Ese grupo, integrado por Juan Manuel Agüero y Jorge Dehnert (de la Fundación Naumann), José Enrique García Enciso (de la Sociedad Rural), la abogada Claudia García y Claudio Bargach (que viene del ARI), escuchó de boca del Papa su adhesión a mecanismos que aumenten la transparencia en las elecciones, pero le puso pimienta al dictamen al decir que también había que evitar el uso de formas de agitación que puedan producir «golpes blandos» a las democracias. Era una referencia a las protestas callejeras que denuncian los gobiernos terceristas de la región como maniobras desestabilizantes.

En el caso de Carlés, seguramente el bingo papal era imponer al «zaffaronista bueno». Este profesional se referenciaba en el ex

presidente de la Corte, pero disentía con él en sus extremos laicistas, a diferencia de otros zaffaronistas ortodoxos, como el camarista Alejandro Slokar, que era el candidato de Raúl Zaffaroni para que lo reemplazase en la Corte. Pocos días más tarde, Carlés debía defender su postulación a la Corte ante la Comisión de Acuerdos del Senado, y la foto con el Papa era una tarjeta de presentación inmejorable.

El pliego de Carlés navegó hasta chocar con los votos necesarios en el Senado. Lo ayudó en ese rumbo el acompañamiento de Francisco, que lo llamaba cada tanto para interesarse sobre la designación. El Papa movió algunos hilos, en vano, para modificar el voto de la oposición. Intentó algo a través de uno de sus referentes más importantes en el PRO, Esteban Bullrich, con quien lo une una relación especial. Era entonces ministro de Educación de Mauricio Macri y pasó el mensaje. Pero en ese año electoral fue más fuerte la consigna de bloquear designaciones de ese tipo. A finales de marzo, Carlés fue a una audiencia para ser examinado por los senadores de la Comisión de Acuerdos, en donde logró fácilmente la aprobación. Le hicieron alguna observación sobre un detalle de sus antecedentes, pero nadie mencionó —a favor o en contra de la designación— su relación con el Papa. Pese a la aprobación de la comisión, que requiere simple mayoría para darle luz verde a un dictamen, eran necesarios dos tercios de los votos del cuerpo, algo que nunca lograría la postulación.

En noviembre de 2014, los senadores de la oposición habían firmado el compromiso de negarse a tratar cualquier cambio en la Corte antes de las elecciones generales de 2015. Eso sepultó las intenciones de Francisco, de Cristina y de Carlés. Gabriela Michetti, siempre lábil a las señales del Papa, se reunió con él y le reconoció: «Si no hubiéramos sacado ese compromiso de todos los opositores de no tratar el pliego, salía en el acto». Sobre finales de su Gobierno, cuando el peronismo había ganado la primera vuelta electoral y enfrentaba un ballotage que perdería, Cristina de Kirchner envió los nombres de otros dos candidatos para la Corte y retiró el pliego de Carlés. No lo llamaron para avisarle. Tampoco mandaron mensaje alguno a Daniel Scioli, que era el candidato del oficialismo a la presidencia. Y menos aún le avisaron a Francisco.

1. Eduardo van der Kooy, «Los malos presagios para la campaña», en *Clarín*, 9 de noviembre de 2014, disponible en línea: <https://www.clarin.com/edicion-impresa/malos-presagios-campana_0_r1nlkQ_5wXe.html>.

2. Carlés había escrito en su cuenta de Twitter en 2011: «¿Cómo puede Bergoglio hablar de trabajo, y a los trabajadores? Bergoglio, que no laburó nunca en su vida!».

LOS AÑOS MACRI

37. LA PELEA POR EL 2015

Con el paso de los meses con Francisco como Papa, creció la adhesión hacia su figura en la colectividad política. Cada cual vio que el estilo «encuentro» hacía tolerable la cercanía de posiciones que, desde la dialéctica, parecían ser contrarias o contradictorias. Sin embargo, podían convivir en el diseño poliédrico de la visión bergogliana. Cualquier ventanilla que abría el nuevo Papa inauguraba una cola de adherentes, fuera en el Vaticano o *in partibus infidelium.*

En los primeros meses de 2014, Francisco ya había recibido a un malón de visitantes, entre quienes estaban Cristina de Kirchner, el radical Francisco Mugnolo (el procurador de cárceles), el peronista Daniel Filmus, Daniel Funes de Rioja (abogado de la patronal en la UIA), el ministro kirchnerista de Trabajo Carlos Tomada o el volátil sindicalista de la construcción Gerardo Martínez, cuya principal obra ha sido una tarima que le permite estar junto a todos los gobiernos.

En Buenos Aires, en marzo de 2014, ese entusiasmo motivó una algarada clerical en una sede de infieles, el aula magna de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, sobre la avenida Córdoba de la Capital Federal. Sin que mediase convocatoria pública, salvo una cadena de mensajes de texto y de mails, se agolpó medio millar de dirigentes políticos de todos los colores para escuchar una nueva explicación de la «exhortación apostólica» que había redactado el Papa Francisco en noviembre y cuya autoría se le atribuyó siempre al rector de la UCA, el obispo Víctor Fernández.

Esa exhortación, *Evangelii Gaudium* (La alegría del Evangelio) presume de contener la constitución del papado que había iniciado hacía un año. Desde su aparición, ha sido motivo de reuniones en las que laicos y religiosos la explican, la glosan, la elogian y tratan de extraer lecciones de aplicación a cada lugar y cada tiempo.

El acto lo organizó también el sacerdote Carlos Accaputo, dueño de ciertos poderes, como administrar el celular y el mail directo de Francisco; a él recurren quienes quieren enviar un mensaje al Vaticano sin intermediarios. Eso no lo libra de su destino tercermundista, como ser asaltado en esos días en la puerta del convento de Flores en donde vive atendido por unas monjitas, lo que produjo una lesión que exhibió en el panel con modestia penitencial, la misma que anima su austera vida personal. Fue golpeado por unos jóvenes que lo arrojaron al suelo y le patearon, impíos, la cara, ignorando seguramente su condición sacerdotal, porque Accaputo no suele usar vestimenta de cura. También ignoraban los asaltantes cómo arrancar un auto con caja de cambio automática y por eso se salvó de que se lo robaran.

Lecciones del uruguayo peronista

Ese mismo marzo de 2014, la adhesión de los políticos se manifestó de nuevo al cumplirse el primer aniversario de la elección papal. Hubo un maratón de encuentros, que cerró el cardenal Mario Poli al rezar en la catedral metropolitana, colmada de dirigentes políticos y de otras actividades, su primera misa pública con esa investidura. El grueso de ese público venía de otra reunión teñida de penetrante aroma confesional, que fue la conferencia que dio en la sede de la UCA el laico con cargo más alto en el Vaticano, el uruguayo Guzmán Carriquiry.

Este enviado de Roma habló también sobre el documento *Evangelii Gaudium,* ante funcionarios del Gobierno y legisladores del oficialismo y de la oposición, desde Julián Domínguez, Eduardo Valdés y Guillermo Oliveri hasta el radical-macrista Jorge Enríquez y Hermes Binner, que no es creyente, que es socialista y que ha admitido que participó alguna vez de alguna tenida masónica. Hubo una mayoría peronista que se entusiasmó con aplausos.

Carriquiry reseñó aspectos de la biografía del Papa Bergoglio. Citó como uno de los componentes de su formación el hecho de que había coincidido con el desarrollo del peronismo. La platea festejó con aplausos que se remitían a un sector del salón. Una segunda efusión la motivó otra frase del uruguayo, que comenzó su exposición diciendo que saludaba en la persona de Domínguez, presente en primera fila, a todos los dirigentes políticos que habían ido a escucharlo. Los aplausos que siguieron hicieron creer que el legislador había llevado una barra para jalear su presencia, pero cuando se lo refirieron lo desmintió. Alguno de los presentes, de esos que no dejan pasar cosas que les importan tanto a los peronistas, salió por las galerías a averiguar quién había promovido esa claque dominguista. A los pocos pasos, identificó al dirigente José Ottavis, que pertenece a la autodenominada La Cámpora, de la cual parece liderar un ala confesional. Le explicaron al curioso que Ottavis es graduado de la UCA y seguidor de Bergoglio, de quien se considera discípulo.

Ese mismo día, Domínguez agasajó a Carriquiry con un almuerzo en el Hotel Madero de la Ciudad de Buenos Aires, junto a un grupo de empresarios. Fue una cita reservada a una veintena de invitados, entre quienes estuvieron Aldo Carreras (el operador más discreto de Bergoglio en la Argentina), el economista Carlos Leyba, los empresarios Enrique Albistur (ex secretario de Medios del kirchnerismo, productor publicitario y de espectáculos y campañólogo perpetuo del peronismo) y Roberto Patronelli, el legislador provincial Patricio García y, entre otros, el flamante rector de la UCA, Alberto Barbieri.

Carriquiry tomó la palabra para hacer, en la sobremesa, una caracterización del Papa Francisco, quien, dijo, «es como parece, austero y humilde». Ilustró ese perfil con el cuento de que cuando le acercaron el set papal de vestimenta le mostraron los zapatos de Salvatore Ferragamo especialmente fabricados según el «modelo papal», y los rechazó para ponerse sus viejos mocasines. Adelantó, con la misma mala fortuna de todos los augures sobre ese tema, que Francisco viajaría a la Argentina en julio de 2016 para celebrar el Bicentenario de la Independencia y participar de un congreso eucarístico. Nunca ocurrió. «Las razones de por qué Bergoglio no viaja a la Argentina es uno de los misterios de la Iglesia», dijo poco después Carriquiry.

En ese almuerzo, el uruguayo discurrió sobre conceptos pastorales ante un auditorio peronista que lo escuchó con respeto, por su incursión en lemas archisabidos por acá, como la defensa de lo nac & pop y la necesidad de repartir mejor.

Tuvo también una efusión personal cuando dijo que había estado cuarenta años en el Vaticano y que «cerca de la jubilación llegó Francisco, y entonces me dieron ganas de quedarme». Albistur fue saludado por todos por la afichada que había pegado a su costa en toda la capital para saludar el primer año de Francisco como Papa.

Para ese primer aniversario, aportó el eterno candidato Daniel Scioli con la inauguración, bajo una inmensa carpa ubicada junto al Museo del Mar de la ciudad de Mar del Plata, una muestra de testimonios y memorabilia del Papa. Estaba en esa ciudad Ernesto Sanz, presidente de la UCR, en un encierro de los sub-40 del partido, que había ganado pocos meses atrás en esa ciudad la elección legislativa. En busca de ampliar los prosélitos, un grupo de concejales de su partido le ofreció pasar por la inauguración de la muestra. Apenas llegó Sanz, Scioli lo identificó en el público y lo llevó a la primera fila, junto al obispo local, el intendente Gustavo Pulti, Jorge Telerman (secretario cultural provincial y director del museo), Cristina Álvarez Rodríguez y otros asistentes. Solo la figura de Bergoglio podía provocar esos retablos multipartidarios con el encuentro de políticos en plena competencia. El peronismo de Scioli venía de perder en octubre anterior las elecciones ante Sergio Massa, figura siempre distante de Bergoglio. Sanz era un hombre cercano al Papa desde que había participado de seminarios políticos antes de las elecciones de 2011, auspiciados por el arzobispo a través del abogado José Roberto Dromi en la Universidad del Salvador.

Pero ni eso bastó para calmar las rispideces. Los gremios docentes de la provincia de Buenos Aires estaban en pie de guerra contra la administración de Scioli. Todos escucharon la oración del obispo, pero también la batucada de los activistas docentes que querían aprovechar

la cita para promover sus consignas. Eso provocó que el obispo local, Antonio Marino, les dedicase un párrafo: que las demandas se hicieran con los chicos dentro del aula. La presión subió y el acto se dispersó apabullado por el sonido del dúo Baglietto-Lerner, que los organizadores pusieron en el volumen más alto posible.

Los políticos tampoco quisieron perderse el primer gran acto de Bergoglio como Papa. Fue la canonización doble de Juan Pablo II y Juan XXIII, a finales de abril de 2014, poco después de un año de ser elegido. Francisco no se cansó de preguntarle a cada argentino que pasó estos días por Roma: «¿Cómo está Cristina?». Y cuando los despedía, les dejaba la admonición, fueran oficialistas u opositores: «Cuídenla a Cristina».

Ese desembarco de decenas de argentinos en el Vaticano obligó a la convivencia entre las tribus que se pelean en casa, pero amansadas durante unos días por el espíritu piadoso que derramó la ceremonia.

Eso consolidó el ánimo papista de los viajeros. Una noche, en el restorán Vladimir de Roma, hicieron las paces los peronistas Julián Domínguez y Eduardo Valdés con los opositores Mario Barletta y Federico Pinedo, con distintos grados en la delegación criolla. Julián la encabezó, los diputados eran la tropa y Valdés, con la periodista Alicia Barros y su marido, el ex juez Hernán Bernasconi, figuraron como invitados personales del Papa. Juan Pablo Cafiero vive de embajador por allá, y eso lo forzó a aparecer en las ceremonias con esmoquin, un *outfit* bien poco peronista. También se sentaron Sergio Casas, vicegobernador de La Rioja, y el presidente de la Cámara de Diputados de La Rioja, Luis Orquera.

El grupo que integraron Domínguez, Oliveri (secretario de Culto) y, entre otros, Valdés caminó las veredas del Vaticano durante casi toda la semana anterior. Acompañados por el secretario del Papa, el argentino Karcher, y por el kirchnerista en disponibilidad Moreno, estuvieron en un microcine del Instituto Italiano del Cine para el preestreno del documental *Francisco de Buenos Aires,* de Miguel Rodríguez Arias, que el martes se estrenó en más de doscientas salas de toda Italia. Es una larga biografía del Papa hecha sobre testimonios de amigos y familiares, como su hermana María Elena, el embajador Cafiero, el secretario Oliveri, su amiga Oliveira, Vera, el cardenal Jorge Mejía y los rabinos Goldman y Abraham Skorka. Tiene la música del conjunto Vox Dei, formación que suele aparecer en las pantallas del Canal 21, que administra el Arzobispado porteño. El grupo venía baleado por las actividades del fin de semana, y eso hizo que el filme resultara algo largo (alguno cabeceó durante la proyección, que se notó por un inoportuno ronquido, que tronó en la oscuridad).

Al que le gustó fue al propio Bergoglio, que había recibido una copia días antes; lo contó esa noche el cura Karcher. Es cine militante

y de barricada, es decir que exalta las virtudes del Santo Padre, quien el resto de la semana siguió distinguiendo a los argentinos que estaban en la zona. Recibió a solas a Oliveri, en charla para traficar mensajes de alto nivel. A Domínguez y a Valdés los halagó como a pocos: los tuvo de invitados —los dos únicos laicos— en la misa de la mañana del martes en Santa Marta, dedicada ese día al G-8 del Vaticano, que es como llaman al grupo de ocho cardenales que están preparando las grandes reformas de la curia romana, que estaban acompañados, cada uno, de sus respectivos asistentes. Fue una celebración exclusivísima que impresionó mucho al dúo de argentinos (no estuvo Oliveri, que regresó a Buenos Aires después de una escala en el pueblo de Asís). De ese grupo de cardenales que compartieron la misa, forma parte el hondureño Andrés Rodríguez Maradiaga, el custodio de los secretos reformistas del Papa, con quien tuvo una reunión en Río de Janeiro en un aparte de las Jornadas de la Juventud. Allí hablaron de los cambios en la pastoral familiar, que incluyen abrirles el juego a los divorciados.

Después de la misa, hubo apartes y a solas con los dos políticos. De Valdés se sabe que hablaron del filme que habían exhibido el día anterior, pero nada más, porque desde el último lío que se armó con la divorciada que fue autorizada por el Papa a comulgar en una conversación telefónica, se ha tendido el secreto sobre esos encuentros. De la charla con Domínguez se sabe que le entregó, en un sobre marrón, una carta de los viñateros mendocinos con las firmas de Eduardo Sancho y Marta Zuccardi, ofreciéndole a la Santa Madre los caldos que necesite para celebrar misa. El diputado, que antes había sido ministro de Agricultura, había comenzado esa gestión en la última Fiesta de la Vendimia. Lo que no se sabe es si era una oferta de regalo o de venta a precio de amigos. La Iglesia emplea miles de hectolitros de vino en sus misas en todo el mundo, y regalárselo podría poner en riesgo la sostenibilidad del negocio, por lo cual se decía en Roma que debía ser una donación limitada o a un precio de costo.

Cristina, más bergoglista que los obispos

El clima preelectoral tiñó las relaciones con la Iglesia como efecto de la derrota del peronismo en las elecciones de 2013. El Episcopado desafiaba con más descaro al Gobierno, porque tenía un Papa en Roma que pedía todas las semanas informes precisos sobre la situación del país. En mayo de 2014, la Conferencia Episcopal dio un comunicado en torno a la violencia, señalando al sistema político como responsable. «Creemos que la Argentina está enferma de violencia. Algunos de los síntomas son evidentes, otros más sutiles,

pero de una forma o de otra todos nos sentimos afectados», era el motivo central del documento. (1) Era una respuesta a las altas marcas de malestar por la inseguridad que surgían de las encuestas.

El Gobierno se apuró a responder con dureza el ataque, pero buscó en cuestión de horas encapsular una crisis que podía escalar en su contra. El 15 de mayo, Cristina recibió al titular del Episcopado, José María Arancedo, el secretario del cuerpo, Enrique Eguía Seguí, y el adjunto del Arzobispado de Buenos Aires, Joaquín Sucunza. Unos días antes, ella se había sumado al acto por los cuarenta años del asesinato de Carlos Mugica y había marcado en su discurso una diferencia imaginaria entre un francisquismo laico (representado por ella, que aconsejaba leer al Papa y no solo visitarlo y sacarse fotos con él) y el francisquismo de sotana (representado en esa tribuna por los obispos).

En ese acto, Cristina hizo una larga lectura de párrafos de un libro de Bergoglio para responderles a los obispos. «Yo les pido a todos los argentinos, como presidenta de la República, también a las instituciones eclesiásticas y de todos los credos, a los sacerdotes, a los laicos, a los obispos que nadie más permita dividir al pueblo de Dios, porque cada vez que se dividió el pueblo de Dios, masacraron a sus ovejas y además, también, a muchos de sus sacerdotes, a muchos de ellos que fueron mártires como monseñor Angelelli, como los curas palotinos, como tantos otros que ofrecieron su vida como Carlos Mugica por los pobres. Por eso, los que crean que con un título de un diario van a provocar a esta presidenta, discúlpenme, no lo van a poder conseguir, no me van a provocar.» (2)

Los obispos le llevaron a esa cita el documento titulado «Felices los que trabajan por la paz» y también una copia de la aclaración de su contenido, que había publicado uno de los redactores el rector de la UCA Víctor Fernández. (3) Era una réplica a la bronca presidencial y llevaba un título irónico que pudo levantar otra polémica con el Gobierno: «La violencia de no saber leer». Algo así como un *update* del lema tomista «Tolle, lege» («Toma y lee»), dicho de un Fernández a otra Fernández. Un dardo que encabezaba la explicación del teólogo cordobés Fernández: «La intencionalidad del texto está expresada en esta frase: “Cada uno está llamado a sanar sus propias violencias”», decía esta pluma calificada de «Tucho», que le redacta los grandes documentos al Papa.

El documento crítico que originó el entuerto se le atribuyó a monseñor Jorge Lozano, otro de los voceros históricos de Bergoglio, a quien había tenido siempre en cargos clave. Al iniciarse la reunión de los obispos el lunes 5 de mayo, el criterio era no dar a conocer ninguna declaración para no entorpecer el acto del sábado 10 en recuerdo de Mugica. Existía el borrador, pero la idea era publicar el texto final un mes después. Sin embargo, cuando un diario adelantó

algunas frases se modificó el criterio y se apuró su publicidad. (4)

Lozano es otro bergoglista de paladar negro. Seguramente, era el obispo más crítico del Gobierno de ese grupo. Secundó al actual Papa en el Arzobispado de Buenos Aires hasta que Bergoglio lo envió a Gualeguaychú para administrar el final de la crisis con el Uruguay por la pastera de Fray Bentos. Ese conflicto tenía una trama clerical que aún está por contarse en detalle, ya que debió capearla el entonces intendente de Gualeguaychú, Daniel Irigoyen, un ex seminarista de los palotinos que se salvó de la masacre durante la represión clandestina del terrorismo y pasó algunos años como preso político de los militares. En esa desgracia, compartió detención con otro perseguido de aquellos, Jorge Taiana, que debió administrar la puja desde el Ministerio de Relaciones Exteriores. En esa línea de relaciones hay que anotar la decisión de Bergoglio de mandar a Lozano de obispo a Gualeguaychú para que actuase como uno de los «felices» que buscan la paz.

Cuando asumió el Gobierno de Macri, Bergoglio desplazó a Lozano a San Juan, como adjunto del obispo de esa localidad, en donde le esperaba otra trinchera para sostener banderas bergoglistas. San Juan es una de las provincias con actividad minera que está en el centro del debate sobre la sustentabilidad y la sanidad de la explotación de los recursos. Lozano dejó también la Pastoral Social. Con esas dos decisiones, el Papa le liberó la plaza al Gobierno de Cambiemos.

La aclaración dirigida a quienes el obispo Fernández creía que no habían leído el documento se publicó un fatídico martes 13, y ese mismo día Oliveri se comunicó con Eguía para promover un encuentro con la presidente, que esta aceptó de inmediato. Aprovecharon que Arancedo estaba en Buenos Aires y que la presidente permanecería en Olivos para recibir a otra estrella criolla, el boxeador perdedor Marcos «Chino» Maidana. Entre los papeles que repasaron la presidente y sus visitantes, además de la declaración y la aclaratoria, estaba el texto de la llamada Oración por la Paz, que se le atribuye a San Francisco de Asís (algunos lo consideran un apócrifo de la época del santo que refleja su leyenda) y que Arancedo le leyó al grupo. Ese texto francisquista, se comprometieron los visitantes, sería leído en todas las iglesias del país como prenda de esta nueva paz que peligró, para mortificación de todos, durante una semana. La lectura ante el grupo aquella noche en Olivos remarcó la frase final del pseudo Santo de Asís: «Perdonando es como se es perdonado».

Pese a estos chispazos, el Tedeum de 2014 fue un reencuentro de todos en la catedral metropolitana, incluyendo a Cristina de Kirchner y Mauricio Macri. Cuando terminó la ceremonia, la presidente se dirigió hacia la otra ala del templo para saludar a Macri, Juliana Awada, María Eugenia Vidal, Federico Pinedo, Marcos Peña y Horacio

Rodríguez Larreta. Se merecía el saludo Macri, quien para estar en la catedral había apurado el regreso desde Lisboa la noche anterior sin poder ver los goles del Real Madrid (4 a 1 al Atlético de Madrid en la final de Liga de Campeones de la UEFA 2013-2014).

Había partido el viernes con su hija Agustina, vio el partido con el Atlético y se levantó de la platea cuando faltaban diez minutos para el final y el equipo de Simeone festejaba la Copa. Cuando llegó al aeropuerto solo —su hija se quedó en Portugal—, se enteró de que el resultado se había dado vuelta. Para estar en Buenos Aires, se tomó un avión por San Pablo en clase turista y llegó a tiempo con el disgusto de que al entrar a la catedral algunas barras le gritaron «¡Cristina, Cristina!» y alguna descalificación innoble.

Al ingresar, se encontró con Pinedo y Jorge Enríquez, a quienes les dijo: «Por lo menos tengo acá algunos a favor». Al salir, le ofrecieron hacerlo por una puerta lateral, pero resignó el atajo y salió de nuevo por la puerta grande, en donde le fue mejor. Después de todo, el manto piadoso del lugar había disipado las inquinas y hasta permitió audacias como la del obispo Mario Poli, quien se movió expresamente para saludar a Amado Boudou con una frase que sorprendió a muchos: «¡Avanti, compañero…!».

1. «Creemos que la Argentina está enferma de violencia. Algunos de los síntomas son evidentes, otros más sutiles, pero de una forma o de otra todos nos sentimos afectados», disponible en línea:

<http://www.episcopado.org/documentos.php?area=1&tit_gral=Documentos%20hist%C3%B3ricos>.

2. Cristina Kirchner, «Homenaje al padre Carlos Mugica», 10 de mayo de 2014, disponible en línea: <http://cfkargentina.com/homenaje-padre-carlos-mugica-cristina-kirchner/>.

3. Víctor Fernández, «La violencia de no saber leer», en *Página/12*, 13 de mayo de 2014.

4. Sergio Rubin, «“Argentina está enferma de violencia”, denunció la Iglesia», en *Clarín*, 10 de mayo de 2014.

38. EL DEDO DE FRANCISCO EN LAS URNAS

El primer indicio del resultado electoral de 2015, que desplazó al peronismo del poder en la Argentina, se registra con el cierre de las candidaturas para las primarias de agosto de ese año. El partido de Mauricio Macri, el PRO, había cerrado una alianza con la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica de Carrió, que registraba hacia esa fecha un porcentaje de intención de voto que anunciaba que en noviembre habría una segunda vuelta. Era la mejor chance para que la fórmula opositora venciese al candidato oficial Daniel Scioli.

Las primeras escaramuzas de convento para la campaña electoral se registraron en ese argentinazo que significó la asunción del ex obispo de Tucumán, Luis Villalba, como nuevo cardenal. La distinción —simbólica, porque ya tenía más de 80 años, podía elegir Papa pero no ser elegido, que es lo que importa en esas purpuradas alturas— motivó que se agolpase en San Pedro, el 9 de mayo de 2015 —pocos días antes del cierre de listas de candidatos para las primarias— un grupo de argentinos, encabezado por el presidente de los diputados, Julián Domínguez, y que integraron además el intendente de San Miguel de Tucumán, el peronista Domingo Amaya, y el diputado por San Luis —línea Rodríguez Saá— Lino Walter Aguilar.

Domínguez viajó en representación de Cristina de Kirchner, y la delegación que lideró fue distinguida por Francisco el sábado anterior a la ceremonia, con un saludo que no brindó a las demás delegaciones que acompañaban a la veintena de nuevos cardenales. Lo mismo hizo al día siguiente en la misa concelebrada en San Pedro con el lote de debutantes en el cardenalato. Para la logística del viaje, el grupo argentino se afincó en la residencia del embajador Eduardo Valdés, el único que fue a todas las ceremonias con frac. Obedecía al *dress code* de la diplomacia vaticana, pero motivó chanzas de los argentinos en su casa, porque la oportunidad coincidió con el Carnaval. Alguno recordó la frase que se le atribuye a Francisco cuando iba a asumir. Un camarlengo le acercó algunos tocados tradicionales de los pontífices —como escarpines hechos con cuero de cabrito nonato—, y el Papa le dijo: «El Carnaval ya pasó, eso no me lo pongo».

Como entre los cardenales designados había uno uruguayo, Valdés sumó al cóctel del sábado en la residencia a delegados de la Banda Oriental, para compartir el rico menú de ñoquis con salsa de tomate, choripanes, empanadas de carne y choclo, y de postre, confituras de invierno, una costumbre italiana para la fecha del Carnaval. Además del embajador Daniel Ramada, estaba el ex BID Enrique Iglesias, una estrella itinerante del mundo latinoamericano, que siguió su carrera como secretario de las cumbres iberoamericanas. Este compartió otro

ciclo de anécdotas del cardenal argentino Marcelo Sánchez Sorondo sobre sus conversaciones con Juan Perón. Fue el centro de la atención de un grupo entre quienes estaban, además, el primado Mario Poli, el embajador ante la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Cultura (FAO) Claudio Rozencwaig y el ceremoniero Guillermo Karcher.

La Iglesia militó contra la candidatura de Aníbal Fernández, porque lo consideró tolerante con el desmanejo de la lucha contra el narcotráfico y por sus campañas en favor de la despenalización del uso de drogas. Fuera verdad o no eso, la acusación política sepultó a Fernández. Su derrota en las elecciones a gobernador en octubre de aquel año arrastró también al peronismo en las presidenciales.

Para Scioli, parecía un gesto de apoyo. Si fue así, no le sirvió. Pasadas las elecciones, esa frase se interpreta como una señal a los votantes para que sepultasen a Aníbal Fernández. El campañólogo del macrismo, Durán Barba, un experto en teología y con una sólida formación jesuita, se permitió desmarcar con una frase hiriente, pero verdadera: «Lo que diga un Papa no cambia el voto ni de diez personas».

Algo de verdad había en esa afirmación. Bergoglio había apoyado a Jorge Telerman en 2007 en su disputa contra Macri por la gobernación de la Ciudad de Buenos Aires y perdió. Su amiga Alicia Oliveira no sacó ni el piso mínimo de votos para ser candidata a diputada en 2013. Lo mismo les ocurrió a Guillermo Moreno y Gustavo Vera en 2017; compitieron por cargos legislativos en la Capital y no llegaron tampoco al piso mínimo.

El Papa les decía a sus visitantes que Moreno era lo más «valioso» y «honesto» que tenía el Gobierno de Cristina. Vera era y es uno de los visitantes frecuentes a Santa Marta, participa de cumbres con jueces y fiscales en el Vaticano, es vocero oficioso del pontífice, pero eso no le ha reportado votos. Eso prueba la veracidad del dictamen de Durán Barba.

Domínguez, antes de regresar del viaje de unción de Villalba, tuvo una conversación a solas con Francisco de casi una hora. Se cuidó de que no trascendiesen detalles ni fotos. Esa cita quebró la leyenda de que el sumo pontífice no recibiría más a candidatos presidenciales. Domínguez lo era hasta ese momento. ¿Dejó de serlo cuando ingresó el lunes a la oficina de la Secretaría de Estado vaticana, donde lo recibió el Papa? Domínguez fue fulminado por el fluido celestial: no llegó a ser ni candidato, porque perdió las primarias. Esa presencia de casi una hora con Francisco solo le hizo decir que estaba entusiasmado por lo hablado y que había llevado, fórmula tópica y distractiva, los saludos de la presidente. Perdió esa primaria, con lo cual demostró que ser un hombre cercano a la Iglesia no sirve de mucho en la

Argentina.

Domínguez, la prehistoria

Domínguez se relacionó con Bergoglio en plena crisis de 2001-2002, en las jornadas del Diálogo Argentino. Cuando se acercó, años más tarde, al Gobierno de Cristina de Kirchner, se convirtió en un defensor hacia adentro del arzobispo. Para los entornistas de la presidente, Domínguez era un hombre del Opus Dei, algo que él negaba, pero era una forma pintoresca de señalarlo con un adversario. Su vínculo más firme con la Iglesia hasta entonces era el obispo de San Isidro, Casaretto. Se conocieron cuando Domínguez era subsecretario del ministro del Interior Gustavo Béliz a cargo del Instituto Nacional de la Juventud durante el Gobierno de Carlos Menem y Casaretto presidía la Comisión Pastoral de la Juventud. Crearon un programa que se llamaba «30 mil jóvenes comprometidos por un país más justo», que tenía alcance nacional.

En 2009, el Gobierno venía de la derrota ante la oposición y las organizaciones del campo por la resolución 125 de impuestos a las exportaciones de granos, la guerra de la soja. Domínguez, que era diputado provincial por el oficialismo, recibió la oferta de ser ministro de Agricultura. Se acercó a Bergoglio intentando una aproximación por la vía de los amigos con el Gobierno. Bergoglio le indicó que le presentase el problema a Casaretto, y este lo derivó a Eduardo Serantes, un agrónomo que era el presidente de la Comisión Nacional de Justicia y Paz del Episcopado. Serantes escuchó el planteo de acercamiento y le dio una señal positiva.

Esa señal consistió en estar presente en la primera reunión del nuevo ministro con la llamada Mesa de Enlace, que reunía a los generales del campo que habían derrotado al Gobierno. Las partes venían de una confrontación mayor, pero la presencia de Serantes junto al ministro era un signo de paz y también de aroma bergogliano. Hacia adentro del Gobierno, significó asimismo una polémica, por el desgaste que los sectores cristinistas hacían sobre esa nueva fórmula de relación a través de un enemigo como era la Iglesia. Ese empeño ayudó al buen resultado electoral del Gobierno en octubre de 2011, que le dio un nuevo mandato a Cristina de Kirchner.

Cobraron todos: Cristina fue reelecta, Bergoglio hizo la gestión de la conciliación después de jugar por una de las partes, pero sin derrotar al adversario, como enseña Liddell Hart, y Domínguez fue exaltado a la presidencia de la Cámara de Diputados, el cuarto cargo en la línea de sucesión presidencial. Esa dignidad les permite a unos pocos alcanzar una marca de privilegio, que su firma quede estampada en los billetes. Toda honra, claro, tiene su calvario, y su castigo. En esas

elecciones, Domínguez, a la cabeza de la lista de diputados nacionales, sacó más votos que Cristina de Kirchner a presidente y que Daniel Scioli a gobernador (57,10, 56,43 y 55,07%, respectivamente). En el futuro, estaba condenado a arreglárselas solito. Y así le fue.

La Pascua del año electoral fue otra oportunidad para el proselitismo. En particular, para quienes tenían querencia en algunos de los santuarios de esa fiesta religiosa, como Tandil. Allí concurrieron el local Diego Bossio y el allegado Daniel Scioli, un espontáneo que no dejaría pasar, por sus convicciones, una visita por esa ciudad que ha hecho de las fiestas pascuales un hito del turismo criollo. Scioli no faltaba nunca a la Pascua tandileña, y su aparición con Bossio, que estaba anotado para la sucesión en la gobernación, fue un hecho acordado. No ocurrió lo mismo con Julián Domínguez, que compartió fotos y actividades llevado por el párroco tandileño del Santísimo Sacramento, Raúl Troncoso, que tiene filiaciones políticas en su pasado —sufrió prisión durante el último turno militar, y por varios años—. Visitarlo era un tópico de quienes hacen política.

Tandil pertenece a la diócesis de Azul, donde manda un hombre de Bergoglio, Hugo Salaberry, que además es jesuita. Cualquiera que pase por allí recibe inmediato registro en los anales vaticanos. Domínguez prolongó su estadía en la parroquia cuando ya se habían retirado Scioli y Bossio, porque Troncoso quería hablar de política y darle algunos consejos para un eventual programa de gobierno en Buenos Aires. Infaltable junto a Julián, claro, estaba Camilo Vaca Narvaja, novio entonces de Florencia Kirchner, con cuya familia compartió cena pascual en Olivos. También, el asesor en derechos humanos del chacabuquense, Norberto Liwski, amigo del cura desde que compartieron prisión política en la Unidad 9 de La Plata. Esa charla a solas con el cura obligó a Julián a quedarse a la procesión al Calvario tandilense, que siguió con el paseo por una muestra de productos locales —variedades infinitas de chacinados y quesos— y terminó en un stand de la firma Cagnoli, cuyo encargado recordó que cuando Julián era ministro de Agricultura había recibido la denominación de origen para sus productos. En ese revoleo de sotanas en que se convirtió el raid pascual de esos dirigentes, apareció el cantautor militante Ignacio Copani, que busca desde hace años algún lugar bajo el sol después de su éxito «Cuántas novias que tengo», un himno a la autosatisfacción, con la letra de una canción que quería que Julián usase en su campaña a gobernador. Los asesores la recibieron y la pasaron a comisión, es decir, a examen de «Pepe» Albistur, el jefe de campaña del diputado. Entre los hallazgos de esa pieza, podía leerse: «Julián, Julián gobernador./ Julián, Julián gobernador./ Porque es bien nuestro, de carne y hueso,/ porque es idéntico a mí y a vos. / Julián, Julián gobernador…/ Julián, Julián gobernador…/ Para que el

pueblo sea el auténtico ganador». En algún pasaje, el vate incurre en el ataque a algún adversario, algo que será revisado en el arreglo final. Es cuando dice: «Para mi Gran Buenos Aires querido,/ no necesito ningún charlatán». Ni con eso alcanzó para que Domínguez fuera candidato ese año.

La presión del voto-púlpito

Aníbal Fernández fue derrotado por la principiante María Eugenia Vidal en las elecciones del 25 de octubre, que coincidieron con la primera vuelta de la presidencial. Ese resultado puede interpretarse como un efecto del arrastre del voto nacional en favor del candidato de la alianza Cambiemos, Mauricio Macri, pero nadie puede demostrar que la presión del voto religioso no lo perjudicó. Venía de ser denunciado por sus adversarios de estar implicado en una trama criminal que nadie pudo demostrar. (1) Pero los obispos de la provincia le hicieron saber al oficialismo de entonces que la Iglesia no veía con buenos ojos un triunfo de Fernández.

Aníbal Fernández siempre había buscado la mejor relación con la Iglesia, pero la dinamitó cuando propuso la despenalización del uso privado de drogas. Un grupo de obispos de la provincia de Buenos Aires se reunió con el candidato presidencial Daniel Scioli y se lo dijo con claridad. La frase de conclusión fue: «No nos es indiferente la candidatura del Dr. Fernández».

El hombre más cercano a Bergoglio en la Argentina, el rector de la UCA Víctor Fernández, invitó a Scioli a visitar su despacho en la sede de Puerto Madero. Scioli llegó a esa cita embozado, tapado con mantas, en el asiento de atrás del auto, para que la Casa de Gobierno no se enterara del encuentro. Concurrió con el hombre de enlace, Aldo Carreras, que los introdujo y se retiró. Cuando estaban a solas, «Tucho» le dijo: «Este es Aníbal Fernández», y le mostró una carpeta vaya a saber con qué contenido. Era una reiteración de lo que había escuchado de los obispos de la provincia de Buenos Aires. Le dio a entender que también habían comprado la historia de la Morsa. (2) Scioli le dijo que no era cierto eso, pero «Tucho» le respondió: «Tenía que decírselo, pero sepan que no vamos a ser indiferentes». Scioli contó luego que fue a decírselo a Fernández de inmediato, pero que ignora si hizo algo al respecto.

Tampoco ayudaba a Aníbal, a los ojos de los obispos, otra impugnación de superficie: el compañero de fórmula era Martín Sabatella, un ex comunista que había prosperado como fuerza de choque del peronismo desde su puesto en el ente que controlaba los medios. De paso, era el autor de un proyecto de despenalización del aborto. La iniciativa era rechazada por la Iglesia y también por el reto

del peronismo, a través de Scioli y de Domínguez, que frecuentaban la relación con los obispos. En conversaciones privadas, Bergoglio señaló en una oportunidad que el gobierno cristinista tenía un «problema antropológico», que era la cantidad de funcionarios que en su pasado habían sido militantes del Partido Comunista. Fue un año antes de ser elegido Papa y lo escuchó un empresario que llegó a tener uno de los cargos más altos en el Gobierno que asumió en diciembre de 2015, que tiene más ojos que oídos.

Por debajo, algo indemostrable: en varias diócesis de la provincia de Buenos Aires, se abrieron locales parroquiales en los que, sin insignias ni identificación, los candidatos de Cambiemos hacían reuniones de campaña. Allí se organizaron varias cadenas de oración en favor de la candidatura de Vidal. Su comando de campaña festejó la noticia de que existían esos agrupamientos espontáneos, pero dicen hoy que no tiene registro formal de que eso hubiera ocurrido. Como en toda campaña, el solo hecho de que circulase esa noticia, aunque no fuera cierta, señalaba cuál era el rumbo del voto católico.

En 1999, la Iglesia había cerrado filas en favor de la candidatura de Carlos Ruckauf en su disputa por la gobernación de Buenos Aires contra Graciela Fernández Meijide, abanderada de la alianza FrePaSo. Los obispos hicieron declaraciones ambiguas en favor del candidato peronista y con reproches indirectos a la ausencia de consignas antiaborto en los mensajes de Meijide. El colmo fue que el arzobispo de Mercedes-Luján, Emilio Ogñénovich, apareció en un spot de TV apoyando a Ruckauf. Este ganó las elecciones.

Todavía hay dudas sobre qué sentido tuvieron las palabras de Bergoglio en la plaza de San Pedro unos días antes del ballotage del 22 de diciembre de 2015. Le pidieron un mensaje para los votantes argentinos y respondió: «Ya saben lo que pienso. Que voten a conciencia». Por supuesto que los dos candidatos entendieron que era un mensaje en favor de ellos. Como el resultado fue casi un empate, es una maravilla profética de la cultura del encuentro. José Scioli, hermano del candidato peronista, visitó esa semana a Francisco en El Vaticano y estuvo también en esa audiencia pública el 18 de noviembre. Le tomó las manos y le dijo: «Padre Jorge, usted nos pide siempre que recemos por ustedes. Por favor, ahora es el momento de que rece por nosotros». Cerca, en el corralito, estaba el dirigente macrista Enzo Pagani, que rio al escuchar ese pedido.

1. Ignacio Zuleta, *op. cit.* El capítulo «Aníbal, el tiro del final» tiene un relato de esa trama.

2. Olivos creyó en la trama de un apoyo del Gobierno de Scioli al reportaje a los denunciantes de la «Morsa» en el triple crimen de unos traficantes de efedrina, y que la identificación de ese apelativo con Aníbal Fernández le había hecho perder al peronismo la elección en Buenos Aires y, por arrastre, en la presidencial. Desde el momento de la publicidad de la acusación a

Fernández, Cristina de Kirchner le cortó los teléfonos al dúo Domínguez-Espinosa hasta después de las PASO. Esta fórmula cree, además, que hubo una mano negra que operó desde el Correo, dominado por los milicianos, para que a la hora de arrancar los comicios del 9 de agosto faltasen sus boletas en 54 distritos de la provincia, que tardaron en llegar. Cristina recibió a Domínguez días después de las elecciones y el ex diputado se quejó de que Olivos hubiera creído en la hipótesis miliciana sobre su implicación en el reportaje lanatista. En ese diálogo, que aún resuena en las paredes que albergan al nuevo gobierno, Domínguez dijo que había que ser un malnacido (usó una expresión más cruda) para echarle a él esa responsabilidad. Ella lo miró y le dijo: «Yo no fui».

Cuando asumió como Papa, hubo para Francisco saludos formales por parte de Mauricio Macri. Después, una visita también protocolar en 2014. La relación alcanzó más compromiso cuando Macri asumió el Gobierno nacional a finales de 2015. Santiago Pont Lezica fue uno de los lectores e informantes al Vaticano de los efectos de las campañas políticas en la imagen pública de Francisco. Se convirtió en uno de los referentes del Papa que alimentan la trama que el Vaticano adoptó como propia: que en el Gobierno de Cambiemos hay una intención de castigar el prestigio de Francisco. Esta percepción que Pont Lezica volcó en una extensa carta a Bergoglio en ese momento se basa en los dichos del asesor Jaime Durán Barba sobre que el Papa no mueve ningún voto.

«Lo que diga un Papa no cambia el voto ni de diez personas, aunque sea argentino o sueco», había dicho Durán en Jujuy en el cierre de la campaña de Macri para el ballotage del 22 de noviembre. Era una respuesta a lo que Francisco había pontificado el día anterior, en la audiencia general del miércoles 18: «Voten a conciencia, ya saben lo que pienso». Un monumento a la ambigüedad.

El jueves 19, la periodista Alicia Barrios, una de las voceras más fieles de Francisco, ensayó la interpretación del sentido del voto que pedía y dio a entender que apoyaba a Daniel Scioli. «Francisco quiere un gobierno que mire a los ojos a los pobres y con una economía que esté liderada por hombres buenos y no por las fuerzas salvajes del mercado», había escrito en el diario *Crónica,* órgano ligado al peronismo a través de empresarios de la obra social del sindicato de los metalúrgicos. Para clarificar su interpretación en favor de Scioli, Barrios hizo referencias críticas a la administración de Macri en la Ciudad de Buenos Aires. «En sus homilías, en las misas con las víctimas de la trata y el trabajo esclavo en Constitución [Francisco] decía que "en esta Ciudad de Buenos Aires la esclavitud está a la orden del día, explotan trabajadores, y si son migrantes se les priva de la posibilidad de salir de ahí. Esta ciudad fracasó".»

Los mejores amigos estaban en el macrismo

En el fragor de la campaña y de los primeros movimientos de Cambiemos, el nuevo Gobierno tenía derecho a creer que Francisco era un Papa peronista y que iba a respaldar a la naciente oposición. Una hipótesis improbable, más allá de las raíces terceristas de la Iglesia argentina y de Bergoglio. Porque el Gobierno peronista que terminó en 2015 no llegó a tener a una vicepresidente como Gabriela

Michetti, que se confesaba con el futuro pontífice, y después con quien él mismo le indicó, el cura villero Gustavo Carrara; tampoco tenía un ministro como Esteban Bullrich, que creía que Francisco era un santo que producía milagros que él podía probar; o una gobernadora como María Eugenia Vidal y una ministro como Carolina Stanley, que eran prácticamente delegadas de él en la política social del Gobierno anterior de Buenos Aires, o en los que nacieron en diciembre de 2015. Ni siquiera tenía el Gobierno anterior a un Jorge Triaca, a quien Bergoglio había consolado tras la muerte de su padre, le había rezado una misa en la catedral y había aceptado en su cercanía, hasta el día de hoy, a su segunda esposa.

En una carta del 18 enero de 2016 a Francisco, Pont Lezica describió su lectura sobre el enojo del electorado macrista, que aparentemente respondía al mismo formato que el del anterior Gobierno, provocado por presuntas manipulaciones desde el poder para atacar al Papa como enemigo del Gobierno. Eran dos carillas en las que describía el problema que le planteaban a Francisco sus presuntos voceros, un repaso de la actitud de cada medio hacia su persona y de las herramientas que él creía que movía el Gobierno para destruir la imagen del pontífice. La carta la envió a un allegado a Francisco, que respondió de inmediato con una invitación a que Pont viajase a Roma en cuanto pudiera.

«Santiago tiene una visión sobre nosotros que acá nadie tiene», comentaría Francisco ante su equipo de medios del Vaticano. El jesuita Federico Lombardi, en aquel momento su vocero, llamó a Pont Lezica por teléfono usando una vieja relación que tenían de cuando el empresario trabajó en la cobertura de un viaje de Juan Pablo II a España. Le pidió que le preparase un informe periódico sobre las publicaciones en la prensa argentina sobre Francisco, la cobertura audiovisual y especialmente las opiniones que aparecían en los comentarios en las páginas de internet.

Esta perspectiva alimenta la hipótesis sobre la existencia de un plan oficial, personalizado en el estratego y jefe de campañas Jaime Durán Barba y el jefe de gabinete de Macri, Marcos Peña, para esmerilar la imagen papal con el motivo de hacer brillar por encima de él la imagen de Macri. Si Francisco, según esa percepción, se mantenía por encima de Macri, les iba a juntar a todos los peronistas en contra, porque el Papa, en el fondo, es K. Como toda interpretación de los hechos contemporáneos, esta visión se alimentaba de gestos, actitudes, leyendas y preconceptos muy difíciles de probar. Como toda conspiración, tenía un fuerte atractivo para la Iglesia, una organización que le tiene mucha fe a lo invisible e improbable. La prueba es que esta visión de Pont Lezica —que no es exclusiva de él— convenció en el acto a Roma.

En ese tiempo, Francisco dedicó gestos de acogimiento a personalidades enfrentadas con el Gobierno. Por ejemplo, lo hizo con Hebe de Bonafini y algunos jueces señalados desde el oficialismo en el Consejo de la Magistratura por su actuación durante la anterior administración, además del «rosariazo» a Milagro Sala, detenida y procesada en Jujuy también por hechos ocurridos bajo el Gobierno peronista.

En abril de ese año, Pont viajó a Roma y mantuvo varias reuniones con Francisco, ante quien amplió su hipótesis sobre la campaña antipapa. «No me importa que me puteen, la gente está muy confundida, no saben cómo defenderme, ni los curas saben cómo defender a la Iglesia», dijo. El Papa lo juntó con el pastor Marcelo Figueroa, a quien le había confiado el manejo del Canal 21, que apoyó esa hipótesis de la agresión a Francisco.

—Vos escuchalo a Santiago —le dijo Figueroa a Francisco en esa reunión—, porque yo antes iba por la calle y la gente me paraba para decirme: «¿Usted es amigo del Papa? ¿Puedo tocarlo?».

—¡Qué lindo! —aportó Francisco.

—… Ahora voy por la calle, la gente me para, me pregunta lo mismo, pero me dice: «¿Puedo putearlo?».

—¿En serio? Qué pena… Por vos, digo, amagó Francisco.

—Pena por vos, no por mí…

En esa charla, le reprocharon la acción de algunos voceros y las consecuencias de sus silencios.

—Me vas a hablar mal de mis amigos.

—No, voy a hablar mal de lo que hacen tus amigos.

Antes, Pont Lezica ya había intentado en Buenos Aires moderar la vocería de, entre otros, Gustavo Vera, que en 2017 vivía entre Santa Marta y el Instituto Patria, búnker del peronismo cristinista por el cual sería un frustrado candidato a legislador por la Ciudad de Buenos Aires. En esa charla, Francisco le ponderó la tarea de Juan Grabois, a quien ya tenía como asesor de la Comisión Justicia y Paz. Le recomendó que fuera a escucharlo cuando pudiera.

Meses más tarde, Pont estuvo en el Tercer Encuentro Mundial de los Movimientos Populares, que se realizó en el Vaticano. Fue en noviembre de ese año, y compartió la cercanía de José Mujica cuando Francisco hizo el cierre en la sala Pablo VI del Vaticano. Allí le escuchó decir al ex presidente del Uruguay: «Este viejo es más comunista que yo».

40. AFINANDO LA PUNTERÍA

El debut de Mauricio Macri presidente fue un forcejeo con el Vaticano. Envarados, los dos jefes de Estado, Macri y Bergoglio, se trataron de manera distante. La primera mujer canciller, Susana Malcorra, conocía al Papa desde que había sido designado sus funciones en la ONU. Definió el formado de la relación como «estrictamente protocolar y profesional». Bergoglio, igualmente distante, envió a la asunción del nuevo presidente al nuncio en Paraguay.

Esa presencia vaticana tambaleó por una picardía personal del ceremoniero Guillermo Karcher, uno de los argentinos más encumbrados en el Vaticano. Karcher apareció el 9 de diciembre —un día antes de la jura de Mauricio Macri— en la Usina del Arte para asistir a la asunción de Horacio Rodríguez Larreta como nuevo jefe del Gobierno porteño. Se abrazó allí con el nuevo mandatario y también saludó a Macri, frente a fotógrafos que subieron a internet las imágenes de él en esas efusiones.

El Papa se enteraría de ese desliz, que completó Karcher bendiciendo algunas selfies con él, y saltó. Mandó un mail a una periodista de su extrema confianza para desautorizar esa presencia y pedirle que publicase un mensaje que decía, textualmente: «El protocolo de la Santa Sede prevé que, en la asunción de un presidente de la República, el Papa sea representado oficialmente por un nuncio apostólico de un país vecino. En este caso reciente de la Argentina, fue el nuncio en Paraguay, monseñor Eliseo Ariotti. Por tanto, cualquier otra persona que se haya atribuido representación del Papa ha faltado a la verdad y ocupado un puesto que no le corresponde. Por supuesto que el nuncio apostólico en la Argentina es el representante permanente del Papa».

Karcher, además, dio una misa en la que prometió que él vendría al país con Francisco en 2017. No quedó todo allí, porque el movedizo sacerdote recibió una invitación para estar en el almuerzo de Mirtha Legrand, pero la orden de Roma fue que se abstuviese de hacer nuevas apariciones.

A esa altura, ya había emisarios del Vaticano, siempre oficiosos, que decían que Francisco esperaba una disculpa del presidente por los dichos abortistas de su asesor, Jaime Durán Barba, quien además le había bajado el precio a Francisco al decir que tenía diez votos o menos. Alguien pudo creer que Durán hablaba por Macri, cuando en realidad el ecuatoriano tiene lengua suelta y habla por sí. Durán, además, debe conocer tanto o más que Francisco sobre la teología de la liberación, materia que fue a estudiar en los años sesenta a Mendoza, donde predicaba el profesor Enrique Dussel, un adelantado

de esas doctrinas. Durán debe haber leído a esos teólogos mucho antes que Bergoglio y podría mantener un debate con él sobre doctrina. Algo que no comparte, desde ya, con Macri.

Cuando llevaba poco más de un mes en el Gobierno, un grupo de activistas se instaló en la Plaza de Mayo para protestar por la detención en Jujuy de Milagro Sala. La justicia de esa provincia había descubierto, apenas asumió en diciembre de 2015 el nuevo gobernador Gerardo Morales, que la dirigente de la agrupación Tupac Amaru era responsable de un ilimitado número de presuntos crímenes.

Monseñor Jorge Lozano, responsable de la Pastoral Social en el Episcopado, logró que los defensores de la activista jujeña desalojasen la Plaza de Mayo el 12 de febrero de 2016. El Gobierno no quería intervenir y esperaba a que se desgastasen en la calle. Los obispos le advirtieron a Casa de Gobierno que podían producirse incidentes y que la nueva administración recién había sumido. El Gobierno alentó el desalojo después de esa explicación, y de una negociación de Lozano, a cambio de la entrega de subsidios y otros bienes reclamados por los milagristas.

En esas mismas horas, en el Vaticano, Francisco enviaba un rosario para Milagro Sala mediante Enrique Palmeyro, segundo de la organización Scholas Occurrentes. Cuatro días después de que se levantase el acampe, en una misa en la plaza, Palmeyro le entregó el rosario a un emisario de Sala, frente a un fotógrafo del diario kirchnerista y milagrista *Página/12*.

Ocurrió diez días antes del primer viaje de Macri al Vaticano. Eso hizo estallar las relaciones, cuando Francisco apenas conocía a Sala, a quien había llevado en 2014 al Vaticano el embajador Eduardo Valdés. La vocera fue Elisa Carrió, que diez años antes había sido aliada de Bergoglio en la candidatura porteña de Jorge Telerman. En un mensaje por Facebook, disparó: «Este es un llamado desesperado a la no violencia. Es sumamente peligroso alimentar la violencia sobre todo desde el plano espiritual. Hay que defender al presidente de la Nación, que busca la pacificación y que fue electo por vía democrática, es preciso no generar confusión. Espero en los obispos de Argentina ya no en el Papa. A Roma no voy. Un beso. Lilita @elisacarrio».

El vocero y *ghost writer* de Francisco, «Tucho» Fernández, le respondió en una nota periodística que buscó desmarcar a Bergoglio de la querella. El argumento era simple: no debe sorprender a nadie que el pontífice regale rosarios o que consuele a presos, fueran con condena firme o con una mera preventiva a la espera de sentencia. (1) Esa salida del rector de la UCA contestaba al mensaje de Carrió, que había anotado el gesto en la pelea partidaria. Había advertido que Milagro Sala se había convertido, en cuestión de horas, en la bandera

del peronismo que había perdido las elecciones pocos meses antes. Nadie podía negar tampoco la piedad de la diputada, que era y es además uno de los pilares de Cambiemos.

El resto del oficialismo, incluso Gerardo Morales, hizo silencio y entendió que otra vez el Papa hacía el 1-2: se anunciaba la visita de Macri, pero antes le mandaba un rosario a Milagro Sala en un *delivery* en cámara lenta y con alta bocina. Además, quien se lo entregaba a los militantes del acampe pro Sala era Enrique Palmeyro, que secundaba a José María del Corral en el proyecto de Scholas Occurrentes, el más importante que empuja el Papa en todo el mundo. No era un intermediario neutro, sino un hombre de la más alta confianza de Francisco, que además es muy de hacer esas cosas. Jugar cartas contrarias desconcierta a los adversarios y los observadores y amplía la libertad de quien decide.

Este Palmeyro fue siempre hombre de misiones delicadas, así como el extravagante Gustavo Vera lo es de las operaciones de brocha gorda. Junto a Del Corral, ex seminarista como él, Palmeyro maneja las Scholas Occurrentes, un ingenioso programa de recuperación educativa que nació en Buenos Aires, cuando Jorge Bergoglio era el arzobispo, como Escuelas Solidarias. El formato es un emblema del corazón y el seso de Bergoglio y explica al Papa mejor que cualquier encíclica. Consistía en hermanar una escuela de la zona norte de la Capital, la de los barrios ricos, con una de la zona sur, la más pobre. En el proyecto de Bergoglio, se hermanan el conservadurismo más rancio y coqueto con el populismo villero, una síntesis que convierte a Francisco en el custodio más firme de la ortodoxia y también en el bolche más bolche de todos. No pueden correrlo ni por derecha ni por zurda.

En 2015 le confió una mayor: albergar en la UCA de Puerto Madero una sesión de la comisión internacional que apoya una salida al mar de Bolivia. Fue antes del viaje a ese país y conmovió, secretamente, el tablero regional en otra muestra de poder. Motivó una visita de Michelle Bachelet a Roma, una mordaza a Evo Morales, otra para Cristina de Kirchner y hasta una misión secreta del ministro especial de Chile para ese conflicto fronterizo, José María Insulza, a pedir ayuda contra la movida papal de forzar un acuerdo con Bolivia. Cristina de jugó bien a Bachelet, y el Papa, que no olvida, se calló sobre el tema cuando fue a Bolivia. El trasfondo de esa historia era el enojo del Vaticano con la reforma educativa del Gobierno de Bachelet, que, sin quererlo ella, o queriendo, era un cañonazo al sistema de educación privada religiosa en ese país. La mandataria, perforada ante la opinión pública por los dos temas, logró ponerlos en cámara lenta.

A Fernández, un teólogo —es decir, un religioso que ve visiones, piadosas, se entiende— que no usa una palabra de más y que solo se

mueve con mandato, se le atribuye haber sido el redactor, en nombre de Bergoglio, de las constituciones del CELAM de Aparecida, de los documentos papales *Evangelii gaudium* (exhortación apostólica) y *Laudato Si"* (encíclica). Es totalmente esperable en cuanto a doctrina y a pastoral que el Papa defienda todas las banderas pobristas que se alcen de un lado o del otro, fueran las del clericalismo de indias que profesen los curas criollos o las del veterocastrismo de los ancianos hermanitos Castro. Es la letra evangélica y es además la estrategia de Roma para sostener su proyecto de intervención en el mundo público. Quien espere de la Iglesia católica otra cosa que se haga protestante.

Igualmente racional era la preocupación del Papa para responderle a Elisa Carrió ante el mercado de la burguesía porteña que, de manera manifiesta, rechazaba las consignas de Milagro Sala. El público al que dirigía la respuesta era el que respaldaba a Macri y que en encuestas manifestaba un alto rechazo de la figura de la activista jujeña, mayor al 80%. En otras palabras, el rosariazo era tomar posición en contra del público macrista; lo entendió clarito el Gobierno, que callaba, con la excepción de Carrió. El gesto caritativo estaba apoyado en los antecedentes del Papa, que, como dijo «Tucho», les regala rosarios a todos, especialmente si son presos, y lo respalda la letra del Evangelio. En algún momento, alguien revelará las razones personales de este interés especial de Bergoglio por los presos, uno de los secretos mejor guardados del Vaticano.

Francisco y «Tucho» saben, claro, que por este gesto los burgueses porteños no lo van a abandonar y que su tolerancia es generosa. Temen más que los piqueteros y dirigentes del peronismo tomen distancia de Roma si no hacen estos gestos. El cura y el piquetero han competido siempre por el mismo público, y en los últimos veinte años de la Argentina, el piquetero siempre gana, como le gana al intendente, al capo mafia, al *dealer* del barrio, al comisario y, por supuesto, al puntero político. Lo prueba el penetrante aroma clerical que tienen las expresiones piqueteras, en las que la Iglesia hace entrismo para retener liderazgo —ocurrió con los movimientos del Cura Farinello, que llevó gente al Congreso, o con Luis D'Elía—. El rosariazo del Papa tiene que ver con esa intención de estar cerca del poder que posee la Iglesia —siempre la cruz junto a la espada—, y cuando el poder está en el piquetero, que vayan rosarios al piquetero.

Entender estos gestos no es difícil si se miran las cuestiones clericales en su contexto —como el mundo militar, solo se entiende desde adentro, desde afuera parecen planetas absurdos—: la Iglesia católica siempre condenó el liberalismo y el capitalismo, y eso explica que se pliegue a cualquier bandera que los rechace. Este sesgo se acentuó en Roma después de la caída del régimen soviético y de la evaporación del comunismo; ese cataclismo les dejó la exclusividad en

el rechazo al capitalismo y liberó a la Iglesia de sus compromisos con la facción anticomunista de la Guerra Fría, en la que militó de manera clave Juan Pablo II, el Papa reaganiano. Hoy es fácil ser anticapitalista y adoptar consignas del comunismo sin los costos de la persecución y muerte de la Guerra Fría; sale gratis y, si tenés el paraguas clerical, te lleva al cielo, si es que existe cosa tan hermosa.

Con frialdad de laico, Macri armó la comitiva para el viaje del sábado 27 a Roma. El caso Sala le convenía a su Gobierno, porque atornilla lealtades. La misma encuesta de desprestigio de la activista jujeña decía que más del 80% del público creía que su detención era cuestión de jueces y que el Gobierno no tenía nada que ver, aunque por el rechazo que tenía el personaje esto no importaba mucho. El gobernador Morales había logrado disolver el piquete que le habían instalado en las puertas de la gobernación de Jujuy. También allá las encuestas anti-Sala lo beneficiaban. Explicó en aquellas horas que los jueces justificaban la detención por la acumulación de causas y que el Gobierno jujeño poco podría hacer para que la liberasen. Según los radicales jujeños, los jueces la tenían encerrada —más allá de los argumentos jurídicos— porque se estaban lavando de veinte años de peronismo y también de la extorsión ante la opinión de este personaje, que sigue la suerte de los políticos: perdido el poder, llega, fatal, el patrullero.

La novela de Scholas

Bergoglio afirmó siempre su poder ante los gobiernos con los cuales le tocó convivir, buscando desconcertarlos con gestos contradictorios en la superficie. Se peleó a muerte con los gobiernos de los Kirchner, pero hacía gestos de acercamiento que desconcertaban a todos, como ir a la misa por los mártires de la orden de los palotinos junto a Néstor Kirchner en el peor momento de su relación. O la virtual sobreactuación que hizo en la misa que celebró tras su muerte, en la que ponderó que hubiera recibido el voto popular por encima de otras inquinas.

Algunos se daban cuenta del propósito de esos gestos, como enviar el 8 de febrero de 2010 al vicario de su diócesis, Juan Torrella —encargado de temas educativos— a la clínica Los Arcos a confortar a Kirchner y a su familia cuando el ex presidente sufrió una operación por obstrucción de la carótida. Ni lo dejaron pisar el hall del sanatorio, porque los movileros que cubrían ese acontecimiento adelantaron que Torrella le iba a dar la «extremaunción». Ese sacramento evoca, en el habla popular, la muerte inminente y se brindaba tradicionalmente a los enfermos con riesgo de vida. Desde el Concilio Vaticano II, se habla de la «unción a los enfermos», se

dispensa a enfermos graves y puede hacerse varias veces. Para los entornistas de Kirchner, el hecho de que Bergoglio, el jefe de la oposición a su Gobierno y al de su mujer, le enviase a un cura a darle la extremaunción era un aviso de que se iba a morir. Lo ahuyentaron al pobre Torrella, a quien Bergoglio ya maltrataba bastante cuando discutían sobre la gestión educativa del Arzobispado, que el vicario debía compartir en permanente conflicto con José María del Corral o Luis Liberman.

Palmeyro es un ex seminarista y ex estudiante de Ingeniería graduado en Teología y en Psicopedagogía, que además tiene un título de la Escuela de Administradores del Estado. Como funcionario, está asignado a la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires para atender también temas francisquistas en el área de la economía popular. Su relación con Bergoglio nació el mismo año en el que asumió el arzobispado, en 1998. Bergoglio lo designó apoderado de escuelas parroquiales, que es la persona que representa al obispo —en cuanto propietario y responsable— en esas escuelas. Tal función la suelen tener sacerdotes y laicos. Atiende en Buenos Aires sesenta escuelas parroquiales. Palmeyro tiene tareas múltiples y es él un poliedro en sí mismo. Una de sus sedes de trabajo, por ejemplo, está en el cuartel central de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular —en la calle Pedro Echagüe, uno de los barrios más degradados de la ciudad— que dirige Juan Grabois, uno de los ojos del Papa en la tierra.

En 2001, Bergoglio había creado el programa Escuelas Hermanas para hermanar establecimientos de la Arquidiócesis de Buenos Aires con los de las diócesis más pobres del país. «Hablo de hermandad, no de padrinazgo», era la instrucción de Bergoglio. «No es que uno da y el otro recibe, sino que nos damos mutuamente de lo nuestro», marcó en ese comienzo. Un alumno de una escuela pobre de Jujuy podía aportarle en lo cultural al de Buenos Aires tanto como este.

En 2007, cuando asumió Macri el Gobierno porteño, Palmeyro fue designado director general de Educación Privada, el cargo de más vínculo de esa administración con la Iglesia. Era la continuación de la mano de Bergoglio en esa área, que había tenido a Luis Liberman como subsecretario de Educación de Jorge Telerman, el anterior jefe de Gobierno. Esto de tener un delegado de confesión judía como hombre de confianza del cardenal primado de los católicos era otra muestra del método del poliedro bergoglista.

En esa función, Palmeyro estrechó más su relación con Bergoglio, a quien había tratado poco como apoderado de escuelas parroquiales. Debió enfrentar la política de Guillermo Moreno de las llamadas «cuotas de recupero», que había quebrado el equilibrio del sistema entre cuota y aporte estatal. Esas cuotas de recupero las establecía el

Gobierno para que no aumentara la cuota y no impactase en el índice de precios. Palmeyro trabajó bajo el Ministerio de Mariano Nadorosky en reparar ese desequilibrio y se mantuvo en el cargo bajo las gestiones del breve Abel Posse —enorme por los escándalos que provocó con sus declaraciones tremendistas que le costaron el cargo en pocas horas— y en los primeros meses de Esteban Bullrich.

También intervino en tejidos finos de esa administración, como frenar el primer proyecto de Nadorosky, que era privatizar el control de los aportes estatales a la educación privada como manera de responder a las sospechas de arbitrariedad y desvíos maliciosos. Según la percepción de la Iglesia, enajenar el manejo de las finanzas de la educación era un despropósito inaceptable.

Palmeyro era el regulador y Bergoglio era su mejor defensor en un plan que ampliase el subsidio a escuelas gratuitas bajándoselo a las que tenían cuotas más altas. Bullrich aceptaba ese plan, pero las presiones de algunos colegios de elite que tenían cuotas altas y subsidio frenaron el plan.

Como Papa, Bergoglio no se olvidó de esa trama. En un discurso ante niños de Scholas y con Bullrich presente, dijo: «La educación cerrada no va más, cada cual con su cosa, conservando su mirada y nada más, sin abrir la puerta, no va más. El que quiera seguir con eso que siga, pero no tiene futuro, que quede claro. En la Ciudad de Buenos Aires, sé que, porque digo esto, hay a quienes no les gusta. Sé que, en la Ciudad de Buenos Aires, ministro, usted quiso luchas contra eso, no pudo». Le pasó factura.

Palmeyro renunció al cargo pese a que Bergoglio quería que siguiera. Como administrador gubernamental, recuperó en 2010 su cargo en el INTI, pero por su relación manifiesta con Bergoglio lo tuvieron en la congeladora kirchnerista. El arzobispo le encomendó un nuevo destino: «¿Por qué no te vinculás con los cartoneros?». Por eso pasó a trabajar junto a la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), la organización del asesor papal Juan Grabois, primero desde el Ministerio de Desarrollo Social y después en la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires.

En 2013, cuando Bergoglio fue elegido Papa, Palmeyro estaba encargado de Escuelas Hermanas (dedicadas a vincular colegios de distintas provincias), y José María del Corral, de Escuela Vecinas (relacionaba establecimientos de un mismo distrito), dos organizaciones complementarias. En el acto de asunción de Francisco estuvo Del Corral acompañado por el cartonero José Sánchez, de la organización en la que trabajan Palmeyro y Grabois.

El 13 de agosto de 2013, se firmó la creación de Scholas Occurrentes sobre la base de la plataforma digital que hermana escuelas de 130 países. Incardinada en el Arzobispado de Madrid,

obligó a que Del Corral dejase la dirección del Instituto San Martín de Tours, uno de los establecimientos de elite más encumbrados de la Argentina. Palmeyro permaneció en su puesto en el Estado. El acto de lanzamiento fue con el partido Argentina-Italia del 14 de agosto de ese año en homenaje al Papa. Del Corral y Palmeyro viajaron, pagándose el pasaje aéreo de su bolsillo.

El nombre de la organización Escuelas para el Encuentro —Scholas Occurrentes en latín— fue una ocurrencia de Palmeyro. Lo propuso en las conversaciones que tuvo con Francisco entre marzo y agosto de aquel año como forma de internacionalizar las Escuelas Vecinas y las Escuelas Hermanas.

La historia del apoyo que comenzaron a recibir del Gobierno de Cristina de Kirchner se canalizó desde el Ministerio de Infraestructura, que emprendió la construcción de una sede en Ezeiza que, cuando se terminase, sería cedida a Scholas. Intervenía en esas charlas Julio de Vido en persona. El ministerio había creado un programa de producción de contenidos audiovisuales que haría estallar varios escándalos después de diciembre de 2015. Se llamaba Enamorar y se le ofreció a Scholas para que contratase contenidos para su plataforma digital. Eran 23 millones de pesos que podían contratar directamente. Los responsables de Scholas se negaron a esas contrataciones directas y dicen hoy que no hubo ninguna propuesta de contratistas. Por esa negativa, ese tramo de la colaboración estatal nunca se concretó.

Durante el Gobierno de Cristina, el Congreso sancionó una ley con el apoyo de todas las bancadas para declarar al programa bergoglista de interés público, una calificación que no solo buscaba prestigiar. También abría puertas, porque conllevaba facilidades administrativas y fiscales. Se sancionó y se promulgó el mismo día, 17 de setiembre de 2014 (ley 26985). Tres días más tarde, Cristina almorzó con Bergoglio en el Vaticano y le dejó el texto de la ley, que el Papa agradeció.

Desde entonces, hubo acercamientos del Gobierno de Cristina hacia Scholas, que comenzaba a tener cierta institucionalidad desde que un malón de empresarios participó, en la misma semana de septiembre de 2014, cuando Cristina almorzaba con el Papa, en una cumbre mundial de la organización. Lo más importante que hubo fue el aporte para la construcción de una sede de Scholas en Ezeiza, que emprendió el ministerio de Infraestructura de Julio de Vido sobre la base de un predio que pertenecía a los ferrocarriles del Estado.

También se sucedieron otras propuestas para que Scholas ingresase en programas de producción audiovisual que alentaba el Gobierno en el ministerio de Infraestructura de De Vido, como forma de producir contenidos para la cadena de televisión digital que, soñaba ese Gobierno, desplazase de las pantallas a los medios concentrados, arrinconados por la Ley de Medios Audiovisuales. «Era un predio

afectado a ferrocarriles e incluso nos mostraron los planos y comenzó una construcción, pero nunca firmaron un comodato ni nos dieron un papel», dijo Palmeyro tiempo después. Palmeyro confesó también: «No aceptamos un aporte del Ministerio de Planificación por 23 millones de pesos para un plan de producción audiovisual porque la metodología que proponían para la entrega de fondos no era clara».

Apenas asumió el Papa, en abril de 2013 tuvo una charla con el jugador Javier Zanetti, una de las estrellas del fútbol argentino en Italia. De esa charla salió la idea de hacer un partido con leyendas de ese juego para aportar fondos para Scholas y para la Fundación Pupi, de cuyo armado se encargó el obispo Marcelo Sánchez Sorondo. Este presidía la Academia Pontifica de Ciencias y tenía una relación tensa con Bergoglio por viejas inquinas de la corte vaticana. Era un hombre del *ancien régime,* pero era argentino y con un nombre emblemático del nacionalismo argentino. Era previsible que Sánchez Sorondo debiera renovar títulos ante Bergoglio, porque venía de una burocracia que había hecho todo lo posible para frenarle la carrera. Pero también era esperable que Bergoglio aprovechase la experiencia y la nacionalidad de Sánchez Sorondo. Era la manera de cumplir con el mandato estratégico básico: los enemigos siempre bien cerca. Organizar el Partido Interreligioso de la Paz fue su examen de ingreso al bergoglismo.

Llamen a Moreno

Ese partido se hizo el 1° de septiembre de 2014. El Papa y Zanetti eran argentinos, como los directivos de Scholas y Sánchez Sorondo. La recaudación total fue de 2.490.000 euros (709.141 euros recolectados en SMS y llamadas pagas; 178.506 euros por boletería en el Estadio Olímpico, 55.000 euros por las subastas *on line* y el resto por contribuciones de las empresas), y los organizadores de Scholas no tenían ninguna entidad formal en donde depositar los fondos que le correspondían en el reparto ¿Quién mejor para hacer la consultar que Guillermo Moreno? Este tenía un cargo de agregado económico de la Embajada argentina y conservaba el halo de la predilección presidencial. Cristina de Kirchner lo había sacado de la Secretaría de Comercio en la que hizo leyenda como cancerbero de la economía cerrada de ese período y había alcanzado gran desprestigio en la opinión pública, dentro y fuera del Gobierno. En Roma, se encontró con que la Embajada quedaba acéfala, porque Torcuato Di Tella estaba enfermo, y Moreno se comportaba con el verdadero embajador. En ese rol, actuó como promotor del partido por la paz y acercó auspicios de empresas privadas que alimentaron las alforjas. Con esa recaudación —dijeron Del Corral y Palmeyro—, ¿no nos dará una

mano Moreno para abrir una cuenta para depositar la plata? Se ocupó, pero faltaba la personería, porque la única institución habilitada que aparecía era la Academia de Ciencias de Sánchez Sorondo, que no tenía mandatos para recibir esa plata.

La mujer de Moreno, Marta Cascales, que es escribana, aportó los papeles para el primer depósito de ese dinero. Era la viuda de Isidoro Córdova, uno de los mejores amigos de Bergoglio, quien siempre tuvo trato con ella. Autorizó a que ese dinero tuviera el destino que ella considerase mejor, hasta que Scholas tuviera la personería. «Por supuesto, yo a Martta la conozco», le dijo Francisco al dúo Scholas. También la consultó para que revisase las cuentas de la organización y evitase que hubiera derrames inoportunos. En esa oportunidad, se reencontró Bergoglio con Cascales, quien recién entonces le presentó a Moreno, su marido.

Scholas alcanzaría la plena personería para manejar sus fondos un año más tarde, cuando se creó en Madrid la «Fundación Pía Autónoma de derecho pontificio, erigida como persona jurídica privada dentro del ordenamiento canónico» (así dice el quirógrafo (2) del 15 de agosto de 2015). La Iglesia es una multinacional, y por eso nadie le reprocha que haya elegido una sede *off-shore* para una organización que nació en la Argentina. En Madrid, el cardenal es Carlos Osoro, designado en agosto de 2014 por Francisco como el primado. «Hablen con Osoro», fue la orden de Francisco. Scholas está hoy en esa diócesis, a salvo de argentinismos financieros.

El diabólico subsidio 666

En la primera reunión que tuvo con Macri, Bergoglio le pidió que ayudasen desde el gobierno a Scholas. Al regresar, Macri dio la orden de colaborar, y Marcos Peña negoció con los dos responsables de la organización la manera de hacerlo. Una de las decisiones fue dejar de lado la construcción del edificio de Ezeiza, que había sido una fantasía kirchnerista que incluía, según los intérpretes de los planos de esa construcción, una especie de Altar de la Patria en donde celebraría una misa Bergoglio en una hipotética visita a la Argentina (una de las fantasías del peronismo lopezrreguista fue, en los años setenta, la construcción de un Altar de la Patria en el barrio de Palermo, que fuese una especie de Valle de los Caídos, el faraónico predio que en España quiso eternizar los manes de Francisco Franco). Ese predio de Ezeiza fue afectado por el gobierno de Macri para la construcción de un jardín de infantes y otras dependencias del Ministerio de Educación. Se ocupó de ese trámite Esteban Bullrich, que era en ese momento el ministro de Educación de Macri y que, además, era uno de los máximos bergoglistas de esa administración.

De esas reuniones surgió el famoso decreto 711 del 27 de mayo de 2016 en el que se le concede el aporte a Scholas por el resbaladizo monto de 16.666.000 pesos para pagar personal, equipamiento e infraestructura por ese año. El decreto dice que se hace porque se lo pidió la Iglesia. Uno de los considerandos de la norma dice que «los representantes legales de la Red Mundial de Escuelas: Scholas Occurrentes han solicitado una asistencia financiera destinada a atender el sostenimiento del equipo profesional, infraestructura y equipamiento de la sede central de dicha red en nuestro país».

Ese decreto se publicó el 30 de mayo, pero un día antes, el 29, un grupo de funcionarios del Gobierno argentino participó, con diversos grados de visibilidad, de un congreso mundial de Scholas. Estuvieron estrellas de todo el mundo, como los actores Richard Gere, George Clooney y Salma Hayek; un seleccionado de los dos youtubers con más seguidores del mundo, que hicieron un chateo con el Papa; el presidente de la FIFA, Gianni Infantino; Juan Sebastián Verón, etc. También estaban la gobernadora de Buenos Aires María Eugenia Vidal y su secretario Federico Salvai, marido de Carolina Stanley, ministra de Desarrollo Social y uno de los contactos más aceitados con el Papa, junto a Vidal, por la convivencia que tuvieron durante años en la Ciudad de Buenos Aires. Asimismo estaba Esteban Bullrich, que se mantuvo discretamente en un segundo plano. Los funcionarios nacionales presentes allí querían despejarles el escenario a los de la provincia de Buenos Aires, porque en ese congreso se anunciaba la realización de un partido por la paz protagonizado por futbolistas estrella como Diego Maradona o Lionel Messi.

Pero en el besamanos ante el Papa, el subsecretario de Culto, Alfredo Abriani, se sentó sobre el timbre. Al saludar Francisco, aludió al decreto que se conocería al día siguiente de manera equívoca. «No importa, no está el decreto, pero es un detalle», dijo. Bergoglio sabía del decreto, pero montó el número de la sorpresa, una oportunidad para un hombre de poder. Ahí se puso en primera plana la existencia de un decreto que no era ningún misterio, pero que incomodó al Vaticano, porque se supo en un contexto ambiguo. Para quienes estaban al tanto de la negociación, no era ninguna sorpresa.

De Corral y Palmeyro lo explicaron así: «Nos pusimos en contacto con Marcos Peña y fijamos la necesidad de solventar una planta funcional equivalente a una escuela, con cargos directivos y horas cátedra. Lo evaluaron y nos pusimos de acuerdo. A Peña le pareció razonable y no dudó en dar el apoyo. Para darle al programa un horizonte de continuidad, es necesario que el plantel esté en relación de dependencia, con los correspondientes aportes patronales y todas las obligaciones para la habilitación. Se tomó como base el sueldo promedio de un docente con una antigüedad media de 15 años. Y a

eso se suma el costo de equipamiento y acondicionamiento de la sede. El monto que se conversó era el pago de horas cátedra de nivel terciario anualizado para cubrir las actividades de 2016. Eran 19 millones de pesos al año, pero como quedaban ocho meses se hizo recálculo. La suma total daba 12.666.666 pesos, pero con cargas sociales y otros gravámenes alcanzaba a 16.595.368 pesos». (3)

Los fantasiosos pusieron el acento en el número que figuraba en el cheque, el 666, que evoca a la bestia, al demonio, y que podía ser un veneno puesto por los enemigos del Papa para burlarse de él. «Nunca existió ese famoso 666 que se difundió», insiste Palmeyro hasta el día de hoy con las planillas de Excel en la mano para justificar otro monto, que no evoca al demonio. «Alguien cambió el número», insiste Palmeyro. «Alguien que tiene autoridad y capacidad para hacerlo», remata Palmeyro.

Para quienes alimentaban la leyenda de las diferencias entre el Gobierno y Francisco, podía aparecer como un cambio de favores. Es el riesgo de las limosnas. Bergoglio, celoso de la imagen que podía generar ese aporte, desautorizó a los negociadores y los mandó a rechazar el subsidio con el argumento de que la Argentina tenía muchas necesidades y que no podía hasta ese dinero. La percepción más fiel del pensamiento del Papa ante este tema está en las palabras del laico que más lo escucha y que mejor lo expresa, Juan Grabois. Dijo al *Vatican Insider,* órgano paraoficial del Vaticano: «El que piensa que, por darle plata, máxime fondos públicos, a una fundación, escuela, ONG, cooperativa u movimiento popular vinculado al Papa, está haciendo un "gesto a Francisco", es realmente un pelotudo».

El escándalo estalló por la comunicación que dejaba a la Iglesia fuera de lugar, porque aparecía Francisco recibiendo un subsidio de Macri. Desde los dos lados, se echan las responsabilidades sobre el formato de la comunicación. Del lado de la Iglesia, son más enfáticos en señalar a la Casa de Gobierno por diseñar la manera de comunicar para esmerilar la figura de Francisco. La Iglesia argentina y Scholas no tienen estrategias de llegada a los medios para una campaña así. El coro de voceros espontáneos y rentados cercanos a la Iglesia puede frenar una información, pero no instalar un relato coherente. Lo impiden, también, las disidencias entre sectores de la Iglesia. Algunos voceros responden a Francisco; otros, a sus respectivos obispos; otros, a la Conferencia Episcopal.

Quien tiene más fuerza operativa para instalar un tema así es el Gobierno, aunque no constan detalles que puedan probarlo. La presunción de los gerentes de Scholas de que existía una intención de la administración Macri de herir la imagen del Papa alimenta esa posibilidad, pero entra en el tenebroso universo de las conspiraciones, a las que tan afectos son la Iglesia y también los políticos.

«Resbalar en el camino de la corrupción»

Al día siguiente de la publicación del decreto, el 1° de junio, Bergoglio hizo pública una carta firmada en la que mandó a devolver el dinero y donde menciona la maldita palabra «corrupción»: «¿Por qué tanto lío por esos "666"? No se asusten por la palabra, pero como padre y hermano, porque los quiero, hablo claro. Tengo miedo de que empiecen a resbalar en el camino de la corrupción». En esa carta, se ríe de la coreografía del anuncio oficial y de los funcionarios: «Ya ustedes me habían dicho que el Gobierno nacional había emitido un decreto de reconocimiento de Scholas y que sería leído en el acto de clausura (me causó gracia cuando el funcionario se disponía a leerlo… y el decreto no aparecía). Me alegró el reconocimiento oficial, porque esto confería a Scholas estabilidad y legalidad en Argentina. Recuerdo todas las dificultades que tuvieron que superar para lograrlo. Gracias a Dios. Ya al final y un poco *en passant,* vos, Quique, me dijiste que el Gobierno también había asignado a Scholas la planta de una escuela pobre. Te pregunté qué significaba eso, y me dijiste que es el presupuesto de una escuela pobre de barrio. No quedé tranquilo, pero no era el momento para pedir explicaciones. Ayer me entero de que la ayuda o subsidio importa la friolera de 16.666.000 pesos (un millón de dólares). Y la inquietud se transformó en preocupación y bronca (no por el 666)».

En esa carta, anunciaba ya la suspensión del Partido por la Paz que organizaba Scholas para el 10 de julio siguiente, como parte de los festejos del Bicentenario. «Prefiero una picada en un potrero de barrio, con una pelota común y con alegría limpia, a un gran campeonato en un estadio famoso pero rociado de corrupción.»

«Nos decía que devolviésemos, pero no había nada que devolver, porque no se había recibido nada. Era un fideicomiso que se disparaba contra el depósito de dinero en las cuentas sueldo de los empleados», aclara Palmeyro.

La orden de rechazar el subsidio fue hiriente para los negociadores. No solo porque incluyó la palabra «corrupción», sino también porque les pidió que le mostrasen el recibo de la devolución. Las partes hicieron públicas asimismo las cartas de ruptura del compromiso, pero nunca le quedó claro a Bergoglio si no hubo una mano negra en este entuerto.

Para alimentar la suspicacia, un mes más tarde, el 4 de julio, un programa de Canal 13 animado por Jorge Lanata contó detalles de las relaciones entre Scholas y el Gobierno de Cristina de Kirchner, que usaba información provista por la administración de Macri, que había guardado los comprobantes de las obras de Ezeiza y había confeccionado una síntesis que podía levantar sospechas en aquella

convivencia. Ese informe está en el archivo del Ministerio del Interior, que heredó las oficinas de Obras Públicas que antes estaban en el Ministerio de Infraestructura.

Esa emisión de TV incluía detalles sobre la organización de los Partidos por la Paz, que ofrecían pases para las audiencias con el Papa a cambio de auspicios comerciales. Después de esa emisión, el 17 de julio, Francisco recibió a Del Corral y a Palmeyro, quienes le entregaron el resultado de una completa auditoría de los fondos recibidos hasta entonces. El mismo día, antes de viajar a Polonia, Francisco les hizo llegar una segunda carta en la que los felicitaba por su tarea como una respuesta «a la crisis educativa en esta cultura del descarte». También puso en ese texto un agradecimiento «a todas las empresas e instituciones que los están ayudando».

Hasta el día de hoy, al Vaticano le quedó la idea de que este episodio fue parte de la trama antibergoglista de la mesa chica del Gobierno de Macri. Palmeyro, que es un laico con formación religiosa porque fue seminaristas, remonta estas inquinas más arriba. Cree que, en el fondo, hay una maniobra del «capital concentrado» que quiere esmerilar la figura del Papa, porque es un líder religioso que es la voz más fuerte contra el capitalismo.

Quienes han intentado achicar esa distancia han chocado con resistencias de las dos partes. El empresario español Román Rodríguez, vinculado a Scholas, intentó un acercamiento en 2018 a través del embajador argentino en Madrid. Ramón Puerta actuó como mediador, aprovechando un acto con esa organización que se hizo en la villa 31 de la Capital. Francisco participó desde Roma, por videoconferencia, el 11 de mayo de 2018 en la inauguración de una sede de Scholas en ese asentamiento. Puerta transmitió a Macri, en esa oportunidad, detalles de la mediación de Román Rodríguez para abrir un canal de comunicación que pasase por la Embajada en Madrid. Macri lo escuchó y le contestó: «No, el Papa está caduco y no te trae ningún voto». Puerta se dio de baja de ese proyecto.

1. «Razones del rosario del Papa a Milagro Sala», disponible en línea: <http://www.lanacion.com.ar/18724156>.

2. Escritura o compromiso firmado por el Papa.

3. Las aclaraciones de los responsables de Scholas están en el reportaje de Mariano de Vedia en *La Nación,* 2 de julio de 2016.

41. MACRI-BERGOGLIO, TAN CERCA Y TAN LEJOS

Pese a las estridencias de uno y otro lado, es difícil imaginar una relación objetiva más estrecha entre el Gobierno de Cambiemos y el Papa Bergoglio. La administración de Macri tiene como aliados a viejos contertulios del pontífice, como Elisa Carrió o Ernesto Sanz, funcionarios de frecuentación intensa con el Papa, como y Gabriela Michetti, Santiago de Estrada, Esteban Bullrich, María Eugenia Vidal, Jorge Triaca, Carolina Stanley, y legisladores de la misma frecuencia, como Jorge Enríquez. El Gobierno peronista que terminó en diciembre de 2015, hacia el cual el macrismo atribuye una opción preferencial por parte del Papa, no tuvo a ningún funcionario de tanta cercanía con la figura de Bergoglio.

En noviembre de 2009, cuando la Argentina no había sancionado aún el proyecto de matrimonio igualitario, una jueza de la Ciudad de Buenos Aires autorizó, por vía de una declaración de inconstitucionalidad del Código Civil vigente entonces, el matrimonio de dos varones. El cardenal hizo público el rechazo de ese fallo y pidió a Macri, también públicamente, que apelase ese fallo para impedir la boda. Macri no lo hizo, y el casamiento pudo realizarse. Sobrevino una serie de reproches de Bergoglio, que lanzó, junto a otros obispos, un comunicado criticándolo. Repitió las quejas en una reunión privada cuyos términos agrios se ocuparon de hacer trascender las dos partes. Macri justificó su visión del tema: «Mi decisión tuvo que ver con decisiones personales, porque que el deber de un espacio político es lograr la libertad e igualdad, independientemente de las creencias religiosas. Entendemos su posición y la respetamos».

Ese lenguaje enardeció al cardenal, que tuvo un testimonio claro de que Macri no era una oveja de su corral y que a él no lo reconocía como pastor. Las partes no han revelado la trama fina de ese acontecimiento, pero del lado de Bergoglio hubo reproches a Peña. A este, los sectores clericales le atribuyeron la decisión de dejar correr el fallo y hacer que Macri fuera el responsable del primer casamiento del mismo sexo de la Argentina y de América Latina. (1) Comprensible esta laxitud en alguien que cree en el matrimonio —se ha casado las veces que creyó necesarias—; también en un político que busca ampliar la base de respaldos en un distrito sinuoso como la Capital. Menos explicable en el jefe de una formación conservadora como el PRO.

Sí es claro que Peña fue quien transmitió la orden al procurador Pablo Tonelli de no apelar. También, que nunca hubiera hecho eso sin la venia de Macri. El Gobierno de la Ciudad se notificó del fallo de la jueza Gabriela Seijas el jueves 13 de noviembre de 2009. Macri partía

de viaje y dio instrucciones a sus funcionarios para que analizasen el tema. La resolución quedaba a cargo de Peña. El viernes, el secretario de Gobierno escuchó a los funcionarios, que tenían opiniones divergentes. Michetti y Santiago de Estrada estaban a favor de apelar la medida con argumentos de conciencia. Tonelli opinaba lo mismo, pero por razones jurídicas. Al final de esa tarde del 14 de noviembre, Peña les dijo que el Gobierno no apelaba, porque era una medida que tenía el favor del público y que además implicaba una defensa de la libertad individual, consigna del PRO. El mismo argumento que Macri ya había registrado en un video que se hizo circular por las redes con esta frase: «He tomado esta decisión porque privilegio la libertad y el derecho de cada uno a decidir aquello que lo hace más feliz».

Para Peña, fue una mortificación personal que Bergoglio concentrase las críticas en su persona. Lo aguantó como un soldado, quizá porque entendió que el cardenal buscaba un blanco para descargar la furia sin encarnizarse con Macri. «No lo entiendo en Marcos, que es hijo de una catequista.»

Peña es hijo de Clara Braun Cantilo, que forma parte de una familia ligada a la Iglesia. (2) Su tío, Rafael Braun, fue uno de los sacerdotes más influyentes de la segunda mitad del siglo XX como directivo de la revista católica *Criterio*. Esta publicación ha estado identificada con sectores del conservadurismo político, pero con una perspectiva liberal de la religión. En el mapa doctrinario, el pensamiento de *Criterio* está en las antípodas del pensamiento de Bergoglio.

Entre Braun y Bergoglio hubo siempre una diferencia de clase que pudo aflorar en el incidente que dejó en el medio al sobrino Marcos. Braun era un cura culto y elegante. Dirigió la coqueta pastoral de la Universidad de Buenos Aires cuando Bergoglio dedicaba su tarea a promover la atención de los excluidos con los curas villeros. No tenía olor a oveja, y eso que su familia pudo ser la más importante en la crianza de esa especie en la Patagonia.

Diego Elizalde, testigo de los años de convivencia entre Braun y Bergoglio, dio un crudo testimonio del trato que le dio este a «Raffy» cuando llegó a la Universidad del Salvador, donde Braun era profesor. Le dijo a un grupo de alumnos: «Acá liberales no. Se puede ser marxista, peronista, demócrata cristiano, radical. Si quieren, comunista. Pero liberales no. […] Al día siguiente, Bergoglio mandó a tapiar el despacho de Braun. […] Braun venía para obispo. Clavado. Bergoglio nunca lo dejó llegar. Le hizo pelo y barba». (3)

En la superficie, Bergoglio ha manifestado enojo con Peña, no ya por haber tomado la decisión, que atribuyó siempre a la frivolidad de Macri, sino por no haberle avisado que el jefe de Gobierno no iba a apelar la medida de la jueza que permitía ese matrimonio. En su archivo personal, Peña tiene una correspondencia con Bergoglio en la

que, dice, aclaró todo, pero que eso queda en la reserva de la intimidad de los dos. Explica que escuchó que Bergoglio estaba enojado por no haberle avisado de la decisión de Macri, algo que cree debió hacer también Michetti, pero que él nunca se comprometió a hacerlo. Cuando se devana en busca de respuestas, cree que, al no avisarle, se le frustró algún curso de acción alternativo. Eso pudo indisponerlo ante otros obispos, de la línea más conservadora, que reclamaban acciones de confrontación, pero a los que había apaciguado con el argumento de que Macri podía frenar ese casamiento.

Otra hipótesis que surge cuando se hurga en las razones de ese enojo, el más estridente que hubo entre Macri y Bergoglio, es que el cardenal pudo esperar otra cosa de esa formación que desde 2003 apareció en la Ciudad de Buenos Aires, la que él gobernaba como arzobispo, y que era el partido Compromiso para el Cambio, después el PRO. Pensó quizá que podía ser una especie de Partido Demócrata Cristiano, algo en lo que —recuerdan algunos legisladores del primer equipo macrista de 2003— insistía en reuniones el sacerdote Carlos Accaputo. «Quería que fuéramos un partido conservador católico, era algo difícil de entender», recuerda Peña de aquellos años. Accaputo niega aquellos diálogos, que son imborrables para Marcos.

Este entramado social y familiar alimenta la idea de que Bergoglio, efectivamente, podía esperar otra cosa del joven Peña. Pero su ascenso, con el paso de los años, en la escala zoológica del macrismo como funcionario y, en especial, como lugarteniente del asesor de campaña Jaime Durán Barba terminó de marcar las diferencias. Es una historia que no está cerrada.

En la legislatura, Oliveira, Oliveri y Valdés, un trío que hizo las mejores relaciones con el Papa, votaron a favor del proyecto de unión civil. Bergoglio nunca les reprochó eso, pero sí lo hizo con Macri, porque «marketineó» esa posición, buscando mejorar su perfil ante el electorado. Clásico en un político, como es Bergoglio, esto de quejarse de que otro haga política.

La dureza en el tratamiento hacia Macri, Peña y hasta Gabriela Michetti tiene que ver con que, puertas adentro, le mandaron a decir, o se lo dijeron en persona, que ellos estaban en contra de la unión civil. «Me vienen a decir que en un tema como este vamos a acompañar a la Iglesia y después, por una cuestión de encuestas, de marketing, de quedar con determinado sector, me desairan de esta manera. Soy el arzobispo de Buenos Aires, ¿en mi distrito me hacen esto?»

Desaires similares acusaría Bergoglio cuando el Gobierno de Macri reglamentó el aborto no punible según protocolos que seguían un fallo de la Corte. La Iglesia observó ese fallo que, dice, «excediendo sus

competencias, exhortó a aprobar protocolos, afectando de esta manera la división de poderes y vulnerando el federalismo, tiene consecuencias jurídicas, culturales y éticas porque las leyes configuran la cultura de los pueblos y una legislación que no protege la vida favorece una "cultura de la muerte"». (4)

Fue en septiembre de 2012, en los mismos días en los que Macri auspiciaba un megaevento de meditación organizado por el gurú Ravi Shankar. Se trataba de una opción del Gobierno porteño por una espiritualidad alternativa y no cristiana que fastidió al arzobispo y terminó de cerrar su imagen de Macri como un gobernante oportunista. Bergoglio parecía resignado a la jubilación, que había formalizado a finales de 2011, pero que no le había sido aceptada por Benedicto XVI, a quien reemplazaría como Papa pocos meses después.

También señala a Durán Barba como responsable de esa conducta de Macri. El ecuatoriano suele decir y repetir que la Iglesia ya fue, que es una institución del pasado que ha perdido importancia, que la gente no cree en nada, que el apa no suma votos, etcétera.

Eso lo pagaría Macri en la primera reunión del 27 de febrero de 2016. Mauricio, según el Papa, forzó esa reunión, que debió ser mucho tiempo después de su asunción. Pero el propio Bergoglio se dejó influir por su Secretaría de Estado, que juzgó conveniente que lo recibiera. La idea de que una foto con el ceño adusto equivale a una encíclica es una estupidez supina. Pero es cierto que tampoco Francisco hizo otras manifestaciones de agrado por esa incursión macrista al Vaticano. Desde esa fecha, hubo además algunos diálogos telefónicos en donde salieron referencias a los desencuentros del Papa con los entornistas del presidente:

—Hay dos a quienes tiene que perdonar —le diría Macri, con referencia a Marcos Peña y a Durán Barba.

—A uno ya lo voy a perdonar. Pero al otro no lo voy a perdonar nunca. Al que voy a perdonar es a Marcos…

Marcos consultó, antes del segundo viaje de Macri al Vaticano, en octubre de 2016, si debía concurrir. Le dijeron desde allá que mejor no fuera. Uno de los voceros informales de Bergoglio, Santiago Pont Lezica, estuvo en Olivos antes de ese viaje. El presidente le agradeció lo que hacía para ayudar a que las relaciones mejorasen.

—Usted se reúne con Obama, y Obama dice que el Papa es el hombre más importante del mundo. ¿Cómo se va a llevar mal con el Papa, que además es argentino?

—Tenés razón —admitió Macri—. Pero es que no entendemos bien los mensajes que da el Papa.

De todos modos, la segunda reunión con Macri fue el indicador de una mejoría de las relaciones. Fue a puertas cerradas y con la prensa lejos. Tampoco sirvió mucho para mejorar la idea que Bergoglio tiene

de Mauricio. Ha dicho de él: «La vida no es tener tres globos, ganar, ser rico y tener una mujer linda al lado. Y no es que hable mal de Juliana, que es divina. Eso no es la vida, camisita celeste y todos riéndonos, el país es otra cosa», le han escuchado en momento de extrema franqueza.

Solía repetir ante sus visitantes argentinos: «A Cristina había que abrazarla para que no chocase. A estos hay que recordarles que los pobres existen». Reconoce que la ayuda social del Gobierno se amplió con Cambiemos, pero se queja de que la administración macrista aplicó a cuentagotas la aplicación de la Ley de Emergencia Social que el Vaticano promovió en el Congreso argentino a finales de 2016.

Ante otros, señala que el asesoramiento de Durán Barba instala un germen de escepticismo en el corazón de las decisiones del Gobierno. Esa percepción estalló en el conflicto más grave que separó a Francisco de Macri en 2018: el debate en el Congreso sobre la despenalización del aborto. Esa batalla mostró un juego de espejos entre los dos: ninguno quería el aborto, se sacaron el gusto cuando el Senado sepultó la iniciativa, pero quedaron más peleados que nunca.

—Yo creo que tengo que tomar un café con Francisco —le dijo una vez Durán Barba a Pont Lezica.

—Creo que va a ser difícil.

—No me voy a poner muy de acuerdo con tu amigo.

—No creo…

1. No tuvo ese privilegio, porque la gobernadora de Tierra del Fuego Fabiana Ríos aceptó por decreto el fallo de Seijas y permitió el casamiento de los jóvenes Alex Freyre y José María Di Bello. La historia la cuenta en detalle Bruno Bimbi, *Matrimonio Igualitario. Intrigas, tensiones y secretos en el camino hacia la ley,* Buenos Aires, Planeta, 2010.

2. José Luis Alonso Marchante, *Menéndez, rey de la Patagonia,* Santiago de Chile, Catalonia, 2014, cuenta detalles de la historia de la familia Braun, ascendiente de Marcos Peña. En esa etnia figura José Luis Cantilo, que fue interventor en la provincia de Buenos Aires designado por Hipólito Yrigoyen, y también ligado a la Iglesia, algo poco frecuente entre los radicales de aquel tiempo. Peña suele bromear con este parentesco; cuando le presentan demandas clericales en su despacho de la Jefatura de Gabinete, saca, para blandírselo en la cara a esos visitantes, un retrato de aquel pío Cantilo.

3. Oscar Muiño, *La guerra de los 100 años. Revolución, martirio y resurrección del movimiento estudiantil. De la Reforma a Franja Morada (1918-2018),* Buenos Aires, Lumiere, 2018, pp. 525-517.

4. Véase disponible en línea: <http://www.aica.org/3161-comunicado-del-card-bergoglio-sobre-la-resolucion-para-abortos-no.html>.

El dueño de los secretos

Rodeada de fantasías, la relación personal de Francisco con algunos políticos es tan estrecha como íntima. Esto interesa para examinar las relaciones con funcionarios del Gobierno de Mauricio Macri, a cuyos secretos ha accedido Bergoglio por su función sacerdotal. El sacramento de la confesión establece una ligazón que no solo encubre el secreto, sino que también oblitera las acciones que pueden seguirse de los contenidos intimísimos de lo que se habla en el confesionario. Quienes imaginan las distancias personales e ideológicas que pueden existir entre la cúpula del Gobierno macrista y el Papa Francisco tienen que reparar en que altísimos funcionarios de esa administración han sido confesados por el pontífice cuando era arzobispo de Buenos Aires. De todos ellos, escuchó sus ideas, sus miedos, sus proyectos, además de sus pecados.

Aunque se trate de un sacramento, para un religioso con el formato político de Bergoglio la confesión es un recurso de acción, como lo es el acercamiento de los políticos al reclinatorio del confesionario. El caso más gravitante es el de Gabriela Michetti, que en 2015 fue elegida vicepresidente de la Nación en la fórmula de Macri. (1) Michetti se confesó con Bergoglio hasta que este fue elegido Papa. Cuando partió hacia el Vaticano, le designó el confesor sustituto, nada menos que el cura villero Gustavo Carrara. Este fue hecho obispo auxiliar de Buenos Aires en diciembre de 2017 y pasó a dirigir la Pastoral en Villas de Buenos Aires. Ya obispo, reconocido como uno de los más cercanos al Papa, es hoy el oído que atiende espiritualmente a la vicepresidente, que suele visitarlo en la catedral metropolitana, que está frente a la Casa de Gobierno, cruzando la Plaza de Mayo. Ni en los regímenes más clericales fue frecuente que un mandatario de la jerarquía de Michetti fuera confesado por un futuro Papa o por su delegado en su tierra. Ni Felipe II.

Bergoglio dijo que Michetti entendió que como Papa ya no era más director espiritual de quienes fueran sus ovejas en Buenos Aires. Se ocupó de nombrarles un confesor sustituto.

A otros integrantes de ese gobierno, como Esteban Bullrich —ministro de Educación, después senador nacional por el distrito Buenos Aires, el más importante del país— o Jorge Triaca —estrella del primer gabinete como ministro de Trabajo y antes legislador clave para cuestiones de administración de la economía—, los recibió conmovidos por angustias personales. A solas, les escuchó sus cuitas y consoló su dolor interior por pérdidas personales o conflictos

insoportables. A Triaca lo escuchó con paciencia después de que muriese su padre, un discutido dirigente sindical. Lo consoló, aceptó rezar una misa en su memoria. De paso, también después de su muerte, recibió a la última mujer de Triaca y la reclutó hasta el día de hoy para el bergoglismo explícito. A Bullrich lo escuchó cuando le expuso la enfermedad de una pequeña hija. El senador cree su hija superó esa tragedia por intercesión de Bergoglio, y está dispuesto en ofrecer pruebas, cuando sea oportuno y necesario, de que esa curación fue un milagro.

Elisa Carrió tuvo una etapa de estrecha relación con él antes de constituirse el Gobierno de Cambiemos. Bergoglio auspició sus proyectos políticos, como la construcción que hicieron juntos de una candidatura de Jorge Telerman a jefe de Gobierno del distrito federal de Buenos Aires.

También fue guía espiritual de diputados y funcionarios de línea de ese Gobierno, como Jorge Enríquez, que se constituyó en uno de sus operadores como funcionario del Gobierno de la Ciudad.

En la prehistoria de este PRO-radicalismo, se hilvanan tramas que serán recurrentes en el macrismo. En 2003, Macri era candidato a jefe de Gobierno y abrió cuatro listas de candidatos a legisladores para ampliar el arco de los apoyos con un barrido transversal. Una estaba encabezada por Eduardo Lorenzo (Borocotó Jr.) y Santiago de Estrada, ex embajador en el Vaticano: aunque no reportaba al arzobispo, este lo prefería muchas veces como interlocutor con la política. La otra lista era encabezada por Gabriela Michetti, el radical Enríquez, el debutante Marcos Peña y el peronista Diego Santilli. La tercera llevaba a Jorge Mercado y al músico «Chango» Farías Gómez. La cuarta era de corte conservador, y la encabezaban Juan Carlos Lynch y Paula Bertol. Macri perdió en segunda vuelta contra Aníbal Ibarra, pero sus listas triunfaron y alcanzaron a ocupar veinticuatro bancas.

Bergoglio vigiló el armado de todas las listas, especialmente de la mayoritaria. Enríquez, un radical que terminaba ese año su banca por la UCR, se había ido del partido y buscaba la reelección por Recrear, de Ricardo López Murphy y Patricia Bullrich, en el sexto lugar de la nómina de ese partido.

Llamó Bergoglio y le dijo:

—Te va a llamar Guillermo Marcó y te va a hacer una propuesta —Marcó era vocero de Bergoglio, tenía gran actuación en los medios.

—OK —dijo Enríquez—. Lo escucho y le digo qué voy a hacer.

—No —le dijo Bergoglio—. Vos vas a aceptar la propuesta.

—Sí, padre.

Se reunió con Marcó y le dijo que tenía que salir de la lista de López Murphy, porque iba a ser el segundo de Michetti en la lista oficial de Macri.

—Es para sigas siendo diputado; para la Iglesia es importante que estés ahí. En la otra lista, de sexto, no salís ni loco. Enríquez fue reelecto. (2)

Por sobre todos los personajes del Gobierno de Macri, Michetti es la dignataria más alto captado por la red de Bergoglio. Graduada en la Universidad del Salvador, no alcanzó a tratarlo allí. Cuando asumió como diputada local en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires en 2003, era la cabeza del proyecto de Macri, que había perdido la elección por el Gobierno. Católica practicante, concurría a las misas del arzobispo como una fiel más, pero nunca se animó a encararlo directamente. Se acercó a él a través de Graciela Bergoglio, prima hermana de Jorge, que vivía en Laprida, la ciudad natal de Gabriela. Ella hizo de introductora.

Desde la primera reunión, el canal de esa relación eludió la política. Desde aquel año, tuvieron reuniones periódicas que podían tener como pretexto inicial algún asunto legislativo de interés de la Iglesia, pero Bergoglio llevaba el diálogo a temas religiosos y espirituales. Terminó siendo el director espiritual y confesor de la entonces legisladora. En cada visita que ella le hacía en la oficina del Arzobispado, la esperaba con una pila de libros para regalárselos. En cada uno de ellos, pegaba un sticker con la indicación de las páginas que debía leer para determinados temas. Eran libros, por lo general, de antropología, historias de la Compañía de Jesús, casi siempre alguno era de su autoría.

Por esa relación, Bergoglio fue consejero en decisiones que Michetti cree clave en una carrera que la llevó hasta la vicepresidencia de la Nación. Por ejemplo, cuando decidió dejar en 2009 el cargo de vicejefa de Gobierno de Macri, que había ganado en 2007, para encabezar la lista de diputados nacionales. Esa elección era importante para el PRO, porque el proyecto dependía de un triunfo sobre candidatos que podrían desplazar a Macri de peleas mayores. El PRO enfrentaba a candidatos de peso como Fernando Solanas y Elisa Carrió, de enorme crédito entre el electorado porteño.

«Tengo un dilema de valores», fue a decirle Michetti a Bergoglio. «Mi compromiso es con la institucionalidad, por ejemplo, terminar un mandato y no dejarlo para saltar hacia otro cargo mejor. Es un compromiso con el público que me votó en 2007. ¿Lastimo ese valor si soy candidata? Y frente a eso, está el valor de darle continuidad a este proyecto. Porque si no ganamos esta elección de medio término, nos vamos a la miércoles. Y si no voy yo de candidata, no le ganamos a nadie».

En aquel momento, recuerda Michetti, el negativo de Mauricio en las encuestas de opinión era alto todavía y la evaluación de la gestión ni llegaba a los 40 puntos. Que siguieran en carrera, estimaban,

dependía de ganar en esa elección. En ese entonces, Michetti estaba por encima de todos los postulantes, incluso de Carrió, que en las elecciones presidenciales de 2007 había salido segunda después de la ganadora, Cristina de Kirchner. En el distrito, la jefa del ARI había tenido su mejor resultado; superó a Cristina por casi 14 puntos. El referente más cercano a Macri —que ese año ganó su primer mandato como jefe de Gobierno— era Ricardo López Murphy, que en las presidenciales había alcanzado menos del 4%. En las encuestas para las elecciones de 2009, la figura de Michetti superaba a la de Carrió. Esta fue candidata ese año en la nómina que encabezó Prat-Gay, pero en el tercer puesto. Según Michetti, fue para no perder las elecciones con ella. Carrió decía que no quería disputar con su discípula. «Además, Alfonso tiene que crecer», argumentaba.

Bergoglio bajó la cabeza, estuvo unos minutos en silencio: «Yo le voy a hablar de un concepto. Después, usted decide… Le voy a hablar del concepto de eticismo».

Desarrolló su conocido argumento, que le han escuchado muchos en privado y en público, sobre las diferencias entre la «ética» y el «eticismo». Abundan las maneras de merodear esta diferencia. Aquí, una síntesis: «Confieso que les tengo pánico a los intelectuales sin talento y a los eticistas sin bondad. La ética es la floración de la bondad humana, está enraizada en la capacidad de ser buena que tiene la persona o la sociedad. De lo contrario se convierte en eticismo, en una ética aparente y, en definitiva, en la gran hipocresía de la doble vida». (3)

Aferrarse al puesto de vicejefe era un extremo eticista, una exageración de la ética. «¿Quién carajo no cortó un mandato?», pudo escucharse en ese concilio de a dos. Sí, era ético pelear por una porción de poder futuro. En las charlas privadas sobre política, Bergoglio suele atribuir al eticismo de los políticos el hecho de que basen su carrera sobre las denuncias. Eticistas, para Bergoglio, son Carrió o Gustavo Béliz. «Tome ese concepto —le dijo—. Analícelo, reflexiónelo, y después decida.»

La explicación sobre la ética forzada que se convierte en eticismo —un dictamen «muy peruca», juzgó Michetti— liberó sus ambiciones. Fue candidata ese año y les ganó a las listas de Fernando Solanas y de Alfonso de Prat-Gay.

En diciembre de 2009, renunció al Ministerio de Educación Mariano Nadorosky, enredado en la denuncia contra funcionarios de la Ciudad por escuchas clandestinas. Siguió un interregno de doce días con el escritor Abel Posse como reemplazante, uno de los episodios más pintorescos de la administración de Macri inaugurada en 2007. Posse, novelista y embajador ligado a Eduardo Duhalde, que sugirió su nombre (Ramón Puerta jura que solo facilitó el teléfono al que podían

llamarlo), pasó esos días en un interminable rap de peregrinas apreciaciones sobre el rock, los sindicatos, los periodistas y la fatal declinación de la Argentina.

Macri lo sacó en el acto y lo reemplazó por Esteban Bullrich. Esa designación también tuvo su punta clerical por la relación que todos conocían ente Michetti y Bergoglio. Michetti había intentado sostener a Nadorosky en el cargo, pero su reciente triunfo en las elecciones a diputada nacional la convertía en una estrella cuyo crecimiento querían interceptar sus adversarios internos. Horacio Rodríguez Larreta y Diego Santilli fueron los ganadores en esa pulseada del gabinete, principalmente porque desplazaban a Michetti del área de Educación. Esa era una guerra que venía del fondo del tiempo y que llegaría a su apogeo en las primarias de 2015, que enfrentaron al ticket Larreta-Santilli con Michetti por la candidatura a la sucesión de Macri en la Ciudad. En esa crisis, había consentido, a través de su espada Marcos Peña, la designación de Posse, todo con tal de que no asumiese Bullrich.

A tanto llegó ese empeño, que el propio Peña —el hombre que inspiró a Mauricio Macri a avalar el matrimonio igualitario porque, dijo, «estaba cansado de las monjas y los curas»— estuvo cerca de asumir en Educación cuando renunció Nadorosky. En ese sainete, fue más explícito el apoderado José Torello, quien dijo:

—Hay que frenar a Jorge.

—¿Qué Jorge? —le preguntaron.

—¿Cómo qué Jorge? ¡Bergoglio!

Por esas cosas, de las que el cardenal se entera en el acto, es que acuñó el adjetivo de frívola para calificar a la gestión macrista.

En esos tiempos, Michetti y Bergoglio mantenían reuniones cada dos meses, algunas en la catedral y otras en el despacho del Gobierno porteño. Solía llamar él:

—Voy para allá. ¿Cuándo quiere que la vaya a visitar?

Y cruzaba caminando. En ese despacho, hubo escenas de confesión formal.

—Disculpe, ¿no tiene una Biblia por acá?

—Sí, pero la católica no la tengo, tengo la que me regalan los protestantes.

—No importa, tráigamela.

Con el paso del tiempo, esa relación de dirección espiritual influyó en decisiones legislativas. Cuando se votó la Ley de Matrimonio Igualitario, Michetti votó en contra, con el argumento de que debía ponerse alguna restricción a la adopción de niños por parte de las parejas del mismo sexo. Hoy dice estar arrepentida de ese voto, pero en 2010 siguió la recomendación de Bergoglio contenida en la carta a las carmelitas. También atendió a lo que les decían los obispos a los

diputados y senadores en las reuniones de *coaching* a las que los convocaban, por grupos, en la sede de la Conferencia Episcopal de la calle Suipacha.

Según el hábito que tenía con los visitantes a sus oficinas del Episcopado, Bergoglio solía acompañarla hasta la puerta empujando la silla de ruedas hasta el auto (algo que repite ahora monseñor Mario Poli con el argumento de que «me han dicho que esta es la tradición»). En uno de esos viajes, Michetti le dijo:

—Jorge, algún día tenemos que hablar de la homosexualidad. Nunca hablamos de este tema y me gustaría ver cómo tomamos esto, que para la Iglesia es un problema…

—Tranquila, Gabriela, lo vamos a hablar muy bien, porque yo soy guía de parejas homosexuales.

Esa charla prometida aún no tuvo lugar.

1. Fernando Amato y Sol Peralta, *Gabriela. Historia íntima de la mujer detrás de la política,* Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

2. Ignacio Zuleta, *op. cit.,* pp. 56 y 57.

3. Sergio Rubin y Francesca Ambrogetti, *El jesuita. Conversaciones con el cardenal Jorge Bergoglio,* pról. de Abraham Skorka, Buenos Aires, Vergara, 2010.

43. LA TEOLOGÍA DEL PUEBLO EN LA CÚPULA DEL MACRISMO

«¿Usted es el Mario Quintana de la televisión?»

Mario Quintana es hijo de una médica que atendía en Los Perales, en la zona de Mataderos. Nieto de un comunista, su madre iba a misa a escondidas. Se formó en la iglesia de San Lucas con una convicción juvenil de misa diaria. De ahí pasó a militar en una villa de Ciudad Oculta, en las antípodas de la Iglesia jerárquica. Estudió economía en la Universidad de Buenos Aires y se presentó a una convocatoria para hacer un posgrado en Alemania. Sabía alemán, pero no estaba graduado, por lo cual solo pudo aplicar a una beca preparatoria del posgrado, con sede en la Argentina. Era una beca que concedía el Episcopado alemán, para la cual escribió una monografía sobre el proceso de empobrecimiento de la Argentina a la luz de la teología y las escuelas económicas latinoamericanas. Eso lo zambulló en el estudio de las economías de los países de la región y de teólogos de la liberación, como Gustavo Gutiérrez o Leonardo Boff, y obispos como Helder Camara.

A los 22 años, ya había producido esa tesina, que le sirvió para incorporarse a un nuevo programa. Eran cinco equipos a nivel mundial (Alemania, Brasil, Perú, Chile y Argentina) que prepararon varios tomos sobre la Doctrina Social de la Iglesia en América Latina. En cada país, había un *senior* y un *junior*. En la Argentina, los *juniors* eran dos, Quintana y Virginia Azcuy, una teóloga que después fue profesora en el seminario de Devoto. El *senior* era Juan Carlos Scannone, asesor de Francisco. (1)

Quintana no volvió a verlo durante más de veinticinco años. En 2017, el economista participó de un retiro espiritual en el Colegio Máximo de San Miguel, alma máter de Bergoglio y sede de la Facultad de Teología de la Universidad del Salvador. Lo llevó un grupo de amigos con inquietudes religiosas. En uno de los ratos libres, se acercó a la vitrina que exhibe, junto a la portería del colegio, las publicaciones de la compañía y de sus principales plumas. Buscaba recuperar un ejemplar del libro que recopiló la investigación que había hecho sobre la Doctrina Social de la Iglesia en su juventud.

Compró un juego con los cincos tomos que lo tienen como participante. Cuando los pagaba, preguntó:

—¿Scannone vive?

—Claro que vive. Y vive acá.

—¿Podré verlo? ¿Por qué no me lo llama?

Scannone bajó de su habitación y le preguntó:

—Perdone, ¿usted quién es?
—Soy Mario Quintana.
—No lo conozco…
Quintana agarró el libro que acababa de comprar y se lo mostró.
—De este libro seguro que se acuerda…
—Sí, para ese libro trabajamos muchos.
—Yo era el junior del equipo… Mire… —y le señaló el nombre.
—¿Ese es usted? ¿Y de qué trabaja ahora?
—Ahora soy ministro de Macri».
—¿Usted es el Mario Quintana de la televisión?

Se saludaron y se apartaron para una larga reunión de reconocimiento. Estuvieron dos horas en donde Scannone le contó de su tarea de asesor de Francisco. Era noviembre de 2017.

Se pusieron al tanto de sus biografías después de un cuarto de siglo sin verse. Recordaron al promotor de aquella investigación, el teólogo Peter Hünermann, con quien Quintana quería hacer un doctorado en la Cátedra de Teología de la Universidad de Tübingen. No pudo hacerlo porque tenía que trabajar en Buenos Aires y ya tenía una familia con hijos que le impidió dedicarse a la vida académica. Se desquitó convirtiéndose en un hombre de negocios. Hablaron también del amigo común Juan Grabois. Pocos días más tarde, el sacerdote debía viajar al Vaticano a participar de dos seminarios sobre ética y economía que organizaba el Papa con la colaboración del economista americano Jeffrey Sachs.

—Venite —lo invitó—, le digo al Papa y te arreglo todo. También viene Juan, me acaba de llamar Sánchez Sorondo para que lo lleve a Grabois.

—No puedo, es una reunión política, si no fuera ministro, iría con todo gusto.

El hombre de las utopías incumplidas

El personaje más conspicuo del entorno macrista con referencias clericales no era Peña. Era Quintana, su segundo en la Jefatura de Gabinete, como coordinador de esa área, con facultades de policía sobre la mitad de los ministros desde que asumió el Gobierno de Macri hasta la crisis de gabinete de septiembre de 2018. Esa primera etapa de la administración se caracterizó por el intento de hacer un cambio profundo del sistema político argentino. No era solo un cambio de gobierno: se trataba de cambiar la manera de administrar la economía, las relaciones entre la Nación y las provincias y avanzar detrás de un programa de apertura y desregulación después de quince años de gobierno peronista. En ese hombre confió Macri y su valedor, Horacio Rodríguez Larreta, para que llevase adelante esa agenda que

se congeló en septiembre de 2018 en medio de una corrida financiera. Con la salida de Quintana, el Gobierno abrió una nueva etapa: la de una administración de emergencia que salvase el proyecto político de prolongar el ciclo del Gobierno no peronista después de 2019.

En su comienzo, el Gobierno de Cambiemos dividió las responsabilidades entre él y otro empresario con el mismo rango de vicejefe de gabinete, Gustavo Lopetegui. De Peña, Quintana y Lopetegui dijo en un momento Macri que son sus ojos en el Gobierno y que tienen tanto poder de decisión como él.

Cambiemos es otra de las rarezas extravagantes en las que es tan rica la política argentina. Reúne:

1) un partido, quizás el único que tiene vida en la Argentina, que es la Unión Cívica Radical;
2) una empresa, que es el PRO, que tiene un solo dueño del 100% de las acciones, se llama Macri;
3) y un *fan club,* el de los seguidores de Elisa Carrió.

Cada uno de esos componentes tiene un método y una fisonomía diferente a la de los otros. La UCR es una peña horizontal que somete todo a deliberación y que no tiene ningún dirigente a quien se le reconozca el liderazgo en los términos del caudillismo clásico. El macrismo es una organización personalista que nació con Macri y que morirá con él. Carrió es una dirigente social que acumula un poder político que nadie tiene, pero se conduce según un liderazgo profético y del cual solo da razones a su público.

Sobre ese terreno, Quintana tuvo que montar una administración eficiente, que retrotrajo las cosas a pujas elementales de la política, como la que existe entre conservadores y radicales, entre liberales y socialcristianos, entre tecnócratas y punteros. Ese rol no era el más cómodo para él, y buscó cómo acomodarse en ese oficio de aventureros y audaces que es la política. No se perdía reuniones con punteros y dirigentes sindicales, de las que a veces salía herido en la tarea de buscar un lugar distinto al que le habían asignado en el organigrama del Gobierno y que se acercase algo a sus utopías de su juventud.

Este hombre terminó encarnando el símbolo del empresario de derechas de un gobierno estigmatizado por sus adversarios por estar al servicio de su clase. Quintana es, en realidad, un liberal sin doctrina, desencantado de la ortodoxia económica. Eso lo convirtió en poco tiempo en el mejor amigo en Cambiemos para las organizaciones sociales amparadas bajo la sotana del Papa Bergoglio. Les cedió un espacio que esas organizaciones nunca habían tenido durante el anterior Gobierno peronista y promovió proyectos como la Ley de Emergencia Social, que sancionó el Congreso a finales del año 2016,

sobre la base de un proyecto redactado por Juan Grabois, y el de expropiación de tierras en villas de todo el país para entregarles los lotes a sus ocupantes. Desde la torre de marfil, impulsó una revolución social de consecuencias impredecibles, como las de toda revolución. Como se hizo fuera del libreto del pobrismo clásico del peronismo y las izquierdas, esa revolución pudo hacerse en silencio, fuera de los faroles del escenario. Todo un destino latinoamericano el de Quintana, que resultó más revolucionario que los insurgentes que lo señalaban con el dedo creyéndolo el enemigo de clase. Ningún gobierno tuvo en sus elencos a un hombre que entendiera mejor el plan de Bergoglio, a quien Quintana considera más conservador de lo que él querría.

En esas escaramuzas, Quintana despachó utopías incumplidas, las de su pasado juvenil como activista junto a curas villeros que orbitaban entre la teología de la liberación, latinoamericana, y la teología del pueblo, argentina y criolla, alma máter de Bergoglio. También, experiencias más recientes, como profesional de la economía, como auditor en los años noventa nada menos que de la estructura económica de la Iglesia argentina. Esa misión profesional, a pedido de la Conferencia Episcopal Argentina, lo convirtió en un conocedor privilegiado de la ingeniería pastoral de la Iglesia, sus rentas, sus ingresos y egresos, el sistema de financiamiento, el mapa de sus propiedades, etc. Un activo privilegiado para un hombre de Estado.

Esa experiencia hay que ponerla en la balanza de las relaciones entre el equipo de Macri y Bergoglio. Este era miembro de la Conferencia Episcopal cuando Quintana realizó esa auditoría, que incluyó un proyecto de reforma para hacer más eficiente la sustentabilidad económica de la Iglesia. Hay un misterio de la Iglesia que conocen Quintana y no muchos más laicos. Eso no debe ayudar mucho a mejorar las relaciones.

Para Quintana, que se crio en la doctrina de la Iglesia de la opción preferencial por los pobres, tampoco el formato de Bergoglio es el más afín a su militancia juvenil. Cree que es un conservador y que debería tener una agenda más audaz en lo social. Tampoco cree en su habilidad política, que juzga más cercana de la astucia ante cada oportunidad que de la lucidez.

Quintana participó de esa auditoría de la Iglesia en 1997 después de estar en la consultora McKinsey y aplicó los criterios de esa organización al trabajo: el «ojo McKinsey». Era un proyecto liderado por Eduardo Casabal y promovido por varios obispos, pero principalmente por el de Resistencia, Carmelo Giaquinta —presidente de la comisión económica de la Conferencia Episcopal—, y el de San Isidro, Jorge Casaretto. En sus memorias, este obispo dedica atención especial a las rentas de la Iglesia y le reconoce al cardenal Antonio

Caggiano la ingeniería económica de la institución. Una de sus frases era: «Yo me he comprometido a sumar cada año una propiedad más a mi diócesis». Quintana, cuando escuchaba eso, respondía enojado: «¿Y eso qué tiene de pastoral?».

El trabajo final incluía la propuesta de un censo general de las propiedades de la Iglesia que el equipo que integró Quintana no llegó a completar. Ese trabajo lo continuaron otros expertos durante diez años más. Sí participó en debates sobre el manejo de esos bienes, en los que trataba de ponerle algo de ciencia a la administración. «Trataba de que entendieran que no era cuestión de tener muchos metros cuadrados, sino de tener el flujo para poder bancarlos, y que eso era un costo que recaía después sobre todo el conjunto de la Iglesia.» El objetivo del trabajo era acercar instrumentos para alcanzar el autosostenimiento del culto de la Iglesia, y ya en aquellos años, que eran los de la dádiva menemista sobre los obispos, se hablaba de renunciar a los aportes del Estado a la Iglesia. Ni entonces ni ahora eran cifras significativas, pero a obispos como Bergoglio, que entonces era auxiliar de Buenos Aires, le parecían negativas, porque desnaturalizaban a una Iglesia que debía ser pobre para dedicarse a los pobres. En el presupuesto actual, el total de los aportes a la Iglesia llega a los 140 millones de pesos al año, fuera de los subsidios a las escuelas, que tienen un régimen aparte ligado a la política educativa general. Ese monto incluye salarios de los obispos, seminaristas y sacerdotes de frontera.

De ese trabajo, a Quintana le quedaron relaciones de amistad con obispos, como Mario Poli, José María Arancedo y Carlos Malfa. Cuando se reúnen, se refieren a él con humor como «el ministro que ha sido nuestro empleado». En el transcurso de esa consultoría, la Iglesia argentina planteó por primera vez una reforma de fondo sobre el sistema de financiamiento. La conducían Carmelo Giaquinta, el sacerdote Rafael Braun (tío del futuro funcionario Marcos Peña) y Eduardo Casabal (directivo de McKinsey, que había acercado a Quintana a esa tarea). Eran reuniones con la mesa directiva de la Conferencia Episcopal a las que acudían estos asesores munidos de coquetos Power Points que miraban con paciencia los anfitriones. Cuando rindieron el informe final, hicieron salir a los economistas, y los obispos se enfrascaron en una larga reunión. Salió Giaquinta y les comunicó que el reporte había sido aprobado con 76 votos a favor y 4 abstenciones. Uno de los asesores bromeó: «Una de dos, o el Espíritu Santo existe, o esos pibes no entendieron nada de lo que les propusimos». Durante varios años, un equipo de asesores, entre quienes estaba Quintana, recorrió las diócesis de todo el país. Eso convirtió al futuro vicejefe del gabinete de Macri en uno de los mejores conocedores de la Iglesia argentina, la que condujo Bergoglio,

el hombre más poderoso de la época —y quizá de la historia— y con relaciones más espinosas con su gobierno.

Antes de que Bergoglio fuera elegido Papa, mantuvieron una larga charla a solas de una hora y media. Quintana estaba en el llano de la actividad empresarial. Midieron allí coincidencias y diferencias entre dos hombres de un pasado común en la teología del pueblo. Ya estaban muy lejos de ese núcleo de ideas que, a distintas edades, pudieron compartir.

Esa conversación ocurrió en junio de 2010, cuando el Congreso argentino discutía el matrimonio igualitario y Bergoglio había difundido una carta que había enviado a unas monjas de clausura rechazando la iniciativa. Quintana estaba a favor del proyecto con tanta vehemencia, que había renunciado a su afiliación a la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE), la principal organización confesional de empresarios de la Argentina. La ACDE había publicado un comunicado de rechazo a esa ley, y Quintana consideró que sobrepasaba el límite de sus convicciones. Años más tarde, la ACDE formó parte activa del Foro de Convergencia Empresarial, una liga de cámaras empresarias opositoras el Gobierno peronista, que diseñó un programa completo para un eventual Gobierno de Macri, el mismo que Quintana condujo como vicejefe del gabinete cuando ganó Cambiemos, entre 2015 y 2018.

Quintana derivó de aquella piedad villera a una religiosidad que no se sale de la ortodoxa, pero que busca otros rumbos. Reconoce, de grande, que su mentor es el profesor de filosofía Bernardo Nante, que conduce una de las facultades de la Universidad del Salvador. En la juventud, Nante se dedicó a la producción cinematográfica y tuvo relación con la filmación de una película que también recorre el trayecto intelectual de Bergoglio. Se trata de *La misión,* Ese filme fue escrito por Roberto Bolt, libretista de grandes historias, como *Lawrence de Arabia,* y repasa la pelea entre las coronas de España y Portugal en las misiones jesuíticas de la Argentina. Tiene gran profundidad conceptual —una rareza en Bolt, que no era católico, sino de formación metodista—. Nante, junto a un amigo, Alejandro Azzano, proveyó los servicios de producción en la Argentina para este filme que dirigió Ronald Joffe en 1986.

Nante está dedicado a la enseñanza de la filosofía desde el ángulo de la psicología profunda, mezclada con orientalismo y reminiscencias del pitagorismo. Algo lejos de la ortodoxia, parece haber capturado la conciencia de Quintana, que lo reconoce como su mentor espiritual. El economista ha hecho cursos de filosofía en la fundación Vocación Humana, pero sigue leyendo teólogos tradicionales.

Esta cercanía con Nante identifica a Quintana con el ala de los jesuitas y del Salvador más críticos de Bergoglio. La experiencia con él

como provincial de la Compañía fue traumática y marcó diferencias que aún duran.

En esa deriva intelectual, Quintana reconoce como principal referente a un monje benedictino. Se trata de David Steindl-Rast, de quien se declara seguidor. Es un austríaco que se acredita como uno de los primeros curas que se sumó al budismo zen y que se abrió al diálogo interreligioso que, décadas más tarde, auspiciaría Bergoglio como obispo y como Papa. Se mueve, según los documentos de su movimiento, entre las universidades de élite de la Ivy League de los Estados Unidos y los pobres del Zaire. Anima retiros con sufíes y también con boinas verdes americanos.

Se trata de una estrella de una espiritualidad nueva que se ha codeado con otras estrellas inspiracionales, como la madre Teresa de Calcuta, el Dalai Lama, el antropólogo Joseph Campbell, el monje trapense y poeta Thomas Merton (maestro de Ernesto Cardenal, el cura sandinista), Viktor Frankl (creador de la logoterapia, una especie de psicoanálisis que fascina a los católicos, porque rechaza las bases pansexualistas de Freud). Naturalmente, aparece en conferencias TED, un ejercicio de la intelectualidad popular de mercado, y solo le falta aparecer junto a Bono, pero todo se dará a su tiempo. El hermano David divide su vida entre los retiros como ermitaño y las conferencias.

Quintana lo conoció por un amigo que lo trajo a la Argentina, y quedó fascinado con el personaje. En otro viaje, se animó a llevárselo a Macri. La reunión fue en la quinta Los Abrojos, donde mantuvieron un diálogo sobre las experiencias de meditación que dice ejercer el presidente argentino. No se sabe que, a diferencia de Quintana, Macri se haya convertido al «davidismo». Quintana tranmitió esa devoción a su familia por Steindl-Rast, a quien agasaja en su casa como a un amigo.

Quintana, a diferencia de muchos de los formados en la Iglesia villera de los años setenta y ochenta, nunca se sintió atraído por el peronismo, aunque fue funcionario de la administración de Carlos Menem en puestos de la segunda línea. Creyó, y cree, en lo económico, en el rol del mercado como mejor distribuidor de la riqueza, y es un liberal americano en lo político. Esto último lo lleva a calificarse como un promotor del cambio social de nuevo paradigma. Quintana se define en estos términos: «Mientras la conciencia del hombre tenga como eje articulador el proceso de acumulación económica, el mercado es la forma más eficiente de administrar la economía. Yo voy a seguir laburando para cambiar ese eje de articulación económica, empezando por mí mismo. No quiero que el proceso de acumulación económica sea mi eje articulador. Pero tengo que reconocer la realidad histórica fáctica, de los hechos. El

socialismo fracasó».

Quintana participó del proyecto de investigación que coordinaba Scannone, que se desarrolló entre 1989 y 1991, cuando caía el comunismo en lo que fue el bloque soviético. El lema de los encuentros, que juntaban a medio centenar de especialistas de todo el mundo, era «La utopía socialista ha muerto, necesitamos una nueva utopía». Pasaron veinte años, y esa utopía sigue sin aparecer. Ninguna de las fórmulas ensayadas, cree, ha remediado los males del capitalismo, que son la brecha entre precios y pobres, la depredación ambiental y la crisis antropológica de la infelicidad. Lo que llama «capitalismo perverso» ha opacado también los valores del capitalismo, como la correlación entre valor social y valor económico, donde los que ganan producen un valor social, porque proveen mejores bienes y mejores servicios a más bajo costo, innovan, etc. Con eso terminan ganando la corrupción, la cartelización, la patria contratista.

Esta visión explica que Quintana fuera funcionario de Macri, cuyo discurso va en línea con ideas parecidas, aunque formuladas sin la precisión de este empresario con lecturas de economía, de filosofía y de teología. Como afirma la retórica de Macri, también cree en la superación del mito del individualismo. El individualismo es el origen del mito de la propiedad privada que, en una utopía que avance por esta línea, también hay que superar. En esto vuelve a acercase a sus lecturas de origen, para las que todos somos persona, somos relación.

Sigue de cerca desarrollos teóricos de nuevas formas de capitalismo que abren nuevos frentes de cambio. Es un humanismo de más conciencia social, ambiental, «ecosófica» (en donde la naturaleza enseña, bien a lo *Laudato Si”*). Es un movimiento como el del capitalismo consciente de John Mackey (fundador de Whole Food Market) y Raj Sisodia, o del capitalismo B de Richard Branson (creador de Virgin), el movimiento de las inversiones de impacto del Global Social Impact Investment Steering Group.

El garante de las organizaciones sociales

Son iniciativas en estado gaseoso que conviven con el mundo de la economía popular, que empuja Francisco desde el papado. Vienen de fuentes distintas, pero en el fondo tienen una identidad de objetivos y pueden encontrar un puente. Quintana está a punto de convencer a Grabois de que asuma la tarea de hacer el empalme. Él propone la hipótesis de que la mejor manera de mejorar la situación de los excluidos es abaratar el precio del capital. Si el dinero es más barato, los emprendimientos son más rentables y los «compañeros» mejoran su situación. Hoy parece un problema de lenguaje. Eso impide que

puedan entenderse los jefes de todos, Macri y Bergoglio. Si encontrasen el canal verbal que fluyese por fuera de los prejuicios, verían que están más cerca.

En la visión de Quintana, Bergoglio es un conservador que está lejos de una Iglesia moderna y abierta, aunque le reconoce que sus modos sencillos y de austeridad son genuinos. Le reprocha su visión arcaica, que entiende está detrás de afirmaciones de Bergoglio de que uno de los problemas del peronismo kirchnerista era de índole antropológica y consistía en que albergaba a muchos ex militantes de Partido Comunista. (2) También cree que su vocación por los pobres es auténtica, y lo sabe por su experiencia personal años atrás, con los curas villeros, y en los últimos tiempos por sus charlas con Grabois.

Quintana se convirtió, cuando era funcionario del Gobierno de Macri, en uno de los valedores de la relación del Gobierno con Grabois, cuyos proyectos promovió cerca del presidente con el auxilio de Carolina Stanley, otra referente para las relaciones entre Bergoglio y el macrismo. Los acercó Fabián Rodríguez Simón, asesor de Macri en la ciudad de Buenos Aires entre 2007 y 2015, y después asesor presidencial. (3) Este abogado hizo leyenda como experto en estrategia política —tiene formación militar en su juventud como cadete del Colegio Militar de la Nación— y en el abordaje de asuntos complejos. En ese rol actuó en la Legislatura de Buenos Aires asesorando al bloque macrista en las leyes que ampararon a los cartoneros. Grabois estaba comprometido con los sectores de los excluidos desde la crisis de 2001. Encontró en Rodríguez Simón un interlocutor muy eficaz para lograr entendimientos por encima, y por debajo, de las inquinas partidarias.

Los presentó Rodríguez Simón en su casa y el primer encuentro fue explosivo. Grabois le enrostró sus prejuicios sobre el empresario capitalista de Farmacity. Este se desmarcó mostrando su linaje:

—Vengo de una abuela villera, he trabajado en villas antes que vos —dijo Quintana.

—Entonces ¿qué hacés trabajando con Macri?

El debate llevó a un entendimiento mutuo que ha durado y que les sirvió a los dos, en lo personal y en lo político. Se dieron un abrazo con la consigna «vamos a trabajar juntos por los villeros». Esa amistad permitió las grandes empresas de las organizaciones sociales con el Gobierno de Macri, como las leyes de la economía popular y de expropiación de villas. Se distanciaron en el último año de la gestión de Quintana como funcionario. El Gobierno demoraba el pago de los compromisos de subsidio al salario social solidario que suponía la ley de 2016. Quintana había endurecido su posición frente a las organizaciones, por las concesiones que le reprocha al ala de Gobierno que representaba la ministro de Desarrollo Social Carolina Stanley y

Horacio Rodríguez Larreta, gobernador del distrito federal, con el que las organizaciones como la CTEP de Grabois han mantenido una paz negociada desde 2015. «Se la creyó —dijo Grabois—, como en la novela, es el señor de los anillos, tuvo el anillo del poder y se desubicó con el poder que alcanzó.»

En un gesto audaz, Bergoglio celebró el quinto año del papado confiándole a Peter Hünermann la explicación de su pensamiento. Este teólogo es un viejo conocido de Francisco, ya que en los años ochenta estuvo en la Argentina y allí trabajó en temas de la Doctrina Social de la Iglesia junto a Scannone y algunos jóvenes que se iniciaban en ese pensamiento, como el financista Quintana. La elección de Hünermann como vocero del pensamiento de Francisco hizo estallar un conflicto con Benedicto XVI. El Papa emérito lo señaló como un enemigo del papado, porque había dedicado obras a discutir la autoridad del pontífice. Criticó que su libro se incluyera en la colección «La teología del Papa Francisco», dedicada a exponer el pensamiento teológico de Bergoglio, con el propósito de desmentir lo que Roma entiende como un demérito: que se lo considere un hombre de la pastoral, pero sin contenido teológico.

El Vaticano intentó ocultar el texto completo de carta de queja de Benedicto. «Solo al margen —dice Benedicto— quisiera anotar mi sorpresa por el hecho de que entre los autores figura también el profesor Hünermann, que durante mi pontificado salió a la luz por haber encabezado iniciativas antipapales. Él participó en forma relevante en el lanzamiento de la Kölner Erklärung (Declaración de Colonia), que con relación a la encíclica *Veritatis splendor* atacó en forma virulenta la autoridad magisterial del Papa, especialmente en cuestiones de teología moral. También la Europäische Theologen Gesellschaft (Sociedad Europea de Teólogos) que él fundó, inicialmente pensada como una organización en oposición al magisterio papal.» (4)

Esa crisis le costó la cabeza a uno de los personajes más gravitantes de la cúpula vaticana, monseñor Dario Viganò, ministro de Comunicaciones y gerente de la imagen de Francisco desde su asunción como Papa. Hünermann escarba en la formación de Bergoglio y recuerda quejas de este por haber sido educado con los manuales del «tomismo decadente». Este teólogo descubre y reivindica a un Bergoglio que, dice, «es un pastor con una formación teológica, que enfrenta también los problemas teológicos, esencialmente a través del discernimiento de los espíritus. En esa línea y con ese método construye una antropología teológica que está en la base de su anuncio o *kerygma*». (5)

No es trivial este incidente, como lo revela otro párrafo de la carta de Benedicto, que resulta ser una reivindicación de sí mismo frente a

sus críticos. Cuando elogia la publicación de la colección, la justifica en estos términos: «Aplaudo esta iniciativa que quiere oponerse y reaccionar al tonto prejuicio según el cual el Papa Francisco sería solo un hombre práctico privado de particular formación teológica y filosófica, mientras yo habría sido únicamente un teórico de la teología que poco habría comprendido de la vida concreta de un cristiano hoy. Los pequeños volúmenes muestran con razón que el Papa Francisco es un hombre de profunda formación filosófica y teológica y ayudan por tanto a ver la continuidad interior entre los dos pontificados, incluso con todas las diferencias de estilo y temperamento».

Este teólogo nunca negó su relación con Bergoglio, a quien admitió haber conocido en la Argentina en 1968. También blanqueó una reunión privada con Francisco en 2015, que, dice, pudo incluir en la exhortación *Amoris laetitia*. El punto en debate es lo que afirma Hünermann sobre el matrimonio. Sostuvo que es una institución histórica como lo es la indisolubilidad que dictamina la doctrina vaticana. Eso abriría una puerta a la reconsideración que propone Bergoglio del apartamiento de los divorciados de los sacramentos. «Hay situaciones en las que un matrimonio no puede continuar, y más si hay hijos», afirmó.

El teólogo ha recordado esos años con estas palabras: «En Friburgo en la década de 1960, mucha gente venía de América del Sur. Invitaron a Bernard Welte a conferencias en Argentina y Chile. Cuando Welte regresó, dijo que deberíamos estar en contacto más cercano con ellos. Era importante que fuéramos allá a equilibrar no solo el neoescolasticismo, sino también el pensamiento positivista que se había filtrado desde los Estados Unidos. Así que armamos un programa, aprendí español, y fui a Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Santiago y Valparaíso. El programa de intercambio que comenzamos todavía existe. Cubre todo el continente y ha sido muy fructífero. Aquí también conocí a Jorge Bergoglio en 1968. Solía quedarme en la residencia del seminario jesuita cuando enseñaba en Buenos Aires. Él dirigía el noviciado y más tarde se convirtió en provincial. Durante este período, lo vi casi una vez al año. Él manifestó una cierta distancia espiritual, que me impactó». (6)

1. Juan Carlos Scannone y Peter Hünermann (eds.), *América Latina y la Doctrina Social de la Iglesia. Diálogo latinoamericano-alemán,* vol. I: *Reflexiones metodológicas;* vol. II: *Identidad cultural y modernización,* ed. de Carlos María Galli; vol. III: *Pobreza y desarrollo integral,* ed. de Juan Carlos Scannone, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1992.

2. Son frecuentes las expresiones que revelan la edad de Bergoglio al juzgar algunos acontecimientos. Son conocidas las atribuciones a la masonería a los «zurdos», como dijo en un video que le registraron con un grupo de fieles chilenos que le acercaron denuncias sobre

abusos de curas de ese país a menores. Véase disponible en línea: <https://youtu.be/OdsCOi4lzfw>.

3. Véase Ignacio Zuleta, *Macri confidencial, op. cit.* En especial el capítulo «“Pepín” y la secta del Pastel de Papas».

4. Carta integral del Papa emérito Benedicto XVI a Mons. Viganò del 7 de febrero de 2018 (Agencia AICA, 18 de marzo de 2018). Benedicto se queja de que hayan convocado a Hünermann, a quien acusó promover campañas antipapales y de haber criticado a Juan Pablo II. La cabeza de Viganò rodó porque publicitó la carta del Papa emérito, pero ocultó en una imagen el párrafo crítico.

5 Peter Hünermann, *Uomini secondo Cristo oggi: L’antropoligia di Papa Francesco*, trad. de Fabrizio Iodice Tura, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, col. La Teologia di Papa Francesco, 2017, pp. 22-23.

6. Grant Kaplan, «From Tübingen to the Tiber: A Conversation with Peter Hünermann», en *Commonweal,* 22 de septiembre de 2016.

La primera acción política exitosa de Bergoglio como Papa fue contribuir al triunfo de Mauricio Macri con el veto a la candidatura peronista de Aníbal Fernández a gobernador de Buenos Aires. La segunda fue la sanción en el Congreso de La ley de Emergencia Social que se aprobó en diciembre de 2016, casi por unanimidad, siguiendo un proyecto elaborado por las organizaciones vaticanistas de la llamada economía popular. Ese proyecto fue un logro conjunto de Macri y Francisco, en donde se pudo conciliar dos agendas contrarias: la del Gobierno desregulador y librecambista que ganó en diciembre de 2015 y la de este cura formado en la teología del pueblo, que, aunque quiera negar sus filiaciones políticas, se inspira en el peronismo, una forma de socialismo nacional.

Bergoglio estaba llamado a tener una comunión total con el Gobierno peronista del ciclo Kirchner y terminó a las trompadas y tratándose como contradictores. Con el Gobierno de Macri, estaba llamado a pelearse, pero consiguió aquella sanción de la ley. Esa iniciativa estuvo en la cabeza del tridente o triunvirato de San Cayetano, que es como algunos llaman a las tres entidades que han pasado a la más estricta observancia de Roma: la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular, Barrios de Pie y la Corriente Clasista y Combativa. Esa ley declaró la emergencia social y comprometió fondos para los tres años siguientes, hasta 2019, por 30 mil millones de pasos para crear un salario social complementario que cobrarían los desocupados. Ese mecanismo se institucionalizó a través de un Consejo de la Economía Popular y un Registro Nacional de la Economía Popular.

El debate de esa ley comprometió los últimos meses de 2016, que fueron tumultuosos, porque el Congreso se enredó en la discusión de una reforma a la ley del impuesto a las ganancias para los asalariados, y un tramo de la reforma política.

Una utopía global

El proyecto nació de la Tercera Cumbre Mundial de Dirigentes de Organizaciones de la llamada «economía popular» a la que convocó Francisco en la primera semana de noviembre de 2016. Un centenar de delegados de ligas de desocupados, excluidos y marginados de todos los continentes se reunió tras el llamado de Bergoglio para escuchar el discurso más anticapitalista del Papa hasta entonces.

La primera reunión había ocurrido en Roma en octubre de 2014, un año y medio después de asumir el papado. La organizó el cardenal

Peter Turkson, a quien puso al frente del Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, del cual es asesor el activista de la economía popular Juan Grabois, uno de los típicos productos de Francisco. Lo eligió por su rol en la organización de grupos de excluidos de la economía formal en la Argentina. Grabois es el hijo de un dirigente del peronismo que estuvo ligado a la organización Guardia de Hierro, con la cual se ha relacionado a Bergoglio en los años setenta. En el discurso de la primera jornada mundial, Bergoglio le agradeció expresamente a Turkson haber convocado con eficacia a delegados de todo el mundo que trabajan con la misma hipótesis: el desempleo y la exclusión no es un accidente, sino un defecto del sistema económico del capitalismo del siglo XXI, y por eso el sistema no puede remediarlo. (1)

La segunda cumbre fue en Bolivia en julio de 2015.

En el discurso del 5 de noviembre de 2017, Bergoglio desarrolló de manera más completa sus ideas sobre la economía y el mercado. «Cuando ustedes —dijo allí—, los pobres organizados, se inventan su propio trabajo, creando una cooperativa, recuperando una fábrica quebrada, reciclando el descarte de la sociedad de consumo, enfrentando las inclemencias del tiempo para vender en una plaza, reclamando una parcela de tierra para cultivar y alimentar a los hambrientos, cuando hacen esto están imitando a Jesús porque buscan sanar, aunque sea un poquito, aunque sea precariamente, esa atrofia del sistema socioeconómico imperante que es el desempleo. No me extraña que a ustedes también a veces los vigilen o los persigan y tampoco me extraña que a los soberbios no les interese lo que ustedes digan». (2)

Grabois y la red macrista

A ese centenar de dirigentes que escuchaban en el Aula Pablo VI del Vaticano se sumaron observadores de varios países, como Pepe Mujica, ex presidente del Uruguay, y una pequeña comitiva de la Argentina. La presidía Juan Grabois, asesor de Turkson en el Dicasterio de Desarrollo Humano Integral, y la integraban algunos diputados argentinos del oficialismo y de la oposición.

Grabois se había ocupado de que esa delegación fuera amplia y que tuviese un corte generacional, con un tope máximo de cuarenta años. Le pidió a su principal enlace con el Gobierno de Macri, el abogado Fabián Rodríguez Simón, a quien conocía por la tarea de los dos en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, que buscasen a gente del PRO que pudiera participar como observadores en ese tercer encuentro de la economía popular. Rodríguez Simón había asesorado al bloque del PRO en el debate de las normas que ese cuerpo había

sancionado para regularizar la tarea de sectores marginados en la informalidad, como los cartoneros, recolectores de papel que se habían convertido, después de la crisis de 2001, en el emblema de la crisis social del país.

Este asesor interesó al jefe del bloque del partido PRO, el economista Nicolás Massot, quien se sumó a otros diputados del peronismo, como la santafesina Lucila del Ponte, del Movimiento Evita.

El primer esbozo de la Ley de Emergencia Social lo habían acercado las organizaciones al senador Jaime Linares, del grupo de Margarita Stolbizer. En ese tiempo, mediados de 2016, Abal Medina se estaba acercado al Movimiento Evita, de Emilio Pérsico, uno de los frentes bergoglistas. Los dirigentes le explicaron al senador que verían con mayor interés que ese proyecto avanzase. Parte de ese acercamiento fue la participación de Abal Medina en la marcha de San Cayetano de ese año.

El borrador lo trabajaron los legisladores del Movimiento Evita, como Lucila Ponte, de Santa Fe, y se lo acercaron a Miguel Pichetto.

El jefe de bancada habilitó el debate en el bloque y permitió que ocurrieran novedades insólitas, como la presencia de las organizaciones sociales en las audiencias de las comisiones del Senado (estaba, por ejemplo, la Corriente Clasista y Combativa (CCC), integrante del tridente de San Cayetano junto al Evita y la CTEP de Grabois). La CCC tenía un récord impecable de haber sido oposición a cualquier iniciativa partidaria desde su creación. Esta vez aceptaba sentarse en los lustrosos salones del Senado a discutir este proyecto. Barrios de Pie estaba cerca del Frente Renovador de Sergio Massa y también se sentó con los demás dirigentes sociales ante una veintena de senadores de primer nivel del peronismo.

Era novedoso que las organizaciones encontrasen un lugar institucional en el Estado a través del Consejo de Economía Popular, algo que el ala política del sector valoraba como más importante que el monto de las asignaciones de fondos.

El debate en el Senado terminó con la aprobación en un año que terminaba con un tumultuoso debate sobre la reforma política y la reforma del sistema de impuesto a las ganancias. Apenas lo votó el Senado, la CGT participó de una marcha multitudinaria junto a las organizaciones sociales para que el Gobierno incluyera el proyecto en las sesiones extraordinarias de ese año. La ley se aprobó en el Senado el 16 de noviembre, y el 18 se hizo esa marcha, que era la primera en la cual los caciques de la CGT pedían por alguien que no fueran sus afiliados.

En la primera semana de diciembre, incluido en las extraordinarias, Diputados pasó en revisión al Senado el texto final aprobado de la

iniciativa. Se modificaban detalles de organización del sistema y se corregían los montos que el Estado se comprometió a asignar. El 16 de diciembre, el Senado convirtió el proyecto en el primer gran triunfo bergoglista desde la asunción de Francisco.

A su regreso de la cumbre vaticana, Massot rindió un completo informe ante el gabinete sobre su viaje. Explicó el significado del proyecto global de Francisco y fue persuasivo: sirvió para retomar el debate sobre el proyecto de emergencia que habían presentado las organizaciones en septiembre anterior a través del bloque del Frente para la Victoria con la firma de Abal Medina y Pichetto. La iniciativa había quedado varada porque el Congreso se distraía con otros proyectos, como el de la baja de ganancias y la reforma política. Pero apenas terminó la cumbre del Vaticano, se reactivaron las negociaciones para la sanción inmediata.

Tuvo un trámite misterioso, porque los legisladores de todos los bloques y de las dos cámaras, así como el Poder Ejecutivo, exhibieron una flexibilidad negociadora nunca vista para un tema que, además, presionaba desde las calles. El informante del Senado, Abal Medina, dijo en la sesión de esa cámara donde se votó el texto final en segunda revisión: «Este proyecto nació en la calle, con la peregrinación a San Cayetano». San Cayetano es el triunvirato que maneja Grabois, y Grabois es el Papa. Por eso, en Diputados la emergencia fue votada por todos, con la excepción del extravagante diputado Alfredo Olmedo y cuatro abstenciones de la izquierda. En el Senado, el voto fue unánime a favor del proyecto.

No fue un trámite fácil, pero todos cedieron para la «unión de los ánimos» de la que habla Bergoglio citando alguna carta de San Ignacio de Loyola. Es la manera de concertar entre posiciones contrarias, pero no contradictorias, base de las políticas de Estado, según un informe inspirado en esas ideas que preparó el grupo Farrell, de sacerdotes de la teología popular, para el obispo Jorge Casaretto cuando este quiso saber qué es una política de Estado. Quien creía posible la «unión de los ánimos» era San Ignacio, pero entre los «príncipes cristianos», o sea, no cualquier príncipe, sino entre quienes comparten un credo común. Es la instancia en donde las contrariedades, el concilio de los contrarios que desarrolló la teología para el orden afectivo, individual, pueden servir para entendimientos colectivos, políticos.

La iniciativa salió, en su primera versión, de la computadora de Grabois y reflejaba fielmente la letra del discurso de noviembre. La habían elaborado abogados del Movimiento Evita, el propio Grabois y alguna mano que aún estaba agazapada, en el mejor estilo clerical.

Imponía los dos ejes de la posición bergogliana:

1) la sindicalización de los trabajadores de la economía popular a

través del registro que se creaba por la ley;

2) la creación del salario social complementario para llevarlo a un piso equivalente al salario mínimo.

Igual tenía márgenes desproporcionados, porque hablaba de la creación de un millón de puestos de trabajo y de una erogación de 120 mil millones de pesos, un extremo inaceptable para un gobierno que quería dar señales de moderación en el gasto público. Además, era un gobierno cuyo público clamaba por el fin del sistema de la dádiva que había implicado el festival del subsidio y de los planes durante la administración anterior.

El bloqueo inicial en el Congreso se rompió con el estallido de la protesta social, una especialidad de las organizaciones sociales. El Senado aprobó esa primera versión a mediados de noviembre de 2016 con la firma hasta de los moderados, como Pichetto, que jugaron a que el proyecto se iba a discutir y cambiar en Diputados, y con el voto del PRO en contra.

El proyecto lo tomó en Diputados el bloque del PRO en la figura de Massot, que a todo esto era el más enterado de las entretelas de la iniciativa por su viaje a Roma y sus relaciones con diputados del Movimiento Evita, que jugaban a la moderación, aunque pertenecían aún al Frente para la Victoria.

La cúpula de Cambiemos activó células dormidas y convocó a una reunión horas antes en el despacho de Carolina Stanley. La ministra de Desarrollo Social ha sido siempre la mejor interlocutora de las organizaciones y su oficina estaba en la cabeza de la negociación y de la futura aplicación de la norma. Fue el lunes 21 de noviembre, pero la dueña de casa no se sentó. Estaban su viceministro Carlos Pedrini, Massot, Federico Masso, un diputado de Libres del Sur por Tucumán, muy comprometido con ese proyecto, y los jefes de las organizaciones. El martes 22 siguió el debate en el despacho de Triaca y ya con la presencia de Stanley.

Grabois no estuvo presente y participó de esos debates por teléfono desde San Martín de los Andes. Endureció las posiciones cuando el Gobierno propuso que los fondos a desembolsar no fueran adicionales a los ya existentes, sino fondos nuevos. También impugnaba las posiciones del oficialismo porque este se negaba a usar en el texto la palabra «trabajador». Esa la ganó. Importa mucho, pues considerar al excluido como un trabajador es la clave doctrinaria de este movimiento. Vigiló ese proceso, también en nombre de Francisco, el laico Enrique Palmeyro, un educador que secunda a José María del Corral en la conducción del proyecto internacional de Scholas Occurrentes, pero que tiene una mesa de trabajo en el modesto búnker de la CTEP en la calle Pedro Echagüe, en donde manda Grabois.

Palmeyro es un operador que aparece con frecuencia cada vez que hay que dejarles a los legisladores un mensaje de Francisco.

Todos coincidieron en que el proyecto, como había venido del Senado, era inviable por caro y porque cedía mucho a las organizaciones. El Gobierno impuso la reducción del monto a gastar, que los fondos saliesen en realidad de las partidas ya existentes para los planes sociales, y que el consejo y el registro para formalizar a los trabajadores no fueran manejados exclusivamente por las organizaciones. Ese grupo de funcionarios logró imponer esas condiciones, pero el debate estaba trabado en el monto. Macri en persona presionaba por teléfono para que saliese barata esta ley que, admitía, era necesaria. Las organizaciones habían arrancado en 120 mil millones de pesos; Massot, en 5 mil millones. Costó llegar al final de los 30 mil millones de pesos. Massot impuso otra clave de la ley, que fuera plurianual, porque el desembolso era durante los tres años de la emergencia que se prorrogaba hasta 2019. Con eso, el Gobierno ganaba lo que más necesitaba, que era la paz en las calles por tres años, comprometida por las tres organizaciones francisquistas que con el tiempo demostraron que dominan la protesta social y la hacen en paz.

Ganaron todos, una rareza

Visto en perspectiva, las dos partes salvaron la ropa. El Gobierno logró proteger el costado fiscal del proyecto y confirió el costado comunicacional a las organizaciones. Macri cedió, porque en el fondo no se trataba de plata constante y sonante, sino de promesas. Las organizaciones aceptaron, pues habían demostrado que podían ser interlocutores legítimos y que dominaban la calle con más eficacia que los sindicatos tradicionales y los partidos de izquierda, que se ufanaban de ser la válvula reguladora de la protesta.

Esa tarde del martes 22 de noviembre, Gobierno y oposición cerraron la realización de una sesión para tratar esta ley de emergencia y la reforma del impuesto a las ganancias, que era del interés de la oposición massista y del peronismo. Esa sesión de Diputados fue el 6 de diciembre y se la recuerda como una de las más disputadas de esa legislatura. La oposición avanzó en una baja de los impuestos que ignoraba el acuerdo que habían cerrado los gobernadores con la Nación. Derrotaron al oficialismo y aprobaron una rebaja que después el Senado se encargó de devolverles, tras una intervención draconiana de los gobernadores. El proyecto de la emergencia social, en cambio, se aprobó sin chistar. Estaba detrás la mano oculta del Vaticano.

El proceso de esta ley abre novedades para el debate. Es el primer

producto constante y sonante de Francisco en la política argentina. No solo logra imponer la agenda, sino que además prueba que tiene un liderazgo transversal, que pudo mover el voto de todas las bancadas, conmover al Gobierno y demostrar que es un factor de disciplina social.

En la percepción de Francisco, ese es el rol de un líder religioso: «Nosotros vamos siempre adelante de los políticos. Nosotros primero; ellos vienen después, atrás. Ellos además tienen sus cuatro, sus seis años; nosotros tenemos toda la vida. Por eso hace dos mil años que estamos y vamos a seguir». Esto lo dijo Bergoglio en la confianza de sus tertulias sobre política.

En el discurso de la Tercera Cumbre Social de 2016, dice que las organizaciones tienen más capacidad que los partidos políticos tradicionales. También, que están llamadas a regenerar la política. El debate de la ley desanudó este dilema. Las organizaciones sociales nacieron en la Argentina a finales de la década de 1990 con la aparición de los líderes piqueteros, que salían a articular movilizaciones que se hacían contra las estructuras anteriores, ligadas a partidos y a la burocracia estatal, enredada en un encadenamiento de crisis sucesivas.

El primer argumento de las organizaciones cuando propusieron el proyecto fue que durante el Gobierno de Eduardo Duhalde llegó a haber un millón de planes sociales que se fueron reduciendo con el paso del tiempo. Durante el ciclo Kirchner, fueron reemplazados en parte por la Asignación Universal por Hijo, al punto de que cuando asumió el Gobierno de Macri esos planes apenas superaban los 250.000. Pero como suponían que se entregaban contra una prestación laboral —trabajos comunitarios, etc., algo que se cumplía, cuando más, en la mitad de los casos—, habían terminado siendo administrados por cooperativas y mutuales ligadas a los municipios. Eso había generado una tensión entre los caciques municipales y las organizaciones sociales que querían sacarse de encima el corsé partidario.

Las organizaciones lograron el concurso de muchos sacerdotes que estaban en relación con ellos y que también estaban en tensión con los municipios. El Gobierno aprovechó para despegarse de compromisos recibidos de asistencia a los intendentes, a quienes les cambiaron la ventanilla. Es la clave del resultado electoral de Cambiemos en las elecciones legislativas de 2017. Hubo forcejeos, porque el liderazgo de las organizaciones diseña una tangente con el cacicazgo político y en el medio está la Iglesia, a quien no le conviene terminar mezclada en política. El padrinazgo confesional lo ejerció de manera institucional la Iglesia a través de dos participantes secretos de la negociación: el obispo de San Isidro, Oscar Ojea, y el de Merlo-Moreno, Fernando

Maletti.

El debate de la ley puso en cuestión, otra vez, el problema del clientelismo. (3) Lo aprovecharon las dos partes. El nuevo Gobierno de 2015 encontró en los jefes de estos grupos otro interlocutor que, además, tenía una percepción más moderna del trabajo y de la desocupación. Quien mejor formulaba esa percepción era el Papa Francisco, que en tres años creó un movimiento mundial de excluidos, la internacional proletaria que el comunismo no supo hacer a lo largo del siglo XX. Y el Papa traía la paz: si hay algo que explica la conducta de Francisco hacia la Argentina y los políticos de su país es el pánico a que se reproduzcan los momentos de violencia social que él vio desde la ventana de su despacho en el Arzobispado en 2001. Que visite el país, que reciba o no a tal o cual personaje, que diga algo o calle otra cosa, todo eso se justifica en la necesidad que tiene de garantizar que haya paz en su distrito, que es la Argentina. En eso sigue actuando como un obispo.

1. Documentos previos en: AA.VV., *The Emergency of the Socially Excluded: Proceedings of the Workshop,* 5 de noviembre de 2013, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2015.

2. Papa Francisco, «Discorso del Santo Padre Francesco ai partecipanti al III incontro mondiale dei movimenti popolari», 5 de noviembre de 2016, en Papa Francesco, *Terra, Casa, Lavoro, op. cit.,* pp. 59-81.

3. El sacerdote jesuita Rodrigo Zarazaga mantiene el mirador sobre el conurbano. Es un sociólogo que dirige el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), el *think tank* de la Compañía de Jesús. También es uno de los informantes sobre la situación política para Francisco en informes periódicos. Véase «Punteros: el rostro del Estado frente a los pobres», en Zarazaga y Lucas Ronconi (eds.), *Conurbano infinito. Actores políticos y sociales, entre la presencia estatal y la ilegalidad,* Buenos Aires, Siglo XXI-Fundación OSDE, 2017, pp. 19-63. Véase también Ezequiel Spillman, *La otra hechicera. Historia oculta y política de María Eugenia Vidal, la mujer que derrotó a los barones del conurbano,* Buenos Aires, Planeta, 2016.

45. LA GUERRA GAUCHA DEL ABORTO, O DEL ABORTO A LA OPOSICIÓN FRONTAL

No hay conflicto que sintetice de manera más limpia, y que abra más ángulos de interpretación sobre las relaciones de Francisco con la política argentina, que la guerra por la Ley de Despenalización del Aborto, cuyas batallas se libraron día a día, en el Congreso y en las calles, durante los seis meses que fueron desde febrero hasta agosto de 2018. Fue una confrontación clásica para la Iglesia católica, a la cual a su vez la Argentina llegó con gran experiencia por parte de los antagonistas en este conflicto. La manera como se tramitó puso de relieve las diferencias que separan a Francisco tanto del Gobierno de la alianza Cambiemos como de sus opositores del peronismo.

La legislación del aborto, en todos los países en donde se debatió, siempre recogió adhesiones o rechazos de manifiestos por parte de todas las fuerzas políticas. También en la Argentina se reiteraron esas sonoras ocasiones de pronunciarse aprovechadas por unos y otros, pero el debate nacional quedó cautivo de la confrontación preexistente entre el Gobierno de Mauricio Macri y la Iglesia. Si los desencuentros registrados desde 2015 podían explicarse por el temperamento de los protagonistas, a partir del debate sobre el aborto la Iglesia —con clara referencia a Bergoglio— se alineó definitivamente con la oposición política y contra Macri.

Entre febrero y octubre de 2018, esa alineación ya era un hecho. Quedó cristalizado en la misa que el arzobispo de Luján Agustín Radrizzani rezó ante la propia basílica. Allí, un coro de gremialistas y dirigentes de la oposición cantaba por la inocencia de los Moyano, familia de sindicalistas que recibía entonces la atención del Gobierno y de la Justicia por presuntos delitos en Camioneros.

La complejidad, pero a la vez la extrema simpleza, del debate sobre el aborto sirve como botón de muestra de las relaciones de fondo entre el Papa Francisco y el presidente Mauricio. Los dos ganaron, porque ninguno quería una ley de despenalización del aborto. Y no la hubo. Reveló, además, una coincidencia previa en el abordaje de ese debate. Los dos creyeron que en la Cámara de Diputados no habría votos para aprobarlo. Bajaron los brazos, se dejaron estar, y en la madrugada del 15 de junio, el sí ganó por escaso margen de votos (129 a 125).

Ni Francisco ni Macri movilizaron a sus fuerzas para sostener su posición compartida en favor del no. El Papa y sus obispos fueron criticados por una feligresía que entendía que la Iglesia debía salir a la calle. Bergoglio impuso el bajo perfil, siguiendo su viejo método de mostrar una Iglesia sin gestos clericales y sin sotanas agitando

consignas en las calles. Subestimó la fuerza del lema de la despenalización en vastos sectores, especialmente entre los jóvenes. Bergoglio y el Episcopado reaccionaron ante la sorpresa de sí de junio. Se movilizaron, y el 9 de agosto el no triunfó en el Senado, y por una diferencia mayor, 38 a 31. Para este segundo round, Francisco había ordenado a los obispos que presionaran a los senadores, arbitró gestiones sobre la oposición que Cristina de Kirchner ejercía en el Senado y activó a las organizaciones que, durante el debate en Diputados de un par de meses antes, se habían movilizado casi por cuenta propia.

La victoria del no, que exhibe al Papa Francisco y al presidente Macri como ganadores de la confrontación, quedó oscurecida debido al trizado que ese debate produjo dentro del oficialismo, de la oposición y aun de la Iglesia. Los meses que van desde febrero hasta agosto coincidieron con el peor momento de la economía de la administración Macri. El efecto fue la profundización de las diferencias con la Iglesia, que encuadró a todos sus referentes en torno al peronismo opositor. El debate del aborto terminó por cortar cualquier lazo firme que uniese al Gobierno con Roma.

El Gobierno había entrado en el tema por necesidad y se enredó. Los abortistas que agitaban los pañuelos verdes enfrentaron al Gobierno debido al pronunciamiento de Macri y su entorno en contra de la iniciativa apenas se abrió el debate en febrero de 2018. Con eso quedó comprometida la neutralidad que buscaba el Gobierno al adelantarse a proponer la discusión pública y legislativa sobre un proyecto que pedía la oposición como una bandera.

Los verdes se sintieron pronto víctimas de un ardid. Creyeron, como también lo hicieron los antiabortistas de pañuelos celestes, que un gobierno, cuando tiene una iniciativa, tiene que cabalgarla. Y si no cree en ella, combatirla. Por eso el Gobierno también fue víctima del enojo de los propios que desde la plaza celeste se quejaban con un «Ay, Mauricio, ¿por qué nos metiste en esto?».

Olivos respondía «que había otra forma de hacer política, a ver si nos entienden». Pero el debate no se sustrajo al canon de lo esperable en la política tradicional. Durante la discusión, la Iglesia precipitó las diferencias que separan a un gobierno liberacionista/liberal, capitalista de mercado y globalizador, de una institución y un Papa antiliberales, nacionalistas, antiglobales, casi socialistas y muy muy parecidos a un peronista. La iglesia imaginó que lanzar el tema del aborto buscaba tapar la crisis económica. Un disparate explicativo, que se escuchó de boca de obispos con alto cargo, como Mario Poli, y de militantes llanos, como Juan Grabois.

Dirigente entre los más cercanos al Papa, Grabois criticó abiertamente el proyecto: «Yo personalmente estoy contra el proyecto,

pero no voy a entrar en una discusión estéril y maniquea. Está claro que la intencionalidad de impulsar el debate ahora tiene que ver con dividir, no voy a hacerles el juego o al menos eso intentaré. Es una estrategia diseñada por Marcos Peña y Jaime Durán Barba, que tiene como objetivo dividir a la sociedad y sacar de la agenda los problemas sociales y económicos y extorsionar a la Iglesia, y que se caiga el proyecto a cambio de que dejen de apoyar los reclamos de los más humildes».

No es lo que creía Francisco, que veía —según quienes lo visitaron durante los meses del debate— casi desde algún más allá. A uno de ellos, le dijo: «Se metieron solos en el quilombo y después le fueron a pedir la escupidera a la Iglesia, que por supuesto trabajó para el no». Y es la mejor síntesis de todo lo que pasó. En esas conversaciones vaticanas de ferragosto, también tuvo para los que mandan: «No escuchan a nadie y no tienen la sensibilidad necesaria para estos momentos difíciles, para un mundo desigual».

Bergoglio sintetizó su posición acerca del aborto de la manera más completa en el libro *El jesuita,* un extenso diálogo «autorizado» que mantuvo antes de que fuera elegido Papa. Al aborto, dijo, «lo sitúo en la batalla en favor de la vida desde la concepción hasta la muerte digna y natural. Esto incluye el cuidado de la madre durante el embarazo, la existencia de leyes que protejan a la mujer en el posparto, la necesidad de asegurar una adecuada alimentación de los chicos, como también brindar una atención sanitaria a lo largo de toda una vida, el cuidar a nuestros abuelos y no recurrir a la eutanasia. Tampoco puede “submatarse” con una insuficiente alimentación o una educación ausente o deficiente, que son formas de privar de una vida plena. Si hay una concepción que respetar, hay una vida que cuidar». (1)

En ese diálogo, rechaza la idea del aborto como cuestión religiosa; su posición, dice, «es claramente moral con base científica, porque estamos en presencia de un ser humano». En ese diálogo, recuerda el debate sobre la Ley de Salud Reproductiva, sancionada en octubre de 2002. Fue un proyecto de Ginés González García, ministro de Salud bajo la presidencia de Eduardo Duhalde, que había dicho que su programa de gobierno serían los protocolos del Diálogo Argentino que había nacido de los obispos. Incluía la asistencia al control de la natalidad en hospitales mediante la entrega de anticonceptivos. En ese relato, evocó su rechazo, siendo arzobispo de Buenos Aires, a que los alumnos de los colegios católicos fuesen movilizados a las plazas: «Para mí es más sagrado un chico que una coyuntura legislativa».

Pocos días después de que el Senado rechazase la iniciativa sobre el aborto, repitió casi los mismos términos. «Ustedes saben qué es lo que pienso sobre el aborto: no es un problema religioso, no estamos en

contra del aborto por motivos religiosos. Es un problema humano, existe el problema antropológico sobre la ética de eliminar a un ser vivo para resolver un problema». (2)

En medio del debate en las comisiones de la Cámara de Diputados, hacia abril de 2018, aportó un perfil nuevo en lo que puede considerarse la síntesis más madura de su pensamiento, una suerte de testamento doctrinario escrito al cumplir cinco años como Papa. En la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate,* cuyo tema central es la santidad, Bergoglio se remite a las bases de su pensamiento desde que era cura. Localiza los dos textos bíblicos que sintetizan la carta magna, la constitución, de su pensar: las Bienaventuranzas (Mt 5, 1; 7, 28) y el capítulo 25 del evangelio de San Mateo sobre la misericordia y los pobres. *Gaudete et exsultate* es una glosa de esos pasajes del texto evangélico como el camino para alcanzar la santidad.

De paso, el Papa da cuenta de circunstancias, como la crítica al gnosticismo y al pelagianismo como formas heréticas del individualismo, que proponen una santidad desapegada de la Iglesia. Describe esas formas disidentes de mencionar el camino de santidad como conductas elitistas y voluntaristas que huyen de la contención de la Iglesia. Es un dardo dirigido a los movimientos de autoayuda con los cuales él identificó en algún momento a militantes y dirigentes del macrismo, como la organización El Arte de Vivir, ONG del gurú indio Sri Ravi Shankar. (3)

La exhortación también incluía un mensaje apostólico oportuno para la colectividad política criolla: se la dio conocer un día antes de que en un plenario de comisiones de la Cámara de Diputados comenzase el debate sobre los proyectos de despenalización del aborto. Le dio aún más énfasis a esta toma de posición el que la exhortación llevase como fecha el 19 de marzo, día de San José, principal devoción de Bergoglio. En un párrafo condena la interrupción del embarazo y ubica la cuestión en el mismo nivel que la reivindicación de los pobres y los excluidos: «La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo. Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, el abandono, la postergación, la trata de personas, la eutanasia encubierta en los enfermos y ancianos privados de atención, las nuevas formas de esclavitud, y en toda forma de descarte». (4)

Alimentó el sesgo político de este escrito, síntesis del Bergoglio más maduro, la propuesta de un camino de santidad al alcance de todos quienes pueden constituir una «clase media» de la salvación. Recoge esta idea del escritor Joseph Malègue, un olvidado teólogo y novelista

francés que figura entre las lecturas del joven Bergoglio, que pone a la santidad como un objetivo a la mano de quienes sigan a la Iglesia, un camino paralelo al de la autoayuda de los gurúes del individualismo. Este escritor —llamado por algunos «el Proust católico»— murió en 1940 y su libro más importante quedó inconcluso cuando llevaba escritas casi mil páginas. (5) Era una de las lecturas predilectas de Pablo VI y lo cita Bergoglio desde hace años. (6) Cuando ordenaron la colección La Biblioteca di Papa Franceso, Spadaro y Bergoglio incluyeron la novela anterior y conclusa que Malègue publicó en vida, *Agustín o el Maestro está allí* (1933). (7) No hemos registrado traducciones al castellano de estos libros. (8)

La publicación de esta exhortación fue seguida de un debate sobre el lugar de este escrito en las obras de Francisco, al que ayudó mucho el comentario del jesuita Antonio Spadaro, director de la revista *La Civiltà Cattolica* y vocero mayor del Papa. Spadaro ubicó las fuentes de la exhortación en la doctrina que acompañó siempre a Bergoglio y que tiene sus raíces en la teología del pueblo argentino. El capítulo de la exhortación dedicado al método ignaciano del «discernimiento», clave para los jesuitas, lo localiza en uno de los maestros de Bergoglio, el jesuita Miguel Ángel Fiorito, cuyo libro *Discernimiento y lucha espiritual* prologó el actual Papa en 1985. El discernimiento es el método de meditación propuesto por San Ignacio para resolver los grandes problemas del alma y se sintetiza en reflexionar sobre dónde está Dios en cada alternativa. (9)

No faltó en esos días quien atribuyese al propio Spadaro la redacción de algunos párrafos de esta exhortación de Francisco, cuya arquitectura intelectual discurre en torno a lecturas conocidas de Bergoglio y que ha citado en escritos anteriores. (10) Entre esas lecturas, están *Evangelii gaudium,* texto programático de su pontificado, *Reflexiones sobre la vida apostólica* (libro de 1987), el prólogo al libro *Mi ideal de santidad* (1989) del jesuita Ismael Quiles, los Ejercicios de San Ignacio, la sentencia de «Simul in actione contemplativus» («Contemplativo aun en la acción») del jesuita Jerónimo Nadal, uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola, la máxima inscripta en un sepulcro ignaciano: «Non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo divinum est» («No estar limitado por lo más grande sino estar contenido en lo más pequeño, eso es lo divino») y los documentos de *Aparecida*. En suma, el testamento doctrinario de Bergoglio.

Este pensamiento lo replicó uno de los curas villeros predilectos del Papa, Gustavo Carrara, a quien el mismo Bergoglio hizo obispo auxiliar de Buenos Aires. Cuando expuso en el plenario de comisiones de la Cámara de Diputados, llevó también el argumento antiabortista al terreno social. El aborto, dijo repitiendo la doctrina bergoglista, no

es un asunto religioso, sino de derechos humanos: «La lógica de los poderosos, de los fuertes, que deciden sobre los que menos posibilidades tienen, es la lógica dominante en nuestro mundo de hoy. Y esto también, de alguna manera, se traslada al tema de la niña o niño por nacer. […] Si en lugar de enfrentar esos graves problemas sociales optamos por atentar contra la vida por nacer, no hacemos más que agregarle muerte a ese panorama sombrío». (11)

Macri entró en el debate por necesidad

Para la Iglesia, el debate sobre el aborto es, y ha sido siempre, como la Copa del Mundo para la AFA. Es previsible que en algún momento los abortistas impongan las reformas. En la Iglesia, el debate pone a prueba la capacidad de las propias fuerzas, la calidad de la doctrina, la eficacia del entrenamiento. Las batallas sobre el aborto sirven para identificar a los enemigos; sería deseable que la guerra nunca se desencadene, pero llega siempre, fatal. Por eso la institución tiene preparados protocolos de acción. Nadie puede decir en serio, ni presumirlo, que ha sido tomado por sorpresa.

En la Argentina, ya había experiencias que sirvieron para refinar las formas de confrontación. Fue en debates como el de la unión civil en la Ciudad de Buenos Aires, el del matrimonio del mismo sexo en la Nación, o el protocolo de acción que significan las normas que avaló la Suprema Corte de Justicia para la práctica del aborto terapéutico, que en la Argentina está despenalizado desde hace casi un siglo (el llamado fallo FAL).

Baqueano en política, Bergoglio ya sabía que la presión social era fuerte y que podía modificar las posiciones empatadas que mantienen esos temas a la espera de su momento. Por eso no lo tomó desprevenido la iniciativa del Gobierno de lanzar el debate sobre el aborto en la última semana de febrero de 2018.

El Gobierno, en cambio, sí fue tomado por sorpresa. Ocurrió durante un acto que parecía de rutina. Ese 21 de febrero, una semana antes de la inauguración del nuevo período de sesiones legislativas, un arco amplio de organizaciones opositoras hizo una protesta ante las puertas del Congreso. El eje eran fracciones de la CGT y algunas organizaciones sociales con referencia tenue a Francisco, aunque no con la fuerza que tenía la relación del Papa con el trío de San Cayetano. En esa manifestación, aparecieron activistas a favor de una despenalización del aborto, que confundieron sus pañuelos verdes con las banderas del mismo color de los camioneros del gremio de Hugo Moyano.

Ese 21 de febrero mostró un ramillete de protestas. Los sindicalistas manifestaban en contra del programa económico que el año anterior

le había hecho ganar las elecciones a Cambiemos. Las organizaciones sociales reclamaban que el Gobierno cumpliese con la suelta de fondos previstos en la Ley de Economía Popular sancionada casi por unanimidad en diciembre de 2016 y que era prenda de paz con los jefes piqueteros. Las organizaciones abortistas alzaron la consigna de forzar una sesión especial del Congreso para tratar los proyectos de despenalización del aborto para el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer.

En la reunión de coordinación de gabinete del siguiente jueves 22, Macri escuchó el diagnóstico de Emilio Monzó, presidente de la Cámara de Diputados, que fue acompañado por el jefe de la bancada del PRO, Nicolás Massot. A ellos se sumó la presidente de la Comisión de Salud de la cámara, Carmen Polledo. Le explicaron al presidente que, a diferencia de años anteriores, esta vez la iniciativa abortista podía lograr el número para iniciar una sesión especial.

—¿Qué problema hay?

—Mauricio, vas a iniciar el 1° de marzo las sesiones y una semana más tarde nos van a clavar una sesión especial desde la oposición y para un proyecto de la oposición. Va a ser una derrota.

—¿Qué puede pasar?

—Puede haber número para la sesión, también para un dictamen, pero en el recinto es difícil que salga. Hoy estamos entre 20 y 25 votos arriba por el no.

—¿Qué hacemos?

—Adelantémonos y planteemos nosotros el debate. Con eso les sacamos la iniciativa política.

Ese día no sabían nada de eso ni Marcos Peña ni Jaime Durán Barba, a quienes algunos señalaron como responsables de una presunta patraña de marketing. Esa misma mañana, hubo una segunda reunión más amplia, en la que estuvieron los jefes de las cámaras, Federico Pinedo y Mario Negri, y no se habló del asunto.

El primer round de la guerra del aborto había sido en 2012

El debate de Macri sobre qué hacer incluyó un repaso de las relaciones con Bergoglio cuando el actual presidente era el jefe de Gobierno de la Ciudad y el actual Papa era el arzobispo de Buenos Aires. En esa charla, Polledo le recordó las tribulaciones que habían pasado en 2012 cuando la Corte ordenó que las provincias y la Ciudad sancionasen leyes locales y reglamentasen el protocolo de acción del fallo FAL. En ese fallo, el máximo tribunal de la Argentina recordaba a todos los jueces que, según el viejo Código Penal, no era punible el aborto terapéutico bajo ciertas condiciones, y que debían abstenerse de

instrumentar frenos judiciales que podían enervar aquella legislación. Aquí, un filme de aquel episodio:

13/03/2012. La Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires comienza el tratamiento del proyecto de adhesión al protocolo dispuesta por la Corte.

Macri le encomienda a la entonces legisladora porteña Polledo una misión aclaratoria ante el arzobispo de Buenos Aires. Conversa con Bergoglio y le describe la existencia de dos posiciones contrarias entre los legisladores:

1) La primera, más restrictiva, que sostenía el PRO en el debate local;

2) una segunda posición, más liberal y amplia, que sostenían los bloques de la oposición.

La pregunta a Bergoglio fue: «¿Hay que confrontar o buscar la mejor ley posible?».

La respuesta de Bergoglio fue: «Traten de buscar la mejor ley posible».

Polledo volvió con ese mensaje al despacho de Macri, quien entendió que podía acercar posiciones para una ley de mayor consenso con la oposición.

A los pocos días, Bergoglio llamó a Santiago de Estrada, ex legislador que ocupaba una silla en la Auditoría General de la Ciudad, pero que seguía conservando la tarea de enlace con el Obispado. Le dijo, en tono preocupado: «Santiago, estoy mortificado porque creo que no he sido claro cuando hablé con Carmen. Le dije que había que tratar de que saliese la mejor ley posible. Pero lo he pensado y creo que es mejor que no salga ninguna ley».

¿Qué pudo haber pasado? Bergoglio hizo una consulta dentro de la Conferencia Episcopal (CEA) que ya presidía monseñor José María Arancedo. La respuesta había sido muy dura, en rechazo de cualquier legalización sumaria del fallo FAL. Más mortificado aún, De Estrada peregrinó hasta el despacho de Macri y le informó del cambio de criterio.

25/05/2012. Macri no asiste al Tedeum que reza Bergoglio.

10/09/2012. El Ministerio de Salud de la Ciudad, cuyo titular es Jorge Lemus, firma un protocolo por la vía administrativa (resolución 1251).

12/09/2012. Renuncia Lemus. Lo reemplaza Graciela Reybaud.

27/09/2012. La Legislatura sanciona la ley después de un agrio debate. (12) Cerca de la una de la madrugada, poco antes de que los diputados dieran dictamen positivo al proyecto de ley, algunos

asesores del PRO dieron cuenta de un tuit publicado por la legisladora kirchnerista María José Lubertino, que agredía a los diputados macristas Victoria Morales Gorleri y Sergio Bergman. «Morales Gorleri y Bergman: ¡saquen sus rosarios y sus kipás de nuestros ovarios!», lanzó vía Twitter Lubertino. La frase despertó la ira de varios legisladores, a tal punto que la sesión tuvo que ser interrumpida por un lapso de veinte minutos. Por el incidente, los dichos de la legisladora fueron repudiados y varios diputados adelantaron que realizarían una denuncia ante el INADI por discriminación. Juan Cabandié, presidente del bloque kirchnerista, calificó la frase de Lubertino como «manifestaciones vergonzosas que afectaron al conjunto de las personas del recinto»; al tiempo que Morales Gorleri reconoció que «las palabras me ofendieron y me dolieron fuertemente a mí y a los miles de argentinos que profesan mi fe»..

4/10/2012. Macri revela en la cena de Consenso Republicano, peña conservadora que presidía Guillermo Alchourón, que para el martes siguiente estaba programado un aborto amparado por el protocolo Lemus. Quien interrumpiría su embarazo era una joven víctima de rufianes que la esclavizaban en la Patagonia para ejercer la prostitución. Las organizaciones abortistas acusaron al jefe de Gobierno porteño de quebrar la confidencialidad y le atribuyeron la intención de provocar alguna reacción contra la ley aprobada el 28 de septiembre y que estaba en período de veto. Le preguntaron si iba a vetar esa norma, pero no definió nada. Apenas bromeó: «Soy el jefe del veto».

5/10/2012. La organización antiabortista Pro-Familia presenta un recurso para que se impida la realización del aborto. Lo rechaza el juez Guillermo Schreiber, pero los reclamantes acuden por vía de amparo a otra jueza, Myriam Rustán de Estrada, (13) que concede la interrupción. El Gobierno de la Ciudad anuncia que apelará la medida, una manera de sostener el protocolo Lemus ante la decisión, aun no anunciada, de vetar la ley. Plantea una cuestión de competencia y el caso pasa a manos del juez Ricardo Güiraldes, que lo eleva a cámara.

9/10/2012. Ese día estaba programado un aborto según el protocolo nuevo en el hospital Ramos Mejía. El aborto no se realiza en la Ciudad de Buenos Aires. El director del establecimiento, Carlos Mercau, es denunciado por legisladores por «obstruir un aborto no punible e incluso facilitar datos reservados de la mujer».

11/10/2012. La Suprema Corte de Justicia autoriza el aborto siguiendo los lineamientos del fallo FAL y reitera «la exhortación dada por el tribunal para que se abstengan de judicializar el acceso a los

abortos no punibles».

22/10/2012. Veto Macri. Decreto 504, que vetaba la ley aprobada por la Legislatura de la Ciudad, que regulaba el acceso al aborto no punible en el distrito. Seguía en vigencia entonces la resolución 1252 del Ministerio de Salud porteño, de principios de septiembre de 2012.

12/11/2012. Mercau renuncia a la dirección del hospital Ramos Mejía.

La Iglesia se empieza a enojar más con Macri

Con este antecedente, y con varios años de recorrido junto a Bergoglio, Macri se limitó a anunciar, desde el viernes 23 de febrero, que su Gobierno promovía el debate de la despenalización del aborto, aunque él, de manera personal, manifestaba su rechazo. Esta vez no le avisó a la Iglesia, que reaccionó en el acto con acritud: los obispos no acompañaron a Macri en el acto del 1° de marzo en el Congreso, donde justificó de nuevo la oportunidad de abrir el debate sobre el aborto.

El buen trato a los socios legislativos era imperativo después de que el Gobierno anunciara el jueves que abría las compuertas para que se tratara un proyecto de aborto. Despertó células dormidas en todos los partidos, y produjo rispideces, empezando por el oficialismo. ¿No había vetado Mauricio en 2012 la ley que establecía el protocolo para los abortos autorizados en caso de violaciones, que tenía el aval de la Suprema Corte? ¿Qué le había pasado ahora?

Carmen Polledo se extrañó: «Lo conozco mucho a Mauricio, y esto no es algo que haya pensado él». Esa perplejidad la llevó a preguntárselo en persona. Le respondieron que se apurase a integrar la Comisión de Salud de la Cámara de Diputados que ella presidiría, y que abriera el tratamiento del proyecto. Polledo había llegado a la política después de ser presidente de la Cooperativa de Acción Social (COAS), una ONG gourmet de la milla dorada en donde después siempre hay que dar explicaciones.

El aborto como arma arrojadiza para dividir y reinar

La audacia de consentir un debate sobre el aborto tenía todos los riesgos de las fugas hacia adelante. Un gobierno de centro moderado como Cambiemos nunca hubiera tenido iniciativa propia para el aborto. Lo consintió por la necesidad de evitar una derrota legislativa el 8 de marzo. También porque conocía que el aborto, como otros temas que hunden sus raíces en las convicciones personales, dividen a todos los partidos. La decisión estratégica de arrastrar al adversario a

discutir una iniciativa ajena, pero que se sabe divide al otro, es la misma que usó el peronismo durante los doce años de la era Kirchner. Ese Gobierno nació como una formación de minoría que debía hacer músculo aprovechando fuerzas ajenas. Por eso montó su agenda legislativa usando proyectos que no eran del peronismo, sino de la oposición radical. ¿Quién quería estatizar las jubilaciones? Los radicales, porque las había privatizado el peronismo. ¿Quién quería estatizar YPF? Los radicales, por la había privatizado el peronismo. ¿Quién hizo la primera versión de la Ley de Medios? Los radicales de Gustavo López para el Gobierno radical de De la Rúa, que hizo también la primera versión de una ley de PASO obligatorias.

El matrimonio Kirchner usó esos proyectos para enfrentar y dividir a la oposición que no podía rechazarlos sin vergüenza. Ahora aparecía el Gobierno de Macri ensayando el mismo método, abriendo desde la Casa Rosada otro proyecto ajeno, como el del aborto, que podía dividir a los propios, pero más a los adversarios del peronismo. Parecía dictado por cualquier manual de campaña.

Lo había hecho Menem veinticinco años antes, cuando avanzó en leyes para rechazar cualquier forma de aborto sabiendo que el debate dividiría a la oposición de entonces, dominada por el radicalismo. Ese tema lo manejaba ya en su Gobierno uno de los arcángeles del bergoglismo del siglo XXI, el profesor Aldo Carreras, secretario de Población del Ministerio del Interior y expositor, en todas las conferencias nacionales e internacionales sobre población, de la posición antiabortista de la Iglesia y del peronismo. El peronismo siempre alzó como bandera antiabortista un decreto que firmó Juan Perón cuando su ministro de Bienestar Social era José López Rega. El decreto 659 del 28 de febrero de 1974 establecía un estricto control de la comercialización y venta de anticonceptivos. También prohibía desarrollar actividades relacionadas con el control de la natalidad. Los fundamentos de la norma señalaban que la Argentina era un país con un bajo índice de natalidad. Confrontaba, además, con documentos de organismos internacionales que para los países pobres recomendaban el control de los nacimientos como manera de reducir los márgenes de pobreza: la llamada Doctrina McNamara, por el presidente de Banco Mundial. (14)

Aldo Carreras desarrollaba la política de población con autonomía de los ministros, algunos de los cuales no parecían estar muy cerca de la posición tradicional del peronismo, como el canciller Guido Di Tella. Aldo suele contar, sonriendo, que el canciller le indicó a Carlos Menem que fuera él quien representase a la Argentina en una conferencia mundial de población, «porque si voy yo, nos vamos a pelear». En algunos momentos, Carreras discutió directamente con Carlos Menem el contenido de sus discursos.

El pico más alto tuvo lugar en la convención de 1994 que reformó la Constitución. En el debate de los capítulos de derechos y garantías, Rodolfo Barra, que era convencional, llegó a proponer la prohibición constitucional no solo del aborto, sino incluso hasta del uso de anticonceptivos como el DIU. No prosperó cuando su compañero de bancada, Antonio Cafiero, lo enfrentó en una reunión de bloque y le preguntó: «Doctor Barra, ¿cuántos hijos tiene usted?». «Dos hijas», respondió Barra. Cafiero retrucó: «Yo tengo diez hijos, eso me da autoridad para decirle que su proyecto no va».

También se cayó una segunda versión de la prohibición del aborto, que intentó negociar Eduardo Bauzá —secretario de la presidencia— ante Raúl Alfonsín en una reunión privadísima con pocos asistentes —Eduardo Menem, Augusto Alasino, Jorge Yoma, Eduardo Valdés—. Fue en una de las oficinas del Paraninfo de la Universidad de Santa Fe, donde sesionaba la convención constituyente. Alfonsín respondió: «A mí no me van a romper el bloque con proyecto así. De eso nunca hablamos antes. Si lo hacen, me levanto y me llevo el bloque del recinto y se quedan sin reforma».

El Gobierno de Menem estableció por decreto, en 1998, el Día del Niño por Nacer, después de una entrevista en el Vaticano con Juan Pablo II. Al acto de proclamación de esa fecha, el 25 de marzo —Día de la Anunciación—, asistieron, entre otros, el cardenal Bernard Law, entonces arzobispo de Boston, y monseñor Renato Martino, observador permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas. Law pasó a la historia como el encubridor de uno de los casos más grandes de abusos, cometido en su diócesis por sacerdotes pederastas entre 1984 y 2002, fecha de su renuncia. El caso ganó un público universal, porque fue la base de *Spotligh,* un filme de 2018 que ganó el Oscar y que cuenta la investigación periodística del hecho.

Todos creyeron que en Diputados ganaría el no

Desde el viernes 23 de febrero, cuando a partir de fuentes oficiales se supo en la prensa que habría debate sobre el aborto, la Iglesia activó los protocolos de emergencia. El Episcopado dio a conocer un comunicado crítico pero suave que expresaba, como la nota en *La Nación* del rector de la UCA Víctor Fernández, vocero y escriba de Bergoglio, la posición tradicional del Papa:

> 1) el aborto no es una cuestión (solo) de doctrina; es un tema de derechos humanos y hay que discutirlo en ese terreno;
> 2) no hay que exhibir sotanas en este debate. Que actúen los laicos. Las sotanas irritan al público independiente y es mejor mantenerlo en ese margen.
> 3) admitir el debate, porque hay mucho para recorrer. Por

ejemplo, que el Congreso no reúna los votos necesarios.

Sobre estos puntos discutió la cúpula del Episcopado con funcionarios y legisladores amigos que desfilaron por la sede de la calle Suipacha (es donde tiene sus oficinas la Conferencia Episcopal Argentina), con diverso grado de publicidad. De esas reuniones salieron decisiones de estilo que no pasaron inadvertidas. Por ejemplo, el presidente de la Conferencia, Oscar Ojea, y el secretario de la Liga de Obispos, Carlos Malfa, estaban invitados el 1° de marzo a escuchar el discurso de Macri ante el Congreso. Resolvieron no ir y, además, comunicárselo al secretario de Culto, Santiago de Estrada.

De paso, estos monseñores no fueron los únicos ausentes. Tampoco asistió ningún cacique sindical a ese discurso ni el ministro Jorge Triaca, que ya estaba en España junto a una docena de dirigentes. ¿Para qué mostrarse por ahí, habrán pensado Ojea y Triaca? Ese mismo día, monseñor Héctor Aguer, que ya había renunciado como obispo de La Plata, se vareó por la Legislatura de Buenos Aires, donde leyó su discurso la gobernadora bonaerense María Eugenia Vidal. Se sentó callado al lado de Federico Salvai, jefe de gabinete de la gobernadora y cónyuge de Carolina Stanley, la ministra que mejores relaciones tiene con la Iglesia. No habló del tema y reservó para el sábado su ataque hiriente hacia la posición de Olivos: «Este es un gobierno sin principios de orden moral y natural». En esto, el obispo platense iba a actuar solo, porque él y la Iglesia entendían que, así como hay un amplio padrón de católicos moderados, los hay también que necesitan un discurso como el de Aguer. Hay muchos católicos que son antiabortistas, pero no porque se los indique la Iglesia. Es al revés, están en la Iglesia porque piensa como ellos. Aguer, en esto, expresaba los prejuicios de Bergoglio sobre Macri y el PRO. Siempre dijo que es una formación que carece de valores. «Ya vas a ver —les ha dicho Bergoglio a alguno de sus visitantes en Roma— que cuando aparezcan los temas que nos preocupan a nosotros, van a mandar a hacer una encuesta para saber qué hacer.»

En La Plata sabían del peso de la opinión de la Iglesia en el electorado. Mientras no se demuestre lo contrario, el rechazo del voto parroquial a la candidatura a gobernador del símil Morsa fue lo que sepultó al peronismo en las elecciones de 2015.

Entendimientos por debajo de la mesa

Al Gobierno lo tranquilizaba el mensaje que monseñor Oscar Ojea —el hombre que había puesto Bergoglio en la presidencia del Episcopado — le dio en privadísimo encuentro con Marcos Peña: la Iglesia cree que es un gesto oportunista del Gobierno, pero que lo hizo porque estaba frente a unos adversarios que podían hacerle daño. De esa

reunión, el Gobierno se enteró de que la Iglesia iba a mostrar lo menos posible a los curas y que iba a trabajar con los gobernadores en el interior, a través de los obispos, para desmontar el voto a favor de la medida.

Además, la Iglesia enviaría representantes de asociaciones de laicos y expertos en bioética de la UCA a las cuatro comisiones que iban a tratar el tema en Diputados. El lema de la Iglesia era la defensa de la vida. En la semana siguiente al anuncio, el cura en mejores relaciones con los medios, el ex vocero Guillermo Marcó, auspició una mesa redonda, siempre con laicos, en la sede de la Pastoral Universitaria de la Capital Federal.

Al día siguiente, se hizo una primera marcha de grupos pro vida, preparando otra megamovilización para el 25 de marzo, justo para el Día del Niño por Nacer. El oficialismo tranquilizó a los obispos con el primer punteo: en Diputados, el rechazo al aborto podía llegar a los 130 votos, aunque se tomó la decisión de dar el debate porque ya tenía entre 80 y 90 votos a favor, algunos de los cuales eran del propio oficialismo.

En los primeros días de marzo, con el Congreso ya abierto, el debate absorbió toda la atención del oficialismo y la oposición. En una reunión partidaria del PRO, que se hizo en el predio de Parque Norte, estalló la discusión, algo inusual en esa alianza, donde las reuniones masivas son más bien para recibir instrucciones y no para pelearse. La posición del rionegrino Sergio Wisky, autor de un proyecto de despenalización, confrontó con la ministra de mayor popularidad del gabinete de Macri, Patricia Bullrich, quien encarnó el no y quien también se cruzó con el rabino Sergio Bergman, que pidió una consulta popular. La ministra le respondió con el argumento de que es materia penal, o sea, no consultable. El tecnicismo de Wisky, que es médico, fue rechazado por el argumento más emotivo, y en contra, de Polledo. Esa posición fue interrumpida en varias oportunidades por aplausos de las barras.

Y eso que en Parque Norte no estaba Nicolás Massot, el verdadero promotor de la habilitación del debate, aunque a título personal estuviera encendidamente en contra del aborto. Lo propuso ante la mesa chica del presidente, para evitar una derrota legislativa del oficialismo, cuando vio la dimensión de la movida proaborto. Massot fue quien señaló en público la tibieza con que Gobierno e Iglesia tomaban la cuestión, confiados en que el no ganaría la votación de los Diputados.

Ese ánimo llegó al Vaticano y marcó el tono de las conversaciones de Bergoglio con visitantes de su amistad máxima, como Jorge Triaca, la gobernadora María Eugenia Vidal y la ministra Carolina Stanley. Massot mismo creía por entonces —tres meses antes de la votación de

junio— que el proyecto tenía pocas chances de ser aprobado en Diputados y, menos aún, en el Senado. Igual, esperaba un pronunciamiento más enfático de la Iglesia. «Soy católico —decía— y espero que el Papa Francisco se pronuncie, así como lo ha hecho en otras cuestiones políticas menores. Confío, ante mi incomprensión sobre otros pronunciamientos políticos del Papa, que lo haga en esta ocasión.» En una reunión privada que mantuvo con otros dos diputados antiabortistas, le dijo a monseñor «Tucho» Fernández: «No puede ser que tengamos un Papa que condena la minería a cielo abierto, pero que no condena el aborto». Estaban presentes Diego Bossio (bloque justicialista) y Marco Lavagna (del Frente Renovador de Sergio Massa).

También desbarataban el debate algunas zonas laterales del sistema, como el bloque criollo de legisladores del Parlasur, que superaron por un instante sus inquinas para aprobar desde Montevideo una declaración por el Día de la Mujer. El texto destacaba como auspicioso que el Gobierno argentino propiciara el debate legislativo de la despenalización del aborto y pretendía que los congresos de los países del Mercosur impulsaran directamente la despenalización del aborto como forma de defender la libertad de elección. La declaración la promovió la radical Carmen Storani y arrastró a Fabián Rodríguez Simón, Lilia Puig de Stubrin (Cambiemos), Jorge Taiana, Cecilia Brito, Julia Perié, Oscar Laborde, Cecilia Marchan, Diego Mansilla y Víctor Santa María (del FPV), y Fernanda Gil Lozano (del Frente Renovador).

Climas enrarecidos

El lanzamiento del debate puso a flor de piel las diferencias entre el Gobierno y la Iglesia, que había dejado las sillas vacías en la apertura del año legislativo. La visita del jefe de gabinete Marcos Peña a la cámara de Diputados para su informe mensual reflotó un debate larvado, el del aporte del Estado al sostenimiento del culto católico, previsto en el artículo 2 de la Constitución Nacional, pero eternamente descalificado por los laicistas.

Peña respondió en el informe a una pregunta retórica sobre el monto de esos aportes. La inquietud, planteada por la bancada del radical disidente Martín Lousteau, era decorativa porque ese número estaba en el presupuesto aprobado por los diputados. Pero, además, era la tercera vez que en pocos meses el jefe de gabinete había respondido esa pregunta. (15) Esta vez lo que dijo se leyó en otro contexto, el del debate del aborto.

La sola mención era una provocación al Papa Francisco, quien durante su arzobispado había criticado en público y en privado esos aportes. Durante la crisis de Baseotto, había mocionado por la revisión

del acuerdo para el Vicariato castrense. Siempre había afirmado, contra la opinión de la mayoría de la Conferencia Episcopal Argentina, que era necesario buscar otra manera de relacionarse con el Estado. En 2016, había rechazado la contribución del Gobierno para Scholas Occurrentes. Con el anterior Gobierno, Scholas había rechazado un aporte de 14 millones de pesos del Ministerio de Infraestructura para producir material audiovisual dentro del programa Enamorar.

A finales de 2018, el Episcopado comenzó a analizar junto al Gobierno un plan de transición para derogar el sostenimiento pleno por parte del Estado. Una de las consecuencias de la caída del proyecto de despenalización del aborto fue la reaparición de grupos con consignas laicistas que pedían la separación total de la Iglesia y el Estado. Esa posición no prosperó en ninguna fuerza política de relieve institucional ni en ningún dirigente de importancia. El movimiento fue informal y adaptó a la Argentina campañas en favor de la apostasía de países como España: un católico bautizado le pide formalmente a la Iglesia que consigne su renuncia a la fe heredada.

La Iglesia, como el Gobierno, actuó ante el tratamiento en Diputados confiada en el triunfo del no. Había decidido cederle el control del debate a la ciencia. El vocero de esa pelea contra el aborto era Juan Bochatey, segundo del conservador Héctor Aguer en La Plata, y un experto en bioética vinculado a la UCA.

El proyecto avanzó en comisiones y se le puso fecha del miércoles 13 de junio para tratarlo en el recinto. Una semana antes, la diferencia entre el sí y el no era muy estrecha —diez votos arriba o diez votos abajo, según quién hiciera el recuento—. El Gobierno temía incidentes, especialmente si en esa sesión ganaba el no. Horacio Rodríguez Larreta tenía a consideración innumerables pedidos de organizaciones para ocupar espacios públicos ese día en la Ciudad, y se lo hizo saber al Poder Ejecutivo y al Congreso. La mayoría pertenecía a sellos que apoyaban la despenalización, y el temor era cómo iban a reaccionar si ganaba el no. Emilio Monzó, responsable de la sesión, la planificó de un solo tirón, sin cuartos intermedios, arrancando a las 11 y con una votación a horas avanzadas del día siguiente. Para mortificarlo, le preguntaron a Monzó cómo votaría si le tocaba desempatar como presidente de la cámara. Se disculpó: «¿Están locos? Si abro la boca pierdo la autoridad que me da este cargo».

Enredado en las propias ansiedades —la política es una montaña rusa—, esa pasión por el marketing llevó al oficialismo a promover una riesgosa foto de los funcionarios y legisladores contrarios al aborto, que se registró en la Plaza del Congreso el jueves anterior a la votación en Diputados. Fue masiva, si se la compara con la foto de familia que un día antes había reunido a los oficialistas a favor de la

despenalización, además bien modesta en términos de jerarquía política. Esta algarada de los celestes del oficialismo fue convocada formalmente por Gabriela Michetti, pero tuvo el aval tácito del propio Macri y de María Eugenia Vidal, aquel mismo día en el Vaticano secreteando con Francisco.

Ahí estaban los hombres fuertes del Congreso, como Federico Pinedo, cinco ministros del gabinete y altos punteros del oficialismo, como el vicepresidente del Banco Nación. El ex militar Juan José Gómez Centurión caminaba como un *rock star* desaprovechado y se lo disputaban en selfies y pedidos de autógrafos. Alguno indicó la presencia de Andrés Ibarra como señal del interés directo de Macri en que hubiera mucho gabinete en esa foto. Cuando Joaquín de la Torre, ministro vidalista, bajó de un colectivo bonaerense, demostró que los funcionarios cumplían la orden de Vidal: que todos los funcionarios que estaban contra el proyecto viajasen a la Capital para esa foto. Estas efusiones probaron la fragilidad de las atribuciones a Jaime Durán Barba como el gran titiritero del macrismo. La manía por las fotografías puede también ponerse en contra del objetivo de buscar prestigio, que es para lo que existen las fotos en la política. Si ganaba el no, el Gobierno iba a quedar identificado con una victoria política en un tema que le arrancaron organizaciones que tienen predicamento en los medios, pero que tienen pocos votos. Pero si ganaba el sí, haber aparecido en esa foto sería la prueba de que hay una distancia entre la calle y el sistema, y que los funcionarios son almas débiles que vuelan al acaso del viento, como hojas de otoño (imperdonable, diría María Elena Walsh).

El aborto casi hizo estallar a Cambiemos

En la previa del miércoles final, el jefe del interbloque del oficialismo Mario Negri mandó un mensaje al grupo de WhatsApp que compartían sus legisladores para pedirles que no escalaran las disidencias. «Quiero recordarles que la iniciativa que salió de lo oscuro para que la sociedad maduramente la aborde es de NUESTRO GOBIERNO, lo que nos obliga a una mirada y un comportamiento colectivo que conjugue la ética de nuestras convicciones con la ética de la responsabilidad», decía en uno de sus párrafos.

La decisión de Macri no empeoró las divisiones del peronismo, que ya existían. Pero sí planteó divisiones nuevas en el oficialismo. El tema se le había ido de las manos. La batalla del aborto puso en evidencia los activos y los pasivos de las fuerzas que se enfrentaron, y eso también produjo deslizamientos. El más estridente fue el ultimátum de Elisa Carrió al finalizar la sesión. Menos evidente, pero más indicativo del método de conducción de Macri sobre Cambiemos,

es el vértigo de Emilio Monzó. Dos meses antes era un desocupado, devaluado por Olivos, renunciando a seguir en carrera como presidente de la Cámara de Diputados.

En la madrugada del jueves de la votación, 15 de junio, Monzó pasó a ser el hombre del cual dependía la suerte del Gobierno. Si había empate en la votación del aborto, con un sí o un no Monzó volcaba el destino del oficialismo. En esas horas, hubo zozobra sobre algo que Macri tendrá que explicar: cómo es que un gobierno que había instalado un tema en la sociedad y en el Congreso después se desentendía. Raúl Alfonsín había promovido la Ley de Divorcio para que saliese; los Kirchner empujaron la Ley de Matrimonio Igualitario para lo mismo.

El tema llegó al recinto con la plaza del Congreso dividida en dos: celestes, contra la despenalización; verdes, a favor. Pero todos criticando al Gobierno. En los días previos a esa sesión, Macri recibió a Carmen Polledo (PRO), Marcela Campagnoli (Coalición Cívica) y Gabriela Burgos (UCR), embanderadas con el rechazo a la ley. Insistió en que él estaba contra la idea, pero a favor del debate. En esa charla, discurrieron sobre los tercios en que se dividía la opinión de las mesas de debate del Gobierno: los del no, los del sí y los que creían que el voto debía decidirlo la oportunidad.

Ese debate tuvo su clímax en la reunión de gabinete del jueves 7 de junio, una semana antes de la sesión de Diputados. El clima de la calle era hostil de todos lados hacia el Gobierno. Ernesto Sanz —asesor libero de Macri en momentos decisivos de todos los debates— terminó de convencer a la mesa chica de que había que hacer ganar el sí, porque el no los enterraría en la calle.

Macri habilitó desde ese debate acciones en favor del sí. Avaló la idea del productor de radio Daniel Grinbank, de registrar cuatro videos a favor del sí, con Jesús Rodríguez, Ricardo Alfonsín y Ricardo Gil Lavedra exponiendo la posición de su partido, que se emitieron en espacios centrales de la TV con tácito auspicio oficial. Esa posición la sostenía también el presidente del interbloque de Diputados, Mario Negri, que evitó adelantarla hasta el momento de la votación para no dividir su propia fuerza.

Hubo chispazos cuando algún espontáneo del entorno íntimo, como Fabián Rodríguez Simón —asesor informal en temas complejos de Macri— inició operaciones en el mismo sentido. Ya lo había hecho en declaraciones como legislador del Parlasur. En las horas finales de la sesión, Massot, adalid del no, trinó con un telefonazo a Olivos para desautorizar al abogado, que negó toda actuación y acató la prudencia que le reclamó Marcos Peña.

En la madrugada de la votación, hubo más choques en el oficialismo. A Monzó le preguntaron qué votaría, y admitió que si

había empate —como presumían todos antes de votar— lo haría a favor del sí. Eso lo escuchó Elisa Carrió, que creyó que había un complot del propio Gobierno para que ganase el sí. En la medianoche de ese 15 de junio, el Boletín Oficial publicó en la edición digital, que se conoce a las cero horas de cada día hábil, un decreto de Macri con el reconocimiento de una deuda a la provincia de La Pampa, que Carrió y otros patrocinantes del no —como monseñor Héctor Aguer— creyeron escondía un acuerdo con los legisladores de esa provincia para que triunfase el sí.

Es difícil probarlo, porque ese pago a La Pampa, por cerca de 900 millones de pesos, era el resultado de una negociación con la Nación, que se había hecho muchos meses antes de que comenzase el debate sobre el aborto. Tampoco la publicación del decreto el mismo día de la votación prueba nada sobre un complot. Pero convino mucho a las dos partes para explicar el resultado.

A Carlos Verna, en efecto, le atribuyen haber volcado los votos en Diputados para que ganase el sí en la mañana del 14 de junio. Despertó ese día, lo llamó al diputado peronista Sergio Zigliotto y le preguntó: «¿Cómo va la cosa?». Pareja. «¿Si les digo a los nuestros qué tienen que votar, me van a dar bola?», preguntó el gobernador pampeano. «Sí.» «Entonces deciles que voten por el sí.» Zigliotto y sus comprovincianos Ariel Rauschenberger y Melina Delú —que antes militaban por el no— se volcaron al Sí, que ganó por cinco bancas. El voto de los diputados pampeanos se explica por el objetivo de perjudicar al Gobierno, algo que es el deber de la oposición. Vieron que el comando superior del PRO —Macri, Larreta, Vidal, Stanley, Esteban Bullrich, Massot, Tonelli, sumados a Carrió— defendía el no. Estaban obligados a ponerse en contra a la distancia, y de madrugada, Verna, un zorro viejo de la política criolla que siempre tuvo juego propio, les ganó esa pulseada a Macri y a Francisco.

Carrió estalló de ira cuando se conoció el resultado de la votación y denunció acuerdos espurios. En perspectiva, para ella significó un giro en sus relaciones con el Gobierno, otra consecuencia política del debate sobre el aborto. Antes de la votación, justificó su silencio en que no quería dividir a su bloque. Se levantó de la banca y exclamó: «Que le quede claro a todo Cambiemos. La próxima vez rompo». Cuando salía del recinto, les gritó a los diputados del Frente para la Victoria: «¡Ganen la elección!». Horas más tarde, dio un comunicado amargo en el cual denunció «cambios y manipulaciones de votos en la cámara de Diputados», que eran un ejemplo de mediocridad y corrupción. (16)

Segunda oportunidad en el senado: la Iglesia contraataca

La reacción de la Iglesia ante ese triunfo del sí fue también sorpresiva. El Episcopado hizo una declaración crítica, quizá tardía. El sábado siguiente, pocas horas después de la aprobación del proyecto, Francisco dio la señal de que era necesaria una estrategia distinta para revertir el resultado de Diputados. Habló ante organizaciones familiares y mencionó el aborto como una práctica eugenésica que asimilaba a la de la antigua Esparta, que consistía en arrojar a los recién nacidos con discapacidades al abismo. Avanzó más y recordó que hay médicos que recomiendan el aborto cuando detectan discapacidades en los niños por nacer. «El siglo pasado todo el mundo era escandalizado por lo que hacían los nazis para cuidar la pureza de la raza. Hoy hacemos lo mismo, pero con guantes blancos», se lamentó ante el Forum Familia. (17)

Cuando la prensa en la Argentina señaló que Francisco comparaba a los abortistas con los nazis, el Papa se enardeció más y atacó, como pocas veces lo había hecho antes, contra los medios. Criticó al Gobierno de Macri, sin mencionarlo, por haber derogado la Ley de Medios Audiovisuales sancionada bajo el Gobierno de Cristina de Kirchner. Era la primera vez que avanzaba tanto en su puja sorda con los medios que habían impugnado esa polémica reforma. Nunca Bergoglio había sido tan explícito en abonar la teoría de que existía un complot del Gobierno macrista y de los medios para criticarlo y demoler su prestigio. Ahora jugaba ese prestigio en defensa de los adversarios del Gobierno y confirmaba su perfil de Papa peronista.

Fue veinticuatro horas más tarde, el lunes 18 de junio, en la homilía de Santa Marta, una especie de vocería diaria en boca del propio Francisco. En un párrafo virulento, aunque elíptico, dio un bando de batalla con atribución de intenciones. Solo faltaba ponerles los nombres a Macri, a Cambiemos, al peronismo opositor y a los medios «hegemónicos» en un mensaje que apenas se podía entender en la Argentina: «La historia de Nabot es paradigmática de la historia de Jesús, de San Esteban y de todos los mártires que fueron condenados mediante calumnias. Y es también paradigmática del modo de proceder de tanta gente, de tantos jefes de Estado o de Gobierno. Se empieza con una mentira y, después de haber destruido a una persona o una situación con esa calumnia, se juzga y se condena. También hoy, en muchos países, se usa este método: destruir la libre comunicación. Por ejemplo, pensemos: hay una ley de medios de comunicación; se elimina esa ley, y se da todo el aparato de la comunicación a una empresa, a una sociedad que calumnia, dice falsedades, debilita la vida democrática. Luego vienen los jueces a juzgar a esas instituciones debilitadas, a esas personas destruidas, y las condenan. Así avanza la dictadura. Las dictaduras, todas, empezaron así: adulterando la comunicación, para dejarla en manos de una

persona sin escrúpulos, de un gobierno sin escrúpulos». (18)

El obispo Aguer hundió el cuchillo en el propio Macri, a quien acusó de haber pagado ese resultado con los dineros enviados a Verna. Fue en la misma semana, el jueves 21, en una columna en un diario de La Plata, que se reprodujo en cadena en todos los medios, hasta en la agencia oficial Télam. Con algunos meses de anticipación, el ex arzobispo imaginaba que el Gobierno seguía instrucciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), la entidad con la que cerraría un acuerdo en agosto. «Se puede sospechar, además —denunciaba— que "corrió guita". En efecto, los diputados pampeanos obedecieron la orden del gobernador de su provincia de aprobar el proyecto abortista, y ese mismo día el Gobierno nacional depositó una fuerte suma (900 millones) que debía a La Pampa. ¿No tendrá nada que ver el asunto con el FMI? Es tradición de los organismos internacionales de crédito condicionar la ayuda financiera a la adopción de medidas antinatalistas. Lo mismo supo hacer Estados Unidos; basta recordar el célebre Informe Kissinger. Nuestro presidente ya había anunciado que, si el proyecto que acaba de pasar al Senado se convierte en ley, no la vetará.» (19)

El remate era un llamado a sus lectores a no votar nunca más al Gobierno: «Macri lo hizo. ¡Alerta, votantes!». La Iglesia había lanzado la campaña.

Macri solo amagó como respuesta, en diálogo con Carmen Polledo, después del resultado: «Verna es un tipo muy complicado». El sector del no de Diputados siguió en guardia pasiva y se rearmó para presionar sobre el Senado y revertir el resultado. Una semana más tarde de la votación, se reunieron para una cena de conspiración en el Círculo de Legisladores, convocados por Carrió. Cumplía con el aviso de que acompañaría «a quienes votaron y van a votar en contra de la ley, y que recibieron tantas presiones que van a respaldar a aquellos que no dejaron que les quiebren la voluntad». La jefa de la Coalición Cívica entendía, sin embargo, que esta había sido una prueba del liderazgo de Macri en momentos dramáticos. Por eso, dedicó su larga charla con los presentes a explicar la necesidad de apoyar y respaldar al presidente. Era una cena convocada para hablar del aborto, pero Lilita eludió el fondo del debate, para centrarlo en algo que creía más importante. Que no se dividiera a Cambiemos ni se resintiese el liderazgo de Macri. Estuvo la mayoría de los votantes por el no a la despenalización, desde Polledo hasta Massot, pasando por Campagnoli, Pedro Torello, Javier Campos, Jorge Enríquez y muchos más hasta el número de veinte.

Finezas en el Senado para matar el aborto de Diputados

El mismo lunes del ataque de Bergoglio al Gobierno y a los medios, los obispos convocaron a legisladores de Cambiemos a la sede del Episcopado. Allí se preparó la estrategia que desplegó Gabriela Michetti, presidente del Senado, de enviar el proyecto de despenalización aprobado por Diputados a cuatro comisiones para darle largas al debate y dar tiempo a la campaña del no. Era, además, una manera de comprometer a toda la Cámara a una experiencia de predebate. Cuatro comisiones son casi la totalidad de los integrantes del Senado. Tenerlos a todos discutiendo antes de la votación, en comisiones, era un gran recurso para modular las estrategias. Había ocurrido en Diputados, donde 110 legisladores habían adelantado con la aprobación en Comisión el resultado final.

Esa noche estuvieron en la sede del Episcopado el cardenal Mario Poli, el jefe de la Liga de Obispos Oscar Ojea, el secretario de esa conferencia Carlos Malfa y los senadores Federico Pinedo, Esteban Bullrich, Guillermo Snopek (peronismo moderado) y Silvia Elías de Pérez, radical por Tucumán, además de algún curita movedizo.

Esa reunión confirmó el cambio de estrategia de la Iglesia, que hasta ahora había actuado sin mostrar mucho a los sacerdotes con el argumento de que el aborto era un asunto de laicos, de derechos humanos y no de doctrina (línea francisquista). Ahora el plan era otro: mandar a los obispos a respaldar las críticas al Gobierno, como las rabietas en Mar del Plata de monseñor Jorge Lozano en favor de la huelga. Había participado junto a la gobernadora María Eugenia Vidal en la reunión anual de la Pastoral Social y había descalificado las acciones de esa administración en favor de los pobres. También había alentado a los sindicalistas que organizaban en esos días una huelga contra el Gobierno.

El Senado permitía otras finezas para el debate. El no parecía dominar las voluntades y la táctica fue matar el proyecto de Diputados, y no confrontarlo con otro proyecto alternativo, como despenalizar a la mujer, pero no al delito.

Entre la última semana de junio, cuando se ajustó la nueva estrategia, y la votación del 9 de agosto en el Senado, hubo otras acciones más discretas. En esos días, Francisco recibió en el Vaticano al secretario de Culto Santiago de Estrada. El funcionario le mostró las encuestas que arrojaban una mayoría apabullante del sí entre los jóvenes. Francisco le preguntó sobre sus pronósticos sobre el voto en el Senado. Ya a esa altura se hablaba de un cambio de Cristina de Kirchner, que siempre se había pronunciado contra el aborto, en favor de la iniciativa. «Quizá si hablaras con ella», le sugirió De Estrada. Francisco dijo que no quería intervenir de manera directa y que era un riesgo hacerlo por los efectos que tendría esa noticia.

De Estrada, en esa reunión, le comunicó a Francisco que iba a

renunciar al cargo y que eso lo había hablado ya con Macri. Hacia afuera, la explicación fue que De Estrada, llamado el «Obispo» por sus amigos, había aceptado el cargo solo por dos años, debido a su edad. Era un pretexto, porque ya había aceptado incorporarse, después de la renuncia, a una comisión del Gobierno que estudiaría una reforma del sistema previsional. Hacia adentro de la Iglesia, el mensaje fue que De Estrada no quería seguir como secretario de Culto de un gobierno que había propuesto el debate del aborto que podía llegar a convertirse en ley.

El jueves anterior a la sesión del 8 de agosto en el Senado, Macri le envió un WhatsApp a Pinedo, presidente del Senado, en el cual le pedía que desmintiera y descalificase a cualquier senador que dijese que votaba de alguna manera por instrucción de la Casa de Gobierno. «Quiero que se difunda», agregó en otro mensaje. Eso refleja la dimensión de la ambigüedad.

Francisco nunca habló con Cristina, pero alguien lo hizo —seguramente Oscar Ojea, presidente del Episcopado—, y eso cambió la suerte del proyecto en el Senado. La senadora cristinista Silvina Larraburu anunció pocos días antes del debate que se pasada del sí al no. Había abandonado el bloque del peronismo no cristinista de Miguel Pichetto para sumarse al de Cristina, de quien pudo recibir una orden que volteaba la iniciativa sin que la ex presidente arriesgase su crédito entre el progresismo, justo en el momento que más lo necesitaba.

Con ese apoyo, el sector del no se clavó en los 35 votos. Eso bastaba para rechazar el proyecto de Diputados. Cerraba una estrategia más fina y exitosa, que se le atribuyó a Federico Pinedo: no presentar un dictamen alternativo, para proteger los votos que debían voltear el texto aprobado en Diputados. El Senado no discutiría la despenalización del aborto, sino el sí o el no al proyecto de Diputados. La diferencia entre las dos cámaras también se trasladó a la eficacia de los dos sectores. El sí que ganó en Diputados fue fruto de una estrategia que unificó voluntades y marcó una diferencia que sorprendió cuando muchos esperaban un no. Esa fuerza faltó en el Senado, que mostró al sí como una tribu errática, sin jefe, salvo la vehemencia de Pichetto. No fue suficiente para contrarrestar la eficacia de las presiones de los obispos sobre gobernadores y senadores. Tampoco para frenar el protagonismo por el no de las ligas de jóvenes pro vida y de las ligas de iglesias evangélicas que actuaron discretamente para reclamar el voto por el no a numerosos senadores.

Cuando llegó la hora de votar, ya era más fácil hacer un celeste de un verde que al revés. La situación enfrentó a los amigos y acercó a los enemigos, en algunos casos sin camino de retorno. Los cambios de rumbo de muchos dirigentes en el segundo semestre de 2018, que se

atribuyeron a intenciones electorales, fueron consecuencia de este debate. Un asunto de esa naturaleza terminó cruzando demografías irreconciliables hasta entonces. La camaradería de un Esteban Bullrich —conservador del PRO— con José Mayans —conservador del peronismo—, que hasta entonces se insultaban en público y en privado por el control de la Comisión de Presupuesto, hizo que terminasen por compartir empanadas antiabortistas en sus despachos. Eran contrarios en todos los terrenos, salvo en este tema del aborto, que enlazó voluntades en una transversalidad sorprendente, y que no aparecía en ningún manual. La despenalización del aborto dividía lo que parecía indivisible y unía lo que parecía irreconciliable.

Juan Grabois lo ilustra así: en los cuarteles en Constitución de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) había opiniones dividas por extracción social. En los pisos 2 y 3, administración, era mayoría la militancia universitaria, que apoyaba la despenalización masivamente. En la planta baja, mantenimiento, maestranza, servicios, con mayoría de los sectores medio bajos, el rechazo a la despenalización era también abrumador.

Este cruzamiento del aborto con otros objetivos políticos le puso algo de emoción a una semana que se fue apaciguando a medida que resistía con éxito el no. El martes 7 de agosto, el tridente de los Cayetanos, las organizaciones sociales francisquistas, tenía prevista una marcha sobre Plaza de Mayo por el día de San Cayetano. Movilizaron miles de personas para mostrar el rechazo al programa económico del Gobierno, con el apoyo de la CGT y de los dirigentes de la oposición. Esas organizaciones se habían encontrado por primera vez en la calle el 21 de febrero, en la misma manifestación en donde los pañuelos verdes asustaron al Gobierno con la consigna del aborto. El arco de la CTEP, la Corriente Clasista y Combativa y Barrios de Pie estaba también atravesado por las diferencias internas sobre el aborto: sus dirigentes temían que se cruzasen con el mensaje político de la marcha y que alimentasen la violencia. Y el gran valor de las manifestaciones de los Cayetanos era que siempre fueron pacíficas. Hubo paz, como fue pacífica la sesión del día siguiente, que comenzó con el voto ya cantado en favor del no.

La colectividad política tomó entonces nota de la necesidad de una nueva hermenéutica de la calle. En eso los había superado Francisco, buen lector del ingenio popular y gerente de una demografía diversa, aunque oculta, porque no responde a la agenda de la política. Habían observado, por ejemplo, la inesperada manifestación de miles de evangelistas en el Obelisco del domingo anterior. También una sorpresiva declaración de Tucumán como provincia pro vida que hicieron sus legisladores. Asimismo el protagonismo de una dirigencia no política, capaz de movilizar a millones y ganarle al sí, que parecía

exigido por unos tiempos que el progresismo y el duranbarbismo presumían entender mejor que nadie. El ejemplo es la capacidad de disposición de ligas como el Frente Joven, una organización confesional desconocida que ocupó los pasillos del Congreso organizando a los legisladores del no con un nervio no partidario, que explotó la transversalidad de las convicciones.

Es cierto que hubo acampes descomunales en función del no. El fin de semana anterior sesionó en el seminario de San Miguel una cumbre de los jesuitas de todo el mundo, con el venezolano Arturo Sosa Abascal, general —máxima autoridad mundial— de la orden de Bergoglio. Coincidiendo con la megamanifestación evangélica, se celebró otra cumbre, esta vez del Opus Dei, con la presencia también de su máxima autoridad, el prelado Fernando Ocáriz. Los expertos registraron otros movimientos laterales, como la reunión en Santiago de Chile de una organización de políticos católicos, que se remite directamente al Vaticano. Sí se notó, porque actuó en descubierta, la presencia activa de uno de los principales comunicadores de la Iglesia en el mundo, el inglés Austen Ivereigh. Es autor de la mejor biografía del Papa (*El gran reformador,* 2014) y recorrió todos los acampes en donde se articuló la movilización antiaborto: estuvo en la cumbre ignaciana de San Miguel, con una carpa de Comunione e Liberazione, dio una conferencia en un salón del Opus y se maravilló con los argumentos del padre Pepe en la Villa La Cárcova. Un cuadrazo.

Esa marea, imperceptible por las agendas al uso en la política y el periodismo, evocó la dialéctica que vivió la Argentina sesenta años atrás. El país enfrentó a sectores que defendían la enseñanza laica con otros que defendían la enseñanza libre, que abría el sistema a las organizaciones confesionales. La laica parecía ser el signo de los tiempos, pero el proyecto de Arturo Frondizi era autorizar a las universidades confesionales para expedir títulos del mismo nivel y con la misma validez legal que las universidades públicas. Ganaron los de «la libre», en una pelea que también se libró en las calles. Un asunto que parecía lateral frente a los grandes problemas de la agenda política de entonces despertó a sectores invisibles o silenciosos. Para los que gustan de los parecidos, Frondizi representaba la modernidad que hoy presume de alentar el macrismo y había llevado a la progresía de entonces a las universidades. La libre defendía a las instituciones católicas, donde se habían refugiado muchos docentes peronistas desalojados de las universidades públicas en 1955. Para completar la comparación, Frondizi terminó jugando para la libre y defraudó a los laicos y antiperonistas que lo habían acompañado en su campaña para la presidencia.

Lecciones y aprendizajes

El triunfo del no en el Senado fue por más votos que los esperados: 38 a 31. Los pudieron celebrar en privado Francisco y Macri, que rechazaban la iniciativa. La batalla duró desde el 21 de febrero (día de la manifestación de los verdes) al 9 de agosto (voto en la Cámara Alta). En seis meses, terminó de precipitarse la ruptura final entre Francisco y el Gobierno de Cambiemos. Desde entonces, la Iglesia se alineó junto al peronismo en el año previo a las elecciones de 2019. El punto máximo lo dio la misa pedida por el sindicalismo al Episcopado para llamar a una mesa de concertación. La rezó el arzobispo de Luján, Agustín Radrizzani, el sábado 20 de octubre, a pedido de uno de los sindicalistas más cercanos a Bergoglio, Ricardo Pignanelli, secretario del gremio de los mecánicos Smata.

Pignanelli fue desde 2015 uno de los sindicalistas con quien mejor se llevó el Gobierno. Participaba de actos oficiales y provocaba enojo en los otros caciques sindicales. Desde 2017, endureció la relación, a medida que se deterioraba el sector automotriz. Como uno de los más francisquistas del sindicalismo, tejió la algarada con dos inconfundibles referentes del Papa, el profesor Aldo Carreras y el ex ministro Julián Domínguez. Ellos se acercaron al presidente de la Comisión Episcopal, Oscar Ojea, que los derivó a Radrizzani, obispo de Luján. Con ese llamador fue que se amplió la concurrencia de políticos del peronismo, como Daniel Scioli y Felipe Solá, ex gobernadores de Buenos Aires, que suman más de una década de administración en el distrito. Ese grupo, al que se añadieron el segundo de Pignanelli, Paco Manrique, y el ex secretario de Culto, Guillermo Oliveri, monitoreó los últimos pasos de la convocatoria, que buscaba evocar la consigna «Paz, Pan y Trabajo» que había popularizado Saúl Ubaldini.

Este movimiento contó con la venia de Francisco, pero en busca de un recorrido político propio. Pretendía armar una mesa sindical dominada por el papista Pignanelli, que sumase a Sergio Palazzo de bancarios y a Moyano, y que se ofreciese como interlocutora del peronismo en algún proceso de unidad. En esa misa, hubo delegados de los sectores del peronismo identificados con Cristina de Kirchner, además de religiosos de varias confesiones. La participación de Carreras, Pignanelli, Domínguez y Gustavo Vera le puso el sello inconfundible de Francisco a esa misa-acto que significó el final de cualquier acuerdo con el Gobierno. Como era esperable, Radrizzani intentó despegar con un comunicado al Papa, pero no pasó de ser una cortesía para incautos. Fue el gran acto francisquista del año.

Este compromiso de la Iglesia con la oposición habilitó otras percepciones. La Iglesia volvía a intentar, como en 2001 con el Diálogo Argentino, el montaje de un tinglado para ofrecerse como polo de algún diálogo que se apartase del rupturismo extremo que

jugaba al bloqueo. También la Iglesia quiso dar una señal ante el avance de las relaciones del Gobierno con los evangelistas. Esta relación suponía la participación en el reparto de ayuda material a los pobres, del Gobierno de María Eugenia Vidal, por parte de las iglesias que se referencian en líderes religiosos como el pastor Jorge Sennewald o el presidente de la Aciera (Alianza Cristiana de Iglesias Evangélicas de la República Argentina), el pastor bautista Rubén Proietti.

La relación con Vidal se reforzó con el debate de la Ley de Despenalización del Aborto. Tomando la delantera por sobre la Iglesia católica, los evangélicos habían emprendido la lucha en el Senado para el rechazo del proyecto, que se había dormido en Diputados, en la presunción de que esa cámara lo rechazaría. Después, los evangélicos encabezaron la pelea en el Congreso, para que no prosperase la reforma a la Ley de Educación Sexual Integral, nueva prenda de disputa entre la Iglesia y sus contradictores. Aquí Francisco y Macri volvieron a coincidir. El presidente ordenó una tregua interna en Cambiemos con el objeto de postergar el tratamiento de la norma en el Congreso para no profundizar las divisiones entre los propios.

Con ese motivo, también canceló Macri el tratamiento de un nuevo proyecto de Código Penal, elaborado por una comisión que presidió el camarista Mariano Borinsky. Dos semanas después del voto del Senado, Macri le explicó al penalista las razones por las cuales se pasaría a 2019 la discusión del proyecto. Le prometió que sería el eje del discurso de apertura de las sesiones de ese año. El debate sobre el aborto, le explicó Macri, había producido serias heridas en el oficialismo, que debía restañar y sobre las que en cambio echaría sal un debate del nuevo código, que desde otro ángulo abordaba el mismo asunto.

El presidente había recibido una carta privada firmada por numerosos senadores y diputados, que le pidieron una entrevista para quejarse de que la reforma del artículo 88 del Código Penal «a los efectos prácticos implicaría un desconocimiento de lo resuelto por el Senado Nacional el pasado 8 de agosto, porque liberalizaría el aborto». La carta argumentaba que esa votación por el no cerraba la posibilidad de que el tema se tratase de nuevo en 2018. Una de las diputadas embanderadas en el no, la porteña Cornelia Schmidt Liermann, aprovechó un viaje al Paraguay del presidente para hacerle presente en persona la posición de los celestes, en caso de que el Gobierno los sometiese a una reapertura del debate.

El debate entre cuatro paredes en el área presidencial decantó en dos posiciones.

Una, la de Germán Garavano, ministro de Justicia, que dijo que el Gobierno debía enviar el proyecto tal cual estaba redactado. En

cuanto al aborto, la comisión Borinsky recibía la doctrina del llamado fallo FAL. Otro artículo del proyecto (el 88) daba a los jueces facultad para no dictar sentencia condenatoria a las mujeres que hicieran su propio aborto, sin tocar la penalización. Si había cambios que hacer al proyecto, sostenía Garavano, debían surgir del debate en el Congreso.

Frente al ministro de Justicia, un sector que le atribuye primacía a Marcos Peña argumentó que era oportuno que el Gobierno aprovechase para acercarse al público que apoyaba a los verdes en el debate, y ampliara las condiciones de despenalización del aborto. Una manera de ampliar el arco de apoyos, y de recortar el de las críticas del sector del sí, que perdió en el Senado y cuyo rédito había capitalizado el peronismo cristinista y las izquierdas, cuando en realidad era un arco más amplio. Macri escuchó paciente. Tras un cuarto intermedio, llamó al ministro de Salud, el radical Adolfo Rubinstein, para que le acercase algo de ciencia a tanta pastosidad política.

La ronda terminó con el pedido de Macri de postergar *sine die* esa pelea. Había intentado salir de un aprieto revoleando el debate del aborto por sobre los muros de Olivos, para que lo resolviese la sociedad, pero ahora le volvía como un búmeran a las propias manos. Siete meses más tarde, estaba el mismo punto: tenía que resolver él qué hacer con el aborto cuando su Gobierno había pagado un alto costo por un debate cismático por definición. Un aprendizaje caro, pero también una prueba de las dificultades que tienen los gobiernos débiles para emprender reformas de fondo. Otra lección, con aire de maldición gitana: en política no hay atajos. Hay que recorrer todas las estaciones y enfrentar todos los misterios.

1. Sergio Rubin y Francesca Ambrogetti, *El jesuita, op. cit.,* pp. 90-92.

2. Diálogo con periodistas en el avión de regreso de Irlanda a Roma, domingo 26 de agosto de 2018.

3. Este personaje había hecho maratones de respiración colectiva en Buenos Aires y elogió al Gobierno de Mauricio Macri en términos como no ha hecho ninguna organización religiosa. «Está haciendo un buen trabajo. Hacer a la gente feliz. […] Argentina es muy agradable, la gente es muy entusiasta, llena de energía. La última vez que estuve allí vi que tiene mucho potencial para hacer negocios, puede convertirse en un muy buen destino turístico en el mundo, especialmente para aquellos países donde no es tan conocido», dijo en 2016 (Reportaje en *Perfil* del 2 de noviembre de 2016). Si hubiera que elegir las frases más irritantes para el mensaje papal, serían estas.

4. Véase disponible en línea: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/Papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html>.

5. Joseph Malègue, *Pierres noires, op. cit.* En el conocido reportaje de Spadaro de 2013, se lee: «Yo veo la santidad en el pueblo de Dios, su santidad cotidiana. Existe una “clase media de la santidad” de la que todos podemos formar parte, aquella de la que habla Malègue». El Papa se refiere así a ese escritor francés, muy de su agrado, nacido en 1876 y muerto en 1940.

6. Por ejemplo, en el diálogo con Sergio Rubin y Francesca Ambrogetti, *El jesuita, op. cit.,* p. 40.

7. Joseph Malègue, *Augustin ou le Maître est là,* París, Spes, 1933.

8. Aunque no hay traducciones al castellano, sí existe en castellano una muy extensa y óptima exposición de las novelas de Joseph Malègue y su significación en el segundo tomo de Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo* [1953], trad. de V. García Yebra y otros, Madrid, Gredos, 1954-1995. Moeller era un teólogo y profesor de Lovaina, que participó en el Concilio Vaticano II, se ocupó de la pastoral poscolonial africana y redactó un borrador para la constitución pastoral *Gaudium et Spes* (de la que es eco verbal *Gaudete*…) que proclamó Paulo VI. Gracia a él conoció a Malègue y lo hizo subsecretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe y director del Instituto Ecuménico. Bergoglio conoció a Malègue por la lectura de Moeller. La novela *Augustin ou le Maître est là* parodia una anterior, *Jean Barois,* de Roger Martin du Gard, que proponía un modelo de vida laica, antirreligiosa, internacionalista y antinacionalista, furiosamente higiénica contra las religiosidades rurales, regionales, populares: el *self-made man* pagado de sí mismo, la exacta figura que detestaban Castellani, Gálvez, Anzoátegui o desde luego Wast. Todas figuras que ocupan algún lugar en el olimpo mental de Francisco.

9. Miguel Ángel Fiorito, *Discernimiento y lucha espiritual. Comentario de las reglas de discernir de la Primera Semana de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola,* pról. de J. Bergoglio, Buenos Aires, Diego de Torres, 1985; cfr.: José Luis Narvaja, «Miguel Ángel Fiorito: Una riflessione sulla religiosità popolare nell'ambiente di Jorge Mario Bergoglio», en *La Civiltà Cattolica,* Quaderno 4027, vol. II, 2018, pp. 18-29.

10. Antonio Spadaro, «*Gaudete et exsultate:* Radici, struttura e significato della Esortazione apostolica di Papa Francesco», en *La Civiltà Cattolica,* 10 de abril de 2018.

11. Exposición ante el plenario de comisiones de la Cámara de Diputados, 10 de abril de 2018.

12. El proyecto no fijaba un plazo máximo de semanas de gestación para la realización de la práctica, pero sí un tope de cinco días desde que se solicita el procedimiento hasta concretar la interrupción del embarazo. Entre los puntos centrales del texto aprobado, figura la prohibición de interponer obstáculos médicos, burocráticos o judiciales que traben el acceso a la prestación sanitaria que pondrá fin al embarazo producto de una violación o al de alto riesgo para la sobrevida de la mujer gestante. «Obstáculos» se refería a la intervención de varios profesionales en el diagnóstico, a la participación de equipos interdisciplinarios o comités de ética, o la exposición policial o judicial del hecho de violencia sexual que generó el embarazo. Por ello, para acceder a un aborto en caso de abusos no resultaba necesaria la denuncia de violación, ni la constatación del delito, sino que bastaba con una declaración jurada de la mujer prestada ante el profesional de la salud interviniente.

13. Algunos meses después de estos episodios, Bergoglio golpeó la puerta del despacho de esta magistrada, relacionada con la familia de Santiago de Estrada. Preguntó por ella, y un empleado, que no lo identificó, lo sentó en un pasillo de espera. El arzobispo y cardenal primado de la Argentina permaneció un par de horas rezando esa espera. Hasta que otro ujier lo reconoció y le preguntó, sorprendido, a qué se debía tamaño honor de visitar el juzgado. «Quiero ver a la jueza De Estrada». Lo anunciaron y le pusieron alfombra roja para que ingresase el despacho. «¿Qué necesita?» «Nada, solo quiero agradecerle el fallo que impidió el aborto que había permitido el juez Schreiber.»

14. Karina Felitti, *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los sesenta,* Buenos Aires, Edhasa, 2012.

15. La información que dio Peña el miércoles 14 de marzo había figurado en reportes anteriores: Pregunta 87, informe 103 a Diputados, p. 160, 16 de agosto de 2017; Pregunta 227, informe 99 a Diputados, p. 347, 22 de marzo de 2017. Véase disponible en línea: <https://www.argentina.gob.ar/jefatura/informes-al-congreso>.

16. «1. Los cambios y manipulaciones de votos en la Cámara de Diputados por la madrugada mostraron lo peor de la política mediocre y corrupta de los últimos años. Cuando señalé al interbloque que era el "último sacrificio", era para decirles que la Coalición Cívica no está acostumbrada a la mugre política de las madrugadas, y queda claro que mi actitud fue no interferir en la conciencia de nadie, pero quebrar conciencias es una inmoralidad política,

mugre, que me hastía desde muchas décadas atrás, eso no es república.
»2. En esta semana explicaré mi posición filosófica, ética y política respecto a lo sancionado en Diputados que por lo menos hasta el final permite un aborto a los 8 meses de gestación con una simple declaración jurada.
»3. Me preocupa la fragilidad y el hedonismo de un amor líquido que termina destrozando los cuerpos de mujeres jóvenes y descartando la potencia de vida de niños con capacidades diferentes, y en esto comparto los dichos del Papa: “El avance de la técnica permite el descarte de vidas por defectos físicos o posibles enfermedades”». Véase disponible en línea: <https://www.facebook.com/notes/elisa-lilita-carri%C3%B3/a-los-desesperanzadosles-escribo-este-mensaje-con-mucho-dolor-y-mucha-esperanza/10155311990355740/>.

17. Discurso ante el foro de las Asociaciones Familiares, Sala Clementina, sábado 16 de junio de 2018.

18. Véase disponible en línea: <http://www.humanitas.cl/homilias-de-santa-marta/la-comunicacion-perversa>.

19. Héctor Aguer, «La libre interrupción del embarazo y las banderas de la burguesía», en *El Día,* La Plata, 21 de junio de 2018.

46. EL PACTO FINAL MACRI-FRANCISCO: LA REVOLUCIÓN EN LAS VILLAS

El Congreso argentino aprobó, en una sesión del Senado del 10 de octubre de 2018, la Ley de Regularización Dominial. Esta denominación técnica esconde uno de los proyectos más ambiciosos del Papa Francisco, que el Gobierno de Macri también supo hacer suyo. Con 56 votos a favor y solo 4 en contra, la Cámara Alta disparó un proceso revolucionario que restará como una de las acciones más originales y profundas de la administración macrista iniciada en 2015. El nuevo régimen es un sistema de normalización de la propiedad para unas 900 mil familias que viven en villas y asentamientos precarios de la Argentina. La ley, largamente discutida por las comisiones del Congreso, fue promovida por el Papa a través de las organizaciones sociales y su principal activista, Juan Grabois, de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP)

Cuando culmine el proceso nacido de la aplicación de esta norma, que llevará años, habrá afectado para mejor la vida de cuatro millones de personas: el 10% de la población de la Argentina. Les habrá entregado la propiedad de tierras ocupadas por fuera de los regímenes vigentes de la propiedad inmueble. La Ley de Regularización Dominial coronaba la articulada construcción de una red de normas que contaron, todas, con el acuerdo entre el Gobierno y las organizaciones sociales y que fueron vistas con recelo por el peronismo y las izquierdas. Veían cómo el concierto insólito entre un gobierno conservador y un Papa antiliberal lograba lo que la revolución había prometido, pero nunca cumplido. Contra los estereotipos de la hora para interpretar los hechos, si algo va a quedar en el futuro de los mandatos de Macri y de Francisco son estos cambios profundos en la legislación argentina que expresan una visión distinta del resto de las formaciones políticas en pugna.

Esa coincidencia de gobierno y papado se dio nada menos que sobre el sentido de la propiedad privada y sobre los derechos que tienen los desposeídos. No parece afectada por las diferencias ideológicas que separan al Macri conservador, pro negocios y admirador de la ortodoxia del capitalismo, del jesuita antiliberal, anticapitalista y peronista. Por encima de lo que esas diferencias implican en la tarea política, terminan coincidiendo en el método de revolucionar las relaciones de clase con más eficacia que esos profesionales de la revolución posible que encarnan las izquierdas y el peronismo. Tan eficaz es esa coincidencia, que arrastraron a sus equipos de gobierno, a sus legisladores y a sus punteros políticos. Con eficacia, además,

movieron el voto casi unánime de todos los partidos representados en el Congreso. Esa historia de una coincidencia inesperada y que sorprende a los incautos reviste un trasfondo para cuya explicación falta aún racionalidad explicativa. Eso les da derecho a las partes a reclamar para sí el reconocimiento de atributos excepcionales: Macri cree que ve lo que otros no ven y puede mover voluntades hacia destinos inesperados con la facilidad asombrosa de un demiurgo.

Ni aunque lo hubiera planeado: Macri puede pasar a la historia como el hombre que 1) permitió el matrimonio igualitario en la Argentina —al no apelar un fallo judicial a favor de esa novedad en 2009, cuando era jefe de Gobierno del distrito federal—; 2) habilitó el debate sobre la despenalización del aborto en 2018; y 3) legalizó una reforma de la posesión de la tierra ocupada por los sintecho en 4.500 villas localizadas en las regiones más ricas de su país.

Nadie le hubiera creído que lo lograría este niño bien, hijo de rico y nacido en el Barrio Parque de la Ciudad de Buenos Aires, la zona más exclusiva de América del Sur.

Para el Papa, la atribución de poderes excepcionales resulta más cómoda. Esas leyes que acordó por encima de los laberintos de la política agónica, puede remitirlos con facilidad a un milagro, a la especial asistencia del Espíritu Santo, o a que él administra la Iglesia haciendo una especial hermenéutica del alma del pueblo que le permite entenderlo y moverlo hacia donde él quiere.

El proyecto de 2018 para darle la tierra de las villas a los sintecho seguía a la ley plurianual de la Economía Popular de 2016, que había previsto la entrega de cerca de 30.000 millones de pesos a esas organizaciones para pagar un «salario social complementario». El censo que registró 4.416 barrios populares instalados en tierras públicas o privadas ocupadas clandestinamente formaba parte de este plexo normativo. Ese censo fue llevado a término por una confluencia singular y poco usual de voluntades. Las organizaciones sociales controladas por los punteros de Francisco actuaron junto a funcionarios de la segunda línea del Ministerio de Desarrollo Social para recopilar los datos. Usaron a voluntarios seleccionados entre los jóvenes de esas mismas villas, que se valieron de los recursos más refinados de los celulares inteligentes.

A este relevamiento siguió la entrega a sus ocupantes de un primer reconocimiento del asentamiento. El Certificado de Vivienda Familiar es un instrumento que entrega ANSES y permite certificar su domicilio, para hacer trámites y solicitar el acceso a servicios como luz, agua corriente y gas.

Remató esa marcha, que demuestra la existencia de un canal pacífico y sin ruidos entre la administración macrista y el Vaticano, la ley de octubre de 2018, que asegura otro período de paz. La Ley de

Regularización Dominial suspendía los desalojos en esos barrios reconocidos en el Registro Nacional de Barrios Populares (Renabap) durante cuatro años y permitía la regularización dominial de las viviendas en favor de las familias que las habitaban.

No es exagerado comparar la dimensión de esta medida con la primera medida que logró el Gobierno, que fue el acuerdo con los bonistas Griesa. Este decreto fue un acuerdo con los otros acreedores, los Sin Tierra, a quienes todos los partidos políticos les prometieron un destino mejor en un país donde sobra la tierra, pero abundan también los desposeídos. El oficialismo dirá que para este acuerdo con los pobres de la tierra era necesario aquel otro con los buitres. Como aquel pacto «buitre» —que tiene toda la carga canalla de la deuda que implica a futuro—, se logró también después de una negociación de política fina, que es la condición para que se mueva algo ese Ogro Filantrópico (Octavio Paz *dixit*) que es el Estado nacional. En aquella oportunidad, la negociación de la ley fue posible por el cumplimiento de un acuerdo entre el Gobierno y la oposición peronista, en cabeza de su referente más notable, el supérstite Miguel Pichetto. Incluyó, desde ya, concesiones a las provincias para que soltasen los votos en el Congreso a cambio de fondos.

En esta oportunidad, Cambiemos —una formación a la que sus adversarios señalaron siempre como derechosa y neoliberal— se saltaba vallas que ni el peronismo pudo superar para un acuerdo social con consecuencias imprevisibles hacia futuro: profundiza el debate sobre el reparto de la renta, la propiedad privada, el acceso a los derechos humanos y los servicios esenciales. Corre el riesgo de convertirse en botín electoral. El Gobierno pone a examen sus intenciones si saca esta medida del menú proselitista.

Los ministerios de Desarrollo Social, Interior y la oficina de Mario Quintana proveyeron los medios para hacer el relevamiento de las familias afectadas. El trabajo censal identificó 4.416 barrios populares que tienen una extensión total, sumados, de 395,15 kilómetros cuadrados y en donde viven 804.053 familias. La organización Cáritas administró el aporte clerical a la iniciativa. Su presidente era, en ese momento, el arzobispo Oscar Ojea, uno de los principales referentes personales de Francisco en la Argentina. A finales de 2017, sería elegido presidente de la Conferencia Episcopal.

La ley votada por el Gobierno de Mauricio Macri disparaba, además, debates demorados desde el fondo de los tiempos, como el de la propiedad de la tierra en un país de apropiadores. Los pobres se apropian de tierras por necesidad. Lo hacen también los capos mafia que invierten en ocupaciones con plata negra y protección con el propósito de revender, y lo harán a precios de oro, lo que hoy no vale nada. En el mundo del hampa, está considerada una de las inversiones

más rentables del dinero mal habido. También se apropian de las tierras otros privilegiados. Cuando en los años noventa se privatizaron los ferrocarriles, los concesionarios descubrieron que los propietarios de las casas más ricas de la Argentina habían construido sus piscinas en tierras públicas de los ferrocarriles que estaban en los fondos de sus coquetas residencias en el porteño Barrio Parque. Como gesto de gentileza, se las donaron a a algunos de esos usurpadores VIP que eran abogados de las empresas concesionarias.

La ley de octubre de 2018 fue criticada por el peronismo, que pudo proponerla antes y no lo hizo por una diferencia de método político. Los gobiernos de ese signo habían privilegiado la mediación punteril y la entrega de bienes como sistema de relación con los pobres, antes que promover la creación de condiciones para la promoción social a través del empleo no público. El plan más amplio que existía —Argentina Trabaja— era una creación del peronismo, pero no había superado el nivel del subsidio a cambio de tareas laborales no productivas que son, además, de una muy difícil certificación y transparencia. Los gobernadores, por ejemplo, reclamaban para sí el trámite de entrega de los certificados, una herramienta electoral más que valiosa. Macri se dejó convencer de que la entrega la hiciera el ANSES, a través de sus delegaciones.

También lo criticó la izquierda clásica, porque este acuerdo era producto de la política líquida, un laberinto para audaces y ocurrentes que están más allá de la ideología. Es la razón por la cual la izquierda criolla resulta en la Argentina furgón de cola del peronismo. El análisis estándar del pensamiento crítico voló por los aires cuando se les evaporó la plusvalía; lo arrolló un mundo con otras relaciones de trabajo y lo terminó de sepultar la sociedad del conocimiento. Como otros dinosaurios premodernos, también fueron víctimas del teléfono. Nunca soñó tanto Graham Bell.

Papel protagónico tocó en esta historia a personajes que el estereotipo llamaría a enfrentarse sin piedad. Actuaron, en cambio, como si los guiase una mano oculta que les hacía ver el camino necesario para un encuentro. Como ocurre pocas veces en la historia, se trató de un consenso objetivo, que la voluntad individual de cada uno no explica, pero que tampoco se entiende sin descender a la intimidad intransferible de cada cual. La aprobación casi unánime del Congreso se construyó sobre inesperadas coincidencias entre Mauricio Macri y Cristina de Kirchner, el Papa Francisco y Jaime Durán Barba, el PRO, los radicales, Carrió, todos los peronismos y la izquierda. Del otro lado, no quedó casi nadie. Insólito en la Argentina de la intransigencia y la intolerancia. Una muestra, además, de que los consensos se alcanzan cuando hay noción del interés común y del poder que tiene cada uno.

De la Atenas de Clístenes a las villas que duelen

El proyecto de formalizar de alguna manera el mapa catastral de los terrenos ocupados era viejísimo. Alberto Pierri —poderoso dirigente de La Matanza bajo el menemismo y el duhaldismo en los años noventa— popularizó la consigna «un hombre, un lote». Presidió la cámara de Diputados bajo el Gobierno de Carlos Menem y emprendió la regularización de dominios en tierras ocupadas por los sintecho. Desde entonces, la Argentina transitó por varias etapas y niveles del «plan Arraigo». La primera versión fue de 1992. Se había reformulado hasta ahora varias veces y con suerte variada y limitada a situaciones y regiones restringidas.

En uno de los últimos actos de su Gobierno, Cristina de Kirchner dictó el reglamento de la Agencia de Bienes del Estado creado en 2012. Firmó la norma el 1° de diciembre de 2015 (decreto 2670/2015), cuando Mauricio Macri ya le había ganado en un ballotage a Daniel Scioli. Como todas las normas de un fin de régimen, fue un papel inocuo para resolver demandas que otros buscaron promover. En los primeros meses del macrismo, el asunto recayó en una sede inopinada: el departamento de la avenida Alvear de la Capital Federal, en donde vive el asesorísimo Jaime Durán Barba, que anima peñas con tema libre, que suelen ser las más fértiles dentro de ese género. Una noche del otoño de 2016, reunió para una cena a Marcos Peña y Mario Quintana con los asesores de la presidencia José Torello y Fabián Rodríguez Simón. Eran días de alta imaginación en el diseño del nuevo gobierno. La charla derivó al rol de la propiedad en la construcción de la identidad de los pueblos, especialmente entre los pobres de la tierra. Torello, que es un empresario inmobiliario del sector ABC1, aportó alguna anécdota sobre sus desarrollos en la Zona Norte, con cierto ingenio sobre las fórmulas registrales que podían facilitar el acceso a tierras entre los desposeídos. Rodríguez Simón, que es un lector de todo lo que ande por ahí, remontó la charla al historiador Heródoto y el cuento acerca de Clístenes. Este personaje fue uno de los fundadores de la democracia ateniense en el 508 a. de C., usando el reparto de las tierras como forma de sacar al *demos* de la exclusión. Los historiadores discuten aún hoy la complejidad de aquella manera de repartir las tierras urbanas, rurales y costeras como un proyecto político para capturar al «pueblo».

Bastó la referencia para que Quintana, un hombre de cultura pobrista en su juventud, pidiera que se organizase una mesa de trabajo para hacer un proyecto. Con Rodríguez Simón pronunciaron el mismo nombre al mismo tiempo: Juan. Era Juan Grabois, líder de la CTEP y a quien había conocido en la ciudad como el demiurgo de la organización de los cartoneros. Grabois vivía en ese tiempo en San

Martín de los Andes, donde tiene una escuela de dirigentes desde antes de que Bergoglio fuera elegido Papa. En ese tiempo, promovía ya el censo de villas y estudiaba el tema dominial.

Pocas semanas después de aquella peña de Durán Barba, ya funcionaba una mesa de abogados —elegidos por Rodríguez Simón y Grabois— con funcionarios del Ministerio de Carolina Stanley y algunos legisladores. Fructificó en la convocatoria a otras organizaciones que estaban sobre el terreno, como Cáritas, la fundación Techo, de origen chileno pero que compromete voluntariado multipartidario, y el arco de las organizaciones sociales al que la prensa bautizó como los «Cayetanos», y al Papa Bergoglio, el Movimiento Evita, Barrios de Pie y otras. En esa red —que ampara la marca Proyecto Hábitat, que albergaba el Ministerio de Rogelio Frigerio— actuaba otro personaje clave, el jefe de la bancada del PRO, Nicolás Massot. Había viajado a Roma con Grabois para participar, en la primera semana de 2016, de la Cumbre Mundial de Organizaciones Sociales que había convocado el Papa. Ese viaje le había dado impulso al acuerdo entre el Gobierno y las organizaciones para la sanción, con una mayoría apabullante de votos, de la Ley de Emergencia Social, de diciembre de 2016, que dispuso un subsidio al sector de la economía popular (ley 27.345) estimado en los 30.000 millones de pesos durante tres años.

De esa sanción surgió el segundo round, el Plan Clístenes de regularización dominial. El Gobierno y las organizaciones habían terminado de confeccionar el original censo de villas de todo el país que registró más de 4.000 barrios populares. Ese censo sirvió para el plan de extensión de Certificados de Vivienda Familiar, un instrumento novedoso para promover la identidad de los habitantes, que con ese documento podían defenderse de okupas venales o violentos, del abuso policial, o acceder a servicios públicos y tarifas populares. Un reconocimiento político y aún no legal, en la evocación de Clístenes. Con la participación de los propios habitantes, se había formalizado un censo que despertó rispideces con intendentes y gobernadores. En particular en el peronismo, que libra desde hace una década una disputa con las organizaciones sociales por el liderazgo territorial.

El secreto, para proteger la revolución silenciosa

En mayo de 2017, esta tarea casi secreta salió a la superficie con la firma de Macri de la reglamentación del decreto de Cristina de 2015. La norma (decreto 225/2017) creó el Renabap —Registro Nacional de Barrios Populares—, que fue la semilla del proyecto de villas. El decreto contenía, como anexo, un largo listado de los más de 4.000

barrios populares. Se los definía como «los que reúnen a un mínimo de ocho familias agrupadas o contiguas, en donde más de la mitad de la población no cuente con título de propiedad del suelo ni con acceso regular a al menos dos de los servicios básicos (red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal)».

Durante 2018, el proyecto avanzó en silencio, casi en secreto. Que fuera un entendimiento entre oficialismo y oposición, algo intolerable para los intolerantes, forzaba a la discreción.

Para el macrismo de carné de identidad amarillo, la iniciativa era un impulso populista y demagógico que prolongaba las recetas del peronismo para generar clientelismo. Ni Macri ni nadie se ocupó en desmontar ese disparate interpretativo. También se silenció el compromiso discreto con Francisco, impulsor desde el Vaticano de las acciones de Grabois. El votante estándar de Macri en la región metropolitana de la Argentina mira a Francisco como a un Papa kirchnerista, cristinista y hasta comunista. Despechados, esos votantes alimentan en internet comentarios al pie de las notas que los medios publican sobre Francisco, acusándolo de haberlos traicionado.

Ante el peronismo, también convenía guardar silencio, pese a ser Francisco un Papa peronista, como lo eran sus principales punteros. Felipe Solá, uno de los fogoneros del proyecto en el Congreso junto a Mario Negri, Elisa Carrió y Massot (Cambiemos), Leonardo Grosso (del Movimiento Evita), aludió a la necesidad de que tamaño pacto ocurriese por debajo de los radares. En la sesión de Diputados que votó el proyecto, dijo: «Es muy difícil que algún diputado —salvo alguien que tuviera alguna relación muy especial con la ministra de Desarrollo Social— supiera que se estaba haciendo este trabajo, que fue deliberadamente silencioso». Agregó la cristinista Mayra Mendoza: «Los promotores de las organizaciones nos decían "saquen rápido esta ley y no la compliquen, porque tememos mucho lo que pasa en este edificio y en la otra mitad del edificio —en el Senado—, y tenemos miedo de que nos cambien todo o no salga nunca, o salga mal y tarde"».

El proyecto se votó en julio en Diputados y fue ley en el Senado en octubre de 2018. Estaba listo para ir al recinto en abril pasado, cuando la agenda se veía ocupada por las tribulaciones financieras del Gobierno, que estallarían en septiembre con un acuerdo de crisis con el FMI. Las organizaciones estaban de acuerdo en un 70% con el proyecto elaborado por el Gobierno y por ellas mismas. Pero nadie daba el primer paso para presentar la versión final. Grabois llamó a Massot e intimó al oficialismo: si no lo presentaban en mayo, el proyecto lo firmarían los diputados de la oposición. Massot organizó el contrataque, y el Gobierno decidió que lo firmasen Massot, Negri y Carrió, los jefes de los bloques de Cambiemos. Con su rúbrica fue a

Comisiones. Ni Negri ni Carrió conocían a Grabois. El cacique radical delegó la ponencia en el ascendente diputado radical Fabio Quetglas. La jefa de la Coalición Cívica dictaminó: «Es un proyecto divino, adelante».

Esto empujó el trámite, que costó, porque el peronismo cristinista boicoteó la iniciativa, con un proyecto propio y por la acción de algunos diputados propios. Fernando Espinoza —presidente entonces del PJ de Buenos Aires y hombre fuerte de La Matanza— dijo en la comisión que el censo se había hecho sin el conocimiento de los intendentes de su provincia. Juan Cabandié —diputado cristinita— dijo que él no confiaba en un proyecto firmado por Massot, Negri y Carrió. Grabois, que es un librepensador, se juntó con el bloque del Frente para la Victoria (FPV) en una reunión que terminó a los gritos. Les enrostró que se oponían al proyecto con chicanas. También se sintió víctima de esa comisaría del cristinismo que el CELS, que lo fustiga porque lo acusa de hacer papismo y de darle paz social al Gobierno a cambio de nada.

Es cierto que las organizaciones de los «Cayetanos» eran la garantía de la paz en las calles: sus cortes eran acotados, no interrumpían la circulación y cuando escalaba la violencia se retiraban. El Gobierno de la Ciudad admitió, a través del propio Horacio Rodríguez Larreta, que no hubo sangre en diciembre pasado, cuando se discutía la reforma previsional en Diputados, porque Grabois mandó a salir a su gente de las calles, cuando el sindicalismo y los partidos buscaban camorra. Grabois decía: «¿Cuál es el beneficio de la violencia para los sectores populares si son los pibes los que siempre terminan poniendo el cuerpo cuando hay represión?».

El CELS —dominado por el cristinista Horacio Verbitsky— fustigaba en sus documentos a Grabois, quien identificaba a un operador de ese centro, el arquitecto Eduardo Reese, como responsable de alimentar críticas a un proyecto que, en Comisiones, así lo entendían las organizaciones sociales, mejoró hasta legislar incluso un 90% de todo cuanto ellas pretendían de la ley. Grabois creía que en realidad lo que buscaba el CELS era marcarle la cancha a Cristina de Kirchner, dividiéndola, para edificación personal de la ex presidente, entre buenos y malos. Por eso fue a verla. Estuvo en dos oportunidades con ella antes de la votación de esta ley. La última vez, para explicarle que el proyecto era bueno y que sus diputados lo frenaban. Ella ordenó, a través de su hijo Máximo, que lo votasen calladitos. Se entiende por qué. El proyecto reflotaba su decreto postrero de 2015: un voto cristinista positivo aceleraría un nuevo acercamiento al Papa después del voto de sus legisladores a la Ley de Despenalización del Aborto, que en agosto ella misma se encargó de que se desmoronase en el Senado.

Grabois siguió en persona el debate de la ley en Diputados, que se extendió desde el 4 de julio hasta la madrugada del jueves 5. Percibió que la sesión podría terminar en tumultos, tal como ocurrió al final, al quedar sin quórum cuando iban a votarle a Nicolás Caputo —amigo y asesor personal de Macri— el aval para que fuera designado cónsul honorario de Singapur. Fue cuando se vio el cruce de Carrió con el peronismo, que podía hacer fracasar la sesión, que envió a la diputada un mensaje amistoso a través de un amigo común, que había trabajado por el proyecto: «Decile a Lilita que se expresó mal, pero que tiene razón. Hay coimas, y eso es corrupción y más pobreza. También hay economía en negro, y mucha gente que vive de changas».

En el Senado, también el trámite fue discreto. El proyecto navegó por las comisiones. El peronismo tuvo oportunidad de quejarse y de demorar el tratamiento, por presión de gobernadores e intendentes que querían aclaraciones sobre el destino concreto de un proyecto que solo en la provincia de Buenos Aires y solo en un primer tramo costaría 7.000 millones de pesos. No les habían consultado y preguntaban cuál era su parte en este acuerdo celestial entre Macri y Francisco. La sanción ocurrió en la tumultuosa sesión del 10 de octubre, la misma que votó el rechazo a un polémico aumento de las tarifas que había anunciado el Gobierno. La aprobaron todos los senadores con apenas cuatro votos en contra: senadores por La Pampa y Formosa entendían que las expropiaciones violaban el federalismo. Miguel Pichetto, demonio antipapa que había empujado en esa cámara la despenalización del aborto, dio una mano para la sanción a libro cerrado del proyecto francisquista. Mocionó para que la aprobación se hiciera sin discursos, algo que enojó a la bancada de Cambiemos, que quería hacer cartel con este proyecto revolucionario. El más enojado fue Esteban Bullrich, el senador bonaerense que le había ganado a Cristina de Kirchner en las elecciones de 2017 y otro de los mejores amigos de Francisco. Debió morder el freno para evitar tropiezos en una de las últimas sesiones del año y aceptó la moción mordaza del senador rionegrino que despojaba de oratoria a la ley más importante del año. Ni Cambiemos ni el peronismo querían darles espacio para festejar a los movimientos sociales, promotores de esa iniciativa como *longa manu* del Papa. ¿Motivos? El principal dirigente de ese sector, Grabois, había anunciado ya que comenzaría a orbitar dentro del peronismo cristinista. Nadie les iba a regalar un minuto de festejo. Aun en la política, no hay otros Reyes Magos que los propios padres, y el que rompe paga.

CODA: HOMBRE MIRANDO AL ORIENTE Y LA FANTASÍA DE VOLVER A SER BERGOGLIO

Cuando le preguntan si viajará a la Argentina, Jorge Bergoglio suele responder: «Si yo me hubiera traído acá al Vaticano la mochila de allá, no habría podido gobernar la Iglesia del mundo». A finales de 2018, se confesó con uno de sus contertulios de mayor confianza, el abogado Roberto Carlés. Fue en los días del cumpleaños 82 de Francisco. Conversaron sobre un viaje al país. Repitió su queja sobre una legendaria campaña contra su persona que encabezarían Marcos Peña y Jaime Durán Barba con la colaboración de algunos medios de prensa. Nada nuevo, pero fue concluyente: nunca volverá a la Argentina. «Ya he vivido muchos años allí», deslizó. Agregó: «Además yo he sufrido mucho en la Argentina».

Pasados tres años de convivencia del Papa con el Gobierno conservador de Macri y con una oposición peronista, Francisco se afirma en la decisión de permanecer lejos de la Argentina. Un Papa viaja porque viajar es parte consustancial de la pastoral católica. La Iglesia católica valora las cantidades por sobre la calidad de la feligresía. Pelea territorios a las denominaciones evangélicas y supone que mostrarle al resto del mundo que un Papa congrega a millones en una plaza tiene de por sí un valor religioso. Para Roma, la fe no es solo experiencia interior, reservada a los fueros íntimos de la conciencia. Es también exhibición de fuerza. La historia de la Iglesia podría escribirse en los términos de esta dialéctica, el poder y/o la gloria, para usar el título de la novela mexicana del escritor católico más leído y famoso del siglo XX, el inglés Graham Greene.

La relación con la administración macrista se acuñó sobre estereotipos y prejuicios.

El macrismo —formación integrada por amigos de Bergoglio de una fidelidad, a título personal, como le faltan al Papa en el peronismo— sobreactuó la distancia y la enemistad. El peronismo, en cambio, sobreactuó la amistad hasta extremos partidistas, como la incorporación del principal referente papal, Juan Grabois, al cristinismo extremo en vísperas de las elecciones presidenciales de 2019.

El macrismo expresa, con pareja exageración de las diferencias, a un electorado que ve a Bergoglio como un puntero peronista. El peronismo lo reconoce como propio, confiado en la vieja patraña de que su doctrina partidaria es la versión política de la Doctrina Social de la Iglesia. Prueba la elasticidad de esa presunción el hecho de que el obispo Sánchez Sorondo, el «científico» del Vaticano, que debe

conocer de Doctrina Social de la Iglesia más que cualquier laico, dijese en 2018 que «los que mejor realizan la Doctrina Social de la Iglesia son los chinos».

Un tópico siempre recurrente del debate durante el papado de Bergoglio es por qué Francisco no visita su país. Cuando en 2013 partió rumbo al cónclave romano, dijo que regresaría con la misma condición y rango que tenía a su partida, cardenal primado de la Argentina. Pero nunca volvió. La presencia en el Vaticano del arzobispo de Buenos Aires devenido Papa se convirtió en una nueva instancia de la política argentina. A Roma se podía acudir en petición por cuestiones que en la Argentina parecían amordazadas o bloqueadas por el sistema político. Desde 2013, el Vaticano fue sede de apelación y acogimiento de quienes no obtenían respuestas dentro de su país. Bergoglio abrió el atrio romano como puerta de un santuario al que acudir en instancia superior, como en el pasado actuaban parroquias y templos como destino de asilados, perseguidos y excluidos.

En una Argentina autoritaria, una tierra donde desde sus orígenes virreinales el individuo vivía en protestas contra el Estado, aparecía el hombre más poderoso de la historia patria. Se podía ir a él para pedir justicia o consuelo. Bergoglio consolidó ese atrio de acogimiento como un lugar común al que desde 2013 viajaron centenares de políticos, jueces, empresarios, sindicalistas, punteros. Buscaban lo que Francisco podía dar: un rosario, una foto, una oportunidad de identificarse con el poderoso.

Era inevitable que el público identificase ese papel de Francisco como una novedosa instancia política. Hasta 2013, las administraciones de los Kirchner habían tratado a Bergoglio como el jefe de la oposición, porque en momentos de tensión el arzobispo porteño recibía a opositores de todo color, como ocurrió en 2008 durante la guerra del campo. En el momento más crítico, Bergoglio recibió a los senadores radicales, y entre ellos, al vicepresidente Julio Cobos, responsable de la máxima derrota del Gobierno en aquellos años.

Desde 2015, jugó el mismo papel de instancia alternativa pero superior de la política local, y por ello Bergoglio pasó a ser tratado como uno de los jefes de la oposición al Gobierno de Cambiemos. Recibía a sindicalistas y a jueces identificados con el anterior Gobierno y repartía rosarios para todos los opositores a la administración macrista.

No quiero ser De Gaulle

Ese papel de instancia superior de la política es lo que justifica la

negativa de Bergoglio a visitar la Argentina ya siendo Papa. Francisco no viene al país porque no quiere ser factor de división y para que no usen su viaje de manera política. Sabe que sus adherentes van a acompañarlo de a millones adonde vaya, y que esa movilización, cuando aparezca Macri, puede maltratar al presidente, como lo hace con todos los jefes de Gobierno en todas las canchas de fútbol. ¿Puede un Papa permitir, ante millones de personas, que un sector le haga una silbatina a un presidente?

En octubre de 1964, Charles de Gaulle visitó la Argentina. Gobernaba Arturo Illia, que había llegado a la presidencia en una elección con el peronismo proscripto y con el respaldo del 34% de los votos. (1) El peronismo había arrastrado al electorado a votar en blanco y usó la visita de De Gaulle para protestar contra el mandatario radical. Se agitó el perfil tercerista del francés, que había retirado a su país de la OTAN y buscaba una diferenciación respecto de los Estados Unidos. Cada vez que el presidente francés aparecía, era ovacionado por los peronistas, y quien cobraba con silbidos era Illia. (2) Bergoglio no quiere repetir el episodio De Gaulle si viene a la Argentina ni ser objeto de una manipulación de esa naturaleza. Quienes hablan con el Papa juran que no tiene nada personal con Macri. Hasta lo aprecia, aunque sabe que lo que el Gobierno argentino tiene como objetivo y modelo poco tiene que ver con el pensamiento papal.

La preocupación papal es la crisis y el caos en la Argentina, porque es su país. Es más simple de lo que parece. Es una cuestión de prestigio: si estallara una crisis como la de 2001, el mundo lo miraría a él como el Papa que vino de un país fracasado. El daño que eso le causaría lo apartaría de su plan mayor, que algunos sindican en la encíclica Laudato Si': recuperar el proyecto de la caridad junto a una religiosidad en la que orar y trabajar sean la misma cosa en un medio ambiente protegido que sea nuestra «casa común».

Bergoglio tuvo un rol importante para el Gobierno de unidad de Eduardo Duhalde y Roberto Lavagna, cuyo armado fue un primer pergeño de lo que él llama «la cultura del encuentro». Aquella experiencia tampoco lo conformó del todo. No le gustó que Duhalde adelantase su salida del Gobierno, aunque haya sido por la muerte de los activistas Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Esas dos muertes en la estación de Avellaneda, cuando una protesta social avanzaba sobre la Capital por el puente Pueyrredón (26 de junio de 2002), dinamitaron el proyecto de Duhalde para ser el candidato del peronismo en las elecciones presidenciales de 2003.

En conversaciones con íntimos, Francisco confiesa haber tenido alguna vez una fantasía a lo Parravicini —por Benjamín Solari Parravicini, imaginativo profeta de desgracias— de que la Argentina podía caer en una especie de Fuenteovejuna o de sangrienta

Revolución Francesa. Esas profecías, según quienes lo han escuchado, explican la manera como interviene Francisco en la política argentina: pacificar y evitar cualquier desborde.

Parecía presumible que la primera visita de Bergoglio Papa fuera a su país. Pero el entusiasmo se enfrió desde el Vaticano cuando se echó a rodar el justificativo de que era poco conveniente que Francisco estuviera en estas tierras antes de las elecciones legislativas de 2013. Lo único que tenía como compromiso firme en los meses que siguieron a su asunción como Papa era el viaje a Brasil para participar de una Jornada Mundial de la Juventud, reunión internacional con millones de fieles que siempre cuenta con la presencia del Santo Padre. El hecho de no estar en condiciones de asistir en julio a ese compromiso habría sido uno de los motivos que gravitaron sobre la renuncia de Benedicto XVI al papado.

En aquellos días, funcionarios de la Cancillería filtraron conversaciones con el presidente del Episcopado católico, José María Arancedo, para fijar una fecha de la visita de Francisco a la Argentina: después de las elecciones del 27 de octubre, pero antes de Nochebuena, fecha en la cual el Papa debe estar en Roma para la celebración más difundida del año litúrgico. Una mirada al calendario hacía probable que la fecha de visita del Papa fuera alrededor del 8 de diciembre (que en 2013 caía domingo) y que es el día en que la Iglesia celebra uno de los misterios centrales de su doctrina, la Inmaculada Concepción de María. Antes de esa fecha, el Papa solo haría algunos viajes dentro de Italia. Visitaría en Asís el santuario de San Francisco, quien inspiró a Bergoglio para la elección de su nombre como pontífice.

No definió mucho en los días que siguieron a su asunción, que fue el 19 de marzo, y dio ocasión para que un malón de argentinos desembarcase y prolongase sus días en Roma. El Papa no parecía dar muestras de su voluntad de regresar al país. Bergoglio dedicó el primer miércoles de audiencias papales públicas a recibir a una treintena de compatriotas y cantó con ellos algunos clásicos del cancionero parroquial argentino, como «El Señor es mi pastor» y «Esta es la luz de Cristo». Lagrimeó cuando el grupo —incluyéndolo a él— entonó «Zamba de mi esperanza» y «Mi Buenos Aires querido». En esa reunión, deslizó la idea de que en diciembre de ese año podría estar en la Argentina, pero que no pisaría el país en julio, cuando su compromiso de Brasil para la Cumbre de la Juventud. Una presencia del Papa en julio o en septiembre (fecha de beatificación del cura Brochero) implicaría, aunque se limitasen las actividades, una conmoción en pleno desarrollo de la campaña electoral.

Ante esas señales, en el oficialismo peronista y en la oposición se dispararon las alarmas sobre el efecto de una visita. Despuntó ya el

fantasma de la división entre papistas y antipapistas. Francisco Lombardi, vocero de Francisco, actuó entonces con prevención: «Es de esperar que viaje a la Argentina como otros papas viajaron a sus países de origen, pero aún no sabemos cuándo». La Argentina ya había cimarroneado a otro Papa, Juan Pablo II, cuando un importante sector del público se enojó con su visita de 31 horas en junio de 1982 en las postrimerías de la guerra de las islas Malvinas. En aquella oportunidad, la visita se leyó como una intervención en plena guerra, que podía debilitar los esfuerzos militares en el frente del Atlántico Sur.

La novedad de un Papa argentino empezaba ya a revelar consecuencias no menos novedosas. La Argentina no tiene partidos políticos con vida interna, vive una crisis del sistema que convierte a cada elección presidencial en una puja de cuentapropistas que alcanzan sus cargos en extrema debilidad, incapaces de tomar medidas antipáticas. Eso los obliga a eludir las soluciones con alto costo político y a patearlas hacia adelante. Dirigentes sin más respaldo que el de los apoderados de las listas únicas que construyen candidaturas desde el poder hacia abajo y no desde abajo hacia arriba convivirían con uno de los hombres más poderosos de la tierra. En el país de los gobiernos más débiles, aparecía este Bergoglio con un poder que no ha tenido ningún gobernante.

La necesidad, el deseo y los mapas imaginarios

Existen constancias de que Bergoglio ha mantenido en el Vaticano innumerables conversaciones con visitantes sobre un posible viaje a la Argentina y de que se ha ido armando un mapa imaginario con el itinerario. Él ha hablado de evitar los lugares en donde estuvo Juan Pablo II, como la Ciudad de Buenos Aires y Córdoba. Pensó en La Matanza, Iguazú, Neuquén, Jujuy; pensó en un ingreso desde Chile por Mendoza por el Cristo Redentor. Cada visitante esgrime un mapa distinto para un viaje que nunca ocurre. Esas charlas quedan en la nada, en proyectos imaginarios, movidos por el deseo, pero bloqueados por la necesidad.

Esa foto es el final del rodaje de una película en la que Francisco hizo aproximaciones a una visita a la Argentina. A mediados de 2015, cuando aún gobernaba Cristina, Bergoglio prometió una visita a la Argentina para el año siguiente.

Francisco se lo dijo en persona a Cristina en la última visita que le hizo en el Vaticano. Michelle Bachelet había estado con el Papa unos días antes y Pietro Parolin, secretario de Estado vaticano, había dicho a funcionarios de la delegación chilena que era idea de Francisco viajar en 2016 a la región y visitar por lo menos Chile y Argentina.

Cristina escuchó lo mismo. Apenas la información trascendió a la prensa, los funcionarios vaticanos la relativizaron con el argumento de que el Papa tenía muchos viajes pendientes.

La Argentina se le metió en la agenda esa semana de junio. Francisco esperaba a Maduro el domingo 14 a la mañana, pero el bolivariano se declaró con una otitis aguda. El Papa lo aguardaba con una copia de la carta que le habían enviado dos ex presidentes, Andrés Pastrana y Tuto Quiroga (Colombia y Bolivia, respectivamente), pidiéndole por la libertad de detenidos políticos. En ese texto, se dice: «Su Santidad, ¿sería concebible que en su natal Argentina la opositora Elisa Carrió (como Leopoldo López en Venezuela) esté bajo arresto en una guarnición militar más de 15 meses? ¿Sería posible que el alcalde opositor Mauricio Macri (como el alcalde Ledezma de Caracas o Ceballos de San Cristóbal) esté bajo arresto domiciliario sin visitas, o en una cárcel inhumana?».

Tampoco ayudó mucho a la conciliación con gobiernos de la región el hecho de que ese mismo año el Papa patrocinase la reunión de diplomáticos de Chile y Bolivia para analizar un plan para una salida al mar de este país. El pergeño alarmó en Santiago de Chile y fue tema central de la charla de Francisco con Bachelet. Ese proyecto recoge una propuesta de acuerdo llamada Acta de Lovaina, que se viene amasando desde 2006 y que el Vaticano parece dispuesto a poner en discusión ahora. En la crónica menor de las bergoglianas criollas de esos meses, hay que anotar la anulación del acuerdo entre las Scholas Occurrentes y la Conmebol, por efecto del escándalo de la FIFA, según el cual recibirían un dinero por gol o penal atajado en la Copa América. Ese acuerdo lo habían firmado monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias —de donde depende el proyecto Scholas—, y los responsables de llevarlo adelante en todo el mundo, los argentinos José María del Corral y Enrique Palmeyro. Según este acuerdo, el dinero venía de la Conmebol (bajo investigación por su origen y destino): había sido firmado por los funcionarios vaticanos con dos de los detenidos en Zúrich por el FBI. Los contadores oficiosos de Francisco, entre los cuales estaba Marta Cascales, esposa de Guillermo Moreno, le recomendaron que evitase que por esto lo descascararan y sugirieron deshacer el acuerdo, que incluía también un partido solidario con Diego Maradona como estrella.

La fantasía de que el Papa podía acercarse al país renació en septiembre de 2017, cuando Francisco viajó a Colombia para cristalizar el demorado proceso de paz entre las guerrillas y el Gobierno de Bogotá y en el que tanto había actuado el Vaticano. Pero no lo hizo.

Tampoco aprovechó otras cercanías argentinas, como las visitas a

Paraguay o a Chile. La visita chilena en enero de 2018 fue una experiencia negativa para Francisco. Visitó ese país en medio de críticas a la Iglesia por la protección que habían prestado las jerarquías eclesiásticas a centenares de religiosos en casos de abusos sexuales. Las concentraciones de fieles que le habían prometido en tres misas masivas fracasaron. Al regresar al Vaticano, se dijo engañado por los obispos chilenos, a quienes había defendido de las críticas de los «zurdos» (como registró un video que circuló por todo el mundo). Llegó a atribuirle a la masonería (sic) del país haberle boicoteado la visita. Había ido a Chile después de que durante años las autoridades se lo pidieran, y lo había hecho como una manera de mostrar algún equilibrio después de la defensa de Bolivia en la cuestión de la salida al mar, uno de los asuntos sacrosantos en las relaciones Santiago-La Paz. La visita a Chile fue una experiencia cercana a todo lo que Bergoglio teme si él llegase a viajar a la Argentina.

Los viajes de Francisco a América Latina pueden leerse como ensayos de aproximación a la Argentina. (3) Si esta hipótesis es plausible, lo es también concluir que ninguno de ellos sirvió para que modificara su negativa a acercarse a su tierra. Siguió y sigue creyendo que ese retorno al país natal puede producir más daños que beneficios.

Ni aun ante experiencias extremas amagó con viajar. Pudo ser en 2018, cuando el Congreso debatía la Ley de Despenalización del Aborto. El proyecto recogía adhesiones y rechazos en todos los sectores y hubo quien imaginó que una visita del Papa pondría orden, porque también la feligresía católica aparecía dividida. Una misa en La Matanza habría cerrado el debate, pero quizá también habría herido de muerte al Gobierno de Macri.

A finales de 2018, en un diálogo con un feligrés que le preguntó en público cuándo viajaría al país, respondió: «No sé».

Antes Bergoglio había conversado de eso solo en charlas privadas en las que estudió los efectos de una visita en el orden político. A todos les dice que teme ser motivo de desunión, con lo que da a entender que sus viajes, además de visitas pastorales, tienen propósitos políticos respecto de cada lugar visitado. Los países que ha visitado han sido, por lo general, enclaves de crisis abiertas, pero en proceso de superación, como Cuba, Colombia, México…

El «no sé» de finales de 2018 encierra más temores que nunca. Después del debate sobre la despenalización del aborto, despuntaron algunas campañas en favor de la separación absoluta de la Iglesia y del Estado. Eso reflotó en el Episcopado una vieja posición de Bergoglio en favor de revisar los términos del acuerdo de sostenimiento del culto católico por parte del Estado. También tocó a la Iglesia enfrentar campañas más exóticas, pero no menos hirientes, como la que algunos grupos de laicos importaron de España para

mover a los bautizados a declarar formalmente su apostasía.

La prensa, el barómetro que asusta a Francisco

En la lectura de los comentarios que los lectores consignan en las páginas web de los diarios, Francisco encuentra un registro de las reacciones del público ante cada gesto suyo como Papa. Los informes que le preparan sus vigilantes sobre la prensa de la Argentina se basan más en la interpretación de qué dicen los lectores al pie de las notas periodísticas que en el contenido de esas mismas notas.

A los autores de las notas periodísticas los tiene más o menos controlados. Siempre ha tenido con los periodistas el trato propio de un hombre de la política. Como un profesional, privilegia a los periodistas que cree lo van a cuidar y van a preservar a la institución eclesiástica. De ahí que Bergoglio sea especialmente lábil a las críticas de la prensa conservadora, a la que halaga con reuniones privadas, sabiendo que no van a trascender sino las frases o los puntos de vista que él desea y nunca los que cree inconvenientes para su persona, su institución o su programa.

A Francisco le hieren los comentarios críticos que exhiben esos medios conservadores en los espacios reservados en las páginas de internet al feedback de los lectores. Esos comentarios suelen manifestar la opinión de ciudadanos identificados con la Iglesia conservadora; quizás están dentro de la Iglesia porque es conservadora y los protege de las agresiones del mundo moderno.

Al ver a Bergoglio acoger a políticos anticonservadores, muchos del peronismo, los comentaristas de los pies de página lo señalan como «gorila» y lo descalifican como opositor. También cuando se muestra con opositores al Gobierno de Macri que están bajo la mirada de la Justicia, como Milagro Sala, o con magistrados con expedientes abiertos en el Consejo de la Magistratura por su conducta. No es fácil concluir mucho sobre los movimientos de opinión, y menos aún sobre las confesiones religiosas, ligadas a percepciones irracionales y atadas a factores formativos que para las personas funcionan como restricciones difíciles de controlar. Esa sorpresa de los feligreses de la burguesía argentina da para ese análisis, porque Bergoglio hace y dice como Papa lo mismo que ha dicho y hecho desde hace medio siglo, cuando era un sacerdote de parroquia o un profesor, pasando por el aprendizaje en la vida pública que fue el Arzobispado de Buenos Aires. Es difícil decirles a esos feligreses, como lo hace el personaje de la teleserie The Young Pope desde una clave sarcástica pero altamente verosímil, que han vivido en la Iglesia equivocada. A partir de la lectura de la prensa, parece haber crecido el convencimiento de Francisco sobre la inoportunidad de planear un viaje a la Argentina.

¿Se imagina Francisco volver a ser Jorge Bergoglio y, en tal condición, regresar a la Argentina? En los primeros días de su papado, se animó a decir que tenía preparada una casa en Buenos Aires, atendida por unas monjitas, en donde iba a pasar sus últimos días. Le preguntaron si quería morir como Papa y respondió con salidas indirectas: «No puedo dejar a la Iglesia con tres papas». Imaginamos que de morir el Papa emérito Ratzinger, se sentiría más liberado para abandonar el papado y dejarle la misión a un hombre más joven.

Bergoglio quedó impresionado por los últimos tiempos del papado vitalicio de Juan Pablo II, que en sus últimos meses apenas podía tenerse en pie y responder con lucidez a las tareas del pontificado. En el Vaticano, cuando se pregunta sobre si Bergoglio cree en serio que debe ser Papa hasta morir, consienten la posibilidad de que abdique.

No es fácil avanzar en esa pesquisa, pero aparecen dos luces que indican un rumbo. Una señala que, a los cinco años de su pontificado, ya ha designado a 79 nuevos cardenales. Son propios y tienen mayoría en un eventual cónclave anticipado que elegiría a un sucesor para Francisco en vida de Bergoglio. Se adueña del futuro y puede confiar en que su programa de reformas continuaría en manos de un sucesor fiel a su legado.

La segunda señal es la confianza con que Francisco encara el viaje a China, obsesión de la Iglesia y de los jesuitas. La teología del pueblo, sobre la que descansa la reforma de la Iglesia, presume que con él se ha cumplido la misión fundante de la Iglesia de América Latina, que supera a la era eurocentrista. La etapa que viene será de las Iglesias orientales. Bajo su papado, se hicieron notables acercamientos a China, país que mantiene desde hace décadas a una Iglesia sumergida en la clandestinidad, con sacerdotes que ofician en secreto para una feligresía que también oculta sus convicciones. Esa Iglesia, la única que Roma desconoce, convive con la Asociación Católica Patriótica, una Iglesia paralela, ligada al régimen comunista, que sigue los preceptos de Roma pero que no acepta la obediencia al Vaticano. Roma ha denunciado la prisión y hasta la desaparición de obispos fieles a la autoridad papal. (4)

China es una de las obsesiones de Francisco. El primer acercamiento plausible lo logró cuando una delegación china participó del seminario sobre «Tráfico de órganos y turismo de trasplantes», que organizó en el Vaticano el obispo Marcelo Sánchez Sorondo en la Pontificia Academia de Ciencia. China es un país donde los trasplantes carecían de regulación legal, pero en esa reunión, en febrero de 2017, aceptó sumarse a los protocolos éticos y médicos de los países de Occidente. Con eso bastó para que este obispo saludase a los chinos como los campeones en la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia.

El acercamiento llegó a su punto más alto en octubre de 2018, cuando el Vaticano reconoció a siete obispos «rebeldes» que habían sido nombrados por el Gobierno chino. Desde 1951, año de la ruptura de relaciones diplomáticas entre el Vaticano y Pekín, no había habido ningún gesto de esta dimensión. El esfuerzo y el logro señalan a un hombre, Luis Antonio Tagle, cardenal primado de Filipinas, pero cuya madre es de China y que suele visitar ese país para ver a sus padres. Cuando se habla de papables jóvenes —tiene veinte años menos que Francisco—, Tagle encabeza la lista y tiene en sus manos el principal proyecto de Bergoglio, que no es volver a la Argentina.

1. Véase disponible en línea: <http://diego-barovero.blogspot.com.ar/2013/07/una-verdad-historica-illia-gano-las.html>.

2. «Perón ordenó recibir a De Gaulle. La Juventud Peronista se lanzó a la calle gritando: "Perón, De Gaulle, un solo corazón". Cómo no pensar en esa Francia de Mitterrand, que tanto luchó por los derechos humanos y que a tantos argentinos salvó de las garras de la dictadura», recordó Cristina el 20 de marzo de 2014. Fue pocas horas después de visitar al Papa en el Vaticano: en esa charla a solas, surgió el ejemplo de De Gaulle.

3. Andrea Tornielli, *Los viajes de Francisco. Conversaciones con Su Santidad,* trad. de Tomás Serrano Coronado, Buenos Aires, Planeta, 2017.

4. Véanse testimonios en Gianni Cardinale (ed.), *Vescovi nella terra di Confucio: La Chiesa in Cina vista attraverso i necrologi pubblicati sull'*Osservatore Romano, pról. de Bruno Fabio Pighin, Roma, Librería Editrice Vaticana, 2017.

Testimonios

Bergoglio, J. M., *Meditaciones para religiosos,* San Miguel, Ed. Diego de Torres, 1982; reimp.: Buenos Aires, Mensajero, 2014.

Bergoglio, Jorge y Abraham Skorka, *Sobre el cielo y la tierra,* Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Bergoglio, Jorge Mario, «Credo» [¿1969?], disponible en línea: <http://www.revistaecclesia.com/credo-de-jorge-mario-bergoglio-papa-francisco/>.

Bergoglio, Jorge, «Criterios de acción apostólica», en *Boletín de espiritualidad,* núm. 64, 1980, pp. 3-26.

Bergoglio, Jorge, «Principios» [Un. del Salvador, 27 de agosto de 1974], disponible en línea: <http://www.usal.edu.ar/principios>.

Bergoglio, Jorge, «Proyección cultural y evangelizadora de los mártires rioplatenses» [27 de mayo 1988, discurso Colegio del Salvador, Asunción], en *Reflexiones de esperanza,* Buenos Aires, Eds. Universidad del Salvador, 1992.

Bergoglio, Jorge, «Una institución que vive su carisma. Discurso de apertura de la Congregación provincial» [San Miguel, 18 de febrero de 1974], en Marco Gallo, *El pensamiento social y político y social de Bergoglio y papa Francisco* [2015], ed. de Marco Gallo, Salta, Eucasa, 2018, pp. 263-269.

Bergoglio, Jorge, «Carta al padre Cayetano Bruno», 20 de octubre de 1990, disponible en línea: <http://www.osservatoreromano.va/vaticanresources/files/cd22030121e6671868df4c19f5dc86b0_5.pdf>.

Bergoglio, Jorge, *Corrupción y pecado* [1991], Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2016.

Bergoglio, Jorge, «Declaración ante la justicia argentina por secuestros», 8 de noviembre de 2010. Tribunal Oral Federal 5 Daniel Obligado, Germán Castelli y Ricardo Farías, causa ESMA, disponible en línea: <https://youtu.be/u8EoFlIbDPw>.

Bergoglio, Jorge, «Hacia un bicentenario en justicia y solidaridad 2010-2016. Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo», conferencia del Sr. arzobispo en la XIII Jornada Arquidiocesana de Pastoral Social, 16 de octubre de 2010.

Bergoglio, Jorge, Homilías del Cardenal [1999-2013], disponible en línea: <http://www.arzbaires.org.ar/inicio/homiliasbergoglio.html>.

Bergoglio, Jorge, intervención en el acto de presentación del libro *Una*

apuesta por América Latina, de Guzmán Carriquiry, Auditorio Banco Río, Buenos Aires, 7 de setiembre de 2005, disponible en línea: <http://www.eldial.com.ar/nuevo/lite-tcc-detalle.asp?base=99&vengode=fr&id_publicar=332&fecha_publicar=21/10/2005&camara=Documentos%20Relacionados&id=330>.

Bergoglio, Jorge, *La patria es un don, la nación es una tarea. Refundar con esperanza nuestros vínculos sociales,* pról. de Carlos Accaputo, Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2013.

Bergoglio, Jorge, *Reflexiones espirituales sobre la vida apostólica* [1986], Bilbao, Mensajero, 2013.

Bergoglio, Jorge, *Reflexiones sobre solidaridad y desarrollo. Seminario Internacional Consenso para el Desarrollo,* Buenos Aires, Ed. Ciudad Argentina, 2010.

Bergoglio, Jorge, Ricci, Lorenzo y Roothaan, Jan, *Las cartas de la tribulación*, trad. Ernesto Dann Obregón, ed. Antonio Spadaro, Diego Fares y James Hanvey, Barcelona: Herder, 2019.

Francisco [Jorge Mario Bergoglio], *Biblia, diálogo vigente. La fe en tiempos modernos. Conversaciones con Abraham Skorka y Marcelo Figueroa (compilador),* Buenos Aires, Planeta, 2013.

Francisco, «Discurso a la comunidad de los escritores de La Civiltá Cattolica», Sala de los Papas, 14 de junio de 2013, disponible en línea: <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/june/documents/papa-francesco_20130614_la-civilta-cattolica.html>.

Francisco, «"El Evangelio hay que tomarlo sin calmantes: Conversación con los superiores generales» [25 de noviembre de 2016], en *La Civiltà Cattolica Iberoamericana,* I, 1, 2017, pp. 14-25.

Francisco, «For a Real Human Justice-Por una justicia realmente humana», audiencia con las asociaciones internacionales de derecho penal, Vaticano, 23 de octubre 2014, Villematier, Francia, Éirès, 2015.

Francisco, «Una nueva conciencia civil para combatir a las mafias», discurso del 22 de septiembre de 2017 ante la comisión parlamentaria italiana de lucha contra las mafias, en *L'Osservatore Romano,* 29 de septiembre de 2017, ed. en español, núm. 39, Buenos Aires, p. 9.

Francisco, *Dios es joven. Una conversación con Thomas Leoncini,* trad. de María Ángeles Cabré, Buenos Aires, Planeta, 2018.

Francisco, *Los desafíos pastorales sobre la familia. Discursos y homilías del Papa en el Sínodo sobre la Familia,* texto completo de la *Relatio Synodi* [2014], Buenos Aires, Ágape, 2015.

Francisco, *Por una justicia realmente humana,* ed. de Roberto Carlés, Buenos Aires, Ediar, 2018.

Francisco, *Una Iglesia de todos, Mis reflexiones para un tiempo nuevo,*

Buenos Aires, Espasa, 2014.
Papa Francesco, *Terra, Casa, Lavoro: Discorsi ai movimenti popolari,* ed. de Alessandro Santagata, pról. de Gianni La Bella, Milán, Adriano Salani Editore, 2017.
Papa Francisco, «Discorso del Santo Padre Francesco ai partecipanti al I incontro mondiale dei movimenti popolari - 28 de octubre de 2014», en Papa Francisco, *Terra, Casa, Lavoro, op. cit.,* pp. 15-32.
Papa Francisco, *Latinoamérica. Conversaciones con Hernán Reyes Alcaide,* Buenos Aires, Planeta, 2017.
Pape François y Dominique Wolton, *Politique et société,* París, Éditions de l'O, 2017.

Bibliografía selecta

AA.VV., Aparecida: Documento conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 13-31 de mayo de 2007, Buenos Aires, CEA, 2017.
AA.VV., *The Emergency of the Socially Excluded: Proceedings of the Workshop, 5 November 2013,* Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2015.
Aguiar, Asdrúbal, *La opción teológico-política de S.S. Francisco. Relectura del pensamiento de Jorge M. Bergoglio S.J.,* Caracas, Fundación Editorial Jurídica Venezolana, 2015.
Álvarez, Alejandro, *Así se hizo Guardia de Hierro, la historia objetiva de una pasión,* Buenos Aires, ULAFI, 2013.
Baldino, Carlos, «El sindicalismo cristiano», informe para el autor de este libro, Archivo IZ, 2018.
Bannon, Steve, «C'è capitalismo & capitalismo» [Convegno organizzato dal Dignitatis Humanae Institute, Città del Vaticano, 27 giugno 2014], trad. de Rocco Butiglione, en *Studi Cattolici,* núm. 674, abril de 2017, pp. 250-254.
Bárbaro, Julio, *Juicio a los 70. La historia que yo viví,* Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
Bárcena, Bernardo, *El liderazgo de Francisco. Las claves de un innovador,* Buenos Aires, Ediciones B, 2014.
Bertrand, Dominique, *La política de San Ignacio de Loyola. El análisis social* [1985], pról. de Pierre Chaunu, trad. de Francisco Goitia, Santander, Mensajero-Ed. Sal Terrae, 2003.
Bimbi, Bruno, *Matrimonio Igualitario. Intrigas, tensiones y secretos en el camino hacia la ley,* Buenos Aires, Planeta, 2010.
Boff, Leonardo, *Francisco de Roma y Francisco de Asís. ¿Una nueva primavera en la Iglesia?,* trad. de T. Nieto y M. J. Gavito, Madrid, Trotta, 2013.
Borghesi, Massimo, *Jorge Mario Bergoglio: Una biografia intellettuale.*

Dialettica e mistica, pról. de Guzmán Carriquiry Lecour, Milán, Jaca Book, 2017.

Bosca, Roberto, «El Papa peronista», Acton Institute [7 de julio de 2013], disponible en línea: <http://www.institutoacton.com.ar/articulos/127art 17072013-b.pdf>.

Burns, Jimmy, *Francis, Pope of Good Promise,* Nueva York, St. Martin's Press, 2015.

Cámara, Javier y Sebastián Pfaffen, *Aquel Francisco,* Córdoba, Raíz de Dos, 2016.

Carriquiry Lecour, Guzmán Miguel, *El bicentenario de la independencia de los países latinoamericanos,* Madrid, Ediciones Encuentro, 2011.

Carriquiry Lecour, Guzmán Miguel, *Memoria, coraje y esperanza. A la luz del Bicentenario de la independencia de América Latina,* pról. de papa Francisco, Granada, Editorial Nuevo Inicio, 2017 [Reedición de Carriquiry, 2012].

Carriquiry Lecour, Guzmán, «Sin la integración de América Latina en una gran confederación de repúblicas no vamos a ninguna parte» [Reportaje de R.B.], en *Alfa y Omega,* núm. 1045, 2 de noviembre de 2017.

Carriquiry, Guzmán, «Una apuesta por América Latina», conferencia pronunciada en la Pontificia Universidad Católica de Argentina con ocasión del conferimiento del Doctorado Honoris Causa, 29 de marzo de 2012, disponible en línea: <http://www.americalatina.va/content/americalatina/es/articulos/una-nueva-apuesta-por-america-latina.html62>.

Carriquiry, Guzmán, intervención en el acto de presentación del libro *Una apuesta por América Latina,* de Guzmán Carriquiry, Auditorio Banco Río, Buenos Aires, 7 de setiembre de 2005, disponible en línea: <http://www.eldial.com.ar/nuevo/lite-tcc-detalle.asp?base=99&vengode=fr&id_publicar=332&fecha_publicar=21/10/2005
=Documentos%20Relacionados&id=330>.

Carriquiry Lecour, Guzmán M., *Una scommessa per l'America Latina: Memoria e destino storico di un continente,* Florencia, Le Lettere, 2003.

Carriquiry, Guzmán, *El bicentenario de la independencia de los países latinoamericanos,* pról. de Jorge Bergoglio, Madrid, Encuentro, 2011.

Carriquiry, Guzmán, *Una Apuesta por América Latina,* pról. de Jorge Bergoglio, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Casaretto, Jorge, *Nuestro país, nuestra Iglesia. Nuestro tiempo. Crónicas de un pastor,* Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2016.

Castellani, Leonardo, Ciclo de Conferencias «La profecía y el fin de los tiempos», curso dictado entre 6 de junio y el 18 de julio de 1969 en la parroquia del Socorro, Buenos Aires, Argentina, disponible

en línea: <www.http://alexandriae.org/index.php/item/la-profecia-y-el-fin-de-los-tiempos>.

Castellano Lubov, *L'altro Francesco. Tutto quello che non vi hanno mai detto sul Papa,* Siena, Ed. Cantagalli, 2017.

Castelluci, Oscar, «En busca del tiempo perdido (cómo y por qué Juan Domingo Perón escribió el *Modelo argentino para el proyecto nacional*)», pról. a J. D. Perón, *Modelo argentino para el proyecto nacional, op. cit.*

Castro, Flora y Ernesto Salas, *Norberto Habegger: cristiano, descamisado, montonero,* Buenos Aires, Colihue, 2011.

CEA (Conferencia Episcopal Argentina), «Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad (2010-2016)», documento dado por 96ª Asamblea Plenaria, El Cenáculo – la Montonera (Pilar), 14 de noviembre de 2008, disponible en línea: <http://episcopado.org/portal/2000-2009/cat_view/150-magisterio-argentina/43-2000-2008.html>.

Cibils, José Hernán, «Una visione profetica», pról. a Benson, 2014, pp. 2-13. Versión en castellano disponible en línea: <https://jhcibils.wordpress.com/category/allgemein/>.

Ciotto, Luigi, Nello Scavo y Daniele Zappala, *Non tacero: Con Francesco contro l'economia di rapina e la mafia 2.0,* Milán, Piemme, 2015.

Cucchetti, Humberto, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo: peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros,* Buenos Aires, Prometeo, 2010.

Cuda, Emilce, *Para leer a Francisco. Teología, ética y política,* pról. de Juan Carlos Scannone, Buenos Aires, Manantial, 2016.

De la Fuente, Ramiro, *Patronato y concordato en la Argentina,* Buenos Aires, Editorial RL, 1957.

De Vedia, Mariano, *En el nombre del papa. La Iglesia y el gobierno argentino. Los años en que Jorge Bergoglio fue un enemigo,* Buenos Aires, Planeta, 2015.

De Vedia, Mariano, *Francisco. El papa del pueblo,* Buenos Aires, Planeta, 2013.

Del Carril, Mario*, La vida de Emilio Mignone,* Buenos Aires, Emecé, 2011.

Di Stefano, Roberto y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX* [2000], trad. de Judith Farberman, 2ª ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Durán Barba, Jaime y Santiago Nieto, *El arte de ganar. Cómo usar el ataque en campañas electorales exitosas,* Buenos Aires, Debate, 2010.

Durán Barba, Jaime y Santiago Nieto, *La política en el siglo XXI. Arte, mito o ciencia,* Buenos Aires, Debate, 2017.

Durán Barba, Jaime y Santiago Nieto, *Mujer, sexualidad. Internet y*

política. Los nuevos electores latinoamericanos, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Dussel, Enrique, Eduardo Mendieta y Carmen Bohórquez (eds.), *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y latino [1300-2000]. Historia, corrientes, temas y filósofos,* México, Siglo XXI, 2011.

Egido, Teófanes (ed.), *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico,* Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2004.

Ellacuria, Ignacio, *Filosofía de la realidad histórica,* ed. de Antonio González, Madrid, Trotta-UCA Editores, 1991.

Equipo de Sacerdotes para las villas de emergencia Ciudad Autónoma de Buenos Aires, «Reflexiones sobre la urbanización y el respeto por la cultura villera» [11 de junio de 2007], en *Criterio,* núm. 2354, 2009. Firman Rodolfo Ricciardelli, Enrique Evangelista y Adolfo Benissa de la Villa 1-11-14. José María Di Paola, Carlos Olivero y Nibaldo Leal de la Villa 21-24 y N.H.T. Zabaleta. Sebastián Sur y Walter Medina de la Villa 15. Guillermo Torre y Marcelo Mirabelli de la Villa 31. Gustavo Carrara y Martín De Chiara de la Villa 3 y del Barrio Ramón Carrillo. Sergio Serrese de la Villa 19. Jorge Tome y Franco Punturo de la Villa 20.

Escobar, Mario, *Francisco. El primer papa latinoamericano,* Buenos Aires, Océano-Grupo Nelson, 2013.

Falasca, Stefania, «L'analisi. L'omaggio del Papa a Rafael Tello, teologo incompreso», en *Avvenire,* 26 de abril de 2015.

Falasca, Stefania, «Lo que hubiera dicho en el consistorio», entrevista al cardenal Jorge Mario Bergoglio, en *30 Días,* núm. 11, 2007.

Falasca, Stefania, «Nei "Promessi sposi" le parole più amate dal nuovo Papa. Il Manzoni di Bergoglio», en *Avvenire,* 17 de marzo.

Fares, Diego, «El papa Francisco y la política», trad. de J. M. Poirier, en *Criterio,* núm. 2424, 4 de enero de 2016.

Fares, Diego, «L'antropologia politica di Papa Franceso», en *La Civiltà Cattolica,* Quaderno 3928, I, 2014, pp. 345-360.

Fares, Diego, «L'arte di guardare il mondo», pról. a Guardini, *L'opposizione polare: Saggio per una filosofía del concreto viviente, op. cit.,* pp. 2-6.

Fares, Diego, *Papa Francisco. La cultura del encuentro,* pról. de Antonio Spadaro, Buenos Aires, Edhasa, 2014.

Fernández Vega, José, *Francisco y Benedicto. El Vaticano ante la crisis global,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Fernández, Alberto, «El padre Francisco y el cardenal Bergoglio», en *Crítica de la Argentina,* 3 de enero de 2010, en *Pensado y escrito: Reflexiones del presente argentino y dilemas de una sociedad fragmentada,* pról. Marco Aurelio García, 2010, pp. 197-202.

Fernández, Víctor Manuel, «Bergoglio, a secas», en *Vida Pastoral,* núm.

318, junio de 2013.

Fernández, Víctor Manuel (ed.), *Hacia una cultura del encuentro. La propuesta del papa Francisco,* Buenos Aires, Educa, 2017, textos de Gabriela Rebok, Humberto Podetti, Juan Guillermo Durán y Vicente Espechе Gil.

Fernández, Víctor Manuel, «Una interpretación de la religiosidad popular», en Criterio, núm. 2300, diciembre de 2004, disponible en línea: <http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/una-interpretacion-de-la-religiosidad-popular>.

Fernández, Víctor Manuel, «Pinceladas sobre el pensamiento pastoral del Cardenal Bergoglio» [2013], disponible en línea: <http://www.uca.edu.ar/index.php/site/index/es/uca/catedra-pontificia/prensa/pinceladas-sobre-el-pensamiento-pastoral-del-cardenal-bergoglio/>.

Fernández, Víctor Manuel, *El programa del papa Francisco.* ¿Adónde nos quiere llevar? Una conversación con Paolo Rodari, Buenos Aires, San Pablo, 2015.

Fernández, Víctor, *Ser santos en medio del mundo. El caso de Enrique Shaw,* Buenos Aires, San Pablo, 2017.

Fessard, Gaston, *La |dialéctica de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Tiempo-Gracias-Libertad* [1931-1956], trad. de Josep Buades y Juan Irazábal, Santander, Eds. Mensajero-Ed. Sal Terrae, 2010.

Figueroa Deck, S. I., Allan, «Rafael Tello: Pensador creativo del cristianismo popular», en *La Civiltà Cattolica Iberoamericana,* I, 1, 2017, pp. 31-40.

Finchelstein, Federico, *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945,* trad. de María Julia de Ruschi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Franco, Massimo, *El Vaticano según Francisco. De Buenos Aires a Santa Marta.* Cómo Bergoglio está cambiando la Iglesia y conquistando a los fieles de todo el mundo [2014], trad. de J. Orihuela, Buenos Aires, Aguilar, 2015.

François, Pape, *Politique et société: Rencontres avec Dominique Wolton. Un dialogue inédit,* París, Éditions de l'Observatoire, 2017.

Galli, Carlos María, «Las novedades de la exhortación Evangelii gaudium, claves del pensamiento pastoral de Francisco», exposición presentada en ocasión del primer año de pontificado del papa Francisco, UCA, 13 de marzo de 2014, Auditorio San Agustín.

Galli, Carlos María, *Cristo, Maria, la Chiesa e i popoli: La mariología di papa Francesco,* trad. de Luis Antonio Gallo, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana-Collana La Teologia di papa Francesco, 2017.

Galli, Carlos María, *Dios vive en la ciudad. Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco* [2011], 3ª ed., Buenos Aires, Ágape, 2014.

Galli, Carlos, «Francisco: una nueva hora de la Iglesia Latinoamericana y el ícono pastoral de Francisco», en *Vida Nueva,* núm. 2864, 2003, pp. 23-30.

Gallo, Marco, *El pensamiento social y político y social de Bergoglio y Papa Francisco,* ed. de Marco Gallo [2015], Salta, Eucasa, 2018.

Genoud, Diego, *Massa. La biografía no autorizada,* Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Gera, Lucio, *La teología del pueblo argentino,* ed. de Virginia R. Azcuy, Santiago de Chile, Centro Teológico Manuel Larraín-Universidad Católica de Chile-Universidad Alberto Hurtado, 2015.

Gerchunoff, Pablo, *La Caída: 1955,* Buenos Aires, Ariel, 2018.

Giunta, Andrea (ed.), *El caso Ferrari. Arte, censura y libertad de expresión en la retrospectiva de León Ferrari en el Centro Cultural Recoleta, 2004-2005,* Buenos Aires, Ediciones Licopodio, 2008.

González de Cardedal, *Olegario, Nuevos horizontes; El diálogo de la teología con la cultura en Argentina y el compromiso con la vida pública* [Semana 2009 de la Sociedad Argentina de Teología], con textos de Víctor Fernández, Gustavo Iarrazábal, Carlos Schickendantz, Cecilia Avenatti de Palumbo y Juan Carlos Caamaño, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Teología-Editorial San Benito- Ágape Libros, 2010.

Grabois, Juan y Emilio Pérsico, «Nuestra realidad: Cuadernos de formación para trabajadores, militantes, delegados y dirigentes de organizaciones populares», en *Cuadernos I a IV,* Buenos Aires, CTEP, 2014.

Grabois, Juan, *Personería social,* Buenos Aires, Universidad, 2016.

Grabois, Juan, *La clase peligrosa. Retratos de la Argentina oculta*, Buenos Aires, Planeta, 2018.

Grabois, Roberto, *Memorias de Roberto «Pajarito» Grabois. De Alfredo Palacios a Juan Perón,* Buenos Aires, Corregidor, 2014.

Grande, Antonio Mario, *Aportes argentinos a la teología pastoral y a la nueva evangelización,* Buenos Aires, Ágape, 2011.

Guardini, Romano, «El poder: una interpretación teológica», trad. de A.-P. Sánchez Pascual [1951-1957], en *Obras,* I, Madrid, Ed. Cristiandad, 1981, pp. 167-305.

Guardini, Romano, «Europa: realidad y tarea» [1962], trad. de José M. Valverde, en *Obras, op. cit.,* pp. 13-27.

Guardini, Romano, «Sobre el problema de la democracia: Un intento de clarificación» [1946-1970], en *Escritos políticos, op. cit.,* pp. 335-345.

Guardini, Romano, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-*

concreto [1925-1985], trad. y estudio preliminar de Alfonso López Quintás, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.

Guardini, Romano, *Escritos políticos,* trad. de José Mardomingo, pról. de Alfonso López Quintás, Madrid, Ediciones Palabra, 2011.

Guardini, Romano, *L'opposizione polare: Saggio per una filosofía del concreto viviente* [1985], prefazione di Diego Javier Fares, Milán, La Biblioteca di Papa Franceso, a cura di Antonio Spadaro-La Civiltá Cattolica-Corriere della Sera, 2014.

Guardini, Romano, *L'opposizione polare: Saggio por una filosofía del concreto viviente* [1925-1955], Brescia, Morcelliana, 2016.

Guardini, Romano, *Orar con… El Via Crucis de Nuestro Señor y Salvador* [1920], trad. de Rafael Fernández de Maruri, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2010.

Han, Byung-Chul, *Sobre el poder* [2005], trad. de Alberto Ciria, Barcelona, Herder, 2016.

Han, Byung-Chul, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder,* trad. de Alfredo Bergés, Barcelona, Herder, 2014.

Harari, Yuval Noah, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad* [2013], trad. de J. Ros, Buenos Aires, Debate, 2016.

Hünermann, Peter, *Uomini secondo Cristo oggi: L'antropologia di papa Francesco,* trad. de Fabrizio Iodice Tura, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana- Collana La Teologia di papa Francesco, 2017.

Ivereigh, Austen, *Catholicism and Politics in Argentina, 1810-1960,* Londres, St. Martin's Press-Palgrave Macmillan, St Antony's Series, 1995.

Ivereigh, Austen, *El gran reformador. Francisco, retrato de un papa radical,* trad. de J. Estrella, Buenos Aires, Ediciones B, 2015.

Jalics, Franz, *Ejercicios de contemplación. Introducción a la vida contemplativa y a la invocación de Jesús* [1994], trad. de Beatriz Romero y Helga Heineken, Salamanca, Sígueme, 2015.

Kasper, Walter, *El papa Francisco. Revolución de la ternura y el amor. Raíces teológicas y perspectivas pastorales,* trad. de J. M. Lozano-Gotor, Maliaño, Ed. Sal Terrae, 2015; reimp. Buenos Aires, Ágora. Cap. 3: «Encuadramiento en la historia de la teología: raíces argentinas y europeas».

Kengor, Paul, *A Pope and a President: John Paul II, Ronald Reagan, and the Extraordinary Untold Story of the 20th Century,* Wilmington, Intercollegiate Studies Institute, 2017.

Kush, Rodolfo, *Obras completas,* Rosario, Fundación Ross, 2007, 4 vols.

La Bella, Gianni, «L'America Latina e il laboratorio argentino», en Andrea Riccardi (ed.), *Il cristianesimo al tempo di papa Francisco,* Bari, Laterza, 2018, pp. 34-60.

Larraquy, Marcelo, *Código Francisco.* Cómo el *papa se transformó en el*

principal líder político global y cuál es su estrategia para cambiar el mundo, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.

Larraquy, Marcelo, *Recen por él. La historia jamás contada del hombre que desafía los secretos del Vaticano. La puja interna de la curia romana ante el fenómeno llamado Francisco,* colab. de Fernando Soriano, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Lavagna, Roberto y otros, «Argentina, segnali di Ripresa?», panel en el Coloquio de Rimini, Comunione e Liberazione, 25 de agosto de 2003, disponible en línea: <https://www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=1830&key=3&pfix=>.

Lavagna, Roberto, *Construyendo la oportunidad.* Cómo aprender del pasado para pensar el futuro, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Lavagna, Roberto, Discurso en la Cámara Argentina de la Construcción, 22 de noviembre de 2005, disponible en línea: <https://www.cronista.com/impresageneral/Texto-completo-del-discurso-de-Lavagna-que-molesto-al-Presidente-20051128-0090.html>.

Lavagna, Roberto, *El desafío de la voluntad. Trece meses cruciales en la historia argentina,* abril de 2002-mayo de 2003, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Lavagna, Roberto, intervención en el acto de presentación del libro *Una apuesta por América Latina,* de Guzmán Carriquiry, Auditorio Banco Río, Buenos Aires, 7 de setiembre de 2005, disponible en línea: <http://www.eldial.com.ar/nuevo/lite-tcc-detalle.asp?base=99&vengode=fr&id_publicar=332&fecha_publicar=21/10/2005
=Documentos%20Relacionados&id=330>.

Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el xx,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Liddell Hart, B. H., *Estrategia. La aproximación indirecta* [1941], trad. de Enrique Salgado [1960], Buenos Aires, Biblioteca del Oficial, 1984.

López Quintás, Alfonso, «El Via Crucis de Romano Guardini», en *Alfa y Omega,* núm. 680, 11 de marzo de 2010.

López Quintás, Alfonso, *La verdadera imagen de Romano Guardini. Ética y desarrollo personal,* Pamplona, Eunsa, 2001.

López Saiz, Brenda, *Nación católica y tradición clásica en las obras de Leopoldo Marechal,* Buenos Aires, Corregidor-Universidad de Chile, 2016.

Luciani, Rafael, *El papa Francisco y la teología del pueblo,* Madrid, Ed. PPC, 2016.

Madsen, Caroline T., *Pope Francis: Pope of Mercy: How Pope Francis is Shaking Up the Catholic Church By Caring For All People,* Bayo Vista, CA, Bayo Vista Publishing, 2015.

Malègue, Joseph, *Augustin ou le Maître est là, roman,* París, Spes, 1933.

Malègue, Joseph, *Pierres noires. Les classes moyennes du Salut,* París, Spes, 1958.

Mallimaci, Fortunato, «El catolicismo argentino de Bergoglio y el papado de Francisco. Una primera aproximación desde la Argentina», en *Sociedad y Religión,* año 23, núm. 40, 2013, pp. 211-244.

Mallimaci, Fortunato, *El mito de la Argentina laica: catolicismo, política y Estado,* Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.

Mannin, Ethel, *Tardi ti ho amato* [1948], trad. de Nella Toscani, presentazione A. Spadaro, prefazione di Jorge Milia, Milán, La Biblioteca di Papa Franceso, a cura di Antonio Spadaro-La Civiltá Cattolica-Corriere della Sera, 2014. Hay traducción castellana: *Tarde te amé,* Santiago de Chile, Andrés Bello, 1993.

Manzoni, Alessandro, *Los novios* [1827-1842], trad. de E. Benítez, Madrid, Alfaguara, 1978.

Medina Pellegrini, José Antonio, *Soy jesuita, soy hijo de la Iglesia. Claves teológico-ignacianas del cardenal Bergoglio,* Buenos Aires, Lumen, 2015.

Metalli, Alver, «Descubriendo el pensamiento del papa Bergoglio», entrevista a Massimo Borghese, trad. de Inés Giménez Pecci, en *Tierras de América,* 3 de noviembre de 2017.

Metalli, Alver, «La mujer que inspiró a Bergoglio», en *Tierras de América,* 21 de noviembre de 2017.

Metalli, Alver, «Pensador de Iberoamérica y amigo del Papa», en *Humanitas* [Revista de Universidad Católica de Chile], núm. 71, julio-septiembre de 2013.

Mignone, Emilio Fermín, *Iglesia y dictadura,* 2ª ed. Buenos Aires, Colihue, 1986.

Milia, Jorge, «Prefazione» a Ethel Mannin, *Tardi ti ho amato, op. cit.*

Monti, Ángel, *Proyecto nacional. Razón y diseño,* Buenos Aires, Paidós, 1972.

Muiño, Oscar, *La guerra de los 100 años. Revolución, martirio y resurrección del movimiento estudiantil. De la Reforma a Franja Morada (1918-2018),* Buenos Aires, Lumiere, 2018, pp. 525-517.

Neumayr, George, *The Political Pope: How Pope Francis Is Delighting the Liberal Left and Abandoning Conservatives,* Nueva York-Nashville, Center Street, 2017.

Nuzzi, Gianluigi, *Merchants in the Temple: Inside Pope Francis's Secret Battle Against Corruption in the Vatican,* Nueva York, Henry Holt and Co., 2015.

Nuzzi, Gianluigi, *Vía Crucis,* trad. de Federico Villegas y Jaime Arrambide, Buenos Aires, Planeta, 2015.

O'Connell, Marvin R., *Critics on Trial: An Introduction to the Catholic Modernist Crisis,* Washington, The Catholic University of America

Press, 1994.
O'Malley, John W, *Historia de los jesuitas. Desde Ignacio hasta el presente,* Buenos Aires, Mensajero, 2014.
O'Malley, John W., ¿Santos o demonios? Estudios sobre la historia de los jesuitas [2013], trad. de José Pérez Escobar, pról. de Carlos Copeau y Robert A. Maryks, Bilbao, Eds. Mensajero, 2016.
O'Sullivan, John, *The President, the Pope, And the Prime Minister: Three Who Changed the World,* Washington, Regnery Publishing, 2006.
Parolin, Pietro, «Comprender mejor América Latina a la luz del Bicentenario». Palabras en la presentación del libro *Memoria, coraje y esperanza; a la luz del bicentenario de la independencia de América Latina,* de Guzmán Carriquiry Lecour, 16 de noviembre de 2017. Universidad Lumsa, Roma, disponible en línea: <http://www.americalatina.va/content/americalatina/es/articulos/comprender-mejor-america-latina-a-la-luz-del-bicentenario.html>.
Perdía, Roberto, *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona,* Buenos Aires, Planeta, 2013.
Perón, Juan Domingo, *Modelo argentino para el proyecto nacional* [1974], 2a ed., ed. de Oscar Castellucci, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2015.
Perón, Juan Domingo, *Modelo argentino para el proyecto nacional,* partes I y II, pról. de Lorenzo Pepe, Buenos Aires, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, 2006.
Piqué, Elisabetta, *Francisco. Vida y revolución,* Buenos Aires, El Ateneo, 2013.
Podetti, Amelia, *Comentario a la* Introducción a la Fenomenología del espíritu, pról. de Jorge Bergoglio, Buenos Aires, Biblos, 2007.
Politi, Marco, *Francisco entre los lobos. El secreto de una revolución* [2014], trad. de María Julia de Ruschi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.
Poore, Federico, y Ramón Indart, *El poder del juego. El gran negocio de la política argentina,* Buenos Aires, Aguilar, 2014.
Poulat, Emile, *La crisis modernista. Historia, dogma y crítica,* Madrid, Taurus, 1974.
Premat, Silvina, *Pepe. El cura de la villa,* Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
Puente, Armando Rubén, *Yo, argentino. Las raíces argentinas del papa Francisco,* Buenos Aires, Distal, 2015.
Rial, Jorge, *Yo, el peor de todos,* Buenos Aires, Margen del Mundo, 2014.
Riccardi, Andres (ed.), *Il cristianesimo al tempo di papa Francisco,* Bari, Laterza, 2008.
Riccardi, Andrea, *La sorpresa di papa Francesco: Crisi e futuro della Chiesa,* Milán, Mondadori, 2013.

Rivero, Gabriel (ed.), *El viejo Tello en la COEPAL: Sus intervenciones entre los peritos de la Comisión Episcopal de Pastoral en la recepción del Concilio Vaticano II en la Argentina (1968-1971),* Buenos Aires, Ágape, 2015.

Robles Muñoz, Cristóbal, *El modernismo religioso y su crisis,* I: *Preliminares,* Madrid, ACCI, 2016; II: *La condena (1906-1913),* Madrid, AACI, 2017; III: *Después de Pío X,* Madrid, ACCI, 2017.

Rodríguez Larreta (h) y Mario Quintana, *Domando al elefante blanco. Pasos para construir un Estado que funcione,* Buenos Aires, Temas-Grupo Sofía, 1998.

Roldán, Verónica y Alejandro Frigerio (eds.) *Francisco. El impacto de su pontificado en América Latina,* Buenos Aires, Biblos, 2017.

Rosas, Juan Manuel de, «Carta a Facundo Quiroga», 20 de diciembre de 1834, disponible en línea: <http://hum.unne.edu.ar/academica/departamentos/historia/catedras/hist_argen_indep/otros/carta_rosas_hacienda_figueroa.pdf>.

Rosas, Juan Manuel, «Carta a Juan Facundo Quiroga», 20 de diciembre de 1834 desde la Hacienda de Figueroa en San Antonio de Areco, dictada a Antonino Reyes. en Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia,* t. II: *La Liga Litoral, 1832-1835,* Buenos Aires, Trivium, 1970, pp. 266-272.

Rubín, Sergio y Francesca Ambrogetti, *El jesuita. Conversaciones con el cardenal Jorge Bergoglio, sj.,* Buenos Aires, Vergara, 2010.

Rusconi, Gian Enrico, *La teologia narrativa di papa Francesco,* Bari, Laterza, 2017.

Safranski, Rüdiger, *¿Cuánta globalización podemos soportar?*, trad. de Raúl Gabás, Buenos Aires, Tusquets, 2005.

San Ignacio de Loyola, *Cartas esenciales,* ed. de Manuel Ruiz Jurado, Bilbao, Mensajero, 2017.

San Ignacio de Loyola, *Obras,* ed. de Manuel Ruiz Jurado [1952], Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.

Sanz, Juan Cruz, *Massa x Massa. Revelaciones del hombre que quiere cambiar el mapa político de la Argentina,* Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Sardá y Salvany, Félix, *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes* [1884], Lleida, Pagès Editors, 2009.

Scannone, Juan Carlos y Peter Hünermann (eds.), *América Latina y la Doctrina Social de la Iglesia. Diálogo latinoamericano-alemán,* vol. I: *Reflexiones metodológicas;* vol. II: *Identidad cultural y modernización,* ed. de Carlos María Galli; vol. III: *Pobreza y desarrollo integral,* ed. de Juan Carlos Scannone, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1992.

Scannone, Juan Carlos, *El papa del pueblo. Conversaciones con Bernadette Sauvaget. Para conocer al papa Francisco,* Madrid, Eds. PPC, 2017.

Scannone, Juan Carlos, *Il Vangelo della Misericordia nello spirito de discernimento: L'etica sociale di papa Franceso,* trad. de Giulia Tura, Ciudad del Vaticano Libreria Editrice Vaticana-Collana La Teologia di papa Francesco, 2017.

Scannone, Juan Carlos, *La teología del pueblo. Raíces teológicas del papa Francisco,* Bilbao, Sal Terrae, 2017.

Scavo, Nello, *I nemici di Francesco: Chi vuole screditare il Papa. Chi vuole farlo tacere. Chi lo vuole morto,* Milán, Piemme, 2015.

Scavo, Nello, *La lista de Bergoglio: los salvados por Francisco durante la dictadura. Una historia no contada,* pról. de Adolfo Pérez Esquivel, Buenos Aires, Ed. Claretiana, 2013.

Solá, Felipe, *Peronismo, Pampa y peligro. Mi vida en la política argentina,* Buenos Aires, Ariel, 2018.

Spadaro, Antonio y Carlos María Galli (eds.), *La reforma y las reformas en la Iglesia,* Maliaño, Cantabria, Sal Terrae, 2016.

Spadaro, Antonio y Marcelo Figueroa, «Fondamentalismo evangelicale e integralismo católico: Un sorprendente ecumenismo», en *La Civiltá Cattolica,* Quaderno 4010, vol. III, 2017, pp. 105-113.

Spadaro, Antonio, «La biblioteca di papa Francesco», en *La Civiltà Cattolica,* Quaderno 3985, 2014.

Spadaro, Antonio, «Entrevista a Francisco a La Civiltà Cattolica» [19, 23 y 29 de agosto de 2013], trad. de Luis López-Yario, en *Criterio,* septiembre de 2013 [ed. web].

Spadaro, Antonio, Omar Abboud y Abraham Skorka, *Más allá del muro. Diálogo entre un musulmán, un rabino y un cristiano,* trad. de Itziar Hernández Rodilla, Buenos Aires, El Ateneo-La esfera de los libros, 2015.

Spee, Friedrich, *Cautio Criminalis: Cautela criminal* [1631], trad. de Josefina Nagore y Silvia Manzo, estudio preliminar de E. Raúl Zaffaroni, Buenos Aires, Ediar, 2017.

Sucarrat, María, *El inocente. Vida, pasión y muerte de Carlos Mugica* [2010], ed. ampliada, pról. de Eduardo de la Serna y Ricardo Capelli, Buenos Aires, Octubre Editorial, 2017.

Tamayo, Juan José, *Teología del sur. Un giro descolonizador,* Madrid, Trotta, 2017.

Tarruella, Alejandro C., *Guardia de Hierro. De Perón a Bergoglio* [2005], Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2016.

Tello, Rafael A., *El cristianismo popular. Ubicación histórica y hecho inicial en América,* Ágape-Fundación Saracho, 2016.

Tornielli, Andrea, Stella: «"Amoris laetitia" y el discernimiento, he aquí las tareas de los curas», reportaje a Beniamino Stella, en *Vatican Insider, La Stampa,* 25 de noviembre de 2017, disponible en línea: <http://www.lastampa.it/2017/11/25/vaticaninsider/es/vaticano/stella-amoris-laetitia-y-el-discernimiento-he-aqu-las-

tareas-de-los-curas-e3OBWjwZLeSOxMZ0J1lCKI/pagina.html>.

Turkson, Peter Kodwo Appiah y Vittorio V. Alberti, *Corrosione: Combattere la corruzione nella Chiesa e nella società,* próI. de papa Francisco, Roma, Rizzoli, 2017.

Verbitsky, Horacio, *El silencio. De Paulo VI a Bergoglio. Las relaciones secretas de la Iglesia con la ESMA,* Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Verbitsky, Horacio, *Vigilia de armas. Historia política de la Iglesia católica,* t. III: *Del Cordobazo de 1969 al 23 de marzo de 1976,* Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2009.

Viganò, Dario, «La Scossa di Papa Francesco», entrevista de Michelangelo Suigo y Pierluigi Sassi en la Asociación La Scossa, Roma, 2 de mayo de 2017, disponible en línea: <https://www.radioradicale.it/scheda/507673>.

Viganò, Dario, «Sognate anche voi questa chiesa: Riforma: priorità e atteggiamenti necessari», conferencia en el Coloquio «Lo stupore e la gioia di evangelizzare», Milán, 25 de febrero de 2017, disponible en línea: <https://youtu.be/MHFjUVDHuHk>.

Viganò, Dario, *Fedeltà è cambiamento. La svolta di Francesco raccontata da vicino,* Roma, RAI-ERI, 2015.

Von Kempis, Stefan y Philip F. Lawler, *A Call to Serve: Pope Francis and the Catholic Future,* Nueva York, The Crossrod Publishing Company, 2013.

Wornat, Olga, *Nuestra santa madre. Historia pública y privada de la Iglesia católica argentina,* Buenos Aires, Ediciones B, 2002.

Zaffaroni, E. Raúl, «Humanitas en el derecho penal» [1906], en *Anacronismo e Irrupción, revista de Teoría y Filosofía Política Clásica y Moderna,* vol. 1, núm. 1, noviembre de 2011 a mayo 2012, p. 204.

Zaffaroni, E. Raúl, «Poesía y derecho penal. Friedrich Spee. De la crítica al martillo de las brujas al nacimiento de la criminología crítica», conferencia en el Departamento de Derecho Penal, Facultad de Derecho UBA, 5 de mayo de 2016.

Zaffaroni, Eugenio Raúl, «Francisco, el derecho penal, los presos y el mundo», en *Francisco, por una justicia realmente humana,* 2018, pp. 332-347.

Zamagni, Stefano, «La visión económica según el papa Bergoglio», en *Criterio,* núm. 2406, 2014.

Zanatta, Loris, «Un papa populista», trad. de José María Poirier, en *Criterio,* núm. 2434, 2016.

Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica,* Bernal, Universidad de Quilmes, 1996.

Zanatta, Loris, *La larga agonía de la nación católica. Iglesia y dictadura en la Argentina* [2014], trad. de Federico Villegas, Buenos Aires,

Sudamericana, 2015.

Zanca, José, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina. 1936-1959,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Zarazaga, Rodrigo, «Punteros: el rostro del Estado frente a los pobres», en Zaragaga y Lucas Ronconi (eds.), *Conurbano infinito. Actores políticos y sociales, entre la presencia estatal y la ilegalidad,* Buenos Aires, Siglo XXI-Fundación OSDE, 2017, pp. 19-63.

Zuleta, Ignacio, *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar (1898-1907),* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988.

Zuleta, Ignacio, *Macri confidencial: pactos, planes y amenazas,* Buenos Aires, Planeta, 2016.



¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

